

LUDMILA RAMIS

# TOUCH DOWN 27

*Primer libro de la serie #GoodBoys*



**Nova Casa** Editorial





LUDMILA RAMIS

# TOUCH DOWN 27

*Primer libro de la serie #GoodBoys*



Nova Casa Editorial



LUDMILA M. RAMIS

# TOUGHDOWN



**Nova Casa** Editorial

## *Índice*

Capítulo I Vodka

Capítulo II Resaca

Capítulo III Pautas

Capítulo IV Discernimiento

Capítulo V Tackle

Capítulo VI Globos

Capítulo VII Cómplice

Capítulo VIII Captura

Capítulo IX Neurótica

Capítulo X Rito

Capítulo XI Ratatouille

Capítulo XII Incivil

Capítulo XIII Brigada

Capítulo XIV Fluctuación

Capítulo XV Apertura

Capítulo XVI Medidas

Capítulo XVII Inseguridad

Capítulo XVIII Antropoide

Capítulo XIX Sunshine

Capítulo XX Viralizar

Capítulo XXI Adictos

Capítulo XXII Insinuaciones

Capítulo XXIII Huesos

Capítulo XXIV Telón

Capítulo XXV Ayer

Capítulo XXVI Sinfonía

Capítulo XXVII Ojeras

Capítulo XXVIII Estadística

Capítulo XXIX Inefable

Capítulo XXX Luciérnaga

Capítulo XXXI Acéptalo

Capítulo XXXII Artero

Capítulo XXXIII Sentir

Capítulo XXXIV Taquicardia

Capítulo XXXV Lavanda

Capítulo XXXVI Rosas

Capítulo XXXVII Tradicional

Capítulo XXXVIII Indemne

Capítulo XXXIX Intensidad

Capítulo XL Límites

Capítulo XLI Estrechar

Capítulo XLII Eupéptico

Capítulo XLIII Necesidad

Capítulo XLIV Lío

Capítulo XLV Balas

Capítulo XLVI Prometedor

Capítulo XLVII Control

Capítulo XLVIII Irresoluto

Capítulo XLIX Tentar

Capítulo L Pretérito

Capítulo LI Boa

Capítulo LII Cuentos

Capítulo LIII Inconmesurable

Capítulo LIV Sobrevalorar

Capítulo LV Camaradería

Capítulo LVI Escalar

Capítulo LVII Bifurcar

Capítulo LVIII Halloween

Capítulo LIX Halloween al cuadrado



Capítulo LX Caer

Capítulo LXI Fragmentos

Capítulo LXII Tempestad

Capítulo LXIII Más

Capítulo LXIV Etéreo

Capítulo LXV Terrario

Capítulo LXVI Desperdiciar

Capítulo LXVII Dilucidar

Capítulo LXVIII Valijas

Capítulo LXIX Obsequios

Capítulo LXX Señas

Capítulo LXXI Leyes aeroportuarias

Epílogo

Capítulo extra Las luces de Navidad

Agradecimientos

*PARA AQUELLOS SOLITARIOS QUE, AL ABRIR UN LIBRO,*

*DEJAN DE SERLO.*

# NOTAS DE BILL

## OFENSIVA

Quarterback o mariscal de campo:  
Más vale que escuche mis instrucciones y le comunique la jugada a los demás. Que corra con el balón, se lo de a un corredor o realice un pase, ¡pero que haga algo!

Halfback (corredor):  
Corre para ganar yardas y recibe pases

Fullback (corredor):  
Bloquea para abrir paso al zopenco de arriba

Tight end (Ala cerrada):  
Bloquea jugadas de carrera

Wide receiver (receptor):  
¡Si no atrapa los pases del quarterback y empieza a correr se las verá conmigo!

Center, Guard, Offensive tackle  
(Centro, Guardia y tackle ofensivo):  
Protegen al quarterback y abren espacios para el halfback

## DEFENSIVA

Linebackers (apoyadores):  
¡Tapen los huecos y derriben, señoritas!

Cornerback (esquinero):  
Cubren a los receptores y las zonas de mayor peligro de pase

Defensive tackle, Defensive end  
(Tackle defensivo y ala defensiva):  
Buscan llegar hasta el portador del balón. Conforman la línea defensiva

Free safety (Profundo):  
¡Detengan al atacante antes de que anote un Touchdown!

Strong safety (Profundo):  
Frenan la carrera de los corredores y cubren al Ala cerrada

Recordatorio: Hacer más salsa

# NOTAS DE BILL

Touchdown: 6 puntos

Field goal: 3 puntos

Conversión de dos  
puntos: 2 puntos

Safety: 2 puntos

Punto extra: 1 punto

(Aclaración para los  
despistados y los  
Timbergs del  
mundo)

No olvidar:

- Comprar calcetines
- Saber de las actividades nocturnas de Kansas
- Exteriorizar mi ira a gritos

Odiar a  
los  
VECINOS

- Ducharme (si tengo tiempo)

# NOTAS DE BILL

Touchdown: 6 puntos

Field goal: 3 puntos

Conversión de dos  
puntos: 2 puntos

Safety: 2 puntos

Punto extra: 1 punto

(Aclaración para los  
despistados y los  
Timbergs del  
mundo)

No olvidar:

- Comprar calcetines
- Saber de las actividades nocturnas de Kansas
- Exteriorizar mi ira a gritos

Odiar a  
los  
VECINOS

Ducharme  
(si tengo tiempo)



Vodka

# Kansas

—Al fin prende esta mierda —murmuro para mí misma, antes de cerrar la puerta del Jeep. Mi día va de mal en peor y es inevitable lanzar palabrotas al aire mientras conduzco a través de la avenida.

Primero, el profesor Ruggles nos había explicado la teoría de los sueños de Hartmann, que establece la hipótesis de que los sueños reflejan nuestras emociones y que lo hacen en forma de metáforas. Como siempre hay un bromista sin el más mínimo interés en la clase, se originó un debate tras la mención de un sueño de alto contenido sexual. Y como me encanta exhibir mis opiniones, expresé que para mí no todos los sueños significan o reflejan algo concreto.

El bromista se ofendió porque le dije, sutilmente en lo que a mí respecta, que sus sueños mojados con Penélope Cruz no eran más que fantasías de un órgano viril necesitado y, además, algo que jamás pasaría. Él terminó por gritarme que sería una terrible psicóloga y yo terminé por contestarle, también entre gritos, que podía exteriorizar mis opiniones tanto como quisiese. Tras eso, llegué a casa para encontrar la alacena totalmente vacía. No había

más que leche rancia en la nevera y un paquete de avena. Supongo que esas son las consecuencias de convivir con Bill Shepard.

Todavía me pregunto cómo no morí de hambre en los últimos dieciocho años de mi vida. Y ahora, para mi desgracia, el Jeep se me averió en pleno estacionamiento del supermercado y he dejado a Zoe completamente sola en casa.

Ser niñera es un trabajo fácil, aún más cuando debes cuidar a la inofensiva Zoe Murphy. Lo único que debes hacer es poner algún programa para niños de esos que los vuelve mini humanos fanáticos de un perro, mono o dinosaurio, cualquiera sea el animal que extraordinariamente habla y les enseña los colores. Sin embargo, el viaje de cinco minutos a la tienda se transformó en casi una hora y, a pesar de conocer hace años a la madre de Zoe, espero que no se entere de mi pequeño percance.

Me siento la peor niñera del mundo, seguramente lo soy.

Dejo de reprocharme y estaciono en la entrada de casa antes de estirarme hacia el asiento trasero para sacar las bolsas del supermercado. Habría llevado a Zoe conmigo, pero ella todavía está resfriada y el clima no es particularmente agradable en esta época del año. Camino a toda prisa hacia la puerta,

maniobrando para meter la llave del coche en el bolsillo de mis *jeans* y no dejar caer las bolsas en el proceso. Empujo la puerta y el alivio me inunda al instante en que veo a la pequeña de pie en medio de la sala.

—Lo lamento muchísimo, Zoe —me disculpo mientras cierro la puerta con el pie y dejo caer las bolsas sobre el sofá—. El auto se me quedó, pero traje todo lo necesario para hacer tu pastel de cumple... —Me detengo al percatarme de que parece no prestarme ni la más mínima atención.

Me quito la chaqueta y la arrojo también sobre sofá mientras camino hacia ella, extrañada por su inusual mutismo. Mantiene la vista fija en algo de la cocina y mi curiosidad se dispara. Espero que no esté poseída o algo por el estilo. Lo que menos necesito en este momento es llamar a un sacerdote para que practique un exorcismo y arroje agua bendita por toda la casa. Entonces, mis ojos se encuentran con lo que Zoe contempla e instantáneamente un grito trepa por las paredes de mi garganta.

Hay un chico inconsciente tirado en el piso de la cocina.

Me giro a toda velocidad y tomo a la niña por los hombros.

Comienzo a inspeccionarle el rostro, rotándolo entre mis manos



como si fuera una bola de bolos. Siento mi corazón acelerado mientras busco cualquier indicio de que esté herida. Tal vez no sea la niñera del año, pero me preocupo por ella.

La cuido desde hace alrededor de dos años y me estremece pensar que algo malo pudiese pasarle. También me cala los huesos recordar que su madre es abogada.

Va a demandarme, y seguramente mi padre preferirá gastar el dinero de la fianza en un pase V.I.P. para ver a los Kansas City Chiefs.

—¿Cómo diablos llegó ese chico hasta ahí? ¿Le abriste la puerta? —inquiero, olvidándome de que no debería maldecir frente a una niña de seis años—. ¿Estás bien? ¿Te lastimó? —interrogo preocupada, inspeccionando sus brazos.

—Estábamos hablando de los osos pandas de Londres —explica, observándome con sus redondos ojos azules. Le regreso una mirada cargada de desconcierto—. Y como no tienes nada en la nevera, le di agua, porque mi mamá dice que es de buena educación ofrecer comida y bebida a los invita...

—¿Qué le diste? —La interrumpo con un mal presentimiento originándose en mis adentros.

—Agua —repite orgullosa.

Claramente no sabe que su madre tendría un ataque si se enterase que le ofreció asilo y bebida a un completo desconocido. Me giro sobre mis talones y pongo a Zoe instintivamente tras de mí. El chico permanece totalmente inmóvil en el piso. Parece tener mi edad o un poco más. Su cabello rubio contrasta contra las baldosas negras de la cocina, al igual que la pálida piel de sus trabajados brazos. Es alto, o eso puedo descifrar por la longitud de sus extremidades y la cantidad de espacio que ocupa tendido en el suelo.

Pensar que una cosa tan grande como él estuvo a solas con Zoe me revuelve el estómago. Si no hubiera salido por comestibles a la tienda, tal vez este gran problema no obstruiría mi paso a la cocina.

—¡Mira! Trajo regalos —chilla la niña antes de salir corriendo.

Ella se arrodilla frente a una maleta y una mochila que hay cerca del cuerpo y automáticamente la tomo del brazo y la obligo a ponerse de pie con suavidad.

—No creo que sean regalos —murmuro con desconfianza.

Observo al extraño y luego otra vez a la maleta. Tal vez se confundió de casa, eso debe ser. Tengo un montón de vecinos de la mediana edad, y tal vez sea el nieto o hijo de alguno de ellos. Entonces, siento mi ceño fruncirse al olfatear el intenso aroma que hay entre las masas de aire: es fuerte y definitivamente no es agradable. Lo reconozco al instante.

Mis ojos viajan a la mesa de la cocina y alcanzo el vaso que la mini humana le dio al extraño.

—¿De dónde sacaste el agua, Zoe? —inquiero con la mera sospecha de que no es de la canilla. Eso sería un problema.

Un terrible problema.

—De la jarra de la nevera —responde con inocencia, escudriñando al chico inconsciente a sus pies.

No.

No.

No.

¿Por qué no escondí el vodka en otro lugar, Jesús?

Tomo mi celular y marco con prisa el número de Jamie. Me paso la mano por el pelo una y otra vez, a la espera de que conteste mi llamado.

Lo hace al tercer timbrazo.

—Tengo un problema —digo a toda velocidad, sin darle la oportunidad de formular un saludo.

Veo que Zoe hurga en la mochila del extraño y automáticamente corro en su dirección. Le arrebato la billetera que tiene en la mano y alejo cualquier pertenencia del chico de ella. Lo único que falta es que nos acuse de ladronas cuando despierte.

La señora Murphy también podría demandarme por eso.

—¿Qué clase de problema? —interroga mi amiga a través de la línea telefónica.

Abro la billetera y saco la licencia del chico tendido a mis pies. ¿Cómo le explico que la niña de seis años a la que tengo a cargo emborrachó a un extraño dándole lo que ella, en su inocencia, creyó que era agua y en realidad era vodka que yo escondía de mi padre?

—Un tal Malcom Beasley —respondo sin dejar de observar la foto de su carné de conducir.

Cinco minutos, eso es lo que tarda ella en llegar.

—¿Está muerto? —Se aventura a preguntar la pelirroja—.

Porque no tengo ni la menor idea de cómo esconder un cadáver.



Estamos bajo el umbral de la cocina, codo a codo, observando al extraño que permanece inconsciente en el suelo.

—Yo creo que está vivo —repite Zoe. Hunde uno de sus dedos en la mejilla del chico y lo observa como si fuese la mascota de un extraño.

Me acerco y la tomo de la mano para alejarla de él. Me alegra que Jamie viva a tan solo un par de cuadras de mi casa, pero no parece ser de mucha ayuda cuando dice que tengo un difunto al lado de la heladera.

—Yo no lo tocaría, cariño. —Le sonrío de modo tranquilizador a la niña, pero soy consciente de que no hay nada de tranquilizador en esta habitación.

—Qué bueno —replica la universitaria a mis espaldas—.

Porque yo sí lo haría —añade enroscando un mechón de su cabello alrededor de su dedo y examinando al chico con gusto.

No voy a negar que es lindo. Hasta en la foto de su licencia para conducir salió extraordinariamente bien —cosa que solo a las personas genéticamente favorecidas les pasa—, pero eso no quita el hecho de que es un extraño que se metió en mi casa aprovechándose de la amabilidad de una niña de seis años.

—¡Está alcoholizado, Jamie! —la regaña por estar contemplándolo como si fuese un plato de carne al horno.

—¿Qué es alcoholizado? —interroga Zoe mirándome con el ceño fruncido.

—Cuando tienes hambre —miento al instante.

No puedo explicarle lo que es el alcohol y las diversas consecuencias tanto físicas como mentales que acarrea el mismo en este momento. O por lo menos, no como lo haría una niñera responsable.

Ella lo mira como si fuese un experimento mientras yo me pregunto qué voy a hacer con el cuerpo de este joven. Entonces, recuerdo que la señora Hyland había mencionado a uno de sus nietos algunas semanas atrás. Creo que había hablado acerca de una visita a final de mes.

—Ayúdame a cargarlo —pido a Jamie, quién instantáneamente arquea ambas cejas con sorpresa—. Seguramente es uno de los nietos de la señora Hyland. Debemos llevárselo antes de que aparezca mi padre, o aún peor, la madre de Zoe —explico con prisa.

—Al único lugar donde quiero llevarlo es a la cama,

conmigo.

Le disparo una mortífera mirada de advertencia. En cuanto siga haciendo insinuaciones sobre el hombre inconsciente que hay en medio de mi cocina, la ahorco.

Me acerco al cuerpo y tomo su brazo, y en cuanto veo que Jamie hace lo mismo, tiro de él y me rodeo el cuello con su extremidad. Automáticamente una palabrota sale disparada de mis labios.

—¿Cuánto pesa este tipo? —interroga la pelirroja entre dientes, esforzándose por mantenerlo en posición vertical.— ¿Y por qué escondías el vodka en una jarra de agua, genio?

—En esta casa solo se toma refresco, nadie ha tocado esa jarra en años —replico sintiendo el peso del cuerpo. Claramente no es fácil de levantar.

Mi padre es un tanto estricto respecto al alcohol. No le agrada la idea de que tome, y eso deriva de los problemas que tuvo mi madre con la bebida y el hecho de que lo atormenta la posibilidad de que vaya a seguir sus pasos. Pero yo no soy como ella en absoluto, eso está claro.

Con cada gramo de fuerza que tengo en el cuerpo, y junto a

la quejumbrosa Jamie, cargamos al desconocido hasta el *living*. Y por cargar me refiero a arrastrar.

—Zoe, abre la puerta —pido.

—¿A dónde lo llevaran? —interroga con ojos amplios y curiosos.

—Al infierno, así que abre la puerta, niña —espeta la muchacha de ojos cafés con brusquedad.

—¡Jamie!, tiene seis años —le recuerdo cuando Zoe abre la puerta de par en par y arrastramos a un inconsciente Malcom Beasley por el cuidado jardín delantero. Adiós, petunias. Espero que los vecinos no estén mirando, porque podrían malinterpretar la imagen de dos chicas arrastrando el cuerpo de un joven por la vereda.

Entre quejas y jadeos, logramos llegar a la puerta de mi vecina, la señora HyLand. Le indico a Zoe que vuelva a la casa y estrello mis nudillos contra la madera. Es cuestión de minutos antes de que la mujer abra la puerta. Con su típico suéter de cuello de tortuga y sus usuales gafas la anciana nos sonrío en una cálida bienvenida con un plato de galletas en mano. Sin embargo, aquella sonrisa se borra en el instante en que observa al chico que



Jamie y yo estamos cargando.

—Mary —mascullo entre dientes, con los brazos acalambrados por sostener tanto peso. —Encontramos a tu nieto, se ha confundido de casa —explico sin saber qué decir con exactitud. Si mi nieto apareciese en este estado, comenzaría a gritar todas las palabras que ofenden a Jesús, pero la mujer de cabello canoso se ríe en su lugar.

—Este no es mi nieto, Kansas —responde con un brillo de compasión y gracia en sus ojos—. Pero buen intento por liberarte de tu nuevo novio, ¿quieren una galleta? —ofrece como de costumbre.

Comienzo a pensar que algo anda mal con esta mujer.

Definitivamente no es una situación que provoque mucho humor.

O por lo menos para mí. Por eso cierro los ojos por un minuto y me pregunto qué diablos voy a hacer con el hombre que cuelga de mi cuello.

—No, graci... —comienzo a decir.

—Claro —salta Jamie—, ponla aquí —agrega abriendo la boca en su dirección.

La mujer, agradecida de que valoren su comida, le deposita

una galleta entre los dientes y la pelirroja la engulle como lo haría un animal glotón.

—Gracias —dice con la boca llena antes de que comencemos a voltearnos para regresar a mi casa. Creo que Malcom Beasley se quedará inconsciente en el piso de la cocina por un rato más.

—¡Espera! —La voz de Zoe llega a mis oídos antes de mirar sobre mi hombro y verla corriendo en nuestra dirección. Pasa entre mis piernas y se enfrenta a la señora Hyland.

—Yo también estoy alcoholizada —asegura antes de abrir la boca en la espera de su galleta.

Al ver la expresión de horror de la señora Hyland, sé que nada de lo que suceda hoy será peor que esto.

O tal vez puede que sí, dado que mi padre, Bill Shepard, aparece con su Ford Sierra desde la esquina de Trinity Street.

## **Capítulo II**

Resaca

# Malcom

Siento la forma en que mi cabeza palpita frenéticamente y me produce un dolor insoportable. Abro los ojos y, por un segundo, creo que estoy otra vez en mi antigua habitación de Merton, en Londres. La idea me trae un gusto acerbo a la boca, porque lo último que quiero es recordar todo lo que dejé en esa ciudad. Pasan los segundos y recuerdo haber llegado al aeropuerto de Betland gracias a mi antiguo *coach*. Pagué un taxi que salió fortuna para llegar hasta la casa de Bill Shepard, también con dinero prestado, y eso no es algo que mi billetera, mi moral o yo podamos olvidar.

Hace días había hablado por primera vez él, con el hombre que se convertiría en mi entrenador en cuanto cruzara el Atlántico y comenzara a jugar junto a los Jaguars de la BCU. Estaba todo planeado con extrema minuciosidad: llegaría a la ciudad y el nuevo entrenador me hospedería en su casa hasta que pudiese conseguir solventar mi propio espacio o concluyera lo que he venido a hacer. Mientras tanto, me incorporaría como jugador al equipo y podría concentrarme en lo único que es constante y realmente grato

en mi vida: el fútbol americano.

Comienzo a escuchar voces, pero la sangre que palpita en mis oídos consume cualquier sonido proveniente a mi alrededor. Echo un vistazo y me percaté de que estoy sobre una cama de dos plazas, en una habitación que jamás he visto en mi vida. Intento recordar cómo llegué aquí y repaso todos los acontecimientos del último día en mi cabeza. Estoy seguro de que, luego de pagar el taxi y buscar la dirección que Bill me había enviado por email, había encontrado una típica casa de barrio en la que toqué timbre. En cuestión de segundos se abrió la puerta y bajé la mirada para encontrar a una niña de no más de siete años.

Sabía que el nuevo entrenador tenía una hija, pero no me imaginé que sería una niña de preescolar. Automáticamente, la extraña me invitó a pasar y me sorprendí de que estuviera completamente sola en casa. Dijo que su niñera la había dejado para ir al supermercado e instantáneamente pensé en la falta de responsabilidad y compromiso de la mujer que la cuidaba. Bill debía enterarse de que su hija estaba en manos de una imprudente.

Sin embargo, lo peor llegó cuando me senté frente a la niña

en la mesa de su cocina. Ambos nos miramos en silencio y, por mi parte, sentí una profunda incomodidad junto con una mezcla de fascinación e intriga. Internamente estaba deseando que llegase su niñera para no tener sus atentos ojos azules sobre mí. Entonces, comenzó a hacerme más de media docena de preguntas por minuto.

Empezó preguntándome qué hacía aquí y todas las que le siguieron consistieron en cuál era mi color, comida, nombre, deporte y animal favorito. La niña no paraba hacerme preguntas irrelevantes, así que implementé una táctica inversa y le pedí que me dijera cuál era su color, comida, nombre, deporte y animal favorito.

Tal vez si gastaba mucha saliva, se callaría un rato. Pero, para mi sorpresa, contestó a mi cuestionario con eficacia y rapidez: rosa, galletas, Kansas, patín y oso panda. No le cuestioné que eligiese el color rosa ni las galletas, ¿pero Kansas? ¿Qué clase de estrafalario nombre es ese?

Me comentó que era el nombre de su niñera y solo logré pensar en el nivel de locura patriótica que tendrían sus padres para ponerle a su hija el nombre de uno de los cincuenta estados de

su país. Ni siquiera era Virginia o Alaska, era Kansas. Y mientras la niña parloteaba acerca de su amor por los osos pandas y me preguntaba si alguna vez había visto uno en Londres, se subió a una silla y abrió una de las alacenas.

Me ofreció un paquete de avena para comer y lo rechacé al instante. Debí recordarme que no tenía más de seis o siete años en cuanto se ofreció a servirme algo de leche, y el problema con eso fue que el producto había caducado hace más de dos semanas. Pero, por supuesto, me guardé el comentario y no se lo dije. Pensé que su niñera ni siquiera la alimentaba como se debía. Los niños necesitan alta ingesta de calcio, hierro, zinc, potasio y una amplia variedad de vitaminas. ¿Y qué le daban de comer a la pobre hija del entrenador? Avena y leche caducada.

No quise ser descortés y, al ver la mirada de tristeza y decepción que le atravesó los ojos, le pedí un vaso de agua. Con toda la emoción del mundo, corrió hacia la heladera, se trepó en el cajón de los vegetales y alcanzó una jarra que probablemente contenía lo único sano, necesario y apto para beber en esta casa. Luego me tendió el vaso con una sonrisa de autosuficiencia. Le faltaban unos cuantos dientes.

Me miró fijamente, como esperando que degustara lo que ella me había servido y le dijera que el agua era lo mejor que había bebido desde mi nacimiento. Parecía no recordar que se trataba de eso, solo agua, pero intenté complacerla y comencé a beber con fingido deleite.

Y me costó no escupir el líquido en su cara. El agua de Estados Unidos era horrible. Tenía un gusto amargo y ardiente que me provocó estragos en la garganta. Pobre cría, ni agua para beber tenía.

Sin embargo, ella me siguió mirando, como si esperara que me terminara el vaso de lo que, a mi parecer, eran fluidos químicos no aptos para el consumo humano. Me guardé todas mis quejas y bebí para complacerla. Si se largaba a llorar porque le había menospreciado el agua, no sabría dónde meterme. Y mientras tragaba, maldecía a su niñera en mi interior como nunca antes lo había hecho. Además de ser irresponsable, impuntual, imprudente y todos los adjetivos negativos que empiezan con la letra I, era una desalmada por no darle agua potable a la hija del entrenador.

Me terminé el vaso en menos de un minuto y la cría sonrió satisfecha. Comenzó a parlotear otra vez y sentí que algo andaba

mal conmigo, pero no involucraba a la niña, era algo con respecto a mi cuerpo. Empecé a sentirme mareado al pasar los minutos, y llegó un punto donde las náuseas hicieron estragos en mi faringe. Le pedí permiso para ir al baño, pero en cuanto me incorporé de la silla, no fui capaz de sostenerme sobre mis pies. Caí, y eso es lo último que recuerdo.

Ahora tengo la garganta seca y un dolor de cabeza que crece a pasos agigantados con el transcurso de los minutos. Me obligo a incorporarme en la cama y hundo la cara entre las manos antes de pasarlas por mi alborotado cabello. La habitación es sencilla: un ropero, un escritorio, la cama y una pequeña mesa de luz. También hay un diván de cuerina, de aquellos que usan los psicólogos, y sobre él están mi maleta y mi mochila.

Anclo mis ojos en la ventana que está sobre el diván. Había llegado a la casa de Bill al mediodía, pero se nota que el sol ya se oculta entre las copas de los lirondos árboles en el exterior. Me pongo de pie y compruebo no tener náuseas ni ninguna otra clase de síntomas familiares. Si voy a quedarme aquí, voy a procurar no tomar ni una sola gota de esa agua. Mi dieta de alto rendimiento no puede tener falla alguna, como la que me podría haberme



costado el agua de este país.

Con mi cerebelo aún palpitando, abro la puerta y observo un corredor vacío. Debo estar en el segundo piso de la casa y me sigo preguntando cómo llegué hasta aquí arriba. Las voces se oyen mucho más claras y fuertes ahora, y el intolerable dolor que parece atormentar mi cerebro se multiplica. Comienzo a descender las escaleras y la voz de la niña inunda mis oídos. Es irritante, y no sé si seré capaz de tolerarla hablar de pandas otra vez. Una vez que llego al pie de la escalera, me encuentro a un hombre de gran tamaño sentado en la cocina. Es alto y con una contextura física bastante firme para estar pisando los cuarenta. Su cuerpo está envuelto en pantalones deportivos y una sudadera de la BCU. En cuanto se oye la madera hundirse bajo mis pies, él levanta la vista de los papeles que tiene frente a sí.

—¿Bill Shepard? —adivino, observando la gorra de los Jaguars que cubre la mayor parte de su cabello azabache. El hombre se pone de pie y se apresura a llegar a mí con una expresión ciertamente cautelosa.

—El mismo —responde, tendiendo una mano en mi dirección. La estrecho y me da un firme apretón, uno que trasmite

formalidad y cordialidad—. Será genial tenerte en el equipo, Beasley —agrega al instante. Y, como todo buen entrenador, me llama por mi apellido aunque no estemos en el campo.

—Coincido —apunto al instante—. No puedo esperar para conocer el campus y al equipo —admito con abierta sinceridad. Entonces el hombre aplaude estruendosamente y emite un extraño y ronco sonido desde el fondo de su garganta, algo que se asemeja a un festejo. Se ve que las formalidades no le duran mucho.

—Te encantará —dice con voz grave, casi a los gritos, antes de que lo que se asemeja a una extraña sonrisa le curve los labios—. El nuevo césped sintético es una belleza, y no puedo esperar para que conozcas a mis mucha... —Alguien interrumpe su energético parloteo.

—¿Te encuentras mejor? —La voz de la niña llega a mis oídos antes de que aparezca al lado de su padre—. ¡Yo no quería envenenarte! —jura con ojos de cachorro.

Le sonrío a modo tranquilizador, analizando esos ojos tan singulares. Puede que sienta que alguien está utilizando mi cabeza a modo de tambor, pero no puedo culpar a esta niña por intentar ser cortés y ofrecerme algo de beber a pesar de que me intoxicara hasta

los más recónditos trozos del intestino.

Bill abre los ojos al recordarlo y todo su frenesí de emoción se torna una rápida disculpa.

—Beasley, lo lamento. —Comienza palmeándome el hombro con demasiada fuerza, se nota que hay vergüenza y remordimiento en sus ojos almendrados—. Mi hija... —lo corto, y lo hago porque no necesito que se responsabilice de consecuencias que son ajenas a él.

—Su hija no tiene la culpa —replico antes de extender la mano y acariciar la cabeza de la niña. Automáticamente, ella cierra los ojos disfrutando del tacto, como hacen los felinos. No voy a negar que es empalagosamente linda y, al fin y al cabo, también es solo una cría—. Y, sin ánimos de ofender, creo que debería contratar a otra niñera —opino, e instantáneamente sus facciones se cubren de desconcierto—. No creo que sea seguro dejar a su hija en manos de una mujer tan imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños.

Bill abre la boca para replicar, pero la cierra mientras analiza mis palabras. Una de sus cejas se mantiene arqueada, dejándome saber que está claramente desorientado con el rumbo de la

conversación.

—Zoe no es mi hija —confiesa con lentitud.

Me toma unos segundos percatarme de que se refiere a la niña. Automáticamente, mi mano deja de trazar círculos en la cabeza de la mini humana y ella emite un quejido. Mientras la confusión me invade, la denominada Zoe agarra mi mano y la hace girar sobre su cabello, implorando en silencio que la siga acariciando. Observo cómo utiliza el reverso de mi mano como si fuese un jabón, e intercambio una mirada cargada de incredulidad con el entrenador.

—Claramente no lo es. —Está de acuerdo una voz femenina que proviene de las escaleras, a mis espaldas.

Mis ojos caen sobre una chica que se encuentra en el segundo piso. Se mantiene de brazos cruzados y una expresión de pocos amigos le atraviesa el rostro. *Jeans* se adhieren a sus largas piernas, al igual que una camiseta de mangas largas lo hace alrededor de su torso. Me tomo unos segundos para apreciar su figura, pero el tiempo se me agota antes de lo estipulado en cuanto comienza a bajar los peldaños de la escalera con lo que reconozco como indignación.

—Esa —señala el entrenador con su dedo índice—, es mi hija.

La auténtica Shepard llega al último escalón y me envía una mirada cargada con un poco de resentimiento. Su cabello, que seguramente no cepilló, cae sobre sus hombros y las puntas rozan su busto.

Hay que admitir que tiene una linda anatomía, pero por más linda que sea, no se quita el hecho de que me observa con un nítido enojo. Sus ojos se clavan y me evalúa.

—Y también soy la imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños —agrega, dejándome saber que escuchó cada una de las palabras que salieron de mi boca.

No siento remordimiento alguno por expresar que es una irresponsable, pero tal vez no sea lo más inteligente teniendo en cuenta que es la hija de mi entrenador. Si vamos a convivir, debemos llevarnos bien desde el principio.

—Malcom —dice Bill frotándose las sienes, incómodo y cansado ante el problema que se origina ante sus ojos—. Ella es mi hija, Kansas —esclarece, y me alegro de no haber expresado mis anteriores pensamientos sobre su ridículo nombre en voz alta—. Y

la niñera de Zoe.

—Creo que empezamos con el pie izquierdo. —Rompo el silencio que nos envuelve mientras la castaña sigue disparando miradas envenenadas en mi dirección, la niña continúa frotándose mi mano por la cabeza y Bill Shepard esconde sus ojos tras una mano. Kansas me dispara una última mirada antes de pasar por mi lado a toda velocidad.

—Soy zurda —aclara, dejándome saber que la cagué aún más.

### **Capítulo III**

Pautas

# Kansas

Me meto en el cuarto de lavado hecha una furia. No puedo creer que Malcom Beasley, un completo desconocido, me trate como a una niñera imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños. Claro que me importan los niños, de otra forma no pasaría tantas horas a la semana cuidando de uno de ellos. Así que llego a la conclusión de que me cae mejor cuando está inconsciente. Saco la ropa de la secadora y comienzo a doblarla a toda marcha. Estoy ofendida, mejor dicho, furiosa. No sé cuánto podré resistir sin volver a entrar a la sala y propinarle un puñetazo o comenzar a enumerar todas las razones por las que soy apta para hacerme cargo de un menor.

Tiene una figura estilizada y atlética. Se nota que trabaja su cuerpo y, claramente, obtiene frutos. Su rostro es un conjunto de ángulos varoniles en los cuales se destaca la forma de su mandíbula y sus pómulos. Y es propietario de unos intensos ojos azules que parecen haber sido creados a partir de zafiros. Para concluir, su acento —por favor, recordemos su acento— es el sonido más exquisito que he escuchado en toda mi existencia. Sí, puede

que sea un ser humano agraciado físicamente, pero todas sus virtudes estéticas se van por desagüe en cuanto recuerdo cómo le dijo a mi padre que yo era una niñera sumamente irresponsable, y que debía considerar contratar a alguien más.

No me gusta el hecho de que él me juzgue por lo que vio hoy. Si tan solo hubiera llegado alguno de los otros 364 días del año, sabría que soy apta para responsabilizarme de cualquier tipo de trabajo. De niños incluidos.

—Kansas. —La voz de Zoe llega desde la puerta, cargada con cierta inseguridad—. ¿Estás enojada porque envenené a Malcom?

—pregunta vacilante.

Dejo de doblar uno de los tantos pantalones deportivos de mi padre y observo la tela en silencio. Si no fuera por mí, su ropa apestaría a basural.

Bill Shepard también se merece un puñetazo, reflexiono. En cuanto nos encontró a Jamie y a mí cargando al chico inconsciente y comiendo galletas con la señora Hyland, se tornó arrebol. Y tras cargar a Malcom por las escaleras, me pidió una explicación detallada de cómo había terminado con el chico alcoholizado colgando de mi cuello. Una vez que confesé, pasó de ser del color



de una manzana al de una berenjena, su rostro se tornó púrpura y pensé que las venas de su cuello estallarían en cualquier momento.

No entendía por qué se preocupaba tanto por el extraño cuando en realidad él se había emborrachado a solas con una niña de seis años y se había confundido de hogar. Entonces me explicó que Malcom Beasley no se había equivocado de lugar, que él es un jugador de fútbol americano que fue transferido para jugar con los Jaguars de Betland desde Londres. Y es su invitado.

Me dejó estupefacta. ¿Cómo es posible que no me dijera que íbamos a hospedar a un extranjero? Pero según Bill Shepard, él me lo había mencionado el miércoles por la noche. Seguidamente le recordé que los miércoles por la noche pasaban *Presuntos Inocentes* por *Investigation Discovery*, y le dije que era obvio que no le estaba prestando atención porque me interesaba mucho más ver un programa donde se analizaba la mente criminal y los orígenes de sus macabros actos. Aquello pareció irritarlo aún más y se pasó alrededor de veinte minutos regañándome por hacer pasar el vodka como agua y ser la responsable del posible coma alcohólico de su nuevo jugador estrella.

Me defendí, reconocí que no debí haber dejado sola a Zoe ni

haber escondido el alcohol en la heladera, pero le planteé que solo



un idiota podría llevarse un vaso de vodka a los labios y no reconocer el líquido y su particular aroma. Y, como siempre, él tuvo una excusa. Como estricto y buen entrenador que es, conoce todos los hábitos alimenticios de sus jugadores. Dijo que Malcom jamás había probado una gota de alcohol en toda su vida y que llevaba una dieta perfectamente equilibrada desde que empezó a jugar fútbol a los catorce, recalcó que él no sabía lo que bebía. Lo defendió y me acusó de corromper a su nuevo deportista. Ahora estoy encolerizada por varios motivos, pero ninguno de ellos incluye a la pequeña Zoe Murphy. Ella es solo una niña que en su inocencia logró dejar inconsciente a un inglés.

—Claro que no —respondo con abierta honestidad antes de ponerme de cuchillas para estar a su altura—. No hay nada que pudieras hacer que lograra enojarme —confieso colocándole uno de sus rebeldes mechones tras la oreja.

—¿Nada?

—Nada.

Pero no puedo decir lo mismo de mi nuevo inquilino.

—No voy a repetir la pregunta —advierde mi padre entre dientes.

—Y yo no voy a repetir la respuesta —replico.

Hace no más de quince minutos que la señora Murphy pasó a recoger a Zoe. Ahora que estoy redimida de cualquier responsabilidad, mi padre es libre de acaparar toda mi atención.

—Tú escondiste el alcohol dentro de mi propia casa y eres la responsable de que mi jugador tenga una resaca inhumana —espeta demasiado alto, y estoy segura de que Malcom puede escucharlo desde el segundo piso—. Vas a disculparte y le dirás que te encantaría que nos acompañe para la cena, aunque sea una mentira.

No puedo contradecirlo con eso último. Él tiene razón, lo que menos quiero es sentarme a comer tallarines con el abstemio de Beasley.

—Sube y discúlpate —dice cruzándose de brazos. —Esta vez no es una pregunta, es una orden —aclara, y estoy segura de que, si tuviera su silbato alrededor del cuello, lo usaría para que corriese escaleras arriba de inmediato.

Me lanza una tableta de pastillas para el dolor de cabeza y se

gira para concentrarse otra vez en la salsa de sus amados tallarines.

Es lo único que sabe cocinar, y hasta con su estúpido y

risible delantal de flores luce amenazante.

Subo los peldaños de la escalera en silencio, ya estoy cansada

de discutir con él. Me planteo que, si voy a vivir bajo el mismo

techo que el abstemio de Londres, por lo menos debería intentar

que nos lleváramos bien. Así que en el corto trayecto que hay hasta

la habitación de invitados, me convengo de que todo lo que ocurrió

hoy es una gran maraña de malentendidos. Mañana será otro día y

seguramente podremos empezar con mi pie izquierdo y su pie

derecho. Lo que acabo de pensar ni siquiera tiene sentido, pero da

igual. Puedo tragarme mi orgullo y dar el primer paso a lo que

podría ser una caótica y efímera amistad. Sin embargo, todas las

disculpas que penden de la punta de mi lengua se evaporan en

cuanto él abre la puerta.

Está sin camiseta.

Está sin camiseta, repito.

Lo primero que veo son sus anchos y trabajados hombros, de

los cuales descenden los músculos de sus brazos. Las venas

sobresalen de su piel y toma todo de mí apartar la mirada. Pero

es un grave error, porque ahora miro su pecho: esos pectorales no se consiguen en cualquier tienda, y es notorio que sus definidos abdominales tampoco lo hacen. Y, para finalizar, contemplo la V de su cadera que se pierde en las más recónditas pulgadas de sus pantalones de gimnasia.

—Mis ojos están aquí arriba. —Su voz penetra mis oídos y hace conectar otra vez mi cerebro, el cual se desenchufó por unos segundos.

Anclo mis ojos en los suyos y no estoy segura de qué es más cautivante: su rostro o su cuerpo. Pero me quedo con el segundo porque el primero viene con una boca incluida y no me gusta lo que me dice.

—Soy consciente de que tus ojos están allá arriba y tus testículos allá abajo —espeto con un poco de brusquedad, dejándole en claro que conozco la anatomía humana.

No es que me guste estar a la defensiva, pero su acento y el tono desdeñoso con el que habla no son una buena combinación.

—Si vas a disculparte preferiría que mantengas tus ojos en el hemisferio norte de mi cuerpo —replica encogiéndose de hombros antes de cruzarse de brazos.

Eso no ayuda en absoluto. Las únicas palabras que hay en mis pensamientos en este momento son bíceps, tríceps, deltoides.

Bíceps, tríceps, deltoides.

Ahora tengo la certeza de que escuchó todo lo que dijo mi padre. Lanzo imprecaciones mentales al hombre por tener unas cuerdas vocales tan potentes.

—Lamento haber... —comienzo tras una exhalación, pero cambio las palabras al no estar segura de cómo seguir—. No habría escondido el vodka en la heladera si hubiera sabido que ibas a venir. Te habría ahorrado la resaca de saber que no sabías diferenciar el agua del alcohol —finalizo.

—Pero lo habrías hecho si no venía —apunta analizando con meticulosidad la oración. Sus ojos azules brillan con acusación bajo la mortecina luz del corredor.

—¿Qué quieres decirme, Beasley? —interrogo con cautela.

—Que sigues sin ser apta para cuidar niños, eso digo.

En cuanto termina de pronunciar las palabras, siento que la cólera se desprende por mi torrente sanguíneo. Su brutal honestidad junto con ese marcado acento provoca que un sentimiento de desagrado se origine y cobre fuerzas en mis adentros. Zoe jamás

habría abierto la heladera si él no se hubiera presentado, de eso estoy segura porque, de otra forma, jamás hubiera dejado el vodka allí, a su alcance. ¡Zoe ni siquiera toma agua! Solamente refresco.

—¿Me estás llamando incompetente? —cuestiono para estar segura de que he entendido bien.

—Te estoy llamando por lo que eres, sin ánimos de ofender —dice con el ceño fruncido, como si estuviera desconcertado por mi reacción.

Cuando alguien te insulta, aunque sea de forma sutil, uno no suele responder con: «¡Hey, muchas gracias por expresar tu peor juicio sobre mi persona!»

—Jamás dije que fueras incompetente, sino que... —se toma un segundo para encontrar las palabras adecuadas—. Eres muy inmadura para cuidar de Zoe, o de cualquier otro ser vivo que requiera de la más mínima atención.

No es mi culpa que él no haya probado el alcohol en toda su vida y que esté tan absorto en su carrera deportiva como para no tener ni un gramo de diversión y jovialidad en todo su cuerpo.

—Tomar alcohol no me convierte en alguien irresponsable —

le dejo en claro—. Mis responsabilidades están apartadas de mis salidas nocturnas, y es de mente muy cerrada decir que alguien no puede tener un equilibrio con todas las facetas de su personalidad.

Discutimos con bastante energía, pero no me doy cuenta de eso hasta que siento que mi respiración está acelerada.

—Sigue diciéndote eso si te hace sentir mejor —repite encogiéndose de hombros.

Nunca quise utilizar a alguien como saco de boxeo hasta ahora.

—Toma —escupo estrellándole la tableta de pastillas contra el pecho—. Y ahógate con una.

Comienzo a atravesar el pasillo, pero recuerdo lo que mi padre dijo.

—Sería un placer que te nos unas a la cena —añado lo suficientemente alto como para que Shepard me oiga.

Los ojos azules del muchacho se encuentran con los míos a través del corredor y le dejo en claro con una simple mirada que su actitud no me gusta, mucho menos su criterio.

Y, para mi sorpresa, él me observa de la misma manera.



# Malcom

La cena transcurre fenomenal. Creo que eso se debe a que Kansas no nos acompaña en la mesa. La veo subir con un plato rebosante de tallarines a la que creo que es su habitación, al otro lado del pasillo. Bill se disculpa por su conducta y dice que probablemente tiene las hormonas revolucionadas por su período, y como ninguno quiere entrar en detalles ni entiende perfecta y completamente el mundo femenino, nos sentamos a hablar de lo que sí comprendemos, de lo que nos apasiona: el fútbol americano. Él me cuenta todo sobre los Jaguars de Betland. Luego, discutimos sobre tácticas de ataque en el campo y sobre mi trayectoria futbolística. Se nota que es un apasionado por el deporte y no puedo esperar para mostrarle todo lo que tengo para dar en el campo. Su entusiasmo me da ganas de ponerme los botines. Luego, me habla sobre mi itinerario semanal. Mi objetivo nunca fue precisamente estudiar en la BCU, sino enfocarme en mi carrera como futbolista de americano y para arreglar algunos asuntos. Los Jaguars son un grupo renombrado entre los diversos equipos universitarios de Estados Unidos, y unirme a ellos me da

la oportunidad de ampliar mi ámbito deportivo y conocer potenciales ligas de fútbol a futuro. Son muchos los representantes que vienen a ver jugar al equipo de Bill Shepard, muchos con los que ya me he contactado y muchos otros con los que no.

—Tú estadia aquí no será fácil, Beasley —dice apuntándome con su tenedor y salpicándome con salsa—. Entrenamientos matutinos de lunes a miércoles de nueve a once y media y de una a tres —comienza antes de enroscar más fideos alrededor de su tenedor—. Jueves al gimnasio de diez a doce y de siete a ocho en el campo, los viernes solo tienes clases y probablemente salgamos a correr. Los domingos son tus días de descanso. Los sábados son los días de partido, falta a uno y te patearé fuera del equipo —advierte—. Cinco comidas al día obligatorias. Alta ingesta de carbohidratos y vegetales, te quiero siempre hidratado y dispuesto.

—Menea su cubierto en mi dirección mientras engullo los tallarines—. Sé que no hay drogas, alcohol o alta ingesta de azúcares en tu dieta, y espero que siga así. De otra forma llegarás a Guinea Ecuatorial con mi pie incrustado entre tus nalgas.

—¿Y cuáles son las reglas de la casa? —pregunto cuando termina de enumerar todo aquello que tengo y no tengo permitido

hacer para obtener un buen rendimiento en el campo.

—No me interesa que salgas de fiesta los días que tienes libre, pero no puedes traer chicas a esta casa. Sería incómodo y desatento de tu parte. En fin, solo son bienvenidos los muchachos del equipo, cualquiera de los cincuenta y ocho. Si ves a un chico ajeno a los Jaguars, lo echas a patadas —dice sin pelos en la lengua. Y creo que esto último tiene algo que ver con su hija—. De verdad, échalo —recalca.

—¿Aunque sea invitado de su hija? —inquiero, pero creo que conozco la respuesta. Él habla de ser desatento e irrespetuoso, pero no parece ser muy cortés en general.

—Creo que nos estamos entendiendo. —Sonríe con un tallarín colgando de la comisura de sus labios.

—Usted parece ser algo paranoico, señor. Por eso me atrevo a preguntar qué hay con chicos del equipo, ¿no representan ninguna clase de... amenaza?

Él me regala una sonrisa haragana y de autosuficiencia, como si ya tuviera todo cubierto.

—Todos mis muchachos saben una cosa —explica limpiándose, por fin, la salsa que resta alrededor de su boca—. Para

que lo profesional no se mezcle con lo personal, como ha ocurrido en el pasado, tengo una regla: cualquier jugador de la BCU que se acerque a mi hija —hace una pausa, mirándome directamente a los ojos—, no sobrevive para contarlo —exagera.

Está exagerando, ¿verdad?

Reprimo el impulso de contestarle que solo un joven necio e irreflexivo querría estar con alguien que posee el terco e imprudente carácter de su hija.

—No se preocupe por mí —lo tranquilizo—. Kansas no es mi tipo. Nuestras personalidades no congenian bien.

Y por mi propio bien, espero que nunca lo hagan.

## **Capítulo IV**

Discernimiento

# Kansas

Es miércoles y son las siete de la mañana. Si hay algo más doloroso que dejar mi pequeño nido de comodidad —y con eso me refiero a mi cama—, dudo que seguir viviendo valga la pena.

Pero, para mi sorpresa, la mañana me sonrío.

Todo empezó cuando me desperté alrededor de las cinco para ir al baño. Me encontré a mi padre enfundado en sus típicos pantalones deportivos, una sudadera de la BCU y sus zapatillas de deporte. Lo que me dio un placer inmenso fue ver como entraba a la habitación de Malcom a los gritos. «¡No quiero holgazanes en esta casa, aquí los hombres madrugan!» Fue lo primero que exclamó cuando irrumpió en la recámara. «Te quiero en tres minutos abajo, me debes cinco millas corriendo».

Siguió gritando y, estoy segura de que, si hubiera estado dormida, me hubiera levantado únicamente para estamparle un puñetazo por despertarme con su mierda deportiva. «¡Muévete, Beasley! ¡No viniste a Estados Unidos para vacacionar!» Le dijo mientras yo tiraba la cadena y trazaba el camino de vuelta a mi habitación.

Mi padre salió a trote rápido y bajó las escaleras con su usual energía mañanera. No entiendo cómo alguien puede estar tan vivo a esas horas teniendo en cuenta que yo aún me golpeo con las paredes mientras intento pasar por el umbral de una puerta antes de las diez.

En fin, lo siguiente que vi fue al inglés pasándose las manos por su alborotado cabello rubio. Estaba en el umbral con una camiseta negra y pantalones de pijama a cuadros. Sus ojos se encontraron con los míos a través de las masas de aire, parecían somnolientos e irritados, y eso me trajo una profunda satisfacción.

—No sabes en lo que te has metido, Beasley —le dije con diversión antes de encontrar la puerta, luego de cinco intentos fallidos, y de adentrarme una vez más en mi nido de comodidad y calidez.

Oí el intento de una maldición por su parte, y digo intento porque estoy segura de que lo oí nombrar algún vegetal con impotencia. Puedo jurar que tuve un sueño de lo más reparador en cuanto mi padre agregó: «Nada de maldiciones disfrazadas de verduras en esta casa. ¡Ahora me debes seis millas, muchacho! ¡¿Quieres seguir quejándote y correr ida y vuelta por América del

Norte?!»

Cuando termino de recordar los hechos de esta mañana, retorciéndome de goce, ya estoy lista para treparme a mi Jeep y enfrentarme a otro día de universidad.

Una vez que dejo el coche en el estacionamiento, me encamino a la cafetería estudiantil, que es un gran edificio de ladrillo y vidrio que se eleva en una de las tantas hectáreas que abarca el campus. Tiene como objetivo brindar tres de las seis comidas principales a sus estudiantes, y no puedo saltarme ni un día sin tomar mi dosis de café en este lugar. Sin duda alguna creo que eso, y el hecho de ver a Harriet y Jamie, me ayudan a sobrellevar el día.

Ellas me esperan en el mismo sitio que ocupamos desde ya hace un año. Jamie tiene los pies sobre la mesa mientras se recuesta contra el respaldo de su silla; muerde una manzana y lee una revista de moda. Harriet, por otro lado, está sentada con su espalda completamente erguida. Tiene los tobillos entrelazados bajo la silla y hace anotaciones sobre la Constitución de los Estados Unidos.

Ella en verdad está dedicada a su carrera.

—Bienvenida a otro día en el infierno —saluda la rubia sin

apartar sus ojos de los apuntes de impecable caligrafía. A continuación, Jamie desliza mi café con leche por la superficie de la mesa sin apartar los ojos de su lectura sobre los colores de la temporada.

—¿Habrás algún día en que llegue y no estés resaltando artículos en la Constitución o haciendo apuntes sobre ello? — inquiero y doy un sorbo a mi bebida.

—Sí, el día en que me gradúe —responde tomando otro resaltador de la docena que se alinean en la mesa.

—¿Quieres escuchar algo que en verdad corrompe tu preciosa ley? —pregunta Jamie bajando los pies de la mesa y acercándose con su silla. Una sonrisa juguetona curva sus labios.

—Si corrompe la ley, deberé tomar medidas —le advierte medio en broma, medio en serio.

—Yo misma tomaría medidas con Malcom Beasley — confiesa la pelirroja, e instantáneamente me ahogo con el café.

—¿Y ese quién es? —cuestiona Harriet arqueando una de sus depiladas cejas.

—Un imbécil, eso es lo que es —explico.

A continuación, Jamie le informa con lujo de detalles lo



ocurrido ayer mientras la rubia la observa horrorizada. Luego, es mi turno de hablar y les cuento la forma en que el inglés me tildó de mujer imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños porque, claramente, soy una rencorosa que no se olvida de esas cosas.

—¿Quién es tan despistado como para no darse cuenta de que está tomando vodka? —se burla la futura abogada.

—Beasley —respondo sin dejar de jugar con la pajilla de mi bebida—. Y lo mejor es que mi padre lo defiende por ser su nueva estrella llegada desde el otro lado del Atlántico.

—No te apresures con llamarlo estrella, ni siquiera lo hemos visto jugar —apunta la chica de los resaltadores colocando un marcapáginas en donde dejó la lectura—. Tal vez no sea la gran cosa en el fútbol. Bill se dará cuenta de eso y lo regresará en una caja por correo a Inglaterra. —Hace el intento de animarme.

—Conocen a mi padre —espeto—. Si ese chico tiene más talento del que aparenta, hay muy pocas probabilidades de que se marche de mi casa. Bill Shepard va a cuidarlo como si fuera un cofre de monedas de oro.

Con honestidad, no quería ni quiero tenerlo bajo mi mismo

techo. Mi padre me dijo que es un arreglo temporal, pero eso no ayuda en absoluto.

—Tal vez podemos ir a verlo jugar durante el receso — sugiere Jamie, e instantáneamente le lanzo una mirada de advertencia. Sé que no está pensando con la cabeza, sino con las hormonas—. Es para que Harriet evalúe a lo que se está enfrentando su preciosa ley —se apresura a decir, pero es incapaz de ocultar la sonrisa que atraviesa sus labios con picardía.

—En realidad —la corrijo—, es para saber a qué me enfrento yo.

Llega el momento de partir. Me dirijo a mi clase favorita, donde habla un hombre que afortunadamente no tiene ninguna clase de acento y que, siendo sincera, es más agradable que el promedio de todos los profesores que me tocaron este año.

—Empatía —comienza con otro tema el profesor Ruggles, entrelazando las manos tras su espalda baja—. Definida como la capacidad cognitiva de distinguir lo que el otro puede sentir. Es lo que informalmente llamamos: «ponerse en zapatos del otro» — explica mientras abro mi cuaderno para tomar apuntes—. Todos hablan de que la empatía es una virtud, y si alguien posee esta

cualidad de situarse en el lugar del otro, se lo debe asociar como alguien digno de confianza y de buena ética. Así que díganme ustedes, ¿creen que la empatía puede tener un lado oscuro? ¿Puede tener un efecto negativo? —inquire hacia la clase.

—Yo no lo creo. —Una familiar voz femenina se alza sobre el silencio de la clase, y toda la atención se centra en aquella castaña de excepcionales ojos aguamarina—. ¿Por qué una virtud tan preciada y humana tendría un lado oscuro? La empatía nos permite relacionarnos de una forma más profunda con alguien más, y creo que es extraordinario el hecho de que alguien logre compadecerse del dolor o de cualquier otro sentimiento ajeno. Eso nos hace, en parte, humanos —finaliza Sierra, y no puedo evitar dejar de tomar apuntes en cuanto termina su discurso.

—Todas las virtudes en exceso tienen su lado negativo, incluida la empatía —replico desde mi asiento, capturando la atención de mi clase.

—Señorita Shepard, ¿verdad?, ¿podría explicar de forma más amplia su punto de vista? —pregunta Ruggles sacándose sus gafas y cruzándose de brazos—. Ejemplifíquelo con una situación de ser posible.

—De acuerdo... —comienzo dándole golpecitos a la mesa con el extremo del lápiz, intentando buscar las palabras justas para explicar mi posición—. Supongamos que hay una persona X, es nuestro amigo y tiene serios problemas financieros —invento, y puedo sentir los intensos ojos de Sierra escudriñándome desde la primera fila—. Esta persona va a correr una maratón con el objetivo de ganar dinero y poder solventar sus gastos. El problema es que tiene muy pocas probabilidades de ganar contra un maratonista entrenado —prosigo—. Supongamos que tenemos la opción de intoxicarlo, que consta en ponerle una sustancia en el agua que le provoque dolor estomacal y afecte su desempeño deportivo.

—Creo que sé hacia dónde se dirige esto —sospecha Ruggles—. La pregunta es, ¿intoxicarían al maratonista para que X amigo gane el dinero? Recuerden que tiene serios problemas económicos, y agreguémosle a un niño pequeño al cual alimentar.

—Yo lo haría —comenta un chico desde el fondo, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

—Porque el fin justifica los medios —se mete Sierra, como si fuera la voz de la razón.

—Eso es una mierda —salto yo, e instantáneamente el profesor me lanza una prolongada mirada de advertencia—. Lo siento —me disculpo por mi vocabulario, pero es imposible no recitar todas las palabras que ofenderían a Jesús cuando escucho parlotear a Sierra Montgomery—. Lo único que harías ayudando al sujeto X es infligirle dolor a alguien más, y terminarías actuando de forma inmoral e impulsiva, excusándote con el pretexto de ayudar a tu amigo. —Comienzo a quedarme sin aire por hablar tan rápido; este debate me está consumiendo—. La empatía se torna peligrosa si cruza cierto límite.

—Entonces, ¿opinan al igual que la señorita Montgomery, que el fin justifica los medios en esta situación? ¿O se inclinan a favor de la señorita Shepard, que sostiene que la empatía es aceptada hasta cierto punto? —inquire el hombre con un tono sugestivo—. Cualquiera sea su postura quiero un ensayo fundamentado para la próxima clase, eso adjunto a otro ensayo que trate sobre las capacidades cognitivas. Internet y los capítulos 29, 30 y 31 los ayudaran.

Recojo mis cosas y me cuelgo el morral al hombro. Mientras trazo el camino para salir de la facultad de Psicología no puedo

evitar imaginarme la cabeza de Sierra siendo utilizada como balón de fútbol americano. Lo imprimiría y lo encuadraría si mi cerebro viniera con una impresora incluida.

Ella y yo no nos llevamos bien. Desde el primer día de universidad se originó una rivalidad entre nosotras, y eso se debe a que siempre discutimos. El problema es que nuestras peleas disfrazadas de debates se tornaron agresivas con el paso del tiempo. Reconozco que Sierra es excepcional: tiene uno de los promedios más altos de la carrera, es dedicada, y se nota que le apasiona la psicología tanto como la confrontación. Y ahí está el asunto: somos demasiado parecidas como para llevarnos bien. Y también está el hecho de que se acuesta, ocasionalmente, con Logan Mercury, mi exnovio.

Diviso a Harriet sentada en las gradas de la tribuna, las mismas que se encuentran a los laterales del descomunal campo de fútbol.

—¡Tienes cien yardas para correr y te quedas ahí parado como un imbécil! ¡¿Qué diablos está mal contigo, Timberg?!  
¡Corre, por el amor de Dios, corre! —exclama alguien a todo pulmón, gesticulando y golpeando el aire con frenesí. Bill Shepard

está en su elemento.

—Tú padre está en su hábitat —comenta Harriet en cuanto tomo asiento a su lado.

Hay más de media docena de cascos en el campo. Todos los jugadores corren como si fueran galgos detrás de una liebre. No puedo evitar apreciar la vista, porque si hay una razón por la cual las mujeres vemos fútbol americano es por los ajustados pantalones y las nalgas de los deportistas.

—¡Quiero un partido improvisado, divídanse! ¡Y tú, Timberg, más vale que te muevas! —grita antes de tocar su silbato, el sonido es agudo y siento que en algún momento comenzaran a sangrarme los oídos—. ¡Si pretendes jugar a las estatuas, consíguate un museo! —le ladra al número dieciséis.

—Ahora, ¿puedes decirme cuál de todos es Malcom Beasley?

—interroga mi amiga prendiendo el último botón de su chaqueta porque hace tanto frío que te cala los huesos.

—¿Cómo voy a saber cuál es? —replico y hago un ademán al campo—. Parecen todos hijos de la misma madre con esos uniformes, y son más de cincuenta.

—Conoces el trasero de la mayoría, así que emplea tus

habilidades oculares y dime cuáles son las nuevas nalgas europeas.

Con un suspiro, deslizo mis ojos hacia el frente otra vez. Hace años descubrí que, aunque vistan completamente iguales, puedo distinguir a los jugadores por el contorno de sus glúteos. Es un talento que aprecio mucho ya que no soy capaz de recordar el número de cada jugador, y solo usan las camisetas con sus apellidos en los partidos oficiales. Al único al que puedo reconocer a simple vista, más allá de a Ben y a Chase que no me están dando la espalda, es a Logan Mercury y su maldito número siete.

Él y yo tuvimos una historia de lo más inusual. Todo comenzó cuando, en mi primer día de universidad, le choqué el coche. Era la primera vez que yo conducía el Jeep y el resultado no fue bueno.

Le dejé una abolladura y un par de luces rotas con un coste de reparación de más de ciento veinte dólares. Él me exigió el dinero y yo se lo negué, justificándome con que él era la persona que había dejado su vehículo mal estacionado. Desde ese momento empezamos a discutir todos los días por lo mismo. En algún momento la guerra entre nosotros se transformó en algo más.

Los meses siguientes fueron geniales, hasta que decidimos dar el primer paso en nuestro noviazgo y lo llevé a mi casa.



Error, gran error.

Bill Shepard, fiel a su papel de padre, lo intentó espantar con miradas asesinas y comentarios viperinos y afilados. El problema —y pronto sabrás por qué fue un problema—, se originó cuando Logan mencionó su fanatismo por los Kansas City Chiefs.

Mi padre pasó de odiarlo a amarlo en cuestión de minutos, y la cena trascurrió de maravilla. Para ellos.

Se la pasaron hablando de fútbol mientras yo revolvía los espárragos en mi plato, muerta del aburrimiento. Lo dejé pasar, pero cuando lo mismo se repitió por las siguientes semanas fue demasiado para mí. Ninguna zorra, ni siquiera Sierra Montgomery, me había robado a mi novio. Fue mi padre. Bill Shepard me robó a mi novio, reitero.

Un día Logan me reveló que se había probado para el equipo de los Jaguars y que lo querían dentro. Y sí, desgraciadamente, el chico escogió el fútbol antes que a mí porque no podía tener a ambos y era consciente de eso.

Mi padre siempre me dijo por qué no podía tener ninguna relación con los miembros del equipo. Él me planteó que, como entrenador, quería lo mejor para sus jugadores. Dijo que no se

trataba simplemente de fútbol. Jugar en la BCU era la oportunidad para conseguir una sólida y distinguida carrera deportiva para estos chicos, era el futuro de muchos. Otros jugaban porque era obligatorio cursar actividades extracurriculares para ganar créditos, y hasta había algunos que eran becados y de esa forma podían pagar sus estudios. El fútbol no se reducía a pasar un balón, era mucho más que eso y Bill Shepard lo sabía. Pero, por otro lado, seguía siendo mi padre. Me explicó que, si alguno de estos chicos me rompía el corazón, lo echaría a patadas del equipo y no querría verlo ni en fotos. Aquello podría costarle el futuro a alguno, y él no quería mezclar lo profesional con lo personal por varios motivos. El principal es el que ya mencioné y el que le sigue es el hecho de que en verdad aprecia a los Jaguars y prácticamente los quiere como si fueran sus hijos. Un padre no puede elegir entre dos de sus retoños. Por eso existe una regla vigente que es una ley inquebrantable: está prohibido salir con la hija del entrenador. En cuanto Logan Mercury tuvo que elegir, escogió el fútbol. Tras eso buscó un reemplazo en su cama y resultó ser mi odiosa compañera de clase: Sierra. Parte de mi desagrado hacia el fútbol tiene su origen ahí, en el momento en que el número siete

me botó por un balón.

—No estás haciendo un buen trabajo en esto de encontrar al trasero europeo. —La voz de Harriet me saca de mi ensimismamiento—. Pero como gran abogada que algún día seré, creo que he encontrado al acusado de quebrantar la ley.

Entonces lo veo. Se acaba de sacar el casco y sacude la cabeza para apartar los mechones dorados que se adhieren a la piel de su sudorosa frente. Siento que voy a tener un paro cardíaco o un ataque de risa en cuanto toma una botella de agua y vierte el líquido sobre su cabeza. ¿Y este quién se cree que es? Es el cliché de película más grande que he visto y, a su vez, es una de las imágenes más gloriosas.

—Bendito sea el número veintisiete —murmura Harriet.

—Amén.

## **Capítulo V**

*Tackle*

# Malcom

La gente a mi alrededor parece estar al borde de la hipotermia cuando hay un sol que pone a prueba tus glándulas sudoríparas.

Claramente no conocen el crudo clima de Londres y, comparado con el país europeo, Betland es un volcán en erupción. Estoy sudando demasiado, nunca anhelé tanto una ducha. No estoy cansado, la adrenalina todavía recorre mi torrente sanguíneo a gran velocidad. La energía me sobra y, si fuera parte de un átomo, tengo la certeza de que sería los protones.

—¡Tienen dos minutos antes de posicionarse y comenzar! — grita el entrenador a todo pulmón, y automáticamente corro hacia la banca en busca de agua—. ¡Hidratense o yo mismo les meteré las botellas de agua por la garganta!

El Bill Shepard de delantal floreado que hace salsa para tallarines parece haber desaparecido, porque el hombre que tengo frente a mí no es más que un intimidante cuarentón con un alto e inquebrantable espíritu deportivo.

No me contengo y vierto el agua sobre mi cabeza para refrescarme. Me reprocho por no haberlo hecho antes, dado que es

bastante relajante y, teniendo en cuenta la forma en la que había empezado mi día, un poco de relajación no me viene mal.

Comencé corriendo seis millas a la redonda, pero eso no me alteró en lo absoluto. Me gusta la disciplina, creo que es una parte fundamental para alcanzar el éxito deportivo. Mi dilema estaba en que, de esas seis millas, cinco me las pasé maldiciendo internamente a Kansas. No podía quitarme la mirada de satisfacción que brilló en sus ojos al verme a las cinco de la mañana, somnoliento y desconcertado, a punto de dejar medio pulmón en la avenida. Reconozco que no tendría que haber criticado a la niñera de Zoe sin saber de quién se trataba antes, pero ella es la imprudente que dejó el alcohol al alcance de una niña de seis años. Hija de Bill o no, hay que reconocer que estuvo mal, y no me arrepiento de nada de lo que dije porque, si una frase salió de mi boca, fue porque así debía ser. No me trago mis opiniones, y si algo me parece incorrecto, lo señalo. Como, por ejemplo, Kansas Shepard: una de esas jóvenes desapacibles e insensatas que no entran en mi círculo de amistades.

Entonces, como si fuera un demonio que ha sido invocado, la castaña aparece en mi vista panorámica del campo. Está sentada

junto a una rubia de buen vestir. Ambas me miran fijo. Estoy seguro de que Kansas le contaba a su amiga el monstruo que soy por haberla llamado una persona imprudente y desinteresada por la seguridad de los menores, y lo sé porque Kansas parece del tipo rencoroso.

—Tú debes ser el europeo —dice una voz a pocos pies de mí—. ¿Qué tal están las chicas inglesas? —interroga mientras se quita el casco para revelar una sonrisa jovial y ojos cordiales. Aparto la vista de la chica rencorosa de las gradas y observo la forma en que el número trece se acerca con una botella de *Gatorade* pegada a los labios.

—Las nativas de tu país son más lindas —le informo. Solo pasaron horas desde que entré por primera vez a la Betland Central University, pero en el tiempo que llevo aquí he sido testigo de grandes milagros genéticos.

—Bien dicho, Tigre. —Me palmea el hombro mientras el líquido que acaba de beber aún chorrea por su barbilla. Este tipo es asqueroso, asqueroso pero agradable—. Soy Ben, uno de los receptores —añade dejándome saber su posición en el campo mientras se limpia los restos de bebida con la manga.

—Y yo soy el *quarterback* — interrumpe una voz, pero esta no me resulta tan simpática como la del número trece—.

Bienvenido al equipo, Beasley.

El chico se acerca para tomar una botella de la banca y sus ojos carbónicos me miran con cierta altanería. Su tono es despreocupado, aunque tiene la respiración acelerada por tanto correr.

—¿En qué posición solías jugar en Londres? — interroga

Ben. Lanza la *Gatorade* a un lado y escupe al césped.

Asqueroso pero agradable, me repito.

—*Quarterback*.

El cuerpo del chico de ojos carbónicos se tensa por los varios segundos en que nos envuelve el silencio. Se nota que la noticia le sienta como un grano en culo.

—No te preocupes, Beasley —masculla retomando el tono confiado y aparentemente amable, pero soy capaz de oír la soberbia en su voz—. Seguramente el entrenador te encontrará una buena posición. Un *tackle* ofensivo o algo así. —Sonríe, y eso me hace contraer hasta los más recónditos trozos del intestino. ¿*Tackle* ofensivo? Ni aunque volviera a alcoholizarme una niña de seis años

tomaría ese puesto.

El *tackle* ofensivo casi nunca recibe un pase y pocas veces s  
on las que le toca correr. Si este joven piensa que le voy a cuidar  
las espaldas, está muy equivocado.

Me tomo un minuto para observarlo en silencio.

—No llegué hasta aquí para jugar como *tackle* ofensivo —  
le aclaro antes de volver a ponerme el casco—. No es una posición  
que sea de mi total agrado, como tampoco creo que sea la tuya.

El silbato suena y no puedo encontrar las palabras exactas  
para describir las ganas que tengo de poner a este ser humano en su  
lugar.

Al número siete.



—¡Timberg, pedazo de mierda! ¡Mira lo que le has hecho a  
Ottis! —vocifera el entrenador frenando el juego improvisado.

El llamado Ottis, número 21, estaba tomando la posición de  
receptor para nuestro equipo. En cuanto comenzó a correr con el  
balón, el número dieciséis, como buen *safety*, se le abalanzó para  
detenerlo. El problema fue que Ottis cayó con la rodilla flexionada



bajo su cuerpo y un botín se clavó en su trasero.

—¡Llévenlo a la enfermería! —ordena a dos de los jugadores

antes

de

volver

a

enfrentarse

al

*safety*—

. ¡Todo el mundo quiere a Ottis, ¿tienes un problema con Ottis, Timberg?! ¡Confiesa! —brama con el rostro al borde del enrojecimiento total.

—No, yo ta-también quiero a Ottis —tartamudea el chico—.

¡Lo amo! —declara intimidado.

—¡Entonces demuéstrole tu amor, Timberg! —le ruge, y si

hay algo más potente que las cuerdas vocales de Bill Shepard, no me gustaría escucharlo—. ¡Ve con él y asegúrate de que esté bien!

Porque si algo le pasa a mi segundo receptor, yo mismo te haré puré

—añade en un tono moderadamente bajo, y mis oídos parecen

respirar por primera vez—. ¡Y soy muy buen cocinero,

Timberg! ¡Pregúntale a Beasley cómo estaban los tallarines de anoche! —retoma a los gritos.

El rostro del número dieciséis se cubre con desconcierto, probablemente pensando que este hombre necesita medicación psiquiátrica.

—¡Pregúntale! —insiste.

—¿Cómo estuvieron lo-los tallarines? —inquire en mi dirección.

—Muy buenos, indudablemente sápidos —respondo. Me encojo de hombros e intento evitar que Shepard vuelque sus gritos en mi dirección.

Timberg sale trotando en dirección a Ottis, quién camina lentamente a las afueras del campo con dos chicos de soporte a sus costados.

—¡A sus posiciones! ¡Esto no ha acabado, muchachos! —

Toca el silbato con esmero.

Me encamino al campo a trote constante. Como es un partido improvisado, algunos jugadores toman posiciones que usualmente no les corresponden. Esto es algo totalmente nuevo dado que jamás habíamos puesto en práctica algo así con mi equipo anterior. Este

no es un partido oficial, por lo que estoy del lado del equipo rojo ocupando la posición de centro. Y, aunque quería que el número siete estuviese en el equipo blanco para cargármelo en cuanto sonara el silbato, Bill me lo había puesto como compañero.

Mercury está con su rostro a pulgadas de mi trasero. Él es el único que no fue obligado a cambiar de posición, y podrían colocar su nombre como sinónimo de favoritismo en el diccionario.

—Así que te hospedas en la casa del *coach* — dice con un tono aparentemente desinteresado. Yo tomo mi lugar, manos en la tierra y músculos tensos. Tal vez si lo ignoro se calle un rato, y espero que sea pronto porque no soy muy abierto a las charlas con altaneros.

—¿Quieres que te dé algo de información? —pregunta con un tono sugestivo. Mi silencio parece hacerle gracia porque comienza a reírse—. Te la daré de todos modos. El árbol del lateral de la casa da justo con la ventana del baño —murmura en cuanto estamos por retomar el juego.

—¿Y por qué querría saber eso? —espeto.

Estoy seguro de que una sonrisa se está extendiendo tras su casco.

—Porque Kansas toma su ducha a las ocho.

Mi cabeza da un giro de noventa grados para observarlo sobre mi hombro al mismo tiempo en que Bill hace sonar el silbato. Estoy perplejo, y uno de la defensa del equipo blanco carga contra mí tomándome con la guardia baja.

Termino bajo un chico que probablemente pesa más de 220 libras en músculo, creo que me rompió alguna que otra costilla.

Empiezo a desarrollar un intenso desagrado por el número siete, por Logan Mercury.

# Kansas

—Nunca escuché a mi padre lanzar tantos gritos de gloria en un entrenamiento —confieso a Harriet a través de la línea telefónica—. Y eso no es una buena señal, no para mí.

Abro la puerta y dejo caer mi morral en el sofá. No entiendo mucho sobre este deporte, pero tengo la certeza de que lo que vi en el campo tiene potencial. Beasley tiene agilidad y resistencia en cuanto a fútbol americano se refiere, aunque no puedo decir lo mismo respecto a su tolerancia al alcohol. Es veloz, y mi padre hasta lo halagó a gritos por varios movimientos y tácticas que implementó. El único momento donde su talento brilló por su ausencia fue en el último minuto del partido improvisado. Un grandulón lo derribó como si fuese una hoja de papel, y no estoy segura de por qué perdió la concentración. No era como si estuviera prestándole demasiada atención en ese momento, teniendo en cuenta que intentaba perforar el cráneo de Logan Mercury con la mirada.

—No creo que ganes ningún juicio contra él —se sincera la rubia refiriéndose al hecho de que el inglés es una inminente y

constante amenaza ante la ley tanto estética como moral.

—¿Lo dices como mi amiga o como mi asesora legal? —  
inquiero.

—Como ambas, Kansas —responde mientras abro la nevera  
para sacar un poco de leche. Esta vez, no está vencida, es un gran  
logro—. Bill parece bastante conforme con lo que ve en el campo  
y lo sabes —sigue ella mientras doy un trago de la botella. Estoy  
segura de que a Harriet le daría un ataque si pudiera verme—. Así  
que creo que es cuestión de tiempo para que Malcom se  
mude, mientras tanto, sopórtalo.

—Me gustaría ver que Jamie o tú lo soporten —murmuro al  
cerrar la heladera—. Lo conocí hace menos de tres días y ya me  
pone del malhumor el simple hecho de verlo.

—Sobrevivirás —me alienta—. Y hablando de Jamie, ¿dónde  
diablos se metió? No se reunió con nosotras como habíamos  
planeado.

La bocina de la señora Murphy se oye desde la calle.

—Probablemente con Derek —respondo encogiéndome de  
hombros, aunque ella no puede verme—. Llegó Zoe, debo colgar.  
En cuanto abro la puerta veo que la niña corre en mi dirección

con su estrambótica mochila de oso panda rebotando en su espalda.

—¡Kansas! —saluda mientras le sonrío a su mamá desde mi lugar, ella hace lo mismo antes de poner el auto en reversa—.

¿Podemos hacer mi pastel de cumpleaños hoy? —inquire.

—¿Por qué tanto apuro? —pregunto riéndome de su repentina emoción.

—Porque estoy muy alcoholizada.

Y en cuanto las palabras salen de su boca, debo asegurarme de que la señora Murphy está lo suficientemente lejos como para no oírla.

## **Capítulo VI**

Globos

# Malcom

Ya es tarde cuando paso por el umbral de la puerta de los Shepard. Bill fue muy considerado al hacerme una copia de las llaves de su casa, porque de otra forma tendría que esperar a que su antipática hija me abriese la puerta, y existen grandes probabilidades de que Kansas me haga dormir en el jardín si de ella depende.

Lo primero que veo al entrar es a un pequeño parásito rubio lamiéndose los dedos de las manos. Sus ojos, una mezcla de tonalidades bastante bonitas, se clavan en mí en cuanto cierro la puerta. Un peso cae sobre mi pecho en cuanto algo en ella se ilumina ante mi presencia.

—¡Malcom! —chilla la cría antes de correr en mi dirección—. ¿Quieres probar mi pastel de cumpleaños? —pregunta antes de tenderme uno de sus sucios dedos, del que cuelga una sustancia viscosa de color rosado.

—Eso no es muy higiénico, Zoe —me excuso antes de rodearla y dirigirme a la cocina.

Escucho sus pasos siguiéndome desde el *living* mientras voy



por un vaso de agua, pero me detengo al ver un caótico y deformado pastel sobre la mesa.

—¿Te gusta? —inquire la niña—. Kansas me dejó decorarlo —informa orgullosa de su trabajo antes de pasarle el dedo una vez más y llevárselo a la boca.

Luce como la torre inclinada de Pisa y es posible que se derrumbe en cualquier momento. No parece tener una base sólida y está sobrecargado del color favorito de Barbie. El pastel define la palabra antiestético con lujo de detalles, pero obviamente no digo ninguna de esas cosas en voz alta.

—Zoe espera por tu respuesta, Malcom —indica una voz a mis espaldas, presionándome.

Kansas aparece desde el cuarto de lavado y se encamina al fregadero con dos guantes de hule puestos. Ni siquiera me mira, pero puedo reconocer por su voz que aguarda con ansias por mi respuesta. Creo que se debe a que sabe que el pastel es un asco y quiere verme mentirle a la niña.

—El color es aceptable —apunto, porque no hay otra cosa que logre salvarse, estéticamente hablando, de la torre inclinada de *Kanzoe*.

—¿No lo vas a probar? —anima Kansas, y veo que sus ojos resplandecen con cierta malicia.

—No necesito probarlo para saber que tus habilidades culinarias están averiadas —le espeto antes de abrir la heladera y tomar una botella de agua.

Esta vez la olfateo antes de servirme, solo por precaución.

—¿Crees que podrías hacerlo mejor? —interroga mientras Zoe hunde todos los dedos de su mano en el pastel. No creo que pase mucho tiempo antes de que estelle su cara contra él.

—No —replico, llevándome el vaso a los labios—. Pero podría comprar uno y ahorrarme ese desastre —añado señalando a una cría cubierta de glaseado que parece un ñandú con la cabeza enterrada en esa especie de pastel no apto para diabéticos.

— Si quieres probar tus habilidades para marcar el número del *delivery*, ordena la cena —dice cerrando el grifo y quitándose los guantes—. Yo voy a tomar una ducha —informa antes de salir de la cocina.

La sigo hacia el *living* negándome a creer que piensa dejarme a solas con la infante.

—No voy a cuidar a esa niña, es tu responsabilidad —le

recuerdo cuando me da la espalda para subir los peldaños de la



escalera—. A esto me refería con que eres una mujer imprudente que no es apta para el trabajo.

Ella se gira sobre sus talones y me lanza una mortífera y silenciosa mirada. Entonces, me percató de lo sucia que está su ropa, llena de manchas de glaseado. También hay un poco en su mejilla, y me doy cuenta de las oscuras bolsas con forma de media luna que cuelgan bajo sus ojos. Parece cansada, pero esa no es una excusa válida para dejarme como niño y exonerarse del parásito.

—Tomará menos de cinco minutos —espetó con firmeza—.

Intenta que Zoe no te emborrache hasta la inconsciencia esta vez —agrega con voz desdeñosa antes de desaparecer en la cima de la escalera.

Me paso las manos por el pelo pensando que, claramente, es una persona difícil de tratar. Me da impotencia que no se haga cargo de las responsabilidades que recaen en ella, y también encuentro irritante la forma en que me habla.

Sin embargo, no continúo con la discusión. Miro mi reloj, voy

a tomarle la palabra de que serán menos de cinco minutos.

Y, como una ingrata sorpresa, las agujas marcan las ocho en punto.

—Quédate quieta.

El parásito no deja de revolverse sobre la mesa mientras intento limpiar las toneladas de glasé que tiene en la cara.

No entiendo por qué hacen un pastel de cumpleaños cuando esta niña cumple dentro de cinco meses, o por lo menos eso me ha dicho para mi total estupefacción.

Lanzo el trapo al fregadero y me paso las manos por el rostro, no he estado ni diez minutos con Zoe y ya quiero coserle la boca.

Habla demasiado.

—¿Terminaste? —inquire antes de intentar bajarse de la mesa—. Porque quiero jugar al veo-veo —añade, e instantáneamente me rehúso a pasar las siguientes horas escuchándola parlotear.

Le paso las manos bajo los brazos y la levanto para depositarla en el piso, donde pertenece.

—¿Por qué no jugamos a las escondidas? —pregunto poniéndome de cuchillas, hasta que sus ojos están a la altura de los

míos—. Tú te escondes y yo cuento hasta un millón.

Ella sonrío con los pocos dientes que tiene antes de salir corriendo para buscar un escondite. Los niños son tan flexibles y fáciles de tratar, y me pregunto por qué las hijas de los entrenadores no lo son.

Miro el reloj para confirmar que Kansas es una mentirosa, ya pasaron siete minutos desde que escuché abrirse la ducha y comienzo a debatirme si debería abrir el grifo de agua caliente de la cocina para que ella se congele en el tocador. Tal vez cuando le empiece a salir agua fría y el cuarto de baño se convierta en un iglú, ella se digne a salir de la bañera.

En estos siete minutos me he preguntado cómo es posible que Logan Mercury supiera que Kansas toma su ducha a las ocho, porque la verdad es que, si estuvo espiando a la hija de Bill, previamente advertido de las consecuencias, tiene tremendas ganas de que lo echen del equipo. Además de que es desagradable hasta niveles insuperables, un perverso hecho y derecho. No me cuesta trabajo imaginarlo trepado del árbol, como un mono en la selva. Ciertamente creo que es su hábitat natural, y es un animal que encaja perfectamente con su personalidad.

—¿Dónde está Zoe? —la voz de Kansas me saca de mis pensamientos del número siete balanceándose de liana en liana.

—Estamos jugando a las escondidas —le explico.

Se ha puesto una camiseta que le queda demasiado grande, y tiene el logo de *Pearl Jam* incrustado en el pecho. Le siguen unos pantalones largos de pijama y pantuflas de lo más extrañas. Aún tiene el cabello mojado y enredado, pero no parece tener ni la más mínima intención de peinarlo.

—Le dijiste que ibas a contar hasta un millón, ¿verdad?

Guardo silencio y enarco ambas cejas en su dirección, preguntándome cómo averiguó lo que le dije al parásito rubio.

—Yo también intenté liberarme de ella de esa forma el primer día que vino —satisface mi curiosidad.

Me sorprende que no haya desdén ni rencor en sus palabras, y por primera vez puedo percatarme de que el sonido de su voz es bastante relajante cuando no estamos lanzándonos indirectas.

—¿Por qué la cuidas? —pregunto tras un breve silencio.

Ella vive con su padre quién tiene un sueldo fijo y un techo

sobre

su

cabeza.

No

parecen

faltarle comodidades y ella aún es joven. Se nota — y no lo digo únicamente por el vodka— que le gusta salir, además de que tiene una carrera universitaria en la cual enfocarse. No parece hacerle falta el dinero, y teniendo en cuenta la cantidad de horas y días que se encarga de cuidar a Zoe —y eso lo sé porque hay un organizador semanal con los horarios adherido al refrigerador—, puedo deducir que no tiene mucho tiempo libre porque se carga con responsabilidades. Indiferentemente de que cumple su papel como niñera de la forma incorrecta.

—¿Por qué la cuido? —repite, pero hay algo que cambia en su voz.

Esa combinación de verde y café en sus ojos se encuentra con mi mirada y destella con un brillo de nostalgia que me origina profundas ganas de inquirir.

Acabo de tomar a Kansas Shepard con la guardia baja, y es algo que no creo que ocurra todos los días.

***Kansas***

Jamás nadie me había cuestionado respecto a eso, la mayoría ni siquiera estaba lo suficientemente interesada como para preguntar. ¿Por qué precisamente Malcom Beasley tiene que ser la persona que lo pregunte? No quiero traer al presente los recuerdos del pasado y tampoco deseo rememorar lo que alguna vez mi madre me hizo sentir.

Lo miro directamente a los ojos y es imposible no recordar el océano al hacerlo. Puede ser un jugador altanero con aires de superioridad y sabiduría, pero eso no quita el hecho de que tiene una mirada extremadamente suave. Aunque creo que no es consciente de eso.

Veo que apoya su cadera contra la mesada de la cocina. Me observa en silencio mientras busca respuestas en mi rostro. Estoy agradecida de que los zapatos de charol de Zoe resuenen con estruendo en las escaleras y, segundos más tarde, la pequeña atraviese el umbral de la cocina inflando un globo, o eso es lo que veo por mi visión periférica dado que todavía miro a Malcom. —Tú no sabes jugar a las escondidas —lo acusa ella antes de tomar una bocanada de aire para volver a inflar su globo. Aparto la mirada y me dispongo a alcanzar mi teléfono de la



mesa.

—Kansas —me llama el muchacho.

—No quiero hablar de eso — le espeto con rapidez,  
alcanzando el *Samsung*.

—Kansas —repite, con cierta urgencia.

—Ya déjalo, Malcom.

—Kan...

—Comienzas a fastidiarme, Beasley —gruño girándome para  
enfrentarlo.

Odio que me presionen para hablar, y mucho más cuando se  
trata de un chico al que conozco desde hace menos de tres días. No  
es que fuera a abrirme con él a la primera mirada de suavidad que  
me diera.

Sus ojos están bien abiertos, observa algo a mis espaldas.

Siento el rubor extenderse por mis mejillas en cuanto me percato  
de que trata de decirme otra cosa.

—¿Puedes, por el amor de todos los santos, decirme qué  
diablos te pasa? —interrogo.

Él traslada sus ojos a mi dirección y abre la boca para replicar,  
pero alguien se le adelanta.

—¡Mira esto, Kansas! —me llama Zoe con euforia.

Me giro y la contemplo inflando su globo.

Solo que no es un globo. Es un condón.

—¡Zoe, escupe eso! —exclamo completamente horrorizada.

Ella me ignora y sigue inflándolo con fuerza. Definitivamente su madre me demandará si esto se divulga más allá de estas cuatro paredes.

—¿Cómo pudiste dejar tus condones al alcance de una niña?

—le ladro al rubio que la mira con una mezcla de pavor y náusea.

—No es mío —miento, enfrentándome con el ceño

fruncido—. Y te recomiendo que no vuelvas a acusarme de algo sin evidencia alguna —espeta.

—¡Zoe, te dije que lo escupieras! —reitero a la pequeña—.

Tú eres el único sexualmente activo en esta casa —escupo—. Si eso no es evidencia suficiente dime qué lo es —agrego sintiendo la forma en que el enojo comienza a verterse en mi sistema.

—¡No es mío, ni siquiera uso esa marca! —ruge con

indignación—. Y si ya terminaste de exhibir tus poco sólidas

acusaciones, hazme el favor de quitarle esa cosa de la boca —

replica apuntado hacia Zoe—. Dios sabe cuántos gérmenes tendrá

eso.

—Es obvio que nadie lo ha usado aún, pero en tal caso serían tus gérmenes —le recuerdo encolerizada.

—¿Les gusta mi globo? —interroga la niña ajena a nuestra discusión, con toda la inocencia del bendito planeta.

El condón es ahora un globo que ella observa con fascinación, y es imposible evitar pensar que la señora Murphy me demandará.

—No es un globo, linda —le intento explicar mientras me acerco con cautela. Como se lo vuelva a llevar a la boca me quedo sin trabajo—. Así que será mejor que lo tires a la basu... —las palabras mueren en mis labios en cuanto se oye una explosión.

Y ahí está, el número veintisiete con un tenedor en mano y una mirada de horror plasmada en el rostro.

Acaba de pinchar el globo-condón con un tenedor.

A Zoe se le cristalizan los ojos.

«Es mejor que corras, Beasley».

## **Capítulo VII**

Cómplice

# Kansas

—¡Mira lo que has hecho! —le ladro a Malcom antes de arrodillarme frente a Zoe, que llora a moco tendido y observa como su globo yace sin vida en el piso.

—¿Preferirías que siga con esa cosa en la boca? —  
contraataca él con el ceño fruncido, incrédulo.

—No puedes romperle el juguete a un niño, mucho menos delante de sus ojos —reprocho limpiando las lágrimas que descenden por las pálidas mejillas de la niña.

—Eso no era un juguete, Kansas —responde claramente exasperado ante mis palabras—. Era un dispositivo anticonceptivo empleado en el acto sexual.

—Tiene seis años, no sabe lo que es y notoriamente lo veía como un juguete —digo dándole la espalda para concentrarme en los ojos cristalizados de la pequeña—. No tendríamos este problema si hubieras sido más cuidadoso en guardar tus dispositivos —énfatiso.

—No es mío y no soy responsable de que tengan esa clase de cosas al alcance de una cría —se defiende con tenacidad tiñendo su

habla.

—Sigue engañándote diciendo eso si te hace sentir mejor —

le devuelvo sus palabras antes de enfocarme en hablarle a Zoe—.

Te compraré otro, un globo de verdad. No tienes que preocuparte —intento calmarla.

—¡Asesinó al señor Chuck! —acusa ella, y aquí vamos otra vez: Zoe tiene la costumbre de ponerle nombre a todo lo que toca—



. ¡Eres un monstruo como los de Monsters, Inc.! —lo acusa en un chillido agudo antes de dispararle una mirada cargada de odio.

—¿Chuck? —interroga Malcom con desconcierto—. ¿Quién es Chuck?

—No aparentes ser un ignorante, todos saben que los niños le ponen un nombre a sus juguetes —señalo—. Y ni se te ocurra hacer uno de esos estúpidos comentarios de que debería llevarla a un psicólogo —advierto, porque mi padre había dicho lo mismo cuando juntábamos las hojas en el patio y Zoe tuvo la ocurrencia de ponerle Pelusa a un rastrillo.

Y sí, le gusta *Stuart Little*.

—La gente que estudia psicología no puede ni ayudarse a sí misma —bufa cruzándose de brazos, como si fuera la voz de la razón indiscutida—. Menos a una niña que le pone Chuck a un condón.

Tomo la mano de Zoe y ambas le dirigimos una mirada cargada de cólera. Ella lo hace porque él acaba de cometer un asesinato, yo lo hago porque acaba de insultarme a mí y a mi carrera.

—Deberías aprender a cerrar la boca —le aconsejo antes de guiar a la niña escaleras arriba—. Porque puede que no lo sepas, pero yo soy estudiante de psicología.

Malcom busca algún indicio de falsedad en mis ojos y, al no encontrarlo, se percata de que hablo en serio. Abre la boca para replicar, pero ya no quiero oírlo.

Él y su acento británico pueden irse al diablo.

Comienzo a cansarme de cenar en mi habitación. Esto se debe, en parte, a que siempre suelo manchar el acolchado con salsa, refresco o cualquier otro tipo de comida que no se quita fácilmente.

Una vez que termino la comida china que Beasley pidió — y creo que es lo más productivo que ha hecho desde que puso un

pie en esta casa —, hago una especie de bola con la caja de cartón y la lanzo al cesto de la basura. Con la pereza de mil vagabundos, me tengo que incorporar para ir a buscar la bola que, claramente, no entró en el cesto. Me deshago de ella en el tacho que hay al lado de mi escritorio y seguidamente mis ojos caen en uno de los cuadros que descansan ahí. Es una fotografía de hace años, cuando aún usaba flequillo y vestía con atuendos que actualmente son un crimen ante los ojos de la moda. No creo que haya persona que no se avergüence, ni aunque sea un poco, de cómo lucía o de cómo vestía cuando era más joven.

No quiero entrar en detalles sobre mis pecados de estilo, pero sí en la historia detrás de una imagen tan vieja: es una *selfie* que saqué hace dos años atrás. Yo estoy sentada en el cordón de la vereda y una pequeña de apenas cuatro años está de pie a mis espaldas, con sus delgados y cortos brazos envueltos alrededor de mi cuello. El cabello de Zoe es aún más rubio en la fotografía. Zoe mira a la cámara con alegría. Se ríe con la dulzura y la franqueza con la que se ríen los niños.

Ese día, hace más de dos años atrás, recuerdo haber vuelto a sonreír luego de varias semanas Semanas cargadas de angustia y

un temor incontrolable, semanas llenas de gritos que aún se repiten en mi cabeza.

Mi madre nunca había probado el alcohol hasta que un día, hace años, un policía tocó la puerta y le dijo que lo sentía. Ese mismo día en el que el llanto desbordó mi hogar por la trágica muerte de mi tía Jill, mis padres se enteraron de que esperaban un bebé. Aún me pregunto por qué la vida puede ser algo tan agri dulce, algo tan extraordinario y cruel a la vez, con la capacidad de almacenar la miseria humana en una vida que nos da, nos quita y, solo a veces, nos devuelve. Sin embargo, ninguna fuerza de este mundo le devolvió a mi madre su hermana.

Ella empezó a beber a escondidas, y con el pasar las semanas comenzamos a encontrar botellas vacías: coñac y *whisky* para empezar. Su favorito fue el ron, que terminó siendo su consuelo noche tras noche.

Mi padre hizo hasta lo imposible para alejar el alcohol de ella y alejarla a ella del alcohol. Le repetía una y otra vez que iban a superarlo, que los dos juntos podían hacerlo. Le decía que yo la necesitaba, que tenía que ser fuerte y enfrentar las dolencias. Pero nunca le dijo que parara de beber porque estaba embarazada.



Porque mi madre nunca nos lo dijo.

Logramos convencerla de buscar ayuda y ella solo aceptó ir a una sesión de alcohólicos anónimos. Mi padre y yo comenzamos a turnarnos para llevarla, porque había dos opciones: o él faltaba al trabajo o yo a clases, y ninguno podía darse el lujo de exonerarse de sus responsabilidades todos los jueves. Así que yo tomé el primer turno. La observé entrar en aquel pequeño edificio y la esperé con paciencia en el auto, pensando que podría llegar a recuperarse mientras *Pearl Jam* sonaba en el estéreo. De vez en cuando, me miraba en el espejo retrovisor y escudriñaba mis ojeras por la falta de sueño, mis labios partidos y mis ojos cansados.

Miraba mi cabello desarreglado, la palidez de mi rostro y una vez, solo una, contemplé el hematoma de un golpe.

No fue hasta mi tercer turno que vi a Zoe sentada en el cordón de la vereda. Su vestido color canario arremolinado en sus rodillas y sus zapatos de charol golpeando contra la acera. Estaba callada, esperando en la puerta de alcohólicos anónimos a que alguien saliese. Me llamó la atención que una niña tan pequeña estuviera sola, y la observé hasta que la sesión de mi madre terminó. Fue ahí cuando una mujer a la que más tarde conocería como la señora

Murphy, salió en su encuentro y le tomó la mano antes de desaparecer por las calles de Betland.

En mi siguiente turno la niña también estaba ahí, haciendo lo mismo que hacía yo, esperar. Y en un momento, mientras *Sirens* sonaba en el Jeep, ella levantó la vista y me encontró mirándola.

Yo estaba encerrada dentro de las paredes del coche y había una calle que nos separaba, pero a través del parabrisas lo vi perfecto: ella me sostuvo la mirada por unos cuantos segundos y luego sonrió. Con pureza e inocencia, con naturalidad y afecto, con sencillez y calidez. Los niños sonríen sin pensar, le entregan una sonrisa a cualquier extraño porque su mente no analiza a quiénes deben o no sonreírles. Le sonríen a la vida, sin hacer diferencia, sin juzgar, sin pretender nada a cambio.

Solo sonríen, y eso fue lo que hizo Zoe.

Y sin pensarlo le devolví la sonrisa.

Luego de semanas sin que los problemas me dejaran descansar, semanas siendo presa de mis propios pensamientos, llega una niña y calla todos los gritos dentro de mi cabeza. Duró un segundo, pero en el momento en que mi cerebro se apagó y mi corazón volvió a encenderse, sentí una alegría que no

experimentaba hace meses. Ella, al ver mi reacción, me sonrió otra vez, y pasé de sonreír a reír al ver que le faltaba un diente.

Fue cuestión de tiempo para que apagara el estéreo, saliera del auto, y me sentara a su lado en el cordón. Nos hicimos compañía durante semanas, hasta que un día la señora Murphy se sintió preparada para dejar A.A. Fue ese el día en el que me ofreció a cuidar de Zoe mientras ella retomaba el trabajo. Yo había desarrollado un gran afecto por esa mujer y su hija; tan fuerte fue, que comencé a cuidar de la pequeña no solo como un favor, sino porque en verdad quería y necesitaba hacerlo. Su madre, Anne, superó todos los obstáculos: volvió a trabajar, dejó la bebida atrás y se enfocó en lo máspreciado que tenía: en su hija. Mi madre, por otro lado, dejó alcohólicos anónimos tiempo después, pero fue una total pérdida de tiempo asistir en primer lugar. Lo primero que hizo al llegar a casa fue coger una botella de *whisky* y encerrarse en su cuarto. Mi padre, desesperado, buscó ayuda profesional. Días más tarde entró en una institución de rehabilitación y en uno de los tantos chequeos médicos lo supimos. Ella estaba embarazada. Todo ese tiempo en el que bebió y bebió, arriesgó la vida de un bebé. De mi hermano o hermana. Ella terminó destruyendo la

vida que había creado, la vida que llevaba en su vientre.

El sonido de mi celular me saca de los punzantes recuerdos que estoy experimentado y tengo que tomarme un par de segundos para alcanzarlo y tener la seguridad de que seré capaz de atender.

—¿Kansas? —habla una voz cargada de urgencia a través de la línea telefónica.

—Harriet —reconozco al instante, aclarándome la voz—.

¿Estás bien? —pregunto, preocupada.

—Necesito que vengas. —Las palabras salen atropelladas de sus labios—. Es Jamie —informa con evidente nerviosismo.

—¿Qué le ocurre? —inquiero antes de oír un vidrio romperse con gran estruendo.

—Tienes que verlo con tus propios ojos —susurra.

Y segundos después oigo a la pelirroja gritar.

# Malcom

Debería callarme, pero sé que no lo haré.

No tenía ni la menor idea de que Kansas estudiaba psicología, pero no me arrepiento de lo que dije. Por experiencia sé que los psicólogos no sirven, no ayudan. Te analizan como si fueras una clase de experimento, con distancia e insensibilidad. La mayoría solo se preocupa por cobrar sesión tras sesión y ni siquiera se dignan a mirarte a los ojos.

«Eso era lo que hacía la señora Ainsworth».

De todas formas, no llevaría a Zoe a ningún psicólogo. Ella no tiene la culpa de ser una ignorante, aún es una niña. La culpable de todo esto es su niñera, porque ella es la que dejó el alcohol y luego el condón al alcance de la cría.

Llegué a la conclusión de que el desagradable Logan Mercury tiene sexo casual con la hija del entrenador, porque de otra forma no sabría a qué hora toma su ducha diaria. Es eso o en verdad el número siete es un depravado sexual, y luego llega Zoe con Chuck y Kansas me culpa por sus deslices de una noche. Mis probabilidades de equivocarme respecto al dueño del condón son

casi inexistentes y, ahora que estoy cara a cara con Bill, tengo unas incontrolables ganas de decirle que Mercury está quebrantando la ley Shepard. Pero no soy tan ingenuo como para acusar a Logan de tal acto sin tener pruebas fehacientes de lo que hace a las espaldas del *coach*.

—Beasley —llama Bill mientras engulle más comida china.

Su boca tiene una capacidad incalculable en cuanto a alimento se refiere—. Termínatelo —ordena apuntando mi plato, porque claramente no voy a comer desde una caja de cartón—. En cuanto bajes un gramo te la verás conmigo, muchacho —advierte.

Entonces, se oyen rápidos pasos que descienden por la escalera. Segundos después, entra Kansas por el umbral de la cocina con una expresión de celeridad.

—Me voy —informa sin dirigirnos ni una mirada.

Toma la chaqueta que descansa en el respaldo de la silla y sale a toda prisa.

No pasan ni cinco segundos antes de que vuelva a entrar a la cocina con una mirada interrogante.

—¿Dónde están mis llaves?

—Es tarde, no vas a ningún lado —le responde el hombre sin

dejar de observar el televisor.

—Tengo diecinueve años, creo que puedo ir a donde quiera a la hora que quiera —replica la castaña—. Jamie me necesita, así que entrégame las llaves.

—Bendito sea Estados Unidos, Kansas. Donde la mayoría de edad en Nebraska, Delaware y Alabama es a los diecinueve y en el resto de los 46 estados es a los dieciocho.

—Falta uno —interrumpo al tanto de su cuenta matemática.

—Mississippi. —Sonríe Bill—. Donde vivimos y donde, desafortunadamente, no eres mayor hasta los veintiún años —le dice a su hija antes de tragar y alcanzar su refresco—. Y mientras estés en este estado y en esta casa, tú respetas mis reglas de juego. Kansas le lanza dagas con la mirada antes de desaparecer y subir las escaleras en silencio.

—¿Ya se rindió? —Arqueo una ceja de forma inquisitiva.

—No es tan fácil, Beasley —replica antes de lanzarme un juego de llaves sobre la mesa—. Está buscándolas en todos los posibles escondites porque puedo ser muy bueno armando jugadas defensivas y ofensivas, pero soy muy predecible para esconder estas cosas —explica antes de hacer una bola con la caja

de cartón y aventarla al cesto—. Kansas conoce mis tácticas, pero no las tuyas.

—¿Quieres que le esconda las llaves?

—Solo hasta mañana —aclara antes de incorporarse y salir por el umbral de la cocina, sin preocuparse en llevar su vaso al fregadero o guardar la gaseosa en la nevera—. Y Beasley —llama, dándose media vuelta—, si mi hija pone las manos sobre ese Jeep, me deberás 10 millas para el lunes.

Creo que prefiero enfrentarme a la testaruda hija del entrenador antes que hacerle frente a las diez millas de Shepard, pero en cuanto veo a Kansas descender las escaleras me percato de que ser cómplice de Bill conlleva un precio.

Uno muy alto.

## **Capítulo VIII**

Captura



# Kansas

—Tú no vas a ninguna parte, Beasley —espeto, obstruyéndole el paso a la escalera una vez que oigo la puerta del dormitorio de Bill cerrarse—. Mi padre no es consciente de que habla demasiado alto —le explico dejándole saber que escuché cada palabra de su conversación.

Estoy en el segundo escalón, pero debo subir al tercero para que sus ojos queden a la altura de los míos. Él arquea una ceja en mi dirección, e ignorando por completo mi advertencia, se echa a andar. Le pongo una mano en el pecho y lo empujo para que retroceda, pero apenas se inmuta.

—Si oíste lo mismo que yo, sabes que habrá consecuencias si te dejo conducir ese Jeep —me recuerda—. Y no pienso correr diez millas un lunes a las cinco de la mañana, así que hazte a un lado, por favor.

—Quiero mis llaves —exijo tendiendo una mano en su dirección.

—Y yo quiero un libro autografiado por George R. R. Martin y que desaparezcas, pero no todos los deseos se hacen realidad —

murmura cruzándose de brazos, y su voz se torna más baja a medida que comienza a irritarse.

Sus ojos azules se entrecierran con altanería y un desafío permanece latente en sus pupilas mientras arqueo una ceja, midiéndolo.

—No quiero las llaves, las necesito —me corrijo mientras insisto una vez más, pero algo me dice que corromper la lealtad de Malcom hacia su entrenador no es tarea fácil.

—Muévete, Kansas —sus palabras no flaquean—. No voy a cambiar de opinión y tampoco voy a arriesgarme a enfrentar la ira de Bill porque tú necesitas salir corriendo a los brazos de Mercury. En cuanto las palabras salen de sus labios ambos nos sumergimos en un silencio incómodo mientras nos contemplamos con ojos muy abiertos. Él parece no poder creer que acaba de decir eso en voz alta, y yo permanezco inmóvil mientras me pregunto de dónde diablos sacó eso.

—¿Mercury? ¿Logan Mercury? —inquiero antes de reír, porque sinceramente es lo más gracioso que alguien me ha dicho en el día—. Dije que Jamie me necesitaba, no que Logan y su órgano viril lo hacían.

—Conozco esa táctica, Kansas —replica muy seguro de sí mismo—. Las chicas dicen que van a lo de alguna amiga para luego escabullirse a la casa de algún individuo con ganas de usar sus genitales para fines de fruición.

—¿Qué? No puedes estar hablando en serio —le espeto con incredulidad.

Mi risa es pasajera porque pronto noto que él de verdad cree que estoy con Logan, lo cual me enfada porque Mercury no es más que un embustero engreído que eligió el fútbol antes que a mí. Y sí Beasley lo sabe y dice estas cosas para molestarme, lo está logrando.

—Te estás burlando de mí —acuso.

—No juzgo tu gusto para elegir compañero de cama —aclara encogiéndose de hombros—. Solo te digo que no voy a darte las llaves para que corras a verlo porque Bill se enfadará conmigo.

—Esto es increíble —bufó encolerizada—. Te acabo de decir que una amiga me necesita y tú te burlas de lo estúpida que fui en el pasado —murmuro percatándome de que es así.

Algún imbécil del equipo debió contarle la historia, y ahora él goza de restregarme en el rostro que un chico me botó por un

balón. Es humillante, cruel e injurioso. Pero, sobre todo, es un poco doloroso dado yo sí llegué a querer a Logan.

—Nunca dije que fueras estúpida —se defiende.

—Pero lo pensaste.

—Mi opinión no debería importarte —me recuerda acercándose aún más.

Nuestra discusión a base de mordaces comentarios e indirectas alcanza otro nivel, uno donde el desprecio parece adquirir un papel fundamental. Nuestras miradas se encuentran entre las masas de aire y se perforan la una a la otra sin clemencia alguna.

—Tienes razón —reconozco—, tú y tu opinión pueden irse al infierno, pero no se llevarán mis llaves con ustedes.

Al estar lo suficientemente cerca, tiro del cordón de sus *sweatpants* y lo atraigo hacia mi cuerpo, mi mano saca con velocidad la llave del Jeep que guarda en el bolsillo y me lanzo escaleras arriba a toda velocidad.

—Hija de... —maldice entre dientes.

—Bill Shepard —termino la oración mientras me adentro en el baño y pongo el seguro.

Al instante, oigo la manera en que sus nudillos se estrellan contra la puerta a toda velocidad.

—Definitivamente te gusta la tortura que ejerce tu padre en mí —dice desde el otro lado.

—No lo dudes.

Guardo las llaves en el bolsillo de mis *jeans* y me subo a la tapa del retrete. Si hay una forma de salir de esta casa desde el segundo piso, es por esta ventana.

—Tu sufrimiento es todo un espectáculo, Beasley —sigo hablando.

Si puedo mantener una conversación con él mientras trepo por el árbol, Malcom pensará que sigo dentro del baño. Necesito que se quede detrás de esa puerta el tiempo suficiente como para llegar al Jeep y arrancarlo, porque lo último que quiero es que descifre mis intenciones y me intercepte en la calle. Aunque, si él decidiera quedarse de pie delante del auto y me viera obligada a atropellar a la nueva estrella de la BCU para avanzar, lo haría con gusto.

—Kansas —dice mi nombre acompañado de una advertencia—, abre la puerta.

—¿Para que me quites las llaves? —interrogo con la ventana ya abierta y mi pierna izquierda del otro lado—. Claro, ya te abro —respondo con ironía.

—Hablo en serio, abre la puerta o...

—¿La tirarás abajo? —concluyo con incredulidad y gracia en mi voz mientras paso la otra pierna a través de la abertura.

—Iba a decir que te acusaría con Bill, no tengo ni la menor intención de infligir daños materiales.

—Que actitud tan madura, Beasley. —Ruedo los ojos.

Mis zapatos encuentran una de las ramas del árbol y me estiro para alcanzar otra que hay sobre mi cabeza, poco a poco comienzo a dar pasos de costado con el objetivo de llegar al tronco. No es la primera vez que hago esto y algo me dice que tampoco será la última.

—No vas a deshacerte de mí, Kansas —su voz llega mucho más débil a medida que me alejo—. Entrega las llaves o yo mismo te las quitaré.

—Ven por ellas —lo provoco, porque sé que este inglés es incapaz de derribar una puerta.

Excluyendo el fútbol americano, no parece del tipo que se

ensucia las manos. Puede tener la fuerza y los medios necesarios para hacerlo, pero su ética le impide hacer bestialidades.

Mientras desciendo por las ramas, me doy cuenta de lo extremista que es esto, pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras Harriet se encuentra con Jamie en aprietos. La pelirroja sonaba alterada a través del teléfono. Que Jamie Lynn esté exaltada y rompa vidrios no es nada bueno. Llego a aferrarme al tronco del árbol y ahora solo me queda saltar hasta tocar el césped. Mis ojos vuelven hacia la ventana y mentalmente me doy unas palmaditas en la espalda. Malcom es un dolor de trasero, uno muy irritante y engreído, además de ser dueño de una lengua descuidada y una sandez indiscutida.

Se merece correr las diez millas de Bill Shepard.

Y entonces salto, pero no toco suelo.

Una silueta se mueve con rapidez desde el jardín delantero y ahogo un grito en cuanto dos fuertes brazos se envuelven a mi alrededor y me capturan en el aire. Tengo el corazón acelerado, golpea con brusquedad contra mis costillas mientras mi respiración se torna pesada. Mis brazos se envuelven alrededor de su cuello como un instinto para no caer y mis ojos se encuentran con una

mirada familiar. Sus brazos se aferran a mí con firmeza y nuestros pechos suben y bajan casi a la par.

—¿Qué diablos, Malcom? —le espeto, pero mi voz no es más que un susurro aligerado.

Estamos tan cerca que puedo sentir su respiración sobre mis labios y juro que la calidez de su cuerpo se filtra a través de nuestras ropas hasta provocarme un escalofrío. Él permanece en silencio.

Poco a poco afloja su agarre. Mi cuerpo se desliza contra el suyo hasta que mis pies encuentran tierra firme. Sin embargo, me sigue sosteniendo, creo que si no lo hiciera, perdería el equilibrio por estar tan eclipsada con el intenso azul que rodea sus abismales pupilas. Y de pronto, en un segundo tan fugaz como algunas estrellas, sus manos aprietan mi trasero.

—¡¿Qué diablos, Malcom?! —exclamo con potencia y cólera antes de empujarlo lejos de mí—. Las manos donde pueda verlas, Beasley —le ordeno.

Las comisuras de sus labios se curvan en dirección al cielo y él levanta ambas manos en señal de rendición.

Entonces lo veo, las llaves del Jeep cuelgan de su sucio dedo índice.



Palmeo mis *jeans* para asegurarme de que esto es real, de que fui una imbécil por tener un momento de vulnerabilidad mientras presionaba su cuerpo contra el mío. Él planeó todo, lo hizo a propósito y ahora tengo la certeza de que la palabra manipulador le queda corta.

—Te lo advertí. —Se encoge de hombros antes de dar media vuelta y comenzar a caminar hacia la casa.

Lo sigo y, tras una larga discusión en el jardín, logro que Malcom me deje ir a ver a Jamie. Mi ultimátum fue claro: o me daba las llaves o me iba a pie, sola y a mitad de la noche. Y con la advertencia de mi padre resonando en su cabeza, el muchacho puso su propio ultimátum: él me llevaba o yo me quedaba en casa.

Disparándole una mirada cargada de desdén, me subo al asiento del copiloto y comienzo a darle instrucciones para llegar a destino. Claramente no me hubiera ido a pie porque la dirección que me pasó Harriet por mensaje se encuentra a veinte minutos en coche, pero Malcom no es consciente de eso y ahora lo tengo con sus sucias manos sobre el volante de mi Jeep.

—Tus características encajan con el perfil de una maquiavélica —murmura mientras dobla en una esquina.

—Un tipo de personalidad que es naturalmente un maestro de la manipulación y que no escoge serlo —defino observando a través de la ventana—. A eso nos referimos como maquiavelismo en psicología —le explico antes de girar la cabeza y perforar su cráneo con la mirada—. Si hay alguien que encaja a la perfección con esa definición eres tú, Beasley.

—Tú me manipulaste para que desobedeciera a Bill —replica de inmediato—. Sabías que no iba a dejarte venir sola porque tu progenitor me exprimiría la cabeza como a una naranja.

—Te di opciones, eso no me hace una manipuladora —me defiendo antes de encender el estéreo porque no tengo ni ganas ni paciencia como para escucharlo parlotear—. En todo caso, el maquiavélico eres tú, que frota tu cuerpo contra el mío para provocarme un desequilibrio hormonal y poder obtener las llaves.

—Tal vez sea un maquiavélico después de todo, es una característica que se me da muy bien —apunta haciendo un ademán a las llaves.

Subo el volumen de la música para no seguir oyéndolo jactarse de que en verdad logró provocarme un desequilibrio hormonal que duró apenas tres segundos, vale aclarar. En lo que

sigue del viaje, para mi sorpresa, se mantiene callado mientras Last Kiss de *Pearl Jam* hace vibrar con suavidad las paredes del coche. Es relajante escuchar como su respiración y la música se fusionan. No debo volver a repetir que cuando está inconsciente o en modo *mute* me cae mucho mejor que cuando tiene la boca abierta. La paz se va por el desagüe cuando doblamos en la última esquina antes de llegar a destino. Los neumáticos chillan en cuanto Malcom frena de golpe y yo salgo con rapidez del vehículo. —¿Qué es eso? —interroga el rubio tras descender del Jeep y llegar velozmente a mi lado con una expresión de horror plasmada en el rostro. —Es Jamie —susurro, tan espantada como él.

## **Capítulo IX**

Neurótica

# Malcom

—Es monstruoso —susurro sin dejar de observar la escena, atónito.

Una pelirroja llora y grita en medio de la calle, el enojo la consume por completo. Toma una piedra del tamaño de una pelota de béisbol y la arroja contra la penúltima ventana intacta de un auto estacionado. Ojalá que el seguro le cubra los daños al dueño del coche, porque solo le queda un vidrio en pie.

—¡Jamie! —Kansas la llama con urgencia en su voz—. ¿Qué diablos haces? —le espeta intentando acercársele.

—No te recomiendo que hagas eso —le advierte la misma rubia que estaba con ella en las gradas, antes de llegar a su lado.

No tengo ganas de aproximarme a la psicópata de las piedras, pero lo único que me falta es que le arroje una a Kansas.

Seguramente Bill pintará la habitación de huéspedes con mi propia sangre si encuentra un hematoma del tamaño de una pelota en la frente de su hija.

—Jamie, escúchame —pide la castaña intentando llamar su atención, pero la pelirroja es como un jodido e iracundo can:

imparable y, ciertamente, terrorífico—. No sé lo que ocurrió, pero podemos arreglarlo de forma civilizada —intenta calmarla.

—Esos vidrios no tienen arreglo —la interrumpo haciendo un ademán al coche—, los partió en cinco mil pedazos, Kansas.

Espero que el seguro se apiade del propietario.

—No me refiero al coche, Malcom —señala lanzándome una mortífera mirada cargada de fogosidad—. Y no estás ayudando.

—Jamie, por fa... —intenta hablar la rubia.

—¡Es un desgraciado! —Jamie la corta antes de aventar otra piedra, el estruendo de los vidrios haciéndose añicos resuena en la calle vacía—. Derek Pittsburgh puede irse al infierno —escupe con cólera.

Entonces se da la vuelta para enfrentarnos y soy incapaz de ahogar el jadeo horrorizado que trepa por las paredes de mi garganta. El cabello rojizo de la chica es un nido de ratas, una maraña de pelo que no ha visto un cepillo por unos cuantos días. Su rostro es lindo, seguramente, bajo la capa de monstruoso maquillaje que tiene en este momento. La máscara de pestañas —creo que se llama así— se le corrió por toda la cara y ahora parece un mapache rabioso.

Saco mi teléfono y comienzo a presionar el número de alguna autoridad local. Definitivamente ellos sabrán qué hacer con una chica en esta condición.

—¿Qué haces? —interroga Kansas con exasperación.

—Llamo a control animal.

—¡Malcom! —exclama antes de que la rubia me saque el teléfono con una mirada desdeñosa en sus ojos.

—Es un imbécil —solloza la pelirroja otra vez—. ¡Todos los hombres lo son! —grita antes de agacharse a recoger otra piedra, pero se tambalea y cae de culo a la calle.

—¿Está ebria? —pregunta Kansas antes de correr y caer de rodillas a su lado, con la rubia pisándole los talones. El alcohol podría explicar la conducta animal—. Jamie, mírame —ordena la castaña antes de quitarle la piedra de la mano—. Tranquilízate y dínos qué ocurrió.

—¡Pittsburgh, eso fue lo que ocurrió! —dice el mapache alcoholizado.

Mis ojos se trasladan al auto y luego a la pelirroja, me doy cuenta de que esto es consecuencia de una ruptura amorosa. Tiene que serlo. Y como toda mujer resentida, ha venido aquí a hacerle

pedazos el coche.

—¿Qué te hizo Derek? —interroga la chica de buen vestir.

—Estábamos tan bien, tan malditamente bien —suspira sorbiéndose la nariz—. Casi llegamos a los siete meses de relación y el jueves iba a conocer a sus padres —se lamenta.

Y esto es lo que yo llamo círculo del desamor. La primera fase es recordar los buenos tiempos, y lo hacen una y otra vez como las mujeres masoquistas que son. Lo llamo evocación.

—Era demasiado perfecto para ser real —dice antes de limpiarse la mezcla de lágrimas y mocos con la manga de Kansas. Dios se apiade de esa camiseta—. Y fui una imbécil por creerle, por creer que sentía el más mínimo cariño por mí. —Esta es la denominada fase dos: abatimiento—. ¿Por qué me hizo esto? ¿Por qué tuve que tragarme todas sus estúpidas mentiras?

—Derek se lo pierde, Jamie —le dice la muchacha de ojos celestes—. Ese chico es un completo idiota si te deja ir de esta forma —la anima, con las típicas y repetitivas condolencias que dan las mujeres.

—¿Por qué no nos dijiste que rompió contigo? —interroga

Kansas en un murmuro suave.

La cabeza de la pelirroja da un giro de noventa grados y sus ojos se tornan oscuros. Tranquilamente podría audicionar para el papel de Chucky y lo obtendría sin problema alguno. Doy un paso atrás al saber que aquí viene la fase tres: la furia. Porque sinceramente no quiero estar cerca cuando el mapache rabioso tenga un ataque colérico.

—¿Romper conmigo? —escupe—. Créeme, él estaba demasiado ocupado como para romper la relación —añade.

—No —susurran sus amigas a la vez, incapaces de creer lo que están asimilando.

—Sí —prosigue Jamie—. Pero ahora sé que le preocupa más el bienestar de sus genitales que el de su propia novia, bueno, en realidad ex —apunta dejando en claro que el chico la engañó—. Tendría que haberle dado un puñetazo y haberlo mandado a volar la primera vez que dijo que Harriet era una perfeccionista obsesiva, una Barbie que ocultaba su falta de experiencia sexual tras sus estúpidos modales.

Toda expresión en el rostro de la rubia se desvanece en el segundo en que escucha las palabras de Jamie. Díganme que esa no es Harriet, porque de serlo no tendríamos una psicópata-hormonal-



arroja-piedras, sino dos.

—¿Eso dijo sobre mí? —interroga con el enojo y la indignación dilatando sus pupilas. Puedo ver como sus fosas nasales se abren y cierran cada vez más rápido. Mala señal.

—Derek critica a todo el mundo, no entiendo cómo me gustó en primer lugar —habla mientras intenta incorporarse—. Es una hipócrita, un maleducado, un... un... —Las mejillas de la pelirroja se colorean con rubor e intento descifrar si es por el alcohol o por la furia. Tal vez ambos.

De pronto, pega un grito de frustración e intenta quitarle la piedra a Kansas.

—¡Déjame partirle el coche en dos como él partió mi corazón! —ruge con frenesí, y por un momento quiero reír por la expresión. Sin embargo, me trago la risa sabiendo que si me ve burlándome de ella tendré un problema que ni control animal podrá solucionar.

—Yo te ayudo —apoya Harriet con una gélida y firme mirada atravesándole los ojos.

—¡No, claro que no! —se niega Kansas con firmeza, enfrentándolas—. La violencia no es la solución, Jamie. No va a

ayudarte el hecho de arrojarle piedras al auto de Derek.

Me alegra que aún haya una persona medianamente cuerda y lógica en todo esto.

—No —replica la rubia—. Él se lo merece por ser un asco de hombre.

Acto seguido, intenta alcanzar la piedra, pero Kansas la aleja y se pone de pie frente al auto.

—Jamie, Harriet... —implora—, sean racionales, por favor.

—¿Racional? —se burla la de cabellos rojizos—. ¡Derek también habló pésimo de ti! Dijo que eres una persona antipática e irritable, pero yo además de reprocharlo lo ignoraba porque creía que podría hacerlo cambiar su perspectiva sobre ustedes — confiesa—. Y tú no serías racional si hubieras encontrado a tu novio, en tu cama, con Sierra Montgomery.

El rostro de Kansas se torna monótono e inexpresivo en el segundo en que Jamie termina de hablar. Y entonces, casi a la velocidad de la luz, se da media vuelta y arroja la piedra con todas sus fuerzas.

—¡Hijo de perra! —grita.

Definitivamente las emociones son un virus entre la

población femenina. No sé si esto tiene algo que ver con el período, pero en este momento creo que estas tres chicas experimentan un contagio social de ira. Todos podemos ser portadores y transmisores de ciertas emociones, lo que me preocupa es qué tan lejos puede llegar la furia de una persona y qué tanto la puede contagiar.

Son tres neuróticas que arrojan piedras a mitad de la noche, y estoy seguro de que si intento detenerlas ya no jugarán a romperle los vidrios a Derek Pittsburgh. Jugarán a bajarle los dientes a Malcom, y eso es lo último que necesito teniendo en cuenta que los habitantes del vecindario ya comienzan a salir de sus casas al oír semejante alboroto. Espero que nadie llame a la policía, porque no estoy seguro de qué tácticas de tortura implementaría el entrenador en mí si debe ir a buscar a su hija a la cárcel.

—Kansas —la llamo observando a un señor en bata que nos observa con el ceño fruncido desde la casa de enfrente—, Creo que ha sido demasiado desahogo emocional por hoy —añado antes de obstruir su visión—. Las tres al auto, ahora —ordeno. Mala idea.

—¿Desahogo emocional? —espeta la castaña con sus ojos

envueltos en vesania—. Esta es nuestra represalia contra el infiel y narcisista de Derek.

—Tomarás represalias con el asiento trasero del Jeep porque nos vamos a casa. Harriet echa el brazo hacia atrás lista para lanzar otra piedra, pero se la arrebató antes de que sea capaz de hacerlo.

—Al auto —reitero.

—¡Llévate a estas chifladas o llamo a la policía! —ladra un hombre de bata y pantuflas, desde el pórtico de su casa.

—¿A quién le dices chiflada, anciano? —replica Jamie con los ojos inyectados de sangre.

Antes de que pueda detenerla, comienza a caminar en dirección al hombre.

—Jamie... —advierde Kansas. Notoriamente, su momento de frenesí se le está pasando.

—Ustedes dos, al auto —le digo a ella y a Harriet—. Yo me encargo de la alcohólica.

—Cuida esa boca, niña —replica el hombre a la pelirroja descendiendo los escalones de la entrada—. Porque estoy a tres segundos de llamar a la policía —amenaza.

Me interpongo entre los escasos pies que los separan y tomo

a Jamie por los hombros.

—No hay necesidad de hacerlo, ya nos íbamos. Disculpe el comportamiento de mis... mis conocidas —le digo al hombre.

—Apresúrense —gruñe—. No queremos borrachos en este vecindario.

Los ojos de Jamie parecen envolverse en llamas en cuanto escucha las palabras.

—¿A quién le dices borracha, abuelo decrepito?! —exclama intentando acercársele, pero tiro de su antebrazo en dirección hacia el auto. No parece querer marcharse ahora que está en medio de un pleito con un octogenario.

—Universitarios —resopla el hombre—. Lo único que hacen es saltarse clases, beber y tener relaciones. ¡Después nos quejamos de los profesionales que se reciben sin saber cuánto es dos más dos!  
—se queja, indignado—. El futuro está perdido, y tú... —añade señalando a Jamie con menosprecio—. Eres un claro ejemplo de ello, muchacha.

—Baje el tono de voz —advierto—. No olvide a quién se está dirigiendo —le recuerdo, porque puede estar en lo cierto en varias cosas, pero no debería hablarle así a una mujer. Ni a nadie.

—Le hablaré como quiera —replica claramente molesto ante mi repentina defensa a favor del mapache.

—Malcom. —La vacilante voz de Kansas llega a mis oídos desde mis espaldas—. Deberíamos irnos. —Su desconfianza parece aumentar con cada palabra.

—Sube a Jamie al auto —ordeno con rapidez.

—¡Mira, aquí hay otro caso perdido! —chilla el anciano haciendo un ademán hacia la hija de Bill. Automáticamente doy un paso en su dirección y siento como el desagrado por este hombre se hace cada vez más grande e intenso. Sus ofensas son tolerables hasta cierto punto.

—Se está pasado, señor —señalo con cierta hostilidad.

—No puedes culparme por decir la verdad, hijo —se excusa antes de entrecerrar los ojos con lentitud y altanería—. Ambos sabemos que estas chicas son una vergüen... —no es capaz de terminar la frase antes de que un grito de guerra me haga saltar sobre mis pies.

Dos segundos, eso le toma a la alcohólica pelirroja zafarse del agarre de Kansas y estrellar su puño contra la mandíbula del hombre. Instantáneamente, tiro de ella hacia atrás, y en cuanto

el señor vuela a levantar la mirada. veo los hilos de sangre que cuelgan de su boca.

Buen gancho derecho, Jamie.

—No debiste haber hecho eso, muchacho —se lamenta.

Y entonces me percató de que cree que yo lo golpeé. Y, sorprendentemente, en menos de medio segundo me doy cuenta de que él también tiene un buen gancho derecho.

Me palpita el hemisferio sur del rostro para cuando soy capaz de abrir los ojos. Siento algo frío contra la mejilla y pronto me doy cuenta de que se trata de la ventana del Jeep. Pestañeo varias veces antes de poder enfocar la vista en el vidrio. El auto se encuentra en movimiento y por una milésima de segundo creo que me quedé dormido al volante.

—¿Sueles quedarte inconsciente muy seguido? —inquire una voz femenina a mi lado. Observo a Harriet conduciendo a poca velocidad a través de una avenida.

—Algo así... —respondo antes de recordar lo que ocurrió—.

¿Kansas? —pregunto con celeridad mientras me revuelvo en el asiento. Entonces la veo, duerme en el asiento trasero. Su cabeza está apoyada contra la de Jamie.

La imagen es tan tranquilizante como perturbadora. Primero, porque en esa posición, cabeza con cabeza, se propaga el contagio de pediculosis. Y segundo, porque el mapache rabioso luce mucho más aterrador a la cercanía.

—Tranquilo. —Sonríe la rubia—. Puede que algún día pierdas la cabeza, pero no será esta noche —añade refiriéndose a lo que el entrenador podría llegar a hacerme si algo le ocurriese a su hija, o por lo menos a eso creo que se refiere.

Me dejo caer en el asiento y ella mete una mano en su chaqueta sin apartar la vista de la calle. No debería conducir con cinco dedos al volante.

—Debo decirte que me sorprendió verte con Kansas, pero teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que tardó en llegar... —dice devolviéndome mi teléfono, el cual tomo al instante. ¿Se me cayó cuando colapsé contra la tierra tras el puñetazo? Porque no lo recuerdo—. Y eso fueron siete pedrazos y medio —aclara, dejándome saber que los contó—. Supuse que tú la retenías a pedido de Bill.

—¿A pedido de Bill? ¿Cómo sabes eso de todas formas? —la interrogo.



—Porque eso hacen los jugadores del entrenador —explica sin dirigirme mirada alguna. Esta chica es muy prudente, y eso lo sé porque además de tener el cinturón de seguridad puesto y conducir sin prisa, no aparta la vista del frente—. Anotan en el campo y son guardaespaldas fuera de él —esclarece—. Bueno, todos menos Logan —agrega.

—Mercury es mucho más que eso —digo tocándome la mandíbula. El señor de la bata tranquilamente podría enfrentarse a Mike Tyson o a Muhammad Ali y vencerlos con ese gancho. Debería haber llamado a control animal.

Harriet frena en un semáforo y me observa por primera vez, sus ojos me escudriñan intentando descifrar algo. Sin embargo, yo no soy el código Da Vinci y no tiene por qué mirarme como si fuera su experimento de ciencias o un rompecabezas a medio terminar.

—Tú crees que Logan y Kansas están saliendo —no es una pregunta, es una afirmación.

Por supuesto que salen. Chuck puede confirmarlo a través de una prueba de ADN. Bueno, podría haberlo hecho si no lo hubiera apuñalado con un tenedor y hubiera terminado en el fondo de

una bolsa de basura.

—Ahora entiendo por qué a Kansas le resultas tan exasperante —dice como si fuera todo un hallazgo—. Sacaste un par de conclusiones sin una base sólida y fehaciente de los hechos —espetá, y me molesta que suene tan igual a mí.

—Logan dejó muy en claro que, además de ser un vanidoso, está interesado en ella —digo en mi defensa, recordando sus palabras en el campo.

—Pero eso no significa que Kansas le corresponda —apunta—. En realidad, lo detesta y no puedo culparla. Yo también lo odiaría si me hubiera botado por un uniforme y un balón. Mi cabeza da un giro de noventa grados en su dirección, en la búsqueda de algún claro indicio de deshonestidad. Pero Harriet parece del tipo sincero y no puedo evitar pensar en el sentido que le dan sus palabras a los hechos.

De repente mi desagrado hacia el número siete se torna más intenso y agresivo. En verdad ese tipo comienza a molestarme.

Mucho.

## **Capítulo X**

Rito

# Malcom

—Kansas —la llamo otra vez—, levántate.

Me arrepiento de haber dejado a sus amigas en casa de Harriet, pero no tuve elección. En cuanto la rubia detuvo el Jeep frente a un pórtico y dijo que cuidaría de la alcohólica, tuve que marchar. No sabía cómo volver a casa de Bill, pero claramente no pediría indicaciones teniendo en mi poder un aparato electrónico con Google Maps. Veinte minutos tardé en llegar a la casa de los Shepard, veinte minutos en los cuales me la pasé ordenando alfabéticamente todos los adjetivos calificativos que se me ocurrían para Mercury: altanero, imbécil, petulante, imbécil, irritante, ególatra, imbécil.

Tal vez no estén ordenados alfabéticamente, pero teniendo en cuenta que me acaban de dar un puñetazo que me descolocó parte del cerebro y que creo que tuvo repercusiones en el hemisferio izquierdo, el que está relacionado con la parte verbal y también se ocupa de la aritmética y la lógica, no voy a preocuparme por recordar el orden de las letras del abecedario. Y ahora, mientras deseo que esta noche acabe, intento sacar a una

somnolienta Kansas del asiento trasero del coche.

—Kansas, despiértate —insisto sacudiendo con suavidad su hombro.

Ella parece tener un sueño bastante profundo porque ni siquiera se mueve y, si se hubiera dejado los pantalones de pijama y la arrugada camiseta de *Pearl Jam*, tal vez la hubiese dejado dormir en el Jeep. Pero ahora que está con unos *jeans* que parecen cortar la circulación —pero que vale aclarar que resaltan su trasero—, y una camiseta cubierta de lágrimas y mucosidad de Jamie, creo que será mejor que se baje. Además, esa posición no aparenta ser nada cómoda. Está acurrucada contra el asiento, prácticamente con su boca pegada al cuero, con sus piernas flexionadas y el cuello torcido.

—Te va a agarrar tortícolis —adviento.

Permanece inmutable mientras me hundo las manos en el pelo. Hace diez minutos que intento despertarla de la forma más amable y suave posible, pero francamente parece un oso pardo en pleno apogeo de hibernación. Estoy cansado, adolorido y que sea la una de la madrugada no ayuda. Por suerte, hoy es mi día libre y no pienso dormir mis ocho horas diarias. Voy a dormir

nueve, porque con todo lo que he presenciado esta noche, me lo merezco.

—¿Sabes qué? —espeto a la castaña—. Estoy harto de esto, dormirás en el coche.

Cierro la puerta del Jeep y trazo el camino hasta la entrada de la casa, pero me detengo en cuanto recuerdo que el padre de Kansas está ahí dentro. Si la encuentra durmiendo en el Jeep, sabrá que le di las llaves, y eso implicaría diez millas a la redonda y otro posible puñetazo proporcionado por el entrenador. Además, hace algo de frío. Puede que yo esté acostumbrado al clima de Londres, pero vi a Jamie y a Harriet con los botones de la chaqueta hasta el cuello. Kansas solo tiene una camiseta que lo único que hará será darle un resfriado. Lo último que quiero es pasar el fin de semana nadando entre papel y mucosidad, tomando sopa y viéndola estornudar mientras esparce sus gérmenes por cada rincón de la casa. A parte, es un hecho que el virus del resfriado sobrevive más tiempo sobre superficies inanimadas impermeables, como el metal, el plástico y la madera.

Mi primer partido con los Jaguars es mañana. No voy a dejar que me contagie un virus y me obligue a quedarme en la banca, no

mientras tenga la oportunidad de probarme frente a estos estadounidenses y opacar al innumerable número siete.

—Última oportunidad —digo regresando y abriendo la puerta del Jeep—. Muévete, Kansas. *Réveille-toi!*

Ella permanece inmutable, así que paso un brazo por su espalda y otro por debajo de sus rodillas, la levanto y cierro la puerta con el pie, asegurándome de no rasgar la pintura. Por primera vez estoy contento de que esté dormida, porque de otra forma me lanzaría una de sus características miradas por tocar su coche.

Camino con ella hasta la entrada, su cabeza bajo mi barbilla mientras intento ingeniármelas para abrir la puerta y no dejarla caer en el proceso. Cargar a alguien no es tan fácil teniendo en cuenta que no puedo lanzarla como a un balón de fútbol y tampoco puedo pasársela a algún receptor, pero es agradable aspirar la mezcla de champú y perfume que emana desde su cabeza. Sin duda alguna, es lo más agradable que he podido rescatar de ella hasta el momento.

En cuanto comienzo a subir las escaleras, repito el *Padre*

*Nuestro* internamente para que Bill Shepard no se levante y me vea

en esta comprometedor posición con su hija. Pero, al igual que Kansas, el entrenador parece tener el sueño pesado. Logro llegar a la habitación de la castaña con todas mis extremidades intactas y me alegra no ser víctima de algún mutilamiento medieval por parte del *coach*.

La cama de dos plazas se ve prometedor, y por un segundo se me ocurre devolver a Kansas al Jeep y taparme con ese acolchado de felpudo, pero acatando el pensamiento razonable que aún soy capaz de formular a estas horas, la deposito en la cama. Observo a mi alrededor y veo la sencillez de su recámara: una cama, un escritorio, un armario y un pequeño sillón junto al balcón. Lo que me genera algo de inquisición es el piano que hay al otro lado de la habitación. No es el piano de cola que seguramente tenía Beethoven, ni tampoco es muy extravagante. En realidad, parece un poco maltratado por los años y está juntando polvo. Hay ácaros por doquier y parece ser lo único en toda la habitación que no se ha tocado por mucho tiempo.

Jamás hubiera adivinado que Kansas tenía un talento oculto, mucho menos musical. En lo que a mí respecta, sigo pensando que es una especialista en generar polémica y que el único talento

que posee es el de sacar de quicio a la gente con su insistencia y sus comentarios mordaces. Le doy una última mirada. Tiene el cabello desparramado por la almohada, sus pestañas rozan sus pómulos y su pecho sube y baja en lentas y tranquilas respiraciones.

Recuerdo la mirada cargada de emoción que le cruzó los ojos al preguntarle por qué cuidaba a Zoe y el enojo que cubrió sus facciones en cuanto la acusé de estar con Logan. Tal vez, solo tal vez, debería aprender a cerrar la boca. Debería limitarme a observar como la veo ahora a ella y a ese solitario piano que hay en el rincón, así podría descifrar las cosas de forma más eficaz. Sí, exactamente como lo hago ahora.

Estoy seguro de que Kansas y ese viejo instrumento musical tienen una historia. Quizás una muy triste.



# Kansas

Cuesta levantarse de la cama un viernes, pero el simple hecho de que se aproxima el fin de semana es lo suficientemente motivador como para que me quite el pijama.

Solo que no tengo puesto el pijama.

Recuerdo los eventos de anoche y tengo que asumir que

Malcom me trajo hasta aquí. La verdad es que me alegra que no me haya despertado para hacerme subir las escaleras, porque con el temperamento que tenía ayer lo hubiera mandado a volar.

Al principio todo había estado casi bajo control; mi idea era detener a Jamie de un posible arresto por daños automovilísticos.

El problema fue cuando nos contó las terribles cosas que Derek Pittsburgh había dicho y hecho. Si hubiera sido cualquier otra chica, cualquiera menos Sierra Montgomery, podría haberme comportado de manera más civilizada. De todas formas, el hecho de que le haya sido infiel a Jamie era imperdonable y ultrajante, pero que la haya reemplazado por Sierra me hizo perder los estribos.

Puede que a mí me hayan botado por una pelota, pero que te

boten por otra chica debe ser fatal.

La casa está en un silencio sepulcral mientras tomo las llaves del Jeep, así que debo suponer que Malcom está en el séptimo sueño y mi padre fue al supermercado como todos los viernes. Es una tradición comer tallarines este día de la semana. Bill Shepard sale a comprar varias libras de cebolla para hacer su salsa secreta. ¿Leche, huevos, papel higiénico, acondicionador, detergente? Eso ya es pedir mucho, él solo compra lo justo y necesario para hacer su especialidad, y digo libras de cebolla porque todo el equipo viene a casa los viernes. O, por lo menos, la mitad de los cincuenta y pico de muchachos lo hacen.

Alimentar a tantos chicos no es tarea fácil ni barata, pero mi padre disfruta de la compañía de su equipo y también aprovecha la ocasión para planear ataques para el próximo juego o ver partidos repetidos de los Kansas City Chiefs.

En cuanto entro por las puertas de la cafetería encuentro a Harriet en la mesa de siempre, con sus resaltadores en mano y la Constitución Norteamericana abierta frente a sus ojos.

—Buenos días, Harri... —empiezo a decir, pero alguien me interrumpe.

—No son buenos días —dice una fúnebre Jamie, dejándose caer en la mesa con nuestro desayuno, observándonos a través de sus lentes de sol.

Esos son los denominados anteojos de resaca.

—Para ti no lo serán —espeta la rubia—. Hoy tendré sociología jurídica y, además de ser mi asignatura predilecta, el profesor es un bombón.

Jamie automáticamente se baja los lentes por el puente de la nariz y una sonrisa le surca los labios. Y ahí está la auténtica Jamie Lynn, solo basta con mencionar a alguien del sexo opuesto para que se regenere su espíritu. Luego de todo lo que Derek la hizo pasar, me alegra verla sonriente y no llorando a moco tendido en su cama. Sin embargo, Pittsburgh pagará por ser infiel. Solo me basta con observar las oscuras bolsas bajo los ojos de la pelirroja y el decaimiento de sus hombros para anhelar algo de revancha. Sé que internamente se siente fatal.

—¿Alguien dijo bombón? —interroga una voz masculina a nuestras espaldas.

—Esfúmate, Ben —responde Harriet en el instante en que el chico se deja caer a su lado y le pasa un brazo por los hombros.

—No puedo, me invocaste. —Le sonrío con perspicacia.

Harriet aleja su brazo sin siquiera dignarse a mirar al muchacho de encantadores ojos verdes. Ben, uno de los jugadores de los Jaguars, tiene interés en ella desde que Harriet empezó a estudiar en la BCU, pero mi querida amiga parece irritarse con facilidad cuando el número trece merodea a nuestro alrededor. Además, esta futura abogada tiende a fijarse en hombres más grandes, no en universitarios. Se defiende con alguna basura de la experiencia y la estabilidad emocional que los mayores pueden aportar a una relación.

—Me refería al profesor Whittle —le informa.

—No hace falta que mientas —sigue Ben antes de tomar el licuado de Harriet y sorber de la pajita ruidosamente.

La mirada de la rubia se llena de repulsión al instante y la conozco lo suficiente como para saber que está pensando en sacar las toallas higiénicas que tiene en la cartera.

—Tus amigas saben de lo nuestro, así que déjalo ser, nena —la fastidia con una sonrisa cargada de confianza.

—¿Qué quieres, Ben? —interfiero antes de que a Harriet le agarre un ataque de germofobia.

—Solo quería que le dieras esto al entrenador —responde sacando un mapa y varios papeles de su mochila—. Dile que el pollo ha salido del huevo —añade observándome fijamente, con seriedad.

—¿El pollo ha salido del huevo? —pregunto incrédula—.

¿Qué clase de mensaje secreto es ese?

Puede que no entienda mucho de fútbol americano, pero estoy segura de que no tiene nada que ver con huevos. O por lo menos, no de los comestibles.

—Solo díselo —reitera incorporándose y colocándose la mochila al hombro—. Nos vemos esta noche, *Sunshine* — se despide—. Adiós, Jamie, adiós, nena — enfatiza sonriéndole con diversión a Harriet antes de perderse en la multitud de la cafetería.

—Es tan incoherente —dice la rubia cambiando de resaltador.

Usa uno rojo, mala señal—. ¿El pollo ha salido del huevo?

Seguramente estuvo consumiendo drogas.

—Sé lo que se siente estar bajo el efecto de alucinógenos, y créeme que ese chico no está drogado —replica la pelirroja dando un trago a su café y observándonos con sus marrones y brillantes ojos.

—Te dijimos que debías mantenerte alejada de los porros,  
Jamie —la regaña Harriet.

—Tal vez sea una especie de vulgar lenguaje masculino —  
intento explicar observando la intangible letra de Ben en los  
papeles.

Abro el mapa en la superficie de la mesa y trazo con los dedos  
las escasas cruces rojas que hay dispersas en él.

—Es el mapa de la reserva Oakmite, a las afueras de Betland  
—escudriña Harriet.

—*In limine litis* — leo las palabras escritas desprolijamente  
en una esquina del papel— ¿*Litis*?

—Es latín —interrumpe Jamie, y tanto la futura abogada  
como yo nos giramos curiosas y sorprendidas para observarla  
sorbiendo ruidosamente de su café. ¿Desde cuándo sabe latín?—.

Al comienzo del proceso —traduce sorbiendo con más fuerza—.  
¿Qué? Es necesario para mi carrera —se excusa encogiéndose de  
hombros.

—Mi padre apenas puede hablar y escribir en su propio  
idioma, ¿y Ben le da cosas en latín? —interrogo con desconcierto.

—Suena como un rito de iniciación o algo parecido, tal vez

sea algo que daba hacer para su cuadragésimo cumpleaños —ríe.

—Shepard cumple años en septiembre —le recuerdo—, pero tal vez no se trata de mi padre —apunto escudriñando el mapa.

Lacónicos segundos de silencio se instalan entre nosotras antes de llegar a la misma conclusión.

—Malcom —decimos al unísono.

¿Pero qué clase de ritual de iniciación hacen los jugadores de fútbol?

## **Capítulo XI**

Ratatouille

# Kansas

—¿Una mancha de tinta es solo una mancha de tinta? —

interroga la señora López al final de mi quinta clase del día—.

Cuando hablamos de exámenes psicológicos, uno de los más conocidos es el de Hermann Rorschach, el cual consiste en evaluar la personalidad de una persona haciéndola observar e interpretar figuras simétricas de tinta —explica mientras se pasea por el frente de la clase y hace bailar su horrible falda gris. Creo que necesita lavarla porque la usa todos los días desde que la conozco, es como mi padre y sus pantalones deportivos—. De esta forma tal vez se pueda obtener un resumen superficial del sujeto, pistas sobre su personalidad.

Sin

embargo,

no

es tan fácil, queridos discípulos. Se necesita una preparación previa para implementar el *test* en una persona y saber leerlo, porque, según Hermann, todo lo que haga el individuo debe tomarse en cuenta.



—Cómo coloca el paciente la lámina, el tiempo de latencia, si especifica algo respecto al color y la forma —enumera una voz femenina por ella—. Entre otros, claramente.

Solo me basta escucharla para revivir la ira que sentí en cuanto me enteré que Pittsburgh había engañado a Jamie con ella.

—¿Ya no creen que es tan sencillo, verdad? —Nos sonrío con gracia la mujer de cabello enmarañado—. Ahora, la pregunta es si en verdad funciona esta estrategia que el viejo Hermann ingenió.

— Claro que sí, el *test* Rorschach puede detectar trastornos, y... —comienza una chica al final de la fila. Alejo mis pensamientos sobre atravesar a Sierra con *Excálibur*.

Debo dejar de mirar *La espada de la piedra* con Zoe.

—Error —le espeto, interrumpiéndola—. Las personas suelen

dar

respuestas

erróneas,

por

así decir, a las manchas, y muchas veces terminamos creyendo que e padecen de algún trastorno cuando en realidad no es así. Hace

que los cuerdos parezcan locos —opino.

— Además, los especialistas han puesto en duda la validez del *test* proyectivo. —Para mi sorpresa, Sierra está de mi lado, es inédito—. No estamos diciendo que sea totalmente inútil... — agrega.

—Solo que hay otras formas más eficaces y precisas para diagnosticar u obtener pistas sobre la personalidad de alguien — concluyo.

—Suficiente, muchachas —habla la señora López, sonriéndole con ánimos a la lívida de la última fila, la cual se ha encogido en su asiento. No sabía que Sierra y yo fusionadas tuvieras ese efecto—. Agradezco a las señoritas Montgomery y Shepard por expresar su desacuerdo, pero recuerden que cada uno debe exponer su propia opinión respecto al *test* —añade—. Así que leerán el capítulo veintisiete del libro de texto y luego harán un ensayo fundamentado hablando de la utilidad o inutilidad del análisis de manchas, y lo quiero el lunes en mi escritorio.

Me cuelgo el morral al hombro y, tras salir del aula, comienzo a transitar los corredores para salir de la facultad, pero alguien decide acompañarme, sin mi consentimiento, hacia la salida.

—Creía que el día en que tú y yo actuáramos como amigas nunca llegaría —habla Sierra mientras avanza a mi lado.

—Y nunca llegará —le espeto—. Que compartamos algunos puntos de vista no quiere decir que somos amigas.

—¿Qué diablos te picó, Kansas? Relájate —Frunce el ceño.

—Nada me picó —replico frenándome—. Pero sé que te acostaste con el novio de Jamie y aún no puedo quitarme de la cabeza que aceptaste ser el entretenimiento nocturno de Logan un día después de que terminamos —expreso con una mezcla de amargura y disgusto creciendo en mis adentros.

—Ustedes no terminaron, Mercury te dejó —me corrige—.

Hay una diferencia.

No debería haber dicho eso.

—Mantente alejada de mí — advierto con cierto desdén. En verdad necesito que se aleje antes de hacer algo de lo que me voy a arrepentir—. Y puedes irte al infierno —agrego observándola fijamente.

—Nos encontraremos ahí de todas formas, Kansas —dice encogiéndose de hombros—. Porque puede que me eches en cara todo lo que hago, pero ambas sabemos que no es mi culpa que

esos chicos antepusieran sus intereses deportivos y necesidades antes que a sus novias.

—Tienes razón, pero tú también tuviste algo que ver con el hecho de que le partieran el corazón a Jamie.

—Y el tuyo también —me recuerda—. Y por eso me atacas, porque sabes que no puedes ir contra Logan. Así que soy tu saco de boxeo, ¿no es así? —Arquea una ceja.

—No intentes analizarme —digo con la cólera vertiéndose en mi sistema—. Porque lo próximo que analizarás será un hematoma en tu rostro.

Jamás podría golpear a alguien, aunque fuese Sierra Montgomery. Todos saben que las amenazas que se dicen en un estado de enojo pocas veces se cumplen, pero está claro que haré algo al respecto si sigue fastidiándome. Tal vez no utilice la fuerza bruta, pero estoy segura de que se me ocurrirá algo peor.

—Ahora hazme el favor y piérdete —digo antes de retomar mi camino.

Me subo al Jeep y prendo la calefacción al instante. Hace frío, tengo hambre y Sierra me ha puesto de malhumor. Mi viernes va genial.

Entonces, en cuanto observo por el espejo retrovisor para dar marcha atrás, veo a Bill Shepard entrando al gimnasio exactamente por las puertas que conducen a las piscinas de natación. Mi padre no trabaja los viernes y sinceramente creí que estaba en casa comenzando a cocinar lo único que sabe hacer: salsa.

Pensando que tal vez programará un entrenamiento en la piscina para la próxima semana, me dispongo a conducir, ahora con una imagen de todos sus muchachos sin camiseta y en el agua. Quiero un pase vip a ese entrenamiento. Primero, para ahogar a Logan en la pileta y segundo, para ver nuevamente a Beasley sin camiseta. Aunque creo que debería ahogarlo a él también.

No llego a poner un pie dentro de la casa antes de percatarme de que el coche de la señora Murphy está estacionado en la calle. La aguda y alegre voz de Zoe penetra mis oídos en cuanto ella salta del auto y corre a mi encuentro. Suele llegar a los minutos en que llego yo, pero teniendo en cuenta que me entretuve charlando —notase el sarcasmo—, con mi buena amiga Sierra, debí retrasarme. —¡Kansas, mira quién vino a visitarte! —exclama con entusiasmo llegando a mi lado y extendiéndome una jaula que conozco bastante bien. Dios sabe cuántas veces limpié esa cosa.

—Hola, Ratatouille —saludo comenzando a desabotonarme la chaqueta con una mano mientras entramos a la casa—. Creo que tendremos que poner otro plato en la mesa hoy —añado.

—¿Plato? —el acento de Malcom resuena antes de que aparezca desde el umbral de la cocina—. Esa cosa no va a almorzar con nosotros, Kansas —me advierte observando con desconfianza al animal.

—Buenas tardes para ti también, y no es una cosa, es Ratatouille —aclaro mientras me da la espalda y se vuelve a adentrar a la cocina.

Lo sigo y me tomo un segundo para apreciar la imagen: lleva una camiseta lisa y blanca que se adhiere a su cuerpo y unos pantalones grises de deporte que resaltan su trasero. Redondo, firme y parado. Aparto la vista en cuanto se da la vuelta y me atrapa mirándolo. Si voy a tener a este exasperante e irritante chico en mi casa, por lo menos voy a disfrutar de verle el trasero.

—Cocinaste —reconozco, destapando una olla que está en el fuego. El aroma es delicioso e instantáneamente mi estómago ruge—. No sabía que tenías dotes culinarios.

—Mejores que los tuyos, indiscutiblemente —añado antes de

tomar un cucharón.

Zoe aparece con su hámster y pone la jaula sobre la mesa. Y sí, muchas personas creen que por llamarse Ratatouille el animal es una rata.

Me siento frente a ella y Malcom trae la olla a la mesa. No puedo negar que posiblemente sea la comida más nutritiva de mi vida: carne, papas, cebolla y especias. Bill Shepard solo sabe hacer salsa y, obviamente, marcar el número del delivery.

—Es muy antihigiénico comer con esa cosa en la mesa — espeta sin apartar sus ojos azules del animal, mientras le sirve a Zoe.

—No te preocupes, lo bañamos hace un mes —replico sirviéndome algo de refresco. La mesa está puesta como si fuéramos a almorzar con la Reina Isabel.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme? —interroga frunciendo el ceño en mi dirección.

Paso a llenar mi plato de comida, porque si voy a comer algo casero y nutritivo por primera vez en mi vida, tiene que ser en abundancia. Estos milagros no se dan todos los días.

—Gracias por el almuerzo, Malcom —agradece Zoe

pinchando una papa y metiendo el tenedor entre los barrotes de la jaula. El animal devora el tubérculo y Beasley observa con estupefacción la escena—. Ratatouille y yo estábamos muy alcoholizados.

—Zoe —la regaño—. Te he dicho que dejes de decir esas cosas.

—¿Cómo va a dejar de decir las si tú le enseñas erróneamente el significado de las palabras? —se queja el muchacho percatándose de que soy yo la persona que le pone esas ideas en la cabeza.

—¿Quieres explicarle qué es el alcohol? ¿O los condones? — murmuro con incredulidad por lo bajo cuando Zoe se concentra en pinchar un trozo de carne.

Le arrebato el tenedor que tiene a mitad de camino hacia su boca y le doy otro. Primero, porque en verdad sería antihigiénico y segundo, porque Malcom parece estar a punto de tener un ataque de parasitofobia.

—Sé lo que son los condones —dice la niña para mi sorpresa, y es inevitable atragantarme con una papa—. Son las aves que pasan en *National Geographic* —dice muy segura y orgullosa de



sí misma.

—Eso son los cóndor... —comienza a corregir el rubio.

—Eres tan inteligente —lo interrumpo sonriéndole a Zoe con la papa a mitad de mi garganta.

En verdad no quiero ni necesito explicarle a una niña de seis años qué son los preservativos y para qué se usan. Beasley enarca ambas cejas en mi dirección antes de meter el tenedor en su boca.

—Kansas, ¿estás bien? —interroga la niña al ver que comienzo a toser.

Maldita papa. Esto es lo que pasa cuando como hortalizas.

—Sí —respondo tras tomar de mi bebida y dejar el vaso casi vacío—. Es solo la comida, alguien no sabe calcular el tiempo de cocción —bromeo echándole una mirada de reojo a Malcom, y Zoe se ríe.

—¿Sabes qué? —inquire—. Que la próxima vez cocine Ratatouille —me espeta haciendo un ademán al hámster.

—A mi rata no le gusta cocinar —explica la niña con inocencia—. Solo comer —añade, y no puedo evitar compararme con el animal enjaulado.

— Sabes que no es una rata, ¿verdad? —interroga Malcom—

. Es un háms... —Las palabras mueren en sus labios en el segundo en que le doy una patada por debajo de la mesa.

Desde que Zoe vio la película de Ratatouille, ha querido tener una rata por mascota . Obviamente la niña no sabe cómo lucen esos desagradables animales en la vida real, pero estaba tan decidida a tener uno que rogó por él durante un mes. La señora Murphy le regaló lo más cercano a una rata que había en el *Pet Shop*, un hámster.

Para mi suerte, Beasley no abre la boca por el resto del almuerzo, creo que ambos sabemos que, si lo hace, meterá la pata. Como siempre.

La niña nos cuenta en detalle los hábitos de su mascota: una zanahoria pequeña al día, una siesta de treinta minutos alrededor de las cuatro y una diminuta cantidad de moras como postre.

Malcom no para de ver al animal con desconfianza y el hámster no para de mirarlo con sus redondos y brillantes ojos de roedor.

—Creo que voy a dar un paseo —dice incorporándose, y la niña lo imita.

Para desgracia de esta estrella europea, Zoe lleva a Ratatouille con ella.

# Malcom

Vivir con Bill Shepard y la cascarrabias de su hija no alcanzaba, ahora tengo que soportar al parásito rubio y a su desagradable roedor. No me gusta ese animal. No me gusta como huele, como luce, como se mueve y mucho menos como me mira.

—¿A dónde iremos? —inquire Zoe abrazando la jaula contra su pecho, y por un momento no me salen las palabras. Ella me hace acordar a alguien que también se aferraba de esa forma a sus cosas, a los libros en específico. Me hace acordar un poco a mí.

—Tú no vendrás conmigo —le aclaro, y espero sonar lo suficientemente firme. No quiero que la cría se eche a llorar, pero tampoco quiero que me acose con su hámster—. Te quedas aquí, con Kansas.

—¡Pero Ratatouille quiere salir a pasear! —chilla—. Nos vamos a portar bien, por favor, por favorcito —ruega observándome con ojos cristalizados.

—Creo que podemos ir al parque —la voz de la castaña penetra mis oídos desde la cocina—. Deja que Beasley se vaya, Zoe. Todos saben que las chicas pueden entretenerse solas —añade

con diversión en su voz, y se oye el sonido del agua correr mientras lava los platos.

Además de impudente y antihigiénica, Kansas parece disfrutar de la violencia verbal y hasta de la física. Aún siento la punta de su zapato clavándose en el hueso de mi pierna, en la tibia.

—Diviértanse —digo sin una gota de sinceridad—. Y no saquen a esa cosa de su jaula —adviento antes de abrir la puerta, porque lo último que quiero es tener a un hámster suelto por la casa.

Y, para mi sorpresa, hay un chico a punto de tocar el timbre en cuanto tiro del pomo.

—¿Qué tal? —interroga amistosamente, con una sonrisa confianzuda adherida a su rostro—. Busco a Kansas Shepard. Entonces entra a la casa sin invitación alguna y sé que mi paseo se acaba de cancelar.

¿Quién es este tipo?

## **Capítulo XII**

Incivil

# Malcom

—¿Disculpa? —inquiero con incredulidad, aún con la mano sobre el pomo de la puerta.

¿Quién es este sujeto y por qué acaba de entrar a la casa sin autorización alguna?

—Lo siento, ¿dónde están mis modales? —ríe antes de acercarse y tender una mano en mi dirección—. Soy Gabe, Gabe Hyland —se presenta sin quitar la sonrisa con exceso de galantería de su rostro.

Mi mirada se traslada de su mano extendida hacia mí hasta sus ojos. No voy a estrecharle la mano a este tipo, mucho menos cuando acaba de irrumpir en una casa ajena con demasiada seguridad.

—Hola, Gabe —se entromete la cría y corre a tomar la mano que el extraño sigue tendiendo en mi dirección—. Mi nombre es Zoe, con Z —aclara sacudiendo uno de sus dedos—. Y esa es mi rata, Ratatouille —presenta haciendo un ademán al roedor.

—Suficiente con las presentaciones —interrumpo tomando por los hombros a la niña y tirando de ella hacia atrás, porque en

verdad no confío en este extraño—. ¿Por qué estás aquí? —  
interrogo, y el castaño arquea una ceja divertido.

—Ya te lo dije, hermano —me recuerda el sonriente  
compulsivo poniendo perezosamente ambas manos en sus  
caderas—. Busco a Kansas.

No me gusta que me trate con tanta confianza, como si  
fuéramos amigos desde hace años cuando en realidad lo conozco  
hace menos de dos minutos.

—En ese caso, ya me encontraste, Hyland —dice una voz a  
mis espaldas.

Kansas aparece con los guantes de hule puestos por el umbral  
de la puerta de la cocina, sus labios se curvan en una genuina  
sonrisa al ver al desconocido y la observo por unos segundos  
en silencio. En los pocos días que llevo aquí, jamás la vi sonreír de  
ese modo, de manera tan espontánea y natural. Sus ojos parecen  
brillar para complementar la albricia que parece traerle ver el  
extraño. Y no sé exactamente por qué, pero me desagrada el hecho  
de que este tipo sea la causa de eso. Desde que llegué, ella no ha  
sido capaz de tratarme ni con la más mínima calidez.

Entiendo su enojo por las cosas que dije, pero no puede

culparme por ser honesto. ¿Y esa sonrisa que le curva los labios?

Lo más cerca que estuve de recibir una de esas fue... nunca.

—Rayos, centellas y hamburguesas —silba el castaño

observándola de pies a cabeza—. Jamás pensé que te crecerían los pechos.

Automáticamente le tapo los oídos a Zoe. ¿Qué clase de ordinario es?

Kansas se ríe y por primera vez noto que está mínimamente avergonzada, no solo se le ruborizan las mejillas, sino que cuando se acomoda un mechón de cabello, me percató de que sus orejas también están rojas.

—No puedo creer que seas tú, pedazo de idiota —se sincera la hija de Shepard.

El vagabundo, porque así debería llamarse por llevar la ropa sin planchar y ser dueño de una barba mal afeitada, no me da la mejor impresión. Parece agradable, demasiado agradable, hasta el punto en donde se torna desagradable.

—¿Pensabas que no iba a volver, nena? —pregunta. Se acerca y envuelve sus brazos alrededor de la cintura de ella.

¿Por qué le dice nena? Es un apodo absurdo y de mal gusto,

además de ser tan vulgar como este sujeto.

Kansas le da un suave codazo en las costillas para que se aleje, pero no puede parar de lucir alegremente sorprendida.

—Gabe, luces... —le dice la castaña escudriñando su rostro en detalle, pero la interrumpo.

—¿Debería cerrar la puerta, no? —inquiero intercalando mi mirada entre ella y él. Mis ojos se encuentran con los de Kansas y le hago una pregunta silenciosa: ¿se va a quedar?

—Sí, a menos que quieras salir —responde Gabe por ella, pasando un brazo alrededor de sus hombros.

«Solo son bienvenidos los muchachos del equipo, y si ves a un chico ajeno a los Jaguars lo echas a patadas. De verdad, échalo».

Las palabras del entrenador resuenan en mis adentros y, por mi propio bien, sé que debo quedarme.

—Creo que les haré compañía, el flujo de gases a gran escala se intensificó —me excuso con el clima y el joven me observa con un desconcierto absoluto.

Ni siquiera comprende que hablo del viento, lo cual me indica que no sabe mucho de climatología, y automáticamente por eso Kansas enarca una ceja en mi dirección.



—Gabe, este es Beasley —me presenta al ver que permanezco de brazos cruzados junto a la puerta, sin el más mínimo interés en presentarme. Internamente me reprendo por eso porque soy alguien con modales, pero si quiero intimidar al muchacho como lo quiere Bill, debo ahorrarme las formalidades—. . Vive con nosotros, temporalmente, y viene desde Londres para jugar en la BCU —explica rápidamente.

—Así que tenemos a un refinado inglés —ríe él acercándose y palmeándome el hombro. ¿Quién le dio permiso para tocarme?—. . ¿Por qué no vas a preparar algo de té? —Me sonrío amistosamente, pero el chiste no me da gracia—. Estoy seguro de que Zoe y su hámster van a ayudarte, hermano —ese intento poco ingenioso de deshacerse de mí parece hacer enojar a la cría.

—No es un hámster, es una rata —corrige Zoe frunciéndole el ceño y atrayendo la jaula contra su pecho—. Y su nombre es Ratatouille —aclara.

—Y que sea inglés no quiere decir que me guste el té —le digo mientras lo palmeo en el hombro, tal vez con un poco más de fuerza de la necesaria. Y claro que lo digo para estropear su intento de quedarse a solas con su vieja amiga Kansas, porque en realidad

amo el té. El de manzanilla es mi predilecto—. Y me llamo Malcom  
—me presento, porque no quiero que vuelva a decirme  
hermano otra vez.

No tengo un hermano y no quiero uno, mucho menos a uno  
como él.

—¿Por qué no hacemos un poco de café? —interviene Kansas  
lanzándome una mirada mordaz, claramente no le agrada mi actitud  
hostil—. Recuerdo que le ponías como seis cucharadas de azúcar  
cuando éramos niños —añade trasladando sus ojos a Gabe.

—¡Excelente idea! Maravillosa, extraordinaria, fascinante e  
increíble —habla el extraño con entusiasmo—. Te gusta el café,  
¿verdad, Marcos? —me pregunta con diversión en sus ojos mieles.

—Es Malcom —corrige Zoe antes de llegar a mi lado,  
gesticulando con la boca bien abierta—, M-a-l-k-o-m —deletrea. Y  
por primera vez, me alegra tener al parásito de mi lado, a pesar de  
que dijo K en vez de C.

# Kansas

Debo admitir que Gabe luce bien, muy bien.

El nieto de la señora Hyland solía pasar todos los veranos con su abuela hasta que se trasladó a Utah por el trabajo de sus padres.

No volví a ver al chico que solía andar en patineta por horas alrededor del vecindario, al mismo que usaba frenos y me robó mi primer beso. Ahora lo tengo frente a mí con sus zapatillas *Converse* algo sucias, sus jeans oscuros y estrechos, una de sus tantas camisetas estampadas y con la visera de su gorra de fútbol hacia atrás. Mi padre se moriría al verla, ya que es de uno de los tantos rivales de los Chiefs, los Denver Broncos. Sin embargo, no es de los Oakland Raiders. En tal caso Hyland ya estaría enterrado unos cuantos pies bajo tierra.

Es curioso que a veces nos olvidemos del paso del tiempo y solo seamos capaces de recordar cuán viejos estamos cuando nos encontramos con algo que no contemplábamos hace bastante.

Su estilo no parece haber cambiado en absoluto, pero su cuerpo lo ha hecho: le ha crecido barba, su cabello rubio se oscureció y tornó castaño, está más alto y se ve que trabaja su cuerpo un poco más.

Brazos, espalda, tórax y glúteos: todo está en una versión mejorada de lo que Gabe Hyland era a los trece años, pero vale aclarar que sus nalgas no se comparan a las del chico que está apoyado contra la mesada de la cocina, revolviendo su café hace aproximadamente diez minutos y con los ojos fijos en Gabe.

—¿Cómo terminaste aquí? —interrogo al castaño.

En verdad es bueno verlo, más que nada porque me trae recuerdos de aquella época tan buena donde no tenía responsabilidades, no había conocido a Logan Mercury y él no me había dejado, no conocía a Sierra Montgomery, mi madre aún vivía con nosotros y no tenía a Malcom Beasley haciendo el patético intento de intimidar a alguien en mi cocina.

Los veranos con Gabe eran fabulosos, consistían en hallar escondites en la ciudad, hacer excursiones por calles desconocidas en bicicleta, ir a nadar por horas y quedarse en las escaleras del pórtico observando como el sol se ocultaba tras los tejados de las casas cada tarde.

—Utah es una mierda, así de sencillo —se ríe dejándome ver sus hoyuelos.

—Mi mamá dice que «mierda» es una mala palabra —

interrumpe Zoe antes de beber de su chocolatada, porque si llego a darle cafeína alcanzaría un grado de hiperactividad que no podría controlar.

—No es una mala palabra —replica el chico inclinándose en su silla—. Es lo que haces cuando vas al... —su voz se desvanece bruscamente en cuanto abro la boca.

—Tiene seis años, cuida tu lenguaje —espetamos Malcom y yo al unísono.

—De acuerdo —asiente Gabe con diversión; intercala sus ojos entre Beasley y los míos—. Respondiendo a la anterior pregunta, me voy a quedar con la vieja Hayland por un tiempo —me explica con prisa—. Decidí tomarme un año de libertad: ni estudios de periodismo ni trabajo por unas monedas, solo la buena vida.

—¿La señora de las galletas? —inquire Zoe y sus ojos se iluminan por un segundo.

—La misma —responde él. Se inclina y le revuelve el cabello, Zoe—. ¿Qué tal si vamos por algunas? —añade antes de lanzarme una pícaro mirada llena de recuerdos—. Tu estómago no tenía fondo en cuanto a las galletas de Mary Hyland se trataba, y

creo que a Zoe y a Ratatouille les gustarán.

Entonces, se oye un pequeño estruendo cuando Malcom deja caer la taza y la cuchara en el fregadero, sin el más mínimo cuidado.

— Tranquilo, Marcos — dice Gabe sacándose la gorra y pasándose una mano por el cabello, peinándolo con galantería—. Te traeremos algunas.

—En realidad, debería quedarme —murmuro—. Hoy tenemos una cena y tengo que sacar la vajilla fina —bromeo, porque ni en sueños dejaría los platos de porcelana en manos de unos brutos e insaciables jugadores de fútbol—. Pero mañana por la noche estoy libre.

En cuanto Gabe se marcha y cierro la puerta tras él, me doy cuenta de que estoy de buen humor, pero aquel buen humor se va por el desagüe cuando me giro sobre mis talones y veo a Malcom de pie en medio de la sala.

—¿Dónde están tus modales? —inquiero, cruzada de brazos—. Para ser un inglés, fuiste bastante grosero.

—Dejen de asumir que como soy inglés tengo que ser de cierta manera —exhala él con cansancio—. Entrar a casas ajenas

sin autorización, decir blasfemias frente a una niña de seis años y no lavar la taza luego de usarla... él es el de la falta de modales — espeta con una mano en la cadera y otra que se sumerge en su cabello.

—Lo dices como si fuera una especie de maleducado y ni siquiera lo conoces.

—Es porque lo es, Kansas —responde con sus intensos ojos azules lanzando chispas—. Es un incivilizado, y no necesito estar ni un minuto más a su alrededor para confirmarlo.

—¿Sabes una cosa, Beasley? —inquiero encaminándome a la cocina, donde Zoe aún bebe su chocolatada y ve cómo Ratatouille da vueltas en su rueda para hámsteres—. Deberías aprender a cerrar a la boca y dejar de asumir cosas que no son ciertas.

Este chico comienza a irritarme. Sinceramente no me gusta la forma en la que habla de Gabe, no me agrada que juzguen a primera vista y Malcom parece ser un especialista en eso.

—Te dijo que jamás pensó que te crecería el busto —me recuerda, y por un segundo quiero reír por su selección de palabras—. Es un comentario tan vulgar que como chica tendría que ofenderte, ¿dónde está tu sentido de la indignación femenina?

—añade siguiéndome.

—No hables como si conocieras a las mujeres —le espeto mientras recojo las tazas vacías de la mesa y las llevo al fregadero—. Créeme que estás muy lejos de conocerlas, mucho más de comprenderlas.

—Kansas...



—Desde que llegaste, no paras de meter la pata y provocarme un nivel de irritación que jamás pensé alcanzar —interrumpo y explico con los guantes ya puestos para comenzar a fregar energéticamente la porcelana.

—Kansas... —intenta hablar, pero vuelvo a interrumpirlo.

—Puedes guardarte tus opiniones para alguien que quiera escucharlas, porque estoy harta de oírte hablar.

—Kan... —en cuanto vuelvo a tener intenciones de replicar, Malcom se precipita a acercarse y a taparme la boca con la palma de su mano—. Cállate, por favor —pide antes de trasladar sus ojos a la mesa. Los míos lo siguen y veo lo que intentaba decirme. Sin darme cuenta, acabo de quitarle la taza a medio tomar a



Zoe, y ella me observa con ojos ofendidos y cristalizados por mi brusquedad al hacerlo.

—Mmh mmh mmmmh —digo contra la palma de Beasley, pero en realidad trato de decir que lo siento.

—¿Por qué peleabas con Malcom? —pregunta la niña recostada boca abajo en mi cama, con los codos apoyados en el colchón y las manos en sus mejillas.

Tuve que hacerle otra chocolatada y acceder a jugar con ella por ser tan brusca hace unas horas.

—Porque me hizo enojar —respondo acariciando al hámster en mi regazo, en cuanto se haga pis sobre mí, lo devuelvo a su jaula.

—¿Por qué te hizo enojar?

—Porque tiene una actitud insufrible.

—¿Por qué tiene una actitud insufrible?

—Porque se llama Malcom Beasley.

—¿Por qué se llama Mal...?

—Porque su mamá se lo quiso poner, ¿terminaste con el interrogatorio? —inquiero—. Es tu turno hace media hora y aún no has comprado nada —le recuerdo haciendo un ademán

hacia el *Monopoly* de los Simpson que se extiende sobre la cama.

—Prefiero guardar el dinero — dice inclinándose hacia el muñeco de *Homero* y haciéndolo avanzar al siguiente casillero—.

Así me haré rica —explica.

Tomo los dados y los lanzo antes de tomar a *Krusty el payaso* y desplazarlo hasta la mansión Burns.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le digo en voz baja, y ella abre los ojos con intriga y emoción antes de asentir—. A veces necesitas arriesgarte y tomar las oportunidades que se presentan —digo entregándole un billete de quinientos dólares—, porque puede que después desaparezcan —añado antes de poner una de mis casas de plástico sobre la casilla.

—Sí. —Ladea la cabeza—. Tal vez debería comprar más cosas —reflexiona observando el juego y los territorios disponibles.

Aún es demasiado pequeña como para saber qué es el doble sentido y percatarse de que eso se aplica a mis palabras. Ella, quién también cumple el rol de bancaria, me entrega doscientos dólares más allá de que debe devolverme cien. No se lo digo y me limito a reír.

—Creo que estoy perdiendo —dice al cabo de varias rondas más—. ¿Por qué tienes tantas propiedades y tantos billetes? ¿Y por qué yo soy tan pobre? —pregunta frunciendo el ceño y rascándose la cabeza confundida.

Permanezco en silencio mientras ella intenta comprender la situación. Entonces abre los ojos como platos.

—¡Eres una tramposa! —chilla incorporándose de la cama de golpe.

—¿A dónde vas, Zoe? —digo al ver que abre la puerta y sale corriendo a través de ella.

—¡Billy, Billy! —llama a mi padre descendiendo las escaleras y haciendo resonar sus zapatos de charol—. ¡Kansas hizo trampa otra vez! —me acusa.

Y se oye una risa. Entonces lo sé, los Jaguars han llegado, porque esa risa no le pertenece ni a Bill Shepard ni al desapacible número veintisiete.

Le pertenece a Logan Mercury.

## **Capítulo XIII**

Brigada

# Kansas

—A Kansas le gusta jugar sucio —dice Logan acuclillándose hasta estar a la altura de Zoe.

Puede que la niña no se dé cuenta, pero yo me percaté al instante del doble sentido que adquieren sus palabras desde lo más alto de la escalera. Quiero golpearlo por decir eso, pero lo más cerca que estoy de lograr infligirle daño alguno es clavándole mis ojos con indiscutible descontento, y eso ni siquiera funciona.

—Nunca fue buena siguiendo las reglas, ¿sabes? —agrega entregándole una sonrisa divertida a Zoe.

—Y tú nunca fuiste bueno como mariscal, pero nadie lo señala —dice Ben palmeándole el hombro, y aunque sé que bromea, no puedo evitar observarlo con gratitud—. ¿Qué tal, *Sunshine*? —pregunta trasladando sus ojos en mi dirección.

—Iba ganando en el *Monopoly* hasta que ustedes llegaron —informo mientras desciendo y evito la mirada café de Logan.

—Ibas ganando porque eres una tramposa —escupe Zoe observándome con el ceño fruncido, pero instantáneamente se desvanece de su rostro en cuanto Chase aparece desde las sombras

y se la echa al hombro. Ella grita ante la sorpresa antes de reír y aferrarse a la camiseta del chico.

—¡Timberg, baja a esa cría! —ladra mi padre que aparece en el umbral de la cocina, con su delantal puesto—. En cuanto le rompas una pierna como a Ottis, te las verás conmigo —amenaza apuntándolo con el cucharón.

Chase se queda inmóvil y asiente como un soldado a su superior hasta que Bill vuelve a desaparecer para ir a chequear la salsa, luego sigue caminando con una chillona Zoe al hombro.

—Te vi en el entrenamiento el otro día —aparece Joe. Pasa un brazo por mis hombros y comienza a guiarme a través de la multitud.

Me alegra que me aleje de Mercury, ya que intento evitarlo en todas las reuniones de los viernes, pero el número siete me la pone difícil debido a que nunca falta a los días de pasta y no deja de lanzarme comentarios con el objetivo de provocarme. Sin embargo, ahora estoy con uno de mis jugadores preferidos: extremadamente corpulento y alto, estoy segura de que me saca unas dos cabezas. Sus brazos y piernas son como gruesos troncos de árboles, todos cubiertos por su piel morena. Es afroamericano y

que su tez sea tan oscura solo ayuda a resaltar esa inmensa y deslumbránte sonrisa que posee.

—¿Me espiabas a escondidas? —inquire el jovial y preservador Joe.

—Ya quisieras —replico—. Pero creo que Donna se pondría celosa.

—No tendría por qué enterarse. —Sonríe, pero sé que tan solo juega.

Joe podría aparentar ser todo un chico rudo, pero es un romántico de corazón blandengue que perdió la cabeza por una chica de tercer año. Donna parece haber sido hecha para él, y lo sé porque, obviamente, la hice pasar por una detallada examinación antes de que formalizara su relación con el Jaguar. De todas formas, yo no tendría que evaluar el potencial de las universitarias como novias de los jugadores teniendo en cuenta que mi vida amorosa es un desastre.

—En realidad, había ido a ver a Beasley —confieso—.

Quería saber qué tan bueno era como para que Estados Unidos lo recibiera con los brazos abiertos.

—Es definitivamente genial —repite enseguida—. Es ágil,

estratégico y corre más rápido que Ratatouille cuando se sube a su rueda para háms...

—Ya entendí, grandulón —interrumpo, palmeándole el pecho. Es mejor que Joe no se ponga a hablar de nada relacionado con las aptitudes físicas o el fútbol en sí porque, además de no entender lo que diga, voy a ser incapaz de pararlo—. Supongo que tendré que aguantarlo un rato más.

—¿Te molesta, Kansas? —pregunta automáticamente en cuanto las palabras salen de mi boca, malinterpretándome—. Porque nadie molesta a *Sunshine* —masculla apuntándome con su dedo índice con una clara advertencia.

—¿A quién le partiremos la nariz esta vez? —inquire Chase, acomodado junto a Joe, aún con la pequeña rubia sobre su hombro.

—¡La única nariz que estará rota es la tuya si no colaboras!

—se vuelve a entrometer Bill—. Baja a la niña y saca las latas de refresco, Timberg —ordena—. 21, 43 y 15, los quiero ver acomodar platos y cubiertos —ladra hacia los respectivos jugadores que se esparcen por el salón—. Hamilton, pon la repetición del partido del 28 de noviembre, y tú Beas... ¿dónde diablos está Beasley? —demanda saber.

—Creo que está en su habitación —respondo encogiéndome de hombros.

—Shepard, busca al número veintisiete —me ordena como si fuera otro de sus jugadores, y yo solo soy capaz de arquear una ceja en su dirección. Al ver mi reacción, él traga saliva y se limpia las manos con el delantal—. ¿Por favor? —pregunta con inseguridad.

Los Jaguars parecen querer reírse, y en cuanto comienzo a subir los peldaños de la escalera, mi padre vuelve a gritar.

—¿Qué tanto miran, señoritas? Tienen una orden, cúmplanla. ¡Y en cuanto te reías te mando de una patada en el trasero a Nepal, Timberg! —añade retomando su tono autoritario.

Trazo el camino por el corredor de la segunda planta y me encuentro cara a cara con la puerta de la habitación de invitados.

Me sorprende que no se encuentre cerrada, sino que esté lo suficientemente abierta como para ver lo que hay dentro.

—¿Malcom? —pregunto antes de empujar un poco más la puerta.

Él está de espaldas y arrodillado sobre la alfombra. Varias vigas de madera se acumulaban sobre el diván y una caja llena de



polvo descansa sobre ellas, entonces lo veo, docenas de papeles esparcidos a su alrededor. La alfombra se tiñe de un blanco con tintes de negro mientras él escudriña cada hoja en detalle.

Pero no son simples papeles.

Son partituras.

—¿Qué...? —intento hablar, pero las palabras se desvanecen cuando él se gira a verme. Sus ojos azules resplandecen bajo la mortecina luz de la recámara, cargados de intriga y un sentimiento que soy incapaz de interpretar.

—¿De dónde las sacaste? —me obligo a decir antes de caer de rodillas a su lado, una mezcla de melancolía y curiosidad originándose en mis adentros mientras contemplo la cantidad de hojas que descansan a nuestro alrededor.

—Estaban escondidas en el piso —explica antes de extender unas partituras en mi dirección, las letras musicales se vislumbran entre sus dedos.

Tomo los papeles con cuidado, como si fueran tan frágiles como para desintegrarse ante mi toque. *Comptine d'un autre été de Yann Tiersen* se lee en pequeñas letras negras, y mi corazón parece acelerarse al reconocer las partituras de la canción. Era una de las

preferidas de mi mamá, una de las tantas que solía tocar.

—El título hace referencia a una canción para niños, una de otro verano —interpreta Malcom observando las partituras.

Sus ojos parecen un pequeño océano, uno donde las olas rompen contra la costa y el sol se oculta con dilación. Por la forma en que me observa, tengo la certeza de que sospecha algo, porque la gente no te mira de forma tan suave si no es por compasión.

—Son de mi madre —explico pasando las yemas de mis dedos por el contorno de las letras musicales—. Pensé que se había deshecho de todas ellas —confieso a medias, porque no tengo la intención de revelar que en uno de sus tantos ataques como alcohólica quemó cientos de sus partituras, las hizo arder en llamas mientras yo la observaba.

—Pensé que eran tuyas —murmura, y me sorprende oír empatía en su voz—. Vi el piano en tu cuarto y asumí que tocabas. Me sorprende que exista tanta transparencia en sus ojos y tanta cautela en sus palabras.

—Solía hacerlo, pero desde que ella se fue no he vuelto a tocar.

Él no hace preguntas, simplemente me contempla en silencio.

No puedo evitar pensar en lo diferente que luce de esta forma, callado y analizando mi rostro y todo lo que soy capaz de transmitir a través de él.

Agradezco que su capacidad de comprensión esté más allá de nuestro arrebatado de enojo de esta tarde, y de todas las otras. Él no me presiona para hablar a pesar de que sé que la curiosidad está impregnada en la naturaleza humana, y la realidad es que no quiero decirle nada, no quiero remover viejos recuerdos.

—Kansas... —llama alguien desde la puerta.

Nos giramos para encontrar a Logan en el umbral, con sus ojos cafés escudriñando la escena e intercalándose entre Malcom y yo. La mirada de Beasley cambia con fugacidad al ver al mariscal en la entrada de su habitación, e instantáneamente se incorpora.

—La señora Murphy llegó por Zoe —explica aferrándose al picaporte—. Deberías bajar.

Me quedo estática por un segundo, pero luego reacciono y paso por su lado para salir hacia el corredor. Su vieja colonia se eleva entre las masas de aire y me sigue escaleras abajo mientras lo dejo a él y a Beasley a solas.

# Malcom

—No deberías haber tocado eso —me espeta Mercury en cuanto Kansas desaparece por el corredor, y sin permiso alguno se adentra en la habitación.

Su presencia ya es lo bastante desagradable como para tenerlo dentro de mi recámara, e intento reprimir las emociones de disgusto que me provoca tenerlo cerca.

—No es bueno que la hagas hablar sobre ese piano, mucho menos sobre su madre —manifiesta con un tono glacial mientras comienza a recoger las partituras y a meterlas rápida y desorganizadamente dentro de la caja.

Sus palabras sacan mis peores sentimientos a relucir, y sin pensarlo, lo tomo del cuello de la camisa como si estuviera tomando un pañuelo usado y lo jalo lenta pero firmemente hacia atrás, alejándolo de las partituras. No quiero que sus sucios dedos toquen las hojas, ni nada más dentro de esta casa.

Él retrocede y sus ojos adquieren un color más sombrío mientras me observa desde el otro extremo de la pequeña habitación.

—No creo que estés en la posición adecuada para decir qué es bueno o malo para Kansas —recalco recordando lo que Harriet dijo en el auto.

—Llevo más tiempo en su vida que tú, Beasley —me recuerda acomodándose el cuello de la camisa—. Deshazte de esas malditas hojas porque no traerán nada bueno —advierde.

—¿Y de repente te importa cómo afecten un par de partituras a la hija de Bill? —interpelo con gracia. Este tipo es increíblemente descarado.

—Estuvimos juntos, claro que me importa.

—¿Tanto como te importó dejarla para entrar al equipo? —  
Enarco una ceja.

Sus ojos relucen con enojo y la desazón se mantiene latente en sus pupilas.

—Retírate de mi cuarto, Logan —pido con educación y la poca cordura que me queda porque, con toda sinceridad, quiero echarlo de aquí a la fuerza.

No soy la clase de persona que golpea a otros solo porque le desbordan la paciencia. No soy un energúmeno y tampoco un incivilizado que soluciona todo a los golpes, pero Mercury me

hace reflexionar sobre eso.

—Lo haré —acuerda con la seriedad cubriendo sus facciones—, pero no olvides que sigues siendo un extraño aquí y que yo conozco lo suficiente a Kansas como para saber qué cosas le duelen y le traen malos ratos, te guste o no —farfulla antes de entregarme una última y desdeñosa mirada antes de desaparecer por el umbral de la puerta.

Cuando tengo la certeza de que se ha marchado, hundo las manos en mi cabello y observo las partituras a mi alrededor. Desde el momento en que vi ese piano, supe que había una historia tras él, pero no pensé que Logan podría ser consciente de las aflicciones de Kansas. También me percaté de que Bill no vive con su esposa, pero soy lo suficientemente educado como para no preguntar. No es mi asunto hurgar por respuestas sobre la madre de Kansas. La familia Shepard tiene un pasado, y mientras yo no haga preguntas, ellos no preguntan sobre el mío, y en cuanto exista la posibilidad de evitar hablar sobre Londres, mejor.

Tardo varios minutos en bajar a la primera planta, pero en cuanto lo hago, observo como todo el equipo mira fijo el televisor mientras engullen la pasta del entrenador. Once jugadores se

encuentran sentados en la alfombra, seis de ellos se dispersan por los sillones y los otros cinco arrastraron las sillas de la cocina hasta



el *living*. Jamás contemplé a tal multitud en un espacio tan reducido hasta ahora, y pensar que hay un pequeño porcentaje de los Jaguars aquí me hace preguntarme cómo entrarían si asistieran todos.

Logan solo me mira una vez antes de voltearse para centrar su atención en el partido, y la brigada de los insaciables grita en cuanto los Kansas City Chiefs corren hacia el campo. Los alaridos y aplausos llenan el salón mientras me adentro a la cocina por una ración de pasta.

—¿Qué hay, Tigre? —saluda Ben, a mi lado, en rumbo de su segunda dosis de salsa—. ¿Listo para el juego de mañana?

—Lo estaré si no te comes toda la pasta —replico al ver la forma en que llena su plato con una incalculable cantidad de fideos.

La realidad es que estoy más que preparado para ese partido.

Necesito que vuelva a circular por mis venas la adrenalina de correr en el campo. Mis ganas de adueñarme del balón sobrepasan

cualquier deseo, y no puedo esperar para ponerme el uniforme.

—Lo siento, mi ansiedad por carbohidratos se dispara cuando se trata de la salsa de Bill Shepard —se disculpa.

—¡Maldito sea Trevor Siemian y Emmanuel Sanders! —grita Bill con furia, sus fosas nasales abriéndose y cerrándose con rapidez—. ¡¿Qué diablos te pasa, Andy?! ¡Nos van a dar una paliza, amigo! — exclama nuestro entrenador al *coach* de los Chiefs, a quién enfocan en la pantalla.

Para ser un partido que probablemente ya vio unas cuantas veces, sigue experimentando las emociones a flor de piel. Sabía que Bill era un apasionado, pero su pasión pasó a ser demencia luego del medio tiempo.

—No me molestaría que el ochenta y siete me dé una paliza —opina Kansas recostada en uno de los sofás individuales, con sus piernas colgando del brazo del sillón. Sus ojos destellan en cuanto enfocan a Travis Kelce en la pantalla, miembro de los *Kansas City Chiefs*.

Todos los pares de ojos caen en su dirección y ella se encoge de hombros en cuanto su padre le dispara dagas con la mirada.

—¿Qué? —espeta—. No pueden negar que es un hermoso



regalo de la capacidad de la reproducción humana.

Varios murmullos se elevan en la sala y en verdad no puedo creer que el equipo se esté debatiendo si en verdad es atractivo Travis Kelce.

El timbre suena y Kansas se levanta para atender. Mis ojos caen en el número siete, quien la sigue con la mirada en silencio.

Es un primate escalador de árboles y mirón depravado.

Debería llamar al 911.

—¿Me extrañaste? Ni si quiera sé por qué pregunto, es obvio que sí. Todos echan de menos mi encantadora y angelical presencia

—una alegre voz masculina dice desde la entrada.

Como si no fuera lo suficientemente malo tener a Mercury en la misma habitación que yo, Gabe Hyland atraviesa la puerta.

## **Capítulo XIV**

Fluctuación

# Kansas

En cuanto abro la puerta, todas las personas en la sala se giran para clavar sus ojos en Gabe. Tengo la intención de salir al pórtico con él porque sé que nada bueno saldrá de esto, pero antes de poder hacerlo, alguien habla.

—¿No vas a presentarnos, *Sunshine*? — interroga Joe con voz expectante, arqueando una ceja.

Observo al moreno a los ojos, quién me mira con una mezcla de diversión y falsa inocencia. Gabe es inoportuno desde temprana edad.

—Olvidé mi gorra cuando vine esta tarde —explica con las manos en los bolsillos, de forma casual.

—Así que tuviste visitas y no nos dijiste, *Sunshine* — sonrío Ben, recargado en sus codos, boca arriba en la alfombra. Hacer énfasis en mi apodo no ayuda a apaciguar la tensión, y toda la gratitud que sentí por él se esfuma en cuestión de segundos cuando abre la boca. Me están haciendo esto a propósito, y estoy segura de que el equipo completo va a lanzar comentarios perspicaces y afilados en cuanto Gabe ponga un pie dentro de esta casa.

—¿Quién es? —interroga Bill dándole pausa al televisor, en el medio tiempo.

Es tan fanático que graba todos los partidos y los ordena por fechas en uno de los estantes. Me gustaría que fuera tan organizado con las facturas de la casa o con el cajón de sus calcetines.

—Beasley, ¿qué parte de lo echas a patadas no entendiste? —le susurra a Malcom mientras yo lo observo con una mezcla de desconfianza y desconcierto—. ¿Quién es el tipo, Kansas? Hazlo pasar.

No es buena idea.

—¿Qué hay, Billy? —saluda Gabe adentrándose en la sala, con su usual atrevimiento—. Estás más gordo, hombre —añade escudriñándolo.

Escondo los ojos bajo mi palma para evitar ver la reacción de mi padre, pero termino viéndola entre mis dedos de todas formas.

Bill se incorpora y se cruza de brazos, estrechando sus ojos en dirección al castaño.

Además de inoportuno, Gabe no sabe controlar su lengua, pero lo dice de una forma tan amigable que es imposible enojarse con él.

—El mocoso de los Hyland —reconoce mientras su equipo lo respalda en silencio—. Me acuerdo de ti, Gabriel. Eras un dolor de trasero bastante encantador cuando eras niño —le sonrío, pero sé que no hay ni una gota sinceridad en sus palabras—. ¿Qué te ocurrió? —añade escaneándolo como a un código de barras.

—Bill... —adviento, clavando mis ojos en él.

A mi padre nunca le agradó, siempre sostuvo que Gabe era una mala influencia. Sin embargo, mi madre adoraba al castaño y a Bill Shepard no le quedó otra opción más que aceptar compartir oxígeno con el precoz Gabriel.

—Mi encanto perdura, Billy —replica el vecino, y siento la necesidad de coserle la boca. Definitivamente no debería decirle así. La única persona que puede decírselo sin que se enoje ya debe estar durmiendo, y su hámster también—. Al igual que tu apetito —se ríe palmeándose el estómago y observando el de mi padre.

—Toma —dice una voz a nuestras espaldas. Malcom le lanza la gorra al castaño. Su expresión no es para nada divertida, pero en este momento no puedo juzgar su trato con Hyland ya que estoy metida en un aprieto de lo más incómodo—. Creo que ya tienes todo lo necesario para irte.

—Gracias, Marcos —replica Gabe. Se la coloca y sonríe. Mala idea .

En cuanto mi padre y los Jaguars ven el logo de los *Denver Broncos* en la parte delantera de la visera, un incómodo silencio llena la sala.

—Problema resuelto —murmuro antes de tomar el pomo de la puerta—. Te acompaño hasta lo de Mary —añado en un intento por sacarlo de aquí lo más rápido posible.

No necesito ni a Bill Shepard ni a su equipo de primates avergonzándome frente a Gabe, aún más teniendo en cuenta que ya no somos un par de niños. Además, tengo la certeza de que nada bueno puede salir de mi padre cuando está en presencia de un fanático del equipo contrario.

—Creo que debería quedarse —sugiere el entrenador con sus ojos acaramelados clavados en él—. Estamos viendo un partido de los *Broncos*, justamente —añade sin expresión alguna en su rostro. Aprieto el hombro de Gabe e intento guiarlo hasta la puerta, pero se queda a su lugar con ojos cargados de interés. ¿Qué parte de que debe irse no entiende?

—Sabía que me habías echado de menos, Billy —se ríe con

confianza.

Una lenta sonrisa surca los labios de mi padre, pero no hay nada de cálido en su gesto. Creo que es terrorífico, y conozco esa expresión, es la que pone cuando habla con los entrenadores de los oponentes de los Jaguars, la de «Mi equipo y yo vamos a despedazar con lentitud y goce a ti y a tus muchachos».

—Joe, Monroe —llama, e instantáneamente los dos morenos se incorporan—. Asegúrense de que Gabe esté cómodo —pide.

Los dos universitarios se dirigen directamente hacia Hyland, quien les sonríe y tiende una mano para saludarlos. Sin embargo, estos chicos no lucen muy amigables, y mucho menos dispuestos a estrechar manos con el nieto de la vecina. En el momento en que los dos macizos alcanzan al escuálido Gabe, lo toman cada uno por un brazo y lo levantan varias pulgadas en el aire. Creo que los hombros del castaño acaban de fundirse con su cabeza. Lo cargan hasta el sillón más grande y lo dejan caer bruscamente, acto seguido se sientan cada uno a cada lado. Gabe parece insignificante junto a ese par de réplicas de King Kong—. Papá, ¿podemos hablar en la cocina? —interrogo.

—Ahora no, Kansas. Tenemos un invita...

—Shepard —lo llamo, esta vez más fuerte—. Hablaremos en la cocina —ya no es una pregunta.

Él atraviesa la sala y no se detiene en ningún momento, pasa directamente por mi lado y toma a Malcom por el cuello de la camisa, arrastrándolo con él.

—Si me hundo, te hundes conmigo, Beasley —le dice lo más bajo que puede, pero las cuerdas vocales de mi padre tienen un concepto erróneo de lo que es susurrar.

—Deja de actuar así —le digo al hombre en cuanto estamos lo suficientemente lejos de la sala.

—¿Actuar cómo? —interroga con el ceño fruncido sin soltar la camiseta de Malcom.

—Como un maniático —replico. Me peino con los dedos y recojo luego mi cabello en una coleta con rapidez y descuido—.

Actúas como la primera vez que traje a Logan a casa, deja de ser tan infantil.

Los ojos azules de Beasley van y vienen entre nosotros y se agrandan en el momento en que Bill retuerce el cuello de su camiseta con fuerza.

—¿Maniático? ¿Yo? —farfulla indignado, sus ojos clavados

en mí—. Un chico que no ves desde hace años aparece y te llama «nena», usa una gorra de los malditos Denver Broncos y me entero que pasó la tarde en «mi» casa y con «mi» hija —hace énfasis en los pronombres posesivos—. Tal vez esto no hubiera sucedido si Beasley hubiera hecho lo que le pedí.

Siento que cada músculo de mi cuerpo se tensa al oír sus palabras.

Que alguien me diga que no lo hizo.

Malcom abre la boca para hablar, pero yo soy más rápida.

—¿Seguro que escuchas las estupideces que salen de tu boca, Bill? —interrogo—. Tú mismo lo dijiste, no lo veo hace años. Hoy volvió al vecindario y ya estás asumiendo que salgo con él —espeto, odiando que asuma cosas que no son ciertas, como siempre lo hace—. Y, ¿no te alcanza con los veintiún chicos que hay en la sala y los treinta y pico que no vinieron, pero seguramente vendrán corriendo si les mandas un *Snap*? ¿También necesitas a Beasley para mantenerme alejada del sexo masculino? Déjame respirar, hombre.

En verdad comienzo a enojarme porque no puedo creer que quiera controlar a todos los muchachos que aparecen en mi vida:



no importa que sean amigos, vecinos, conocidos o el chico de los lácteos que me sonrío en el supermercado. Él quiere tener el absoluto control del juego, como siempre.

—No confío en los hombres, Kansas. Mucho menos en chicos con una fluctuación de testosterona elevada.

—¿Fluctua-qué? —pregunto desconcertada.

—Fluctuación —se entromete el rubio, para luego añadir—:

Es una variación de un parámetro respecto a algo, una de intensidad o medida, por ejemplo —explica como si no pudiera soportar ignorar a su parte intelectual.

No deberías haber abierto la boca, Beasley.

# Malcom

Definitivamente no debería haber abierto la boca.

Kansas me lanza una mirada exterminadora y estoy seguro de que desea poder lanzar dagas con los ojos en este momento.

—¿Por eso fuiste tan grosero con Gabe esta tarde?

¿Solamente porque Bill te lo ordenó? —me interroga cruzándose de brazos.

En otras circunstancias, mi mirada hubiera descendido a su pecho con disimulo, dado que la posición que adquiere con sus extremidades superiores es muy agradable a simple vista. Sin embargo, ahora solo soy capaz de ver esa mezcla de verde y café que lanza chispas.

—No confundas obligación con descortesía —apunto—. Lo traté durante toda la tarde con una mínima desatención porque así se lo merecía al tener esa actitud hacia las personas de la casa, no lo hice porque me dijeron que lo haga.

Mala idea.

—¿Estás diciendo que no lo echaste como te lo ordené, Beasley? —ladra el entrenador retorciendo mi camiseta. Voy a

tener que volver a plancharla.

—Intenté deshacerme él, pero no lo hice porque...

—Así que estabas haciendo lo que mi padre te ordenó —  
apunta la castaña con mordacidad.

—¿Qué? No, claro que no —me defiendo.

—¿Cómo que no, Beasley?! ¡¿Quieres correr ida y vuelta por  
todas las Américas que te atreves a desobedecerme?! —exclama  
Bill.

No encuentro la manera adecuada para decir que no quería  
deshacerme de Gabe porque Shepard me lo había pedido, sino  
porque en verdad no me agrada el chico. Padre e hija esperan por  
mi respuesta, pero creo que cualesquiera sean las palabras que  
salgan de mi boca, alguno las va a malinterpretar. No lucen como  
civilizados *Homo sapiens sapiens* en este momento, sino como un  
par de *Homo erectus* enfadados. Solo espero no llegar a presenciar  
la ira de dos *Australopithecus*.

—¿Sabes qué? —inquire Kansas tras inhalar—. No quiero  
escuchar lo que sea que tengas para decir, así que voy a volver allá



y voy salvar a Gabe de los energúmenos de tus jugadores —  
escupe observando a Bill.

Ella se marcha bajo el umbral de la cocina y Shepard deja  
salir un suspiro de cansancio.

—¿Entrenador? —lo llamo con un poco de desconfianza.

—¡¿Qué diablos quieres, Beasley?! —espetea con brusquedad,  
sus partículas de saliva vuelan en dirección a mi rostro. Genial,  
bacterias ajenas—. Ya tengo suficiente mierda encima con el  
partido de mañana, Gabe Hyland, mi cita cancelada con el dentista  
y con mi hija deseando atropellarme con su Jeep como para que tú  
añadas algo más a la lista.

Creo que una de las venas de su cuello está a punto de  
colapsar. Sus orificios nasales se abren y cierran rápidamente, sus  
pupilas están completamente dilatadas y yo estoy a medio segundo de  
decir que se ha vuelto el *Australopithecus* que tanto temía.

—Solo quería saber si iba a soltarme.

Él parpadea varias veces antes de deshacer su agarre en mí.

Perfecto, absorber el oxígeno del aire y expulsar el dióxido de  
carbono nunca se sintió tan bien.

—Arreglemos esto, Beasley —masculla entre dientes con sus

facciones cubiertas de seriedad—. Tenemos que sacar la basura.

Y estoy seguro de que no se refiere a otra cosa más que a

Gabe Hyland.

En tal caso, nunca tuve tantas ganas de sacar los residuos.

Mi idea de sacar la basura era poner al vagabundo dentro de una bolsa de consorcio y lanzarla a la calle, pero ese pensamiento se esfumó en el momento en que regresamos a la sala y vimos a todo el equipo partiéndose de risa con las anécdotas de Gabe.

Todos menos al ex de Kansas.

Ella, por otro lado, lucía sorprendida e instantáneamente se unió a la fiesta al percatarse de que su nuevo vecino le agradaba a los Jaguars. Era inédito. El partido de los *Kansas City Chiefs* contra los *Denver Broncos* quedó en el olvido, lo cual no le cayó del todo bien al entrenador.

Ya pasó más de media hora desde que Hyland acaparó toda la atención y jamás pensé que terminaría donde estoy ahora: sentado entre Bill Shepard y Logan Mercury.

—Farsante —gruñe el entrenador, perforando el cráneo del castaño con la mirada.

—Ridículo —escupe el número siete.

—Vulgar —murmuro.

Jugamos a decir adjetivos calificativos hacia la persona que se sienta entre Joe y Monroe desde hace aproximadamente diez minutos.

—Imbécil —decimos los tres al unísono, de brazos cruzados.

Jamás había criticado mentalmente a alguien como lo hago en este momento. No voy a negar que suelo analizar a las personas y sacar a relucir sus defectos de personalidad en mi cabeza, pero soy lo suficientemente educado como para no decirlos en voz alta. Sin embargo, con Hyland es diferente.

No me agradan ese tipo de personas que sonríen constantemente porque, al tener siempre la misma mueca, uno no puede diferenciar cuándo su sonrisa es genuina y cuándo no. Si hay algo que me molesta es no ser capaz de leer sus expresiones, y tener mucha expresión o muy poca son extremos peligrosos. Estoy casi seguro de que Gabe es de esa clase. No sé si intenta caerle bien al equipo o si monta un espectáculo; tampoco puedo afirmar si lo hace para poder llegar a Kansas o porque en verdad le gusta hacer reír a otros. Lo único genuino que descubro en él es que le gusta escuchar la risa de la castaña. Cada vez que Kansas se ríe y

se mete el cabello detrás de la oreja, sin importar que esté obstruyéndole la visión o no, Gabe la mira. Y no la observa por reírse de forma ruidosa y extraña, la mira porque le gusta ser la causa de eso.

Jesús.

—¿Así que jugamos o no? —inquire él, recostándose contra el sofá y pasando un brazo por el respaldo mientras retoma alguna conversación que ignoré por estar pensando adjetivos ofensivos.

—¿A verdad o consecuencia? —se mofa Kansas—. ¿No crees que ya estamos un poco grandes para eso?

—Nunca se es lo suficientemente grande como para confesar y hacer estupideces —replica él—. Vamos, empiezo yo —ríe antes de escanear la habitación con la mirada—. Shepard, ¿verdad o consecuencia?

Las cejas del entrenador se disparan hacia arriba con incredulidad.

—No me metas en tus juegos, Hyland —le advierte.

—Sigues siendo un aguafiestas, Billy —hace énfasis en el apodo y estoy seguro de que al hombre no le agrada que lo llamen así—. ¿Con ese rostro carente de alegría festejas las anotaciones de

los Chiefs? De todas formas, no es que anoten muy seguido —se burla.

Este chico está cavando su propia tumba.

—Verdad —acepta Bill con dientes apretados.

—¿A qué edad perdiste tu virginidad, hombre?

El silencio llena la sala ante el atrevimiento de Gabe y en verdad no sé si es un idiota o se esfuerza por serlo.

—No quiero oír eso —murmura Kansas con rapidez antes de ponerse de pie y comenzar a alejarse con una expresión de constipada—. La añeja vida sexual de mi padre no me interesa — agrega en cuanto Ben jala de su brazo para que se quede a oírlo.

—A los quince —responde Bill para sorpresa de todos.

—¡A eso llamo yo un *touchdown*! —exclama Gabe.

Las mandíbulas de los jugadores —incluida la de Kansas—, parecen rozar la alfombra. Sin duda alguna, ninguno esperaba que el intimidante hombre de la salsa confesara sus aventuras de adolescente.

—Me toca — dice el *coach* rascándose la mandíbula mientras contempla fijamente a Gabe—. ¿Verdad o consecuencia, Hyland?

—Consecuencia, obviamente —sonríe confiado.



Los labios de Bill se curvan en dirección al cielo antes de incorporarse y dejar caer su cuenco vacío sobre el regazo del chico.

—Te reto a lavar los platos.

Y lo siguiente que veo es a Gabe con los guantes de hule de Kansas, inclinado en el fregadero, con una pila de veinticuatro tazones sucios, cuarenta y ocho cubiertos y veinticuatro vasos.

Ese es un *touchdown*.

## **Capítulo XV**

Apertura

# Kansas

—¿Gabe Hyland regresó? —interroga Jamie con la boca llena, y Harriet le lanza una servilleta—. El diablo volvió al infierno, muchachas —añade llevándose un dedo con restos de chocolate a los labios.

—Abrir, cerrar, masticar, tragar y hablar. Eso es lo que deberías hacer. —Harriet ordena los pasos a seguir para comer una dona—. No abrir y mantener abierto para que veamos el proceso de trituración que se lleva a cabo en tu boca —reprocha revolviendo su café.

*Blair's Place* tiene algo que nadie más posee en la ciudad: las donas favoritas de la pelirroja. Y cuando hablamos de esta clase de comida, Jamie parece convertirse en una insaciable bestia come donas.

Mi plan de sábado por la mañana era quedarme en la cama, pero en cuanto Harriet llamó para decirme que Jamie no estuvo muy bien la noche del viernes, decidí sacrificar mi holgazanería mañanera por un bien mayor. Ella podía aparentar que llevaba bien la ruptura con Derek, pero ambas sabíamos que todavía le duele.

—No importa cuántas veces se lo repitas —ratifico

llevándome la taza de café con leche a los labios—. Jamie Lynn no está hecha para seguir reglas de etiqueta.

—Y tú no estás hecha para seleccionar potenciales maridos, Kansas —replica la rubia dejando la cuchara a un lado—. Logan es un imbécil con todas las letras, ¿Y Gabe? Ese chico era un desastre a los catorce. No quiero imaginar lo que es ahora. —Sus ojos celestes encuentran los míos mientras el líquido se desliza por mi garganta—. No puedo creer que accediste a salir con él.

—No es una cita, por enésima vez. ¿Y qué esperabas que hiciera? El chico terminó lavando los platos por culpa de mi padre, y no es el mejor plan para un viernes por la noche.

No recuerdo haber sentido tanta vergüenza desde el día en que me llegó mi período y tuve que recurrir a Bill porque mi madre estaba trabajando. El diálogo se repite en mi cabeza.

—*Toma una de esas toallas sanitarias de tu madre, Kansas.*

—*¿Qué se supone que haga ahora? —pregunté desde el otro lado de la puerta, a los once.*

—*Te la pones.*

—*¿Y*

*cómo*

*se*

*supone*

*que*

*haga*

*eso?*

—

*repliqué deshaciéndome de la envoltura—. ¿Por qué tiene una parte adhesiva?*

*—¿Tiene pegamento?*

*—Papá, ¿qué hago?*

*—¡No lo sé, nunca usé una!*

*—¿Para qué lado van las alas?*

*—¿Tiene alas? —inquirió sorprendido.*

*—¡Bill!*

*—Lo siento, pero no sé con qué clase de artefacto estoy tratando.*

Sacudo mi cabeza para olvidarlo.

Tras lavar los platos, acompañé a Gabe hasta la casa de Mary, y luego de disculparme por el comportamiento de mi padre, él me

dijo que había una forma de recompensárselo. Tras varias insinuaciones sexuales —obviamente en broma—, el castaño me pidió que lo acompañara al juego de esta tarde y que pagara todos los aperitivos que se le antojaran. No soy muy fanática del fútbol, en realidad ni siquiera lo entiendo a pesar de haberme pasado horas viendo las repeticiones de los partidos de los Kansas City Chiefs. Siendo honesta, a lo único que le prestaba atención era a los jugadores.

A Travis Kelce, principalmente.

Pero en cuanto Gabe mencionó que quería estar presente cuando los Vultures de Kripland le dieran una paliza a los Jaguars, no pude resistirme. Era lo menos que podía hacer por el energúmeno comportamiento de Bill y Malcom.

—Solo espero que su cerebro se haya agrandado en contenido tanto como su ego —dice Harriet llevándose la taza a los labios.

—¿Como te ocurrió a ti? —le dice Jamie, sonriéndole divertida con chocolate entre los dientes.

—Hasta yo tengo un límite de tolerancia con tu forma de comer —me río lanzándole otra servilleta—. Límpiate y deja al ego de Harriet en paz.

—Búrlate todo lo que quieras, pero sabemos que Gabe no es una buena opción de cita. Mucho menos para llevar a un partido que tiene como protagonista a tu papá.

—No es una cita si están ustedes dos metiendo sus narices y Bill con medio centenar de jugadores observándome desde el campo.

—Medio centenar y algo más —corrige Jamie—. No te olvides del trasero europeo.

Ojalá pudiera olvidarme.

Luego de dejar a Gabe, fui directo a mi habitación. Mi padre se había comportado como un auténtico controlador al pedirle a Beasley que se sumara a su escuadrón anti-chicos, y como si no fuera lo suficientemente malo, Malcom había aceptado. De otra forma, no hubiera tratado a Hyland de forma tan distante y descortés por la tarde. Tampoco había pasado por desapercibido su comportamiento durante la cena. Tanto él como Bill y Logan se mantuvieron alejados de la cálida y humorística conversación que se había entablado en la sala. No importaba si Beasley miraba a Gabe de mala forma porque estaba convenientemente del lado de su entrenador o simplemente porque le caía mal, no dejaba de ser

desapacible. Además, ¿cómo diablos te cae mal una persona si ni siquiera te das la oportunidad de conocerla? Podría ser una pregunta un tanto irónica teniendo en cuenta nuestro comienzo el martes, pero en el momento en que intenté disculparme por mi conducta, él lo arruinó todo al abrir su bocota.

Llamarme incompetente no fue una buena base para soldar una amistad.

—La fiesta en casa de Chase ya está organizada para festejar la victoria —nos recuerda Jamie encaminándose a su tercera dona.

—¿Y si pierden? —interroga Harriet.

—¿Cuándo el resultado de un partido frustró la oportunidad de los universitarios para beber hasta la estupidez? —digo yo, dándole un mordisco a mi tostada—. Nunca —aclaro.

—No creo que estén de ánimos para festejar si pierden —señala la rubia—. Si ganan, tienen la posibilidad de clasificar en cuartos de final para competir por el trofeo de la temporada —explica contemplando con desagrado a Jamie, que rasga con sus dientes el chocolate que recubre la dona—. Bill los exprimirá como naranjas si llegan a pasar, y definitivamente no tendrás ni a tu padre ni a Beasley sobre ti por esas semanas.

La idea de que se la pasen entrenando es bastante tentadora, porque en verdad disfrutaría oír las quejas de Malcom al levantarse a las cinco de la mañana para hacer sus seis millas de lunes a domingo.

Mi teléfono suena desde mi bolso y mantengo la tostada entre los dientes mientras lo busco en el pequeño caos de papeles, lápices y dinero que hay ahí dentro.

**De: Señora Murphy**

¿Cómo estás, Kansas? Quería avisarte que el próximo martes es la obra de teatro de Zoe, espero que puedas venir. Malkom también está invitado.

Genial, seguramente Zoe le deletreó el nombre de Beasley a su madre.

—Pensé que Ben te había dicho que le dieras esto a Bill. —

Frunce el ceño Harriet antes de extender su mano y sacar el mapa que sobresale del bolso en mi regazo.

—Iba a hacerlo, pero quería asegurarme de saber qué diablos era antes de entregárselo.

—¿Y qué es? —interroga Jamie dando un sorbo a su té.

—Aún no lo sé. —Exhalo fatigada—. Lo único que pude



descifrar de ese supuesto ritual es que es mañana, y el punto de encuentro es en una cascada de la reserva.

—¿Qué creen que harán? Porque dudo que un ritual de iniciación se base en salir a dar un paseo por la montaña, silbar y comer sándwiches de queso. Bill Shepard no parece el tipo de hombre que hace picnics.

—Tal vez deberíamos averiguarlo —las palabras de Jamie hacen que Harriet y yo intercambiemos miradas.

En cuanto la pelirroja sonrío, tengo la certeza de que mis planes de domingo se han ido por el desagüe.

# Malcom

—¡Timberg, pedazo de cochino! —exclama el entrenador al entrar al vestuario del gimnasio—. ¡Cúbrete el trasero, por el amor de Dios! —le ordena tapándose los ojos con su libreta.

Chase automáticamente toma una toalla para cubrirse mientras sus mejillas se tornan rojas. Tengo la teoría de que el trato de Bill con el número dieciséis es muy personal, porque de todos los muchachos que andan desnudos por el vestuario, es al único a quién lo regaña por pasearse como su madre lo trajo al mundo.

—¡Mi trabajo debería ser gratificante! —espeta caminando por el estrecho pasillo que hay entre las bancas y los casilleros—.

¡Y no hay nada de gratificante en ver tus nalgas, Timberg!

El entrenador comienza a lanzar las camisetas que se encuentran en un descomunal cesto de ropa mientras yo termino de acomodar y ajustar mis hombreras. Los jugadores las atrapan en el aire mientras se cambian. Si no estuviéramos a punto de enfrentarnos a los Vultures de Kripland, hubiera trotado hasta la casa de los Shepard en busca de una plancha.

La mañana del sábado ha sido buena. Bill me levantó a las

siete para salir a correr, y en cuanto bajé con mis zapatillas deportivas puestas, encontré una montaña de panqueques integrales y vasos de leche descremada listos para su ingesta. Me fijé la fecha de caducidad esta vez, solo por las dudas.

Al regresar, el Jeep de Kansas no estaba y, luego de ordenarme que comiera una ración de fruta, Bill se duchó y se esfumó en cuestión de minutos. Ni siquiera dijo a dónde iba, solo dejó un intenso rastro de desodorante tras su partida. Con la casa para mí solo, decidí relajarme con algo de *Mozart*, la sonata 11 se oyó desde mi teléfono mientras echaba un vistazo a la caja de partituras de la señora Shepard.

Hurgar no es algo propio de mí, pero no logré resistirme. Eran melodías magníficas, de artistas que fueron trascendentales en el tiempo. Jamás comprendí cómo existiendo canciones tan apasionantes y cautivantes como esas las personas perdían su tiempo escuchando algo tan repetitivo y vulgar como el *reggaeton*.

En fin, cuantas más partituras veía, más ganas de escuchar tocar a Kansas me daban. Aunque por su fanatismo con *Pearl Jam*, no podía entender cómo alguien que amaba el grunge y el rock alternativo podría llegar a tocar algo tan delicado y complejo como

una pieza de Frédéric Chopin o Beethoven.

—Presten atención, muchachos —llama el entrenador con las manos en sus caderas—. Los Vultures nos derrotaron el año pasado y es hora de cobrar la revancha —dice con el desafío y la anticipación en sus ojos—. Nuestro pase a cuartos de final está en juego, así que van a salir y les patearán el maldito trasero a esos Kriplandeses, ¿entendido?! —exclama antes de lanzar la camiseta del número siete a Mercury.

Termino de ajustar mis hombreras justo a tiempo para que Bill me lance un casco.

—Entonces, Jaguars, ¿listos para acabar con ellos?!

—¡Sí, señor! —gritamos.

—¿Listos para hacer que vuelvan llorando a Kripland?!

—¡Sí, señor!

—¿Listos para salir a dar batalla?!

—¡No, señor! —exclama Chase desesperado mientras presiona la parte delantera de sus pantalones—. ¡Antes pido permiso para ir al sanitario, señor!

El equipo entero se gira para ver a un nervioso y sonriente número dieciséis, cuya sonrisa se le borra de los labios en cuanto

se percata de que ya es hora de salir y de que su cuerpo es de lo más inoportuno como para decirle que debe sacar las impurezas de su ser justo en este momento. Las venas en la frente y garganta del entrenador parecen estar al borde del colapso y, si no salimos pronto de los vestidores, estoy seguro de que esto se convertirá en un baño de sangre. Las camisetas ya están lo suficientemente arrugadas como para que también estén sucias.

—¡Permiso denegado, ya no hay tiempo! Los quiero calentando en el campo. ¡Todos fuera, ahora! —grita Shepard—. ¡Especialmente tú, Timberg! ¡Y ni se te ocurra cagarte en medio del partido! —le ladra cuando pasa por su lado.

Los gritos cargados de entusiasmo surcan el aire mientras el equipo sale trotando del vestuario entre alaridos de guerra y empujones.

—Malcom —llama el entrenador, y si hay motivo por el cual aún no estoy en el campo es porque no tengo camiseta—.

Muéstrame lo que puedes hacer, muchacho —masculla entregándome la prenda y palmeándome el hombro.

Bill me observa a los ojos por unos pocos segundos, los suficientes para que llegue a describir su mirada como una mezcla

pasión y ferocidad.

—Cuando escuché hablar de ti, instantáneamente te quise en mi equipo —confiesa con la voz cargada de serenidad, lo cual parece imposible viniendo de Bill Shepard—. Demuéstrame que no me equivoqué contigo, Beasley —añade antes de colgarse su silbato alrededor del cuello.

Se marcha y quedo a solas en el silencio del vestuario. Paso mis dedos por mi apellido escrito en letras blancas e intento tragar el nudo que se ha formado en mi garganta.

Atravesé el Atlántico para esto, dejé toda mi mísera vida en Londres para reconstruirla en Estados Unidos, para empezar de cero, para olvidarme de todo y de todos en Merton, para tener la certeza de que lo que habían dejado mis padres aquí, se encontraba en buen estado. Todo lo que alguna vez deseé fue alejarme de esa ciudad, de ese pequeño y precario departamento en el que tantos años viví. En el segundo en que descubrí el fútbol, también descubrí que existía la posibilidad de marcharme, y ahora, con esta camiseta entre mis manos, sé que tomé la decisión correcta.

Observo el número que resalta sobre el fondo rojo, el que, si en verdad creyera en la suerte, sería mi número de la fortuna: el

veintisiete.

Que el juego comience.

## **Capítulo XVI**

Medidas

# Kansas

—Me caen bien los Vultures —digo mientras los observo calentar en uno de los laterales del campo.

—Te caen bien sus traseros, que es diferente —corrige Jamie con un puñado de palomitas en la boca.

—¿Qué hay de malo con mirar traseros? —inquiero todavía centrada en la forma en que los muchachos de uniforme verde y blanco se estiran hasta tocar la punta de sus pies.

—No hay nada de malo —se entromete Gabe, pasando un brazo a mi alrededor—. Pero no estás mirando el mío, así que tenemos un problema.

Harriet apuñala su *yogurt* helado con la cuchara de plástico.

Sé que se guarda sus mordaces comentarios, es lo suficientemente educada para no decirle a Gabe que cree que es un imbécil.

Y estoy de acuerdo con ella, lo es.

Puede ser un inoportuno que toma su suerte a la ligera y una persona que pocas veces sabe cómo controlar su lengua, pero Gabe siempre fue así e, independientemente de su parte de deficiencia respecto a la seriedad, es un buen chico: simpático, cordial y con



un toque de humorista.

Sin embargo, claramente ni Harriet Quinn ni Bill Shepard se percatan de eso.

Una ola de gritos y aplausos surca el aire en el momento en que los Jaguars aparecen en el campo.

Las gradas están llenas y le dejan saber a sus jugadores que tienen todo el apoyo de la universidad. Y, como si mi padre tuviera un detector de personas que le caen mal, su mirada llega a Gabe. Sus ojos lanzan chispas, lo sé, aunque estoy a unos pies de distancia de él y no puedo verlos con claridad.

Levanto una mano y lo saludo entre la multitud.

Tú te lo buscaste, Billy.

Todo el mundo es consciente de que odia ese apodo, y por eso pocas son las personas que se atreven a llamarlo de esa forma en voz alta. La única que puede llamarlo así y no ser triturada por sus molares en el proceso es Zoe.

Una estampida de uniformes rojos y blancos provoca que el espíritu deportivo de Jamie se encienda como un auténtico árbol de navidad.

—¡Prendan la carrocería, Jaguars! ¡Háganlos mierda! —

exclama. Salta con brusquedad de su asiento y deja que las palomitas vuelen en todas direcciones—. ¡Masacren a esos hijos de perra! —grita con euforia.

—¿Podrías, por una vez en tu vida, comportarte como una chica? —interroga Harriet de piernas cruzadas sobre las gradas.

Creo que es la única que permanece sentada de las decenas de personas que hay aquí.

—Negativo —responde la pelirroja llevándose otro puñado de palomitas a la boca.

—Si hablan no puedo hacer funcionar mi don —las reprocho observando a los jugadores de mi padre, que empiezan con la elongación a pedido de Bill.

—Ver traseros no es un don —apunta Gabe.

—Pero reconocer a los dueños lo es.

Desde aquí, los apellidos de los jugadores, que están al reverso de sus camisetas, no son muy visibles, sobre todo porque se mueven sin parar. Creo que es posible que no vea muy bien por estar tanto tiempo pegada a la pantalla de mi teléfono. Solo se leen los números, pero el único que reconozco y se me viene a la mente es el siete.

Entonces, me pregunto dónde está Beasley. Recuerdo su número, lo cual es inaudito porque mi cerebro se apaga apenas oigo a mi padre hablar de fútbol. Nunca presto atención cuando me dice qué dígitos les asigna a sus jugadores.

—¿Cuál es Marcos? No lo encuentro —se queja Gabe.

Escaneo rápidamente al equipo.

—Número veintisiete —señalo cruzándome de brazos—.

¿Así que no es un don, eh? —lo provoco.

Él enarca una ceja en el momento en que el silbato del árbitro se hace sonar, convocando a los respectivos capitanes y a algunos jugadores.

Mercury camina junto a tres miembros del equipo hacia el centro del campo y me percató de que me hubiera encantado que mi padre pusiera a Beasley como *quarterback*. Pero es su primer juego en Betland, así que supongo que lo está probando, y con eso mi sueño de ver a Logan despojado de su trono se pospone al igual que mi alarma de los lunes.

El árbitro lanza una moneda al aire tras una breve introducción e instantáneamente los miembros de los Jaguars estrechan las manos de los Vultures. En cuanto los equipos se

reúnen alrededor de sus entrenadores, estoy segura de que no hubo nada de amigable en ese saludo en el campo, pero hay que guardar las apariencias.

—Estas ratas de alcantarilla nos derrotaron el año pasado — dice Jamie con la boca llena—. Si vuelven a ganar, voy a tener que poner en duda la inteligencia táctica de tu padre —me dice.

—No deberías poner en duda lo que es un hecho —ríe Gabe, y le lanzo una mirada lo suficientemente intensa como para decirle que se calle.

Contemplo a Bill, que grita a todo pulmón en el centro de un improvisado círculo de uniformados. Por suerte, la multitud es lo suficientemente ruidosa como para impedir que sus gritos lleguen hasta aquí.

Varios jugadores tienen el casco en sus manos. Me detengo a observar el cabello rubio de Malcom.

Su rostro es una mezcla de seriedad y ferocidad, algo que me resulta sorprendente. Se ve decidido y dispuesto. Antes no me lo había planteado, pero dejar a las personas que quieres en Londres y atravesar el océano simplemente por el hecho de querer jugar al fútbol debe ser difícil. Se debe tener tanta pasión como

determinación para decidir subirte a un avión y volar más de 6.000 millas a un lugar que no conoces. Y aquí está él, con sus ojos fijos en Bill, con el uniforme adherido a su cuerpo y con la mirada cargada de anhelo; o por lo menos, así me imagino que lucen sus ojos en este momento, porque no tengo una vista perfecta desde aquí.

Debí traer binoculares, diablos.

—Ganamos el volado —dice Jamie frunciendo el ceño, concentrada—. Mercury decidió empezar atacando, lo usual —murmura para sí misma antes de añadir—: Creo que trasero europeo se hizo amigo de Hamilton.

Los ojos de Harriet se despegan de su celular el tiempo suficiente para que me dé cuenta de que el apellido de Ben le llamó la atención, pero luego vuelve a teclear sobre su táctil.

El tablero de luces se enciende y el partido comienza en cuanto ambos equipos se posicionan. Las personas aplauden y los jugadores lanzan gritos de guerra. Tampoco es como si fueran gladiadores del pasado. No se están enfrentando a ningún león, pero teniendo en cuenta la magnitud de músculos que se acumulan en el campo, puedo entender por qué lo hacen.

Un jugador del equipo contrario patea el balón y, en cuestión de segundos, esas yardas se transforman en una zona de batalla. En el campo, en donde de momento no se encuentra ninguno de mis amigos, un muchacho con la camiseta de la BCU atrapa el balón y corre antes de ser derribado una vez superada la yarda 30.

—Ahora se marchan los equipos especiales y entra la ofensiva dirigida por Mercury y la defensiva de los Vultures. —Mi amiga intenta que la información sea absorbida por mi cerebro, pero es inútil. El fútbol americano es una mezcla de bengalí y chino básico para mí. Ni siquiera puedo terminar de entender cómo dentro de un equipo hay tres equipos más—. Tu nuevo inquilino resulta ser un receptor. Veremos cómo... ¡mierda! —chilla en cuanto el silbato suena de improviso.

Joe, el que creo que es el centro, le pasa el balón a Logan antes de cargar contra el contrincante, y nuestro mariscal retrocede. Sé que el deporte está lleno de jugadas engañosas, pero algo en la forma en que Mercury simula lanzarle el ovoide a Beasley para terminar dándoselo a Timberg resulta sospechoso, sobre todo por el hecho de que Malcom se queda, por un segundo, estático. Su propio compañero de equipo acaba de engañarlo.

Es obvio que el número siete lo hizo a propósito.

—¡Timberg, es tuya! ¡Corre como si te estuviera persiguiendo el diablo, niña! —grita Bill moviendo los brazos en el aire—. ¡Sujeta el balón con fuerza, manos de manteca!

Varios de los Vultures están detrás de su trasero, y en cuanto salta para esquivar a uno que ha intentado taclearlo y ha terminado en el piso, otro de ellos lo derriba con una fuerza bruta. El entrenador pega un grito en el cielo.

—Eso debió doler —dice Gabe arrugando la nariz.

—Decir que dolió es un eufemismo —reflexiono—. Creo que le partió veintitrés de veinticuatro costillas.

Por un momento, me quedo embelesada al observar los pantalones. No sé cuánto tiempo transcurre, pero apenas mi amiga grita «¡Primera y diez!» me obligo a despejar mi mente de pensamientos inapropiados y enfocar los ojos en algo que esté más arriba que las prendas inferiores de los jugadores.

En algún momento, los Jaguars se han vuelto a posicionar, y tras unos cuantos gritos, los visitantes se les abalanzan. Mercury retrocede y pasa el balón, que parece volar por los aires en cámara lenta en dirección a Malcom. Uno de los Vultures se

precipita para agarrarlo, pero antes de que sus yemas toquen el material rugoso, el veintisiete se le adelanta, toma lo que le pertenece y da un paso a la derecha para despistar al contrincante antes de escabullirse por la izquierda.

—¡Corre Beasley! ¡Por amor a tu puta vida, corre! —exclama mi padre moviéndose inquieto por el lateral del campo.

Malcom se percata de que los números 39 y 58 de los Vultures le pisan los talones. Sin embargo, Logan hace algo útil para mi sorpresa, abalanzándose contra ambos muchachos. Detiene a uno de los contrincantes, pero el otro se le escapa hasta que Joe aparece para cuidar que ningún visitante se acerque al trasero del británico.

—¡Vamos hijo de perra, corre! —alienta Jamie con una euforia indiscutible—. ¡Más rápido! ¡Más rápido! —lo apresura, como si pudiera oírla entre todos los universitarios que están gritando.

A Malcom le faltan unas pocas yardas para llegar a la zona de anotación antes de que lo derriben tres Vultures al mismo tiempo, uno encima del otro, como si fueran una torre de panqueques recién hechos.

Mi padre grita a todo pulmón antes de dar media vuelta y



hundir su rostro en la camiseta de Ottis, quien está en la banca.

Ahoga otro grito y el muchacho lo palmea con toda la tristeza y decepción del mundo en la espalda.

—¿Qué parte de correr no entendiste?! —grita la pelirroja, claramente enfadada.

El gigantesco reloj se detiene a los dos minutos del arranque.

—Creo que me pondré cómoda —murmuro, recordando cómo mi padre me dijo una vez que sus partidos suelen durar entre dos y tres horas, incluso más.

Tomo un puñado de palomitas y me siento, esto será largo.

### ***Malcom***

Esto será corto.

Están a punto de terminar los primeros quince minutos y aún no hay anotaciones de nuestra parte, mientras que los Kriplandeses ya tienen acumulados en el marcador un *touchdown* y un punto extra, o sea siete.

Los Vultures son ágiles y rápidos, saben leernos y tienen mucha posesión del balón. Sin embargo, tenemos una oportunidad para implementar una jugada que no esperan, y en cuanto anotemos, esto terminará rápido. No pienso perder, no en mi primer

partido en Betland ni en ningún otro.

Estamos en medio del *Huddle*, la reunión que realiza el equipo en medio del campo, donde el capitán explica la próxima jugada.

—Joe, quiero el balón en mis manos en cuanto suene el silbato —ordena Mercury con sus ojos inquietos a través de su casco. Quiero acotar que no es necesario que lo mencione, todos sabemos cuál es el trabajo de Joe, especialmente el muchacho en cuestión—. Bill aconsejó una jugada por carrera, así que fingiré darle el balón a Beasley y él saldrá corriendo directamente hacia algún *cornerback*. Una vez distraídos correré entre los defensas con Ben cuidándome las espaldas, ¿entendido? —La mayoría asiente, pero algunos se ven inquietos.

—No, eso no funcionará —espeto sacándome el protector bucal para hablar—. La formación de los Vultures no se altera, ellos están constantemente en el centro del campo y descuidan los laterales. Te derribarán en cuanto intentes pasar la barrera —replico.

—La jugada no se cambia, Beasley —responde firmemente, con ojos de contienda.

—Entonces no esperes que el marcador lo haga —añado—.

Nuestra mejor opción es usar los laterales. Una vez que tengas el balón pásaselo directamente a Timberg. Él puede ganarnos unas yardas, es rápido —digo analizando las posiciones—. Ben y yo vamos a cargar con cualquiera que se te acerque, y como tienes toda la atención de tus receptores, pensarán que tienes el dominio del balón. Deja que Chase avance por la derecha.

— Es riesgoso de todas formas, el coach quiere que vayamos por el centro —ladra—. Aquí nos adherimos al plan de juego, fin de la discusión.

—Tu plan de juego nos dejará fuera del campeonato, Logan —digo entre dientes—. Y no llegué hasta aquí para verlos perder. Me alejo del círculo mientras ellos aún debaten. Tengo ganas de estrellar mi palma contra la mejilla de Mercury por ser tan descuidado como para pasar por alto la oportunidad.

Vuelvo a ponerme el protector bucal y mi mirada cae en las gradas repletas de universitarios. El público está tenso por el hecho de que vamos perdiendo, pero no tanto como yo. Los Jaguars implementan jugadas muy tradicionales y necesitan innovar respecto a las tácticas de juego, pero eso se hace imposible

con Logan a la cabeza del equipo. Y como si no fuera lo suficientemente malo tener el deseo de golpear al número siete, Gabe Hyland aparece en mi visión periférica.

¿Qué frijoles hace este tipo aquí? Tiene puesta la gorra de los Denver Broncos y estoy seguro de que vino al partido para molestar a Bill, pero no creo que ese sea el motivo principal de su desagradable aparición. Él está aquí por Kansas.

Ella se encuentra sentada en las gradas, entre Harriet y el diabólico mapache rabioso. Las tres debaten para el momento en que Gabe rodea su boca con sus manos y grita con sentimiento.

—¡Tú puedes, Marcos!

No importa de qué tan buena manera me lo diga, no me gusta.

Su atrevimiento y confianza en sí mismo lo definen como un petulante.

Y no me agrada la gente petulante.

Kansas levanta la cabeza al instante en que Hyland grita, y soy consciente de que la conversación con sus amigas cesa y me observa en silencio. Puedo sentir cómo esa mezcla de verde y café en sus ojos me analiza a la distancia, y me gustaría saber qué está pensando.

—¡Posiciones! —exclama el árbitro, el principal de los siete que se distribuyen a lo largo y ancho del campo, cuando se da por acabada la reunión.

Los jugadores se dispersan y observo al pobre Timberg tras el trasero de Mercury. Ser corredor no está mal, pero no tiene la mejor vista de todas.

—Escúchame, Logan —pido en cuanto nuestros muchachos adquieren la típica posición frente a los Vultures—. A la mierda el entrenador y todas tus tontas reglas de juego, cambia la jugada. — Estoy seguro de que nunca dije tantas palabrotas en la misma oración.

— Yo soy el *quarterback*, no tú. Así que el equipo hará exactamente lo que Bill y yo digamos —gruñe.

—Tienes seis segundos antes de arrancar, así que considéralo.

—No tengo la certeza de que podemos anotar con mi táctica, pero estoy seguro de que tenemos una mejor oportunidad para ganar yardas.

Él no responde, simplemente adquiere la posición y se prepara para recibir el balón. Exclama a todo pulmón, y mis músculos se tensan al saber que llevará a cabo su jugada. La

adrenalina y el enojo se desprenden en mi torrente sanguíneo mientras mantengo la vista fija en el balón. Lo que pasa por mi cabeza a continuación es algo que jamás haría, pero situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas.

Lo siento, Bill.

El silbato del referee suena y Joe lanza el balón hacia las manos de Mercury. Sabiendo que Logan no pasará el ovoide a Chase, y teniendo en cuenta que nuestra mejor posibilidad de avanzar o anotar es yendo por los laterales, en cuanto me acerca el balón para simular un pase como habíamos planeado, se lo arrebató.

Le acabo de robar el balón a uno de mi propio equipo.

Shepard me matará.

Mis piernas queman mientras corro a través de las yardas. La línea defensiva de los Vultures está mano a mano con la ofensiva de los Jaguars, sin embargo, como Logan lo predijo, ahora tengo toda la atención y a tres contrincantes a corriendo hacia mí. —¿Qué diablos, Beasley?! —grita el entrenador enfurecido.

Solamente soy capaz de ignorarlo y esquivar rápidamente al *cornerback* que se me abalanza mientras me desvío cada vez más

hacia la derecha. Miro a mis lados en busca de apoyo y solo me toma un segundo ver que Hamilton está libre.

—¡Yo te cubro el trasero, Tigre! —masculla entre dientes antes de tirársele encima, con una velocidad y brutalidad poco imaginables.

Aún quedan tres Kriplandeses lanzando gritos de guerra a mis espaldas y el entrenador grita al asumir que ya echamos a perder la jugada y que terminaré aplastado, pero sus palabras de enojo se transforman en chillidos de entusiasmo al percatarse de que Timberg ha llegado a mi rescate.

—¡Protege a Beasley! —ordena Bill—. ¡Cuídalo como si fuera tu bendita mascota, zopenco!

Uno de los Vultures se cansa de correr y se lanza en el intento de barrer mis piernas, pero Chase se precipita, lanzándose primero y estrellándose contra el corpulento visitante. Ambos ruedan por el campo y un grito de agradecimiento trepa por las paredes de mi garganta. Comienzo a correr a toda la velocidad que mi cuerpo me permite. Estoy sudando, mi piel hierve y mi corazón palpita frenéticamente contra mi caja torácica. Los dos uniformados de verde que me pisan los talones gritan con una mezcla de desdén,

salvajismo y sed de sangre.

Soy AB negativo, espero que no sea de su agrado, dado que si no me desangrarán bajo los reflectores de tener la oportunidad.

—¡Cinco yardas, Beasley! ¡Anota o lo lamentarás! —ladra Bill a la distancia.

Me lanzo a la zona de anotación y el balón toca el césped al mismo tiempo en que mis pulmones recuperan algo de oxígeno.

*Touchdown*, damas y caballeros.

Luego de dos horas y veinte minutos, mis compañeros de equipo se lanzan los unos sobre los otros para festejar la victoria.

La exuberancia de universitarios en las gradas estalla en aplausos mientras Hamilton salta sobre mi espalda.

—¡Lo hicimos, Tigre! —grita con euforia antes de que Timberg y Tristán corran en nuestro encuentro.

El entrenador se aproxima con cara de pocos amigos cuando tendría que estar más que feliz por haber terminado 26-15 contra Kripland. Los muchachos se alejan lo suficiente como para estar a salvo de las garras de Bill al ver su expresión.

—Tú y yo vamos a hablar, muchacho. No sé qué diablos fue eso... —confiesa con seriedad—, pero funcionó, Beasley. ¡Les



partimos el maldito trasero! —agrega antes de envolverme en un abrazo lo suficientemente fuerte como para quebrarme unas cuantas costillas.

Esta mezcla de albricia, adrenalina y salvajismo es por lo que se juega al fútbol; para sentirse vivo y para presionar al corazón y al cuerpo al máximo, para tener un sentido de pertenencia hacia un grupo y para regodearse de lo dulce que pueden ser las victorias cuando se lucha por ellas.

—¿Malcom Beasley? —llama una voz a mis espaldas, y el entrenador me suelta únicamente para abrazar al desvalido de Ottis.

Me giro para encontrar a una castaña con lápiz y libreta en mano.

—Soy del periódico estudiantil —dice antes de tenderme la mano que tiene libre, la cual instantáneamente estrecho tras sacarme el casco—. Claire Whittle —se presenta con una sonrisa curvando sus labios.

Linda sonrisa, Claire.

## **Capítulo XVII**

Inseguridad

# Kansas

—Aún no puedo creerlo —murmura Jamie desde el asiento trasero del Jeep—. Hizo dos *touchdown* en menos de seis minutos —exclama pasándose las manos por el pelo—. ¡Malcom es un maldito genio!

—¿Y desde cuándo eres parte de su club de fans? —interroga con las manos al volante.

—Desde hace cincuenta minutos —responde observando en su reloj cuánto tiempo pasó desde el final del partido.

—Yo también quiero un club de fans —se queja Gabe desde el asiento del copiloto, y veo a Harriet poner los ojos en blanco por el retrovisor—. ¿Te gustaría ser la fundadora, *nena*? —me pregunta.

—Se necesita gente para formar un club —le recuerdo girando a la izquierda—, y lo más cercano que tienes a un fan en la ciudad es a tu abuela, Gabriel —me sincero.

—El club de la estupidez no necesita fans —informa la rubia a mis espaldas, y el castaño solo es capaz de reír.

Él no se toma nada en serio, es un hecho. Probablemente yo

hubiera implementado un ataque verbal a cualquiera que me dijera idiota, incluso si lo hicieran con la sutileza de Harriet. Sin embargo, Hyland no se toma las palabras a pecho.

—¿Podemos dejar las indirectas, muchachos? —interfiere

Jamie—. Esto no es Twitter.

—Conuerdo — digo cambiando la canción del estéreo, basta de *The Beatles* por hoy—. Vamos a una fiesta, así que quiero que solo se hable sobre cosas triviales, de bebidas alcohólicas o de Travis Kelce —aclaro deteniéndome en un semáforo.

Siempre es buen momento para hablar de Travis Kelce.

Una vez que el partido terminó, no tuve otra opción más que bajar de las gradas e ir a felicitar a mi padre y a los jugadores. Para cuando logré atravesar la multitud de eufóricos universitarios, la mayoría de los Jaguars ya habían entrado a las duchas del vestuario.

Bill

estaba

tan

exaltado

por

la victoria que se olvidó, solo por un segundo , de la presencia de Gabe. Me abrazó en su arrebató de alegría y solo fui capaz de reír al verlo tan emocionado, era como un niño tras abrir sus regalos de Navidad. Tras decirle a Jamie que no aceptara porros ajenos, a Harriet que era la conductora designada y a mí que no bebiera hasta la inconsciencia, se encaminó en dirección a Hyland con una severa advertencia: «Pon tus manos sobre mi hija y más de cincuenta muchachos se encargaran de entumecer tu trasero. Cuídalas, mocoso».

Bill sabe que tras cada victoria se hace una fiesta de celebración, y aunque no está de acuerdo con la idea de juntar alcohol, chicos y música, lo acepta por el simple hecho de que él también fue un universitario alguna vez. Bill Cyrus Shepard tuvo su época de gloria, y es consciente de que no puede protegerme de ciertas cosas.

Pero para eso están los Jaguars, ¿no?

—¿Creen que Beasley irá? —pregunta Gabe sincronizando la radio.

—¿A qué se debe tu interés? —Enarco una ceja hacia el castaño e intento apartar su mano del tablero del coche.

—Ya sabes —divaga jugando con los botones del estéreo, una media sonrisa curva sus labios—. Quiero darle un beso de felicitaciones.

No puedo evitar reír ante la convicción en su voz y, en cuestión de segundos, la estruendosa risa de Jamie inunda el Jeep. Harriet intenta ocultar su sonrisa mientras se aplica algo de labial observándose en un pequeño espejo de mano. Su cartera es una galera mágica, como el bolso de cuentas de Hermione.

Debo dejar de mirar Harry Potter con Zoe.

—Supongo que irá —conjetura Jamie, encogiéndose de hombros—. La última vez que lo vi estaba hablando con esa chica del periódico. Piso el acelerador en cuanto la luz en rojo cambia a verde y luego mis ojos encuentran con los de la pelirroja.

—¿La chica del periódico? —inquiero con cautela.

—Su nombre es Claire —explica Harriet al guardar el labial y tomar el rubor. Jamie hurga en su bolso hasta encontrar el rímel—. Es la hija de mi profesor de sociología jurídica, ¿lo recuerdan?

—¿Cómo olvidar al señor Whittle? —suspira Jamie luego de aplicarse la máscara de Harriet, mientras se observa en la cámara frontal de su teléfono—. Creo que su hija heredó todo su encanto —

agrega.

No he oído hablar de ella en el campus. Ninguna Claire en mi memoria.

—Preséntemela —dice Gabe con un tono sugestivo—. Ella puede ser la tercera en mi club de fans, luego de mi abuela y, por supuesto, de Kansas —me guiña un ojo.

—¿Cómo pueden maquillarse en un auto en movimiento? — pregunto en un intento por cambiar el rumbo de la conversación—. . Yo ni siquiera puedo beber sin volcarme —confieso. Observo

con

recelo

a

la

botella

de

*Coca-*

*Cola* que descansa a mi lado. Por su culpa, ahora tengo que ir a una fiesta con una mancha de refresco en la blusa, y teniendo en cuenta que la celebración se hace en las afueras de Betland, era de esperarse que no tuviera tiempo para regresar a casa y cambiarme.

—Las mujeres somos multiuso —responde Harriet.

—Eso dices tú —espeto—. Por lo que hay dentro de mis pantalones sé que soy mujer y, te aseguro, que no puedo hacer más de una cosa a la vez.



Como conducir, intentar arreglar el desastre que es mi cabello, alejar a Gabe del estéreo e intentar calmar mis nervios.

Porque estoy nerviosa.

Y por primera vez en mi vida no sé cuál es el motivo.

—Toma, *Sunshine* — dice Chase cuando me entrega un vaso de lo que creo que es *whisky* con hielo—. Deja que el alcohol estimule tu lado divertido.

Estoy a punto de decirle que es imposible que estimule algo más que el sueño que tengo, cuando la voz de Malcom se oye sobre la música.

—¿Sabías que el alcohol es una droga depresora en realidad?

—inquiérese pasando bajo el umbral de la sala—, y afecta tanto a los neurotransmisores inhibidores como a los excitadores, como por ejemplo el ácido-aminobutírico, también conocido como

GABA, y la dopamina.

—¡Ahí está mi Tigre! —exclama Ben mientras intenta rodear los hombros de Harriet por cuarta vez en la noche—, y veo que trajo a su presa —añade con descaro en cuanto una muchacha aparece detrás de él.

Es pequeña y se nota la diferencia de altura entre ellos. Su cabello es como una nube de rizos perfectamente curvados y naturales, y su rostro es tan simétrico que muchas personas no querrían volver a verse en un espejo tras mirarla.

—Me llamo Claire, no presa —corrige ella con un tono divertido antes de dejarse caer en el brazo de un sofá vacío.

—De acuerdo, Claire. Malcom es todo un depredador. —

Sonríe Hamilton—. Así que ten cuidado —le advierte.

Beasley enarca ambas cejas hacia el número trece antes de sentarse en el sillón, a un lado de la castaña. Sus ojos escanean los alrededores mientras se mantiene de brazos cruzados y, en cuanto se encuentran con los míos, desciende la mirada a mi pecho.

No, no con perversidad.

—Tienes una mancha —dice señalando mi blusa.

—No hace falta que lo menciones, ya me he dado cuenta —



respondo automáticamente, con voz algo despectiva. Culpo al *whisky*.

—Creo que deberías sacarte la blusa —se entromete Logan que aparece con una botella de cerveza en la mano—. Ya sabes, las manchas no quedan bien —divaga con una sonrisa curvada en sus labios.

Por lo menos no agrega el típico: «No es nada que no haya visto». Sabe ponerle límites a sus comentarios.

Abro la boca, lista para defenderme con un ataque verbal aéreo —terrestre y acuático si es necesario—, pero una voz se me adelanta.

—El exceso de confianza tampoco queda bien —se entromete la recién llegada—. Y, sin embargo, nadie te dice qué hacer con tu ego —finaliza Claire en mi defensa.

Los ojos de Mercury se trasladan a la castaña y se muerde el interior de la mejilla; sé exactamente el porqué de su gesto. Desde que lo conozco, lo hace cuando se abstiene de decir cosas. Estoy segura de que no quiere decirle nada agradable a Claire.

Una vez que Logan se esfuma, la hija del profesor Whittle me regala una sonrisa cálida, divertida y segura. Normalmente no me

gusta que salten en mi defensa, pero que Claire lo haya hecho sin conocerme y sin vacilar la convierte en una persona que no tiene luz roja en mi radar.

La siguiente media hora me la paso dando sorbos al vaso de plástico mientras observo a la chica del periódico, y no, no la estoy psicoanalizando. Todo el mundo cree que, porque estudio psicología, me la paso ejerciendo psicoanálisis en las personas, pero deben entender que no son mis pacientes y que me importa un bledo lo que hagan. Miro a Claire porque me da curiosidad, es solo eso. Es inevitable no escudriñar a alguien que se suma a tu círculo de confianza, y eso es porque está en nuestra naturaleza ser curiosos y algo indiscretos.

Jamás vi a Malcom hablar tanto como lo hace ahora. Ellos parlotean animadamente y de vez en cuando Claire le da un sorbo a su refresco. Beasley rechaza el vaso que Timberg le ofrece e internamente me río al recordarlo inconsciente en el piso de la cocina. El brazo del número veintisiete descansa en el sofá y está levemente presionado contra el muslo de la recién llegada. Ellos no parecen percatarse de eso porque están absortos en la conversación, pero yo sí lo hago. Y no soy capaz de alejar la

mirada, es como si ver la piel de ambos rozándose fuera algo instintivo.

No sé si me agrada la idea de estar tan pendiente de lo que hacen o no.

—¿Kansas? —llama Gabe cuando llega a la sala—. ¿Dónde está tu espíritu de sábado, muchacha? —pregunta antes de acercarse y tirar de mis manos para ponerme de pie.

—En alguna parte de mi estómago, porque tengo hambre.

No es una total mentira.

El castaño me observa con ojos divertidos y me percato de que tiene rastros de labial en el cuello. Arqueo una ceja y él me guiña un ojo en respuesta. Este es el Gabe que recuerdo.

—¿Qué te parece si me concedes un baile y luego te invito a asaltar la nevera de Chase? —propone conduciendo sus manos a mi cintura.

Timberg lo mira con cara de pocos amigos y Joe comparte una mirada con Ben. Conozco tan bien esa mirada, es la misma que pusieron semanas atrás cuando en una feria de colectividades un muchacho se me acercó. Al final era gay y solo quería preguntarme dónde estaba el baño portátil. En fin, la cosa es que

percibo cuáles son sus intenciones en cuanto sus ojos se encuentran.

—Tranquilos —murmuro en un intento por calmar las aguas—. Me quedaré donde puedan verme.

Esa sí es una total mentira, pero es necesario decir las palabras antes de que ambos tengan una conversación con Gabe en nombre de Bill.

Hyland tira de mí y, una vez que llegamos a la siguiente sala, me doy cuenta de que puedo volver a respirar.

Pero aún sigo sin saber por qué estoy tan incómoda, tan nerviosa.

# Malcom

—¿Qué se siente vivir con Bill Shepard? —pregunta Claire, apartando uno que otro rizo de su rostro.

No hubiera accedido a venir a la fiesta si no fuera por ella, porque la verdad es que no me agrada la idea de salir. La noche es para dormir, no para beber y hacer cosas que probablemente olvidarás al día siguiente.

Tras decirme que quería hacerme una entrevista para el periódico de la BCU, Ben apareció y la invitó a la celebración. Solo le bastó verme entablar conversación con la chica para asimilar que quería ligar con ella y, según lo que me dijo en las duchas, una gran estrella necesita un gran cielo donde perderse. Fue la frase poética más absurda para decirme que necesitaba tener relaciones como premio por el juego de hace unas horas, y, en cierto aspecto, me recordó a lo que el mayestático Voltaire dijo una vez: «El primero que comparó a la mujer con una flor, fue un poeta; el segundo, un imbécil».

De todas formas, me alegra que la haya invitado, porque ahora tengo a una persona interesante para salvarme de una noche

de completo aburrimiento en la que los demás universitarios se emborrachan hasta colapsar. Además, logré averiguar ciertas cosas, como que la castaña se había decidido a estudiar periodismo porque no le gustaba la distorsión de los hechos y la subjetividad de los periodistas mediocres, y agregó que era fiel a la idea de que existían cientos de historias que merecen ser contadas. En la pasada media hora, me percaté de que existía alguien más que implementaba las palabras «consignatario» y «limerencia» en una conversación, que le gustaba hablar demás y luego se disculpaba por sacar a relucir sus pensamientos más profundos, que adoraba la década de los ochenta y hasta conducía un clásico de la época.

Claire es la persona más agradable que he conocido hasta el momento.

—No está mal. —Me encojo de hombros respondiendo a su pregunta.

—En primer año tuve la oportunidad de entrevistarle cuando llegaron a las finales —cuenta. También le gusta el fútbol—. De lo único que hablaba era sobre su hija y sobre el deporte; de vez en cuando agregaba que su salsa es excelente. —Se ríe.

—Beasley —llama Joe de repente a mis espaldas, seguido por

Monroe—. ¿Has visto a Kansas? —inquire con una expresión de pocos amigos, escaneando la sala abarrotada de universitarios.

—No —respondo automáticamente, antes de fruncir el ceño en su dirección—. ¿Qué ocurre? —pregunto poniéndome de pie.

—Donna encontró su teléfono en el baño — explica observando la pantalla de un *Samsung*—. La busqué por toda la casa y no la encuentro, y Hyland ha estado bebiendo...

—Los ayudaré a buscar —se ofrece Claire al mismo tiempo en que me encamino hacia ellos.

Dios se apiade de tu alma, Gabe Hyland.

Porque dudo que Bill Shepard lo haga.

## **Capítulo XVIII**

Antropoide

# Malcom

—Monroe, cubre la primera planta junto a Chase y Claire —  
ordena Joe sin dejar de escanear el lugar con sus ojos cafés—.

Beasley y yo nos ocuparemos del segundo piso —explica como si fuera un plan de juego—. Gran parte del equipo está indispuesto por alta ingesta de alcohol —añade en cuanto ve a Ottis parloteando animadamente con lo que parece ser un cuadro de la abuela de Chase.

—Bill odia a Hyland —recuerda Timberg, como si pudiéramos olvidarlo—. Si se entera de que estuvo a solas con Kansas, nos arrancará cada pelo del pecho. —Su expresión se cubre de horror—, y no tengo muchos —añade frotándose la parte delantera de la camiseta.

Preocupado por el hecho de una posible depilación en manos de Bill, Chase, Claire y Monroe se sumergen en la exuberancia de personas mientras que yo me encamino escaleras arriba.

Kansas había estado bastante callada esta noche, y como usualmente tiene su lengua fuera de control, me resultó extraño verla de esa forma. Varias veces la había visto escudriñando a



Claire, como si la analizara. Y sinceramente me hubiera gustado que permaneciera en su lugar, ejerciendo cualquier clase de inservible psicoanálisis en la recién llegada antes que irse con Gabe.

Solo me bastó con ver sus sucias manos rodeando su cintura para saber que habría problemas.

Y ahora los hay.

Llegamos al segundo piso y vemos que hay varias puertas dispersas a lo largo de dos pasillos. La casa de Timberg es grande, y es obvio que proviene de una familia acaudalada. Sin embargo, ni todo el dinero del mundo podría apaciguar el odio de Bill Shepard hacia el número dieciséis.

Levanto mi puño listo para tocar en la primera puerta, pero antes de que pueda hacerlo, los dedos de Joe ya están alrededor de mi muñeca.

—¿Qué crees que haces, Beasley? —me espeta observándome como si en verdad fuera un auténtico imbécil.

—Voy a tocar, ¿no es obvio? —interrogo vacilante.

—Se nota que eres inglés. —Suspira—. Si tocas, les das tiempo para que se detengan y arreglen, y de esa forma no tendrás

la certeza de que estaban haciendo algo no apto para todo público —explica rápidamente—. No podrás acusar a Hyland de nada, y créeme que la parte divertida de esto es sacarlo a patadas de la habitación mientras le gritas todas las advertencias e insultos que Bill te enseñó. —Sonríe.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

—Probablemente sea la tercera en el año.

Entrar sin tocar no es mi estilo, y creo que no debería ser el de nadie. Interrumpir la privacidad de alguien —incluso la de dos ebrios que intentan sacarse la ropa—, es descortés desde cualquier punto de vista. Estoy seguro de que no me gustaría abrir la puerta y encontrar a Gabe sobre Kansas.

Definitivamente no me agradaría, y luego está el hecho de que esto ya ha ocurrido antes y, por alguna razón, me pregunto quiénes fueron los otros chicos con los que estuvo la hija del entrenador.

¿Y qué ocurrió con ellos? Ya puedo imaginarme la respuesta a eso.

—Suponiendo que Kansas esté con Hyland, debes saber que no lo voy a golpear —advierto.

—¿Y qué vas a hacer? —espeta cruzado de brazos—. ¿Darle

un sermón e invitarlo a tomar el té? —añade incrédulo—. Hazme un favor y muévete para encontrar a Kansas, llámame si no eres capaz de dejar de lado tus modales de buena ética y meterle un pie en el trasero a Hyland — finaliza antes de adentrarse en el pasillo izquierdo—. ¡Encuentra a *Sunshine*, Beasley!

Me giro para enfrentar la primera puerta. Estudio la situación por un momento antes de inclinarme y apoyar mi oído contra la madera: nada. Supongo que esta carencia de sonido solo puede significar que la habitación está vacía, y lo compruebo asomándome en el interior del cuarto antes de ir a la siguiente puerta.

Aún no estoy de acuerdo con el asfixiante rol de padre que cumple Bill. Kansas debería tener un poco de libertad respecto a los chicos —si bien elecciones como Gabe y Mercury no son las mejores—, reconozco que el entrenador es un tanto extremista. Sin embargo, no puedo culparlo por ser sobreprotector con su única hija. La verdad es que, a pesar de resultar algo sofocante, es admirable, tiene lógica preocuparse de la forma en que él lo hace. Así que, mientras tomo el pomo de la siguiente puerta, es inevitable pensar en mi propio padre. Recordarlo no hace más que avivar las

llamas de un antiguo odio, y si hay algo de lo que jamás me arrepentiré es de haberme alejado de él.

Uno suele pensar que no hay nada más valioso para un padre que su hijo, pero a veces lo hay. Dejar Londres era la mejor forma para olvidarlo.

Entonces, cada pensamiento de Merton se desvanece en cuanto un sonido me trae nuevamente a la realidad. Y no, no es un simple sonido. Es un sonido inarticulado con la capacidad de expresar dolor, pena o placer: un gemido. Mis oídos quemán al oírlo, y no me percató de cuán acelerado está mi corazón hasta que irrumpo en la habitación.

No.

No.

No.

Hay poca iluminación, pero la suficiente como para ver a Gabe de espaldas. Cabello revuelto, piel totalmente expuesta, movimientos carnales y rápidos. No sé en qué momento atravieso los escasos pies que nos separan y mi mano rodea su cuello, pero lo hago. Jalo de él y automática Kansas chilla e intenta cubrir su cuerpo con las sábanas. Obligo al lujurioso imbécil a ponerse de

pie y mis manos lo hacen retroceder. Su espalda colapsa contra la pared más cercana y noto el brillo de sorpresa en sus ojos.

Estoy siendo agresivo, actuando como un auténtico energúmeno, pero la realidad es que no tengo ni la menor idea de por qué hay tan repentina vehemencia en mí.

—Te advertieron que te alejaras —mi voz se hace presente en la habitación mientras Gabe me observa con un total desconcierto—. Veo que no captaste el mensaje, ¿se te ofrece que lo transmita en algún otro idioma? ¡Soy bueno en francés, *Cochon!* Le toma una milésima de segundo zafarse de mi agarre y empujarme de vuelta. La acción desencadena una sensación para nada pacífica en mi interior.

—¿Qué diablos está mal contigo?! —me espeta con una cólera ciega, sus manos tornándose puños. Ni siquiera se preocupa por cubrir sus genitales. Es desagradable, y estoy seguro de que también es la peor cosa que he visto en toda mi vida.

—¿Conmigo? —interrogo con incredulidad, dando un paso en su dirección—. Creo que esa es mi línea, porque sin duda eres tú el que... —alguien chilla, interrumpiéndome.

—¿Qué diablos?! —grita la voz femenina—. ¡Sal de aquí,

imbécil! —ordena.

Y entonces la veo.

Ella no es Kansas.

### *Kansas*

—Esto es una mierda —murmuro para mí misma, frustrada.

Hace más de diez minutos que intento alcanzar las malditas llaves, pero es imposible hacerlo sin romper mi blusa o quedarme prácticamente desnuda.

Todo iba genial en la improvisada pista de baile hasta que una castaña apareció en mi campo visual.

Solo me bastó con ver el guiño que le dirigió a Gabe para saber que era la responsable del labial en su cuello. Él me observó con ojos suplicantes en cuanto la extraña comenzó a subir las escaleras sin apartar sus ojos de él.

La verdad es que solamente conozco un animal con la capacidad de girar la cabeza unos doscientos setenta grados, pero claramente esta chica se acercó bastante al récord que imponen los búhos.

No iba a negarle a Gabe una noche de diversión, así que solo le sonreí y le recordé de la existencia de los condones. Me encontré

sola en medio de la pista y, al observar cómo Malcom y Claire seguían muy entretenidos el uno con el otro, no quise volver a la otra sala. No únicamente por ellos, la realidad era que no había señal de Jamie y Harriet, y tampoco de alguien del equipo que estuviera un cien por ciento sobrio como para entablar una conversación. Así que salí por un poco de aire, pero en cuanto el frío me caló los huesos, me vi obligada a ir por mi chaqueta al Jeep. Cosa que no conseguí.

La busqué por cada rincón del coche, pero lo único que encontré fueron envoltorios de caramelos, bolas de pelusa y un trozo de dona de *Blair's Place*.

Esa fue Jamie, estoy segura.

Cerré la puerta trasera al mismo tiempo en que puse el seguro.

Mala idea, Kansas.

Una parte de mí ya maltratada blusa quedó atrapada, pero no me di cuenta de eso hasta que comencé a caminar y de pronto una fuerza tiró de mí, de vuelta hacia el coche. Empecé a tironear lo suficiente como para que comenzara a deshilacharse, y en ese momento fui testigo de cómo se rompía. Maldije y rebusqué las

llaves en mis vaqueros. Tal vez fue el hecho de estar enojada con la simpleza y estupidez de la situación, o tal vez fue porque aquella era mi blusa preferida —y lo último que me había regalado mi madre—, pero entre enojo y la desesperación por salvar la prenda, las llaves se me cayeron.

Y terminaron debajo del auto.

Ahora hace diez minutos que espero que alguien aparezca para ayudarme, porque no es una opción seguir rompiendo la blusa o quitármela. Hace alrededor de seis grados y no voy a exponerme a un resfrío. La realidad es que estoy perdida en una hilera de coches mal estacionados a pies de la casa y la música está demasiado alta como para que oigan la voz de una idiota que está adherida a su coche. ¿Y la mejor parte? No encuentro mi teléfono.

Esta no es una noche agradable, todo lo contrario. Suelo divertirme cada sábado en que salgo, o por lo menos intento hacerlo, pero hay algo diferente hoy. No me siento bien, y no me refiero a dolores corporales ni nada por el estilo. No sé qué diablos me pasa y detesto ser incapaz de identificar mis sentimientos.

—Te amo —murmuro al coche—, pero no podemos seguir así —añado estirándome por enésima vez en busca de las llaves.



Algo me detiene. Escucho pasos.

—¿Hola? —inquiero observando a mi alrededor—. Necesito ayuda aquí —agrego un poco más alto.

—Somos dos —dice una voz masculina a mis espaldas.

Siento la forma en que mis ojos se amplían al verlo, y me percato de que, en comparación con mi problema, el suyo aparenta ser el cuádruple de grande.



—Oh, Beasley... —susurro—. ¿Qué diablos te ocurrió?

—Repítelo una vez más —pido sacando el botiquín de primeros auxilios del armario, ya en mi casa.

Malcom hunde los dedos en su cabello mientras se limita a cerrar los ojos, cansado.

Está sentado en la tapa del retrete con los codos apoyados en sus muslos, con la nariz y la boca pintadas de rojo.

Y no es labial.

—Interrumpí el acto sexual de Gabe Hyland —explica en pocas palabras—. Y me golpeó, pero creo que tus globos oculares andan lo suficientemente bien como para darte cuenta de eso —

añade señalando su rostro.

Me arrodillo frente a él y comienzo a rebuscar algodón y alcohol en la pequeña caja de plástico, sin mirarlo a los ojos. No sé si quiero golpear a Gabe por ser tan agresivo o si quiero abrazarlo por el buen gancho derecho que hizo. Sé que puede sonar un poco cruel, pero la realidad es que Malcom se lo buscó. Él no tenía por qué acatar las estúpidas órdenes de mi padre, y el hecho de que estuviera dispuesto a vigilarme al igual que los otros jugadores me cayó mal desde el primer momento.

—Espero que te hayas dado cuenta de que mi vida no te concierne —digo mientras limpio la sangre de su nariz—. Ni a ti ni a nadie más —agrego en relación con las otras oportunidades en que Joe y sus muchachos se encargaron de ahuyentar a otros chicos—. Y aún no puedo creer que hayan pensado que iba a acostarme con Gabe —confieso con incredulidad y asco en mi voz—. Es mi amigo, uno con posibles enfermedades de transmisión sexual.

—Vaya amigo —se burla, y presiono el algodón con alcohol en la herida a propósito. Emite un gruñido e intenta apartarse, pero sujeto su barbilla para seguir con el trabajo de desinfección y

limpieza.

—Mi amigo se encargó de torcer tu hermosa nariz —  
apunto—, y probablemente de reacomodar tus dientes.

Espero un mordaz comentario de su parte, pero en cuanto el  
silencio nos envuelve, me percato de que está demasiado  
concentrando en algo, en mí.

—Tienes suerte de que haya personas que te cuiden —dice de  
repente y, en cuanto las palabras salen de sus labios, mis ojos  
encuentran los suyos.

Su mirada es más suave, y ya no parece ser consciente del  
ardor que produce el alcohol contra los cortes en su piel.

—Los cuidados excesivos no son buenos.

—Pero son mejores que nada.

Algo ha cambiado en su tono de voz, y no estoy segura de que  
si lo imagino o si en verdad hay una mezcla de nostalgia y  
sinceridad en sus palabras.

Tomo otro trozo de algodón y lo deslizo por su labio inferior,  
que es el que se ha llevado la peor parte. Puedo sentir que sus ojos  
escanean mi rostro a medida que limpio la herida y, por primera vez  
en los seis días que lo conozco, desearía que estuviera parloteando

acerca de cualquier cosa.

—¿Por qué no golpeaste a Gabe de vuelta? —inquiero rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros. Intento comprender la mente de este chico.

—Porque no soy un salvaje —confiesa, y por más extraño que suene me reconforta ver que Malcom Beasley está intacto. No me siento cómoda cuando adquiere un estado silencioso—.

Me adiestraron para ser una persona civilizada, no una clase de antropoide rompe narices.

—¿Por qué tienes que complicarlo tanto? ¿No puedes decir simio en vez de antropoide? —pregunto girando su barbilla en busca de otro corte.

—Insultar requiere de ingenio, y lo complicado es lo que lo hace divertido.

Aún entre sus piernas, guardo todo de vuelta en el botiquín y lanzo los algodones usados al cesto.

—Se ve que el golpe no afectó nada importante —concluyo—, porque tu esencia de irritante sabelotodo sigue intacta.

Sus ojos brillan con diversión antes de que las comisuras de sus labios se curven en dirección al cielo. Entonces, mientras veo

cómo la sonrisa se extiende, me doy cuenta de que, desde que llegó, no lo he visto sonreír así. La realidad es que nunca lo he visto sonreír.

Y me está sonriendo, justo ahora.

—Buenas noches, Beasley —me despido rápidamente antes de comenzar a incorporarme, pero algo me detiene en cuanto cruzo el umbral de la puerta.

—Kansas —llama, y mi corazón comienza a bombear a otra velocidad—. Hay algo que necesito darte.

## **Capítulo XIX**

*Sunshine*

# Malcom

Estoy seguro de que no es el mejor momento: son las dos de la mañana, tengo la nariz sensible por el golpe que el energúmeno de Gabe me dio, y parece que siempre que se menciona a su madre, un sentimiento de angustia nace en sus ojos. No sé exactamente por qué me acuerdo de esto ahora, pero se ha impregnado en mis pensamientos y sé que no podré pegar un ojo en toda la noche si no se lo doy.

—¿Kansas? —pregunto al ingresar a su habitación, cosa que no haría si la puerta no estuviese abierta.

Ella se pasea de lado a lado, como si estuviera nerviosa. De sus hombros cuelga la vieja camiseta con el logo de *Pearl Jam*, y de sus caderas unos holgados pantalones de pijama a cuadros.

Llego a la conclusión de que su aspecto es ridículo, pero es inevitable pensar que se ve linda incluso así.

—Espero que sea un buen porro —dice cruzada de brazos y observando lo que he ido a buscar.

—Y yo espero que bromees —respondo con honestidad y algo de horror.

Estoy a favor del uso medicinal de cualquier sustancia que se  
compruebe

apta

y

no

tóxica

para

el cuerpo humano, pero creo que ella no se está refiriendo al *cannabis* como yo lo hago.

En cuanto Kansas arquea una ceja —como si en verdad  
estuviera preguntándose si he creído lo que dijo—, me percaté de  
que era solo un chiste. Una broma de mal gusto, definitivamente.

—Volví a guardar las partituras que encontré — comienzo a  
decir mientras me adentro en la recámara—. Lo hice porque no  
parecías feliz al verlas y porque, claramente, las hubieses  
reclamado de quererlas de regreso —añado, y esa mezcla de verde  
y café en sus ojos adquiere un brillo expectante—. No soy del tipo  
entrometido, pero confieso que no pude mantenerme alejado de  
ellas.

Ella clava su mirada en la partitura que descansa entre mis

manos antes de tomar una profunda respiración.

—En especial de esta —confieso.

Se mantiene en silencio mientras extiende la mano y sus yemas rozan el papel.

—¿Qué canción es? —inquire mientras duda entre tomarla o no.

—Ese es el problema —reconozco—. No es ninguna melodía que haya escuchado antes, y debo resaltar que la composición musical y su clasificación se me da bastante bien. —No lo digo en modo altanero, lo menciono porque en verdad es extraño ver algo que desconozca sobre música clásica. La musicología me gusta, y la ignorancia es mi peor enemiga, así que esa es la respuesta al porqué no puedo esperar un minuto más para saber quién escribió esto.

— *Sunshine* — lee el título en la parte superior de la hoja, su voz es casi inaudible.

Ella desliza las yemas de sus dedos por las letras musicales, como si pudiera acariciarlas y hacer que hablasen, que contasen la verdad.

—No la conozco —dice con el ceño fruncido, arrugando un



poco su nariz.

Entonces sus ojos viajan hacia el viejo piano que descansa contra una de las paredes de la habitación. En este instante, una batalla se libera en su interior, o eso creo que es lo que sucede por la forma en la que la incertidumbre y la indecisión pelean en la fusión de colores de sus ojos. Se nota a millas de distancia sus ansias por tocar, es como si el piano y ella estuvieran en el mismo campo magnético.

—¿No tocas porque es doloroso recordarla? —No puedo evitar preguntar, y estoy seguro de que mi atrevimiento hace disparar su pulso por la forma en que me observa—. ¿O es porque no quieres hacerlo?

No sé qué ocurrió con su madre, pero no es difícil descifrar que en un punto de la corta vida de su hija, ella se marchó, voluntaria o involuntariamente, y solo dejó una caja de partituras atrás.

—Es complicado —suspira. Traslada sus ojos al piano y lo contempla con una mirada agridulce.

—Las matemáticas son complicadas, ¿los sentimientos? Esos son solo contradictorios, pero ser así no los torna complicados.

Ella se toma unos segundos en silencio antes de deslizar sus pies descalzos sobre la alfombra, en dirección al instrumento.

—¿Así que no es complicado desear estar con alguien y a la vez anhelar jamás volver a verla? —pregunta, pero aún no puedo imaginar lo que hizo su madre como para que Kansas piense así de ella.

—No, es contradictorio —señalo—. Eso implica que hay dos posibilidades, dos formas de afrontar algo. Si fuera complicado, tendrías un problema, porque en las cosas complicadas no se escoge, se acepta.

—¿Y qué debería ser más fuerte? —inquiérese envolviéndose en la propia calidez de sus brazos—. ¿El anhelo de abrazarla o el de alejarla? —Traga en cuanto las palabras escapan de sus labios. Me da la espalda, se concentra en esconder lo que sea que no quiere que vea en su rostro. Parece tan insegura que me cuesta creer que la chica que se abraza a sí misma es la persona que hace segundos atrás lucía tan confiada.

—No puedo decidir por ti, Kansas —hablo desde mi lugar, a escasos pies de ella—, pero puedo ayudarte a averiguarlo.

# Kansas

En cuanto me giro para enfrentarlo, él ya está encaminándose en mi dirección. Toma la tapa del piano y la levanta dejando a la vista las ochenta y ocho teclas que no he visto en años.

Los latidos de mi corazón se disparan ante la cantidad de emociones que se desatan en mis adentros al ver unas simples y ordinarias teclas. Desde que mi madre se marchó no he vuelto a tocar el instrumento, prácticamente lo evito cada vez que Zoe me pide que toque alguna canción. Doy excusas para no hacerlo. A pesar de que sé que es un simple objeto, tiene demasiado valor sentimental como para deshacerme de él.

—No he tocado en dos años —confieso, porque tal vez he olvidado cómo hacerlo. Eso espero.

—Yo no he visto a mi padre en cuatro —habla él en cuanto sus ojos encuentran los míos—. Y eso no me impide olvidar su rostro.

El color oceánico de su mirada parece oscurecerse, luce como si una tormenta naciera en las recónditas profundidades de sus pupilas.

Malcom camina hasta tomar el banco que descansa a los pies de mi cama, lo levanta y lo deja caer justo frente al piano, en silencio. A continuación, coloca las partituras de la desconocida canción en el atril, sobre las últimas melodías que practiqué.

—¿Por qué crees que tocaré para ti? —espeto en cuanto se sienta en la alfombra, al lado del asiento, como un niño a punto de oír un cuento de Navidad junto a la chimenea.

—No se trata de lo que harás, ni para quién. Se trata de lo que quieres hacer —replica observándome desde abajo—. Te mueres por tocar, y quieres saber cómo suena esa canción tanto como yo.

—Parece muy seguro. Me molesta que sea capaz de leerme con solo una mirada.

—Hazlo tú si tanto quieres escuchar esa estúpida canción —bramo dando un paso hacia atrás, a la defensiva.

—No hace falta ocultar tu inseguridad con algún patético ataque verbal —dice con naturalidad. Tú te la buscaste, Beasley.

—Debes estar bromeando —digo. Paso las manos por mi cabello, porque en verdad no puedo creer que diga ese tipo de cosas en voz alta—. Insinúas que le tengo miedo a un par de letras musicales. —No es una pregunta, es una afirmación.

—No es una insinuación, es un hecho.

—Cierra la boca, Malcom —advierdo.

—Y eres consciente de que tengo razón, no sabes lo que sentirás al tocar, pero es la única forma de enfrentar lo que ocurrió con tu madre.

—Esto es una estupidez —replico al instante—. Tocar no me ayudará a decidir si quiero o no a mi madre otra vez en mi vida.

En cuanto las palabras se deslizan de mis labios, mi pulso parece congelarse. No puedo creer que dije eso en voz alta, frente a Malcom. Cierro los ojos en el inservible intento por olvidar lo que acabo de decir. La vergüenza me consume al igual que la cólera se apropia de una parte de mí. Lo odio, odio que me haya hecho confesar algo que no he sido capaz de decir en años.

—Kansas... —llama, en un tono más suave—. Está bien...

—Ella era hermosa, preciosa en cada aspecto y sentido. —La voz me tiembla mientras abro los ojos y observo el piano—.

Siempre tenía el cabello hecho un lío, pero sus rizos lucían geniales desde cualquier ángulo. Todo en ella irradiaba alegría y caos —recuerdo, y en cuanto las imágenes de su rostro cobran vida en mi cabeza, mi corazón se acelera—. Era mamá, maestra,

pianista, cocinera, jardinera, artista y cientos de cosas más, pero también era alcohólica —confieso.

La última palabra lo resume todo.

—Hizo cosas terribles, Beasley —añado trasladando mis ojos hacía él. No sé en qué momento se puso de pie, tampoco sé por qué se encuentra tan cerca de mí—. Y a veces años de buenas acciones no son suficientes para compensar un desliz en el camino equivocado.

Él me observa en silencio, como si analizara en detalle cada una de mis palabras. Ladea la cabeza y se acerca antes de extender una mano en mi dirección.

—Toca el piano, Kansas —pide en un murmullo—. No sé cómo te sientes y no soy la persona adecuada para dar consejos familiares, pero puedo jurarte algo —agrega mientras contemplo su mano con algo de desconfianza. Es grande, de dedos largos y piel pálida, y me pregunto si su tacto es frío o cálido—. Te juro que tocar te ayudará de alguna manera.

Da escalofríos, su tacto es lo suficientemente frío como para erizar el vello de mis brazos. Lo siento en carne propia en cuanto sus dedos envuelven los míos y tira de mí hacia el

instrumento. Tomo asiento y dejo ir su mano, él vuelve a tomar su lugar en la alfombra y me contempla en silencio, sin presionarme.

—Tal vez está desafinado —expongo la posibilidad sin haber presionado tecla alguna todavía.

—Podemos buscar cómo afinarlo en *YouTube*.

—Tal vez despertemos a mi padre —añado haciendo una lista de pros y contras en mi mente, como suelo hacer cada vez que estoy insegura de algo.

—En todo caso, tendré que correr algunas millas para recompensarlo.

—Tal vez...

—Buscar excusas solo hace más notable tu cobardía.

—¿No puedes ser un poco más sutil? —me quejo ante su franqueza.

—Sabes que no.

Me obligo a alejar los ojos de Beasley y a concentrarme en el piano, porque sé que no me dejará en paz hasta oír la canción. Lo peor es que no puedo culparlo por ser curioso cuando es un adjetivo clave para describir mi personalidad.

*Sunshine.*

Reconozco la letra de mi madre, las elegantes curvas de «S», seguidas de otras un poco más pequeñas. No es una canción que conozca y tampoco se me ocurre que la haya escrito para mí. Ella jamás se enteró del apodo que me dieron los jugadores de mi padre, y eso se debe a que ya se había marchado para cuando los Jaguars aparecieron en mi vida.

Mis dedos encuentran las teclas y presiono un *Do* solo para probar. Al instante en que el instrumento vibra, cierro los ojos y vuelvo a repetir el movimiento. El sonido viaja a través de mis oídos y mi tacto, siento cada vibración y me percato de lo bien que se siente volver a poner mis manos sobre las teclas de este viejo y maltratado piano.

Comienzo con la primera línea de la canción. Me sumerjo en el sonido que se expande desde el instrumento. La melodía es dulce y lenta, con destellos de letras melancólicas. Es como si mi corazón comenzara a latir a la par de la música. Siento que algo ha regresado al lugar donde pertenece. Es complicado, más allá de los años, la música todavía tiene el mismo efecto en mí. Nada cambia, se siente como si, luego de décadas, algo que me faltaba volviera a insertarse entre mi alma y mi mente.



Cometí un error, nunca debí haber dejado de tocar.

Nadie me había animado a usar el piano luego de que mi madre se marchó, creo que se debe a que todos asumen que la música solo trae recuerdos dolorosos.

Todos menos Malcom, quien ahora me observa desde abajo, apoyado en sus codos.

—¿Qué diablos es esto? —espeta alguien a mis espaldas, con voz ronca.

Mis dedos se alejan de las teclas con rapidez en cuanto mi padre atraviesa la habitación y cierra la tapa del piano bruscamente.

—¡Casi me arrancas un de... ¿Papá?! —interrogo observándolo de pies a cabeza—. ¿Qué haces vestido? ¿Acabas de llegar? —Las preguntas son disparadas por mi lengua.

—Beasley —ladra ignorándome y clavando sus ojos en el número veintisiete—. A tu cuarto, ¡ahora! —exclama con la voz cargada de firmeza.

Malcom se incorpora con prisa y comienza a caminar hacia la puerta, pero no es lo suficientemente rápido como para evitar que lo tome por el cuello de la camiseta y tire de él.

—Él no se va a ningún lado hasta que me digas qué estabas haciendo.

—Suelta a mi mariscal de campo, Kansas —advierte.

Los ojos del inglés de abren en cuanto las palabras descienden de la boca de Bill, y estoy segura de que no esperaba que su entrenador revelara algo como eso en este momento.

Al ver que no tengo ni la más mínima intención de dejar ir la camiseta de Beasley, mi padre me enfrenta con ojos coléricos.

—No tengo que darte explicaciones y no lo haré —aclara—.

Y la única que debería darlas eres tú. ¿Qué hacías con el piano de tu madre, Kansas?

—¿Qué haces vestido así a las dos de la mañana? —  
contraataco evadiendo su interrogatorio.

Bill Shepard usa *jeans*, pero no creo que sus pantalones deportivos estén muy lejos.

—En cuanto vuelva a verte otra vez en el cuarto de mi hija, te desmantelo, Beasley —dice ignorándome, otra vez—. Lárgate de una vez, muchacho. Y tú... —agrega señalándome—, a dormir, ahora. Fin de la discusión.

Pero tanto él como yo sabemos que está muy lejos de ser el

fin de algo.

## **Capítulo XX**

Viralizar

# Malcom

—No sé cómo llegaron los mosquitos a mi trasero —se queja Chase por duodécima vez, rascándose sobre sus pantalones deportivos.

—¡Si te quejas una vez más, lo próximo que tendrás metido en el trasero será mi pie, Timberg! —advierte el entrenador desde la parte delantera de la fila—. ¡Y calzo 12! —agrega solo para que Chase se horrorice al imaginar lo que sería tener un zapato incrustado entre glúteo y glúteo.

—Toma —ofrezco tras sacar el repelente de mi mochila—. Cuidate de los culícidos, son pequeños pero mortíferos.

—¿Culi-qué? —interroga con el ceño fruncido, sin dejar de rascarse. Tendré que desinfectar el repelente.

—Culícidos —reitero—. Son una familia de dípteros nematóceros, pero se los conoce como mosquitos en su forma colo... —alguien me interrumpe mientras Timberg comienza a rociar el *spray* dentro de sus pantalones.

—¿Cómo se llama el estudio de los insectos, Tigre? —pregunta Ben destapando una Gatorade.

—Entomología.

—De acuerdo, Malcom —dice llevándose la botella a la boca y volcando varios mililitros de líquido en su camiseta—. A nadie le importa tu estúpida entomología, así que di mosquitos o chupadores de sangre. Nada de culícidos ni palabras que no se entiendan en este equipo, amigo.

Quiero corregirlo y decirle que no todos los mosquitos son vampiros, teniendo en cuenta que solamente las hembras son las que succionan nuestra sangre. Los machos solo se alimentan de néctar, savia y fruta. Pero antes de que pueda abrir la boca, el entrenador grita que es hora de un descanso, y aclara que no será de más de cuatro minutos.

Algunos se dejan caer junto a sus mochilas en la tierra mientras otros dicen que van a regar algún que otro árbol. No creo que esté permitido orinar en las reservas naturales, pero no puedo hacer nada al respecto. Si quieren ir por Oakmite con sus miembros al aire libre, que lo hagan, siempre y cuando no sea frente a mis narices.

Mi plan de domingo no consistía en equipar mi bolso con cubiertos plásticos, una linterna, mis botas de excursión y el *spray*

anticulícidis que Timberg sigue rociando dentro de sus pantalones, pero en cuanto el entrenador entró gritando a mi cuarto a las seis de la mañana, no pude negarme. Bill Shepard jamás recibe un no como respuesta, y creo que eso se debe a que ni siquiera espera a que contestes en realidad.

—¡Timberg, ¿por qué eres tan imbécil?! —grita Bill observándolo con una mezcla de cansancio e incredulidad—. ¡Se te van a irritar las pelotas si sigues echándote todos esos químicos! Chase estira el elástico de sus calzones una vez más antes de sacar la lata de repelente y lanzármela.

Alcohol. Debo desinfectarla con alcohol.

—Tu nariz se ve bastante fea, Beasley —comenta Logan apoyado contra el tronco de un árbol—. No es que antes fuera linda tampoco.

Reprimo las ganas de hacerlo rodar colina abajo y me masajeo el puente de la nariz en silencio. Todo el mundo en Betland parece tener un buen gancho derecho; Jamie, el anciano quejumbroso que casi me noquea y hasta el bobalicón de Hyland.

—¿Quién te golpeó, muchacho? —interroga el entrenador poniéndose su gorra de los Kansas City Chiefs, ya que el sol está

en su punto más alto—. Quiero el informe matutino de la fiesta del sábado.

—Nada fuera de lo común —comienza Mercury sacando una botella de agua—. Ottis sigue hablando con los cuadros y Chase sigue sin poder llevarse a ninguna universitaria a la cama.

—A ninguna sobria —corrige Joe.

—Típico de ti, Timberg —dice Bill frotándose las sienes, como si tuviera jaqueca o sintiera una extrema vergüenza por el número dieciséis—. No puedes ni atrapar un balón, mucho menos a una chica que tiene piernas para correr lejos de ti.

—Kansas estuvo bastante tranquila —sigue el número siete, y por alguna extraña razón mis músculos se tensan en cuanto lo oigo hablar de ella.

No me gusta cómo suena su nombre en sus labios.

—¿Y entonces cómo terminó herido Beasley? —interroga con una auténtica expresión de incertidumbre.

Creo que el entrenador está acostumbrado a ver a sus muchachos lesionados por ahuyentar a potenciales novios de su hija, y no parece tener remordimiento alguno por ello.

—Gabe Hyland —responde Ben, intentando no reírse.

Espero que se ahogue con su *Gatorade* por eso.

—¿Dejaste que el mocoso de los Hyland te golpeará? —

inquiérese cruzándose de brazos, y no estoy seguro de si quiere gritarme, reírse o echarse a llorar por eso—. A mis mariscales nadie los golpea, Beasley. Arruinas mi reputación al actuar como una niña, así que la próxima vez quiero que le des una paliza a... — alguien lo interrumpe.

—¿Mariscal? —espeta Logan escupiendo el agua en la plata más cercana. Pobre, las *Boinas de Vasco* son plantas realmente geniales. Es una lástima que ahora estén contaminadas por la pútrida saliva de Logan Mercury.

—Tranquilo, chico —dice Bill—. Aún está a prueba, todo dependerá del partido del próximo sábado y los entrenamientos de esta semana. Recuerda que tengo que tener un reemplazo listo en caso de que vayas a cambiarte de universidad el trimestre que viene, como me has dicho que consideraste.

La expresión del número siete vale más que mil palabras, y estoy seguro de que intenta hacer alguna clase de perforación en mi rostro con su mirada.

Cuando el entrenador se refirió a mí como mariscal ayer,



simplemente no pude ocultar mi sorpresa. En Londres jugaba como *quarterback* y mi objetivo era llegar a Betland y ocupar ese puesto, aunque fuese momentáneo. Pero al ver que Mercury tenía una relación bastante cercana con Shepard —y un don deportivo, hay que reconocerlo—, supe que debía dar algo de pelea por la posición. Pensé que al desobedecer el plan de juego en mi primer partido Bill iba a encadenar mi trasero a la banca, no elevarme a la posición de mariscal.

—Ni siquiera lleva una semana aquí —objeta Logan con una mezcla de cólera y frustración en su voz—. Yo llevo más de un año y medio en el puesto, no puedes sustituirme así como así, considerar a mi reemplazo sin siquiera decir...

—Denle un tranquilizante a este chico —dice Bill con cansancio, pasando ambas manos por su rostro. Creo que ya no soporta la voz de Mercury—. Nadie te quitará el puesto aún, Logan. Y no me digas lo que puedo o no hacer porque te meteré esa botella por el trasero.

Dudo que se pueda tratar de esta forma a los estudiantes, pero Bill y el equipo parecen tener bastante confianza. Él es como un padre, uno que no teme dejar en descontrol a su propia lengua.

—Es hora de mover... —sus palabras se desvanecen en el aire y sus ojos se amplían—. ¡Timberg, ¿qué rayos estás haciendo?! —grita—. ¡¿Cómo te atreves a rociar ese árbol con tu orina, cochino?! ¡Esto es una reserva natural, así que cuidarás la naturaleza!

—Lo-lo siento, *coach* — se lamenta Chase subiéndose los pantalones con prisa.

—¡Amarás la naturaleza, ¿me oíste, Timberg?!

—La-la amaré —reitera el número dieciséis. Asiente rápido con la cabeza.

En cuanto el equipo vuelve a movilizarse por el sendero, trote hacia la delantera de la fila para estar a la par del entrenador. No sé con exactitud por qué Bill nos trajo a Oakmite, ya que con toda honestidad no parece ser miembro de *Greenpeace* ni nada por el estilo. De lo único que estoy seguro es que le debo una explicación por lo de anoche.

—Entrenador —llamo mientras me aproximo a él—. Solo quería asegurarme de que no malinterpretara lo que ocurrió anoche. Kansas y yo...

—Kansas y tú nada, Beasley —aclara—. Sé que no tienes

interés romántico en mi hija, y confío en tu palabra —parece muy seguro de lo que dice.

—Reaccionó mal al encontrarnos, y pensé que...

—No pensaste nada, asumiste —vuelve a interrumpirme. Me corrige apartando las ramas de un pino, las cuales al soltarlas se estrellan directamente en la cara de Ben. Eso debió doler—. No me enojó que estuvieras en el cuarto de mi hija, aunque ten por seguro que no lo toleraré la próxima vez —aclara antes de seguir—. Fue el hecho de que estuviera tocando ese piano, y particularmente esa canción.

—¿Voy a tener que correr seis millas mañana si pregunto por qué?

—Probablemente. —¿Por qué? —la incertidumbre y yo no somos exactamente mejores amigos.

—Esa canción... —comienza tras apartar otra rama, pero esta vez Hamilton es lo suficientemente rápido como para agacharse y le da a Timberg—. Es la que la madre de Kansas compuso para nuestra boda —confiesa, y si sus ojos no estuvieran ocultos bajo la gorra, apostararía que hay algo melancólico en ellos—. Y créeme que una canción de tu ex esposa no es lo mejor para

escuchar cuando regresas de una cita.

—¿Cita?! —interroga el equipo entero, al unísono.

# Kansas

—¿Cuánto es 26 más 11? —interroga Zoe rascándose la cabeza con su lápiz, concentrada. Espero que no tenga piojos.

—Podría decirte, o podrías averiguarlo por ti misma —digo antes de deslizar una calculadora a través de la mesa.

—¡Eso es hacer trampa! —chilla observándome con el ceño fruncido.

—Me preguntaste por los últimos seis resultados —le recuerdo—, así que ya estás haciendo trampa. —Me encojo de hombros.

—Tienes razón —acepta con algo de vergüenza—. De ahora en más haré mis deberes sola —promete antes de tomar la calculadora—. Bueno, casi —reflexiona con una sonrisa antes de comenzar a oprimir las teclas.

Dejo a Zoe haciendo su tarea de Matemática, de la forma más deshonesto posible, y entro al cuarto de lavado. Hay una gran pila de ropa lista para ser doblada y planchada.

Sigan soñando con que la voy a planchar ahora.

Doblar los pantalones deportivos de mi padre no es mi

pasatiempo favorito, mucho menos en domingo. Esta mañana desperté completamente sola en casa, Bill y Malcom se habían marchado a Oakmite para hacer una excursión con todo el equipo. Esto lo sé ya que mi padre se tomó el trabajo de dejar una nota en el refrigerador y, además, porque vi los papeles que Ben quería que le diese a su *coach*. Hoy es el día de la iniciación, y a pesar de que no tengo ni la menor idea de lo que harán más de cincuenta hombres en una reserva natural, es mi intención averiguarlo. Es una lástima que la señora Murphy haya llamado alrededor de las nueve para darle un giro de ciento ochenta grados a mis planes de domingo. Es complicado rehusarse a cuidar a la hija de una abogada cuando surge una emergencia, aún más teniendo en cuenta que la emergencia involucra a dos convictos.

Sin querer entrar en detalles de la vida profesional de la señora Murphy, acepté cuidar a Zoe. Suelo trabajar como su niñera de lunes a viernes, pero a veces surgen estos pequeños inconvenientes. Ahora tengo a Jamie y a Harriet en Oakmite como mis ojos y oídos para descubrir qué clase de ritual hacen los jugadores de fútbol.

Me alejo de la montaña de ropa cuando el timbre suena por

cada rincón de la casa.

—¡Zoe, ni se te ocurra a...!

Tarde, como siempre.

—Hola, señor —saluda Zoe al extraño, con voz alegre—.

¿Quiere pasar? Le puedo ofrecer agua —dice en cuanto llego a la puerta.

No creo que sea buena idea que le ofrezca nada, en especial después de como resultó la primera vez con Beasley, pero automáticamente cambio de parecer en cuanto veo al muchacho que está de pie en mi puerta.

—Pittsburgh —reconozco al moreno. Tomo a la niña de la mano y la jalo hacia atrás—. Tienes dos segundos para quitar tus sucios pies de mi alfombra —digo observando la forma en que las letras de *Welcome* se pierden bajo sus botas de motociclista.

—Tranquilízate, mamá osa. —Sonríe con ojos divertidos, cruzándose de brazos.

Tener al chico que le partió el corazón a Jamie en mi puerta es una tentación. Quiero golpearlo justo en la ingle, justo en el puente de la nariz, justo en el ojo izquierdo y justamente en todas partes, pero tener a una menor como observadora me hace

retener mi instinto animal.

—¿Qué diablos quieres, Derek? —inquiero con impaciencia.

—Quiero a mi auto en su estado original —replica apartándose su flequillo azabache con un movimiento de cabeza—, pero teniendo en cuenta que tú, Harriet y la demente de mi ex lo destrozaron, eso se me hace muy poco probable.

—¿Kansas rompió tu auto? —interroga Zoe con ojos abiertos de par en par.

—No, no, no, nada de eso —me adelanto a decir en cuanto veo que Pittsburgh abre la boca para replicar—. Solamente lo mejoré, hice que combinara con la personalidad de Derek —añado sonriéndole al imbécil.

—Escúchame, Kansas. —La diversión desaparece de sus ojos y es reemplazada por la cólera—. He intentado que Jamie pague por los arreglos, pero es imposible hablar con esa lunática. No sé cómo y tampoco me importa, pero ustedes van a darme los quinientos dólares para arreglar mi coche.

«No lo golpees, no lo golpees... recuerda que está Zoe».

—Sigue hablando, Derek —lo animo—. Yo seguiré pretendiendo que te escucho —agrego—, desde el otro lado de la



puerta —aclaró comenzando a cerrarla, pero Pittsburgh me detiene con las siguientes palabras que salen de sus labios.

—¿Tienes una cuenta en PornXtube? —pregunta.

—¿Qué? —espeto con auténtica incredulidad.

Este tipo es un cerdo repulsivo, asqueroso, egocéntrico...

—La necesitarás para ver a tu amiga —dice con notable altanería—. Será un éxito, te lo prometo.

Y aquí es donde los programas que Zoe adora vienen a mi cabeza y cito a Hannah Montana: «¿Cómo dices que dijiste?»

—¿Estás extorsionándonos? —Esto es increíble.

—Llámalo como quieras —dice encogiéndose de hombros antes de darme la espalda y comenzar a descender los escalones del porche—. Solo te diré esto: me dan el dinero para reparar mi coche o Jamie termina convirtiéndose en una *PornStar* — se despide con ese *ultimátum* y una mirada cargada de soberbia.

Cierro bruscamente la puerta y hundo el rostro en mis manos, esto es lo último que me faltaba. Me gustaría empezar preguntando de dónde sacaré esa suma de dinero, pero lo único que quiero hacer en este momento es marcar el número de la pelirroja y exigirle respuestas.

—Kansas —llama Zoe, con inocencia y curiosidad en su voz.

—¿Sí? —digo en el intento de sonar maternal y calmar a todo mi sistema nervioso.

—¿Qué es PornXtube?

Genial, simplemente genial.

## **Capítulo XXI**

Adictos

# Kansas

Me gusta pensar en los días de la semana como partes de un platillo. Siempre dividimos la comida —en especial los postres—, en dos secciones: lo menos apetitoso y lo más rico.

Entonces, comemos primero aquello que no es tan succulento y nos guardamos la parte más deliciosa para el final, independientemente de si viene alguien y se come lo que te corresponde. Eso me pasa muy seguido.

En fin, los lunes no son la parte más sabrosa del platillo.

Tras pasar alrededor de diez minutos buscando un lugar para estacionar, me adentro en la cafetería para dirigirme a mi mesa usual. Harriet resalta la Constitución de Estados Unidos con sus decenas de colores. Esa chica marca desde los químicos que se nombran en las botellas de acondicionador hasta los avisos fúnebres del diario, me sorprende que sus marcadores nunca se gasten.

—Buen día —saludo sentándome frente a ella.

—No son buenos días, definitivamente —replica subrayando con demasiada fuerza un párrafo entero. Me sorprende que el papel

resista tanto.

—Ignórala —dice Jamie dejándose caer en el asiento a su lado—. Está de mal humor por lo de ayer —explica deslizando mi café con leche a través de la mesa.

—Me picaron más especies de mosquitos de las que puedo contar —salta la rubia rascándose el antebrazo con vigor—, tengo ampollas en los pies, picaduras por cada extremidad de mi cuerpo, un gran dolor de cabeza por la insolación y un trauma generalizado por las imágenes de ayer.

—Yo la pasé genial —espetea Jamie—, en especial con toda la cosa del ritual de iniciación —agrega con diversión en su voz. Harriet automáticamente se sonroja y la incertidumbre me golpea con fuerza.

Sin mi teléfono celular, quedé completamente desconectada de mis compañeras de espionaje, por lo que no tengo ni la menor idea de qué ocurrió ayer. Mi computadora tiene más virus que años y no hay teléfono fijo en casa dado que Bill se deshizo de él en cuanto descubrió el mundo de la tecnología.

—Fue  
horrible

—  
habla Harriet al mismo tiempo en que Jamie dice « *Fue estupendo* » en silencio—. Sabía que los hombres eran primitivos, pero no tanto —sigue la rubia con la bombilla de su licuado entre los dientes—. Ellos llegaron a una cascada y comenzaron a desnudarse, Kansas.

—¿Mi padre también? —es inevitable preguntar.

—¡Sí! —responde Jamie con emoción—. Pero tranquila, a diferencia de los Jaguars, él usaba una tanga masculina.

—Se llama *slip* de baño, no tanga —corrige Harriet.

Borrar imagen.

Borrar imagen.

Es imposible borrar la imagen en este momento, intente más tarde .

—Lo que sea —sigue Jamie—. Nunca vi tantos traseros juntos en toda mi vida, fue asombroso.

—Me es imposible creer que Beasley se haya desnudado —añado, y en verdad creo que me siento un poco celosa de lo que vieron mis amigas.

—Bueno, el equipo insistió por más de veinticinco minutos,

pero lo hizo. —Eso sí suena un poco más a Malcom—. El ritual se basaba en subir hasta la cúspide de la cascada y tallar el número del jugador en una piedra —explica antes de sacar su celular y mostrarme una fotografía sacada entre los arbustos. El veintisiete está rodeado de un montón de números: siete, trece, dieciséis, veintiuno y decenas más.

—Hay más dígitos de los que puedo contar ahí.

—Es porque es una tradición de hace décadas, o eso es lo que le dijo Bill a Malcom —explica Harriet—. Tu padre y abuelo también tallaron sus números.

—¿Y por qué lo tienen que hacer desnudos?

—No lo sé, porquería de que el hombre se debe mostrar como su madre lo trajo al mundo y volver a sentirse hombre. —Eso no tiene mucha coherencia, pero los hombres, y en especial mi padre, tampoco la tienen.

— Luego de eso, el trasero europeo se tiró por la cascada y la *pool party* empezó —finaliza Jamie—. Quise grabarlos, pero Harriet dijo que no tenía permitido subirlo a PornXtube —se queja. PornXtube. Diablos, eso me hace acordar a Derek Pittsburgh y a su indeseable aparición.

—Jamie, necesito que hable... —alguien me interrumpe.

—¿Kansas?

Levanto la mirada para encontrar a una maraña de rizos castaños, e instantáneamente me percató de quién se trata. Con su camisa entallada y *jean*s planchados e impecables, Claire me observa mientras retuerce la tira del morral que cuelga de su hombro.

—Hola. —Puede que la palabra en sí se utilice para saludar de forma informal, pero saliendo de mis labios parece el comienzo de un discurso fúnebre.

—Me enteré lo que ocurrió en la fiesta, ¿Malcom está bien?

—pregunta con auténtica preocupación.

—Tiene la nariz como una berenjena —ejemplifica Jamie dando un trago a su chocolate caliente—, pero sobrevivirá.

—Creo que tendré que verlo por mí misma —dice riéndose—

. En fin, Joe se olvidó tu teléfono en el sofá y no quería esperar hasta esta tarde para devolvértelo —explica antes de sacar mi celular de su morral.

—¿Esta tarde? —inquiero.

—Sí, me encontré al entrenador en las piscinas de natación y

dijo que podía ir a entrevistar a Malcom a tu casa. —Sus ojos cafés se arrastran hasta encontrar los míos—. No te molesta, ¿o sí? —interroga algo insegura.

No sé qué decir y eso en verdad me preocupa.

Claire parece ser una buena chica, y sobre todo una muchacha amable y sencilla, cosa que valoro muchísimo en las personas. Y, aunque que quiero decir que no me molesta, mi lengua parece estar hecha un nudo.

Nunca antes me detuve a considerar si la presencia de alguien me molestaba o no, yo simplemente tenía muy en claro, y aún tengo, qué personas que me caen bien y cuáles no. No tendría que vacilar ante su pregunta, pero algo en mí parece negarse a decir lo que Harriet, Jamie y la mismísima Whittle esperan escuchar.

—Claro que n... ¿A dónde se fue? —interrogo desconcertada, observando su lugar vacío.

—A clases, ya ha tocado el timbre —explica la rubia juntando sus libros—. Tuvimos que responder por ti, te quedaste en estado vegetativo por un momento.

—¿En qué pensabas? —interroga Jamie colgándose la cartera al hombro.



Doy un gran sorbo a mi café con leche para no responder,  
pero por la mirada que comparten las dos chicas frente a mí, estoy  
segura de que tienen alguna teoría dando vueltas.

—Kansas, ¿te agrada Claire, verdad? —inquire Harriet.

—Supongo que sí.

—¿Supones? —espeta arqueando una de sus depiladas cejas  
en mi dirección.



—No lo sé, no la conozco lo suficiente como para decir que  
me agrada —replico mientras comenzamos a trazar nuestro camino  
a través de la cafetería.

—¿Por qué siento que algo cambia en ti cada vez que Claire  
anda cerca o se la menciona? —La curiosidad de Harriet me está  
molestando.

—No lo sé —murmuro.

Pero me gustaría saberlo.

—El amor es definido de diversas formas según los diferentes  
puntos de vista e ideologías. —Ruggles comienza a hablar mientras  
sus ojos negros se pasean por la multitud—, pero

todos concordamos con que se asemeja a una droga, y esto se debe a que la química del amor es capaz de tener un efecto de montaña rusa en nosotros. Un constante subidón, bajón y neutralización de emociones —explica mientras camina por el centro de la sala—. El amor es algo así como un alucinógeno.... ¿Alguien entiende lo que quiero decir y le gustaría compartir un ejemplo? —inquire.

—El amor puede alterar nuestra percepción de la realidad, tanto como nuestras emociones, al igual que una droga —respondo antes de que Sierra y su exasperante boca se adueñen de toda la atención—, y al igual que cuando una persona es adicta, hay serias consecuencias.

—Como, por ejemplo, el hecho de que se desarrolle una dependencia emocional —agrega Montgomery, porque claramente no es capaz de mantenerse callada.

—Buen punto, ambas —sigue el profesor—. El amor libera dopamina y oxitocina, entre otras cosas, y si quieren más información sobre ellas visiten la página 207. Esto lo digo para aquellos que me observan como si estuviera hablando en bengalí.

—No puedo evitar reírme del peculiar sentido del humor de este hombre—. A pesar de todo lo bueno que trae el amor, de seguro

sabrán que los neuroquímicos del enamoramiento vienen a chorros.

Una persona que consume drogas por mucho tiempo desarrolla tolerancia hacia ellas, ¿y qué le ocurre a un enamorado cuando es presa del amor por un gran lapso de tiempo? Lo mismo que al adicto.

—Profesor —llama un muchacho al final de la fila, ese en Nevil—. No entiendo nada —se sincera.

—Bueno, expliquémoslo de la siguiente forma: cuando la catarata química desciende, muchos lo interpretan como una pérdida de amor hacia la persona con la que están saliendo. La realidad es que, lo que ya conocen como receptores neuronales, ya se han habituado a ese exceso de flujo químico, vamos a llamarlo chorro de amor... —prosigue Ruggles—. Por lo tanto, el adicto, y también aquella persona que está enamorada, necesitarán aumentar la dosis para seguir sintiendo lo mismo. Todo está explicado por...

—Entonces, una persona se enamora y comienza a recibir ese chorro de amor —supone Nevil—. Luego de varios meses, ya no siente lo mismo que al comienzo de la relación, y eso se debe a que ya se acostumbró al efecto que tiene su pareja sobre ella. ¿Para evitar una ruptura habría que intensificar de alguna manera el

amor?

—Exacto, señor Holloway. Para no caer en la rutina se debe aumentar el romanticismo, por así decirlo. Tanto los adictos como los enamorados necesitan un constante flujo de sus respectivas drogas, en aumento.

—O sino el enamorado va a terminar diciendo que ya no siente lo mismo que antes y tras una ruptura tendremos a su pareja sentada en nuestro diván —resumo toda la charla en unas cuantas palabras—, pero esto no sucede siempre.

—Es verdad, señorita Shepard —concuerta el profesor entrelazando sus manos sobre su suéter a cuadros—. A veces el amor perdura, pero como no somos adivinos, siempre hay que tener presente la posibilidad de un corazón roto.

Tras una larga charla sobre los problemas que desencadenan las rupturas amorosas, para mi suerte, toca el timbre.

Y, para mi mala suerte, Sierra comienza a caminar a mi lado mientras trazo mi camino a la facultad de derecho, en busca de Harriet.

—Te vi algo tensa en clase, Kansas —comienza con su usual parloteo, sus ojos claros divagando alrededor de mi rostro—.

¿Problemas amorosos? —inquire.

—En absoluto —replico al instante.

—Tal vez todo el tema del amor te recordó a Mercury —

opina moviendo su coleta de caballo de un lado al otro, como los perros con su cola. En verdad parece nutrirse de mi miseria—.

Personalmente, creo que eso fue lo que pasó entre ustedes. Logan se acostumbró y se aburrió de ti, y debió recurrir a alguien más — finaliza haciendo un ademán hacia sí misma.

—Déjame adivinar —murmuro—. ¿Recurrió a Olivia

Waldorf o a Nancy Sanz?

Instantáneamente, su rostro se torna rojo, no sé si será por vergüenza o por cólera, pero le sienta ese color. Creo que en verdad pensaba que yo no sabía nada acerca de las otras conquistas de Logan tras nuestra ruptura.

—Te olvidaste de Aria Stone —dice una voz a nuestras espaldas, y ambas giramos para encontrar a la pelirroja—. Esa a la que llaman pechos de sandía —añade Jamie tocándose el busto para enfatizar.

Sierra rueda los ojos antes de alejarse por el sendero de la cafetería. Mi sonrisa por hacerla callar de una vez por todas podría

llegar a mis ojos, pero no lo hace.

Porque me acuerdo de Derek.

—Jamie Elizabeth Lynn.

—No es bueno cuando dicen tu nombre completo, ¿verdad?

—No, no lo es.

Arrastro a la pelirroja hacia el estacionamiento que está a unos pocos pies de la facultad de derecho. En el momento en que llegamos al Jeep, lanzo mis libros y morral por la ventanilla del coche antes de cruzarme de brazos.

—Voy a resumirlo —comienzo, porque no hay tiempo para ser suave y dar todos los detalles—. O le pagamos a Derek por los arreglos de su auto o sube un video tuyo a PornXtube —jamás he dicho algo con tanta rapidez en toda mi vida, estoy segura. Jamie me mira con una mezcla de desconcierto e incredulidad por los primeros cinco segundos. Poco a poco sus ojos comienzan a adquirir una tonalidad más oscura y sus pupilas empiezan a dilatarse.

—Dime que solo estaba jugando conmigo y que no tiene un video tuyo en donde se ve cada uno de tus órganos femeninos —pido. Ella se muerde el interior de la mejilla y guarda silencio—

. Jamie... —advierto.

—Puede que hayamos grabado una escena o dos —  
confiesa—, ¡pero fue solamente por diversión, lo juro! —se  
apresura a decir en cuanto ve mi expresión.

—¿Diversión? —escupo—. Para algo existen las series, las  
películas, los libros y esa estúpida aplicación en la que siempre  
lees.

—Se llama Wattpad —se defiende—, y estúpida seré yo por  
confiar en que Derek borraría los videos —se lamenta antes de  
esconder su rostro entre sus manos y ahogar un grito de  
frustración—. No puedo creer que salí con ese tipo.

—Yo tampoco.

—Pensé que estudiabas psicología, creo que deberías aplicar  
algo de eso en esta situación.

—Los psicólogos no pueden tratar a las personas de su  
entorno, por lo que no puedo ser tu psicóloga —le recuerdo—, solo  
tu amiga, y tu amiga dice que eres una idiota —me sincero—. Pero  
también dice que te va a ayudar.

—¿Cómo? —inquire con auténtico desánimo—. Pittsburgh  
intentó hablar conmigo y dijo que eran alrededor de quinientos

dólares, pero luego solo recuerdo haberlo golpeado con mi bolso. No puedo pedirle a nadie esa cantidad de dinero sin que pregunten para qué lo necesito.

—Entonces no lo pidas, gánatelo.

—No voy a buscar un empleo, no hay tiempo para eso. Debe haber una forma fácil y rápida de obtener billetes —dice echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, apoyada en el Jeep.

No sé si intenta tranquilizarse o si espera que le caiga una señal divina. Observo a mi alrededor en busca de respuestas, pero lo único que veo son un montón de coches mal estacionados, un gran puñado de chicas que van hacia el campo de fútbol y a mi padre que sale por las puertas del gimnasio con una bebida proteica en mano.

—¡Esto es una mierda! —exclama la pelirroja antes de estrellar su puño contra la puerta del conductor. Jamie emana frustración por sus poros.

—Mi Jeep no tiene la culpa de nada.

—No —coincide mientras se sacude la mano llena de tierra—, pero tú tienes la culpa de que esté más sucio que un baño público.

La observo en silencio por un momento, analizando cada una



de sus palabras.

—¿Qué te parece si ponemos un lavado de autos en mi casa?

—pregunto antes de deslizar uno de mis dedos sobre la superficie del coche.

En verdad necesita una lavada.

—Lamento arruinar tus sueños, pero Harriet jamás accedería

a ponerse algo que muestre su ombligo, Bill te mataría y

probablemente no tendríamos más que uno o dos clientes —

reflexiona—. No somos exactamente las conejitas *Playboy* —

agrega haciendo un ademán a mi vestimenta.

—Yo nunca dije que nosotras lavaríamos los coches.

Los Jaguars lo harán.

## **Capítulo XXII**

Insinuaciones

# Malcom

—¿Quién diablos te crees que eres, Beasley? —espeta Kansas empujándome en su arrebatado de ira.

De acuerdo, repasemos lo que acaba de suceder.

Pasé por la puerta de los Shepard tras medio día de una intensa actividad física. Todo empezó con cinco millas en la mañana, que se transformaron en seis en cuanto Bill recordó mi curiosidad en Oakmite. Tras eso llegó la hora de la práctica, donde el cardio de alta intensidad con el trabajo aeróbico de grado moderado me hicieron sudar más de la cuenta. Siguiéron dos partidos en los que actué como receptor y, tras eso, nos enviaron directo a las piscinas de natación. Me hubiera dado algo de pudor usar un *slip* de baño en otra ocasión, pero teniendo en cuenta que el equipo entero me vio desnudo —y yo a ellos, por desgracia—, no me sentí avergonzado.

La visita a Oakmite pasó de ser una excursión a través de cientos de especies de flora a un balneario nudista. En cuanto llegamos a una de las tantas cascadas del lugar todos comenzaron a despojarse de sus ropas y, en ese momento, supe que el viaje a la

reserva tenía un propósito muy distinto al que me habían dicho.

Normalmente las tradiciones universitarias involucran una mascota, hacer juegos sin sentido o una fiesta de bienvenida, pero los

Jaguars

son

distintos.

Su

entrenador

también.

Independientemente de la inusual y perturbadora forma en que se llevó a cabo el ritual de iniciación, me percaté de la importancia que tiene el equipo en la vida de todos estos chicos. No se ven a sí mismos como compañeros, sino como hermanos. La tradición, que lleva más de cinco décadas en marcha, representa la unión que hizo y hace el fútbol por cada uno de ellos. Es una especie de pacto de hermandad, uno donde al tallar tu número junto al de otros prometes apoyar y respetar a cada uno de los Jaguars y jamás darle la espalda al equipo.

Volviendo al presente, no voy a negar que estoy cansado,

pero la verdad es que la satisfacción que me trae el fútbol y su disciplina son más grandes que cualquier tipo de agotamiento. En fin, mi idea era llegar a la casa y hacerme un licuado proteico antes de ver un documental en Netflix. Pero eso, claramente, no pasó.

—Creo que las reglas de esta casa no te quedaron muy claras

—sigue Kansas antes de lanzar un trapo directo a mi rostro, con descontento.

Solo que no es un trapo.

Es ropa interior femenina.

Tomo las tiras de la prenda y la extiendo ante mis ojos. Es una braga completamente negra, y estoy seguro de que posiblemente sea la cosa más incómoda del mundo. Pero no termina aquí, tiene algo en particular, un cierre justo en el medio, que divide el órgano genital en dos.

—Eres un morbosos, Beasley. —Esa mezcla de verde y café en sus ojos se oscurece varios tonos—. ¡Imagínate lo que tuve que decirle a Zoe cuando me preguntó qué era eso! — exclama perforando mi cráneo con su mirada.

—Tranquilízate, Kansas —pido elevando las manos en señal de rendición, pero el hecho de que la braga cuelgue de uno de mis

dedos solamente logra avivar su enojo—. Yo no traje a nadie a tu morada. El hecho de que me estés acusando sin pruebas es inaceptable.

—Esa es mi prueba —replica haciendo un ademán a la braga.

—¿Por qué siempre me acusas de todo? —inquiero comenzando a molestarme—. Siempre buscas el momento indicado para echarme las cosas en cara —digo dejando caer mi bolso de la BCU en la alfombra—, lo cual no estaría mal si tus precipitadas y tontas suposiciones fueran reales.

Me hubiera gustado atrapar las palabras que acabo de decir antes de que entrasen por sus oídos, pero claramente es imposible.

—Primero un condón y ahora esto —dice acercándose con rapidez—. No sé qué diablos te enseñaron tus padres en Londres, pero claramente no aprendiste una mierda. Su actitud a la defensiva y ese tono de voz despreciable solo logran aumentar mi enojo.

—No hables de mis padres —advierdo. Me toma una milésima de segundo estar a pulgadas de su rostro—. Cállate, déjate de insinuar cosas que no son ciertas y hazme el favor de dejar de fingir que te interesa Zoe cuando lo único que te importa es echarme la culpa de todo.

Estoy por llegar a un punto de ira que no sabía que poseía,  
pero la realidad es que Kansas saca lo peor de mí.

—Eres increíble —murmura en una risa de lo más amarga—

. No puedo creer que estés insinuando que me importas más tú que  
Zoe.

—Esa niña no te importa en lo más mínimo —escupo.

En cuanto veo cómo las palabras la golpean, quiero retirarlas,  
pero es demasiado tarde. Sus ojos, redondos y brillantes, me  
observan con fijeza por lo que parece una eternidad. Ya no hay  
cólera y tampoco intenciones de réplica en su rostro, solo un  
conjunto de facciones indescifrables. Ella me da la espalda y se  
apresura a subir por las escaleras, el sonido de sus zapatos  
estrellándose contra los peldaños es lo único que se oye.

—Kansas... —intento hablar, pero me interrumpe en cuanto  
se gira con rapidez.

—El segundo día que estuviste aquí me preguntaste por qué  
la cuidaba —recuerda con voz distante—. Y por un segundo, solo  
uno... —aclara con la respiración agitada, haciendo una pausa—  
. Creí que verías más allá de lo que todos ven.

Lo siguiente que se escucha es un portazo.

Y en ese momento pienso que soy un imbécil.

# Kansas

De todas las malditas cosas que pudo haber dicho, tuvo que mencionar a Zoe.

Me permito caer en mi cama y dejar salir el aire que he estado reteniendo desde el segundo en que él entró por la puerta. Mis pulmones me agradecen en silencio y mi corazón intenta volver a latir con normalidad.

Es tonto pensar que nos acabamos de pelear por un par de bragas, pero la realidad es que no discutimos únicamente por la presencia de la vulgar ropa femenina que Zoe encontró en el baño. Como en la mayoría de las discusiones que hemos tenido, ambos comenzamos a pelear por un tema en particular, pero luego él agregó algo que me hizo enojar y yo hice lo mismo.

Que dijera que estoy más interesada en él que en Zoe me dio gracia, porque con toda sinceridad es la cosa más absurda que he escuchado. El hecho de que diera a entender que no me importa la niña — lo cual tranquilamente se interpreta como que no la quiero—, me hizo alcanzar mi punto máximo de intolerancia. Sería un total eufemismo decir que quiero a Zoe Murphy, porque en



realidad lo que siento por ella va más allá que cualquier simple «Te quiero». Ella me hizo compañía en la soledad que implicaba estar a la sombra de mi madre, me hizo reír en vez de llorar y logró traerle a mi corazón algo de paz en momentos de tormenta.

Querer y amar son cosas diferentes. La primera tiene su origen en la cabeza y la segunda, en el corazón.

Zoe está completamente incrustada en mi pecho.

La cuido de lunes a viernes, un total de cuarenta horas semanales mientras otros universitarios van de fiesta en fiesta hasta en los días hábiles. No la cuido por el dinero o por ayudar a la señora Murphy, me encargo de Zoe porque la veo como a una hermana, y que llegue Beasley insinuando que no siento absolutamente nada por ella me ofende, me enoja y, sobre todo, me entristece.

Agradezco haber llevado a Zoe a su ensayo de teatro, ya que así no puede oír todas las mentiras que salen de la boca de Malcom.

Me incorporo en cuanto la puerta se abre y lanzo una de mis almohadas con fuerza, directo a lo que Jamie denominó nariz de berenjena. Sin embargo, no hay ninguna nariz de berenjena, solo la nariz de Bill Shepard.

—¿A quién piensas decapitar con esto? —interroga atrapando la almohada y cerrando la puerta.

—A tu jugador estrella, definitivamente —contesto, tomando otro de los cojines y llevándolo a mi regazo—. De verdad tenemos que discutir un par de cosas sobre la estadía de Beasley.

Bill atraviesa la habitación y se sienta del lado izquierdo de la cama, aunque con la cantidad de espacio que ocupa se podría decir que cubre el norte, sur y este del colchón.

Sus ojos acaramelados expresan algo extraño, y por la forma en que juega con el anillo en su dedo, se podría decir está nervioso.

—Sé que quieres que él y yo nos llevemos bien —digo pasando una mano a través de mi cabello—, pero convivir con él no resulta sencillo, y jamás lo será si sigue dejando condones y bragas por la casa, sacando a relucir todo lo que hago mal y comportándose como un auténtico imbécil y sabelotodo — confieso.

Bill cierra los ojos y se masajea las sienes como si tuviera un terrible dolor de cabeza. Lo sorprendente de todo esto es que no está gritando, ni siquiera ha abierto la boca para replicar y decirme que tengo que convivir con Beasley me guste o no. Espero por esas

palabras, pero las siguientes que salen de su boca me dejan totalmente estupefacta.

—Malcom no tiene la culpa de nada, Kansas —dice tras dejar salir el aire retenido—. Él siguió mis reglas al pie de la letra.

—¿Y tú le crees? —inquiero con incredulidad.

—No lo creo, lo sé.

—Eso es estúpido, porque la realidad es... —me interrumpe con voz firme.

—Él no trae a nadie a casa —asegura—. Yo soy el que se está viendo con alguien.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—¿Qué dijiste? —pregunto atónita, casi en un hilo de voz.

Lo miro directo a los ojos, busco algún indicio de engaño en ellos. Lo único que encuentro es sinceridad y arrepentimiento, y es suficiente como para que mi pulso se congele.

—Que me estoy viendo con al...

Ahora soy yo la que interrumpe.

—Te escuché la primera vez —replico contradiciéndome

mientras me pongo de pie y le doy la espalda el tiempo suficiente como para asimilarlo.

—Kansas. —Oigo sus zapatos arrastrarse a través de la alfombra y, aunque sé que se acerca, me niego a mirarlo—. Yo no quería que te enterarás.

—Así que no tenías intenciones de decírmelo —murmuro, girándome para encontrarlo a pocos pies de mí—. ¿Hace cuánto que salen? —interrogo. Intento que mis emociones no se manifiesten en mi tono de voz.

—Desde septiembre —comienza a decir. Eso sería desde hace un mes, así que supongo que es aceptable. Además, entiendo que mi padre tenga que seguir con su vida tras mi madre.

Entonces, añade—: del año pasado.

—¿¿Qué?! —exclamo—. ¿Estás saliendo con alguien hace un año y no pensabas decírmelo? —inquiero sintiendo cómo la cólera se desprende en mi torrente sanguíneo—. ¿¿Qué clase de padre le oculta eso a su hija?! —exclamo lanzando mis brazos al aire.

—¡Relájate, Kansas! —pide. Me toma por los hombros y sacude con suavidad—. Hasta Beasley se lo tomó mejor que tú — agrega exasperado por mi reacción.

¿Beasley? ¿Beasley lo sabía y no me lo dijo?

—¡Esto es increíble! —manifiesto. Me libero de su agarre y comienzo a caminar a través de la habitación—. No puedo creer que le hayas dicho a él y no a mí, ¡yo soy tu hija!

—Sé que eres mi hija —asegura pasándose ambas manos por el pelo, claramente frustrado—. Pero estás exagerando la situación, Kansas.

—¿Exagerando? —espeto con indignación—. Lo siento si no estoy reaccionando de la manera que esperabas, papá.

—Te comportas como una dramática.

—¿Y qué pretendías? —escupo—. Me acabo de dar cuenta de que confías más en un extraño al que conoces desde hace menos de una semana que en tu propia hija. —Esa es la única verdad—. Pensé que, luego de lo que ocurrió con mamá, seríamos totalmente honestos entre nosotros —confieso aquello que logra formar un nudo en mi garganta.

Su mirada se suaviza en cuanto las palabras salen de mis labios y soy testigo de cómo el pasado cobra vida en sus ojos.

—No sabía cómo decírtelo —comienza a explicar—. Al principio, no era nada serio, pero luego de unos meses me di cuenta

de que la quería —agrega acercándose a pasos lentos—. La quiero —aclara—. No quería que pensaras que estaba reemplazando a tu madre de alguna manera.

—Jamás pensaría eso, y de todas formas lo que pienso no debería afectarte.

—Soy tu padre, todo lo que hagas, digas y pienses me importará y afectará siempre.

—Por eso no me lo dijiste —reconozco—. Tenías miedo de que la odiara y que tuvieras que alejarte de ella. —Veo la culpa en sus ojos e instantáneamente mi corazón da vuelco—. ¿Cómo puedes pensar que soy lo suficientemente egoísta como para alejarte de alguien que quieres?

—Kansas, tú no eres egoísta. —Niega con la cabeza.

—Pero hablas de mí como si lo fuera —replico, cruzándome de brazos.

Él me observa en silencio y yo hago lo mismo. No puedo creer que me ocultara algo, mejor dicho, a alguien, por tanto tiempo. El hecho de que confiara en otros duele, y claramente me entristece la idea de que no me creyera digna de confianza.

—Sé que quieres estar sola —dice leyéndome el

pensamiento—. Tú madre hacía lo mismo, guardaba silencio y te sostenía la mirada hasta que te dieras por vencido.

Quiero decirle que no me compare con ella, pero permanezco muda hasta que alcanza el pomo de la puerta y tira de él.

—¿Cómo se llama? —inquiero.

—Anneley —dice contemplándome ya desde el pasillo—. Es la entrenadora del equipo de natación —agrega.

Él me echa una última mirada cargada de disculpa antes de cerrar la puerta. En cuanto se marcha, cierro los ojos e intento asimilarlo.

Asimilar que de entre 3.650 millones de mujeres, Bill Shepard tuvo que enamorarse de la madre de Sierra Montgomery.

## **Capítulo XXIII**

Huesos

# Malcom

Cuando era pequeño aprendí a medir mis palabras, y sobre todo a las personas; las estudiaba y procuraba hacer lo necesario para que se sintieran bien, para no hacerlas enojar. Tal vez sea por eso que ahora me siento un tanto desestabilizado, porque nunca había dicho o hecho algo para herir a otra persona de la forma en que lo hice con Kansas.

Si hay algo que aprendí del execrable ser que es mi padre, es que jamás se debe tomar la debilidad de uno y jugar con ella. En algún punto, la línea entre el juego y la realidad se desvanece, y las personas salen heridas. En la mayoría de los casos quedan corazones rotos, en el mío, gracias a Gideon Beasley, también hematomas y fracturas de huesos.

Desde el momento en que le pregunté a Kansas por qué cuidaba a Zoe y no me respondió, supe que tenían algo especial. A veces la ausencia de una respuesta es la clave a una pregunta, y ese fue el caso.

Sé a ciencia cierta que ningún universitario cuidaría por dinero, eso es algo que solo los adolescentes realizan porque no



pueden encontrar un trabajo real. Sé que existen casos donde estudiantes mayores cuidan a los niños por el simple hecho de que son familia y los aman. Mirando a Kansas y a Zoe se puede decir que son hermanas, porque independientemente de las diferencias biológicas, se nota a millas que se tratan como tales. Sin embargo, la castaña logró detonar algo en mí durante la disputa. Eso desencadenó que dijera la mayor mentira que he dicho en toda mi vida: que a Kansas no le importa esa niña. Si no le importara, yo no estaría tan tranquilo.

—¿Malcom? —llama Claire antes de apretar suavemente mi hombro—. ¿Estás bien? —inquire con el ceño fruncido.

—Sí —respondo hundiendo una de mis manos en mi cabello—. ¿Cuál era la pregunta? —murmuro intentando enfocarme en sus palabras.

Ella me observa en silencio antes de dejar salir un suspiro y apartar su libreta y grabadora.

—Creo que necesitas eso para hacer la entrevista —digo apuntando las cosas que ha dejado a un lado en el porche.

—Digamos que te someteré a otro tipo de interrogatorio —divaga antes de bajar al segundo escalón y arrodillarse frente a

mí—. Te he hecho unas cinco preguntas y solo has contestado una.

—¿Cuáles son las desventajas de ser un disciplinado y dedicado atleta a corta edad? —seguramente respondí a esa.

—No, la de cómo te llamas —corrige.

Esto es más serio de lo que pensé.

—Puedes hablar conmigo, Malcom —asegura, extendiendo su mano hasta mi rodilla—. ¿Ocurrió algo con Kansas?

—¿Cómo lo sabes? —Me gustaría seguir pensando que Claire es una chica normal, sin poderes que abarquen la telepatía y psicometría.

—Soy periodista, es mi deber dar en el clavo con las preguntas —dice encogiéndose de hombros—. Voy a suponer que discutieron —añade, escudriñándome con sus ojos cafés.

Son bonitos, y tienen una chispa de calidez que le dan un aspecto comprensivo y tranquilo, y aunque soy consciente de que debería abrir mi boca y comenzar a gesticular, me encuentro comparándolos con los de Kansas. Ella tiene ojos felinos y penetrantes, unos que expresan cosas muy distintas a los de Claire.

—Dije algo que probablemente no debería haber dicho. —Y ella también, en realidad—. Pero creo que no se conformará con

una simple disculpa.

—Ninguna mujer lo hace —apunta—, las disculpas están bien, pero no tenemos la certeza de que en verdad se arrepienten de lo que dijeron e hicieron.

—Conozco el dicho de que una acción vale más que mis palabras, pero me parece que está sobrevalorado —confieso.

¿Qué pasaba si William Shakespeare discutía con su esposa?

Ese hombre le dedicaba una escena de *Sueño de una noche de verano* o *Romeo y Julieta* y ya estaba perdonado. ¿Y qué hay de Federico García Lorca? Bueno, él era homosexual, pero eso no quita que sus poemas y canciones pudiesen conmovier a sus amantes. Era un genio.

Mi punto es que a veces las palabras pueden ser exactas, pueden expresar lo que se siente sin la necesidad de nada más. Y me considero mejor con las palabras que con las acciones.

—Intenta disculparte mediante el habla —aconseja la castaña—. Y si no funciona, probaremos a mi forma.

—Jamás creí que iba a idear tácticas de disculpa para alguien que no fuera mi entrenador —confieso.

—¿Nunca debiste disculparte con una chica en Londres? —

inquiérese con incredulidad—. ¿Ni una vez?

—Nunca tuve nada serio con nadie, solo relaciones transitorias —declaro encogiéndome de hombros. La verdad es que las personas del sexo opuesto no están en mi lista de prioridades, solo el fútbol lo está—. Con las únicas mujeres con las que me he disculpado son con las vecinas con las que he chocado sin querer en el supermercado.

—Así que hubo un choque de carritos en el pasillo de los lácteos —comprende—. Muy pasional tu vida amorosa.

No sé cómo lo logra, pero Claire me hace reír y eso alivia un poco la tensión de la situación. Sin embargo, lo único que hay presente en mi cabeza son los ojos de la infrecuente hija de Bill Shepard.

# Kansas

Abro la puerta lista para subirme al Jeep e ir a buscar a Zoe, pero hay algo que me detiene: una risa.

Es un sonido totalmente extraño, algo que jamás escuché.

Estoy segura de que en otras circunstancias me hubiera parecido una de las risas más gratas de oír, dado que es profunda, masculina y agradable.

Mis ojos caen en Claire, que está arrodillada en las escaleras de mi porche. Su mano descansa sobre la rodilla de Malcom y una sonrisa tira de sus labios. Beasley está de espaldas y solo soy capaz de ver sus anchos hombros que tiemblan levemente mientras ríe.

—Kansas... —Los ojos de la castaña caen en mí y automáticamente el número veintisiete se gira.

—Hola. —La saludo, porque claramente no tengo motivos para tratarla mal. Sin embargo, mi saludo vuelve a sonar más como un discurso fúnebre que como palabras corteses.

Comienzo a bajar las escaleras y a seguir el sendero que lleva a la acera antes de que la voz de Malcom llegue a mis oídos.

—Kansas, ¿podríamos hablar? —pide acercándose mientras

abro la puerta del coche.

—No tengo tiempo, luego será —la hostilidad en mi voz me sorprende porque estuve practicando cómo decirle que lo sentía unas diez u once veces.

Pero ahora no tengo intenciones de disculparme, o eso es lo que mi subconsciente trata de decirme al hablar con tanta antipatía.

La realidad es que no debería haber mencionado a sus padres, en gran parte porque no sé absolutamente nada sobre su vida en Londres y, en otra, porque no tengo derecho a juzgar la crianza que le dieron. Lo que dije en su momento fue una estupidez, pero gran parte de las personas, sobre todo en momentos de enojo, dicen cosas de las que luego se arrepienten. Admito que creo que Malcom se crio de la mejor manera, porque a pesar de ser un tanto extremista respecto a los modales y demás, es un buen chico.

Lástima que ni su inteligencia ni su educación pueden salvarlo de la repentina cólera que me consume. Me recuerdo que él reía segundos atrás mientras yo estaba escaleras arriba practicando cómo pedirle perdón por haber hablado sin pensar. También hago memoria y recuerdo lo que dijo de Zoe, lo cual no se justifica con que lo haya mencionado en un momento de

enojo porque, desde el primer día, dejó muy en claro que yo no debería hacerme responsable de la niña. ¿Y lo mejor? Jamás mencionó ni una palabra sobre Anneley Montgomery.

—Intento disculparme —dice tomando la manija del Jeep para impedir que cierre la puerta una vez que estoy dentro—.

Podrías ser un poco más receptiva.

—Y yo intento cerrar la puerta —replico sin dejar de jalar. Su agarre se mantiene firme—. Pero tú eres un estorbo —señalo.

Él resopla antes de pasar la mano libre a través de su cabello que, como de costumbre, está perfectamente desordenado, y digo perfectamente porque se nota que se esfuerza por tenerlo así. Otra cosa que se ve a millas de distancia es que está pensando cómo sobrellevar mi desencanto respecto a la situación.

—Tengo que ir a recoger a Zoe, así que agradecería que dejaras a esta mujer imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños hacer su trabajo.

—Eres rencorosa, ¿lo sabías? —inquire entrecerrando sus ojos en mi dirección. Vuelvo a intentar cerrar la puerta, pero él, como buen óbice, me lo impide—. ¿No quieres que me disculpe? —pregunta.

—Ahí está el problema —apunto exasperada—, no se trata de lo que yo quiera oír, Malcom. Se trata sobre si en verdad te



arrepietes de lo que dijiste —explico—. No me va a complacer que me digas que lo sientes si son solo palabras vacías.

—Por lo menos lo intento —se defiende—. Siendo honestos, creo que tú también me debes una disculpa.

—¿Siquiera escuchas lo te que digo? —inquiero antes de dejar caer mi cabeza contra el volante, claramente frustrada—. Tu no vas por ahí preguntando quién quiere una disculpa, debe nacer de ti. Y tampoco se puede demandar que te pidan perdón —murmuro—, y no me vengas con toda la palabrería de la honestidad, porque si fueras honesto, me hubieras dicho que mi padre sale con alguien.

Él asimila cada palabra antes de abrir la boca para replicar, pero no oigo lo que dice a continuación porque acabo de lograr cerrar la puerta. Giro la llave y el motor del Jeep cobra vida. Les rezo a los dioses de la gasolina para que no se me acabe el combustible a la media cuadra.



—Abre la puerta, Kansas —gesticula él golpeando el vidrio de la ventanilla con ridícula suavidad. Yo, en su lugar, rompería el vidrio si alguien se negara a hablar conmigo. El coche de Derek Pittsburgh es un buen ejemplo de lo que Malcom jamás haría.

—Vete al diablo, Beasley —me despido antes de arrancar.

A través del retrovisor soy testigo de la forma en la que Claire se acerca y pone una mano sobre el hombro del número veintisiete.

—¿Bill se la está metiendo a la entrenadora de natación?

—¡Jamie! —la regaña Harriet—, ¿podrías dejar de ser tan vulgar? Hay menores presentes —añade mi amiga, haciendo un ademán hacia la muy distraída Zoe, que está concentrada en no colorear fuera de las líneas.

—Los niños de ahora no son inocentes —dice encogiéndose de hombros la pelirroja, antes de llevarse una papa frita a la boca—. Saben qué son los condones y demás —divaga.

No debería haber dicho eso.

— Son mis aves favoritas, siempre las veo en *National Geographic* —informa Zoe entrometiéndose—. Y un día mi mamá me llevó al zoológico para tocar una.

—Será mejor que no vuelvas a repetir eso, linda —le sonrió

con labios apretados mientras intento tragar un pedazo de carne.  
Helen y Robbie, los padres de Harriet, fueron a pasar el fin de semana a Garden City. Esto implica que la estudiante de derecho se quedará sola en casa y, como es tan buena cocinera como yo, nos ha invitado a cenar solo para que Jamie haga la cena.

Una invitación sin intereses ocultos no es una invitación, mucho menos cuando viene de tus amigos

—A veces quiero a esta niña —reflexiona la pelirroja—.

¡Abre la boca, mocosa! —exclama, y automáticamente Zoe tira la cabeza hacia atrás y deja al descubierto los pocos dientes que tiene. Jamie le lanza una papa y da justo en el blanco—. Buena chica.

—Retomando el tema principal de la conversación — prosigue Harriet—, me parece increíble que Malcom no te lo haya dicho, ¿pero sabes qué es aún más imposible de creer? —inquire, llevándose un vaso de agua a los labios—. Que la misma Sierra no te lo haya echado en cara.

—Puede que esa víbora no sepa nada —apunto.

—Sierra tiene un oráculo incrustado en el trasero —se burla Jamie, y seguidamente lame los restos de sal de sus dedos—.

Seguramente lo supo desde el principio y solo esperaba el momento justo para decírtelo.

—Siempre estamos al borde de una pelea —murmuro—.

Creo que tuvo suficientes buenas oportunidades para decírmelo en todo un año.

—En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre —cita Jamie—. Eso dijo el viejo Friedrich Nietzsche.

Harriet, Zoe y yo compartimos una mirada cargada de ignorancia.

¿Friedrich-qué?

—¿Qué? Es necesario para mi carrera —defiende su conocimiento.

—Sierra y yo no nos llevamos bien, pero eso no quiere decir que intente idear un macabro plan para vengarse de mí —explico—. Además, ella no tiene motivos. —Bueno, no le caigo bien, pero el disgusto no es motivo de venganza.

—Tal vez me dejé llevar con la idea —divaga la pelirroja—.

Y creo que he estado viendo muchas películas italianas últimamente, pero eso no quita el hecho de que Sierra tiene

intenciones ocultas. No voy a negar que hay cierta razón en sus palabras, porque la realidad es que decir o callar un secreto siempre depende de las intenciones de una persona, y Sierra jamás dijo ni una palabra de su madre.

Un teléfono comienza a vibrar cerca de mi plato y lo alcanzo para pasárselo a su dueña, pero se me hace inevitable leer el mensaje.

«¿Esta noche en tu casa?»

No.

No.

No.

—¡Jamie Elizabeth Lynn, ¿te estás acostando con Timberg?!

## **Capítulo XXIV**

Telón

# Malcom

—¡Hola, Marcos!

Genial, simplemente genial.

—¿Alguien me puede explicar qué hace este idiota aquí? —

inquiérese Mercury, aún trotando a mi izquierda.

Hace aproximadamente diez minutos que comenzamos a dar vueltas por el campo y, en todo ese lapso de tiempo, logré lidiar perfectamente con la indeseable compañía del número siete. Pero si a eso le sumamos a Gabe Hyland que corre hacia nosotros y saluda con alegría es mucho con lo que lidiar.

—¿Y tú de dónde saliste? —le espeta Logan en cuanto comienza a correr a nuestra par.

—Del útero de mi madre —señala él—. La verdad es que era un lugar genial, solo tenía que hacer pis y comer. —Creo que Hyland no sabe que los bebés también tragan líquido amniótico—. Y a mi mamá le encantaba la comida italiana, así que creo que por eso tenía tantos gases —divaga.

—Información innecesaria —dice Ben a nuestras espaldas.

—Creo que todos sabemos lo que es el período gestacional

—reflexiono mientras doblamos en una de las curvas—. Solo queremos saber qué haces aquí, esto es un entrenamiento y son las ocho y media de la mañana.

Gabe no parece un madrugador, sino el tipo de chico que juega videojuegos y come *pizza* fría hasta que sale el sol.

—Mi abue... —No ha dado ni media vuelta y ya le falta el aire—. Mi abuela cree que necesito hacer ejercicio —dice rápidamente, con la respiración agitada—, así que ella y Billy llegaron a un acuerdo —explica arrebatándome mi botella de agua y echándose el líquido sobre la cabeza—. Una docena de galletas cada jueves a cambio de una dosis de ejercicio para mí —añade antes de arrojar la botella vacía al césped.

No tendría que haberse metido con mi botella.

—El entrenador no puede comer galletas —salta Timberg—.

Le hice algunas para Navidad y tuvo que dárselas a Ratatouille porque es celíaco.

Quiero decirle a Chase que Bill probablemente no quiso comer sus galletas y le mintió, porque si fuera celíaco no comería pasta normal cuatro de los siete días de la semana.

—Las galletas no eran para él, sino para Kansas —replica

Gabe, e instantáneamente cada músculo de mi cuerpo se tensa—.

Se ve que discutieron y ahora quiere arreglarlo con sus galletas favoritas, ¿no es así, Marcos? —inquire.

—No me corresponde hablar de eso —replico aumentando la velocidad para dejarlo atrás.

Sé que padre e hija tuvieron una discusión mientras Claire intentaba entrevistarme, esto se debe a que en la cena de anoche, a la cual Kansas no apareció, Bill me contó lo sucedido.

La única noticia que tuve de ella desde el momento en que se subió al Jeep fue un mensaje que le envió a su padre en el que decía, de la forma más tajante posible, que se quedaría a cenar en lo de Harriet.

En fin, mientras nos llenábamos el estómago de pescado y vegetales, el entrenador me relató la forma en la que había conocido a su nueva conquista.

Él fue a ver a los Kansas City Chiefs en septiembre del año pasado. Obtuvo el peor lugar que un fanático puede obtener: un asiento junto a la tribuna de los Oakland Raiders. Una mujer con la bandera del equipo contrario y el rostro completamente pintado de blanco y negro se sentó a su lado. Él automáticamente comenzó a

burlarse, la molestó durante todo el partido por ser fan de los Raiders, pero llegó un punto en que la mujer se hartó de Bill. En cuanto los Chiefs anotaron el *touchdown* ganador y Shepard estalló en aplausos, gritos y euforia, la mujer se puso de pie y estrelló su puño contra su nariz.

Dice que fue amor a primera vista, pero para mí fue un tabique nasal roto en la primera cita.

Después de varias semanas, se dio la casualidad de que ella, una tal Anneley, comenzó a entrenar al equipo de natación de la Betland Central University.

— Kansas se enteró de que el *coach* está saliendo con alguien, ¿verdad? —insiste Logan.

No respondo. Ni a Mercury ni a mí nos concierne la relación de Bill y su hija. Aunque sé exactamente qué pasó, guardo silencio, porque con toda sinceridad no quiero que el petulante de Logan se meta.

Cuanto menos sepa, mejor.

Cuanto más lejos esté, también mejor.

—¿Quién les dio permiso para hablar sobre mi vida privada?! —grita Bill que aparece de la nada y comienza a trotar



en reversa para poder vernos a todos—. ¡Quiero dos millas más, dos docenas de flexiones y a cualquiera que vuelva a pronunciar el nombre de mi hija, le meteré este silbato por el trasero! —exclama antes de hacerlo sonar a todo pulmón.

Eso sería muy antihigiénico.

—¿Dos millas, Billy? —se queja Gabe intentando mantener el ritmo—. Voy a morir —dramatiza.

—Esa es la idea, Hyland —replica el entrenador mientras sigue corriendo en reversa, solo espero que no se choque con nada—. Bailaría sobre tu tumba, y sobre la de Timberg también.



La mayoría de los muchachos va directo a las duchas en cuanto Bill da por terminado el entrenamiento del día, así pueden estar limpios para asistir a sus clases de la tarde. Siendo consciente de que en dos horas lo veré en el gimnasio, porque mi entrenamiento no termina hasta las tres, decido ir a la cafetería a almorzar con la esperanza de encontrar a Kansas.

Las cosas no resultaron tan bien cuando intenté disculparme, y no la he visto desde el momento en el que me cerró la puerta del

Jeep en la cara. Claire dijo que, mientras siga creyendo que le oculté lo de Anneley, probablemente se mantenga reacia a aceptar mi disculpa por lo de Zoe. Así que ahora no tengo que pedir perdón por una sola cosa, sino por dos.

No le dije lo de la nueva conquista del entrenador porque nunca tuve la oportunidad, y también por el hecho de que el mismo Bill pidió a todo el equipo que guardáramos el secreto. Quería ser él mismo quien se lo dijera. Respeté su decisión, pero no estoy tan seguro

de

qué

hubiera

sido

peor: enfrentar la ira del *coach* y que Kansas siguiera repudiándome en silencio, o estar en buenos términos con Shepard, pero enfrentarme al odio de su exasperante hija.

Ben y Timberg se me unen con la excusa de que Bill dejó un gran vacío en sus estómagos, así que mientras nos deslizamos por la fila de la cafetería y obtenemos nuestro almuerzo, me permito buscar a Kansas con la mirada. Hamilton carga dos

raciones de papas fritas en su plato mientras Chase opta por una hamburguesa doble, y si algo aprendí de los Jaguars es que muchos aparentan mantener un estilo de vida saludable frente al entrenador. Son universitarios, así que beben como si no hubiera mañana y comen hasta que el elástico de sus pantalones deportivos se tensa. Creo que soy el único que se adhiere al plan de cero alcohol, pocas grasas y una baja ingesta de azúcares.

—Eso es lo más triste que he visto en mi vida —murmura

Ben observando mi plato. Personalmente, creo que los vegetales asados, la carne magra, el pan de centeno y la manzana que descansan en mi bandeja son bastante apetitosos—. Y eso —añade señalando algo detrás de mí—, es lo más jodidamente lindo que he visto en todo el día.

Ben se dirige directamente a la mesa donde está lo que él denominó una hermosura, pero lo único que veo allí es a mapache rabioso y a Harriet. No hay señales de Kansas por ningún lado, y en cuanto el número trece se sienta junto a la rubia, se me ocurre preguntar dónde se metió la hija del entrenador.

—¿Se puede saber quién solicitó tu presencia? —inquire la muchacha de ojos claros.

—Tu corazón, nena —dice Ben en respuesta, antes de guiñarle un ojo y decapitar a una papa con sus dientes.

Harriet rueda los ojos y deja salir un suspiro cargado de cansancio. Por otro lado, está Jamie, que para mi sorpresa se encuentra muda; nunca pensé que podría verla con la boca cerrada, y tampoco pensé que era tan salvaje como para apuñalar el trozo de carne que descansaba en su plato solo para ver como el jugo del mismo se esparce a su alrededor.

Es terrorífico y, mientras lo hace, sus ojos permanecen fijos en el chico a mi lado.

Timberg.

—¿No tienes clase de Evolucionismo Cultural? —pregunta Harriet a Ben, intentando deshacerse de él trayendo a colación su carrera como antropólogo.

—¿Cómo sabes qué clase tengo y a qué hora? —replica él, enarcando una ceja en su dirección.



Automáticamente las mejillas de la chica adquieren un color rosáceo, y estoy seguro de que este es uno de los momentos más

incómodos que he experimentado.

Mientras Hamilton se burla de Harriet y Jamie se mantiene con Chase dentro de una impenetrable burbuja de silenciosa conversación, me percato de que estoy de sobra aquí.

—¿Dónde está Kansas? —inquiero sin rodeos.

—¿Bromeas, verdad? —Las dos muchachas giran sus cabezas en mi dirección y hablan al unísono.

Eso es escalofriante. Seguramente Kansas les contó que discutimos. Dado que son sus amigas, y sobre todo chicas, obviamente van a desarrollar un repudio a mi persona.

—Kansas se ofreció como voluntaria para terminar la escenografía de esta noche, por eso no vino —explica Harriet.

—¿Escenografía de qué? —En cuanto pregunto, me gano más miradas incrédulas y asesinas, pero esta vez por parte de las cuatro personas que me acompañan en la mesa.

—De la obra de teatro de Zoe, imbécil —responde Ben.

¿El parásito tiene una presentación de teatro?

—No te lo dije, ¿verdad? —se burla Jamie.

—¿Decirme qué?

—Que Zoe esperaba que vayas esta noche, eras su invitado

sorpresa.

Miro el pequeño edificio de ladrillo en el que parpadea un viejo cartel de neón: *Teatro Armeadver*. Bajo las rojas luces fluorescentes hay otro cartel que se extiende de lado a lado, en el que se colocan las presentaciones de la semana.

Martes: *Shrek*, Dir. Lady Dior

Miércoles: *La chica que soñó con ser actriz*, Dir. Sam Neslla

Viernes: *Romeo y Julieta*, Dir. Julián Aivet

Esta es una terrible idea, pero puede que sea una de las pocas oportunidades para que Kansas y yo hagamos las paces. Además, no puedo decepcionar a una niña. Si me tomé un vaso entero de vodka solo para que no se sintiera mal, puedo hacer esto. La realidad es que se lo debo.

Me reacomodo el saco por tercera vez y me adentro al lugar.

No sabía cómo vestirme para la ocasión, pero dado que hablamos de un teatro, opté por el único traje que tengo. En el interior hay un extenso corredor tapizado con alfombra roja, las paredes se adornan

con

cientos

de

cuadros

de

viejas estrellas hollywoodenses en un claro estilo *vintage*. Hay algunos apliques de luz que iluminan algo del desértico lugar.

Porque está, literalmente, desierto.

Hay una puerta doble pintada de negro, pero al final de un pasillo se encuentra otra de la que provienen varias voces, o eso es lo que oigo. Me dirijo a la segunda con la idea de que encontraré a una docena de padres esperando por ver a sus hijos. Sin embargo, encuentro otra cosa.

Estoy con los hijos que esperan ver a sus padres.

Más niños de los que puedo contar corren de un lado al otro con extraños disfraces puestos. Los chillidos penetran mis oídos y retrocedo en cuanto veo tanto caos en una sola habitación. No hay ningún adulto a la vista, lo cual es sumamente irresponsable dado que tantos infantes juntos no deberían estar sin supervisión alguna.

—¡Malcom! —Una voz familiar se oye sobre la exuberancia de parásitos antes de que dos manos se aferren a mis piernas—.

¡Sabía que ibas a venir! —asegura Zoe acariciando su mejilla  
contra mi rodilla.

Por un segundo siento que mi corazón deja de latir.

—No iba a perdérmelo. —Bueno, esa es una gran mentira—.

¿Qué se supone que eres? —inquiero intentando alejarla un poco  
de mí.

Suficiente tacto por hoy.

—Soy el burro, el mejor amigo del ogro —dice abriendo sus  
brazos y dando un giro para que aprecie su disfraz.

Está metida dentro de lo que parece un traje gris con pezuñas,  
orejas y un hocico incluido, pero me percató de que hay un gran  
agujero en su espalda.

—Bueno, en realidad soy la mitad del burro —reflexiona  
antes de observarme bajo aquel hocico de asno—. Esta en mi amiga  
Nardy —presenta a la niña que se esconde detrás de ella, y me  
doy cuenta de que lleva un disfraz muy similar al suyo—. También  
es mi trasero.

Los disfraces compartidos no son una buena opción y hace  
décadas que ya no se usan. Solo espero que Zoe no haya probado  
comida mexicana en las últimas veinticuatro horas.



—¿Alguien vio mis lentes, niños?! —exclama una mujer entre la multitud de infantes. Tantea el aire como si sus anteojos flotaran—. ¿Ridge? ¿Margus? ¿Nardy? ¿Kevin? ¿Zoe? —La desesperación es notable en su voz.

—Señora —llamo antes de acercarme y poner una mano en su hombro—. Los tiene en la cabeza —indico.

Ella parpadea varias veces antes ponérselos y enfocar sus ojos en mí.

—Tú debes ser el tío de Margus, nuestro presentador —dice sacudiendo mi mano con demasiado entusiasmo—. Soy Lady Dior, y llegaste justo antes de la función —añade antes de comenzar a caminar hacia lo que parecen descomunales cortinas, tirando de mí en el proceso— ¡El público te espera!

—Señora, con todo respeto creo que... —me interrumpe.

— Seguimos esta conversación luego de las diez, ¡el show está por comenzar! —Aplaude con frenesí—. Sal allí, preséntate, y dale una cálida bienvenida a esos padres —dice rápidamente antes de abotonar mi saco—. Morgana atenuará las luces una vez que termines —indica.

—Usted me está confundien... —comienzo.

—¡Esta noche haremos historia! —chilla con euforia, y los niños la imitan.

Dios, estoy en un zoológico.

Antes de que pueda decir algo más, me empuja a través de las cortinas. Quedo sobre el escenario con casi cincuenta espectadores mirándome.

Incluyendo a Kansas.

## **Capítulo XXV**

Ayer

# Kansas

Pocas cosas me sorprenden, entre ellas está que mi madre se haya dado por vencida y que desapareciera de mi vida, que Logan me haya dejado por un puesto en el equipo de fútbol, que mi padre no fuera honesto sobre su vida amorosa, y el hecho de que Jamie me ocultara que se acostó con Chase tras la celebración del sábado.

Sin embargo, la lista se agranda en cuanto veo a Malcom Beasley sobre el escenario. Los reflectores iluminan su cuerpo, que está envuelto en un traje gris que se adhiere a sus músculos. Por la forma en la que sus ojos se deslizan por la multitud, puedo decir que está nervioso, pero entonces se mueve directamente hacia el micrófono dando pequeños golpes en él antes de esconder sus manos en los bolsillos de su pantalón de vestir. No sé qué pensar, mucho menos qué sentir.

De lo único que estoy segura es de que lo mataré.

—Buenas noches, damas y caballeros —dice vacilante e inquieto—. Y hámsteres —añade en cuanto ve la jaula de Ratatouille en mi regazo.

La multitud ríe, pero para mí no hay nada gracioso en sus

palabras. Entonces, sus ojos suben y se encuentran con los míos.

Hay varios pies que nos separan, pero a pesar de eso, el azul de su mirada parece brillar aún con más intensidad de la usual. Sus facciones se suavizan y su pecho sube en una silenciosa respiración antes de que sus músculos se relajen por completo.

La multitud espera en silencio, con sus ojos fijos en el muchacho que se mantiene mudo en el escenario.

Quiero saber cómo diablos se enteró que Zoe y yo estábamos aquí,

también

me

gustaría

saber qué hace allí arriba y qué piensa mientras me mira.

—Voy a ser honesto —dice dando un paso al frente, tomando coraje—. Ninguno de ustedes quería venir a ver esta ridícula obra de teatro —dice ganándose la indignación del público que parece quedarse sin aliento ante su atrevimiento—. Veo muchos rostros cansados, probablemente madres y padres que llegaron exhaustos del trabajo, esos mismos que mañana deben volver a levantarse a las seis. También habrá varios parientes que solamente

vinieron por compromiso, a los cuales les gustaría estar en su casa en este momento. No se atrevan a negarlo, porque no les creeré. — Estoy estática, y definitivamente quiero subirme al escenario y sacarlo a patadas de allí—. Pero sin importar lo que quieran hacer, lo cansados que estén y las millones de cosas que tengan pendientes, ustedes están aquí para ver al ogro, la galleta de jengibre, la princesa, el lord y al burro que están escondidos ahí atrás —dice señalando el telón a sus espaldas.

El público ríe.

Y, aunque no quiera, yo lo hago también.

Malcom lo nota e instantáneamente las comisuras de sus labios se elevan hacia la derecha, en una ladeada y pequeña sonrisa.

—Sacrifican horas de sueño, toneladas de billetes, su tiempo libre y hasta su propia vida social por esos niños —señala sin dejar de observarme, mientras las luces lo hacen resplandecer en la oscuridad de la habitación. Se podría comparar con una estrella en el cielo, con la más brillante—. No están aquí para entretenerse y mucho menos porque sepan algo de teatro, probablemente les mencione a Frances Abington y Rutland Barrington y no tengan

ni la menor de qué estoy hablando —se sincera, ganándose al público por completo—. La única razón por la que me están escuchando en este momento es porque esperan que esos niños salgan y hagan el ridículo. Ustedes esperan verlos sonreír, quieren reírse de su inocencia y dulzura y sacarles un centenar de fotos para publicarlas en Facebook. —Hace una pausa y siento como si sus ojos pudieran perforar cada hueso de mi cuerpo—. Y cuando todo termine y lleguen a casa, les dirán que estuvieron asombrosos, aunque se hayan olvidado de la mitad del guion, van a asegurarse de que se laven los dientes y les darán un beso de buenas noches. El punto es... —toma una bocana de aire—, que cada persona presente en esta sala adora a esos parásitos y son capaces de sacrificarlo todo por ellos, porque al final del día cada sacrificio vale la pena, y ustedes reciben una de las cosas más puras que habitan en esta tierra: el amor de un niño.

Siento la forma en que mi corazón se comprime contra mis costillas, y estoy segura de que el aire no circula de la forma correcta hacia mis pulmones.

—Y cualquiera que se atreva a decir que no están interesados en esta obra probablemente tenga razón —murmura antes de

dedicarme una mirada cargada de arrepentimiento—. Pero si alguien llega a decir que no les importan en absoluto estos chicos, permítanme decirles, que es un verdadero imbécil. —Sé que se refiere a sí mismo—. Y que debería disculparse, porque si de algo estoy completamente seguro es de que todos en esta habitación aman con profundidad, locura y pasión a estos niños. —Sus ojos brillan con una mezcla de culpabilidad y aflicción—. Espero que disfruten de la obra, o por lo menos, finjan hacerlo.

Jamás una persona se había disculpado de esa forma conmigo; nunca antes en mi vida alguien había logrado comprimir mi corazón mientras estaba sobre un escenario.

Pero Beasley acaba de hacerlo.

Las luces comienzan a atenuarse en cuanto las últimas palabras salen de sus labios. Observo cómo se desvanece en la oscuridad y, tras las risas, aplausos y segundos de silencio, el telón se abre.



Zoe entra en escena.

Y Malcom desaparece.

Dos horas han pasado desde que comenzó la función,  
cuarenta minutos desde que terminó, veinte desde que se fue la  
última persona y diez desde que decidí limpiar.

Creo que uno de los motivos por los que me ofrecí a hacerlo  
es porque la mayoría de las personas que asistieron tienen hijos de  
los que hacerse cargo y, por mi parte, es —era—, una buena excusa  
para evitar a Beasley en mi propia casa.

Lástima que ahora no quiero evitarlo.

Diablos, quiero terminar lo antes posible para ir a  
disculparme.

Tras su aparición en el escenario, no volví a verlo,  
simplemente parece haberse esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

Pero la realidad es que no puedo culparlo, en parte estoy agradecida  
de que no se haya quedado porque no hubiera sabido qué decir.

Aún ahora, horas después de su discurso, intento asimilar cada  
palabra.

El hecho de que apareciera y se disculpara frente a, al menos,  
cincuenta personas es digno de admirar, porque tengo la total  
certeza de que cada palabra, a pesar de que entró en más de  
cien oídos diferentes, era para mí.



Reconoció cada cosa que sacrifico por Zoe todos los días, fue honesto respecto a lo que en verdad pienso de estas obras de teatro y dejó en claro que no tiene duda alguna de mi aprecio hacia ella. Fue tan genuino, espontáneo y malditamente dulce que la glucosa en mi sistema llegó a un punto crítico.

Y usó un traje.

Un traje que se amoldaba a cada curva de sus músculos.

—No es muy higiénico recoger la suciedad del piso sin guantes —dice una voz a mis espaldas. Beasley.

# Malcom

Kansas recoge envolturas y latas vacías entre las butacas del fondo, con una bolsa de consorcio en mano.

Sus ojos caen directamente en el escenario cuando me escucha y, a pesar de ser bastante bueno descifrando las expresiones de la gente, me encuentro en un punto muerto en cuanto a ella respecta.

—¿Dónde estabas? —pregunta caminando entre los asientos de desgastado cuero rojo.

— Tengo un talento innato para el vestuario y el *make up*, así que ayudé a Lady Dior tras bambalinas. —Esa mujer en verdad necesita de alguien que le ayude, y en cuanto supo que yo sabía enhebrar una aguja y coser la oreja de un ogro, no me dejó ir.

Kansas llega hasta el pasillo y deja la bolsa de consorcio en una de las butacas. Mientras comienza a acercarse, me percató de que el atisbo de una sonrisa adorna sus labios.

Lo único que se oye son sus pasos haciendo eco en la habitación y, por la forma en que esconde sus manos en los bolsillos de sus *jeans*, deduzco que considera qué decir. Camina

tranquilamente hasta el pie del escenario. Estoy seguro de que evalúa cómo pronunciar las oraciones que se forman en su cabeza.

—Yo... —Se detiene y levanta la mirada, su pecho se infla en cuanto aspira una bocanada de aire—. Lo lamento. —Sus ojos felinos muestran algo de vergüenza y arrepentimiento—. No debería haber dicho nada sobre tu familia, tampoco haberte acusado de ciertas cosas.

Me gusta la forma en que lo dice, la manera es que sus pestañas no pueden mantenerse quietas y sus pies tampoco. No creo que se disculpe a menudo, así que aprecio el esfuerzo.

—Ven aquí —la animo antes de tender una mano en su dirección. Sus ojos escanean cada uno de mis movimientos con cierta desconfianza—. Ahora que soy tu amigo deberías confiar un poco en mí —espeto.

—No somos amigos —aclaro con prisa, como la intratable chica que siempre es.

Sin embargo, toma mi mano y tiro de ella para subirla al escenario. Creo que estamos haciendo un progreso, si se puede llamarlo así.

—Se supone que los amigos se conocen, pero lo único que sé

de ti es que pusiste tu trasero en un avión y apareciste inconsciente en el piso de mi cocina —argumenta.

Aún sostengo su mano mientras habla. Aunque sé que debería establecer contacto visual, estoy algo intrigado por su tacto: su mano es mucho más pequeña que la mía, sus dedos están fríos y su palma es suave. Ella me suelta en cuanto se percata de eso, y automáticamente comienza a caminar observando los alrededores del escenario.

—Entonces te propongo conocerme un poco mediante un cuestionario, una pregunta por una pregunta, ¿te parece justo? —inquiero.

—De acuerdo, pero empiezo yo —señala—. ¿Preferirías viajar al pasado o al futuro?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —escupo.

—La clase de pregunta que la gente no hace —señala pasando su mano por el telón de fondo—. No me interesa saber cuál es tu comida favorita, Malcom. Me interesa saber qué cosas te definen como la persona que eres, y normalmente nuestras decisiones y rarezas hablan por sí solas.

Me tomo unos segundos para analizar sus palabras, y

mientras ella se pasea por el laberinto de árboles de cartón, me percató de que tiene un cerebro de lo más atípico.

Y me agrada.

—Al pasado —contesto—. Tengo muchas inquietudes históricas y culturales. También me gustaría estar presente en los grandes sucesos que marcaron al hombre. —Ella me observa con ojos brillantes, como si ya supiera que iba a escoger la primera opción—. Mi turno, ¿cuál es la cosa más rara que hay en tu habitación?

—Una mancha de café —replica pasando las yemas de sus dedos por la superficie del piano que acompañó a los niños en toda la obra—. Hace un par de años volqué algo en la alfombra, estaba tan desesperada por quitarla antes de que mi madre la viera que solo la empeoré. —La risa se filtra en su voz mientras sigue narrando—. Le pedí ayuda a mi tía Jill, y ella se quedó observando la mancha por demasiado tiempo. Dijo que se parecía a una del *test* Rorschach, y que, según ella, era un murciélago. —Soy testigo de cómo su pecho se sacude en una pequeña respiración—. En el momento en que me di cuenta de que yo veía algo muy distinto, me entró la curiosidad. Comencé a plantearme que la mente de cada

ser humano es tan hermosa y peculiar como intrigante, creo que fue ese hecho el que desató mi intriga por la psicología, por más absurdo que suene.

—El diván que hay en mi habitación es de tu tía, ¿verdad?

—Era —corrige—. Hace unos pocos años murió, eso fue lo que desencadenó el alcoholismo por parte de mi madre. —La mención de la señora Shepard junto al piano frente a sus ojos parecen originar cierta tristeza en su mirada, pero solo le basta parpadear varias veces para alejarla—. Me toca, ¿cuál es el recuerdo máspreciado que tienes?

Siento la manera en que cada músculo de mi cuerpo se tensa en cuanto la pregunta llega a mis oídos. Estoy seguro de que lo nota por la forma en que me mira. No quiero hablar de eso, ojalá no pudiera recordarlo, porque además de ser mi recuerdo más feliz es también el más oscuro, uno que revive cada una de mis memorias en Merton.

—¿Malcom? —Su voz se torna más suave, como si hablar lo suficientemente alto pudiera asustarme.

Esa mezcla de café y verde en sus ojos me encuentra. Por la forma en que brillan y se dilatan sus pupilas, deduzco que quiere

retirar cada palabra que acaba de decir.

—Te lo contaré con una condición —propongo—. Debes tocar para mí.

Sus ojos se mueven del piano hasta mi persona una y otra vez.

—¿Qué quieres que toque? —pregunta.

—La última canción que oíste a tu madre tocar.

## **Capítulo XXVI**

Sinfonía

# Malcom

Ella comienza a tocar.

A pesar de la angustia que decora sus ojos, del temblor en sus manos en cuanto roza las teclas del piano por primera vez y de la forma en que su pecho sube y baja agitado, Kansas toca.

La música llena el espacio vacío, desplaza el silencio y trae consigo un sinfín de sentimientos que se desatan como una tormenta a nuestro alrededor. Su cabello, desordenado y suelto, cae por sus hombros y enmarca su rostro. Sus ojos están fijos en sus manos, y sus manos juegan con las teclas. Ella lo hace parecer tan fácil, y el hecho de que no tocara hace tanto tiempo no le ha quitado ni un toque de gracia, no parece que le falte práctica ni estudio.

Ella lo hace perfecto.

Es admirable la forma en la que puede crear algo tan sedante y grato de escuchar. La música siempre me pareció algo hipnotizante, pero viniendo de ella se convierte en algo que va más allá de cualquier truco de magia.

Kansas cierra los ojos, las pestañas acarician sus pómulos y se deja llevar por la melodía que su propia pasión crea. Sé que



probablemente piensa en su madre, y es inevitable cuestionar qué le diré en cuanto la canción acabe.

Nunca me agradó hablar de mi familia, si es que se la puede llamar así. Sé que hay destinos mucho peores que el que me tocó, pero mentiría si dijera que nunca me imaginé viviendo con una verdadera familia, de esas de las que en verdad aman y no fingen hacerlo. Bueno, Gideon no entra en ninguno de esos grupos dado que ni me quería ni se preocupaba en pretender que lo hacía. Él era sincero, y su honestidad era un arma de doble filo.

Aún recuerdo ese pequeño departamento perdido entre los callejones de la ciudad. Lo podía distinguir por los ladrillos agrietados y el moho que se extendía en ellos, también por el singular rechinar de las persianas y los trozos de vidrios rotos que constantemente yacían en la vereda. Siempre había gritos provenientes de los departamentos vecinos, algunas veces eran acompañados de llantos de mujeres y otras veces por exclamaciones de voces roncadas. Seguido de cualquier sonido venía un golpe, una explosión de vidrio, el crujir de la madera, el eco de ollas que caían al piso o el sonar de un cuerpo que chocaba contra una pared.

No era el mejor lugar para un niño, pero era lo único que tenía, así que me aferré a ello.

No había otros niños con los que jugar, pero había mayores, y lo primero que aprendí fue que el corazón de un niño a veces es más resistente que el de un adulto, ya que los corazones más viejos son más fáciles de romper. Me percaté de que en ese edificio había demasiados corazones rotos, así que intenté repararlos.

Lo hice por un largo tiempo, pero llegó un punto en el que mi propio corazón se averió. Esa fue la última noche que vi a Gideon, y también la primera en la que fui libre.

Pasaron años. Ahora, mientras observo a Kansas tocar me pregunto qué hubiera sido de mí si el destino me hubiese deparado algo diferente. Luego recuerdo que, de ser así, no habría conocido al entrenador, ni a los Jaguars y mucho menos a ella o a Zoella.

Ella. Un ser de lo más desorganizado, un desastre andante y una chispa capaz de originar un cortocircuito. Es muy apasionada cuando se enoja, cuando se alegra y hasta cuando se entristece. Las emociones se filtran a través de sus ojos y te penetran de forma silenciosa y mortal.

Mientras toca, parece sumergirse en una especie de trance,

uno que se mantiene tanto en la realidad como en la fantasía.

Kansas se pierde en la música y, aunque no quiera, me arrastra consigo. Es inevitable perderse en el laberinto de notas que trazan sus dedos, y hasta que no termina de tocar, se me hace imposible encontrar la salida.

Su música es fascinante, y creo que ella también lo es.

# Kansas

Siento que mi corazón comienza a desacelerar sus latidos y poco a poco parece caer en un profundo y lejano sueño, porque así se siente, como un remoto, deslucido y trágico sueño. Mi corazón se siente de la misma forma en la que se sintió al escuchar esta canción años atrás, la única diferencia es que en el pasado eran las manos de mi madre las que acariciaban las teclas.

La última noche que pasó en casa se sirvió una copa de vino y se sentó frente al piano. Me había enviado a dormir hacía horas, pero yo me quedé observándola entre los barrotes de la escalera mientras la escuchaba tocar. Ella sabía que era su última noche allí, era consciente de que por la mañana Bill la llevaría al centro de rehabilitación. Exactamente por eso se quedó despierta, y creo que también fue el motivo por el cual esperó a que mi padre llegara para empezar a tocar otra melodía.

Tocó la canción.

Bill la escuchó.

Mi madre lloró.

Y mi padre también.

Ambos sabían que internarla era la mejor opción, y creo que esa fue su despedida; un último adiós.

La canción termina y me tomo unos segundos para estabilizarme, porque la ola de sentimientos que arrasaron contra mi pecho me hizo perder el equilibrio.

Detecto la manera en que un cuerpo se desliza hasta mi lado y, pronto, la calidez del mismo me estremece. Siento el muslo de Malcom presionarse contra el mío e instantáneamente contengo la respiración. Me armo de valor y levanto la vista, y lo que encuentro son las sombras del lugar jugando con su rostro. Sus ojos están anclados en las teclas del piano, sus labios entreabiertos, sus manos hechas puños sobre sus muslos y todo su cuerpo tenso. Luce inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido en el mismo segundo en que tomaba una lenta respiración.

—Si te lo cuento, debes prometerme algo, Kansas —  
murmura aún sin dirigirme la mirada—. Prométeme que no volverás a mencionarlo alguna vez.

Una sensación de ansiedad e intriga se instala en mis adentros, y ya no estoy tan segura de querer escuchar lo que sea que tenga para decirme. La seriedad que desciende sobre su rostro

me aterra, y es inevitable comenzar a formular preguntas en mi cabeza.

Asiento en silencio.

—Me crie en Saint Vilmore, un orfanato a las afueras de Merton. —Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa en cuanto las palabras salen de su boca—. Mis padres biológicos me dejaron en la puerta del edificio con una nota que decía que no tenían el dinero necesario para criar a un niño. Dijeron que lo sentían y que había sido una decisión difícil de tomar —explica con la mirada fija en el piano—, pero ellos solamente querían que creciera con un techo y un plato de comida, y eran cosas que no podían darme. —Cada oración se incrusta en mi corazón al ver sus facciones cargadas de melancolía—. No podía culparlos por querer lo mejor para mí, así que acepté al orfanato como mi hogar hasta que tuve alrededor de nueve años. Luego, él me adoptó... —

La forma en la que se refiere a esa persona deja en claro muchas cosas, cosas que siento que me perforarán el corazón en cuanto salgan a la luz—. Gideon Beasley me ofreció su casa y apellido, así que los tomé. Recuerdo que tenía un *Chevy* algo maltratado y sucio, pero al fin y al cabo andaba y me emocionó la idea de andar en

auto. —El atisbo de una sonrisa apesadumbrada curva sus labios—. . Los primeros meses fueron geniales, pero luego en un golpe de mala suerte perdió su trabajo. Nos embargaron la casa y se vio obligado a vender el auto. Nos mudamos a un pequeño departamento en una de las zonas más pobres de la ciudad. Ahí descubrió lo que el alcohol podía hacer por él. —Por un momento siento la falla en mis pulmones, y es como si ya no pudiera respirar correctamente. Desarrollo una profunda empatía por ese pequeño niño de nueve años, y eso ocurre porque conozco a la perfección la sensación—. Mis deberes eran sencillos: limpiar, ir a comprarle cerveza y no molestarlo. Así que mientras él se emborrachaba frente al televisor, yo aprendía a ser un adulto y me preparaba para el futuro. —Parece percatarse de mi ceño fruncido ya que toma una bocanada de aire antes de seguir y explicarse—. Y la escuela... eso fue igual o incluso más difícil que estar en casa, Kansas.

Me tomo un puñado de segundos para asimilar las palabras, porque al principio me parece completamente absurdo lo que escucho. ¿Qué podría ser peor que vivir bajo el mismo techo que aquel hombre que se hacía llamar padre?

—Mi vestimenta estaba lejos de ser como la del resto. Desde

el primer día en que tuvimos que presentarnos y dije en qué barrio vivía, tanto alumnos como profesores se removieron incómodos en sus sillas. Nunca tuve un amigo, y no porque no quisiera, sino porque los prejuicios así lo dictaban. Con los maestros pasó algo similar. Noté la diferencia cada día, cada vez que alzaba la mano y me ignoraban o no se atrevían a sostenerme la mirada por mucho tiempo. La mayoría de las cosas, aquellas que nadie me explicaba, las aprendí por mi cuenta. A veces pedía prestados libros de la biblioteca y otras veces algunos vecinos me los regalaban — confiesa—. Leer me ayudaba a sobrellevar mi día a día, y aún lo hace —recalca—. Y Gideon en cierta forma me motivaba a seguir aprendiendo, porque al verlo rodeado de botellas solo podía pensar en convertirme en alguien mejor que él. No quería el mismo destino para mí.

—Créeme —murmuro presionando mi hombro contra el suyo—. No te pareces en nada a él.

—Espero nunca hacerlo.

—Malcom, te pedí que me dijeras cuál era tu recuerdo máspreciado. —No sé en qué punto mi voz se ha transformado en un susurro—. ¿Por qué me cuentas algo como esto? Sus ojos se elevan



hasta penetrar los míos, y soy testigo de cómo la añoranza dilata sus pupilas.

—Te lo cuento porque Gideon es el responsable de ese recuerdo —explica y, aunque que me pregunto cómo es eso posible, él sigue hablando—. Una noche se pasó de copas, más de lo usual —añade antes de ponerse de pie—. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando me despertó para que le vaya a comprar más cerveza, pero le dije que las tiendas no abrían hasta las ocho y eso lo enojó. Él me sacó de la cama y me llevó hasta la sala de estar. Esa fue la primera vez que me puso un dedo encima mientras estaba borracho. Luego me obligó a juntar cada una de las botellas vacías, dijo que me quedaría limpiando hasta que abriesen las tiendas. — Me obligo a ponerme de pie también, pero no me atrevo a acercarme—. Me asustó verlo de esa forma: sucio, furioso y borracho. Sus ojos inyectados de sangre y sus gritos solo lograron inculcarme nervios y miedo, fue entonces cuando se me cayó una botella. —Se despoja del saco y lo deja con cuidado sobre el piano, luego comienza a desabotonar su camisa—. Pensé que iba a gritarme, pero lo siguiente que hizo fue juntar cada trozo de vidrio con calma —indica antes de sacarse la camisa y dejarla caer a sus

pies.

Su torso me da la bienvenida al igual que lo hizo desde el umbral de la puerta de la habitación de invitados en mi casa. Cada músculo está completamente definido, y su piel se envuelve alrededor de cada ondulación con suavidad.

—Y entonces hizo esto.

Él me da la espalda y me quedo sin aliento.

Nunca antes había visto algo que no sea su torso, y recién ahora me percató de ello. Sobre los músculos y tersa piel se extienden cicatrices irregulares, algunas recorren desde sus omóplatos hasta su espalda baja, otras desde el comienzo de su espina dorsal hasta el final, y por último están aquellas que se dispersan en la inmensidad de su figura.

Siento cómo un nudo se instala en el fondo de mi estómago al notar que su padre no solo jugó a los dardos con su cuerpo, sino que lo hizo con los trozos de vidrio. Es algo tan inhumano, cruel y desgarrador que puedo sentir la forma en que mi propio corazón se retuerce contra mis costillas. Mis dedos alcanzan las cicatrices y percibo cómo cada músculo de su cuerpo se estremece. Recorro con las yemas el contorno de cada irregularidad que hay en su

espalda, y puedo decir que hay cierta belleza en aquella atrocidad.

—Esa noche un vecino me escuchó —murmura con voz

ronca—. La policía entró y esposó a Gideon antes de llevárselo, y

esa fue la última vez que lo vi —relata dejando que mis dedos

continúen acariciando las heridas—. Verlo desaparecer por esa

puerta es mi mejor recuerdo, Kansas.

Él se da vuelta y toma la mano que se encuentra entre las

masas de aire, la misma que trazaba contornos en la piel de su

espalda. Su aliento roza mis labios y tengo la certeza de que no hay

nada más estremecedor que su tacto en mi piel. Nuestros ojos se

encuentran como si estuvieran en el mismo campo magnético,

como si fuera imposible mantenerse alejados los unos del otro. Su

mirada es tan suave como atormentada, y las tenues luces del

escenario juegan en el azul de sus ojos.

Me pregunto cómo es que en ningún momento de toda esta

semana me detuve a apreciar algo tan fascinante: a él.

A Malcom Beasley.

## **Capítulo XXVII**

Ojeras

# Malcom

—¿Timberg, te crees una tortuga?! Corres a la velocidad de mi abuela —escupe el entrenador—. ¿Para qué tienes piernas si no las usas?!

Chase está muy ocupado como para contestarle, y eso se debe a que ha quedado atrapado bajo el cuerpo de Nick, Fred y Joe. Yo tampoco podría gesticular palabra alguna con un promedio de seiscientas libras aplastando mi caja torácica.

—¡Aborten el juego, muchachos! —grita Bill poniéndose su vieja gorra de los Kansas City Chiefs—. ¡Todos a la línea, haremos uno contra uno! Espero que tengan algo de fuerza porque de otra forma perderán en el juego del sábado, señoritas —indica poniendo sus manos en jarras—, y los mataré.

El sol está llegando a su punto más alto mientras corremos a través del campo. Puedo sentir la forma en que mi camiseta comienza a adherirse a mi cuerpo por la cantidad de sudor que segregan mis glándulas sudoríparas.

—Me transpira hasta la raya del trasero —se queja Ben dando un sorbo a su botella de *Gatorade*, y por sorbo me refiero a una

ingesta directa de un mínimo de quince onzas líquidas.

Aunque estemos en octubre, hay un sol de lo más brillante e infernal, y eso combinado con el ejercicio no es nada bueno. Un claro ejemplo de las consecuencias que trae se ve en Hyland, quien a pesar de no hacer prácticamente nada se ha tirado más de dos botellas de agua encima.

—Sin ánimos de ofender, Marcos... —dice apoyándose en sus rodillas e intentando respirar en cuanto nos detenemos—. ¿De dónde diablos sacaste esas ojeras? —inquire.

Esperaba que nadie se percatara de mi falta de sueño, y parte de eso se debe a que Bill me mataría si lo supiera, pero supongo que cuando estás acostumbrado a dormir un promedio de ocho horas por noche y duermes solo tres, se nota.

—Tengo corrector de ojeras en mi bolso —ofrece Ben.

Tanto Hyland como yo nos giramos para verlo a los ojos.

—¿Qué? —inquire encogiéndose de hombros—. No quiero que el *coach* se entere que salgo de fiesta los días de clase —se defiende—, ya saben lo que dicen: las ojeras tienen historias que contar, lo que me lleva a preguntar cuál es el origen de tus ojeras, Tigre —añade estrechando sus ojos en mi dirección.

No me gusta que me observe como si yo escondiera algo, porque no lo hago. La realidad es que luego de confesarme con Kansas, ambos nos quedamos observando en silencio. Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración, y en ese momento algo cambió, no estoy seguro de qué, pero tengo la certeza de que ya no es como antes. Ella rompió el contacto visual y no dijo mucho luego de eso. Limpiamos en silencio y luego nos subimos a su Jeep. Puso una canción suave y nos mantuvimos mudos hasta llegar a casa.

Fue fabuloso.

No hizo falta que dijéramos mucho, y sinceramente creo que las palabras hubieran estado de más. En cada momento, desde que juntábamos latas en el teatro vacío hasta cuando cerró la puerta de su habitación, nos observamos a escondidas. No me daba su simple y cotidiana mirada cargada de desprecio, sino que era una más suave, más comprensiva. Ella me sonreía con sus ojos, de alguna manera.

Esa fue la causa de mis pocas horas de descanso.

En realidad, mi cabeza daba vueltas con muchas cosas, desde recuerdos de Gideon y charlas con la psicóloga Amsworth hasta la

propia Kansas y lo que ahora sé de ella. Fue como si mi cerebro tuviera un interruptor de encendido, pero no de apagado, literalmente.

Creo que voy a aceptar el corrector de ojeras de Ben.

—¡Monroe y Hamilton, Timberg y Joe, Fred y Logan! —El entrenador comienza a asignarnos un compañero y estoy agradecido de que no me tocara con Mercury—. ¡Beasley y Hyland!

Ya no estoy tan agradecido.

—¿No vas a decirme quién es la causa de tu desvelo? —  
inquieta Gabe meneando ambas cejas. No me gustan sus cejas.

—Ojalá fueras mudo —murmuro antes de posicionarme frente a él y tomarlo por los hombros. Todos los Jaguars imitan el gesto con sus respectivos compañeros dejando la línea blanca entre medio.

—Me sé el gasedario, así que me tendrías que escuchar igual.

—Sonríe.

¿Ya dije que tampoco me gusta su sonrisa?

—¿Gasedario? —digo incrédulo mientras intento ubicar la palabra en el diccionario en mi cabeza, pero definitivamente nunca

la oí—. Tu neologismo me parece absurdo.

—Ya sabes... —divaga antes de tomar mis hombros e inclinarse ligeramente hacia delante—. Puedo deletrear tu nombre con una serie de gases, es muy cool.

—¡Gases te vas a tirar de lo aterrado que estarás cuando tu abuela se entere que no haces nada aquí, Hyland! —espeta el entrenador en su oído. Puede que yo quiera que quede mudo, pero sordo también funcionaría—. ¡Aquí se hace ejercicio! Y conmigo sudarás, rogarás y lamentarás haber nacido. —Estoy seguro de que la saliva de Bill se ha incrustado en los poros de Gabe—. Así que cuando suene el maldito silbato, usarás los pocos músculos que tienes para llevar a Beasley hasta la yarda treinta, ¿entendido?!

—Lo que tú digas, Billy —responde sonriente.

Su gesto solamente hace que la sangre en el sistema del *coach* hierva, y eso se nota en su rostro. El chillar del silbato inunda mis oídos y me sorprende que Bill no lo haya amenazado con metérselo por el recto aún.

Automáticamente, Hyland carga contra mí tomándome desprevenido,

y



la

verdad

es

que

no

esperaba que siquiera intentara hacerme retroceder. Mis músculos se tensan y comienzo a caminar hacia delante sin problema, logro que retroceda hasta la yarda que hay como primer obstáculo y soy testigo de cómo gruñe en señal de frustración.

—¡Fuerza, señores! Los Warriors de Crisville no dudarán en arrastrarlos hasta el infierno para conseguir unos puntos —dice Bill mientras comienza a escribir en su portapapeles—, con un promedio de 220 libras y una altura 6.3 pies, los harán trizas, así que más les vale perfeccionar su resistencia y prepararse para correr.

—Yo ni siquiera soy parte del equipo —se queja Hyland con voz chillona—, así que te cedo la victoria, Marcos —me dice antes de dejar de hacer fuerza en mi contra.

Holgazán.

Me toma dos segundos hacerlo llegar hasta la donde el

entrenador quiere y dejarlo caer bruscamente contra el césped.

—Nunca cedas la victoria, Gabe —dice una voz bastante familiar a mis espaldas—. Y menos a Beasley.

— *Sunshine* — saluda Ben, que todavía forcejea con Monroe en la línea—. Veo que la adorable Jamie y mi esposa te acompañan esta sublime mañana —dice entre dientes mientras sigue luchando para hacer retroceder al número cincuenta y tres.

Soy testigo de cómo Harriet pone los ojos en blanco y Jamie ríe estruendosamente cuando Joe cae sobre Timberg. Chase automáticamente lanza un insulto en un idioma extraño, es eso o se ha mordido la lengua al caer.

—No estamos aquí por asuntos matrimoniales, Ben —dice Kansas cruzándose de brazos—. Estamos aquí para hacer negocios.

—Veo el atisbo de una sonrisa formándose en sus labios en cuanto ve mi expresión cargada de sorpresa.

Nunca se sabe lo que traen entre manos los Shepard.

# Kansas

No puedo evitar que mis ojos no se desvíen de los globos oculares de Malcom, ninguna chica con inclinación heterosexual puede en realidad.

Sobre sus zapatillas deportivas se extienden *sweatpants* gris es lindos, y los considero lindos solo porque acentúan su trasero; luego viene una camiseta *Nike* que probablemente huele a matadero, y esto lo digo porque los círculos de sudor bajo sus axilas y pecho hablan por sí solos. Independientemente del exceso de transpiración, creo que se ve bien.

Jamie jala de un mechón de mi cabello e instantáneamente me obligo a concentrarme en mi padre, quien para mi sorpresa observa con una ceja enarcada.

—Tus planes deben ser bastante malos como para que traigas a esas dos como refuerzos —dice desconfiado mientras señala con su lápiz a las chicas detrás de mí—. Así que la respuesta a lo que sea que quieras es no.

—No es una idea tan mala —me quejo.

—La respuesta sigue siendo no.

Él sopla su silbato a todo pulmón y comienza a caminar con el portapapeles bajo el brazo, dándome la espalda.

—¿Qué esperan, señoritas?! —espeta—. ¡Al piso! Quiero tres series de lagartijas combinadas con plancha abdominal de treinta segundos —ordena, e inmediatamente todos los jugadores van directamente al piso.

Excepto Timberg, él ya está ahí.

—Pa...

—Estoy ocupado —me interrumpe.

—Pero...

—Y la respuesta es no —me corta otra vez.

—¿Puedes mirar...?

—Soy inmune a tus tácticas, Kansas.

—¡Bill! —Nunca pensé que Jamie, Harriet y yo sonaríamos tan bien a coro.

Mi padre se gira mientras se masajea las sienes como si en verdad tuviera un dolor de cabeza. En cuanto me ve, sus ojos se cargan de cansancio y amenaza, pero ambos desaparecen en cuanto nota lo que tengo en mano. Soy testigo de cómo contiene la respiración al mismo tiempo en que sus pupilas abismales se

dilatan. La euforia e incredulidad se plasman en sus facciones y tengo la certeza de que dimos en el blanco.

—¿Eso es lo que creo que es? —inquire.

—Es exactamente lo que crees que es —replico elevando los *tickets* hasta sus ojos—. Entradas para ver a los Kansas City Chiefs mañana en el estadio de Arrowhead. —Sus ojos se mantienen fijos en los pases hasta que se obliga a apartar la mirada y cruzarse de brazos, expectante—. El tío de Jamie trabaja en la boletería, así que nos hizo un favor a cambio de que su sobrina lo vaya a visitar para Navidad.

—Me debes una, Bill. Una muy grande... —añade la pelirroja sin rastro de gracia en su voz. No hace falta decir que Jamie odia ir a visitar a su tío Steve, y sobre todo detesta con profundidad su comida navideña. Según ella, le agrega pasas de uva a las galletas de chocolate, y eso es lo mismo que pecar.

—Reservamos un vuelo con destino al aeropuerto Internacional de Kansas City para mañana a las siete, lo obtuvimos gracias al canjeo de millas de mis padres —informa Harriet chequeando la información en su libreta—. Duración de una hora y veinte minutos, sin escalas y en clase económica con un aperitivo

a la media hora del despegue —sigue antes de tenderme el pasaje de avión—. El tío de Jamie lo recogerá en el aeropuerto y se instalará en su casa hasta que el partido empiece a las seis, luego se quedará a dormir en el hotel de *L'aube*, tres estrellas y con desayuno incluido —habla tan rápido que me cuesta seguirla—. El viernes estará aquí justo para comenzar con el entrenamiento prepartido —finaliza y cierra de un chasquido la libreta.

Mi padre parece atónito por los primeros segundos, pero luego sus ojos se estrechan mientras nos observa en detalle.

—El partido del sábado es para entrar a la semifinal, no puedo irme y dejar a mis muchachos sin entrenador —objeta.

—Ya arreglamos todo —me adelanto—. Tu amigo Adolf se hará cargo, y sabes que es tan exigente como tú —apunto—. Lo

único que debes firmar son estos papeles para que la universidad te descuenta dos días de vacaciones y te los dé ahora —digo tendiéndole los documentos.

—Arreglamos todo con la secretaria —agrega Jamie al ver que los toma con cierta desconfianza.

—¿Qué planeas hacer en mi ausencia, Kansas? —inquire sin rodeos.

—Zoe me pidió organizar una fiesta con sus amigos de teatro, así que supongo que inflaré globos. Además, me gustaría no ser levantada por tus gritos a las seis de la mañana todos los días; así que si aceptas, yo gano e igual tú. —Me encojo de hombros—. Y de todas formas, tienes a todos estos chicos para confirmar lo de la fiesta, por no añadir que uno de tus secuaces vive en la casa — señalo hacia Beasley mientras hace sus lagartijas.



Los músculos de sus brazos se tensan y flexionan una y otra vez, y debo obligarme a concentrarme en los ojos acaramelados de Shepard.

—Creo que no puedo negarme —dice observando las

entradas con anhelo—. Definitivamente no puedo.

Y firma.

O casi lo hace.

—Pero tengo una condición.

—¿Estás segura de esto? —interroga Harriet mientras nos alejamos del campo de fútbol, en dirección a la facultad de Jamie.

—En realidad no —confieso—, pero supongo que en algún momento tenía que ocurrir.

—No puedo creer que Bill te obligue a cenar con la señora de las bragas con cierre y su hija. —La pelirroja parece tan ofendida como disgustada—. ¿Y sabes qué es lo peor? Que debes enfrentarte a Sierra sola, porque ni yo ni Harriet estaremos ahí para partirla un plato en la cabe... —me apresuro a tomarla por lo hombros.

—Tranquilízate, Jamie —pido estableciendo contacto visual—. Probablemente Sierra me fastidie, pero no será muy diferente a lo que hace en clase —aseguro.

—Como si eso nos tranquilizara —se burla la rubia.

—Sierra me hace acordar a las chinches acuáticas, las que esperan que su presa esté lo suficientemente cerca para capturarla e inyectarle su tóxica saliva mediante su aparato bucal. El



hemíptero hídrico paraliza a su prisionero y se lo almuerza —dice rápida, horrorizada y apasionadamente.

Tanto Harriet como yo la observamos en silencio.

—¿Qué? —se queja—. Es necesario para mi carrera — defiende su conocimiento antes de apartar mis manos y adentrarse por las puertas de su facultad.

No quiero admitirlo, pero sé que cenar con Sierra y su madre no es una buena idea. Mucho menos sabiendo de antemano que Montgomery no me hará la velada fácil, eso combinado con el hecho de que no tengo apoyo se vuelve un problema. Aunque en realidad puede que tenga algo de apoyo de Beasley.

Fue extraño verlo en el campo, se sintió raro.

La forma en que me miró me dejó desconcertada. Creo que se debe a que desde su confesión en el teatro ha adquirido cierta confianza. Ambos lo hemos hecho, y eso significa que ya no nos vemos como solíamos hacerlo. Que una persona abra su corazón y memorias no es signo de debilidad, sino de la más pura fortaleza. Malcom lo hizo, y se ganó parte de mi confianza por ello. Así que más le vale apoyarme esta noche y el jueves, porque mi confianza se irá al drenaje si no lo hace.

¿Por qué el jueves? Porque lo que acabo de darle a mi padre no es el papelerío de sus vacaciones. Es un permiso que me autoriza a ser, en su ausencia, la entrenadora de los Jaguars. Claro que no es legal, pero sus muchachos no saben eso, y la verdad es que Harriet hizo un estupendo trabajo aplicando varias palabras técnicas y cosas de abogados en el documento.

La falsificación es perfecta e incuestionable, y con ella, probablemente, logremos que los jugadores monten el lavado de autos para conseguir el dinero de Derek, porque si de algo estoy segura es de que nadie puede contradecir al entrenador.

Ni a la nueva entrenadora Shepard.

## **Capítulo XXVIII**

Estadística

# Kansas

Cinco de cada diez personas creen que estudio psicología porque odio los números, cuatro de los restantes piensan que lo hago porque estoy loca, y solo uno de todos ellos está seguro de que me decidí por la carrera que me apasiona. Cualquiera que diga que los psicólogos no saben matemática está mintiendo porque, para mi total desgracia, en mi carrera abunda lo que se denomina estadística. Y lo odio.

La profesora Grimes se pasea por el centro del aula con sus tacones prehistóricos y el flequillo de los años setenta, mientras tanto dicta un par de cosas a tener en cuenta en un trabajo sobre el porcentaje de los indicadores de violencia psicológica.

—Moriré si no se calla —murmuro, porque es costumbre mía pensar en voz alta.

—Pensé que dejarías eso para esta noche. —Una voz familiar llega a mis oídos desde mis espaldas.

No necesito darme vuelta para saber que Sierra Montgomery está sentada allí. Solo me basta con escuchar su voz para identificar el blanco a donde irá mi puño.

—Hazme el favor de no hablar, prefiero escuchar al dinosaurio antes que a ti. —En realidad solo quiero esperar a que termine la clase para salir al pasillo y gritarle, porque hablar con ella ya no funciona.

—Yo no hago favores, Kansas —replica en voz baja.

—Supongo que eso se aplica únicamente a las mujeres. —

Sonríó—. Porque los chicos siempre quedan satisfechos con tu ayuda. —Insinuar ello capta la atención de Nevil, quién arquea una ceja.

—¿Qué? —inquirimos al unísono, y el castaño baja lentamente su ceja antes de girarse y volver a concentrarse en su hoja.

—Supongo que estás enojada por lo de mi madre y Billy —susurra, y automáticamente la punta de mi lápiz se rompe ante la repentina presión.

Nevil nos observa de reojo, muy curioso pero a su vez temeroso de que le digamos algo si llega a voltearse otra vez.

Mi día había comenzado bastante bien: el Jeep tenía el tanque lleno, Jamie me había traído un café *latte* junto a una dona, Harriet terminó la falsificación y mi primera clase del día era con el

profesor Ruggles, pero —porque siempre hay un pero—, me es inevitable asumir que lo que aparentemente era un buen miércoles está a punto de caer en picada.

La cena con una novia que nunca me presentaron, el hecho de que Sierra no pueda cerrar la boca, Nevil intentando disimular que no nos mira, la maldita estadística; todo se fusiona para hacer de mi existencia una completa miseria.

Y luego, está Beasley. No estoy segura de si debería ubicarlo en la parte que abarca las cosas buenas del día o junto con las cosas que hacen de mi vida una desgracia, y eso se debe a que estoy confundida. Aún me es imposible quitar de mi cabeza todas las palabras que dijo en el teatro, la forma en que se sentían sus cicatrices bajo las palmas de mis manos y la manera en la que se abrió conmigo. Revivo cada sensación una y otra vez y no dejo de pensar en lo duro que debió ser afrontar, y seguir afrontando, a los fantasmas de su pasado.

Una parte de mí solo puede sentir compasión y empatía por todo lo que él vivió, esa parte también muere por conocerlo un poco más y decirle que lo admiro en muchos aspectos. Quiero que vuelva a repetirse lo de ayer, porque de alguna forma hablar de nuestro

pasado ayuda a curar el presente. Además, hay algo en sus ojos que transmite calidez y seguridad, como si pudiera aliviar mínimamente mis dolores con apenas verme. Sin embargo, por otro lado, no quiero relacionarme con él. Esto se debe a que aún me parece un inglés con aires de superioridad que busca perfección en todo lo que ve, y de cierta forma estar bajo sus ojos implica ser criticada, pero esa es la parte más insignificante. Lo más problemático es lo que me hace sentir, y creo que esto es lo más preocupante por una simple razón: no puedo identificar cuáles son mis sentimientos.

Como psicóloga, odio esto; como chica, lo amo. Me gusta el hecho de ser incapaz de reconocer lo que siento porque de alguna forma me aterra saber lo que en verdad está pasando conmigo.

Cuando la clase termina, junto mis cosas tan rápido como puedo. Necesito orinar y alejarme de Sierra, dos cosas de suma importancia. Para mi desgracia, la castaña me pisa los talones mientras me abro camino por los pasillos.

—En algún momento debes aceptar que tienen una relación, Kansas.

—No existe ninguna relación —replico intentando esquivar a

la masa de estudiantes que se pasea por los corredores.

—¿De verdad tengo que decirte que estás en un estado de negación? —inquieta antes de resoplar, el hecho de que me psicoanalice no me agrada.

—Solo voy a decirte esto una vez —digo aún sin detenerme para enfrentarla—. Mi padre me escondió que salía con tu madre por más de un año, y creo que acostarte con una mujer a espaldas de tu hija y no mencionarla ni una vez en más de trescientos sesenta y cinco días solamente puede significar una cosa. —Esta vez me detengo y la miro a los ojos—. Tienen una aventura o un noviazgo que no durará, seamos realistas. Me alegra que se estén divirtiendo y la estén pasando bien, pero eso es todo.

Soy consciente de lo crudas que son mis palabras, y la verdad es que no estoy cien por ciento segura de lo que acabo de decir, pero estoy hablando con Sierra, la chica que se pasea entre la cama de mi ex novio y el de Jamie, la misma que parece quererme tanto como yo la quiero —notase el sarcasmo—, y la persona que ayudó a esconder el noviazgo de mi padre.

—Y por último —inhalo antes de añadir—, puedes decirle *coach*, entrenador, Bill, Cyrus o señor Shepard —indico

contemplando cómo frunce el ceño en mi dirección—, pero no le digas Billy, ese es un apodo familiar.

Creo que dejé bastante en claro que mi familia se reduce a mi padre y yo, no a nosotros dos y a Anneley junto a su hija.

—Parece que no te importa ni en lo más mínimo la felicidad de tu padre —escupe con una mezcla de cólera e indignación. Soy testigo del modo en que sus cuerdas vocales parecen fallar y sus ojos se tornan más tristes y furiosos, una combinación letal—.

Mi madre me pidió que no te dijera nada por simple respeto hacia tu padre, porque él quería ser el que te lo dijese —confiesa—.

Nos contó lo que ocurrió con tu madre, y si se estuvieron escondiendo todo este tiempo fue por ti. —Prácticamente me lanza cada palabra como si fuera una bala, con brusquedad y rapidez—.

Ni mi madre ni Bill, y por más increíble que parezca, ni yo, queríamos presionarte a aceptarlo.

Intento procesar el hecho de que mi padre habló sobre mi madre con la familia Montgomery, y también hago el esfuerzo de comprender a qué se debe que Sierra luzca tan agitada y enojada.

—No te atrevas a hablar de nosotros como si fuéramos una familia. —Siento que mis latidos se aceleran con cada palabra que



sale de mis labios—. Porque no lo somos.

Me giro dispuesta a marcharme, porque no sé si podré  
aguantar a Sierra por un minuto más. Temo sentir pronto que todo  
lo que dice se incrusta en mi corazón.

—Pero pronto lo seremos —escupe con arrebató, y siento que  
el silencio pesa a mi alrededor—. Porque van a casarse.

# Malcom

Bill me deja en su casa antes de dar marcha atrás con su Ford Sierra y emprender el viaje al supermercado. En el camino dijo que tendríamos visitas esta noche, así que supongo que irá a comprar los ingredientes para cocinar lo único que parece saber hacer: salsa. Se ve que la mujer con la sale vendrá a las ocho junto con su hija, y me es inevitable pensar en la reacción de Kansas. Me preparo mental y físicamente para enfrentar lo que sea que haya detrás de la puerta principal. Tal vez una lluvia de platos rotos para esquivar o comentarios mordaces que debo atajar.

Sin embargo, no estoy totalmente preparado para afrontar algo peor: a Zoe Murphy.

Su pequeña cabeza rubia aparece en mi campo de visión en cuanto atravieso el umbral. Ella se encuentra sentada en el piso de la cocina con una bandeja sobre sus piernas, está rodeada de galletas de chocolate que parecen habersele caído y las junta del suelo para colocarlas sobre un plato. También hay un vaso de agua fría al que le ha echado un saco de té.

—¡Malcom! —me saluda levantando la cabeza y

observándome con sus redondos y encantadores ojos zafiro—.

¿Quieres una galleta? —inquire tomando una que anteriormente se encontraba bajo su pequeño trasero.

Repaso mentalmente las posibilidades que tiene la galleta de resultar letal para un organismo. En términos generales no puedo confirmar que la comida que ha agarrado del suelo está contaminada, y tampoco puedo suponer que es un riesgo real de infección bucal. Y si alguien —porque claramente yo no deglutiré nada que provenga del piso—, decide comer esa galleta, probablemente los microbios morirán en el estómago por la presencia del ácido clorhídrico. Si el ácido no hace su trabajo, luego tenemos a las sales biliares del hígado, y en cuarto lugar la microbiota intestinal. Comer algo del suelo no resultará fatal, en conclusión. Pero eso no me impide caminar directamente hasta la niña y quitarle el plato de galletas. En cuanto se despiste, las tiraré a la basura, porque a pesar de haber un peligro mínimo de ataque bacteriano, no puedo tolerar que coma cosas del piso. Ella no es una rata. Se parece a una, pero no lo es.

—¿Qué haces?! —chilla con el ceño fruncido—. Esas galletas son para Kansas.

—No puedes comer cosas del piso, y tampoco Kansas.

—Tú no lo entiendes —murmura. Deja la bandeja a un lado y se pone de pie para enfrentarme. Es gracioso ya que me llega a unas pulgadas arriba de la rodilla—. Kansas me estaba ayudando a hacer mi tarea de lengua cuando le empezó a salir agua de los ojos —informa poniendo los brazos en jarra—. Dijo que se estaba deshidratando, así que le llevaré galletas y un vaso de té. —Taza, el té se prepara en las tazas —le explico.

Que alguien pretenda hacer té con agua fría y un vaso de plástico me indigna como inglés y como ser humano.

—Ella te mintió, seguramente te dijo que estaba deshidratándose para no confesarte que en realidad estaba lloran...

—me detengo.

¿Cuáles son las probabilidades estadísticas de que Kansas Shepard esté llorando?

—¿Sabes qué? —inquiero al pequeño monstruo de cabellos rubios—. Será mejor que le lleves las galletas —añado antes de tender el plato de plástico en su dirección, no sin antes fingir que se me resbala de las manos.

Todas las galletas se dispersan en el piso de la cocina y Zoe

me observa con cara de pocos amigos. Una vez que me he asegurado de tener un tiempo a solas con la hija de Bill, me dirijo escaleras arriba a toda marcha. En mi cabeza solo existía una posible reacción de parte de Kansas al enterarse de la cena con Anneley: enojo. Sin embargo, si lo que Zoe en su inocencia confesó que era deshidratación son en realidad algunas lágrimas, estoy seguro de que me equivoqué. Pero existe otra posibilidad. Capaz que ella esté llorando por otro motivo, y si tal motivo involucra a Mercury o al desagradable de Hyland tengo la certeza de que Joe, Monroe y el resto del equipo querrán saberlo.

Y no terminará bien.

La puerta de su habitación está entreabierta, pero de todas maneras golpeo la madera con suavidad antes de cruzar el umbral.

—¿Kansas? —llamo.

Lo que veo a continuación es a una chica sentada entre decenas de hojas, lápices de colores y los útiles escolares y rosados de Zoe. Ella limpia sus mejillas con el dorso de sus manos una y otra vez, como si no quisiera que viera el rastro que las lágrimas trazaron en su rostro.

—No estoy llorando —gruñe en cuanto abro la boca.

—Lo sé —replico antes de caminar hasta ella y arrodillarme para estar a su altura—. Estás deshidratándote.

Ella levanta la vista y esa mezcla de café y verde en su mirada me quita el aliento. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos, su cabello es una maraña que se alza en la cima de su cabeza como un moño de lo más desprolijo y está en pijama a las tres y media de la tarde. Entonces se ríe, se ríe de lo que acabo de decir. Una sonrisa surca sus labios por varios segundos, pero luego toda la gracia se esfuma y aquel sonreír se transforma en un desgarrador, triste e inútil intento de disimular lo mal que se siente.

Guardo silencio y lo que hago a continuación podría verse malinterpretado por Bill si apareciese, pero ciertamente no me importa y honestamente no puedo resistirme.

La abrazo.

## **Capítulo XXIX**

Inefable

# Kansas

Malcom tira de mi cuerpo hacia el suyo. Siento que sus fuertes brazos se envuelven a mi alrededor. Su cuerpo es cálido y seguro, un lugar donde ni el propio frío ni la soledad pueden alcanzarme por completo.

Cada uno de mis músculos se tensa ante su proximidad, pero antes de que pueda alejarme él se aferra a mí con más fuerza. Se niega a que escape, a que me distancie. No permite que mi llanto se aplaque.

—Está bien—susurra contra mi oído, su aliento me provoca un escalofrío.

Esas dos palabras son todo lo que necesito para volver a quebrarme, y en cuanto mis hombros comienzan a sacudirse ante el silencioso llanto, siento que una de sus manos acaricia mi cabello de forma suave y lenta, con consuelo y calma.

Él me deja hundir la cabeza en su pecho y mis dedos se adueñan de su camiseta, retorciéndola una y otra vez en el arrebató de emociones. Mi mano es un puño que se cierne sobre la prenda, que tira, afloja y vuelve a tirar una vez más. Su agarre es tan firme

como suave y logra mantenerme entre sus brazos a pesar de que estoy temblando en mi éxtasis de ira e impotencia. Porque eso es lo que siento: furia en su más puro estado.

Estoy enojada porque mi padre me ocultó su noviazgo por tanto tiempo, y ni hablar del hecho de que se vaya a casar. Si tan solo me hubiera dicho en septiembre del año pasado que se estaba viendo con una mujer, estoy segura de que lo hubiera tomado mucho mejor. No hace falta decir que, de todos modos, me hubiese dolido, porque en cierta parte aún conservo la minúscula pizca de esperanza de que mi madre se recuperará y volverá. El casamiento es algo totalmente diferente, pero claro está que si hubiera sido consciente de que estaba saliendo con Anneley hace más de doce meses, no hubiera explotado como una granada.

—Te ves linda cuando te deshidratas.

Mi llanto es interrumpido por la risa que trepa por las paredes de mi garganta involuntariamente. Beasley es definitivamente la única persona que puede tornar las cosas de lo más agridulces.

—Cierra la boca —le espeto. Respiro lento y pausado mientras absorbo la mezcla de colonia y jabón que se adhiere a la piel de su cuello.



—¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar? —pregunta sin dejar de acariciar el desorden que es mi cabello. Su pecho se infla y se desinfla con lentitud y su corazón golpea bajo mi palma.

—No, no quiero hablar —replico. Cierro los ojos y me concentro en aspirar su fragancia que está muy cerca de ser una droga para mí—. Y agradecería que cerrarás la boca —río. Siento que una de sus manos baja hasta mi espalda y otra se desliza hasta mi mejilla. Me obliga a mirarlo, pero yo aún mantengo mis párpados cerrados mientras su pulgar se desliza en un vaivén sobre la piel de mi rostro.

—Kansas... —me llama.

Abro los ojos para observar su mirada azulada, la que en cierta forma me recuerda al océano, con su capacidad de ser tanto serena como turbulenta. Un lugar donde a veces el sol baña las aguas y las olas acarician la arena, un lugar donde también se puede desatar la más caótica tempestad.

—Tengo un sistema auditivo bastante eficaz —insiste—. Y si quieres hablar conmigo, puedes hacer...

—No me importa tu sistema auditivo, sin ofender —confieso cuando lo interrumpo—. Solamente quiero que me abracés,

¿puedes hacer eso, Beasley? —inquiero al borde de la exasperación—. Y por favor, deja de hablar.

Él me observa en silencio por unos breves segundos antes de que las comisuras de sus labios se curven en dirección al cielo con cierta diversión.

—Creo que puedo hacerlo.

Está a punto de volver a estrecharme entre sus brazos en cuanto se oyen pasos subiendo la escalera.

—¿Qué estás haciendo, Beasley?!

No.

No.

No.

—¡La vas a terminar de deshidratar! No puedes apretarla así —chilla Zoe dejando una bandeja sobre mi escritorio y corriendo en nuestra dirección—. ¡Estás exprimiendo el agua de su cuerpo como se exprime el jugo de las naranjas! —lo acusa señalando las lágrimas que, poco a poco, comienzan a secarse en mis mejillas.

La niña se interpone entre nosotros y observa a Malcom con cara de pocos amigos, claramente su actitud es adorable —

pero agresiva—; cruzada de brazos pareciera decir algo como:

«*Aléjate*».

Intento reprimir mi risa.

—¡Fuera de la habitación! —ordena Zoe, y automáticamente el muchacho se incorpora y se aleja con las manos en alto, en señal de rendición.

La niña se voltea y toma mi rostro entre sus pequeñas manos mientras me examina. Sobre su hombro veo a Malcom gesticulando en voz baja.

—Sea lo que sea que hagas —advierte—, no comas las galletas. Y cierra lentamente la puerta, con el atisbo de una sonrisa asomándose en sus labios.



—¿A dónde vamos? —inquiero girando el volante.

—Por un helado —responde Zoe sentada en el asiento trasero del Jeep.

—Por séptima vez... —dice Malcom—, no vamos por un helado, parásito.

—Pero podríamos —indica la niña.

Hace más de diez minutos que estoy manejando en lo que a mi parecer son círculos, pero según el inglés con el mapa desplegado en el regazo vamos en la dirección correcta.

—Estamos en el medio de la nada —espeto observando el infinito campo que se extiende tanto a mi derecha como a mi izquierda—, y si me hiciste venir hasta aquí para enseñarme a ordeñar vacas, será mejor que lo pienses dos veces.

Me gustaría saber en qué estoy metida, pero honestamente no tengo ni la menor idea de qué estoy haciendo y por qué acepté tener a Beasley como copiloto.

Cuando él apareció en mi habitación horas más tarde, justo en el momento en que me había comenzado a arreglar para la cena, no tenía idea de que terminaría a las afuera de Betland, rodeada de ganado vacuno.

Malcom me propuso faltar a la cena y, obviamente, yo acepté.

Bill aún no había llegado para preparar la salsa, y supuse que había ido a buscar a Anneley. No verlo me ayudó a aclarar mis ideas respecto a la noticia del casamiento, así que terminé decidiendo que, en cuanto lo viera atravesar la puerta, me lanzaría

a decirle todo lo que pasaba en mi cabeza de una forma civilizada y tranquila, si podía. Luego tendríamos la cena y dejaría en claro que no tenía problema con el noviazgo, pero que con respecto al compromiso creía que deberían esperar, eso terminaría con una salida triunfal con un plato de salsa y tallarines que comería en mi habitación. Lo que en verdad me sorprendió fue el hecho de que el mismísimo Beasley se presentara y que, en contra de todos sus modales y principios, me propusiera hacer lo que en verdad enojaría a mi padre: no asistir a la cena.

Soy consciente de que en algún momento voy a tener que sentarme y hablar con Bill, pero hoy fue un día demasiado revelador y agotador como para enfrentarme a Shepard. El drama, rencor, dolor y el propio odio se pueden posponer por unos días, o por lo menos hasta el viernes. Voy a tener dos días para asimilar bien las cosas que ha dicho Sierra, plantearme a qué se deben ciertas actitudes de mi padre y decidir si estoy dispuesta a perdonarlo. Claro está que él tuvo sus motivos para hacer lo que hizo, pero yo también tengo razones para enfadarme. Creo que el tiempo puede sanar las heridas o abrirlas otra vez. Espero que en mi caso se trate de la primera opción.

Saber que no veré a Bill hasta el viernes es un alivio, ser consciente de que dejaré plantada a Sierra es todo un deleite, y tener a Zoe y a Malcom encerrados en un mismo coche es un calvario.

—Estoy alcoholizada —se queja la niña frotándose el estómago—. Quiero un helado.

—Y yo quiero a Travis Kelce, pero no lo tengo —me quejo observándola por el retrovisor.

—Pero me tienen a mí —dice Beasley.

Mis ojos se desvían hasta el irritante copiloto que no ha podido mantener la boca cerrada desde que se subió al Jeep. Nos ha explicado desde la comercialización del trigo en la actualidad hasta la forma correcta en que se debe ordeñar una vaca. Sin embargo, por más desastroso guía que sea, me agrada que me haya sacado de mi casa.

Me agrada que esté aquí.

—Sigo prefiriendo el helado —murmura Zoe.

### ***Malcom***

Estoy seguro de que Bill Shepard no me perdonará el hecho de haber raptado a su hija y haberla arrastrado hasta un descampado. Definitivamente no lo hará.

Ya es suficientemente malo no asistir a la cena, y sé que me buscará por cielo, agua y tierra para hacerme correr más millas de los que puedo hacer.

Estuve meditando las consecuencias de esto y, teniendo en cuenta que el *coach* se va a Kansas City por la mañana, se puede decir que tengo dos días a mi ventaja. Espero que el pequeño viaje a otra ciudad calme las aguas turbias en las que estoy nadando con Bill, y rezo a todos los dioses para que los Chiefs ganen, porque de otra forma su enfado se multiplicará y seré hombre muerto.

Aún me cuesta comprender por qué Kansas se encontraba tan furiosa y dolida por una simple cena, y la verdad creo que exageró en más de un aspecto, pero la realidad es que no pude soportar verla llorar. Sus lágrimas, sus ojos hinchados, su respiración desigual y su agarre en mi camiseta fueron una combinación que absorbió hasta mi última gota de empatía. En cuanto Zoe me echó de la habitación, me mantuve detrás de la puerta intentado encontrar una forma de hacerla despejarse de sus problemas.

¿Y qué mejor opción que el fresco aire del campo junto a un espectáculo de lampíridos?

—Detente aquí —le pido.

—¿Aquí? —inquiere observando a nuestro alrededor con el ceño fruncido—. No hay nada aquí, Malcom.

El motor se silencia de a poco mientras los neumáticos del coche se detienen en medio de una gran hectárea de campo. El bosque comienza a varios pies de nosotros y estamos en el centro de la nada misma.

Perfecto.

—Ese es el punto, Kansas.

Ella clava sus ojos en los míos y una advertencia destella es sus pupilas. No parece estar muy feliz por mi elección de espacio, y sé que probablemente me esté dedicando todas las palabras que ofenden a Jesús mentalmente.

—Dame una razón para no patearte fuera del auto y marcharme a un McDonald's.

—Solo espera, no seas impaciente— digo inclinándome para ver a través del parabrisas.

El sol está a punto de desaparecer por la línea del horizonte, y lo único que queda son los colores de un atardecer que va muriéndose poco a poco. La noche cobra vida a los alrededores del campo, y las estrellas nacen en las alturas del cielo.



—¡Miren eso! —chilla la niña desde el asiento trasero, antes de pasarse al asiento delantero y tomar lugar en el regazo de Kansas—. Es una bola de luz —murmura pegando su rostro al parabrisas, fascinada.

—No es una bola de luz, linda —le dice la castaña rodeándola con sus brazos—. Es una luciérnaga —le explica.

Entonces, mientras la oscuridad se abre paso a nuestro alrededor, Kansas me observa con cierta complicidad e intriga en sus ojos. La luciérnaga que Zoe señaló se pasea entre las masas de aire, sola y diminuta, y no es más que un punto brillante que surca la noche.

Entonces, otro punto aparece.

Y uno más.

No necesito esperar mucho tiempo para presenciar cómo los ojos de ambas chicas se iluminan y, siendo sincero, ya no estoy tan seguro de qué es lo más brillante que existe en este lugar.

## **Capítulo XXX**

Luciérnaga

# Kansas

La oscuridad se extiende a lo largo de las varias hectáreas y del bosque, al igual que lo hace en el cielo. Sin embargo, no puedo decir que estoy totalmente sumergida en ella.

La pequeña y solitaria luciérnaga que vagaba entre las masas de aire ahora se encuentra en compañía, otro punto brillante y minúsculo se eleva en el aire. Otro le sigue, y poco a poco hay decenas de puntos brillantes que surcan la noche.

El motor del auto está en silencio, yo misma me encuentro muda y debo contener la respiración al ver cómo las luciérnagas nos rodean y comienzan a montar un espectáculo de luces a nuestro alrededor. No hay sonido aquí dentro, únicamente la pesada respiración de dos personas y media que están cautivadas por la refulgencia de los destellos que aparecen y desaparecen en la noche. No puedo evitar pensar en que, si las estrellas danzaran, sería muy parecido a esto. Las luciérnagas bailan en el abismo y llevan luz a los lugares que perdieron su brillo; como las estrellas decoran el cielo, estos pequeños seres decoran la tierra.

—Son muy hermosas —susurra la niña, como si hablar en voz

alta pudiera espantarlas. Ella se recuesta contra mi pecho y observa el juego de luces con ojos abiertos y rutilantes—. ¿Algún día podré brillar como ellas? —pregunta.

—No necesitas ser una luciérnaga para brillar, Zoe —

respondo dejando caer mi cabeza contra el asiento—. Hay ciertas personas que brillan por sí mismas, es solo que no somos capaces de ver su luz.



Ella asiente como si en verdad me entendiera y luego regres a su atención al desfile de luces. Sin embargo, hay alguien que sigue observándome.

—¿Este es el momento en el que me corriges y dices que los humanos somos incapaces de tener luz propia? —pregunto en voz baja a mi copiloto.

Las sombras de la noche y la tenue luz de las luciérnagas juegan con el rostro de Malcom, hacen que en sus ojos aparezcan destellos de claridad y luego completa oscuridad. Su cabello, desordenado de forma intencional, parece haberse oscurecido varios tonos y, tras él, los pequeños insectos que surcan el aire

forman un fondo en constante y suave movimiento.

—Por más inverosímil que parezca —su voz suena tan baja como ronca—, creo que tienes razón. Hay personas que brillan por sí solas.

Su mirada es tan intensa que por un momento siento que tiene el poder de atravesarme, de ver a través de mí, y eso me estremece.

—No sabía que pensabas así —me sincero.

—Yo tampoco —dice con cautela, contemplándome con una expresión indescifrable—. Acabo de darme cuenta.

*Kansas:*

*Te entiendo, entiendo tu decisión de faltar a la cena. No estoy enojado ni, mucho menos, triste, solo algo decepcionado.*

*Sé que las cosas no han marchado precisamente bien y que la noticia de Anneley es difícil de tragar, pero espero que en estos días puedas perdonarme. Mentir no es la decisión correcta, pero es la más fácil, y lo lamento, pero debes entender que me preocupaba tu reacción al enterarte de nuestra relación.*

*Soy consciente de que la partida de tu madre ha dejado un vacío en la casa, en ti y en mí también, y no creas que intento llenarlo con la presencia de Anne. Las personas no se reemplazan,*

*pero pueden llegar otras dispuestas a ayudarte a sobrellevar el vacío.*

*Estar por un tiempo lejos —gracias a tu sospechosa oferta—, te dará algo de espacio para pensar. Espero que lo hagas, y también espero regresar y que la casa esté intacta.*

*Recuerda alimentar a Zoe y sacarla a dar algunas vueltas por el parque, haz las compras y ve a recoger la docena de galletas que le encargué a la señora Hyland.*

*Y por último, debo reiterar que no estoy enojado contigo. Tus actos están justificados, pero los de Malcom no. Dile que se prepare para tener una larga charla. Beasley me debe unas cuantas explicaciones y varias millas.*

*Bill*

Guardo la carta en el maletero del Jeep y tomo mis libros antes de bajar.

Fue toda una sorpresa haber amanecido sin llamadas perdidas, sin mi buzón de voz al borde del colapso, con la carencia de algunos mensajes de texto con emoticones furiosos y, obviamente, sin mi padre despertándome a las cuatro de la mañana y exigiendo saber dónde había estado.

Su vuelo salía a las siete, así que supuse que había partido al aeropuerto alrededor de las cinco y media. Alguien lo vino a recoger, y todas mis sospechas se centran en la entrenadora del equipo de natación. Esto lo sé dado que él entró a hurtadillas a mi cuarto y depositó un beso en mi frente antes de marcharse, despertándome en el proceso. Bill no es la clase de padre que dan demostraciones de afecto a menudo, ¿pero qué mejor que darlas cuando no hay nadie cerca? Y sobre todo cuando tu hija está dormida y es incapaz de gritarte todas las palabras que las madres se aterrorizan de oír en boca de sus hijos. Lo único que hizo fue dejar una carta en el parabrisas del coche, y creo que eso se debe a que sabe que no la hubiera leído si la ponía en el refrigerador o en mi mesa de luz.

Mientras trazo mi camino a la cafetería siento cómo cierto alivio se propaga a cada neurona de mi ser. Mi padre pensó que estar lejos de él podría ayudarme a pensar, pero creo que he estado pensando demasiado en las últimas dos horas. Sé que estoy dispuesta a perdonarlo por ocultarme su relación con Anneley, pero eso no implica que mi enojo se disipe de un día para el otro. El tema es que cuando hablamos de casamiento es una historia

completamente diferente.

Es otro nivel del Mario Bros.

¿Discutiremos cuando vuelva? La respuesta es afirmativa, pero mientras tanto voy a intentar aceptar los hechos y centrarme en lo que se acerca: el lavado de autos.

—Buenos días —saludo a Harriet en cuanto llego a la mesa—

. O malos —recapacito observando a Jamie, quien lanza con furia un ramo de flores a la basura—. ¿Qué diablos? —inquiero.

—No hables —se apresura a decir la rubia, con sus libros y resaltadores aferrados a su pecho—. Es como un oso que recién sale de su hibernación —explica observando a la pelirroja atravesar la cafetería con cara de pocos amigos—. Tiene hambre y comerá cualquier cosa. Incluso a sus amigos —advierde en un susurro. Creo que hoy no me traerá el desayuno.

—¿Pero por qué está tan enojada? —interrogo en el segundo exacto en que Jamie se deja caer en su silla.

—¡Esto es increíble! —escupe enterrando su rostro en sus manos—. Lo único que quería era tener sexo y olvidarme de mis problemas amorosos, ¿y qué gano con eso? —se pregunta a sí misma—. A Timberg detrás de mi trasero los siete días de la

semana.

—Tranquilízate, loca —pido. Me siento frente a ella y contemplo la frustración y el cansancio que decoran sus facciones—. Pensé que lo tuyo con Timberg era cosa de una vez.

—Yo también creí eso —replica—. Pero desde la fiesta ha estado acosándome con mensajes de buenos días, emoticones con corazones y hasta con margaritas —dice haciendo un ademán al cesto de basura—. Y odio las margaritas, porque esa es la bebida favorita del innombrable —añade haciendo referencia a Derek.

—En resumen —interrumpe Harriet—, Chase tiene un flechazo contigo.

—No salí de una relación para meterme en otra —aclara Jamie—. Además, nunca podría salir con alguien como Timberg. Es como un caramelo de miel —ejemplifica—. Y no me gusta la miel.

—¿Intentaste decirle que no buscas una relación? —inquiero.

—¿Decirle? —escupe con incredulidad—. Prácticamente se lo he gritado, pero el muy imbécil o hace oídos sordos o está demasiado obsesionado conmigo. —Deja salir el aire contenido con una exhalación—. Sé que suena cruel, pero en verdad no quiero



estar atada a ningún chico. Chase es dulce, pero no es mi tipo, y parece que él se niega a aceptarlo. Además, es imposible enamorarse de alguien en cinco días.

—Tal vez Kansas pueda hablar con él —apunta la rubia, y en cuanto ve cómo mis ojos taladran su cráneo se encoje de hombros—. ¿Qué? Tal vez funcione. Es obvio que él no escuchará a Jamie, Cupido le ha dado fuerte. Pero tú eres su amiga, y probablemente te haga caso.

—Sé lo que se siente que te rompan el corazón —les recuerdo—, y no le diré a Timberg que sus oportunidades con Jamie son nulas.

—Timberg no está enamorado, por lo tanto no puedes romper su corazón —argumenta Harriet—. Él solo está ilusionado.

—¿Y quieres que rompa sus ilusiones? —pregunto con escepticismo—. No, no lo haré —me niego.

—Es preferible romper las ilusiones ahora que dejar pasar el tiempo y tener que romper el corazón —reflexiona, y sé que en cierto punto tiene razón—. Piénsalo así: es como si tú, a una semana y dos días de haber conocido a Malcom, comenzaras a ilusionarte con él. ¿No preferirías que derrumbe tus ilusiones a que

te dé esperanzas y luego deba romperte el corazón?

Las palabras penden de la punta de mi lengua, pero me encuentro incapaz de decirlas en voz alta. Miro a los ojos de ambas chicas en silencio, dejando que el sonar de la multitud y los cubiertos llene la carencia de sonido de mi parte, la carencia de una respuesta.

—¿Kansas? —llama Jamie en voz baja, con el ceño fruncido. Ellas parecen percatarse de algo que yo no, y me obligo a abrir la boca antes que alguna de las dos lo haga.

—Supongo que sí.

# Malcom

Ocho llamadas perdidas, cinco mensajes de voz, más de quince notificaciones en Facebook y una amenazante nota en el refrigerador. Eso fue lo que me encontré esta mañana al levantarme.

Creo que Bill dedujo que Kansas estaba conmigo anoche, y por tal motivo ha dejado una serie de tenebrosos mensajes que no estoy dispuesto a leer. Sus audios, sin embargo, son lo más preocupante. No abro ninguno de sus escritos porque sé que no sabré qué decir al respecto, y es obvio que clavarle el visto al entrenador no es una opción. O por lo menos no es una que me asegure permanecer con vida hasta el juego del sábado.

—¿Eres una niña, Marcos?! —inquire Hyland antes de hacer sonar otra vez su silbato. No sé de dónde lo ha sacado, pero pronto lo regresará a su lugar por las buenas o por las malas. Es irritante—. ¿88 libras? ¿Esto es una broma? ¡Quiero el doble! —ladra antes de llevarse otra papa a la boca, mientras se recuesta en una colchoneta.

—Tú ni siquiera puedes levantarte del piso —farfullo entre

dientes, mientras repito la serie de pesas—. Así que sigue nutriendo incorrectamente a tu cuerpo y no hables.

Puede que el entrenador esté a millas de distancia, pero eso no le impidió dejar una serie de ejercicios para que hagamos a falta de la práctica de hoy.

—Ahogarse con una papa también funcionará —respalda Mercury haciendo una rutina de abdominales en la colchoneta siguiente a Gabe.

—Ustedes dos no se llevan muy bien —apunta el muchacho mirándonos mientras estrecha los ojos—. Sin embargo, se complementan bastante bien para criticar a mi fantástica y carismática persona.

—No voy a negarlo —replico depositando las pesas en el piso, con la respiración acelerada.

—Yo tampoco —murmura Logan.

—¿A qué se debe su enemistad? —pregunta antes de lanzar una papa al aire y atraparla entre los dientes—. ¿Ambos quieren el puesto de mariscal o esto es una competencia para ver quién le cae mejor a Billy? —Hyland no tiene consideración ni vergüenza en hablar, y parece tan intrigado como divertido.

El aire a nuestro alrededor parece llenarse con electrostática, y veo cómo varios muchachos del equipo giran sus cabezas en nuestra dirección.

—Esperen, creo que hay algo más —añade mirando entre el uno y otro, como si fuéramos partes de un rompecabezas que aún no sabe cómo encajar—. ¿Kansas está de por medio? —inquire.

Ahora definitivamente todo el equipo presta atención. Mis ansias por atravesar la habitación y asfixiar a Gabe con la bolsa de papas se intensifican en cuestión de segundos.

—Eso es absurdo —replica Joe—. Mercury dejó de estar con *Sunshine* en cuanto se unió al equipo.

—Es verdad —concuerta el número siete mientras se pone de pie. Sin embargo, hay un destello de malicia en sus ojos—. Y no hace falta aclarar que Beasley no tiene posibilidades con Kansas —recalca acercándose—. ¿Verdad?

—Parece que necesita que lo diga en voz alta, y por la forma en que me observa no solo lo necesita, él quiere que lo diga. La tensión a nuestro alrededor se podría cortar con tijeras, y el silencio que abunda en el gimnasio se hace demasiado pesado.

—¿Malcom? —llama Ben, incitándome a que responda.

Estoy por replicar cuando la puerta principal se abre,  
revelando a una pelirroja que entra aplaudiendo animadamente.

—Aquí están los *Linces*, justo donde los quería encontrar.

—Somos los Jaguars —corrige Monroe desde la caminadora.

—Lo que sea, amigo —le contesta Jamie antes de llegar al  
centro de la sala haciendo resonar sus tacones.

Usar ese tipo de calzado en un gimnasio no es lo más  
adecuado ni tampoco lo más recomendable. Tras su aparición llega  
Harriet, con lo que creo que es el portapapeles de Bill y una  
calculadora. Ella camina entre las máquinas y los sudorosos  
muchachos con cautela, como si tocar a cualquiera de los dos  
pudiera contagiarle algo.

—Estábamos teniendo una charla interesante aquí, señoritas  
—se queja Gabe—. Más vale que vengan para hacer un *strip dance*  
o que traigan comida. Ben está lo suficientemente cerca como para  
golpearlo con su toalla, y no hace falta aclarar que lo hace.

—En realidad —dice una voz de lo más familiar—, los únicos  
que harán algo muy similar a un *strip dance* serán ustedes.

Kansas atraviesa las puertas y recorre el gimnasio  
examinando los alrededores. Probablemente ellas no lo noten, pero

su aparición hace que la tensión crezca a niveles previamente inalcanzables. Siento los ojos de Mercury quemando mi rostro, y los de Ben contemplándome con cierta sospecha.

—¿A qué te refieres, *Sunshine*? —pregunta Joe con sus facciones cubiertas por auténtica intriga, pero antes de que la castaña pueda responder, Timberg aparece desde el pasillo de los vestidores con una expresión de lo más divertida.

—¡Oye, Malcom! —llama sosteniendo algo en su mano—. Esta maldita cosa no ha dejado de sonar —se queja observando la pantalla de un celular. Al teléfono le entra una llamada y me percató por aquel sonido que me pertenece—. Mala suerte la tuya, amigo —añade girando la pantalla en mi dirección, dejándola a la vista de todos—. Se ve que tus fanáticas de Londres te quieren de vuelta. —Ríe.

Solamente me basta con leer el nombre que figura allí para sentir la forma en que cada fibra de mi cuerpo se tensa.

# **Llamada entrante**

**Nancy Brune.**

**Capítulo XXXI**

Acéptalo



# Malcom

Atravieso el gimnasio tan rápido como mis piernas me lo permiten. Tomo el celular de la mano de Timberg y murmuro un agradecimiento antes de caminar directo a los vestidores.

Es complicado mantener la calma cuando rechazo la llamada y Nancy vuelve a llamar. No hemos estado en contacto desde el momento en que me dejó en el aeropuerto de Heathrow y, con toda honestidad, esperaba que nuestros caminos no tuvieran que cruzarse otra vez hasta que terminara con todo el asunto de Betland.

Apago el teléfono antes de abrir mi casillero y lanzarlo dentro. No quiero estar en contacto con nada que me recuerde a Londres, y claramente la hijastra de mi antiguo entrenador entra en esa categoría. Ni siquiera me percató de lo frustrado que estoy hasta que es demasiado tarde: todos los casilleros vibran en cuanto cierro bruscamente el mío. El sonido del metal junto con el palpitante tránsito de sangre en mis oídos me consume, tanto hasta el punto en que no me doy cuenta de que Ben está detrás de mí hasta que posa su mano en mi hombro.

—Tranquilízate, Tigre —dice apretando los músculos tensos.

Cierro los ojos en el intento de reacomodar todos los pensamientos que se salieron de control. Las teorías a partir de la llamada de Nancy surgen una tras otra en mi cabeza, y en verdad me esfuerzo por empujarlas lo más lejos posible para así pensar con claridad.

—Vuelve al gimnasio, Ben —murmuro moviendo el cuello de un lado al otro, lentamente. Puedo escuchar el crujido de mis huesos contracturados tan bien como se oye el silencio en el salón de máquinas.

—No lo haré —replica con firmeza, dejando caer su mano—. . Sienta tu apestoso trasero en esa banca, vamos a hablar —añade cruzándose de brazos y ladeando la cabeza en dirección al banco más cercano.

—Estoy bien —aclaro comenzando a escuchar la voz de Kansas desde el gimnasio, parece un tanto vacilante, y hasta podría jurar que acaba de tartamudear—. Solo necesito un minuto.

—Beasley... —la advertencia de Hamilton es clara, y de mala gana me dejo caer en la banca—. ¿Qué diablos acaba de suceder? —inquire.

—Fue solo una llamada —comienzo a decir, pero él me interrumpe.

—No me estoy refiriendo a eso, Malcom. —Sus ojos parecen querer taladrar mi cabeza y abrirla en dos—. ¿Por qué no le respondiste a Mercury?

—Jamie interrumpió —replico encogiéndome de hombros antes de ponerme de pie—. Será mejor que vayamos.

Él me toma por los hombros y tira de mí hacia abajo, sentándome otra vez.

—No vamos a ningún lado sin que me digas la verdad, amigo —se burla antes de ponerse en cuclillas, pero más allá de la ligereza que hay en su voz, también se percibe cierta advertencia—. No le contestaste a Logan, y eso lo sabes, pero probablemente no sepas que parecías estar a punto de romperle la nariz.

—Estamos hablando de Logan Mercury —señalo—, todo el mundo quiere romperle la nariz.

—Y tú no eres del tipo rompe narices —recalca—, pero podrías haberlo sido hace rato. —Hay algo que no me está diciendo aún.

—¿A dónde quieres llegar, Ben?

Sus ojos me evalúan con una mezcla de inquietud e inseguridad, y estoy seguro de que se está debatiendo internamente entre hablar o permanecer callado.

—No solo te molestó Mercury, también lo hizo el hecho de que dijera que no tenías posibilidades con Kansas. —Mi mandíbula se tensa ante las palabras y tragar se vuelve más complejo—. Y juro que por un momento pensé que ibas a golpearlo, pero luego me recordé que no eres del tipo que busca pelea, así que dime, ¿querías golpearlo? Porque eso implicaría que en verdad te molestó que... —lo interrumpo.

—Sí, quería y aún quiero darle un puñetazo —confieso, dado que mentir no me llevará a ningún lado—. Y es exactamente por la razón que crees que es.

Ben me mira por lacónicos segundos en silencio, como si estuviera asegurándose de que no estoy mintiendo. Es cuanto se percata de que no hay más que la pura verdad en mis ojos, se deja caer en la banca a mi lado y hunde las manos en su cabello.

—¿Alguien lo sabe? —pregunta en voz baja.

—No.

—¿Crees que sospechen?

—Probablemente —admito.

—Estás en problemas, Tigre.

—Lo sé.

Ambos nos derrumbamos contra los casilleros y observamos el vestuario vacío.

—Te gusta Kansas. —Suena tan incrédulo como aterrado.

—Desgraciadamente lo hace.

### ***Kansas***

Vuelvo a observar el reloj de la cocina antes de revolver los guisantes en mi plato.

He estado tan dispersa en mis clases que no he argumentado contra Sierra en la hora del profesor Ruggles. Esto es grave, ¿dónde quedó mi amor por las batallas verbales?

Reconozco los sentimientos que se presentan como síntomas de una enfermedad: ansiedad, inquietud, inseguridad. Son palabras que en verdad detesto y que no he sentido desde hace un largo tiempo. La última vez que experimenté esto fue durante mi noviazgo con Mercury. Pensaba en él varias veces al día, me preocupaba por su estado de ánimo y me impacientaba si pasábamos muchos días sin vernos.

No me gusta ser esa clase de chica dependiente del estado emocional del otro, odio no poder dejar de pensar en alguien, aborrezco todos los síntomas de novia preocupada y, sobre todo, detesto que las personas tengan algún tipo de control sobre mí, independientemente de si son conscientes de ello o no.

Desde el segundo en que Timberg apareció con el teléfono de Malcom supe que algo andaba mal. Sentí la preocupación nacer en mí y lo odié. La expresión en el rostro del inglés se transformó por completo: sus ojos se volvieron tan serios como distantes, su mandíbula se tensó y cada facción de su rostro se tornó indescifrable. Todo por la enigmática e inoportuna Nancy Brune. Él ni siquiera me dirigió una mirada, simplemente se precipitó a agarrar el teléfono como si de ello dependiera su carrera futbolística. Desapareció en los vestidores y al poco tiempo se oyó un estruendo metálico, y si Harriet no me hubiera codeado para que comenzara a hablar, estoy segura de que me hubiera quedado inmóvil hasta que regresara.

De todas formas no regresó.

Y de todas formas tuve que hablar.

Los Jaguars no creyeron que Bill podría dejarme como

entrenadora

suplente,

así

que

tuve

que

dar un pequeño discurso acerca de lo que ocurriría si llegaban a molestarse a su *coach* con un mensaje. Tras varias amenazas y la exposición de los papeles firmados por el propio Bill, solamente les quedó aceptar la realidad. Pronto llegarían más de cinco docenas chicos convocados «*supuestamente*» para una charla motivacional. Es una mentira piadosa, así que dudo que Satanás me arrastre al infierno por ello.

La verdad es que Jamie ya ha hecho difusión sobre el lavado de coches y lo único que tenemos que hacer ahora es esperar a que lleguen los muchachos; es cuestión de prepararnos para la lluvia de billetes. Pero, mientras tanto, estoy sentada frente a un plato de guisantes viendo el reloj de mi cocina, con la imagen de un inglés dando vueltas en mi cabeza. Malcom no es agresivo en absoluto, ¿qué fue lo que detonó algo como eso en él?

—Ya no puedo soportarlo —murmura la pelirroja lanzando su servilleta a su regazo y apuntándome con su tenedor—. Mi comida es fabulosa, el plan es fabuloso y yo soy fabulosa —enumera—. Sin embargo, no parece estar enfocándote en lo fabuloso del día. Estás preocupada.

—¿A qué te refieres? —inquiero.

—Se refiere a que estás más pendiente del reloj que de nosotras y del plan —explica Harriet sirviéndose un poco más de agua. Ojalá fuera vodka—. Estás distraída, y será mejor que nos digas la verdad antes de que te la saquemos a la fuerza —farfulla antes de llevarse un tenedor cargado de pollo a la boca.

—O aun peor —añade Jamie—, que usemos nuestro sentido de la deducción.

Que tus amigos deduzcan algo que esperas esconder no es bueno, sino todo lo contrario. Y trae consecuencias.

—Es solo que la señora Murphy está retrasada. —Mi padre dijo que mentir no es exactamente la decisión correcta, pero sí la más fácil—. Zoe debería haber llegado hace veinte minutos. —Sé que en realidad ella está tardando un poco más dado que tiene cita con el dentista, pero omito tal conocimiento.



—No intentes engañar al sabueso, huelo una mentira a millas

—replica la pelirroja.

—¿Por qué otra cosa podría estar preocupada? —interrogo obligándome a llenar mi boca con guisantes.

—No por algo, sino por alguien —apunta la rubia—. Y no es por Zoe, lo sabemos.

Ambas me miran con una expresión difícil de describir, es una fusión de desconfianza y anticipación, como si supieran que la verdad es mala, pero no saben con exactitud de qué se trata. Es la mirada de un amigo preocupado, uno que tiene una corazonada. El problema sería que la corazonada termine siendo un hecho.

—Sé lo que están pensando —me adelanto a decir antes de que alguna de las dos abra la boca—. Y les recomiendo que descarten la idea de sus cabezas.

—¿Entonces no sientes nada por Beasley? —Jamie se atreve a preguntar, y como algo automático Harriet la observa con reproche.

—No, no lo hago —me obligo a decir tras tragar los guisantes.

Y por alguna razón mi garganta quema, solo espero que sea por la comida y no por las palabras.



—¡Monroe al parabrisas, Mercury a los neumáticos! ¡Joe con las ventanillas, ya! —ordeno antes de hacer sonar el silbato de mi padre a todo pulmón—. ¡Quiero que este coche brille, muchachos! Mientras el Volvo de una estudiante de cuarto año se pierde en una maraña de músculos y espuma, la dueña observa atónita a los tres chicos que limpian su auto desde el asiento del piloto. Su rostro es una mezcla de emoción e incredulidad, y parece estar rozando el cielo con las manos en cuanto la camiseta de Monroe termina de adherirse a su cuerpo, resaltando abdominales, pectorales y todo lo que una chica quiere ver.

—¡El siguiente, por favor! —exclama Harriet mientras toma nota en su portapapeles—. A este ritmo tendremos los quinientos dólares en unas pocas horas.

—¡Ya la oyeron, lince! —dice Jamie mientras cuenta los billetes que acaba de darle una chica que reconozco de la facultad de Psicología—. ¡Con la mente en el auto! —Su parodia de *High*

*School Musical* resulta ser bastante peculiar.

La fila de vehículos se extiende unas tres cuadras a la redonda, a los costados de los mismos las muchachas de la Betland Central University se apoyan en sus autos observando el espectáculo. Bocinazos llenan el aire y se mezclan con la música de la radio, que se oye terriblemente alta desde el Jeep a mis espaldas.

Un viejo escarabajo de un marrón bastante feo avanza por la calle y sube a la vereda de mi garaje listo para ser aseado. Hyland, quien hace publicidad sosteniendo un letrero desde la calle, gira automáticamente la cabeza en nuestra dirección. Una expresión de horror cubre sus facciones al ver cómo el piloto del escarabajo toca bocina.

—¿Abuela?! —inquire espantando—. ¿Qué estás haciendo?!

Me toma unos pocos segundos deducir lo que está pasando, y en cuanto una anciana de cabellos blancos y anteojos redondos asoma su cabeza por la ventanilla del coche, no puedo evitar ser consumida por una profunda incredulidad.

—¿Señora Hyland? —interrogo acercándome al vehículo.

—Hola, Kansas. —Me sonrío acomodándose su suéter con cuello de tortuga—. Creí que este vejestorio necesitaba una lavada —dice palmeando al escarabajo, pero yo no sé si es a lo único a lo que se está refiriendo—. No ha visto la luz del sol desde los años setenta.

Observo como sus ojos se desvían a lo largo de los otros coches que están rodeados por jugadores de ropas mojadas, algunos ya ni siquiera tienen camisetas puestas a pesar de estar en octubre. Sus pupilas se dilatan y sus mejillas se tornan más rosadas de lo que usualmente son.

—Entiendo su punto, señora Hyland —digo con una sonrisa amenazando con curvar mis labios, pero la reprimo por puro profesionalismo—. Creo que su coche en verdad necesita de nuestros servicios.

—¡Eso es mentira! —interrumpe su nieto—. Abuela, por favor... —ruega desde la calle, mirando nervioso a un grupo de chicas de tercer año que se están riendo—. Vuelve a la casa, me avergüenzas.

—¡Cállate, Gabriel! —exclama Mary—. Lo consulté con tu abuelo y él está de acuerdo con esto —dice haciendo un ademán en

dirección a los Jaguars empapados.

—¡Pero el abuelo está muerto!

—Exacto —contesta la mujer—, así que vas a seguir sosteniendo ese cartel y me vas a dejar disfrutar del espectáculo — aclara observándolo con fastidio—. O duermes con el perro esta noche.

—De acuerdo —digo retrocediendo varios pasos y observando al personal disponible—. ¡Esta señorita y su auto necesitan cuidados especiales, muchachos! —explico—. Así que quiero a Timberg con la manguera, Ben se encarga del parabrisas, Tristán y Fred de la parte trasera. ¡A trabajar! —ordeno con el silbato entre los dientes.

Mientras observo a los jugadores que toman sus respectivas posiciones y artículos de limpieza, me es inevitable disfrutar un poco de la vista. Este es, posiblemente, el negocio más rentable y exitoso que podré tener en toda mi vida. Es una verdadera pena que todo el dinero vaya directo a las sucias manos de Derek Pittsburgh.

—Entrenadora —dice una voz a mis espaldas—. Creo que se olvidó de asignarme un puesto.

Siento que mi corazón comienza a acelerarse al reconocer el

acento inglés. No he visto a Malcom desde la mañana, y sinceramente pensé que no iba a participar en el lavado de autos dado que él no parece el tipo de persona que hace estas cosas.

—Beas... —su apellido queda a la mitad de mi garganta en cuanto mis ojos colisionan contra su pecho desnudo—...ley. —

Trago.

Intento controlar mi reacción al percatarme de que Harriet y

Jamie están a pocos pies de mí, pero, desgraciadamente, el número veintisiete no parece querer facilitarme las cosas.

En absoluto.

## **Capítulo XXXII**

Artero

# Kansas

Me gustaría no ser una chica heterosexual en este momento.

He visto muy pocas veces a Malcom sin camiseta, pero lo sorprendente de todo esto es que cada vez que pasa logro sorprenderme más que la vez anterior: caderas estrechas, abdominales definidos que descansan bajo pectorales trabajados y unos anchos hombros de los cuales nacen sus trabajados brazos.

Podemos añadir que su piel es de un suave color crema, que se ve decorada con venas que sobresalen, como en sus antebrazos o cuello, y con varios lunares dispersos en la longitud de su caja torácica. Tiene el tipo de brazos perfectos para dar un abrazo, el tipo de cuello indicado para hundir tu rostro tras un mal día y el pecho en el que muchas chicas quisieran poder llorar.

—¿Tengo que repetir que mis ojos están aquí arriba? —  
inquire arqueando una ceja.

—¿Tengo que repetir que soy consciente de que tus ojos están  
allá arriba y tus testículos allá abajo? —replico recordando una de  
nuestras  
primeras

conversaciones—.

Además,

si

en

verdad quisieras que te mirara a los ojos te hubieses puesto una camiseta. —Me encojo de hombros—. Es lo mismo que yo salga en sostén a la calle, solo podrías mirar una cosa, y no sería exactamente mi rostro —ejemplifico.

—¿Quieres apostar? —pregunta.

Lo miro unos instantes sin emitir sonido, silenciando el ruido de los motores, el agua corriendo, los bocinazos y las voces alrededor. Intento encontrar alguna pista sobre su estado de ánimo, aunque pocas veces las personas lo muestran realmente. Muchos pueden aparentar que algo está bien cuando ocurre todo lo contrario y, a decir verdad, conozco a bastante gente que es muy buena haciéndolo. Sin embargo, en el rostro del inglés no hay nada que pueda decirme que siente algo negativo. Las emociones que vi florecer en el gimnasio en cuanto vio el número de Nancy Brune en la pantalla de su teléfono parecen haberse ido, pero no estoy segura de ello, y por primera vez en mi vida desearía poder leer la



mente de alguien.

—¿Apostar? —inquiero con cierta incredulidad—. ¿Me ves con un puñado de cartas y cara de *poker*, Beasley? —pregunto antes de llevar el silbato a mi boca otra vez—. No estamos aquí para juegos tontos de doble sentido, muchacho. ¡Aquí se trabaja! —añado antes de que el chillón sonido proveniente de mi boca lo aturda—. Toma una maldita esponja y ve a fregar los autos, Malcom.

Intento sonar lo más dura posible, pero soy incapaz de impedir que cierta diversión retuerza mis labios.

—La esponja es demasiado áspera para la piel de mis manos —se queja descansando ambas manos en sus estrechas caderas.

«*No mires abajo, no mires*»—. Yo quería usar la manguera.

Noto el brillo travieso en sus ojos, uno que jamás pensé que podría encontrar en la mirada de un británico por demás de correcto y educado.

—Tu doble sentido es muy de principiante —critico.

—Con algo se empieza —se defiende—. ¿Verdad, entrenadora?

Prácticamente lo obligo a marcharse para que vaya a lavar los

autos. Y, prácticamente, me obligo a mí misma a alejarme en cuanto oigo la singular bocina de la señora Murphy.

—Ya tenemos más de quinientos sesenta dólares —informa Harriet mientras escribe en su portapapeles tras el pasar de siete largas horas—. Por lo tanto ya podemos cerrar el lavado — dice desde la reposera a mi derecha.

—Dejemos que sigan trabajando, aún quedan unos ocho coches

—respondo dando un sorbo mi *Coca-Cola*—

. Probablemente tendremos unos ciento veinte dólares a nuestro favor cuando terminen, es suficiente para recompensarlos llamando al *delivery*.

—¿Podemos pedir alitas de pollo? —inquire Zoe desde el césped, mientras juega con su hámster—. *Ratatouille* las adora, y yo adoro todo lo que mi rata adora, a excepción de las verduras — arruga la nariz y saca la lengua asqueada.

—Buena idea, engendro del diablo. —Le sonrío Jamie desde mi derecha, y automáticamente la fulmino con la mirada.

Mi teléfono comienza a vibrar en el bolsillo de mis *jeans* y lo tomo para observar una notificación de *Skype* que ilumina la

pantalla. Es de un desconocido e instantáneamente pienso que debe ser Chase. Jamie lo mandó a comprar más detergente dado que ya estaba escaseando un poco, y antes de partir me dijo que llamaría para saber qué marca debía traer. Harriet fue muy clara respecto a que teníamos que montar un lavado de autos de calidad, así que los productos tienen que estar a la altura de la situación y de los Jaguars.

Acepto la videollamada mientras tomo un poco más de mi bebida, y enseguida lamento haber hecho eso.

—¡Bill! —Trago y exclamo lo suficientemente alto como para que la gente a mi alrededor se dé cuenta.

Jamie se lanza de su reposera y apaga la música mientras Harriet corre a cortar el agua y a indicar que todo el mundo haga silencio. El ruido a los alrededores se apacigua en cuestión de segundos, y me obligo a fijar los ojos en Shepard.

—¿Qué diablos? —inquiero con el ceño fruncido ante la imagen.

Mi padre no solo está usando *Skype*, aplicación de la cual no sabía de su existencia hasta ahora, sino que también está usando un vendaje alrededor de su cabeza y una bata de hospital.

—Antes de que dispires con todas tus preguntas —se apresura a decir el hombre—, quiero decir que, en mi defensa, ese idiota de la tribuna me golpeó primero.

—Tienes cinco segundos para explicarte, papá —advierdo—.

O juro que me subiré al Jeep, iré hasta allí y seré la próxima persona en golpearte y averiarte el hipotálamo.

— Los Chiefs ganaron y un idiota de los Raiders dijo que el último *touchdown* no tendría que haberse cobrado, y, como ya te dije, él empezó —explica rápidamente, su voz elevándose sobre el sonido de las máquinas a su alrededor—. Deberías verlo, está en la habitación que sigue y solo le quedan nueve días... —alguien lo interrumpe, y pronto la nariz de Zoe aparece en la pantalla.

—¡Billy! ¿Qué te pasó? —inquire preocupada—. ¿Por qué estás en un hospital? ¿Vas a morir? —chilla espantada ante la idea—. ¡Yo no quiero que te mueras, dile al doctor que te mantenga con vida hasta Navidad!

—No va a morir, yo lo voy a matar —replico—. Dime dónde estás y dejaré a Zoe en el trabajo de la señora Murphy e iré para allá.

—Nada de eso, Kansas —dice dando un bocado a lo que creo

que es la insípida gelatina de hospital—. Tengo una pequeña fractura en la tibia y el imbécil de aquí al lado me golpeó la cabeza contra un parabrisas, pero no es nada serio. Solamente estaré un par de días aquí ya que los doctores insisten en hacer innecesarios estudios médicos y reposo —dice restándole importancia—. Tú debes ir a clases.

—Mi mamá dice que imbécil es una mala palabra —acota Zoe.

—Los mayores pueden decir ese tipo de cosas y, de todas formas, ¿tú no deberías estar con tus amigos de teatro? —interroga el hombre recordando mi pequeña mentira piadosa.

—Estoy con mis amigos, pero no son los de mi grupo de tea...

—La fiesta se canceló —interrumpo mientras acaricio el cabello de la niña—. Jamie y Harriet vinieron a hacernos compañía, ¿verdad?

La rubia y la pelirroja aparecen detrás de mi reposera y saludan a Bill sincronizadas, con un cántico que dice: «¡Hola, señor Shepard!» Obviamente que esto lo hacen alargando el partido.

—Estoy usando la cuenta de Skype de mi enfermera, así que no tengo mucho tiempo —se apresura a decir él—. Solo quería que

supieras que estoy bien y que les digas a los muchachos que no estaré en el partido del sábado. —Prácticamente debo amenazar a los Jaguars con la mirada para que no emitan sonido alguno—. O por lo menos no en forma física.

—¿A qué se refiere, señor Shepard? —se entromete Harriet.

—A que voy a dirigir el partido desde aquí —dice haciendo un ademán a su camilla de hospital—. Lo único que necesitaré será un ayudante, y esa serás tú —señala.

Los Jaguars se observan el uno al otro con expresiones de auténtica incredulidad y desacuerdo. Veo a Mercury acercarse listo para enfrentar a su *coach*, pero Beasley es lo suficientemente rápido y lo retiene tirando del cuello de su camiseta mojada.

—No, no me refería a Kansas —replica Bill al oír una queja—

. Espera, ¿quién diablos dijo eso si no fueron ustedes? —pregunta.

—Nadie —respondemos las tres chicas al unísono.

—Como sea —prosigue mientras toma otro poco de gelatina—. Necesitaré de tu ayuda, Lynn. —Jamie ve a mi padre como si él fuera el mismísimo conejo de Pascuas—. Tú vas a... —

La oración queda a mitad de camino en cuanto otra voz lo interrumpe.

—¡Lo conseguí! —Mis ojos se expanden al ver cómo Chase llega del supermercado y atraviesa el césped con una botella de detergente en mano—. Traje varias marcas porque no sabía de cuál te gustaba —explica observando la etiqueta del envase y meciendo dos bolsas en su otra mano—. Algunos vienen con olor a limón o a fresa, y el chico de la caja registradora dijo que son de buena calidad y duración. Él los usa muy a menudo. —Ríe—. Su novia adora esta marca, dice que funciona de maravilla para... — Su voz se desvanece al percatarse del silencio y la tensión que se eleva a sus alrededores, y en cuanto ve a varios compañeros inmóviles y a otros haciendo señas para que cierre la boca se paraliza.

Traslado mis ojos de vuelta hacia mi padre, quien tiene la cuchara de gelatina a medio camino de su boca. Su ojo derecho parece haber adquirido un tic nervioso de lo más reciente, pero el resto de sus facciones y cuerpo permanecen inamovibles. Nunca había fantaseado con que la tierra se abriese en dos y me engullera, no hasta ahora.

—¿Timberg? —La voz de mi padre es apenas un susurro mientras me observa con una mezcla de sentimientos explosivos en

sus ojos. Esto no es bueno, y lo digo porque la descripción de Chase respecto al detergente podría ser malinterpretada por Shepard—.

¡Timberg! —grita a todo pulmón, tan alto que creo que podría averiar mi teléfono—. ¡¿Qué haces en mi casa pedazo de sanguijuela?! ¿Y por qué diablos hablas de condones con mi hija real y mis hijas de otros hombres? —espeta con sus fosas nasales abriéndose y cerrándose a una velocidad poco humana.

Y, como siempre que hay algo que debe salir mal, Bill acaba de malinterpretarlo.

—No es lo que crees, papá —me adelanto a responder mientras el muchacho deja caer las bolsas del supermercado con una expresión de pánico.

—¡Lo único que creo es que ese chico es una sucia sanguijuela de pantano! —exclama apuntándome con su cuchara y lanzando gelatina a la pantalla—. Si estuviera allí le daría una patada lo suficientemente fuerte como para romper su orificio a...

—Desconecto la videollamada y cierro los ojos fuertemente, pero mi cabeza no puede liberarse de la imagen del hombre gritando frente a una pantalla cubierta de gelatina roja.

Hablaré con él cuando se tranquilice, y preferentemente



cuando no tenga a más de cincuenta espectadores alrededor.

—Soy hombre muerto —susurra Chase.

—Sanguijuela en este caso —corrige Beasley.

# Malcom

Mientras los muchachos terminan de lavar el último coche aprovecho para ir a tomar una ducha. La temperatura ha bajado lo suficiente como para anhelar un poco de agua caliente, pero claro está que ninguna de estas personas conoce el verdadero frío. De todas formas, el motivo principal de mi pequeño escape hacia la ducha tiene nombre: Ben.

Me toma unos pocos minutos regresar al cuarto con una toalla alrededor de la cintura y pocas ganas de volver a bajar. Hamilton dijo que teníamos que hablar, pero no estoy completamente seguro de querer escuchar lo que sea que tenga para decir. Tras confesarme en los vestuarios me ha estado observando por demasiado tiempo, como si estuviera analizando la situación una y otra vez, de mil formas diferentes.

Una parte de mí preferiría haberse quedado callada. Creo que se debe a que nunca he tenido a nadie con quien hablar de estas cosas, ni de nada en realidad. Nunca tuve a alguien demasiado cercano, alguien con quien pudiera compartir más que conversaciones superficiales o unas pocas opiniones. Mis

problemas eran, son y serán míos, y no me gusta involucrar a otros en ellos, pero esta vez se sintió necesario. Ben no me ha juzgado, solo me ha escuchado hablar y ahora analiza el panorama en general. El problema ya no pesa tanto como antes y mi conciencia ha logrado tener cierto respiro. Lo único que hice fue hablar con Hamilton, así que puedo deducir por qué la gente cuenta sus problemas: para que alguien los ayude a sobrellevarlos, para no sentirse solos en el proceso.

Como si los problemas hubieran sido invocados, mi teléfono vuelve a sonar desde el diván en la habitación. Termino de abotonarme el pantalón y atravieso el pequeño espacio para encontrar el nombre de Nancy iluminando la pantalla.

Sé que tendré que contestarle en algún momento y que solamente estoy posponiendo un hecho inevitable. Así que me planteo lo siguiente: si quiero olvidarme de Londres debo cortar toda conexión con el lugar, y eso incluye a Nancy reprochándome por tener ideas que no encajan con las suyas. Por lo tanto, si atiendo esta llamada será para escucharla y luego dar por cerrado un capítulo de mi mísera vida en Merton, así que con un gusto bastante acerbo en el paladar atiendo.

—¿Malcom? —Su voz suena insegura a través de la línea telefónica, como si en verdad no pudiera creer que he contestado.

—Así es, Nance.

Ella deja salir un suspiro cargado de alivio al oírme llamarla por su antiguo apodo. Solamente espero que no esté llamando por lo que ya discutimos una incesante cantidad de veces.

—No necesitas darme una explicación —dice un poco más relajada—. Sé que no querías atender, pero me alegra que lo hayas hecho —añade.

—Gracias por entenderlo. —Siento que mi corazón comienza a desacelerar sus latidos con cada palabra que oigo, a pesar de todas las diferencias respecto a Betland la echo un poco de menos.

—No te hubiera llamado si no hubiera sido importante, lo sabes, ¿no? —inquire—. En el aeropuerto me dijiste que no querías volver a pensar en Londres, y lamento ser la responsable de que lo hagas —susurra.

—Está bien —aseguro para calmarla—. Sé que jamás harías algo que me lastime a propósito.

Un silencio se desliza repentinamente en la línea telefónica, únicamente interrumpido por su respiración. Un presentimiento

bastante desagradable se asienta en la boca de mi estómago y tomo asiento en el diván en cuanto la oigo balbucear.

—¿Nance? —llamo en voz baja, preocupado por su inusual mutismo.

—Lo lamento, Malcom —susurra con lo que aparentemente es un nudo en la garganta—. Pero debes regresar, debes volver a Londres —añade con tintes de tristeza en las palabras.

Y lo siguiente que me dice son las palabras más agridulces que he escuchado alguna vez.

—Tomaré el próximo vuelo.

## **Capítulo XXXIII**

Sentir

# Malcom

Gideon Beasley murió.

El embrión vivíparo verá la luz pronto.

Y yo, al otro lado del océano, estoy sentado en un viejo diván dejando caer el teléfono al piso.

El ruido sordo penetra mis oídos y se oye la voz de Nance algo distorsionada, ella repite mi nombre una y otra vez. A pesar de tener el celular a unos pocos pies de mí, no logro incorporarme para alcanzarlo. No puedo mover mis brazos, mucho menos mis piernas. Siento que lo único que se mantiene en constante movimiento es mi corazón, que a diferencia del resto de mi cuerpo se encuentra acelerado e inquieto.

Es difícil asimilar las cosas que acabo de oír dado que no soy ni fui testigo de ninguna de ellas, pero pronto lo seré porque voy a regresar a Merton. Es algo realmente agrisado y, como la mayoría de las situaciones que pueden ser descritas por aquella palabra, también es de lo más irónico; una vida y una muerte, un trozo de cielo y otro de infierno, alguien que nace y alguien que sucumbe. Cada día millones de personas mueren, y no hay duda de

que es algo tan devastador como trágico. Sin embargo, cada vez que sale el sol otros millones nacen, y eso solo se puede describir como lo grato y fascinante de la vida. Un sabor a acre y dulce me llena el paladar, vivir es algo de lo más contradictorio. ¿Cómo se supone que seremos felices cuando existe la muerte? ¿Y cómo debemos estar de luto cuando aún existe la vida?

Con toda sinceridad, no siento lo que creo que debería sentir.

Sé que Gideon no es — era—, más que un monstruo que asomaba a plena luz del día. Sin embargo, no le deseaba la muerte. Lo que quería era que se arrepintiera, que reflexionara y que comprendiera lo que hizo. Quería que de cierta forma pagara, pero saldar las deudas de la moral ni se asemeja a pagar los delitos con nuestra propia vida. Estoy preocupado. No me siento feliz, pero tampoco destrozado; tengo una reacción tan neutral que logra inquietarme. No lloro por aquel padre que fue los primeros meses en que nos conocimos: atento, alegre y comprensivo. Tampoco siento el renacer de un viejo odio por la persona que dejó esas cicatrices en mi espalda. El rencor no está, la ira se esfumó, y solo queda una tranquilidad tan intensa que me llena de desasosiego. Una parte de mi conciencia me reitera que debería ser capaz de distinguir algún

sentimiento, pero de forma inexplicable solo siento un vacío. No hay emoción, solamente cruda apacibilidad.

Él está muerto y no siente nada.

Yo estoy vivo y no logro sentir algo.

Y luego está Nance: esa pequeña rubia de grandes ojos verdes, la hija de Sam, mi antiguo entrenador. La última vez que nos vimos fue en el aeropuerto, y puedo decir que su embarazo ya estaba bastante avanzado. Me dijo que pronto daría a luz y que deseaba saber si podría acompañarla. Negarme no es una opción, pero debo confesar que no creí que la fecha del parto sería tan próxima. Me inquieta que lo hayan reprogramado.

Ella y Niall, su prometido, son novios desde que tengo memoria. Y no tengo duda de que serán el tipo de padres que todo niño desea tener, la clase de padres que yo anhelaba conseguir mientras me encontraba entre las paredes del orfanato.

Tomo el teléfono y murmuro una disculpa a Nancy antes de colgar. Camino hasta el armario y lo abro, listo para sacar un par de cosas, como mi pasaporte y mi carné de conducir, pero entonces me detengo a mitad de camino. Considero que Bill está en el hospital, que el sábado tengo un partido que jugar y que no



puedo irme sin dejar alguna clase de explicación, pero al fin y al cabo nada de eso importa tanto como lo demás, tengo que ver a Nancy y asimilar lo de Gideon.

Automáticamente comienzo a analizar la diferencia horaria con la fecha de parto y el tiempo de vuelo estándar. Me tomará alrededor de diez horas llegar a Merton y otras diez para volver en caso de que no haya ninguna complicación. Son un total de veinte horas, sin contar la burocracia aeroportuaria, y solo tengo alrededor de cincuenta antes de que comience el partido. Podría irme y volver sin que Bill lo supiera, la realidad es que él y yo tenemos un contrato,

y

eso

incluye

no

volver

a Londres hasta que finalice la temporada. Sé que el *coach* entendería si le dijera que mi padre adoptivo murió, pero me siento incapaz de hablar con alguien sobre Gideon. Solo he hablado de él con una sola persona, y esa es Kansas.

“Kansas”, recuerdo.

Puede que no esté Bill, pero está su hija. Y la pregunta es; ¿cómo puedo pasar sobre Kansas Shepard? Porque eso, a mi parecer, es lo más complicado.

Más allá de todo, hay una pregunta que no debería formularse en mi cabeza en este instante, no cuando Nance está por dar a luz, no cuando Gideon falleció y Shepard se encuentra en el hospital. Sin embargo, los signos de interrogación se dibujan en el aire.

¿Cómo voy a confesarle a la hija de mi entrenador que me gusta? Y aún peor, ¿cómo voy a hacerlo y luego ser capaz de subirme a un avión? Decir la verdad y quedarse a enfrentar las consecuencias es lo que hacen las personas audaces, confesar y huir es aquello que solo hacen los temerosos.

Tal vez debería esperar para decirlo, eso debería funcionar.

### ***Kansas***

—¿Qué son las estrellas, Kansas? — inquiera Zoe observando el manto oscuro que se extiende a nuestro alrededor. Tanto Jamie como Harriet y los Jaguars se han marchado hace rato. La mayoría debe levantarse temprano para afrontar otro día

de universidad y entrenamiento, así que la cena con pizza quedó para mañana. Mientras tanto, la niña y yo nos sentamos en las reposeras que aún ocupan el jardín delantero.

—¿Quieres la verdad o una «kansastontería»? —Tal vez no tengo la inteligencia de Malcom, pero sé que las estrellas son esferas de gas que producen energía y poseen luz propia. La preparatoria sirvió para algo.

—Una «kansastontería», por favor —pide Zoe con sus ojos clavados en el firmamento.

Una sonrisa se despliega en mis labios en cuanto escoge esa opción. Una «kansastontería», según mi propio diccionario, es un disparate que invento con el objetivo de entretener a la niña. Son teorías creadas a partir de mi indomable imaginación, la cual no parece descansar en ningún momento.

—¿Qué es una estrella? —reitero la pregunta para mí misma, observando los rutilantes puntos que surcan la noche—. Creo que las estrellas son personas, Zoe. ¿Piensas que estoy loca por pensar eso? ¿Qué la gente que cree tal cosa lo está? —le pregunto, y automáticamente niega con la cabeza—. Me gusta pensar que nuestros antepasados descansan en las estrellas, que cada

persona es dueña de un trozo de cielo —comienzo a explicar mientras me inclino para subir el cierre de su abrigo—. Así, todos los niños, hombres y mujeres son eternos. Puede que ya no estén en la tierra, pero ahora iluminan el cielo: ellos son las estrellas, y cuando brillan, nos están sonriendo.

—¿Y qué hay de las estrellas fugaces? —inquire acurrucándose contra mi costado y presionando su mejilla en mi brazo.

—Bueno, sabes que está mal hacer diferencia, pero digamos que las estrellas fugaces son personas especiales —divago—. Tuvieron un corazón tan puro, noble y alegre cuando habitaron la tierra, que cuando llegaron al cielo se tornaron más rápidas y resplandecientes que las demás. —Las luces del coche de la señora Murphy aparecen en la esquina de Trinity Street—. Y ahora, para llevar su luz y felicidad a toda la inmensidad del universo, son estrellas fugaces. Sus sonrisas adornan ocasionalmente el cielo, y solo aparecen ante personas de gran corazón, Zoe.

La característica bocina resuena en mis oídos y la niña se incorpora. La ayudo a ponerse su mochila y le paso la jaula de Ratatouille, quien está masticando un pedazo de... ¿chocolate? ¿De

dónde sacó un chocolate?

Ella corre hasta el auto y abre la puerta trasera, pero antes de subir se gira y me observa.

—¿Sabes qué, Kansas? —habla dejando a la vista los pocos dientes de leche que aún le quedan—. Tú serías la estrella fugaz más brillante y veloz del universo —susurra como si fuera un secreto.

Hay ciertas personas que tienen la capacidad de hacer sonreír el alma, y Zoe Murphy, en mi opinión, es una de ellas.

Entro a la sala en cuanto el coche se pierde entre las calles de la ciudad y, como si fuera algo automático, un nudo se instala en la boca de mi estómago. Estuve todo el día rodeada de personas y, a pesar de no haberlo dicho en voz alta o haberlo confesado en mis adentros, sé que he evitado este momento a lo largo de todo el día. Uno puede pensar mientras está con otros, pero una vez que llegamos a casa y descansamos la cabeza en la almohada nuestros sueños, temores, dudas y pensamientos atacan contra nosotros de forma inevitable y voraz. Ahora solo puedo pensar en el hecho de que estoy a solas con Beasley. Mis ganas de vaciar el refrigerador, subir

a

mi

cuarto,

meterme a la cama y hacer una maratón de *Presuntos Inocentes* se intensifican. Todo por una misma razón: para evitar al inglés.

Tras lo que Harriet y Jamie me plantearon esta mañana, he desarrollado algo de miedo. No quiero pensar en si tengo o no sentimientos hacia Malcom, y tampoco quiero pasar tiempo con él solo para descubrir si mis amigas tenían razón.

Porque, tal vez, la tienen. Y eso es algo que no estoy preparada para aceptar. Sin embargo, mi plan de cena-cama-serie se ve terriblemente afectado en cuanto oigo los pesados pasos del británico desde el corredor del segundo piso.

—¿Kansas? —Mi nombre parece hacer eco entre las paredes, y noto cierta inquietud en su voz—. Necesito un favor —murmura llegando a la escalera.

—¿Qué clase de fa...? —comienzo a preguntar, pero las palabras se desvanecen en el aire en cuanto lo veo—. ¿A dónde vas, Malcom?

Él parece haber salido de la ducha hace rato, tiene *jeans*, una

camiseta limpia y una chaqueta. Su cabello aún mojado lo delata y lo hace lucir un poco más joven. Sin embargo, lo que en realidad llama mi atención es el bolso que carga sobre su hombro. Sus ojos azules colapsan contra los míos, y uso el verbo colapsar porque eso es exactamente lo que hacen: me golpean bruscos y repentinos. No hay gracia ni tranquilidad en las facciones del inglés, y por la forma en que mira puedo descifrar que algo anda mal. Está tan serio como lo estuvo al recibir el llamado de la enigmática Nancy Brune.

—Debo regresar a Merton, Kansas —dice para mi completo estupor. Intento encontrar algo en su voz que me indique que es una broma, y hasta incluso guardo silencio unos segundos en la espera de que se retracte—. Esta noche —añade.

—¿De qué hablas? —inquiero con la voz atestada de escepticismo—. Espera, ¿de verdad estás pensando en tomar un avión justo ahora?

—Ya he llamado a un taxi —informa llegando al pie de la escalera.

—Tú no puedes... —Me obligo a tragar saliva y cerrar la boca. Yo no soy quién para decirle qué es lo que puede o no puede

hacer.

—¿Yo no puedo qué? —inquire acercándose, dejando que el silencio se despliegue cargado de tensión tras sus palabras.

—¿Mi padre sabe que te marchas? —pregunto cruzándome de brazos, y automáticamente los descruzo. Este es el momento en el que me arrepiento de haber estudiado la expresión corporal de la gente, porque ahora más de ocho posibles razones por las cuales hago el gesto se alinean en mi cabeza: ¿será un auto abrazo por consuelo o por inseguridad? ¿Y si es por miedo o negación? ¿Para mantener el autocontrol o por nada en particular?

Maldita psicología.

—No, y no puede saberlo —dice para mi sorpresa—. Estaré aquí para el juego del sábado, y necesito que no digas nada a Bill —prosigue con ojos sensatos—. Él ya tiene suficiente con lo que le ocurrió.

—No voy a hacer nada por ti hasta que me digas el porqué de esta espontánea y lunática idea tuya de ir a Londres, pasar un día allí y volver —refuto—. ¿Vas a ir a tomar un café con Nancy y luego regresar? No te ofendas, pero es absurdo y también costoso —señalo.



—Yo no solicité tu opinión, Kansas —replica con la voz más grave y baja de lo normal—, así que no hables de Nancy o del dinero, porque son temas que no te conciernen —contesta al borde de la irritación—. Solo dime si vas a comentar mi ausencia con Bill o no.

—Debería hacerlo. —No sé por qué sueno más brusca de lo que normalmente soy.

—Deber y querer son cosas diferentes, así que dime si vas a mantener tu boca cerrada o no, porque tengo un vuelo que tomar.

—Ya no hay amabilidad en su voz, solo resta un enojo que crece con cada segundo que pasa sin ninguna contestación.

Entonces la bocina del taxi se escucha, surca las masas de aire y llega a nuestros oídos para intensificar la tensión que crece a paso agigantado a nuestro alrededor.

—Kansas. —Sus nudillos se tornan blancos alrededor de las correas del bolso, y soy testigo de cómo la exasperación ciega sus ojos—. ¿Puedes responderme?! Necesito irme —demanda y apresura.

Mis labios están listos para dejar salir las palabras, pero yo no. La decepción inunda las facciones del inglés y abre la puerta de

forma brusca. Lo observo atravesar el jardín a paso acelerado y solo soy capaz de seguirlo con el corazón acelerándose dentro de mi pecho. No sé por qué, pero cierta angustia me provoca estragos en la garganta y estiro mi mano lista para aferrarme a algo. Tiro de la manga de su chaqueta con fuerza, obligándolo a que me mire.

—No puedes irte así como así. —Las palabras parecen hacer eco en la noche—. No sin darme una explicación, no sin dejarme saber si algo está mal contigo —añado con aquella mezcla de furia, exasperación y desconsuelo que azota mi cuerpo—. Las personas no se van sin dar explicaciones, y tú no serás la excepción —ladro—. ¡Así que dime qué diablos está mal, porque honestamente necesito averiguarlo! —Siento que una bomba detonará dentro de mi organismo y que pronto volaré en pedazos—. . No te subas a ese taxi, déjame llevarte al aeropuerto. Déjame ayudarte, Malcom —intento convencerlo.

No logro comprender por qué mi pecho sube y baja a tal velocidad, por qué me siento al borde de la mismísima desesperación ante la idea de que se aleje. Lo conozco desde hace menos de un mes y ya actúo como si lo hiciera de toda la vida. Odio esto, eterna y definitivamente.

Sus ojos oceánicos perforan los míos, me atraviesan como dagas y parecen hacerme transparente. Está tan quieto que me cuesta distinguir si respira o no, tan estático que parece que el tiempo se ha detenido. Entonces, con un simple gesto le indica al taxista que se marche. El hombre se queja en voz baja y desaparece con el correr de los segundos. Sin embargo, lo que no desaparece es mi inquietud.

—Confiaste en mí para que viera tus cicatrices, para que escuchara tu historia —le recuerdo con la respiración acelerada—.

No quiero presionarte, pero no te vayas sin darme una explicación —susurro—, Porque no puedo tolerarlo, no otra vez.

Déjame ayudar.

No hagas lo mismo que hizo mi madre.

No hagas lo mismo que hizo Logan.

Él se limita a mirarme y es inevitable imaginar cómo luzco en este momento: desaliñada, desesperada, histérica y probablemente patética. Por un segundo vuelvo a ser la muchacha a la que Mercury le partió el corazón, y odio eso. Lo que siento ahora es tan fuerte como lo fue aquella vez, pero la diferencia está en que yo sentía algo por Logan en aquel entonces. Y, por mi

reacción, solo puedo reconocer dos posibles teorías: estoy exagerando o en verdad comienzo a sentir algo.

Algo por Malcom Beasley.

## **Capítulo XXXIV**

Taquicardia

# Malcom

Hemos estado escuchando la radio desde que subimos al Jeep hace casi una hora. Kansas sintonizó la 470 AM, de Betland, donde suena canción tras canción, artista tras artista. La constante música solo se ve interrumpida por los ocasionales comentarios de los locutores. Las luces del coche iluminan la ruta y, cada pocos minutos, dos faros aparecen en el otro carril. La noche envuelve el paisaje, convirtiendo los árboles y casas de campo en sombras. Las luces son escasas y las estrellas resplandecen con más intensidad a medida que nos alejamos de la ciudad. Afuera del vehículo todo parece demasiado remoto, demasiado tranquilo, mientras que puertas adentro un silencioso caos y una persistente tensión se adueña del aire y los pensamientos.

Observo a la castaña, cuyo cuerpo se esconde bajo una sudadera. Sus manos se aferran al volante como si de ello dependiera su vida, cada extremidad permanece tesa al igual que sus facciones. Sus ojos se mantienen fijos en la carretera y, por la forma en que aprieta los labios, puedo decir que intenta contenerse.

—Lamento haberte gritado —me disculpo—. No suelo

levantar el tono de voz —me sincero sobre el suave sonar de la melodía.

—No me importa que grites —replica tras unos escasos segundos—, así por lo menos puedo descifrar cómo te sientes —añade aún sin mirarme, y lo único que se limita a hacer es colocar un mechón de cabello tras su oreja—. En todo caso, me preocuparía que no lo hicieras, Malcom.

Las palabras que dijo para que no subiera al taxi se reproducen nuevamente en mi cabeza y es difícil mirarla como lo hacía antes.

— Los gritos son para los incivilizados y yo no soy ningún *Homo habilis*, soy Malcom el *Homo sapiens sapiens*.

Ella aprieta aún con más fuerza los labios en un intento de no tener expresión alguna ante mi comentario, sin embargo, fracasa. Sus comisuras se elevan sin su permiso y la risa trepa por las paredes de su garganta, pronto inunda el coche y penetra más allá de mis oídos. Respirar se vuelve más sencillo, la tensión se disipa lo suficiente como para que pueda disfrutar de un sonido tan espléndido como el de su risa. Me dispara una mirada fulminante porque es obvio que no quería reírse en una situación como esta.

A pesar de estar aliviado por escuchar su voz tras una hora de puro e inquebrantable silencio, no sé si estoy preparado para lo que sigue.

—Eres un imbécil —murmura tras aplacar su repentina hilaridad—. Y nos faltan unos veinte minutos para llegar al aeropuerto, así que será mejor que me des algo de información —apunta girando en la curva más cercana—, porque estás loco si crees que voy a dejarte subir a un avión sin tener ni la más mínima explicación del motivo de tu partida. Bill me mataría.

Esto era lo que quería evitar.

Ella intercala sus ojos entre la ruta y mi semblante, y aquella mezcla de verde y café es inundada por la comprensión y la suavidad. Es realmente complicado concentrarme para decir una cosa cuando mis pensamientos están en otra. Debería pensar en Gideon, pero me encuentro apreciando la forma en la que las sombras juegan con su rostro. Me fijo en lo pequeña que se ve dentro de esa sudadera de la BCU, que probablemente sea unos tres talles más grandes del que suele usar. Me digo que soy un egoísta, que no debería estar pensando en lo impaciente y linda que se ve tamborileando sus dedos contra el volante. Alguien acaba de morir

y, a pesar de que no se trate de una persona que quiera, sino de una a la que debería despreciar, creo que debería tener la consideración de pensar en él. Sin embargo, cuando miro a Kansas solo puedo concentrarme en todo lo que dijo y aquello que aún no ha salido de sus labios.

—Voy a responder solo si contestas a una pregunta —

mascullo observando la oscuridad que se extiende a nuestro alrededor—. ¿Qué piensas de la muerte?

Las palabras hacen que sus facciones se cubran de auténtica incertidumbre, y por su reacción puedo notar que no esperaba tal pregunta.

—La muerte —repite en voz baja, jugando con la palabra en

su lengua—. La muerte en sí no significa mucho —dice

encogiéndose de hombros—. Es la falla de los órganos vitales, es

algo natural, algo por lo que todos debemos pasar. Nacemos

destinados a morir, y no hay mucho que se pueda hacer al respecto

—explica—. No me molesta la muerte, y tampoco le tengo miedo.

Lo único que pienso es que es dolorosa, la mayoría de las veces no

para quien termina siendo la víctima, sino para aquellos que deben

ser espectadores. —Un automóvil aparece en el carril contrario y



deja que las luces iluminen el rostro de la castaña—. La muerte deja un sin fin de corazones rotos, Malcom. Afecta la vida de las personas que en verdad querían a quien falleció, así que lo único que sé de la muerte es que realmente apesta. De todas formas, no es algo que ya no sepas...

—¿Y si nadie quería a la persona? —inquiero con algo de culpa—. ¿No crees que es un poco frío que alguien muera y nadie lllore por él?

Sus ojos encuentran los míos, y en aquella milésima de segundo, el conocimiento parece golpearla tan fuerte como el oleaje a las rocas de la costa. La empatía y la sorpresa dilatan sus pupilas, la seriedad embarga su rostro y cierto brillo de compasión destella en su mirar.

—Es Gideon, ¿verdad? —indaga tan bajo y suave que me cuesta oírla—. Estás hablando de él —señala volviendo la vista a la penumbra de la carretera.

No contesto, me limito a guardar silencio y recordar cómo se supone que deberían funcionar mis pulmones, porque me cuesta respirar. No creo que se deba a la muerte de mi padre en sí, sino a la mirada que Kansas me dio, que me está dando. Cuando me mira

de esa forma tan peculiar suya, siento que entro en taquicardia; el ritmo de mis latidos se acelera hasta el punto en que siento que mi corazón podría colapsar. Colapsar por ella.

—Necesito volver a Londres —reitero.

—Lo sé. —Asiente—. Necesitas volver a Londres —repite de forma tan triste como comprensiva.

# Kansas

—No sé en qué estaba pensando —me sincero mientras camino de lado a lado en el cubículo del baño, y eso consta en dar un paso y medio hacia la derecha y otro paso y medio hacia la izquierda, una y otra vez—. Fue un impulso, lo juro —argumento de forma patética con el pasaporte en mi mano.

—Analicemos esto, ¿quieres? —intenta poner orden Harriet desde la pantalla de mi celular—. El padre adoptivo de Malcom falleció y él está por tomar un vuelo a Londres, donde su estadía no será de más de un día, y de la que tu padre no puede enterarse.

—Y tú estás en el baño del aeropuerto hablando con nosotras por Skype porque consideras tomar el avión con él —apunta Jamie junto a la rubia, enfundada en su pijama mientras se aplica una mascarilla verdosa sobre el rostro. Estoy segura de que el envase de esa cosa dice ser algo con extracto de pepinillo o jugo de aloe vera.

—En todo caso tomaría el avión a las espaldas de Beasley —aclaró—. Lo dejé en el estacionamiento y cree que estoy de camino a casa —explico antes de maniobrar para bajar la tapa del retrete y

sentarme sobre él—. Es solo que su padre murió y él debe enfrentarlo solo porque no tiene a nadie más. —Omito quién era Gideon Beasley. No puedo contarles nada. Malcom confió en mí para decirme la verdad sobre su padre adoptivo, y no soy la clase de persona que revela el pasado y los secretos de los otros. Eso es para amigos hipócritas—. Nadie debería enfrentarse a esa clase de noticia solo, y si no tienes apoyo todo se vuelve... demasiado — reflexiono.

—No voy a discutir eso contigo, Kansas —asegura Harriet con cierto brillo de empatía en sus ojos—. Tienes razón, pero creo que deberías considerar todo el panorama —añade—. Si Bill se enterara de que abandonarás el continente probablemente...

La interrumpen.

—Dispararía un misil al avión para que te ahogues en el océano Atlántico —termina Jamie aplicándose la mezcla viscosa alrededor de los ojos. La rubia golpea su muslo de forma automática y la pelirroja me observa con cierto grado de arrepentimiento—. ¿Qué? Es solo una posibilidad, pero todas sabemos que Bill no va a enterarse. —Sonríe—. Nosotras te cubriremos, Kansas. Podemos cuidar de Zoe, entrenar a los Jaguars

y mantener tu paradero y el de Malcom en secreto. Tu padre no sospechará, créeme, podemos manejarlo.

—Estás hablando como si en verdad fuera a tomar ese avión

—espeto—. Y yo...

—Tú vas a tomar ese avión y punto —dice volviéndose hacia la cámara para observarme fijo—. Ese chico no tiene a nadie y acaba de enterarse de que su padre murió. Aunque luzca como todo un hombre capaz de enfrentar y ganar la batalla contra el mismísimo infierno... —inhala—, sigue siendo un chico, un humano, y nadie es lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a las consecuencias de la muerte por sí solo. —Su voz es firme, y de alguna forma sus palabras parecen entrar por mis oídos e instalarse en medio de mi pecho—. Él necesita a alguien y tú estás ahí, así que conviértete en la persona que necesita. Sé su amiga y haz lo que mejor sabes hacer, Kansas: comprender, escuchar y abrazar.

Jamie luce tan apasionada y decidida que logra sorprenderme.

Sé que tiene razón. A veces se necesita a alguien que nos dé un pequeño empujón, porque de otra forma nos vemos inmovilizados por nuestro propio miedo.

Y ella acaba de empujarme.

—A la mierda el panorama, hazlo —apoya Harriet para mi completa estupefacción. Parece que el emotivo discurso de la pelirroja también ha sido un empujón para ella—. ¿Cuánto falta para que salga el vuelo de Malcom? —inquire antes de alcanzar su *laptop*.

—Dos horas. —Los nervios están desbordando en mi sistema.

—De acuerdo, ve a comprar el vuelo al mostrador de Rilles Airlines. Sabemos que Bill suele viajar siempre con la misma empresa. Y, si mis cálculos son correctos, debería tener suficientes millas de vuelo acumuladas para pagar el boleto. Tienes su número de asociado, ¿no? —comienza a teclear concentrada, con el ceño fruncido—. Ya tienes tu pasaporte en la mano y la extensión de mi tarjeta de crédito, esa que pedimos por si aca... —Ella se detiene y cierra los ojos, y sé que es una mala señal—. Aguarda, la mayoría de edad en Mississippi es a los veintiuno, así que dime que fuiste a un aeropuerto de Louisiana o tendremos un problema.

Asiento y el color parece volver a su rostro. La realidad es que Betland queda en el sur del estado y, por lo tanto, venir a este

aeropuerto es más rápido que a ir hacia alguno de los de Mississippi.

—No creo que tengas problemas para abordar el avión dado que la mayoría de edad en Louisiana es a los dieciocho, pero no puedo confirmar...

—Tengo la autorización de Bill —contesto con rapidez, buscando el papel en mi bolso—. ¿Recuerdan cuando a los dieciséis viajé a Manchester para visitar a mi tía Ruth?

—Nunca me agradó tu tía Ruth —confiesa Jamie—. Dijo que al comer muchas donas terminaría por convertirme en una. ¿Y qué si quiero brillar en glaseado? Sería fabuloso —añade colocándose una rodaja de pepinillo en su ojo derecho

—Probablemente esa autorización ya no es válida, pero no debemos preocuparnos dado que estás en Louisiana —prosigue Harriet—. Por cierto, ¿qué hay del dinero? ¿Tienes algo de efectivo o solo mi tarjeta? No utilices la extensión de la de Bill porque podría ver lo que gastas. Las compañías envían notificaciones a los propietarios cuando uno hace compras o saca dinero en el interior del país o en el extranjero —explica.

—Cambiaré los dólares que tengo en mi billetera en el

aeropuerto de allá. Tranquila, estaré solamente un día, así que alcanzará con eso.

—De acuerdo, de todas formas, y como precaución, depositaré parte de mi mesada a mi tarjeta para que tengas lo suficiente como para movilizarte allí. ¿Y Zoe? Nos encargaremos de ella.

—Hay una llave de repuesto bajo la segunda meseta de petunias en la entrada —indico intentando calmar los agobiantes y pesados latidos de mi corazón—. También pueden entrar por la ventana del baño. Recuerden que la señora Murphy deja a Zoe en casa alrededor de las doce y media.

—No puedo creer que estemos pensando en hacer esto, es una locura. —Ríe una nerviosa Harriet.

—Lo haremos —confirma Jamie tomando la otra rodaja de pepinillo y dándole un mordisco—. Y saldrá perfecto —dice antes de colocarla en su ojo.

Observo a las dos muchachas que aparecen en la pantalla. Si tuviera que definir la palabra amistad bastaría con decir sus nombres.

—Las quiero, lo saben, ¿verdad? —susurro a mi teléfono



mientras estoy sentada en un retrete en el cubículo del baño del aeropuerto de Louisiana. Suena ridículamente loco.

—Somos conscientes de eso, Kansas —dice con cierta diversión Harriet—. Ahora vete, nalgas europeas te necesita.

—Sí —conuerdo—. Creo que él me necesita.

Y, por más extraño e inoportuno que parezca, pienso en lo enfadada que estaría la tía Ruth si se enterase de que pisé Inglaterra y no la fui a visitar. Con aquella idea provocando la curvatura de mis labios, subo al próximo avión que aparece, irónicamente, en la plataforma número veintisiete.

Adiós, Betland, Mississippi.

Adiós, Louisiana.

Hola, Merton.

## **Capítulo XXXV**

Lavanda

# Malcom

Merton jamás se sintió como mi hogar, pero no sirve negar que en verdad extrañaba el aire fresco y el olor a lluvia que inunda las calles de la ciudad. Las nubes grisáceas cubren el cielo y amenazan a los habitantes que, al conocer a la perfección el clima de la metrópolis, cargan paraguas antes de salir de sus hogares. Todos piensan que en Londres siempre se despierta con un día gris, pero la realidad es que el sol se ve más de lo que se cuenta. Sin embargo, hoy la lluvia parece haberse encaprichado en ser la protagonista del día.

Me bajé del taxi que me trajo desde el aeropuerto hace varias cuadras, y esto solo fue para caminar por las mismas calles que solía transitar hace años. Luego de que Gideon fuera arrestado me mudé a otro de los barrios de Londres, Enfield para ser exactos. Allí tuve la suerte de conocer al entrenador Brune, quien terminó de enseñarme todo lo que el fútbol americano tenía para ofrecer. Abandoné el orfanato para quedarme en una pensión cerca de su hogar y de la universidad donde él trabajaba. Se convirtió en mi tutor legal tiempo después. Luego, como si fuera un regalo de

disculpas por todo lo que tuve que atravesar, el destino me hizo conocer a Nancy. Alegre, delirante, estridente y afectuosa, esa fue la primera descripción que vino a mi cabeza al conocer a la hija del entrenador. Ella es como un pequeño, molesto y demasiado brillante rayo de sol. Puedo apostar mi rombencéfalo, mesencéfalo y prosencéfalo a que Nancy Brune puede traer calidez y alegría a cualquier época del año.

Y a cualquier persona.

Resulta bastante cómico el contraste de mi primera impresión de la embarazada contra la que tuve de Kansas. A la castaña la clasifiqué como una persona imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños, y también por una chica terca y desdeñable. Para mi completo estupor resultó ser todo lo contrario.

Aún tengo un gusto amargo en el paladar, y creo que se debe a las palabras que no fui capaz de decir antes de subirme al avión.

No puedo confesar que me gusta y luego desaparecer, así que primero voy a priorizar a Gideon y a Nancy para luego tener todo el tiempo que me queda priorizándola a ella. Las preguntas se formulan en mi cabeza a una velocidad inimaginable, y entre ellas está aquella que cuestiona si en verdad Kansas siente algo por

mí. Estoy seguro de que ella negaría absolutamente todo si se lo preguntara, pero la realidad es que la atracción entre ambos es tan intensa que negarla solo empeoraría la situación, y no hablo de una simple atracción física, sino de algo mucho más grande. Tengo la certeza de que hay algo entre nosotros, pero parece muy poco probable que la hija de Shepard lo vaya a admitir. Así que cuando vuelva, vamos a tener que aclarar todo.

Quiera o no.

Mientras tanto, las hojas anaranjadas y amarillentas de los árboles dejan de crujir bajo mis zapatos. La leve llovizna moja los restos del otoño que adornan las veredas y, por lo tanto, me obligo a acelerar el paso. No me quiero resfriar, tengo un juego que ganar el sábado y, a pesar de tener un sistema inmunológico de lo más extraordinario, de seguro tengo la suerte de que un insignificante resfrío haga quedar en ridículo a mi mecanismo de defensa.

Nancy me contó que un abogado había contactado a su padre hace dos días atrás, el hombre me estaba buscando a mí.

Supuestamente, Gideon Beasley había dejado todo lo que tenía a mi nombre. Le dejó su herencia, aquello que comenzó a construir

tras salir de la cárcel, al muchacho que lo había enviado a prisión en primer lugar.

Me cuesta comprender el porqué de su decisión. Tal vez sintió pena y por eso me dejó todo lo material como un consuelo por haber hecho lo que hizo, pero honestamente no me importa nada que tenga posible valor. La verdad es que, personalmente, creo que vale más todo aquello que no tiene precio: el perdón, la amistad, la pasión, el sentir y el pensamiento, pero no puedo recriminarle nada a un cadáver, por más grotesco y frío que suene. —¡Malcom! — Me detengo de forma automática al escuchar el sonido.

Proviene de una voz demasiado familiar, una que tiene la capacidad de congelar cada músculo de mi cuerpo. Levanto la mirada y allí la encuentro, observándome desde el otro lado de la calle, en el café en el que planeábamos reunirnos.

Nancy Brune.

Se protege de la lluvia bajo un paraguas con flores, pero como ya mencioné antes, ni los días grises ni la lluvia pueden quitarle ese resplandor tan especial que tiene. A pesar de tener una barriga enorme por estar a punto de dar a luz, se las arregla para

lanzarse a mis brazos y abrazarme en cuanto cruzo la calle.

Aspiro su perfume a lavanda y por un segundo recuerdo la dulce fragancia a rosas que suele usar Kansas, esa que se mezcla con su acondicionador.

Entonces, la abrazo más fuerte.

# Kansas

Perseguir a alguien no es sencillo, mucho menos si debes hacerlo en un lugar que desconoces y quien te lleva es un taxista que te observa con algo desdén solamente por venir de otro país y tener un acento diferente.

El vuelo de Malcom se retrasó en salir, así que la primera persona que dejó el continente americano fui yo. Luego tuve que esperar alrededor de dos horas en el aeropuerto hasta que él llegó. Estaba lista para ir a hablar con Malcom hasta que el arrepentimiento se adueñó de cada fibra de mi cuerpo.

Tal vez no debería haberme subido a ese avión, y con toda sinceridad no tengo la certeza de que Beasley reaccionará bien por eso, pero, por otro lado, no puedo tolerar que vaya a enfrentarse a la muerte de Gideon solo, y por experiencia personal puedo decir que a pesar de que busquemos soledad cuando alguien cierra sus ojos para siempre, en el fondo sabemos que necesitamos compañía.

Cuando me enteré que mi tía Jill había muerto me encerré en mi cuarto por días. Lo único que hacía era tocar con furia el piano

y bajar a ver si mi madre necesitaba algo, luego volvía a encerrarme y a rogar que nadie tocara mi puerta.

Sin embargo, alguien siempre lo hacía.

Harriet respetaba mi decisión de no querer hablar, así que solía dejar en mi casillero un viejo *walkman* de su madre y, junto a él, varias cintas con música de otra época. Ella sabía, y aún sabe, que las melodías logran relajarme y ayudarme a sobrellevar las dolencias de la vida. Luego estaba Jamie, quien claramente no respetaba mi decisión de no hablar y llegaba a mi casa a altas horas de la madrugada. Traía su mochila cargada de todas las cosas que me gustan, a veces potes de helado, otras veces algún que otro chocolate con maní. Nos sentábamos en el porche y ella hablaba de cosas irrelevantes en el intento de despejar mi mente. Mirábamos las estrellas y relataba viejos mitos griegos, otras veces me enseñaba las constelaciones, que las señalaba con dedos cubiertos de chocolate derretido.

Mi madre, por otro lado, estaba demasiado ocupada emborrachándose, así que mi padre se ocupaba de absolutamente todo en la casa. Él nunca dijo nada al respecto, pero sé que intentaba animarme a partir de las pequeñas cosas. Se esforzaba en



hacer mis comidas preferidas, y sí, esa fue la única época en que cocinó algo más que salsa. Dejaba al pie de mi cama viejas sudaderas de cuando él asistía a la universidad porque sabía que amaba usarlas, y procuraba afeitarse, porque era consciente de que no me gustaba que su barba raspara mi mejilla cuando lo saludaba. En conclusión, si me pongo a pensar en qué hubiera sucedido si no hubiera tenido a esas personas, puedo afirmar que todo se habría vuelto más difícil, más insuperable de lo que aparentaba ser.

Ellos, a partir de los pequeños gestos como un abrazo o una cinta de los ochenta, lograron contenerme. Y si pienso en Malcom solo me enfoco en que no tiene a nadie que lo apoye. Él no tiene a su propia Harriet ni a una terca Jamie, y mucho menos a alguien como Bill.

Él se tiene a sí mismo, pero a veces eso no es suficiente.

El profesor Ruggles siempre recalca que los seres humanos somos sociales, que no podemos vivir aislados porque en nuestra naturaleza

siempre

está

ese

característico

sentido

de

pertenencia hacia un grupo. Nos relacionamos con otros por muchas razones, ya sean físicas, tácticas o psicológicas, pero en el fondo somos sociales porque no podemos cargar el mundo en nuestros hombros por sí solos. Necesitamos ayuda, a alguien que logre alivianar el peso de esta caótica vida que tenemos. A alguien con quien compartirla.

No voy a mentir, aún me cuestiono si fue una buena decisión tomar ese avión, pero la realidad es que, en el fondo, jamás podría arrepentirme de ser el apoyo que alguien necesita. Así que dejo a un lado todas las dudas y le digo al taxista que se detenga. Le he pedido que siga al taxi de Malcom desde que salió del aeropuerto —sí, lo sé, es bastante perturbador y extraño—, pero en cuanto estoy por bajar veo algo.

A alguien, en realidad.

Bajo la lluvia hay una chica que se protege del agua bajo un paraguas floreado. Ella viste un saco escarlata que contrasta contra el rubio y lacio cabello que cae sobre sus hombros. Sin embargo,

lo que más llama la atención es la forma de su cuerpo.

Está embarazada.

Y Malcom camina hacia ella.

La muchacha deja ir el paraguas y lanza sus brazos alrededor del cuello del inglés, quien entierra su rostro en su hombro y aspira el aroma de la desconocida. Malcom cierra los ojos y su cuerpo parece relajarse a pesar del frío y la situación, ambos se acurrucan bajo la llovizna del otoño y disfrutan del abrazo en silencio.

—¿Vas a bajarte o no, niña yankee? —inquire el taxista en tono irritable. Creo que no le agradan los americanos. O los seres humanos en general.

—En realidad no —murmuro observando la forma en que los fuertes y extensos brazos de Malcom envuelven a la pequeña rubia, la que creo que es la enigmática Nancy Brune.

Le digo al taxista hacia dónde quiero ir y nos ponemos en marcha. A través de los vidrios empañados observo cómo Beasley dirige a Nancy al pequeño café, no sin antes saludar al muchacho rubio que anteriormente abrazaba a la embarazada intentando protegerla del frío otoñal. Creo que ese es el padre del

bebé.

Aunque Malcom no tenga hermanos, también pienso que podría ser el tío de aquel futuro niño o niña, o eso puedo deducir por la forma en que Nancy y su novio lo observan. Me percaté de que Beasley atravesó el océano por una muerte, pero también por una vida, y me doy cuenta de algo más: él no está solo, no como yo asumí que lo estaba.

Él no me necesita.



—De verdad fui una idiota —admito—. Ni siquiera lo pensé dos veces antes de tomar ese avión —añado observando el cielo grisáceo, desde la banca—. No conozco a Malcom Beasley, no en realidad, así que no sé a qué se debe la precipitada decisión de cruzar el océano Atlántico por él.

Asumir que él se encontraba absolutamente solo contra el mundo fue un error, un terrible error. No es que no me ponga feliz el hecho de que tenga a Nancy y a su prometido para acompañarlo en esto, en realidad me trae cierta paz saber que tiene personas en quien confiar. No estoy molesta con él y no tengo ninguna razón

para estarlo. Sin embargo, es inevitable sentirme decepcionada y enfadada conmigo misma. No estoy furiosa por lo que ocurre, sino por lo que siento.

Asumí que Malcom me necesitaba y vine sin conocer la historia completa, fui impulsiva y totalmente terca. Siento el gusto familiar de un recuerdo, algo muy similar que ocurrió en el pasado cuando Logan me dijo que sería mejor tomar caminos separados, a lo que automáticamente le respondí que era imposible. Argumenté que nos queríamos, que él me necesitaba.

Sin embargo, Mercury demostró que no lo hacía.

Él estaba centrado en su carrera deportiva y no dio explicación alguna antes de marcharse. Simplemente dijo que sería mejor alejarnos, pero claro está que yo no sabía cuál era la historia completa, todo aquello que él omitió. Con el tiempo descubrí que me había dejado para concentrarse en el fútbol y su carrera universitaria. Él no tenía tiempo para mí o para otra relación, y solo podía pensar en cumplir sus metas. Jamás podría enojarme con alguien que decide perseguir sus sueños, y la realidad es que hoy en día Logan no me agrada por el simple hecho de que me ocultó sus razones. Si me hubiera dicho la verdad, yo no me hubiera

enfadado, sin embargo, me dejó sin dar explicación alguna. Se marchó y me dejó pensando que algo andaba mal conmigo, que yo no era suficiente. Mientras tanto, seguía sosteniendo que él me necesitaba, que nadie podría apoyarlo o quererlo como yo lo hacía. Me llevó un tiempo averiguar que había roto conmigo para enfocarse su futuro y en lo que él creía importante.

Ahora siento algo parecido, desgraciadamente.

No conozco lo suficiente a Malcom, y fue una equivocación pensar que necesitaba de mí. Él tiene personas que lo apoyan y tal vez no necesita ni quiere otra más. Solo conozco una mínima parte de su historia, y otra vez siento que un chico se fue sin darme una explicación. La única diferencia está en que seguí a Malcom y dejé ir a Logan, y eso me aterra, porque significa que en verdad siento algo por él. Algo más fuerte de lo que debería sentir por alguien que conozco desde hace tan poco tiempo, porque de otra forma no hubiera subido a un avión con la idea de que necesitaba de mí.

—Mi plan de fin de semana no era hablar contigo —murmuro a la lápida frente a mí. El nombre de Gideon Beasley resalta tallado en el margen superior de la piedra—. Sin embargo, aquí estoy. —

Hago un ademán a mí misma—. Hablando con el hombre que no fue capaz de apreciar y amar a, posiblemente, uno de los mejores seres humanos que ha existido en este maldito planeta —acusó al objeto inanimado—. Deberías... —Las palabras se desvanecen en mis labios en cuestión de segundos.

Parpadeo ante la lápida y me obligo a incorporarme y acercarme para ver un poco más de cerca aquellas palabras que descansan bajo el nombre del padre adoptivo de Malcom. Siento que un nudo se forma en la boca de mi estómago al instante, y debo recordarles a mis pulmones que deben seguir trabajando.

Gideon Beasley no está muerto.

—¿Kansas? —inquire una voz a mis espaldas.

Y Malcom Beasley no lo sabe, porque de otra forma no estaría en este cementerio.

Y yo tampoco.

## **Capítulo XXXVI**

Rosas

# Kansas

Estoy confundida.

Demasiado.

Cierro los ojos e intento aclarar la situación. Sin embargo, lo único que veo son cientos de teorías, signos de interrogación y palabras sueltas sin sentido alguno.

Tras ver a Malcom con Nancy y su novio decidí darle espacio.

Ellos tres probablemente necesitaban hablar y yo no podía aparecer como caída del cielo. Primero porque tendría que explicarles el porqué de mi inesperada llegada, y segundo porque debería enfrentar a Beasley y reconocer por qué hice lo que hice.

Además, me preocupaba bastante su reacción.

Quería esperar a que Malcom estuviera solo y, como debía aclarar mis sentimientos y pensamientos, decidí irme por un rato a algún lugar tranquilo. Así podría armarme de valor y luego decirle que estaba aquí para apoyarlo, a pesar de que aparentemente no necesitaba de mí. La realidad es que no gasté mis millas para nada, tampoco le oculté esto a Bill y desperdicié mi tiempo en vano: llegué a Merton con un propósito y, más allá de estar en cierta parte



arrepentida por haber venido, ya no puedo ni podía dar marcha atrás.

Terminé en el cementerio, lo cual es bastante tétrico pero comprensible.

Sabía que Malcom vendría en algún momento, así me quedé esperándolo. Lo único que no tuve en cuenta, ya que fue imposible adivinar, era que se iba a presentar en un momento tan revelador.

Un momento como este.

Estoy en completa estupefacción. Abro los ojos y vuelvo a encontrar la lápida frente a mí. Gideon Beasley no está muerto, me reitero.

—Kansas. —Ya no es una pregunta, sino una afirmación.

Me giro para encontrar aquellos intensos ojos azules clavados en mí. Una mezcla de incredulidad y un sentimiento poco descifrado decoran su mirada. Siento que me torno transparente a medida que pasan los segundos. Un nudo se forma en mi garganta impidiendo que palabra alguna pase por aquella barrera.

Pocas veces son estas en las que tengo cosas que decir pero no puedo hacerlo, me trae tanta impotencia el no poder expresarme que hasta llego al punto de enfadarme conmigo misma.

La leve llovizna todavía cae, mojando poco a poco nuestras ropas y calándome los huesos. De su cabello rubio gotea agua que se desliza en forma de lágrimas por todo su rostro, que arrasan contra sus cejas y largas pestañas, por el puente de su nariz y hasta sus labios. Es una imagen realmente fría y triste, y si no fuera por la cantidad de enigmáticos sentimientos que surcan sus ojos podría decir que estoy en presencia de algo vacío.

Sus labios se abren, listos para hablar otra vez, pero presiento que no solo dirá mi nombre en esta ocasión, así que me obligo a tragar el nudo que obstruye mi garganta y fuerzo las palabras, las obligo a salir de su escondite y ver la luz —y tal vez la ira—, de Malcom Beasley.

—Antes de que digas algo, debes escucharme —espeto tomando una bocanada de gélido aire—. Cuando me contaste lo de Gideon solamente pude pensar en lo que significó la muerte de mi tía Jill para mí —confieso mientras comienzo a hundirme en el océano de sus penetrantes ojos—. En su momento carecía de sentido que alguien como ella abandonara esta tierra y, a pesar de que creas que soy un monstruo sin sentimientos, pienso que lo de Gideon te afecta de alguna forma. —« *Su padre probablemente no*

*esté muerto*», me recuerdo—. Yo no sabía qué hacer y me había quedado sin rumbo, pero las personas que quería me ayudaron a encontrar el camino que había perdido de vista. Sé que contigo es totalmente diferente, Malcom —mascullo sintiendo cómo las glaciales gotas de lluvia recorren mi rostro—. Tú sabías exactamente qué hacer: subirte a un avión, llegar a Londres para visitar este cementerio, arreglar posibles asuntos legales y luego volver a casa para seguir con tu vida. —Él continúa inmóvil bajo la lluvia, contemplándome en un mutismo que logra estremecerme—. En ningún momento te faltó valor, firmeza o convicción para tomar tus decisiones o enfrentar la mismísima realidad. Mi punto es que sé que eres fuerte —explico sintiendo los mechones de mi cabello adhiriéndose a mis mejillas—, pero hasta las personas como tú necesitan a alguien en quien apoyarse, porque quieras o no somos humanos; no podemos cargar con toda la desdicha, el dolor y el miedo por sí solos. Aunque creas que tienes todo bajo control en el algún momento te derrumbarás, y créeme que necesitarás a alguien que te ayude a ponerte de pie. —Señalo en cuanto una ráfaga de viento surca los aires y nos golpea—. Tal vez yo me desmoroné primero y tú lograste seguir, pero la caída es

inevitable. Y quiero ser la persona que te sostenga, la que necesites para recobrar fuerzas y seguir adelante. —La sinceridad rebosa en mis palabras mientras lo observo—. Ahora puedes comenzar a gritarme, reprocharme o a aniquilarme, de todas formas, ya estamos en el cementerio y te ahorrarías el viaje a la funeraria.

Los segundos que le siguen a mis palabras son tan breves como inciertos. Estoy estática, esperando ver reacción alguna en su rostro. Sin embargo, él solo se limita a observarme en un completo e inquebrantable silencio. Me gustaría que dijera algo, que se enojara, que gritara o, por lo menos, que aparentara tener algún tipo de sentimiento respecto a esto. Que se moviera también estaría bien. Detesto este tipo de mirada, esa que no dice nada por fuera, pero grita por dentro, la que es un enigma ante los ojos de cualquiera.

Entonces, en una milésima de segundo Malcom está a escasas pulgadas de mí. Me siento mareada por un momento. Me falta el aire en cuanto me percato de la cercanía y de su familiar fragancia inundando mi sistema. Si segundos atrás sus ojos carecían de emoción, ahora son un tornado de las mismas, se ven en todas partes, formando un auténtico caos al que no se le puede poner

orden.

—¿Viajaste miles de millas solo para estar conmigo? —

inquiérese en voz baja y ronca, mirándome con cierto embelesamiento.

—Teóricamente sí —reconozco—, pero vine para acompañarte, solo para eso —aclaro—. ¿Qué parte del discurso no entendiste, Beasley? —inquiero frunciendo el ceño.

—Creo que lo he entendido todo —murmura antes de levantar su mano hasta mi rostro.

Siento que las yemas de sus dedos rozan mi mejilla. Me encojo dentro de mi sudadera. En cuanto su palma hace contacto con mi piel, estoy perdida. No sé el porqué, pero su tacto se las arregla para ser cálido a pesar del frío y la lluvia que nos rodea. Su pulgar acaricia de forma suave y lenta mi mejilla. Lucho contra el impulso de cerrar los ojos y disfrutar de su toque.

—No estás enojado por el hecho de que viniera, aunque ni siquiera querías decirme qué sucedía en primer lugar —apunto, detestando la forma en que suena mi voz.

—No todos los días alguien cruza el océano Atlántico por mí.

—Ladea la cabeza y reflexiona—. Las chicas suelen perseguirme,

pero nunca traspasan el límite del continente. No son tan valientes.

—Ni tan estúpidas —añado.

Una media sonrisa eleva las comisuras de sus labios y puedo admitir con total sinceridad que eso, en combinación con su mano en mi mejilla, logra anestesiar mi parte razonable. Por un momento, la lluvia, el cementerio, Merton y hasta Gideon Beasley desaparecen de mi cabeza.

—Kansas. —Su voz suena más firme, pero eso no hace que su toque se torne menos suave—. En verdad me gustas, y que hayas venido hasta aquí con la intención de acompañarme solo hace que me gustes aún más —confiesa sin dejar de observarme.

Intento dar un paso atrás porque no estoy preparada para escuchar ni aceptar aquello que acaba de decir. La situación se me está yendo de las manos, y eso es algo que realmente no puedo tolerar.

Una cosa es sentir algo y callarlo, pero cuando lo dices en voz alta todo cambia. La relación entre dos personas ya no es la misma y el panorama tampoco. Como los cambios son inciertos y producen miedo, prefiero alejarme, evitar que lo que sea que Malcom y yo compartimos tome un rumbo inesperado. No me

gusta sentirme insegura, pero con cada palabra que él dice, mi inseguridad aumenta.

Alejarme no parece ser una opción. No para él.

Su mano libre va directamente a mi cintura y me atrae hacia sí mismo con convicción. Los dedos que antes acariciaban mi mejilla se enredan en mi cabello mojado. Siento que cada fibra de mi cuerpo se estremece. Su agarre es firme, demostrando que no parece querer dar marcha atrás, pero jamás pierde la delicadeza.

Su pecho está pegado al mío, nuestros corazones parecen sincronizarse para acelerar sus latidos y golpear uno contra el otro cada vez que laten: colapsan juntos, se vuelven locos el uno al otro. Siento su aliento a escasas pulgadas y soy testigo de la forma en que sus labios quedan entreabiertos.

Jamás había visto a Malcom de esta forma, tan decidido, espontáneo y con un agarre que podría describir como salvaje. Él no se parece al inglés que explica la comercialización del trigo por diversión, y tampoco al muchacho que les abre la puerta a las ancianas en el supermercado.

Siempre creí que las personas tienen distintas fases, al igual que la luna. Depende de la circunstancia y la gente que los rodea

una parte de ellos se ve iluminada, mientras que las demás quedan en completa oscuridad, ocultas de nuestros ojos.

Esta fase del número veintisiete no la conocía en absoluto.

No hasta ahora.

—No hay mucho que puedas hacer al respecto —murmura anclando sus ojos en los míos—. Me gustas y nada va a cambiar eso, Kansas —asegura—. Así que tus opciones se reducen a solo dos: aceptarlo y besarme justo ahora o aceptarlo y besarme después.

—Eres bastante tonto por asumir que me gustas, y, en el remoto caso de que fuera así, la respuesta sería después —replico de forma automática, y a pesar de que intento transmitir con mis ojos la firmeza de mi decisión, se me hace poco posible dado que mi mirada cae en sus labios.

—Estás recurriendo a la antífrasis —susurra tan cerca que siento como su aliento se mezcla con el mío—. Dices lo contrario a lo que piensas, es una figura de pensamiento retórica muy recurrente en las mujeres —explica con lentitud.

—Eso es una mier... —comienzo a decir, pero me interrumpes.



Sus labios capturan los míos en un beso. En ese preciso instante siento que me convierto en pura, potente e intensa electricidad.

Sus manos me empujan contra su pecho, sus brazos se tornan pesadas cadenas a mi alrededor y la calidez de su cuerpo me envuelve en un abrazo. El frío, la lluvia y la gélida brisa desaparecen en cuanto ambos nos perdemos en el roce de nuestros labios. Entierro mis propias manos en su cabello húmedo y fresco, mientras que él recorre con sus dedos mi cuello. Su boca no se despega de la mía y anhelo que jamás lo haga, el sabor a menta inunda su paladar, pero eso no quita la calidez que posee. Su lengua se abre paso entre mis labios y explora todo lo que tengo para ofrecer.

Malcom me estrecha contra sí mientras el agua recorre nuestros abrigos y piel, me sostiene de una forma en la que nadie nunca me había sostenido antes. Es una sensación que me cuesta explicar, una donde las palabras no hacen justicia a lo que en verdad me provoca.

Lo siento en todas partes: su fragancia inunda mi sistema, sus manos acarician sobre las prendas y su boca me hace perder la

cordura.

Es como una droga de la que te vuelves adicto al instante.

Tiro de él contra mí. Busco más cercanía porque parece que no puedo obtener suficiente de él. Sus manos encuentran el camino de vuelta a mis mejillas y sus dedos acarician cada pulgada de mi piel.

Nos separamos en busca de aire y aquellos ojos oceánicos parecen resplandecer en el día gris. El azul de su mirada se torna tan intenso que me quita el aliento, es algo cautivante que, combinado con el abismo de sus pupilas, se convierte en una imagen que probablemente todos los artistas amarían pintar.

—Me gustaría que los besos duraran una eternidad —

confiesa apartando unos mechones mojados de mi rostro y colocándolos tras mi oreja.

—Probablemente se me acalambrarían los labios, e ir al baño sería un problema, ¿no crees? —Arqueo una ceja—. Supongo que tendrás que conformarte con un par de segundos.

—No serían suficientes, pero los tomaré de todos modos.

Mis labios se curvan ante eso y nos observamos en silencio.

Dejamos que nuestros ojos digan todo lo que hay que decir. Nos

permitimos olvidar el mundo por un momento, olvidar la realidad  
y enfocarnos en la persona frente a nosotros.

Y así, entre sus brazos, me sostiene bajo la lluvia hasta que  
cesa.

Hasta que se asoma el primer rayo de sol.

## **Capítulo XXXVII**

Tradicional

# Malcom

No he dormido mis ocho horas diarias, mis horarios están completamente desordenados, apesto a defecación de recién nacido y creo que estoy resfriado.

Suelo planear absolutamente todo, pero esto no es algo que haya siquiera considerado que iba a pasar. Sin embargo, la pestilencia, el cansancio y la frustración pueden esperar dado que hay cosas que requieren de mi completa concentración en este momento, como, por ejemplo, la correcta colocación de mis pantalones de fútbol en la parte trasera de un Jeep en movimiento.

—Esto está muy ajustado —me quejo intentando subir la prenda por mi pierna izquierda mientras la sacudo. Entonces, en una milésima de segundo, mi rostro se encuentra estampado contra la ventanilla trasera y tengo medio cuerpo en el piso del coche—. Deja de tomar las curvas a proposito, eso no me ayuda —espeto a la conductora, quien arquea sus cejas con inocencia observándome por el retrovisor—. Y no me mires, Kansas —reitero por cuarta vez.

—Te estás cambiando en la parte trasera de mi auto, tengo

derecho a mirar —argumenta tomando otra curva con demasiada brusquedad.

—Pero no quiero que tu primera imagen de mi desnudez sea esta —replico antes de tirar de la cintura de los pantalones hacia arriba, con un gruñido cargado de impaciencia—. Es una completa humillación a mi masculinidad.

—Perdiste tu masculinidad en cuanto te pusiste ese sostén —apunta haciendo referencia a la prenda que cubre parte de mi pecho.

—Por enésima vez... —murmuro colocándome la camiseta de los Jaguars tras ajustar las hombreras—. No es un sostén, es un sujetador deportivo para hombres —digo bajando la mirada y observando el número veintisiete. Necesito una plancha, no puedo presentarme a un partido con semejantes arrugas en la ropa—. Y es tecnológico, por lo que viene equipado con un dispositivo GPS que lo controla todo: monitoriza el ritmo cardiaco, controla la distancia recorrida

y

a

qué

intensidad se ha recorrido, su velocidad, el número de *sprints* y aceleraciones —explico—. Hasta puede prevenir lesiones si se analizan las variables desde una computadora, como lo hace Bill.

Y no juzgues, es obligatorio.

—Menos charla y más acción, Beasley —dice aumentando la velocidad—. Quiero que te pongas esos malditos pantalones antes de que estacione en el campus —advierte pasando un semáforo en rojo, y si no estuviera en una extraña posición intentando que mi trasero entre en esta prenda, le recordaría las leyes y decretos de la seguridad vial—. Y aplícate algo de desodorante, aún hueles a deshechos de Kaden.

En cuanto el nombre sale de sus labios recuerdo de forma automática esos grandes ojos cafés que tiene el hijo de Nancy, y lamentablemente, también la forma en que me empapó de orina y otras clases de deshechos realmente tóxicos cuando me ofrecí a cambiarle su primer pañal.

Kaden Malcom Fox es un espécimen bastante peculiar. Cinco

libras, ocho onzas y dieciocho pulgadas de largo: ojos saltones y una calva que hizo suspirar a todas las enfermeras. En definitiva, es una bendición del universo, pero en mi caso, cuando apesto terriblemente a excremento, solo puedo pensar en ese bebé como una pequeña escoria inglesa.

Y un inoportuno, a decir verdad.

Lo que pasó en las últimas horas me resulta remoto y casi inconcebible. Ni aunque mis más grandes ídolos literarios vinieran a contármelo sería capaz de creerlo.

Tras juntarme con Nancy y su prometido fui directamente a ver al abogado. Me esperaban montones de papeles, una herencia más grande de la que alguna vez imaginé y un sujeto que decía una y otra vez que lo sentía, que Gideon había sido un buen hombre. Sin embargo, no lo corregí, porque de alguna forma preferí que se quedara con una imagen positiva de él a una totalmente caótica y horrible como la que yo tenía.

Me sorprendió la cantidad de terrenos y dinero que tenía Beasley, no sé en qué momento logró construir semejante herencia, pero no hace falta aclarar que no la tomé.

Firmé los papeles, pero no me adueñé de absolutamente nada.

Fui directamente con Niall, quien trabaja en bienes raíces y prometió encargarse de las pertenencias de Gideon para luego vender los terrenos. El dinero iría directamente a los orfanatos de Enfield y Saint Vilmore. Una cantidad mínima terminaría en mi cuenta bancaria dado que tengo que comprarle algo a mi ahijado, el pequeño Kaden, y el resto supongo que terminaría en Betland, pero no en mis manos.

A su vez, también recuerdo lo ocurrido con Kansas. No puedo describir con exactitud lo que sentí al verla en aquel cementerio esperándome bajo la lluvia con la respiración acelerada, el cabello mojado y enredado, las ropas arrugadas y la nariz completamente roja por el frío. Era un caótico y hermoso desastre, un lío andante que esperaba por mí junto a una tumba.

Bastante macabro a primera vista.

Y luego abrió la boca y comenzó a decir cosas que fundieron mis oídos, palabras que hicieron un camino directamente a esa parte tan frágil que tienen los humanos. Esa parte que los hombres no mencionan mucho. Entonces, en el más inesperado de los escenarios, me dio un beso. Bueno, en realidad yo la besé, pero ella me correspondió. Un solo beso, uno con la capacidad e intensidad



de hacer volar mi cabeza en cientos de millones de pedazos.

No sé cómo me las arreglé para no robarle otro o lanzarme sobre ella en las últimas horas, y a decir verdad tuve bastantes oportunidades: las diez horas de vuelo, el camino en taxi hasta su casa e incluso ahora mismo. Podría saltar al asiento del copiloto y besarla, pero creo que Bill no estaría feliz de saber que por mi desesperación y altos niveles de testosterona su hija chocó contra un árbol andando a varias millas por hora.

Definitivamente me voy a contener.

Sin embargo, me es imposible no pensar en lo bien que se sintió tener mis labios sobre los suyos, y que ahora me observe con esos peculiares ojos a través del retrovisor no mejora la situación.

Una vez que estoy completamente cambiando —y no estoy seguro de cómo lo logré—, ella ingresa al campus a toda velocidad.

Los neumáticos chillan en cuanto frena de golpe para meter el Jeep en un reducido espacio entre una camioneta y un BMW. Puedo jurar que mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho ante la brusquedad.

—Me gustaría que mis órganos se quedaran en su lugar la próxima vez —me quejo bajando del coche algo mareado ante el

recorrido—. No eres una buena conductora bajo presión —  
recalco mientras ella desciende y observa su reloj.

—Mi eficacia automovilística trajo tu trasero hasta aquí,  
Beasley —replica comenzando a trotar en dirección al campo—.

Así que menos quejas y más acción, tienes un juego que perder.

—Sabía que tu amabilidad duraría poco —digo  
alcanzándola.

Ella no dice nada, pero las comisuras de sus labios se elevan.

—¿Sabías que encuentro tu pesimismo bastante atractivo? —  
inquiero.

### ***Kansas***

El campo se extiende a lo largo de las hectáreas iluminadas  
por inmensos reflectores, a sus laterales las gradas están  
completamente repletas de vida.

La aglomeración de universitarios origina una masa de gritos,  
palabras y silbidos que surcan y se superponen en los  
alrededores. Las personas están ansiosas. Demuestran su fanatismo  
con sudaderas, gorras y maquillaje en los colores de la Betland  
Central University.

Los sábados son sagrados en la ciudad y nadie se resiste al

espíritu deportivo que mueve a Betland los fines de semana. Padres e hijos, madres e hijas, familias enteras que vienen a apoyar a los jugadores que se fusionan con la muchedumbre estudiantil. El resultado

es

fatal:

los

vendedores

de *hotdogs* y palomitas hacen fortuna en una noche, los más jóvenes hacen sus apuestas y las madres procuran tener suficientes accesorios de cotillón para todo el mundo.

Los sábados son días de juego, e independientemente de si eres un fanático del fútbol o no, es una obligación asistir. La tradición permanece latente y es aquella que mueve a la multitud. Eso no se discute.

—¡*Sunshine!*—El grito de Joe atraviesa el campo en cuanto ve que Malcom y yo nos acercamos, así que aceleramos el trote—. Harriet dijo que te sentías mal, no tendrías que haber venido — agrega cuando estamos frente a frente, con el equipo entero a nuestro alrededor. Sus ojos cafés me observan compasivos, pero en

cuanto se deslizan hacia el inglés, sus sentimientos cambian—. ¿Y tú dónde estabas, Beasley? ¡El juego está por comenzar, tendrías que haber llegado hace más de media hora!

—¿Beasley está aquí?! —Siento cómo cada fibra de mi cuerpo se tensa al oír la voz de mi padre.

Diablos, demonios, infiernos y santas matemáticas.

Malcom y yo intercambiamos una mirada que lo dice todo.

Me falta el aire. Los gritos de Bill siguen llegando a medida que nos adentramos en el círculo interno de los Jaguars y mi cabeza se ve invadida por todas las posibles excusas que podría dar. Lástima que ninguna es considerablemente buena.

Entonces, Harriet aparece con su *laptop* en mano, y mi padre e con su bata de hospital brilla en la pantalla. Ella la posiciona para que esté exactamente frente a nosotros, así Bill puede hablarnos y expresar toda su furia como si estuviera presente en carne y hueso. Para ser sincera, no sé si luce más aterrador a través de una computadora o en persona.

—¡Llegas tarde, muchacho! —escupe con el ceño fruncido—

. Más te vale que tengas una buena explicación para mí una vez que termine el partido, porque ahora no hay tiempo para palabrería —

añade apuntándolo con el dedo índice—. ¡Es tiempo de ganar este maldito juego, ¿entendido?!

Los jugadores se arremolinan a nuestro alrededor para observar a su entrenador dar las siguientes indicaciones, las cuales expone gritando a pesar de que no hace falta que fuerce tanto sus cuerdas vocales.

—¡Los Warriors de Crisville están a punto de entrar en nuestro campo y están dispuestos a despedazarnos para quitarnos el puesto! —explica con furia y emoción reflejada en sus ojos—. Sin embargo, deberán pasar sobre mi cadáver antes de salir invictos esta noche, señoritas. ¡Vamos a demostrarles quiénes son los Jaguars de Betland, vamos a mostrar de qué estamos hechos y les partiremos el trasero en dos, cuatro, ocho y diez pedazos! Así que no me avergüencen, o juro que tendrán severas lesiones físicas cuando regrese.

—¿Las posiciones permanecen igual, *coach*? — Ben inquiera colocándose el protector bucal.

—¡Mercury tomará la posición de receptor, ya está todo arreglado! ¡Timberg, ¿dónde estás, niño?! —inquieta con frustración hasta que Chase aparece frente a la laptop—. Te

mantendrás como corredor, pero si llegas a arruinarlo juro que te quedarás en la banca por el resto de la temporada. ¿Quieres quedarte sin jugar o estoy siendo claro? —pregunta.

—¡No, entrenador! —responde con emoción, y automáticamente todos giran la cabeza en su dirección—. Quiero de-decir sí, está siendo claro, muy claro, señor, claro como el agua... pero yo me refería a que no quería quedarme sin ju...—lo interrumpe.

—Ya me estoy lamentando por esto —dice frotándose las sienes.

—Lamento la pregunta, pero si yo ocupo uno de los lugares como receptor me gustaría saber quién toma mi puesto como *quarterback* —espeta Mercury—. Y espero, más bien ruego, que no haya considerado poner a Beas... —El apellido se desvanece en sus labios.

—¡Beasley como mariscal, y no quiero quejas al respecto!

—Él no respeta las reglas ni las jugadas —añade con rapidez el número siete, realmente en desacuerdo.

—Lo hará si no quiere terminar en la banca con el zopenco de Timberg —advierte Shepard—. Por eso seguirá mis órdenes una

por una, sin alterarlas ni cambiarlas sin previo debate con mi persona. Si digo pase Ave María, es pase Ave María, si digo ruta Slant, es ruta Slant. —Estoy mareada por la cantidad de información que se supone que tengo que procesar. La realidad es que no entiendo absolutamente nada, solo sé que a mi padre le gusta combinar la palabra ruta con un montón de palabra—. Ahora acepta la realidad, Mercury. ¡Y hazlo sin lloriquear, tendrás tu puesto de vuelta si Malcom se atreve a arruinar mi partido!

Los ojos de Logan se encuentran con los míos antes de enfocarse en Malcom, y estoy segura de ver destellos de cólera y decepción mientras lo hace. Sé que le molesta, que no le gusta ser desplazado por nada ni por nadie. Él quiere ser el que mande, aquel que tenga el mayor control posible. Quiere ser el primero, pero creo que alguien le ha robado el puesto.

Y ese alguien es el número veintisiete.

—¡Mantengan sus bragas en su lugar, señoras! ¡Este juego está por comenzar! —indica la galante voz de Gabe Hyland que se oye a través de los altavoces.

Entonces, los Warriors aparecen.

En cuanto veo al mariscal del equipo contrario mi cerebro

entra en cortocircuito: olvido el casamiento que nunca se confirmó,  
la mentira que le dije a mi padre, el mejor beso en un  
cementerio que jamás se haya dado, el hecho de que posiblemente  
Gideon esté vivo y creo que hasta olvido cómo respirar.

—¿Ese es...? —Bill no es capaz de terminar la frase antes de  
que alcance la laptop y la cierre brusca y rápidamente.

Lo siento, amado progenitor.

—Sí, lo es —afirman los Jaguars al unísono.

## **Capítulo XXXVIII**

Indemne



# Kansas

Era bastante obvio que Gabe no iba a formar parte del equipo de Betland. Sin embargo, se las arregló para ser uno de los tantos protagonistas del juego: el comentarista deportivo. Siendo honesta no me sorprende. Él empezó con la carrera de periodismo en Utah, y omitiendo su año sabático, tiene algo de experiencia. Admito que no me fío mucho de él con un micrófono en mano.

Sobre una pequeña plataforma a unos pies del lateral izquierdo del campo, una mesa y dos sillas son ocupadas por dos individuos bastante familiares. Ambos están con micrófonos de escritorio frente a ellos listos para comenzar el relato más esperado del sábado.

Uno es Hyland, quien no ha podido contenerse y ha largado un comentario que ofendió a varias mujeres de la mediana edad. La persona a su lado es inconfundible por su cabeza que es, literalmente, una masa de rizos castaños. Ese desastre de cabello lleva nombre y apellido: Claire Whittle.

—¿Lo besaste? ¿En el cementerio? ¿Mientras llovía? ¿Al lado de la tumba de su padre que por cierto podría no estar muerto

y él no lo sabe? —Jamie no hace pausa alguna al expulsar pregunta tras pregunta mientras se deja caer en la banca—. Eso es aterradoramente caliente.

—¿Caliente? —dice Harriet prácticamente escupiendo la palabra, sentada a mi izquierda—. ¿De todos los adjetivos con los que podrías describir la situación solo se te ocurre decir caliente? —inquieta con el ceño fruncido, incrédula—. No sé qué es peor, tu falta de vocabulario o el hecho de que Kansas negara sentir algo por Beasley cuando los hechos muestran todo lo contrario.

—Ya habrá tiempo para ampliar el vocabulario de Jamie y reprocharme por esconder mis sentimientos, pero ahora vamos a concentrarnos en lo importante —intervengo observando la forma en que los Jaguars entran en calor. Al otro lado del campo el entrenador de los Warriors, el árbitro y Ottis con mi padre, y digo esto porque el pobre chico sostiene la laptop, discuten sobre el juego y términos futbolísticos que no soy ni capaz de deletrear.

—¿Qué es, exactamente, lo importante aquí? —pregunta la pelirroja jugando con el silbato alrededor de su cuello. No sé con precisión qué rol tomará esta noche, pero el hecho de que se haya puesto un conjunto deportivo rojo, zapatillas deportivas

blancas y la gorra de la BCU deja mucho que pensar. Hasta se ha hecho una cola de caballo, lo cual está estrictamente prohibido en el usual *look* de Jamie—. ¿El casamiento que Bill ni siquiera te comentó, Anneley y Sierra como tu futura familia, el padre de Malcom resucitando de los muertos como Sophia en *The Walking Dead* o...? —la detengo antes de que siga enumerando todas las cosas que salieron mal en mi vida.

—Me refiero a Galileo Lingard — aclaro desviando mis ojos hacia el *quarterback* de los Warriors.

Su nombre suena ñoño y a veces provoca risa la primera vez que lo oyes, pero la realidad es que el capitán del equipo contrario no tiene ni una pizca de ñoñez en todo su cuerpo. Es 5.9 pies de músculo y elegancia, y, aunque todos saben sobre su reputación, logra sacarle más de un suspiro a cada individuo. O por lo menos a todo aquel que se encuentre atraído por el género masculino.

Mi padre, por otro lado, encabeza la lista de personas que quieren golpearlo.

Por primera vez me reconforta el hecho de que se encuentre postrado en una cama a varias millas de distancia, comiendo

gelatina sin sabor y aprendiendo a utilizar algo tan simple como Skype, lo cual es todo un hallazgo tecnológico para las personas de su edad. De todas formas, teniendo en cuenta el revelador descubrimiento de que sabe analizar variables enviadas por un sostén deportivo a una computadora, se me hace fácil —y aterrador—, creer que puede manejar la tecnología de la nueva era. —¿Aún recuerda a Galileo? —inquire Harriet con cierta desconfianza cubriendo sus facciones—. Eso fue hace más de un año...

—Bill es un cuarentón rencoroso, ¿qué más esperabas? —espetea Jamie—. Era bastante obvio que no iba a olvidarse de Lingard. —Como percatándose de la situación, la rubia pasea sus ojos entre el mariscal de los Warriors, mi padre y los Jaguars. No pasa mucho tiempo hasta que sus mejillas comienzan a tornarse más rosadas de lo normal.

—No te preocupes, Harriet. Yo también tenía la esperanza de que lo olvidara —digo en voz alta para hacerle saber que me siento apenada, no tanto como ella, pero sí en gran parte.

Hace más de un año atrás, exactamente el dos de octubre, mi padre me dio el mejor obsequio que una chica puede pedir: un Jeep.

Bueno, el coche ya era mío desde hacía bastante, pero tuvo que estar un par de meses en reparación. Pregúntale a Timberg por qué. Tras tomar la licencia que juntaba polvillo en mi escritorio y prometer que no mataría ni atentaría contra la vida de nadie mientras estuviera al volante, acordé recoger a Harriet y a Jamie por la noche. Saldríamos de fiesta y, como buenas universitarias de primer año, nos apegamos a la regla de la conductora designada. En ese entonces era Jamie, por más inverosímil que parezca, la que tenía que sobrevivir a una fiesta sin alcohol.

Claramente fracasó.

Harriet era la única que se encontraba en un estado en el que era capaz de manejar y no veía seis dedos cuando en realidad eran dos, así que puso las manos al volante y arrancamos. El problema fue que la futura abogada no sabía conducir, me explico: había ido a sus lecciones para sacar su licencia, pero había reprobado, y fue una verdadera lástima porque nos enteramos de que había rendido mal el lunes siguiente.

Demasiado tarde.

Ese viernes los muchachos de Crisville habían llegado para jugar al otro día y, como desobedientes jóvenes a los que solo les

importa beber, salieron de fiesta. Exactamente al mismo lugar que nosotras.

Eran prácticamente las tres de la mañana cuando decidimos que era suficiente por una noche, así que subimos al Jeep listas para partir. Harriet tenía un trabajo sencillo, y consistía en girar las llaves del auto y arrancar.

Y lo hizo.

Pero mal.

Pisó el acelerador y terminamos atropellando a un borracho que estaba buscando su propio auto. Desgraciadamente fue a Galileo Lingard, el entonces nuevo jugador novato de los Warriors.

Claro está que nosotras no lo sabíamos, y digamos que el alcohol surgió efecto y el pánico nos dominó de forma multiplicada.

—¡Buenas noches, damas y caballeros! —La alegre voz de la muchacha de rizos castaños resuena a través de los amplificadores—. Mi nombre es Claire Whittle, soy estudiante de Periodismo y Comunicación Social en la BCU —se presenta haciendo acallar a gran parte del público—. ¡Hoy seré una de sus dos anfitriones y, como buena presentadora, quiero que reciban con un cálido aplauso a mi colega Gabe Hyland! —Le faltó decir

desempleado.

La multitud en las gradas estalla en aplausos y el nieto de Mary se incorpora para hacer una reverencia al público. No hace falta aclarar que está gozando del protagonismo.

—¡Gracias, Betland! —exclama volviéndose a sentar, no sin antes lanzar un par de besos al aire—. Sé que desean seguir alabando a mi persona, pero desgraciadamente estamos aquí por algo más —explica haciendo reír a la muchedumbre con su egocentrismo—. Esta noche serán testigos de una de las batallas más inhumanas, sangrientas y feroces de la historia. ¡Esta noche se enfrentarán dos equipos, dos universidades, dos adversarios que tienen una historia tan picante como la chica a mi lado!

—No puedo creer que esté intentando ligar con Claire a través de esto —bufa, escondiendo mi rostro entre mis manos—. Me avergüenza ser su amiga en estos momentos.

—No te culpo. —Sonríe Jamie.

—¡Los Warriors de Crisville contra los Jaguars de Betland!

—sigue la castaña. La tribuna enloquece—. Esta noche se define quién irá a la semifinal y jugará la próxima semana contra los Hunters de Brentall City. Así que, ¿será la CNU? —inquire

haciendo una pausa para que se oigan los alaridos y aplausos de los visitantes que llenan las gradas rojas—. ¿O será nuestra querida BCU? —pregunta, pero su voz se pierde entre los eufóricos gritos que se elevan desde la tribuna blanca.

—¡Esto es guerra, amigos! Así que más les vale que vengan equipados con varias libras de comida, litros de bebida y muchos billetes para apostar —termina Hyland recostándose en su silla y subiendo sus pies a la mesa—. ¡En menos de dos minutos se prende esta mierda! —exclama antes de estrellar su puño en la superficie donde se encuentra el micrófono, claramente entusiasmado.

Ottis atraviesa el campo cojeando, con mi padre entre sus manos. Bill lanza gritos desde la pantalla y de forma automática los Jaguars dejan el calentamiento y se reúnen a su alrededor. Por la forma en que los ojos de los jugadores se pasean de mi padre hacia Galileo, puedo deducir que mi progenitor está muy disgustado con la aparición del muchacho.

Hace un año atrás el mariscal de los Warriors ni siquiera sabía atrapar un balón y, literalmente, se pasó todo el partido en la banca.





Es bastante obvio que algo ha cambiado en él desde aquella vez en la que...

—¡Ustedes! —La voz de Bill penetra mis oídos mientras todo el equipo se gira en nuestra dirección—. Las quiero donde pueda verlas. No van a moverse, hablar o si quiera respirar hasta que ese imbécil no se encuentre a más de trescientas millas distancia — advierte desde la pantalla, con ojos severos.

—¿Por qué? —Beasley intenta decir algo, pero Ben le da un codazo antes de que pueda terminar de formular la pregunta.

Por la mirada que Hamilton le da a Malcom, puedo deducir que está procurando salvar a trasero europeo de un posible golpe cibernético por parte de Bill. Mi padre luce indiscutiblemente furioso, cabe aclarar que al *coach* no le gusta hablar de Galileo y, cuando lo hace, no es para bien. Ben le está salvando el trasero a Beasley y, por su propio bien, será mejor que no abra la boca hasta que el *quarterback* de los Warriors desaparezca.

—¡Este juego, oficialmente, ha comenzado! —inaugura

Claire desde la plataforma mientras los Jaguars se distribuyen en el

campo y Ottis se sienta a nuestro lado con Bill entre sus piernas.

Eso sonó mal.

—Y el paseo por el infierno también —añade Jamie.

—¡Corre por tu puta vida, Timberg! ¡Si te puse como corredor es para que corras! —Mi padre grita y gesticula de forma frenética desde la pantalla, mientras tanto el médico de guardia intenta escuchar sus latidos. No creo que sea buen momento para eso dado que el corazón de Bill se encuentra al borde del colapso—. ¡Ve por la derecha, la derecha! —ordena transmitiendo la orden a Jamie, quien repite las exclamaciones de Bill para que sean escuchadas por los jugadores.

Chase corre tan rápido como su cuerpo se lo permite, mientras intenta esquivar a los fornidos Warriors que buscan derribarlo. Uno de ellos se abalanza listo para barrer con sus piernas, pero Monroe aparece y se pone como obstáculo entre ambos, dándole tiempo al morocho para que corra. Timberg se abre paso por el lateral del campo.

Mala idea.

—¡Logan está libre, pase lateral! ¡Podemos intentar un pase lateral! —La pelirroja agita sus brazos en el aire con auténtica

exasperación—. ¡¿Qué parte de pasar el balón no entiendes?! —  
refunfuña al ser ignorada por él, pero supongo que yo tampoco me  
preocuparía en prestarle atención cuando tengo a dos fortachones  
de 6.3 pies corriendo en mi dirección.

Chase se percata de la indeseada presencia de los Warriors  
demasiado tarde y, a pesar de que intenta lanzar la pelota hacia  
Mercury que está a su misma altura a unos pocos pies, uno del  
equipo contrario logra atraparla en el aire y él termina aplastado  
por los otros dos adversarios.

—Y eso —acota Hyland señalando con un dedo a Timberg—  
, es exactamente lo que hay que evitar —añade antes de llevarse un  
puñado de palomitas a la boca—. ¡Pase interceptado, señores  
y señoras!

Un muchacho con el número quince en su espalda es ahora el  
nuevo portador del balón. Comienza a correr por el centro del  
campo y Malcom grita una serie de órdenes a Fred y Nick,  
quienes están lo suficientemente cerca del jugador. Ambos se  
lanzan hacia el muchacho con agilidad y rapidez y, en el momento  
preciso, uno de ellos colisiona contra el adversario mientras el otro  
barre sus piernas. El balón se zafa del agarre del número quince

mientras cae al césped con un estruendo.

—¿Cómo es posible que esos chicos tengan los doscientos seis huesos de su cuerpo sanos? —pregunto encogiéndome de dolor al ver como el número quince se incorpora.

—¿Quién dijo que los tenían sanos? —Se burla mi padre con voz sombría y cargada de gracia—. Tú, ¡¿qué diablos?! ¿Dónde está el número sesenta y seis? —se distrae, y tanto él como Jamie empiezan a gritar buscando a quien sea ese pobre chico. Me entretengo oyendo la discusión mientras el partido sigue su curso, y no es hasta pasados unos diez minutos de entretenimiento que mi atención vuelve al campo, donde todo parece estar revolucionado.

—Estamos a punto de finalizar el segundo cuarto. —La voz de Claire llega a mis oídos a través de los amplificadores—. ¡Los Warriors están a tan solo veinte yardas de hacer un *touchdown*! —La euforia predomina en su voz mientras la multitud contiene el aliento—. ¡Galileo Lingard está tan cerca, le faltan quince... no, no quince, diez yardas! ¡Está por anotar, está por entrar en la zona de anotación y lo va a lo...! —La tribuna de los Jaguars estalla en aplausos en cuanto uno de nuestros defensivos lo

derriba.

Los jugadores defensivos, ofensivos y especiales de los Jaguars van y vienen, al igual que los de los visitantes. Sin embargo, no es hasta los primeros minutos del tercer tiempo en que siento mis músculos tensarse por primera vez a causa de la emoción.

—¡Nuestro nuevo *quarterback* se lanza a la carrera! — chilla Gabe al borde de su silla—. ¡Beasley corre, corre tan rápido como puede y Halmilton llega para cubrirlo! ¡Son un dúo explosivo, señores! ¡Miren cómo Marcos se desliza entre los visitantes y sean testigo de cómo Ben lo resguarda! ¡Sincronización, precisión y pasión es lo que tienen estos jugadores! —brama.

Siento unas uñas clavándose en mi antebrazo y me giro para encontrar a Harriet completamente concentrada; está absorta en el juego, con ojos atentos y brillantes mientras se inclina en la banca a mi lado

—¿Crees que tienen posibilidad de ganar? —inquiero—. Van perdiendo, y sinceramente creo que los Warriors les están dando una paliza —confieso.

—Todo es posible con tantos traseros en el campo —

reflexiona.

—Amén.

Entonces, algo realmente malo sucede. Nos percatamos de que Hamilton se ha desviado hacia un lateral del campo, directo a la banca donde se encuentra el *quarterback* de los muchachos de Crisville.

Y Ben está por golpear al mariscal.

## **Capítulo XXXIX**

Intensidad

# Malcom

Mi corazón bombea desenfrenado, mis pulmones combaten por algo de aire y mis piernas queman mientras atravieso el campo corriendo tan rápido como mi cuerpo me lo permite. Siento que el sudor cubre mi frente, el pulso se acelera en mis oídos y la respiración se torna cada vez más pesada.

La sensación de tener el balón entre tus manos es complicada de explicar.

Las esperanzas de un equipo entero, la fe de los fanáticos y tu propia estabilidad emocional están almacenadas en un simple objeto inanimado como un balón, uno que cuando lo sostienes no se siente como un objeto más. Personalmente me gusta referirme al balón como un corazón, uno que compartes con cada apasionado por el fútbol americano. Al tratarse de un órgano tan frágil, pueden ocurrir muchas cosas: te lo pueden robar, se puede caer y romper, puede entrar en taquicardia por la velocidad, a veces amenaza con detenerse. El deber del futbolista no es anotar puntos, sino protegerlo para que siga con vida al terminar la jugada. Y mientras esquivo a los Warriors que se atraviesan en mi camino, en

lo único que pienso es en mantener a salvo a este corazón.

Entonces, un grito atraviesa el campo sobre el murmullo de los entusiasmados hinchas. Cada hombre, niño y mujer guarda silencio por aquellas milésimas de segundo en las que se oye a Kansas gritar con fuerza.

—¡Ben, detente! —exclama.

Me giro sobre mis talones y dejo ir el balón para correr en su dirección. Ella atraviesa el campo con Harriet pisándole los talones, ambas observan con preocupación a dos cuerpos tirados sobre el césped.

El número trece está sobre el mariscal de los Warriors y no parece tener la intención de darle un abrazo. Hamilton le quita el casco a Lingard y lo lanza fuera de su alcance, entonces su puño se eleva entre las masas de aire listo para estrellarse contra la nariz del contrincante.

—¡Ben, te he dicho que pares! —Kansas llega a tiempo para desviar la trayectoria de su puño y, con todas sus fuerzas, lo empuja lejos del *quarterback*—. ¡¿Qué diablos te pasa?! —inquire la castaña agarrándolo por las hombreras.

Mientras tanto Harriet se acerca para ayudar a Lingard, pero



en cuanto sus dedos rozan el brazo del muchacho, Ben intenta abalanzarse sobre él nuevamente.

—¡Aléjate de ella! —brama con una furia ciega.

La inquietud y nerviosismo nace en la multitud que observa la escena desde las gradas. Los gritos son pocos al principio, pero a medida que transcurre el tiempo se vuelven una maraña de voces que aturden mis oídos.

El árbitro y los jugadores se arremolinan alrededor de lo que casi fue un gran pleito y me abro paso entre los cuerpos uniformados. En el momento en que Ben intenta lanzarse sobre Lingard me interpongo en su camino y lo obligo a retroceder.

—¡Tranquilízate! —ordeno tomándolo por los hombros. Sus ojos celestes están prácticamente azules mientras una sombría cólera cae sobre su mirada y también decora su expresión—. No vale la pena, Ben. Lo que sea que te haya dicho no vale nada si viene de él —intento calmarlo asumiendo que el chico dijo algo para hacerlo enfadar. Hamilton no es del tipo matón, en realidad es amigable con todo el mundo, así que supongo que Galileo le dijo algo realmente provocativo como para que reaccione tan mal—. Así que retrocede y aléjate, porque no quiero obligarte a hacerlo —

advierto bajando el tono de voz solamente para que él sea capaz de oírme.

Sus ojos encuentran los míos y pienso que mi nariz podría ser el próximo objetivo de su puño. Sus pupilas están dilatadas y sus ojos brillantes, su rostro enrojecido y sus fosas nasales abriéndose y cerrándose con gran velocidad. Está furioso y agitado, lo cual no es una buena combinación.

Sin embargo, retrocede.

Mientras el árbitro intenta poner orden, lo sigo hasta la banca donde varios jugadores suplentes observan expectantes. Por suerte Ottis ha llevado la laptop consigo. Ahora podemos oír que Bill discute con el entrenador de los Warriors. Sé que tengo poco tiempo antes de que retomemos el partido y Shepard exija hablar con el número trece, así que me concentro en Ben el tiempo que aún me queda.

—¿Vas a explicarme qué bendecida descarga eléctrica atmosférica ocurrió ahí? —inquiero mientras él toma una botella de *Gatorade* y le da un gran sorbo, como si no hubiera probado gota alguna en años. No se me escapa el hecho de que está bebiendo para evitar responder a mi pregunta, y que sus ojos siguen cada

movimiento de Lingard—. Arruinaste la jugada y pudiste haber hecho que te expulsaran, si es que no lo han hecho aún, así que será mejor que tengas una buena excusa para decirle al *coach* —apunto—. No puedes perder el control por un insignificante y estúpido comentario, Ben. No en este equipo y no conmigo aquí, así que dime qué te dijo Lingard para que pueda solucionar esto —pido observando cómo lanza la botella a un lado para descansar sus manos en las caderas y cerrar los ojos. Parece que intenta tranquilizarse—. Sin violencia —añado, porque está claro que yo no golpearía a otro jugador.

—¿En verdad quieres saber? —dice tras unos segundos, con voz resignada—. Porque no sé si puedo repetirlo sin ir a patearle el trasero a ese mariscal.



Asiento y él habla. Me gustaría nunca haber preguntado en primer lugar.

—¡Tres goles de campo, cuatro *touchdowns*, dos conversiones y un punto extra para los Warriors de Crisville! —enumera Claire desde su plataforma de locutor—. Tenemos treinta

y ocho puntos para el equipo visitante, el cual le ha dado una gran pelea a nuestros Jaguars de Betland que aún luchan por ganar este partido.

—¡Y con cuatro goles de campo, tres *touchdown* y tres conversiones, el equipo blanco y rojo le pisa los talones a los Warriors por solo dos puntos! ¡Dos malditos puntos, señores! —grita Gabe con desesperación mientras toma a Claire por los hombros y la sacude—. ¡Pero no todo está perdido! El tablero se ha detenido a solo unos pocos minutos del final del cuarto tiempo, así que aún queda esperanza. ¿Verdad, Claire? —inquire a su compañera.

—Totalmente, Gabe —concuerta—. Los Jaguars tienen la oportunidad de hacer una última anotación que les dé el pase para adentrarse en la semifinal contra los Hunters de Brentall City —explica a los fanáticos que nos observan con nerviosismo desde las gradas—. Su mariscal, Malcom Beasley, está dando las últimas indicaciones al equipo mientras que los Warriors ya están en sus posiciones —añade—. ¿Será la CNU la que triunfe esta noche? ¿O tal vez la universidad de Betland sea la que se lleve la victoria? —¡La tercera guerra mundial está por disputarse en este

campo, así que les recomiendo que se arrodillen frente a sus asientos y comiencen a rezar! —grita Hyland—. Porque esta noche pocos saldrán vivos —finaliza.

—¿Cuál es el plan, Beasley? —inquire Mercury elongando los brazos—. Tenemos exactamente un minuto y medio para anotar, así que yo sugiero una jugada bastante arriesgada e imprevista. Necesitamos un *touchdown* sí o sí.

—Y exactamente por eso no lo haremos —apunto—. Ellos saben que estamos desesperados, así que vamos a hacer una jugada sencilla. En nuestro lugar sabemos que intentarían algo loco, y creen que nosotros haremos lo mismo.

—Cualquier con uso de razón se arriesgaría en este momento —añade Joe, para luego sonreír al comprender lo que tengo en mente—. Estarán tan concentrados intentando descubrir los posibles engaños de la jugada que será demasiado tarde para cuando comprendan que haremos algo realmente básico.

— Supongo que pondremos en práctica un *end-around*, un verdadero ciclón de traseros —adivina Timberg, sonriendo bajo su casco. En cuanto nota que todos lo observamos sin comprender vuelve a hablar—. Bueno, tal vez no debería referirme a la jugada

como *ciclón-de-traseros*, pero creí que sonaría bien —dice encogiéndose de hombros—. Por la cantidad de traseros que se movilizan en el campo y... bueno, eso.

— *End-around*

o

ciclón

de

traseros

—

aclaro ignorando las mejillas arreboladas del muchacho—. Jugada ofensiva por carrera, es simple, la conocen: Hamilton cruza la línea de golpeo, recibe el pase por mi parte y corre como si no hubiera mañana.

—¡Vamos a patear esos traseros Crisvillences! —grita

Monroe echando un puño al aire, con euforia. La multitud parece percatarse de eso porque los chillidos cargados de esperanza y albricia surcan las masas de aire.

—¡A sus posiciones, entonces! —aplauo mientras los

Jaguars lanzan alaridos de victoria al aire—. ¡Ganamos o ganamos, no hay otra opción! —advierdo trotando para llegar a mi lugar.

El reloj está por empezar a correr, la adrenalina comienza a precipitarse por mi sistema y siento la presión formando un nudo en la boca de mi estómago.

Observo a los defensivos, quienes esperan por el ovoide con ojos deseosos y cargados de anticipación.

Deberán pasar sobre mi cadáver para conseguirla, al balón y a...

Me aseguro de que cada Jaguar esté en posición antes de imitarlos y esperar que se oiga el silbato. Solo se oyen las pesadas respiraciones de los jugadores y se ve a los fanáticos conteniendo el aliento; la brisa nocturna sigue soplando, los bocinazos a la distancia aún se oyen y el mundo sigue rotando. Pero en este segundo, justo antes de comenzar, todos los espectadores están congelados. No hay movimiento alguno, y eso se debe a que a veces la emoción es tan profunda e intensa que logra paralizarte. Y solo los buenos sentimientos son capaces de entumecer el corazón por un segundo: uno de ellos, indudablemente, es aquel provocado por el fútbol.

El silbato parte el silencio y los gritos llenan el aire. Joe me pasa el balón e instantáneamente se desata la batalla entre los

Warriors y los Jaguars. Los cuerpos se precipitan unos contra otros mientras retrocedo y observo a Hamilton correr en mi dirección.

Los visitantes, bien dispersos en el intento de cubrirnos a todos, se percatan del número trece y comienzan la carrera hacia él. Le entrego el ovoide y lo atrapa con manos firmes antes de que sus pies prácticamente quemem el césped a su paso.

—¡Increíble, impresionante, magnífico, eso fue tan fabuloso como yo! —grita Hyland a través del micrófono, su voz cargada de euforia al igual que los alaridos provenientes de la tribuna—.

¡A veces no necesitas de cosas complejas como las matemáticas para triunfar en la vida! —compara la sencillez de la jugada con la vida cotidiana.

Entonces, todos los Warriors se percatan de lo que estamos haciendo y corren en dirección al receptor con un anhelo ciego, varios son bloqueados por mis compañeros, pero otros se zafan listos para ir tras el trasero de Hamilton.

—¡Timberg, Timberg está libre! —grito a Ben, quién sin vacilar lanza el balón. Los pases laterales no son muy comunes en el fútbol americano y, sinceramente, esto no estaba previsto, pero no parece haber otra opción más que hacer una jugada reversible.



Contengo el aliento al ver que un visitante salta. Por un momento pienso que será un pase interceptado, pero Joe llega a bloquearlo y Chase aprovecha para atrapar el balón con dedos de manteca y pegar un grito rebotante de gloria. Corre como si lo estuviera persiguiendo el diablo, pero en su cabeza puedo apostar que se imagina a Bill Shepard pisándole los talones.

Los Warriors no se rinden, dejan hasta su último aliento y caloría en el proceso de llegar hasta el número dieciséis. Buscan taclearlo, derribarlo de una forma u otra, pero en cuanto uno de ellos se le acerca lo suficiente, tanto como para hacer al público retener el aliento, lo bloqueo.

—¡Esto es inédito, Chase Timberg está a punto de anotar, está a punto de demostrarnos que no es un inútil! —Gabe se pone de pie, incapaz de contener la emoción—. ¡Por amor a mi abuela, Timberg anotó! ¡ *Touchdown* para los Jaguars de Betland!

Los cánticos y gritos de gloria penetran mis oídos mientras los muchachos de Crisville caen de rodillas en el césped y arrojan sus cascos con impotencia. Giro sobre mis talones cuando la adrenalina abandona mi sistema y da lugar a la euforia; los Jaguars corren en nuestra dirección como una jauría de perros que han visto

un hueso.

Y nosotros somos el hueso.

Los abrazos, golpes, risas y hasta nalgadas se hacen presentes en medio del campo. Nos levantamos el uno al otro y hacemos sonar nuestros huesos en cuanto nos abrazamos; la satisfacción y felicidad del momento rompen cualquier límite establecido y rebasan nuestros cuerpos. Nos superan a nosotros mismos.

Entonces, formamos una línea para despedir y agradecer a cada jugador de Crisville; todos nos damos un apretón de manos y varios intercambian camisetas con amabilidad. No puedo decir que estoy triste porque perdieron, pero sí estoy seguro de que siento empatía por ellos. Perdieron la posibilidad de llegar a la semifinal, pero cabe recalcar que dieron batalla esta noche; una que es digna de un aplau... Quedo frente al *quarterback* de los Warriors y mi estado de humor se transforma en otro muy distinto.

—Esto es por Jamie y Harriet —murmuro entre dientes, en voz lo suficientemente baja. —Pero sobre todo...

Y a él no le doy un simple apretón. Cierro mi mano transformándola en un puño, la elevo en el aire y la dejo caer sobre su rostro en cuanto sus ojos encuentran los míos.

—...por Kansas Shepard.

Sé que dije que podríamos resolverlo sin violencia, pero toda regla tiene su excepción.

Y esta es la mía .

## **Capítulo XL**

Límites

# Kansas

—¿Crees que Ben esté bien? —inquire Harriet mientras abre mi nevera y toma una jarra de agua. Su expresión está cargada de preocupación—. ¿Y si Bill tomó medidas? No podré tener la conciencia tranquila si sé que no puede jugar el próximo partido por mi culpa.

—Por decimoquinta vez, no es tu culpa. —La tranquilizo tomando dos vasos y llevándolos a la mesa—. Es culpa de las tres y, por supuesto, de Galileo —añado mientras vierte el líquido en los vasos.

Ojalá fuera vodka, necesito un trago, pero, lamentablemente, mis suministros han desaparecido.

—Esto es increíble. —Exhala—. No puedo creer que todo este lío se armó por un simple secreto. Necesitamos que Lingard se confiese —apunta con determinación.

—No puedes obligarlo a hacerlo, no es tu decisión —señalo—. La gente necesita tiempo para aceptarse y permitirse ser aceptados —le recuerdo dando un salto y subiendo a la mesada de la cocina. Ella se acerca y me tiende el vaso de agua en silencio,

considerando cada una de mis palabras.

—¿Por qué las personas ocultan este tipo de cosas? —

inquiérese—. Se supone que deberían sentirse orgullosos de quienes son —argumenta.

—Supongo que hay personas que necesitan la aprobación de los demás para poder mostrarse como verdaderamente son. —Me encojo de hombros—. Y si no lo consiguen simplemente siguen fingiendo.

Galileo Lingard es un buen ejemplo de eso. Supongo que debe ser duro ser el mariscal de los Warriors, uno de los muchachos más populares de la universidad, hijo único y la persona a la que todo el mundo recurre. Es duro debido a que todos los ojos están sobre ti, todo el mundo espera algo de tu persona y escriben tu futuro en papel. Critican lo que haces mal y también lo que haces bien, ponen otro peso sobre tus hombros y buscan en ti la perfección inalcanzable. Galileo parece ser el estereotipo de muchacho que todos piensan que es, pero la realidad es totalmente diferente: detesta el fútbol y solo lo practica para enorgullecer a su padre, no tiene ni una pizca de superficialidad en todo su cuerpo, posee las notas más altas de la Crisville National University... y es

gay.

Hace un año atrás, una vez que Harriet lo atropelló, decidimos subirlo al Jeep y llevarlo a casa. Ninguna de las tres pensaba con toda claridad, pero concordamos en que no podíamos dejarlo tirado en medio de un estacionamiento o en una discoteca donde sería pisoteado. Una vez en casa, lo subimos a mi cuarto y limpiamos las leves heridas que Harriet le había provocado, en su mayoría simples raspones, pero mientras estábamos jugando a las enfermeras, el muchacho inconsciente despertó.

Y no salió nada bien.

Se asustó y comenzó a gritar. Estaba borracho, desorientado e inquieto, una muy mala combinación si me lo preguntan. Jamie entró en pánico y le metió una media en la boca mientras Harriet y yo lo sujetábamos contra la cama e intentábamos explicarle que todo estaba bien. Al final, terminamos atándolo al colchón con todos los cinturones que tenía en el armario. Sé que suena ridículo, pero el alcohol tiene ese efecto que vuelve estúpidas a las personas. Ahora que lo pienso, el chico probablemente pensó lo peor al notar que lo postrábamos a cama, pero en su momento, y en aquel deplorable estado, creímos que era lo correcto. Además, vale

resaltar que entramos en pánico: teníamos a Bill durmiendo en la habitación al final del pasillo y eran las tres de la mañana.

Una vez que Galileo se calmó y se percató de que no éramos parte de ninguna secta, comenzó a hablar, y mientras se encontraba atado de pies y manos nos contó su vida de atrás para adelante, ida y vuelta. ¿Otro dato de los borrachos? Suelen ser muy sinceros.

Él dijo cosas de las que luego se arrepintió, como por ejemplo, que le gustaba uno de los Jaguars de Betland. Confesó que le atraía un chico que solo había visto en algunos partidos. Ben.

Tras hablar por horas, Harriet, Jamie, Lingard y yo nos quedamos dormidos. Entiendo la reacción de mi padre al entrar a las diez de la mañana a mi cuarto y encontrar a mis amigas y a mí acurrucadas sobre un chico amarrado al colchón, que por cierto estaba sin camiseta porque se había manchado con la sangre que salió por su nariz cuando la rubia lo atropelló.

Uno pensaría que Galileo es la víctima al ver la terrorífica escena, pero mi padre automáticamente lo acusó de ser un depravado que disfrutaba del masoquismo. En cuanto intentamos explicárselo, Lingard nos detuvo. Él quería guardar las apariencias y no sentirse avergonzado por lo que había ocurrido, así que nos

pidió mentir. Dejamos que Bill se quedara con una imagen errónea, aunque de todas formas no lo hubiéramos podido convencer de otra cosa, y prometimos no decirle a nadie sobre su sexualidad, pero claro está que negamos haber hecho algo esa noche. Esa parte es pura verdad, pero claramente pocos nos creyeron.

Galileo aún no estaba listo para salir del clóset, tenía miedo y vergüenza de lo que los demás pudieran pensar.

Y lo entendí, aún lo hago.

Uno debería aceptarse de pies a cabeza, de adentro hacia afuera: comprenderse, reconocerse y amarse, en ese orden. Sin embargo, sé que a veces parece imposible amar a la persona que vemos frente al espejo. No todos nos enorgullecemos de nuestros gustos, de nuestra apariencia, de nuestro pensar y creer. No lo hacemos, aunque deberíamos.

Aprender a quererse lleva tiempo, y nosotras no éramos —ni somos—,

nadie

para

obligar

a



alguien

a

hacerlo,

independientemente de que creemos que ser diferente no es malo.

Todo lo contrario.

—Jamie acaba de enviarme un mensaje —informa Harriet

frunciendo el ceño hacia su teléfono. Decidí que debíamos venir a

casa en cuanto Hamilton casi golpeó a Lingard, y por venir me

refiero a sacar a la rubia de ese juego.

Ben no podría jugar con ella ahí, y conociendo lo bueno pero

estúpido que puede llegar a ser el mariscal de los Warriors, supuse

que haría otro comentario para llamar la atención de Ben.

Independientemente de si tal comentario solo lograba dejarle un

hematoma en el rostro.

—¿Qué tan mal les fue? —inquiero bajándome de la mesada

para leer el texto. Espero que mis intentos por detener una posible

golpiza hacia Galileo hayan dado frutos.

De: Jamie

Buenas y malas noticias. Los Jaguars ganaron y Lingard

terminó con un ojo morado.

—Creo que Hamilton no pudo controlarse —murmuro al  
terminar de leer, pero en cuanto me alejo otro mensaje parece  
llegarle.

—En realidad... —repite Harriet con los ojos fijos en la  
pantalla—. No creo que Jamie esté hablando de Ben, deberías leer  
esto.

De: Jamie

Preparen una bolsa de hielo, vamos para allá y Malcom está  
quejándose como una niña. Fue su primer golpe y estuvo  
bastante mal.

# Malcom

Creo que nunca sentí tantos celos en toda mi vida.

En verdad me molesta que alguien como Lingard lleve el nombre de uno de los científicos más emblemáticos e influyentes de la historia. Galileo Galilei es uno de mis tantos favoritos del Renacimiento. Daría lo que fuese por indagar dentro de su asombroso cerebro, pero dado que murió hace más de trescientos años me conformaría con llevar su nombre. Sería un honor.

Lástima que es Lingard quien lo lleva.

—Creo que tenemos un problema —murmura Ben al volante, girando en la esquina de Trinity Street y observando la casa de los Shepard.

Joe organizó una improvisada fiesta de celebración en la casa de su novia, pero tanto Hamilton como yo no estábamos de humor para borrachos chocándose con las paredes. Por lo tanto, decidimos traer a Jamie y ver si podíamos solucionar cualquier malentendido con Harriet y Kansas, porque conociendo a estas chicas, probablemente existe un problema.

—En realidad son dos —apunta Timberg, quien se subió al

Volkswagen de Ben solo por ser un entrometido. De todas formas, creo que también lo incentivó a venir la presencia del mapache rabioso sentado a su lado. Harriet y Kansas están de pie en el porche de la casa, ambas de brazos cruzados, cuerpos estáticos y ojos que siguen el camino del coche en completo silencio.

—¿Cómo se enteraron tan rápido? —inquiero confundido.

—Las mujeres siempre lo saben todo —replica Ben tragando saliva y aparcando el automóvil frente a la casa de Bill. El motor muere lentamente y el número trece apaga la radio dejándonos en completo silencio—. Es como un sexto sentido.

Quiero corregir a Ben y explicarle que los seres humanos no tenemos cinco sentidos, sino que poseemos más de veinte, pero antes de que pueda abrir la boca para replicar, mapache rabioso se me adelanta.

—O tienen una amiga que les cuenta todo. —Sonríe y se encoge de hombros desde el asiento trasero antes de saltar fuera del coche.

Tanto Timberg como Hamilton y yo intercambiamos miradas por unos cuantos segundos, nos permitimos respirar dentro de la pequeña cabina antes de tener el suficiente coraje como para salir y

enfrentarnos a Harriet y Kansas.

—¿Cómo se te ocurre golpear a Galileo? —La voz de la castaña llena mis oídos en cuanto doy un paso fuera del vehículo—. Él es un buen chico, alguien en... —la corto.

—Alguien que no sabe medir sus palabras —aclaro recordando lo que Ben me dijo en el campo—. ¿Sabes lo que dijo sobre tus amigas y tú? —inquiero acercándome a ella—. Dijo que...

—Es mentira —salta Harriet—. Él no lo decía en serio.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta Ben con el ceño fruncido, creo que en verdad le molesta que estas chicas defiendan a Lingard tanto como a mí—.

Conozco a los chicos y sé cuándo están... —Conoces menos de lo que piensas —replica Kansas.

—Pero... —Chase intenta hablar, pero esta vez es Jamie quien lo interrumpe.

—Es gay, supérenlo —escupe antes de dar media vuelta y entrar a la casa seguida por una decepcionada Harriet y una totalmente descontenta Kansas.

Los tres nos observamos una vez más y automáticamente me

arrepiento de lo que acabo de hacer hace unos veinte minutos atrás.



—¿Por qué los hombres siempre hacemos las cosas mal? —

Suspira Chase—. Bueno, en realidad ustedes fueron los que hicieron las cosas mal —reflexiona antes de darnos una palmada en el hombro a cada uno y adentrarse a la casa.

Gracias, Timberg. Gran apoyo el tuyo.

Su cabello está mojado y enredado por una reciente y rápida ducha. Puedo aspirar la fragancia del acondicionador y perfume que la envuelve mientras se inclina para revisar mi mano. Viste con una desgastada camiseta de *Pearl Jam*, pantalones de pijama a cuadros y una media de cada color, y llego a la conclusión de que, a pesar de ser una persona desaliñada, cualquier cosa puede quedarle bien.

Ella no me habla, ni siquiera me mira mientras pasa un trozo de algodón con desinfectante por mi palma. Simula estar concentrada cuando en realidad sé que está disgustada por lo que acaba de pasar.

Jamie y Harriet nos contaron la historia mientras ella se

duchaba y, tras prometer que no se la diríamos a nadie, entendí a qué se debe su enfado. Prácticamente golpeé a su amigo sin motivo alguno, pero vale aclarar que al principio Galileo aparentaba ser el típico patán de película romántica adolescente.

Desde el piso de abajo se oye a Timberg hablar sin pausa alguna, tanto él como Ben y las amigas de Kansas debaten acerca de ir a hablar con Lingard mañana por la tarde antes de que se marche. Hamilton siente tanto remordimiento como yo, y creo que es muy probable que vayamos a hablar con el mariscal de los Warriors. Sin embargo, ahora, mientras la castaña se encuentra arrodilla en el piso del baño limpiando las heridas que me autoprovoqué por no saber golpear, solo puedo enfocarme en ella. —¿Sabes por qué comencé a jugar fútbol? —inquiero tomando el algodón que desliza sobre mi piel y haciéndolo por mi cuenta. La pregunta parece llamar su atención dado que me observa a través de sus prolongadas y delgadas pestañas.

A pesar de eso, no contesta.

—En el fútbol americano, como en muchos deportes, existen reglas que uno no puede romper —comienzo a hablar observando mi palma—. Y si lo haces, hay consecuencias. Es simple, justo

y lógico, son reglas escritas en papel que todo jugador debe respetar —explico elevando la mirada y contemplando la brillante aleación de verde y café en sus ojos—. En la vida real, fuera del campo, las reglas existen también. El problema está en que no todos los que las quiebran pagan. Gideon era de ese tipo, el tipo de hombre que no siguió las reglas por mucho tiempo —añado deteniéndome para tirar el algodón y colocar un mechón de su cabello tras su oreja—. Elegí el fútbol americano porque las reglas jamás se rompen, porque todo jugador tiene un límite. Si cruzas ese límite de forma automática obtienes una penalización y, mientras tanto, en la vida real uno rompe las reglas y pueden pasar años hasta que al fin se haga justicia, hasta que te penalicen —señalo—. Yo empecé a jugar porque adoraba esas reglas, porque cada penalización se veía perfecta y justa para cada infracción, porque quería hacer respetar las normas en el campo y fuera de él, y en verdad lamento haber cruzado el límite con Galileo. Rompí una de las reglas que más valoro, que es nunca lastimar a alguien más, no convertirme en lo que Gideon fue.

—Romper una regla no te transforma en lo que tu padre es —  
apunta con una expresión tan neutral que logra inquietarme—. Fue



—corrige al cabo de unos segundos—. Y a pesar de que estuvo mal, debo confesar que me reconforta el hecho de que te duela la mano y que no sepas golpear. —Una pequeña sonrisa parece curvar sus labios tras la colación de su característico humor, sin embargo, sus ojos parecen estar ocultando algo más.

De todas formas, no puedo culparla, está bien si aún está algo molesta por mi salvaje actitud de matón. O intento de uno.

—Créeme que duele bastante. —No importa cuánta fuerza tenga o el hecho de que sea un jugador de un deporte tan brutal como el fútbol americano, mis nudillos aún arden. Voy a necesitar mucho hielo y crema hidratante—. Parece bastante sencillo en los libros y en las películas, pero la realidad es distinta. —Creo que nunca volveré a golpear a alguien.

—La realidad siempre es diferente, Beasley —asegura en un susurro.

Ella se incorpora y tiende una mano en mi dirección. Por un segundo dudo en tomarla, aún presiento que hay algo que no me está diciendo. Sin embargo, en cuanto las yemas de mis dedos rozan su piel no puedo negarme. Sus dedos se entrelazan con los míos y tira de mí hacia el lugar que Bill describiría como

prohibido.

Su habitación.

## **Capítulo XLI**

Estrechar

# Malcom

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —inquiero de pie en el umbral de la puerta. Observo como Kansas busca algo dentro de los cajones de su escritorio.

—Tú solo cállate y acuéstate —ordena señalando su cama con un ademán rápido.

Arqueo una ceja en su dirección, pero hago lo que dice. Me adentro en su cuarto y, por un momento, considero cerrar la puerta. Sin embargo, pienso que podría malinterpretarse así que tan solo la arrimo, dejándola alrededor de doce pulgadas abierta.

La idea de estar a solas con Kansas hace que mi cerebro comience a formular un montón de posibles situaciones, pero sé que ninguna de las más inapropiadas se dará. Primero, porque no soy esa clase de chico; y segundo, porque intento apegarme a las reglas de Bill de tal forma en que me pongo un límite. Aún lo respeto a él y a su hogar, y claro está que no quiero faltarle el respeto a Kansas tampoco.

El hombre me dio techo, comida, una oportunidad para salir de mi país y crecer en el ámbito deportivo y, a pesar de que besé a

su hija una vez, soy consciente de que no habrá otro movimiento hasta aclarar las cosas con él. Bill fue claro cuando dijo que no quería que me acercara a su hija de una forma sentimental. Ni siquiera pasaron dos semanas y ya pasé por arriba todas sus advertencias.

Una semana y cinco días, ese es el tiempo que me llevó romper la regla que el *coach* estableció, pero vale resaltar que Kansas no facilita el acatamiento de las normas. No la conozco lo suficiente, pero sí lo necesario como para quebrantar una que otra regla por ella.

Tomo asiento en la cama y ella trae consigo un par de fotografías, se sube al colchón y cruza las piernas como lo harían los indios, una forma también conocida como la posición de loto en yoga. Mientras estamos enfrentados, ella desparrama las fotos sobre el edredón y señala una en la que aparece una niña sobre los hombros de una mujer, la cría está intentando poner el adorno de una estrella en la cima de un árbol navideño.

—Navidad del 2004 —apunta con los ojos fijos en la vieja fotografía—. Mi madre amaba la Navidad, pero yo no lo hacía. Mi padre me prometió unas cuantas galletas extras si accedía a ponerle

la estúpida estrella al árbol. —Una leve sonrisa cargada de nostalgia se encarga de curvar sus labios—. A mi madre le gustaban los fuegos artificiales, a mí no; ella amaba comer pavo y yo lo detestaba; ella era muy fanática de todo lo que tenía que ver con Santa mientras que a mí ese hombre con barba y traje rojo que se deslizaba por la chimenea, irrumpía en tu hogar y se comía tu comida me daba miedo e ira. Yo sostenía que era el ladrón de la Navidad por la forma en que supuestamente entraba a las casas. —

Pasa a otra fotografía en la que se ve a una niña con pocos dientes sonreír hacia la cámara vestida como un alienígena—. Esta la tomaron en Halloween del 2007. Mi madre detestaba el día de brujas porque decía que perturbaba la mente de los niños y también les daba caries. A mí me fascinaba lo tétrico y fantástico que podría llegar a ser —explica pasando a otra fotografía que parece ser un poco más actual—. Esta fue la última foto que nos tomamos. —Sus ojos destellan con sentimientos reprimidos mientras observa la imagen en que una mujer de suaves rasgos le arregla el cabello—. Era el día de mi graduación y le estaba enseñando lo que era una *selfie*, pero ella estaba demasiado preocupada por mi peinado, maquillaje y toda esa porquería, así que ni siquiera se percató de

que tomé la foto —señala pasando las yemas de sus dedos a través de la imagen.

—Kansas... —llamo y alcanzo su mano para apartar la fotografía con suavidad—. ¿A dónde quieres llegar con todo esto? Ella parpadea varias veces hacia la imagen antes de levantar la vista. Su pecho sube mientras toma una bocanada de aire para luego expulsarla en una exhalación lenta, es un suspiro que dice más que cualquier oración.

Se nota que echa de menos a su madre y, a pesar de todos los errores que cometió, se ve que aún la necesita. Tal vez no esté dispuesta a perdonarla por lo que hizo, pero no puede negar que la sigue queriendo. El hecho de que el cerebro diga no y el corazón exprese un claro sí es bastante complejo, ¿a quién se supone que debes hacerle caso?

—Te cuento esto porque antes creía que en algún momento podría convertirme en lo que mi madre es —confiesa—, pero entonces aprendí a notar y a prestar atención a las diferencias, desde las más pequeñas hasta las más grandes —explica juntando las fotografías y estirándose para dejarlas sobre la mesa de luz—. Las diferencias nos hacen quienes somos, y uno no puede volverse

algo que jamás fue. Está bien, la gente cambia, pero jamás lo hacen hasta el punto de convertirse en alguien más, eso es imposible — asegura—. En mi primer año de universidad era un caos con la bebida en las fiestas de los sábados, y llegué a pensar que podría transformarme en Regina, mi madre. Cuando aquel pensamiento se hacía presente en mi cabeza comenzaba a enumerar todas las diferencias que existían entre nosotras, así me recordaba que yo era alguien diferente, alguien que jamás se emborracharía frente a sus hijos —murmura anclando sus ojos en los míos—. Ella es Regina, yo soy Kansas, e independientemente de nuestro parecido aún existen esas pequeñas y enormes diferencias que me recuerdan que somos completamente distintas. Yo jamás seré Regina, Malcom. —Y yo jamás seré Gideon. —Comprendo mientras vuelvo a analizar cada una de sus palabras. Ella asiente y sonrío. Y me encanta que lo haga.

# Kansas

Mis párpados se sienten pesados y mis labios resecos mientras intento estirarme entre las sábanas de mi cama. Tomo una bocana de aire que se encarga de inflar cada pulgada de mi pecho e intento rodar sobre el colchón.

Pero no puedo.

Un brazo se enrosca alrededor de mi cuerpo y me mantiene retenida contra algo cálido y fuerte. Intento girar ante lo que provoca mi desconcierto mañanero cuando mi mejilla, aquella que se supone que debería descansar en la almohada, roza la piel de un bíceps.

Me remuevo inquieta entre los brazos que me mantienen como prisionera porque no me gusta estar inmovilizada, quiero ir a orinar y necesito estirarme. Sin embargo, lo único que logro es rotar sobre mi propio cuerpo y quedar cara a cara con aquello cálido y macizo que anteriormente presionaba mi espalda.

Abro un ojo y el pecho de Malcom cubierto por una camiseta de algodón me da los buenos días, y tras hacer el esfuerzo de abrir el ojo restante alzo la vista para ver su rostro varias pulgadas



más arriba. Me muevo como un pez entre las manos de un ser humano, desesperado por saltar tan lejos de su captor como sea posible. La imagen debe ser graciosa de ver, pero lo único que logro es llegar a estar cara a cara con él. Estamos tan cerca que me preocupa que mi simple respiración pueda despertarlo.

Lo observo por un momento: sus facciones relajadas, los labios entreabiertos, las pestañas rozando con sus pómulos y ocultando esos particulares ojos que posee. Beasley es una persona que a simple vista te transmite seriedad y solidez, pero ahora, mientras su pecho sube y baja en un vaivén de tranquilidad, se ve tan vulnerable como dulce. Y «dulce» no es una palabra que yo use muy a menudo, mucho menos para hablar de él.

En fin, es alguien que no tiene un pasado trágico, uno que no involucra a un padre que aparentemente está muerto cuando no es así.

Él se queja por lo bajo y espero que no esté soñando con Gideon. Anoche hablamos tanto de él que es bastante probable que ahora lo vea en sus sueños. En realidad, si me pongo a analizar las pasadas horas, fue Malcom el único que habló. Él enumeró ciento veintinueve diferencias entre sí mismo y su padre adoptivo,

o por lo menos a ese número llegamos antes de quedarnos dormidos.

Lo extraño de todo esto es que aún no comprendo cómo terminamos en esta posición. No es que no se sienta bien estar siendo abrazada por una persona como él, todo lo contrario. El caso es que necesito orinar porque son como las nueve de la mañana, eso lo deduzco por la leve luz del sol que se filtra por las persianas bajas, y no he ido al baño por alrededor de trece horas.

Estoy por hacer otro intento de zafarme de sus brazos cuando oigo voces en el pasillo, entonces, me quedo inmóvil.

—¿Así que... —inquire una voz entre susurros— ...son novios? ¿Deberíamos despertarlos? No creo que Bill esté de acuerdo con esto.

—¿Tú me ves cara de Cupido? —escupe otra voz femenina por lo bajo, una que me es demasiado familiar—. No sé si son novios, pero eso no debería importarte. Están juntos en la cama, fin de la discusión, mamá.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa al percatarme de que una de mujeres que se encuentra en mi corredor es Sierra Montgomery.

Y la otra es su progenitora, Anneley.

La novia de mi padre, posiblemente futura esposa y madrastra, la cual tiene una hija que se asemeja más a un engendro de Hades que a uno de Dios, está aquí.

Automáticamente las preguntas comienzan a formularse a una velocidad luz dentro de mi cabeza: ¿qué hacen aquí? ¿Bill las mandó? ¿Cómo entraron? Me gustaría llamar al 911, hasta podría comunicarme con control animal si eso puede sacar a estas dos mujeres de mi casa.

—No entiendo a los jóvenes de ahora —susurra con claro desconcierto la mujer—. En mis tiempos cuando hacías una orgía no te quedabas a dormir en la casa del anfitrión —explica—, pero aquí hay dos personas durmiendo en el sofá, uno sobre la mesa de la cocina y otro en la alfombra. Por no hablar de estos dos... —Sierra la corta cuando comienza a parlotear sobre Malcom y yo, y a pesar de que no puedo verla estoy segura de que está apuntándonos desde la puerta entreabierta.

«¿Por qué no cerraste la puerta anoche, Beasley?» Quiero despertarlo y obligarlo a correr unas cuantas millas por eso. Ese pensamiento posiblemente enorgullecería a mi padre.

—No hables de orgías conmigo —le pide Sierra con náusea—

. Tus épocas de gloria son de completa repugnancia para mí —  
asegura.

Creo que ya no quiero orinar.

Entonces, Malcom emite un sonido somnoliento mientras me  
estrecha contra sí y comienza a abrir los ojos. El pánico se filtra en  
mi interior y llevo mi mano a su boca para indicarle que se guarde  
su palabrería, porque conociendo a Beasley puedo apostar lo que  
sea a que comenzará a conjugar verbos como entrenamiento  
matutino o me dará los buenos días en ocho idiomas diferentes.

Tengo la esperanza de que Sierra y Anneley no vean el  
movimiento, y si de algo estoy agradecida en este momento es del  
tamaño de la espalda del inglés, ya que logra cubrirnos de los ojos  
curiosos.

—De acuerdo, entonces vamos a preparar el desayuno —  
anima la entrenadora de natación—. Cuando huelan mi café y pan  
tostado probablemente se despertarán. Mientras tanto quiero  
ensayar qué decir, tendré una pequeña

*Kans* frente a mí en la mesa y no puedo desaprovecharla.

¿*Kans*? ¿De verdad? ¿Me acaba de llamar «oportunidad» en  
neerlandés?

—Tu café no es muy apetitoso, sin ofender —dice Sierra mientras se oyen pasos descendiendo la escalera. Están alejándose, por suerte—, Y no debes practicar nada, Kansas no va a estar feliz con esto. Es una pésima ide... —Su voz prácticamente se desvanece cuando llegan al primer piso.

Tomo una bocanada de aire y les permito a mis músculos relajarse, cierro los ojos y entierro mi rostro en el cuello de Malcom solo por un segundo.

Intento olvidar el hecho de que Anneley y Sierra están a punto de preparar tostadas en mi cocina, y que lo más probable es que Montgomery vaya a ponerle gotas de cianuro a mi café si tiene la oportunidad, o mejor dicho la *Kans*.

—¿Kansas? —inquire el inglés con voz baja y ronca, una que logra estremecerme. Parece que no ha oído nada de lo que la novia de mi padre o su irritable hija dijeron—. ¿Qué ocurre? —murmura contra mi cabello, deslizando una mano de forma perezosa entre las hebras.

—Tenemos compañía —explico con brevedad—, y no de la buena.

Comienzo a incorporarme y observo que él aún lucha por

abrir los ojos, entonces sus dedos se enroscan alrededor de mi muñeca y jala de mí contra el colchón y su cuerpo.

—Que esperen —espeta envolviéndome en sus brazos otra vez.

Y a pesar de que ahora me siento sobre una nube, soy consciente de que pronto volveré a la tierra.

Y presiento que no será un buen aterrizaje.

## **Capítulo XLII**

Eupéptico

# Kansas

Luego de prepararme mentalmente por alrededor de diez minutos, decido bajar las escaleras. Tras haberle enviado unos quince mensajes a mi padre, haber echado a Malcom de mi habitación y haberme cambiado el pijama por ropa decente, me siento lista.

Llego al pie de la escalera y veo que Harriet y Ben duermen en el sofá. Están invertidos, por lo que Ben tiene sus pies a un lado de la cabeza de Harriet y ella tiene los suyos sobre el abdomen y rostro de Hamilton. No creo que sea agradable dormir con un talón clavándose en tu mejilla o en tu estómago, así que solo se me ocurre que Ben puede estar anestesiado o que simplemente es una persona muy tolerante.

Al lado de ellos, en el piso, descansa Timberg acurrucado en la alfombra, así que deduzco que Jamie fue la que durmió sobre la mesa de la cocina. Pienso en lo adoloridos que deben estar por dormir en esas posiciones y superficies, pero en cuanto me adentro en la sala y observo a la pelirroja de un sorprendente buen humor, me percató de que tan buen estado de ánimo no

debería provenir de dormir sobre una mesa de madera toda la noche.

—Buenos días, Kansas —habla con la boca llena y una dona a medio comer en la mano—. Debes probar esto, tal vez no son las de Blair's, pero son bastante ricas —añade limpiando las migas que se adhieren alrededor de su boca con el dorso de su mano libre.

—¿Kansas está despierta? —inquire una voz femenina, y solo es cuestión de segundos para que una mujer aparezca frente a mis ojos con un plato de tostadas entre sus dedos.

Es alta, lo suficiente como para lucir intimidante; su cabello es rubio y corto, le roza la nuca. Jamie ha hablado de lo bien que le queda el corte pixie a Anne Hathaway y Jennifer Lawrence, así que lo reconozco como tal. El *look* logra acentuar un par de ojos cafés grandes y redondos, que me observan con una mezcla de vergüenza y entusiasmo.

—Antes de que digas algo, déjame explicarte —se precipita a decir en cuanto abro la boca—. Tu padre me pidió que viniera a chequearte, dijo que luego de cada partido hay una fiesta y las cosas a veces se salen de control —explica de forma insegura—. Dijo que no eres una persona muy madrugadora, así que me permitió usar la



llave que esconden en la maceta. Sé que no esperabas encontrarme aquí y que probablemente no sea una grata sorpresa, pero creí que era hora de conocernos —confiesa, pero en cuanto ve que me mantengo muda agrega algo más—. No sé preparar algo que no sea café y tostadas, así que compré unas cuantas donas por si querías. —Y están muy buenas —acota Jamie lamiéndose los dedos cubiertos de glaseado.

La observo durante lo que parece una eternidad porque, honestamente, no sé cómo reaccionar. Mi padre, que está a cientos de millas de distancia, se las arregló para invitar a su novia a nuestro hogar y, a pesar de que estoy en todo mi derecho de echarla ya que esta es mi casa, sé que sería totalmente grosero de mi parte y que probablemente disgustaría profundamente a Bill.

Pienso que la mujer que tengo frente a mí es la misma con la que él se ha estado viendo a escondidas en los últimos meses, es aquella con la cual ha estado saliendo desde hace un año, la misma que posiblemente se convierta en mi madrastra algún día.

El pensamiento forma un nudo en la boca de mi estómago.

Quiero abrir la puerta y lanzarla a ella y a su hija a la calle, pero me resisto: Anneley no hizo nada malo. En realidad, fue mi padre en

todo caso el que se negó a confiar en mí.

—No tengo mucho apetito —declino su oferta de desayunar con toda la amabilidad que tengo—, pero estoy segura de que los chicos estarán hambrientos cuando despierten —añado al ver cómo cierta decepción inunda sus ojos.

No puedo simular que estoy feliz con su presencia, porque no es así. Ella no luce como una persona desagradable, pero preferiría que nuestro primer encuentro hubiese sido con mi padre como mediador. Ahora no sé qué hacer, solo tengo la certeza de que quiero volver a la cama y arrastrar a Beasley conmigo.

—Te dije que no le agradaría esto —reprocha una voz a Anneley, una que automáticamente asocio con Sierra. Ella baja las escaleras de dos en dos y me pregunto qué estaba haciendo en el segundo piso, o mejor aún, ¿cuándo subió?

—Yo no... —intento hablar, pero ella me interrumpe.

—No nos quieres aquí, lo entiendo. —Se encoge de hombros observándome con indiferencia—. Yo tampoco quería venir de todos modos, aunque admito que fuiste bastante sutil al negarte a pasar tiempo con mi madre frente a sus narices. —Mis ojos perforan los suyos en cuanto escupe las palabras.

—Es solo que me sorprendieron, eso es todo —argumento.

—Ni tú te crees eso, Kansas —bufa—. Toma tus cosas, mamá  
—dice atravesando el pequeño espacio hasta llegar a la puerta—,  
será mejor que nos vayamos.

Los ojos cafés de Anneley se encuentran con los de su hija y establecen una comunicación silenciosa. Ella parece estar reprochando a la castaña, y una batalla se desata en mi cocina. No me gusta la forma en que le habla a su madre, y tampoco me agrada el hecho de que me haga quedar tan mal frente a ella.

—¿Sabes qué? —inquiero—. Creo que sí tengo apetito después de todo —apunto alcanzando una tostada del plato de la nueva novia de Bill y llevándola a mi boca.



Los ojos de Anneley se esperan, los de Sierra se oscurecen y los de Jamie se iluminan en cuanto toma otra dona.

—Espera un momento —la detengo depositando mi taza de café sobre la mesa—. ¿Tú fuiste la responsable de que mi padre tuviera gases por toda esa semana? —inquiero—. Me gasté todos mis ahorros en desodorante de ambiente y hasta le programé una

cita con el gastroenterólogo —me quejo.

—Recuerdo que se tiraba unos gases de muerte. —Arruga la nariz Chase— ¡Y me echaba la culpa a mí! —espeta ofendido.

—Te llamábamos la flatulencia *Timbergtosa*. — Ríe Ben mientras unta un poco más de mermelada en su tostada—. Esos gases se oían a través de todo el campus, eran ultrasónicos.

—Desayunar no es posible si hablan de temas relacionados con el aparato digestivo —informa Harriet alejando su plato de tostadas con una expresión cargada de disgusto.

—Y de los residuos gaseosos acumulados en el intestino tras la digestión. —Malcom imita su gesto.

Si hace cuarenta minutos atrás me hubieran dicho que estaría riéndome con Anneley sobre las flatulencias de mi padre no les hubiera creído. Sin embargo, mientras ahora observo a la mujer con lágrimas en los ojos puedo decir que estoy disfrutando de esto.

Los primeros quince minutos fueron realmente incómodos.

Solo nos limitábamos a observarnos y a comer en silencio, pero tras la llegada de Timberg, Ben, Harriet y un educado Beasley —que se presentó como todo un inglés—, la tensión en el ambiente cayó en picada.

Todos parecen disfrutar del momento, hasta la irascible Sierra lo hace. Puede que no hablemos directamente y que de vez en cuando la pelirroja y la rubia le lancen miradas en forma de advertencia, pero por lo menos no estamos atacándonos verbalmente como solemos hacerlo.

No puedo decir en base a cuarenta minutos de compañía que estoy de acuerdo con un casamiento, porque no lo estoy; aún debo hablar con mi padre y plantearle todas estas cosas que dan vueltas alrededor de mi cabeza. Entre ellas se encuentra el hecho de que jamás me comentó que tenía pensando ir al altar y otro factor clave: que aún no conozco lo suficiente a Anneley. Sin embargo, se podría decir mi primera impresión de ella es un ocho en la escala del uno al diez.

—¿Qué órganos y cosas intervienen en la eliminación de deshechos, Tigre? —pregunta Ben.

—Colon transverso, ascendente, descendente, la vesícula ileocecal, las bacterias, el colon sigmoideo, el recto, ano y... —hace una pausa mientras aparta la mirada de la comida con repugnancia—...por último, las heces. ¿Por qué preguntas? —inquire con evidente náusea.

—Por nada, solo quería ver tu expresión.

Beasley fulmina con la mirada a Hamilton al mismo tiempo en que se oye el timbre. Me levanto para atender y dejo la suerte de Ben en manos de los Dioses. Malcom no parece ser vengativo, pero no quiero estar presente si le devuelve el golpe.

Abro la puerta para encontrar que no hay nadie fuera, solo la calle vacía y el sol ascendiendo entre los tejados de las casas vecinas. Entonces intento cerrarla, pero algo me detiene.

Una voz.

—No es muy cortés cerrar la puerta justo frente la nariz de alguien —habla un desconocido obligándome a bajar la vista.

—No te vi —aseguro—, lo siento.

—Pocos te ven cuando mides menos de cuatro pies —dice encogiéndose de hombros—. Soy Adam Rickmount, y tú debes ser Kansas —se presenta extendiendo su pequeña mano en mi dirección.

Este niño parece tener unos seis o siete años, aunque habla como alguien mayor. Tiene unos ojos que me resultan bastante familiares y esa tonalidad de cabello rubio cenizo también lo hace.

—Adam Hyland, en realidad —dice una nueva voz, y en

cuestión de segundos tengo a Gabe atravesando mi jardín delantero.

—Rickmount —corrige el niño mientras estrecha mi mano—

. Ese es el apellido de mi papá, no le hagas caso a Gabriel.

—Eres un Hyland de pies a cabeza —señala el muchacho mientras se pone su característica gorra de los Denver Broncos—, aunque tendríamos que renovar ese atuendo y lanzar ese libro a la hoguera —añade observándolo.

Me percató de que Adam tiene en su mano libre un paquete y un libro, uno que reconozco como *El viento en los sauces*, que es un clásico de la literatura infantil. Zoe ama esa novela.

—No le hagas caso a Gabe —replico poniéndome en cuclillas y enderezando sus gafas, las cuales están un poco torcidas—. A las chicas nos gustan los chicos que leen —aseguro, y él sonrío.

—¿Eso quiere decir que moriré solo? —inquire Hyland cruzándose de brazos.

—Tienes a la abuela —replica Adam encogiéndose de hombros otra vez, y en cuanto las palabras salen de sus pequeños labios tengo la certeza de que a Malcom le caería bien este niño. Tiene bastante lógica y sentido del humor como para ser tan

joven—. Bueno, no queremos molestarte —dice volviendo a mirarme con esa mezcla de verde y dorado en sus ojos—. Solo quería darte esto —señala extendiendo el paquete en mi dirección—. Lo dejaron por error en la puerta de la abuela y Gabriel lo quiso abrir, pero lo detuve —explica con orgullo en su voz, mostrando su dentadura repleta de dientes de leche.

—Raro de ti tocar lo que no te pertenece —murmuro arqueando una ceja hacia Hyland.

—Sabes que no puedo resistirme —espeta con ojos cargados de falsa inocencia—. De acuerdo, creo que es hora de irnos. La abuela está haciendo el desayuno y sabes que no puedo decirle que no a sus panqueques —le dice a su primo, alguien que no tenía ni la más remota idea de que existía. La familia de Mary es demasiado numerosa, y por un segundo recuerdo cuando creí que Malcom era parte de ella—. Tú y yo tenemos que hablar luego —me dice mientras comienza a alejarse arrastrando a Adam consigo.

—¿Sobre qué?

—Claire Whittle.

Ellos desaparecen al cabo de los segundos y me quedo observado el jardín vacío, pensando en el parecido que tiene Adam



con Malcom: su forma de hablar, su cabello cuidadosamente peinado, su vestimenta. Es como un Beasley en miniatura.

—¡Kansas! —llama Jamie desde la cocina—. ¡El idiota de Timberg se está por comer la última dona, haz algo! —chilla—, o tendrás que oler y oír gases ultrasónicos dentro de media hora. Sonrío, y lo hago porque parece ser un buen domingo.

Estoy por entrar cuando mis ojos caen en el paquete entre mis manos. Entonces veo la cantidad de sellos y colores que lo recubren, la caligrafía y hasta la estampilla.

Malcom Beasley.

**Roosevelt y Trinity Street 327, Betland, Mississippi, USA.**

**Remitente: Gideon Beasley.**

# Malcom

Estoy solo en casa.

Casi anochece y hace tiempo que se fueron Anneley, su hija, Ben, Chase y las amigas de Kansas, incluyendo a la misma. La castaña no dijo mucho, solo que volvería tarde. Tomó un par de cosas de su habitación y se montó en el Jeep con las chicas pisándole los talones. A mi parecer se notaba algo tensa, y creo que se debió a que se percató de que volveríamos a estar solos otra vez.

Mientras preparo un salteado de pollo con verduras y pongo a Vivaldi y a sus melodías a un volumen tolerablemente alto, me pregunto qué me ocurre. No debería estar desarrollando sentimientos por Kansas, pero aquí estoy: cortando cebollas y decepcionándome por el hecho de que ella no esté.

Lo que ocurre es que soy consciente de que Bill volverá en algún momento, y no sé si está bien o mal lo que pienso, pero creo que deberíamos aprovechar el tiempo a solas.

Porque la realidad, desgraciadamente, es que cuando el *coach* regrese y vea que hay algo que va más allá de lo amistoso con su hija, es probable que quiera despedazarme. Además, no sé cuánto

tiempo me queda aquí.

¿Cómo se supone que voy a explicarlo? Ella y yo no somos nada y, en definitiva, solo nos hemos dado un beso. ¿Pero qué hay del hecho de que cruzara el océano Atlántico por mí? ¿Y qué con que yo fuera el responsable de que volviera a tocar el piano?

¿Debería omitir que me esperó en la tumba de mi padre por horas o que yo golpeé a Galileo Lingard por ella?

¿Tengo que recordar que subí a un escenario y le pedí disculpas en público? Físicamente no ocurrió nada, pero a nivel sentimental es una historia completamente diferente, una historia que parece inverosímil dado el tiempo en que nos conocemos.

Y no creo que Bill Shepard esté feliz con eso.

—¡Ya me estaba hartando de esa insípida gelatina de hospital! —exclama una gruesa y ronca voz a mis espaldas, y seguida de ella de oye el fuerte crujir de la puerta.

Como si hubiera sido invocado, el entrenador entra a la sala y deja caer un bolso con un ruido sordo en la alfombra. No le veo hace casi cuatro días, pero creo que luce más grande e intimidante que la última vez. Me pregunto si en verdad lo hace o si la imaginación y la culpa afectan mi percepción.

—Bill —saludo. Aparto el sartén del fuego y extendiendo una mano para estrechar la suya—. Veo que el fanático de los Broncos no pudo contigo.

—¡Lo hubieras visto, Beasley! —exclama acercándose y jalando de mi brazo para envolverme en un abrazo que se asemeja más a exprimir una naranja que a un gesto afectuoso—. Me dieron el alta primero y casi se muere de envidia —explica antes de dar media vuelta sobre sus talones y observar las escaleras. —¡Kan...!

—Ella no está aquí —informo atrayendo su atención hacia mi persona, y por un momento sus ojos parecen estar a punto de atravesarme—. Salió con Harriet y Jamie —agrego para tranquilizarlo.

Él me observa con cierta desconfianza durante algunos segundos, pero luego se deja caer en una silla y se adueña del plato en el que iba a cenar.

—Tengo hambre, Beasley. Más vale que tu comida sea buena, estoy cansado de alimentarme con gelatina y guisantes congelados —informa mientras busco otro plato y calculo la porción adecuada de alimento—. ¿Kansas dijo a qué hora llegaría? —inquieta tomando el tenedor y clavándoselo a un trozo de pollo.

Por alguna razón puedo verme reflejado en esa pobre gallina mientras habla de su hija.

—No lo sé —me sincero—, pero si está preocupado por el encuentro con Anneley, déjeme decirle que fue bastante exitoso —explico—. Tal vez no haya sido un touchdown, pero sin dudas fue un *field goal*.

El tenedor queda a medio camino de su boca en cuanto escucha mis palabras. Sus ojos que usualmente contemplan a los demás con desafío y suspicacia se tornan más suaves. Parece sorprendido.

—Y hablando de *field goal*... — intenta que no note su reacción al enterarse de que Anneley y Kansas podrían llevarse bien en un futuro, y para eso no existe nada mejor que cambiar de tema—. Ese último *touchdown* fue bastante sorprendente, Beasley. Todos pensábamos que perderían —confiesa—. Trabajas bien bajo presión, y no fui el único que notó eso.

—¿A qué se refiere? —interrogo llenando mi vaso con agua.

— A que yo no fui el único que se percató de tu potencial como *quarterback*, a eso me refiero —señala—. No te lo dije antes porque quería ver de qué forma sobrellevabas la situación, y no creí

conveniente decirte que varios cuerpos técnicos de otros equipos venían a verte jugar. —La incredulidad se expresa en mi rostro a medida que sigue hablando—. Hay muchas personas interesadas en ti, Malcom. No me pareció correcto decírtelo por teléfono, pero ya hay algunas ofertas y ni siquiera has jugado tres partidos desde que pisaste tierra norteamericana. ¡¿Sabes qué quiere decir eso?! —inquieta.

Me concentro en procesar la información que acaba de darme y, por lo tanto, no respondo.

—Que en un futuro te comprarán y, cuando lo hagan, te irás lejos para jugar con un equipo profesional.

—¿Y cuándo cree que ocurra eso, *coach*?

—Tan pronto que no tendrás ni tiempo para despedirte —dice con entusiasmo—. Tendrás que enviarme una postal —añade engullendo algunas zanahorias—, también una para el equipo y otra para Kansas, aunque dudo que a mi hija le gusten las postales —reflexiona.

No, no creo que a ella le guste recibir postales. Y, en lo que a mi persona se refiere, no me gusta la idea de enviárselas.

## Capítulo XLIII

Necesidad

# Kansas

—Repasemos los hechos —dice Harriet. Cierra la Constitución de los Estados Unidos y guarda sus resaltadores por tonalidad.

—¿Qué hechos quieres repasar? —escupe Jamie dando vuelta la página de su revista—. Gideon está vivo, fin del repaso.

Entierro el rostro en mis manos y cierro los ojos por un segundo. Me gustaría estar preocupada por el hecho de que tengo clases de Estadística con la señora Grimes, porque recién es lunes y porque tomaron nuestro lugar en la mesa de la cafetería. Sin embargo, lo que más me preocupa es Beasley, su padre, el paquete misterioso y todos los sentimientos que eso me provoca.

Mi vida era mucho más sencilla antes de que el inglés apareciera, y solo ahora que echo de menos las absurdas preocupaciones de una estudiante de segundo año me percato de la cantidad de cosas que están ocurriendo. Y de lo graves que son.

—Ese día, mientras estábamos en el cementerio, noté algo extraño en la lápida —repito la historia una vez más—. Lo primero que



vi

fue

la

oración:

«Amado

padre,

esposo

y

amigo». Entonces recordé que Gideon crio a Malcom solo, no tenía esposa —explico con los atentos ojos de Harriet sobre mí—. Luego miré la fecha de su nacimiento, que era alrededor de 1924. Intenté convencerme de que estaba mal, porque eso querría decir que Gideon murió cuando tenía 93 años. El lapso de tiempo y su edad no encajaban.

—Nadie dejaría que un anciano adopte a un niño —asume la pelirroja—. Porque sus capacidades y su movilidad son limitadas, mucho menos si pretende encargarse de alguien tan joven por sí solo.

—Si suponemos que Gideon tenía noventa y tres años cuando murió, eso querría decir que adoptó a Malcom cuando tenía

alrededor de ochenta —apunta Harriet—. Es imposible.

Servicios infantiles aprobaría uno de mil millones de casos como este, y ni hablar de lo que diría un juez —especula—, pero puede ser un error, tal vez alguien puso mal la fecha de nacimiento.

—¿Y cómo explicas lo de la esposa? —inquiero—. ¿Y qué con el paquete? No creo que haya llegado del más allá.

Ambas chicas permanecen en silencio e intercambian una mirada rápida; por la forma en que me observan, sé que existe algo más formulándose en aquella conversación muda.

—¿Pero entonces quién está enterrado en el cementerio? —interroga la rubia con sus ojos color cielo escaneando mi reacción—. ¿Por qué alguien le cedería semejante herencia a Malcom en nombre de Gideon? Esto no tiene ningún sentido, debemos comunicarnos con la funeraria —añade guardando sus útiles en su bolso y poniéndose de pie—. Y tú—agrega señalándome—. Debes darle ese paquete a Beasley.

—¿Y decirle qué? —espeto—. No sabemos quién murió y tampoco el origen de la herencia. Solo tenemos un montón de teorías que lo único que harían serían desconcertarlo y ponerlo aún peor —señalo. Siento que la impotencia se expande a lo largo de

cada fibra de mi cuerpo.

—Tenemos evidencia, Kansas —asegura Jamie observando mi morral. No necesita decirme nada para que me percate de que habla del paquete—. Alguien envió eso, y una vez que Harriet se contacte con la funeraria sabremos si se trata de una broma de mal gusto o de un idiota, pero mientras tanto deberías decírselo a Malcom.

Atravesamos las puertas del edificio y cada una toma el camino hacia su facultad, no sin antes dirigirme una última mirada cargada de advertencia.

Soy consciente de que debo darle el paquete a Malcom, y también sé que no tenía derecho a tomarlo y ocultárselo.

Probablemente, y con eso quiero decir seguramente, se enoje por el simple hecho de que no le comenté lo que vi en el cementerio, pero no sabía si era correcto jugar con su estabilidad emocional al decirle que su padre muerto en realidad estaba vivo. Antes no tenía prueba alguna, solo suposiciones, y no olvidemos el hecho de que su ahijado acababa de nacer. Ahora la situación es bastante diferente, así que en cuanto lo vea voy a obligarlo a sentarse y a escucharme decir todo lo que no dije.

Y, como si el universo estuviera de buen humor para hacer bromas, una vez que llega mi última hora en la facultad el profesor Ruggles comienza a hablar de algo que llama «El arte de la complicación».

—Quiero hablarles de un tipo de personas en específico — comienza el hombre limpiando sus gafas—. Son aquellas que hacen difícil lo sencillo, las que a veces denominamos como complicadas; se les presenta un problema para cada solución, y así tornan algo que describimos como simple en otra cosa sumamente compleja. Esta gente, como ya he dicho, es complicada y posee la habilidad de ver cualquier problema desde un plano negativo. — Hace una pausa para colocarse sus anteojos y comienza a caminar a paso lento a través del aula—. Cabe resaltar que todos somos complicados a nuestra manera y que, por más tranquila, lógica y analítica que sea la persona, siempre va a existir un momento donde sus inseguridades la sobrepasen y sus pensamientos hagan de un punto negro todo un abismo.

—¿Podríamos hablar de una escala de complejidad? — inquiero—, porque independientemente de que todos somos complicados hay algunos que van más allá de eso.

—Se podría decir que sí —reflexiona el señor Ruggles—. Los casos más extremos son aquellos que tienen una clara inestabilidad emocional, los que no logran establecer relaciones con otros de forma funcional y afectiva. Estas personas, vale resaltar que no todas, pueden padecer, por ejemplo, un trastorno afectivo de carácter depresivo crónico. Sin embargo, yo no busco concentrarme en los casos extremos.

—¿Vamos a analizar a alguien medianamente cuerdo? ¿De qué serviría eso? —Ríe Nevil, ganándose una mirada desaprobadora por parte del docente.

—No todas las personas son blanco o negro, la mayoría son de una tonalidad gris —explica con las manos entrelazadas tras su espalda—. Tomemos a un sujeto cualquiera, alguien con virtudes y defectos, que es bastante lógico y estable emocionalmente. En algún momento, por el simple hecho de ser humano, puede dejarse llevar por sus emociones y pensamientos, tal vez, por ejemplo, por el estrés. Este sujeto puede hacer de un problema minúsculo algo monumental, y esto se debe a que las noticias se reciben de forma diferente en cada persona y, la mayor parte del tiempo, por desgracia, tenemos una tendencia natural a ver las cosas mucho

más complicadas de lo que son en realidad.

—¿Puede ejemplificarlo? —pide Sierra, cuyos ojos se encuentran por una milésima de segundo con los míos.

—Busquemos un ejemplo cotidiano, uno que ustedes, o mejor dicho los estudiantes de su edad, hayan atravesado o estén atravesando —murmura pensativo—, como por ejemplo, el hecho de aceptar que alguien nos atrae.

¿De verdad? ¿De todos los ejemplos que podría haber dado escoge ese?

—Uno se da cuenta si tiene sentimientos por otra persona, no le veo el punto —se queja una muchacha de la última fila.

—No se trata de darse cuenta, sino de aceptarlos —replica Ruggles—. Muchos temen que les rompan el corazón, tal vez porque ya estuvieron en una relación que no funcionó. Otros tienen miedo a experimentar algo que jamás sintieron y hasta hay casos en donde las circunstancias no son las ideales y entonces nos prohibimos reconocer sentimientos hacia el otro. Nos negamos cierta felicidad por algo que, en muchos casos, tiene una solución. Dicha solución está ante nuestros ojos, pero la vista se ve nublada por un montón de inseguridades y una pequeña

tendencia hacia el pesimismo. —No me gusta su última ejemplificación. Para nada.

Y sé exactamente el motivo: me encuentro en esa misma posición. Soy consciente de que los sentimientos están ahí y no van a desaparecer, no basta con querer cambiar lo que sentimos para que suceda. Pero ojalá pudiera hacerlo.

Mientras el profesor habla enfoco la vista en el reloj tras su escritorio. Pienso en el tiempo y automáticamente mi cerebro comienza a sacar cálculos.

Martes once de octubre: no sé si lo recuerdo porque Zoe me hizo ver demasiadas veces *Juego de gemelas* y lo asocio con la película o por el hecho de que es el único día de la semana en el que los lácteos están a un 15% de descuento en el supermercado.

Cualquiera sea el porqué, no lo sé, pero tengo en claro que ese día encontré a Beasley inconsciente en el piso de mi cocina. Eso fue exactamente hace una semana y seis días. Ni siquiera se cumplieron dos malditas semanas desde que nos conocimos y ya estoy complicándome la vida por él.

Parece que pasaron meses cuando en realidad fue casi medio mes, siento que lo conozco hace más tiempo del que transcurrió y

no puedo terminar de comprender cómo pasaron tantas cosas en un lapso de tiempo tan pequeño. ¿Quién atraviesa el Atlántico por alguien que conoce solo hace un par de días? Es algo que recién ahora me estoy cuestionando, y siendo totalmente sincera, es algo que me aterra.

No sé qué siento con respecto a Malcom, pero puedo decir que en el escaso tiempo que lo conozco me ha hecho experimentar tantos sentimientos que los encuentro casi incontables:

felicidad plena, furia pura, ternura y empatía, melancolía y tristeza, ira ciega y comodidad extrema. Siento que me comprende y a la vez no lo hace, que hay algo y a la vez no hay nada. Estoy haciendo de algo simple un caos de complejidad.

Lo sencillo e ideal sería admitir que me gusta, que es posible que me esté enamorando. Lo simple es decir que siento amor por él, ¿pero lo hago? ¿Estoy en realidad enamorada de esta persona? ¿Siquiera es posible conociéndolo tan poco? Amor: es una palabra peligrosa, compleja y engañosa. Difícil de definir y fácil de malinterpretar. Mi parte lógica me indica que no, que es imposible sentir tanto por alguien en tan poco tiempo. Me repito que solo pasaron dos semanas, que el amor no se da de un día para



el otro y que probablemente me encuentre confundida. Sin embargo, luego llega la parte sentimental.

La maldita parte sentimental.

Esta me dice que me preocupo por él, que de otra forma no hubiera viajado al extranjero solo para acompañarlo en un momento crítico. Es la parte que se encarga de asociar todo lo que me pasa con Beasley, la encargada de ilusionarme y no permitirme olvidarlo. Tengo un serio problema con esta parte mía, y creo que en aspectos generales se debe a que es aquella que me controla la mayor parte del tiempo que estoy con él. Cuando estamos juntos no pienso, solamente siento, y permitirse sentir sin pensar a veces trae consecuencias.

Como ahora.

El profesor Ruggles sigue hablando por los cuarenta minutos restantes. Mientras tanto yo me encargo de tomar nota y subrayar los términos complejos de mi material de estudio. Sin embargo, mi cerebro no parece estar dispuesto a dejar ir el tema del trasero europeo, así que reflexiono sobre lo que voy a hacer en cuanto lo vea.

Ayer tuve la oportunidad de escapar. No me animé a volver a

casa por la noche por miedo a que él estuviera despierto o quisiese hablar por la mañana. Me quedé a dormir en la casa de Harriet, pero sé que no puedo refugiarme en el hogar de mis amigas por mucho tiempo. Así que en cuanto toca el timbre junto mis útiles, saco las llaves de mi Jeep y me pongo el morral al hombro.

Me voy a casa.

Ahora que no está mi padre voy a aprovechar para hablar con Beasley. Primero voy a dejar en claro mis sentimientos por él, luego voy a explicarle lo de Gideon y por último le daré el paquete. Entonces, estoy segura de que voy a pedir perdón y, a pesar de que se encuentre furioso —aunque no sé cómo reaccionará—, lo voy a besar.

Tal vez no sepa qué es con exactitud lo que hay entre nosotros, pero sé con certeza que lo necesito.

Y él a mí, más que nada ahora que su padre parece un misterio que hasta el mismísimo Sherlock Holmes y el doctor Watson amarían resolver.

# Malcom

No tengo tiempo para reaccionar cuando la puerta de la habitación se abre de par en par. Bill, quien mañana volverá a retomar los entrenamientos en el campus, creyó que salir en una excursión por Oakmite sería una buena idea.

Estuve de acuerdo con él hasta que al llegar gritó «¡Cuerpo a tierra!» . En ese momento supe que tal vez hoy no habría yardas ni aparatos de gimnasio, pero sí un arduo entrenamiento al estilo militar.

Solo hicimos una pausa para venir a almorzar, y mientras él salió por el almuerzo yo aproveché para tomar una ducha. Por tal motivo estoy a solas en la casa, con una toalla alrededor de la cintura y observando atónito la puerta abierta.

Y a Kansas en ella.

Está algo agitada, como si hubiera corrido escaleras arriba por primera vez —lo cual creo que es verdad—, y tiene una expresión complicada de descifrar en su rostro. Es una mezcla de determinación y seriedad, concentración y pesadez.

Tal vez está estreñida, creo que necesita ir al baño.

—Si necesitas usar el... —las palabras se desvanecen en la punta de mi lengua en cuanto acorta la distancia entre nosotros.

Por un segundo me quedo inmóvil, sin saber si son sus manos las que tiran suavemente de mi cabello mojado. Entonces, mientras acerca su boca a la mía, mientras siento su respiración y tacto, me percato de cuán real es esto.

—Tengo algo que confesarte —murmura a escasas pulgadas de mi boca—. Y probablemente no querrás besarme una vez que lo diga en voz alta, así que tú escoges.

Observo sus ojos con detenimiento. Esa mezcla de verde y café es capaz de seducir a cualquier espectador. Las manos que se mantienen en mi cabello y bajan hasta mi cuello me provocan un estremecimiento total, y no estoy seguro de que haya hombre heterosexual alguno que se resista a la combinación de su tacto y su mirada. Va desde lo hipnotizante a lo explosivo.

—Malcom —me apresura—. Es algo importante, así que dime si debería comenzar a hablar o a... —la interrumpo.

—Cualquier cosa que quieras decirme puede esperar —aseguro deslizando mis manos alrededor de su cintura con lentitud. Ella cierra los ojos como si en verdad estuviese lamentándose

por lo que sabe que va a ocurrir, pero sin preámbulo alguno, me permite acercarme lo suficiente.

Lo suficiente como para darle un beso.

Su cuerpo parece adherirse al mío mientras nuestras bocas se fusionan para dar origen a una explosión. Las ansias de tocarnos una vez más encabezan la lista de sentimientos que vienen después.

Me abro paso en su boca y su lengua comienza a trazar un vaivén junto con la mía, se rozan provocativamente al igual que nuestros cuerpos cuya temperatura parece aumentar con cada segundo que pasa. Una de sus manos se tira con suavidad de mi cabello y aquel movimiento me mantiene al borde de la locura. La otra se arrastra con lentitud desde mi cuello hasta mi pecho, como si fuese consciente de que las yemas de sus dedos moviéndose con semejante tardanza son las responsables de mi insaciable necesidad de tenerla un poco más cerca.

Acaricio la curva de su cintura sobre las prendas y me pregunto qué tan abrasadora podría llegar a ser su piel. Mis pensamientos acerca de la calidez y suavidad de la misma me obligan a devolverle el beso con más urgencia. Una de mis manos

llega hasta su cabello como por arte de magia y, en cuanto se enreda entre las hebras castañas, tiro lo suficiente como para tener acceso a su cuello.

Su corazón golpea frenéticamente contra el mío mientras dejo un camino de húmedos besos en su piel. Es como un mapa, un recordatorio de algo ya explorado que estoy dispuesto a recorrer una y otra vez. Sin vacilación ni cansancio, sin temor o vergüenza. Sentir su piel contra mis labios es algo que no tiene comparación ni precio, algo que me vuelve completa y perdidamente loco.

Un suave suspiro se escapa de sus labios mientras mi boca regresa a la suya, y otra vez me encuentro con algo realmente frustrante: jamás parece que voy a obtener lo suficiente de Kansas Shepard. Creería que me estoy volviendo un adicto y, como tal, necesito una dosis cada vez más fuerte de este alucinógeno que tiene nombre y apellido.

No sé en qué momento nos movemos, pero el sonido del interior de sus rodillas golpeando el borde de la cama parece detonar una bomba entre nosotros.

Y a continuación viene la explosión.

## **Capítulo XLIV**

Lío

# Kansas

—Detente.

Y no, yo no soy la persona que acaba de decir eso.

Beasley da un paso atrás y entierra las manos en su cabello.

A continuación, sus ojos se cierran fuertemente como si se estuviera lamentando por lo que acaba de suceder. Siento que mi corazón se convierte en plomo, y de pronto es tan pesado que está a punto de colapsar contra el piso y arrastrarme junto a él.

Malcom se da la vuelta y observo la forma en la que los músculos desnudos de su espalda se tensan mientras camina hasta el armario. Lo abre y toma la primera camiseta que encuentra, se la pone en silencio mientras yo aún permanezco inmóvil junto a la cama.

—Yo no... —comienzo, todavía algo aturdida por la brusca forma en la que se alejó.

—No lo malinterpretes, Kansas —se apresura a decir volviéndose para mirarme—. Si pudiera seguir besándote lo haría, y si tuviera la oportunidad de ir más lejos, solo si me lo permitieses, tampoco dudaría —confiesa con su brutal sinceridad.



—Lo entiendo —me precipito a decir sentándome en el borde de la cama—. Necesitas escuchar lo que tengo para decir —asumo.

—En realidad —reflexiona cruzando los brazos sobre su pecho—. Tú eres la que necesita escucharme.

Estoy lista para abrir la boca y replicar, lista para decirle que lo que necesito confesarle y mostrarle es más importante que cualquier otra cosa. Sin embargo, el sonido de la puerta principal abriéndose de golpe interrumpe cualquier palabra que esté dispuesta a salir de mis labios.

—¡Beasley, trae tu trasero aquí y comienza a cortar las cebollas! —La demandante voz de mi padre se oye desde el piso de abajo—. ¡Haremos salsa!

Eso no es ninguna novedad. La verdadera novedad en todo esto es que Bill ha regresado.

Observo a Malcom mientras proceso la noticia, intentando comprender cómo diablos le diré lo de Gideon con mi padre dándole órdenes a su nuevo ayudante de cocina.

—Volvió ayer —explica Beasley mirándome con una mezcla de decepción y exasperación en sus ojos—. Lo hubieras sabido de haber regresado anoche. —No sé si tiene la intención de

reprocharme, pero suena como si lo hiciera.

—Y de eso quiero hablarte —insisto—. Anoche me fui porque... —me interrumpe.

—No hace falta que te expliques, entiendo que los sentimientos de una chica pueden ser bastante contradictorios —asume—, pero no debes disculparte, tu ausencia me dio tiempo para pensar en esto —añade haciendo un ademán a algo entre nosotros, como si hubiera una especie de línea imaginaria que nos conectara—. Y llegué a la conclusión de que debemos decirle a Bill.

Me pongo de pie, perpleja, incapaz de creer lo que acaba de entrar por mis oídos.

Puede que Malcom haya acertado en el hecho de que me sentía confundida, pero claramente no sabe que mi ausencia se debió en su mayoría al hecho de la aparición del misterioso paquete que cargo en mi morral justo ahora.

—¿Decirle qué? —inquiero para estar segura.

—Lo que sea que hay entre nosotros, Kansas.

Me toma dos segundos atravesar la habitación y cerrar la puerta. Mientras mi padre tararea el himno de Estados Unidos y

pone una repetición de algún partido de los Chiefs, yo me encuentro a punto de recitar una cadena de palabrotas y golpear a Malcom para que reaccione.

—¿Qué acabas de decir, Beasley? —interrogo incrédula.

—Que debemos, mejor dicho debo, contarle acerca de...

—Acerca de nada —me precipito a terminar la oración—, porque tú y yo no somos nada, nada de nada, somos la mismísima... nada —gesticulo con manos inquietas.

—No tenemos una relación formal, pero no puedes negar que existe una interacción bastante íntima entre lo que a ti y a mí respecta. En realidad, es difícil etiquetar lo que tenemos —reflexiona aún de pie en el centro de la habitación, con solo una camiseta ocultando su pecho y una toalla cubriendo su tronco inferior—. Pero sea lo que sea, no quiero ocultarlo. No me agrada la idea de mentirle al entrenador, no cuando él ha hecho tanto por mí.

—Lo único que hará por ti si llega a enterarse es darte una patada en el trasero —advierdo—. Yo no sé qué hacer con respecto a nosotros, pero si algo tengo bastante claro es que contárselo a mi padre no ayudará en absoluto —digo intentando que entre en

razón.

—Kansas... —Él se acerca a paso lento y me observa de forma fija e intensa—. Yo no miento, no oculto cosas, y me gusta irme a dormir con la conciencia limpia —explica tomándome por los hombros—. Así que voy a bajar y decirle a tu padre...

Lo interrumpo, esta vez con más firmeza y brusquedad mientras da un paso atrás.

—¿Y qué le vas a decir? —espeto—. ¿Que nos besamos dos veces? ¿Que te seguí hasta Londres? —Intento mantener mi temperamento dentro de aquellos niveles que puedo controlar, pero él no me lo está poniendo fácil—. Lo único que lograrás será que se enoje y que, posiblemente, te pegue una estampilla en el trasero y te envíe otra vez a Merton. Comprende que no hay nada que confesarle a Bill, Malcom. Lo que ocurre entre tú y yo es nuestro problema y, si lo haces problema de mi padre, puedo asegurarte que las cosas no saldrán bien. Él solo ve los extremos y, si le dices que sientes algo por mí, exagerará, porque eso hacen los padres, exageran.

Y ni hablar de lo que viene después.

No me percaté de lo acalorada que estaba hasta ahora. Tengo

el corazón acelerado, las mejillas ardiendo y mi cabeza duele. Las discusiones me aceleran el pulso y sacan una parte más agresiva e impotente de mi persona. Odio eso.

—Ese hombre me dijo que me mantuviera alejado de ti — recuerda frunciendo el ceño, como si en verdad no pudiera encontrarle lógica a mis palabras—. Y he hecho todo lo contrario, así que voy a decirle la verdad. Créeme que será peor si se entera de otra forma.

—No tiene que enterarse, lo que tenemos no es nada for... ni siquiera sé si tenemos algo —reflexiono.

—Pero puedo asegurarte que no lo tendremos si no me dejas salir por esa puerta.

Nuestras miradas colisionan de forma brusca y vehemente entre las masas de aire cargadas de tensión. No paso por desapercibida ninguna de sus palabras ni tampoco lo que significan. Veo la decisión y firmeza que brilla en sus ojos, adueñándose de sus facciones y viajando a través de su voz.

Malcom en verdad es honesto, él no está dispuesto a que ocurra algo más si Bill no es consciente de ello.

Es increíble que esté teniendo una discusión de pareja cuando

ni quiera soy parte de una.

—Abre la puerta, Kansas.

Presiono mi espalda contra la madera, busco los argumentos indicados en mi cabeza y hago mi mayor esfuerzo por no perder la cordura y golpearlo como Joe y Ben me enseñaron.

Él no parece entender lo que me está pidiendo, no realmente.

Si lo dejo salir de la habitación no estoy segura de que regresará alguna vez. No es que mi padre vaya a matarlo —aunque ganas no le faltarían—, pero probablemente comience a buscar alguna pensión, departamento o alcoba en la BCU para el número veintisiete.

No hablamos mucho con respecto a esto, pero la regla que establece que no se puede mantener una relación amorosa con la hija del entrenador —y sí, conozco la estúpida y ridícula regla gracias a Timberg—, existe por algo, en realidad por alguien.

Logan.

Mercury y yo tuvimos una buena relación, pero no terminó exactamente bien. Yo lo quería bastante y, aunque ahora entiendo sus motivos para cortar nuestro noviazgo, en aquel entonces no lo hacía. Y dolió.

Dolió mucho.

Mi padre fue testigo de eso, y le resultó muy difícil seguir viendo a Logan mientras yo estaba hecha un ovillo en mi cama. Él no quería mezclar su trabajo como entrenador con su vida personal y, a pesar de que logró superarlo, estableció aquella regla para no tener que volver a vivir ese tipo de situación. Sin embargo, la vida es muy jodida, y aquí estamos otra vez. Mismo dilema, distinto chico.

—¡Beasley, dije que traigas tu trasero hasta aquí! ¡Las cebollas no van a pelarse solas! —exclama Bill desde el piso de abajo.

Malcom me observa con una advertencia silenciosa destellando en sus pupilas y, en cuanto da un paso en mi dirección, me presiono un poco más contra la puerta.

—El hecho de que quieras contarle lo que ocurrió ya es bastante malo, ¿y lo harás con solo una toalla alrededor de la cintura? —inquiero—. Eso es no tener noción de lo que vale tu vida, o, mejor dicho, tus testículos. —Esto lo estoy diciendo con



toda la honestidad y circunspección que tengo, pero Beasley parece tomarlo como un patético intento para ganar tiempo.

Su mano intenta llegar al pomo de la puerta, pero me opongo.

Entonces, en cuestión de milésimas de segundo, sus manos se enroscan a mi alrededor y me carga hasta el otro extremo de la habitación.

Mi morral se resbala de mi hombro y solo le toma un segundo colapsar contra el piso. Dos segundos bastan para que Malcom vea el paquete a nuestros pies y se necesitan tres para que lo tenga entre sus manos.

Esos fueron, son y serán los peores seis segundos de toda mi existencia.

*Malcom:*

*No soy bueno en este tipo de cosas, en realidad, no soy bueno en casi nada. Solo sé beber, ignorar y destrozar. Sin embargo, eso ya lo sabes, y en verdad lo lamento, lamento que sepas qué tan bueno soy escapando de mis problemas con el alcohol.*

*Han pasado años, pero aún me acuerdo de ti. Recuerdo a ese niño, a esos ojos, y también a la esperanza que albergaba en ellos.*

*Cuando estoy sobrio me acuerdo de la forma en que ese niño*



*solitario que se sentaba a observar cómo otros jugaban, ese mismo, se ganó mi corazón. Y sí, alguna vez tuve un corazón.*

*El día que te adopté y te subiste a mi viejo Chevy aún permanece latente en mi memoria. Ese verano me convertí en tu padre, pero solo pasaron tres meses para que me convirtiera en la abominación que soy ahora. Tres meses, eso fue lo único que te dediqué, y ni siquiera es el mínimo de lo que mereces. No escribo esto con el fin de justificar mis actos, tampoco con el de obtener tu perdón; sé que no lo obtendré, y tampoco es que lo merezca.*

*Escribo, mientras permanezco sobrio, para darte una noticia: estoy vivo, aunque eso ya es obvio.*

*Sé que estuviste en el cementerio de Merton creyendo que era yo el que yacía en esa tumba, pero por desgracia aquí estoy; aún vivo, desempleado, recién salido de la cárcel por segunda vez y esperando poder terminar esta carta para ir a beber.*

*Gideon Arthur Beasley, mi padre, es el que murió. Sin embargo, entiendo la confusión. Creíste que era mi cuerpo el que estaba bajo tierra dado que me llamo igual que mi progenitor. Era costumbre antigua ponerle a los hijos varones el nombre de su padre y, supuestamente, era un honor llevarlo. Así que estoy feliz*

*de que no lleves mi nombre, porque estoy seguro de que no soy un hombre digno de honrar o querer. Lo verdaderamente sorprendente es que, a pesar de eso, tú fuiste a mi supuesta tumba para despedirte de mí. Ese acto dejó en claro lo buen hombre que eres, en lo que te has convertido y siempre serás. Y no sabes cuán agradecido estoy por el hecho de que pudieras sobrevivir a la mísera vida que te di. Porque eso fue, una total y completa miseria; una de la cual saliste adelante completamente solo, lo que te hace mejor hombre de lo que alguna vez fui y seré. Por esto te cedí mi herencia, porque la mereces, porque probablemente tú harás cosas que ayuden a otros con semejante cantidad de dinero. ¿Yo? Yo solo lo gastaría en más alcohol y en cajas de cigarrillos. Mi padre estaba enfermo y recluido en un asilo, por eso nunca lo conociste, pero te aseguro que hubiera dejado cada centavo de su billetera a tu merced. Él era un hombre que valoraba la integridad y la moral del otro, y esas son cosas que yo dejé de tener hace mucho tiempo. Por eso eres el indicado para tenerlo todo, así que ahora, mientras estoy sobrio, te pido que lo aceptes. Sé que probablemente no quieras nada de mí, pero el dinero, por más patético e injusto que parezca, es lo único que puedo*

*ofrecerte. Soy consciente de que mereces más, más que lo material, pero yo no puedo dártelo y jamás podré.*

*No sirve decir que lo lamento, eso no remediará las cicatrices en tu piel y alma. Así que solo te deseo una buena vida, una llena de las cosas que no pude darte, una muy diferente a la que llevo yo. Sé que nunca nos volveremos a ver, tampoco a escribir ni a contactar, así que esta es una carta de despedida, una carta donde te digo que no sigas mis pasos y donde te pido que el día que yo muera no vengas a mi funeral. Porque no lo merezco.*

*No sé qué es de tu vida ahora, el único indicio que tengo es la aparición de esa muchacha en el cementerio. Y sí, los vi besarse mientras me marchaba. Un verdadero padre, en este momento, diría algo acerca de estar orgulloso. Sin embargo, yo solo puedo decirte que jamás, ni siquiera aquel día en que atravesamos las puertas del orfanato y te pusiste mi gorra de béisbol, te vi tan lleno de vida. Antes fuiste un niño que se subió a un Chevy esperanzado y feliz, ahora eres un hombre, y es muy difícil encontrar verdadera albricia en los ojos de uno. Sin embargo, mientras mirabas a esa chica, lo vi: intensa, plena y pura felicidad.*

*Espero que puedas tener eso toda la vida, Malcom Beasley.*

*Gideon.*

## **Capítulo XLV**

Balas

# Kansas

—Mañana es el cumpleaños de mi maestra, ¿qué puedo regalarle? —inquire Zoe de forma pensativa mientras enrolla un puñado de fideos alrededor de su tenedor.

—En mis tiempos les llevábamos una manzana —explica mi padre mientras engulle algo de pasta—. Rica y saludable.

—Si yo fuera una maestra no querría una manzana, sino chocolate. Mucho chocolate —replica la niña tomando una servilleta y extendiéndose a través de la mesa para alcanzársela a Bill.

—Te saldrían caries —señalo.

Observo de reojo la escalera, creo que ya es la séptima vez que lo hago.

—Pero sería feliz —objeta jugando con una de sus dos trenzas y volviendo la atención a su plato—. Si tengo caries es porque como dulces, y si como dulces soy feliz.

—¿Entonces le vas a regalar un chocolate a tu maestra?

—No —niega sorbiendo un fideo ruidosamente—. No quiero que a mi maestra le salgan caries, así que el chocolate me lo voy a

comer yo. Le voy a regalar una manzana. —Una excusa bastante inteligente para alguien de su edad.

Mientras que mi padre y Zoe devoran su almuerzo, yo me encuentro con los ojos fijos en la escalera. Espero un grito, llanto, una señal de humo o al mismísimo Malcom. Tengo un nudo en la boca del estómago que me quita todo el apetito y me es difícil controlar el impulso de levantarme de la mesa e ir por Beasley.

Con ojos abiertos o cerrados aún me viene esa imagen a la mente, la forma en que sus labios se apretaron en una inexpresiva línea, la mirada flemática que nació en sus ojos al ver el paquete y la respiración entrecortada.

«Sal de la habitación, Kansas», fue casi todo lo que dijo, en un tono bajo y monótono. No se enojó ni se alteró, tampoco me miró ni me tocó. Él solo se sentó en la cama con el paquete entre sus manos y sus pupilas fijas en el nombre del remitente, «por favor», añadió al percatarse de que aún seguía allí.

Me bastó con mirarlo una vez para salir de la habitación y cerrar la puerta tras de mí. Él necesitaba tiempo para procesar todo, y una explicación rápida y desesperada no me serviría si Malcom ni siquiera me miraba a los ojos, así que bajé. Saludé a mi padre y le

dije que su jugador estrella se sentía mal y que probablemente debería dejarlo dormir. Zoe llegó con Ratatouille en su jaula al cabo de cinco minutos, y ahora me encuentro impaciente, incapaz de hacer algo más que deslizar mis ojos a lo largo de la escalera.

—¿De qué me perdí estos días? —inquire mi progenitor obligándome a centrarme en su pregunta—. Beasley dijo que no había pasado nada interesante.

Bueno, si con nada interesante se refiere al hecho de organizar un lavado de autos, tomar un vuelo a Londres y conocer a Anneley, yo creo que tiene una definición bastante errónea de la palabra.

—Nada de otro mundo —replico observando la forma en que Zoe cuelga un fideo de la parte superior de la jaula de Ratatouille. El hámster se sube a su rueda e intenta alcanzarlo, pero falla una y otra vez—. Conocí a dos personas —añado clavando mis ojos en los suyos—. Una ya la conoces, es esa mujer con la que has estado saliendo desde hace más de un año. ¿La recuerdas? —me burlo.

—Kansas. —El reproche acompaña mi nombre—. No hables así de Anneley. Sé que te lo oculté y que probablemente no debería haberle dado permiso para entrar a la casa, pero Beasley dijo que se llevaron medianamente bien —apunta—, hasta hablaron de mis

problemas intestinales, eso es un progreso.

Tengo la intención de mencionar el supuesto casamiento, pero me obligo a mantener la boca cerrada porque no creo que sea el momento indicado para hablarlo, no con lo que está ocurriendo con Beasley y con la presencia de Zoe aquí.

—Ella no está mal, en absoluto —me sincero, pero la vacilación en mi voz le indica que es un tema bastante delicado, así que lo deja pasar. Solo por ahora, claro—. Y Adam tampoco, en realidad, me cayó bastante bien.

—¿Quién es Adam? —Zoe frunce el ceño.

—Uno de los nietos de la señora Hyland. Creo que tiene tu edad, tal vez podrías jugar con él.

—No creo que sea buena idea —interrumpe Bill con ojos desconfiados—. Si es pariente de los Hyland no es digno de fiar, en absoluto.

—Es solo un niño —defiendo al joven Rickmount.

—Esos son los peores —indica mi padre apuntándome con su tenedor cubierto de salsa—. Hyland a esa edad era una pequeña y maloliente sabandija que se sacaba los mocos y los pegaba a mis paredes. —La aversión y rencor se filtran a través su voz—. Así



que aléjate de él, Zoe.

La niña desliza sus grandes y brillantes ojos desde mi padre hasta mí, luce realmente intrigada.

—No tengo que hacerle caso a Billy, ¿verdad, Kansas? — pregunta poniéndose de pie y tomando la jaula de su mascota que aún lucha por alcanzar el fideo.

—No —digo mientras enfoco mis ojos en Shepard—. Nadie puede decirte con quién puedes salir o juntarte, Zoe. Así que, si quieres, ve a buscar a Adam.

Ella sale disparada hacia la puerta principal y yo me pongo de pie sin quitar mis ojos del hombre cuya camiseta está cubierta por manchas de salsa.



—¿Esa fue una indirecta? —Enarca ambas cejas.

—Sí, papá —respondo—. Lo fue.

Tal vez no vaya a mencionar lo que ocurre entre Beasley y yo

—o lo que ocurrió, mejor dicho—, pero eso no quita el hecho de que mi padre debe aceptar que puedo salir con quien quiera, incluso si se rompe su regla de oro y si se trata del número

veintisiete. Si yo no puedo decidir sobre su relación con Anneley, él no puede decidir respecto a las mías. Y es hora de que se vaya acostumbrando a la idea, porque a pesar de que pueda evitarlo por ahora, sé que en algún momento la verdad saldrá a la luz, ya sea por boca de Malcom o de alguien más.

Y cuando el momento llegue todo se irá a la mierda.

—Tiene buenas notas, es responsable, autosuficiente, recatada y el tipo de chica que se pondría a cocinar galletas con mi abuela —explica Hyland recargándose sobre la cerca que separa la casa de Mary de la mía—. Y yo soy un ermitaño que juega videojuegos hasta las cuatro de la mañana, se baña solo dos veces a la semana y aún no sabe qué hacer con su vida. ¿Cómo se supone que una chica como ella se fijará en alguien como yo? No sé qué hacer.

—Podrías empezar bañándote más seguido —apunto observando la forma en que Adam reprocha a Zoe por darle de comer dulces a su hámster. Él le dice algo de la probabilidad de vida de Ratatouille si lo sigue alimentando incorrectamente. Zoe, por otro lado, lo ignora mientras sigue dándole de comer al animal y tararea una canción de alguna película de Disney—.

Escúchame, Gabe —llamo su atención apartando la vista del porche de mi casa donde están los niños—. Los estereotipos se mezclan, es así de sencillo. Así que vas a ir y le vas a pedir una cita, porque a pesar de que digas que es imposible que siquiera se fije en ti, tal vez lo haga. Sin embargo, no lo sabrás si no lavas tu apestoso trasero y hablas con ella. Ten algo de confianza, hombre.

—Eres más directa que una bala, ¿dónde se supone que está tu sutileza?

—Kansas no sabe lo que es la sutileza —dice una voz desde el porche.

Cada fibra de mi cuerpo se tensa al oír a Beasley, y ni hablar de lo que me ocurre cuando mis ojos encuentran los suyos. Se ha deshecho de la toalla y ahora tiene unos *sweatpants* grises colgando de sus caderas; combinan con la gorra de béisbol que tiene puesta. Nunca antes la había visto, y por lo vieja que aparenta ser deduzco que era lo que podía palpar en el paquete que Gideon envió.

El pensamiento me revuelve el estómago y me encuentro buscando alguna señal de ira, dolor o acusación en sus ojos azules. Sin embargo, no existe sentimiento malo en ellos. La intriga por saber lo que decía la carta y cómo lo ha tomado me consume,

pero, sobre todo, me preocupa lo que está pensando de mí en este momento y lo que está sintiendo con todo el asunto del padre no muerto.

—¡Malcom! —saluda Zoe desde los escalones del porche—.

Kansas dijo que te sentías mal, ¿necesitas que te llevemos con el doctor O'Malley? Es el hombre que atiende a Ratatouille cuando se siente enfermo —explica.

—Si atiende a tu hámster entonces es un veterinario —corrige Adam—. Los humanos deben ir al doctor.

—Es una rata, imbécil —escupe la niña.

—¡Zoe! —la reto en cuanto la palabra sale de sus labios fruncidos—. No vuelvas a mencionar esa palabra, es de mala educación.

—Bill la dice todo el tiempo —se defiende—. *Timberg es un imbécil, un zopenco, Timberg es un estú...* —imita, pero esta vez es Malcom quien la interrumpe.

—Los adultos dicen cosas que no deberían decir todo el tiempo —explica poniéndose en cuclillas y desviando la mirada hasta mí—, pero que ellos lo digan no implica que sea correcto, así que no vuelvas a repetir esa clase de cosas, menos si piensas atacar

a otro niño con ellas. —Zoe lo observa con las mejillas sonrojadas, verdaderamente avergonzada—. Y tú —dice dirigiéndose a Adam—, no debes contradecir a una chica, eso trae problemas. Así que, si Zoe dice que Ratatouille es una rata, así lo es.

—Los Hyland tenemos un talento innato para llevarle la contra a todo el mundo —replica Gabe—. Especialmente a las chicas, Marcos.

—Mi apellido es Rickmount, no Hyland. Y cabe resaltar que tú no le llevas la contra a la abue... —comienza Adam, pero antes de terminar cualquier oración que podría avergonzar a su primo, Gabe habla.

—Y hablando de la abuela, ¿qué tal si vamos por algunas galletas? —inquire—. Trae a esa cosa peluda, Zoe —añade refiriéndose al pequeño y regordete hámster—. Vamos a ver si explota cuando lo sobrealimentamos.

Ni siquiera soy capaz de abrir la boca para replicar. Ellos, en menos de diez segundos, ya atraviesan el umbral de Mary y me dejan a solas con Malcom.

Diablos.

# Malcom

Ella sube los escalones del porche a paso lento, como si intentara ganar tiempo. Se apoya en el barandal sin mirarme, con sus ojos fijos en el sol de octubre que se eleva entre los tejados. Se va a quedar ciega si lo sigue mirando.

La luz ilumina cada una de sus facciones y deja al descubierto la preocupación que le embarga. No sé si siente vergüenza o arrepentimiento por haberme ocultado el paquete, y eso se debe a que Kansas Shepard es una persona difícil de leer a veces o, por lo menos, lo es cuando no te mira a los ojos. Así que lo único que puedo deducir por su seriedad es que está inquieta, preocupada. Yo lo estaría en su lugar.

—Lo entiendo —comienzo a decir acercándome hasta ella—  
. Sé que probablemente no me lo diste porque estabas confundida y no querías infundirme tu confusión ni crearme una propia —  
añado apoyándome en el barandal, mi brazo rozando ligeramente el suyo—. Yo hubiera hecho lo mismo, me hubiera asegurado de que todo fuese real antes de entregártelo. En una errónea, pero entendible forma, lo hiciste para protegerme de lo que sea que

había dentro del paquete. Y créeme, a pesar de que quiero, no puedo enojarme contigo por intentar ahorrarme toda esta cosa del dolor.

Ella ladea su cabeza en mi dirección y me examina en silencio. Sus ojos felinos vagan de norte a sur y de este a oeste por mi rostro. Parece que busca encontrar algo allí.

—¿Estás seguro de que eres humano, Malcom Beasley? —  
inquire con toda seriedad, dejándome totalmente desconcertado—  
. Porque jamás conocí a alguien tan tolerante, comprensivo y empático. Tendrías que estar disgustado, ofendido o furioso. Eso sentiría una persona normal al enterarse de que le ocultaron algo que no tenían derecho a esconderle.

—Soy humano, Kansas. —No puedo evitar reír ante la intriga e incredulidad que nublan y hacen estrechar sus ojos—. Pero soy del tipo que intenta ahorrarse los problemas y malentendidos. Esto es la vida real, no una película, y si la gente se esforzara por ponerse en el lugar del otro y analizara las cosas antes de reaccionar, todos se entenderían —explico—. Como yo entiendo por qué hiciste lo que hiciste.

—¿Alguna vez pensaste en estudiar psicología? —Sé que está

bromeando por el ligero empujón que me da.

—Cuando puedo, leo a Gordon Allport y a Sigmund Freud, pero no me considero un fanático del psicoanálisis y tampoco alguien con potencial de psicólogo —reconozco—. Lo mío es el fútbol.

—¿Y qué hay del béisbol? —inquire haciendo un ademán a mi gorra, o mejor dicho a la de Gideon.

Me la quito y la sostengo entre mis manos, pasando las yemas de mis dedos por los hilos deshilachados que cuelgan de ella. No paso por desapercibida la mirada de Kansas, la forma en que sus ojos se suavizan y traga en silencio. Ella sabe que la gorra le pertenece a mi padre, sin embargo, de una forma sutil y muy astuta me está obligando a hablar de ello. Está indagando.

Al final ella sabe lo que es la sutileza, y hasta creo que la domina. Característica de una buena psicóloga, en mi opinión.

—Está vivo —declaro—. El que murió fue su padre, o por lo menos eso es lo que explica en la carta —digo encogiéndome de hombros—. En un resumen conciso y general puedo decir que ese paquete fue un cierre a nuestra historia, un cierre entre nosotros. No estuvo bien ni mal, fue solo... el cierre que necesitaba.



Ella asiente en silencio, reflexionando acerca de cada palabra y la situación en sí. Luego, con lentitud y confianza, toma la gorra y vuelve a colocarla en mi cabeza.

—A veces es bueno terminar el capítulo, eso da la posibilidad de empezar otro.

—¿Uno mejor o peor? —inquiero creyendo que esto ya no se trata sobre Gideon.

—Uno incierto.

Nos observamos durante algunos segundos, segundos que parecen estar encapsulados en horas. Me gusta este momento, este instante en el que puedo contemplar y absorber cada una de sus facciones. De alguna forma es cómodo mirarnos en silencio, se siente como algo grato y natural.

Tiro de su mano y, de forma inconsciente, entrelazo sus dedos con los míos, adorando que su piel sea tan fría y fresca. Su toque es como la brisa de verano, suave y sosegada.

—¡Beasley, mira lo que acabo de conse...! —Adiós verano.

Hola, Bill. Un estupefacto y muy serio Bill.

## **Capítulo XLVI**

Prometedor

# Malcom

Esto es incómodo.

—¿Quiénes son los Chicago Bears, Beasley? —La pregunta corta más que el silencio que nos envuelve, y puedo jurar que jamás vi a Bill tan inmóvil.

Desde que su mirada cayó en la mano entrelazada de su hija y la mía, él solo se ha limitado a observarme con esos estrechos e inquietantes ojos que posee. Kansas automáticamente se deshizo de mi agarre y murmuró una excusa sobre Zoe, galletas y los Hyland. La pequeña desgraciada me ha dejado en manos de su padre, completamente solo.

Me siento carnada para tiburones.

—Bill... —Tengo la intención de explicarle todo, pero él me interrumpe.

—Responde a la pregunta, Malcom. —Su voz es tan escalofriante como la carencia de expresión en su rostro—.

¿Quiénes son los Chicago Bears?

—¿Es absolutamente necesario que...? —comienzo a cuestionar.

—¡Solamente escúpelo, Beasley! ¿O acaso quieres correr un rato? Porque Betland tiene alrededor de tres mil millas y no tendré problema en obligarte a correrlos hasta que te conviertas en un charco de agua —advierte cerrando la puerta tras de él y mirándome con irritación.

—Los Bears son un equipo profesional de Chicago, Illinois —pronuncio las palabras tan rápido como puedo—. Ganaron el Super Bowl en 1985 y tienen más de siete campeonatos de la NFL ganados. Su actual entrenador es John Fox y *Staley Da Bear* es la mascota oficial —resumo mientras me acomodo en el sofá—. Sin embargo, todavía no comprendo el motivo de dicha y aleatoria pregunta, *coach*.

—¿Quién dijo que era aleatoria? —inquieta enarcando ambas cejas y cruzándose de brazos—. No estoy gastando saliva de gusto, Beasley. Te pregunté sobre el equipo porque algo ocurrió —explica comenzando a caminar hacia el sofá frente a mí, no sin antes cerrar la puerta con llave. Mala señal—. Tengo un conocido dentro del cuerpo técnico de los Bears. Fue uno de los tantos que me dijo que era mala idea invertir tiempo y dinero en un chico tan joven y que ni siquiera conocía —explica—. ¿Y sabes qué ocurrió mientras

estaba en el hospital?

—Te llamó. —No se necesita tener un gran coeficiente intelectual para adivinarlo.

—Así es —prosigue—. Y no solo llamó, se disculpó por haber desconfiado de mi corazonada contigo, Beasley —añade tomando asiento y anclando sus ojos en los míos—. Mark, mi conocido, vio el último partido contra los Warriors cuando lo subieron a la página de la BCU. Luego de eso fue directo a reproducir tu primer partido contra los Panthers, y se ve que no logró obtener suficiente de ti. Me pidió ver los videos de los entrenamientos y ojear mis anotaciones sobre ti junto con los datos de rendimiento que provee la computadora, y créeme que se muere por obtener tu expediente. También vio cada partido que jugaste en Londres.

No puedo hacer más que mirarlo de forma atenta e intentar enfocarme en lo que me está diciendo, pero una parte de mí quiere saltarse toda esta introducción e ir directamente al final.

—Él llegará mañana para asistir a los entrenamientos de lo que resta de la semana. El objetivo de todo esto es verte a ti y a un muchacho de la OCU, una universidad que no está muy lejos de

Betland. —A pesar de la seriedad que cubre sus facciones puedo vislumbrar cierto brillo de éxtasis en sus ojos—. ¿Entiendes esto, Malcom? Ni siquiera jugaste tres malditos partidos y ya tienes los ojos de grandes cuerpos técnicos puestos en ti. Están malditamente fascinados, tanto contigo por tu potencial como conmigo por dar en el clavo.

—¿Hay más equipos interesados? —inquiero con cierta estupefacción. Pensé que la conversación en la que me dijo que existían varias posibles ofertas era solo eso, una conversación. Es muy complicado que representantes, técnicos o cualquier miembro de un *staff* profesional de fútbol viaje exclusivamente para verte. Usualmente lo hacen cuando tienes una larga trayectoria en la universidad, no cuando apenas tienes diecinueve años —casi veinte, en realidad—, y mucho menos cuando eres un extranjero que llegó hace menos de un mes y al que no lo conoce ni su madre. Las únicas referencias que podrían tener respecto a mí y el fútbol serían las dadas por mi antiguo entrenador o Bill, y eso normalmente no alcanza. Sin embargo, tuve mis ofertas en Londres y, aparentemente, también las tendré aquí.

—El entrenador de la universidad de South Lit, a unas

cuatrocientas

millas

de

aquí,

está

preparando una oferta para que obtengas una beca y el puesto de *quarterback* en su equipo. Uno de los representantes de los Arizona Cardinals me ha enviado un email invitándome a una junta deportiva que se lleva a cabo en la universidad de Phoenix, y puedo apostar mi propio balón autografiado por Travis Kelce que ellos quieren hablar de ti. —La emoción se ha filtrado poco a poco por su tono de voz y ahora grita.

—Yo... — me obligo a gesticular al ver que el *coach* espera ver mi reacción, la cual parece que se ha demorado en llegar—. No sé qué decir, honestamente no lo sé —confieso sintiendo cómo mis labios se retuercen en una sonrisa.

Las palabras pueden desencadenar un montón de cosas, y dentro de ellas se encuentra la denominada estupefacción. Ni siquiera puedo creer lo que Bill me está diciendo, y si tuviera que describir lo que siento en este momento utilizaría todos los

sinónimos de la palabra estupefacto: atónito, pasmado, sorprendido, boquiabierto, patidifuso y demás. Entonces, Shepard habla.

—Piénsalo, Beasley —aconseja—. Esta es una oportunidad única y, si eres lo suficientemente inteligente, la aprovecharás y darás el 110% de ti en el campo —añade volviéndose a poner de pie—. Tú viniste a Estados Unidos por esto, jamás lo olvides. — La sonrisa comienza a atenuarse poco a poco en su rostro, y también la mía ante sus últimas palabras—. Y a pesar de que ya estás aquí hace prácticamente dos semanas, te recomiendo que no te involucres mucho con los muchachos y con las chicas de Betland. Porque cuanta más relación tengas con ellos más te costará dejarlos, ¿estoy siendo claro, verdad? —Sé que este consejo está disfrazando sus celos paternales. A él no le importa que me haga amigo de Ben o Chase, le preocupa que establezca una relación de cualquier tipo con Kansas.

—Lo entiendo, *coach*.

Él me da la espalda y comienza a subir las escaleras de dos en dos, pero en cuanto llega al octavo escalón —y sí, los estoy contando—, frena en seco.

—No es necesario que vuelva a repetir las reglas de esta casa, ¿cierto? —inquire sin dirigirme la mirada, con la columna recta y la voz cautelosa.

—No, entrenador. —Trago.

—Genial —murmura—, porque en verdad no quería aclarar que debes mantener tu trasero fuera del alcance de mi hija, a la cual, desafortunadamente, parecen gustarle las malditas nalgas de mis jugadores. —Una mezcla de rencor por lo ocurrido con Mercury, frustración por los gustos de Kansas y desconfianza por lo que vio en el porche se filtran a través de su voz.

Y no paso por desapercibida la advertencia.

### ***Kansas***

Me dejo caer en el asiento de la quinta fila con un suspiro. Quedarse dormida es una de las peores cosas de la vida. Primero te despiertas y ruedas entre esas sábanas tan cómodas y calientes, comienzas a desperezarte y entonces tus ojos se encuentran con el reloj. Y lanzas palabrotas que ofenderían a Jesús.

El corazón se te acelera, te pones una calceta de cada color e intentas cepillarte los dientes mientras te peinas, o eso es lo que me ocurrió esta mañana. Ni siquiera he tenido tiempo para pasar por la



cafetería, y el hecho de no tener ni una gota de agua en el estómago ya me pone de malhumor. Quiero mi *latte* y una tostada, o tal vez una rosquilla. Sin embargo, aquí estoy: buscando un trozo de chocolate, una barra de cereal o cualquier cosa comestible que haya olvidado en mi morral. No tengo suerte y solo encuentro un montón de papeles y basura innecesaria, cosas que abundan en la mochila o bolso de un estudiante.

Las cosas marchan relativamente mal desde el momento en que mi padre dejó caer sus ojos entre mi mano y la de Malcom. Tras murmurar una excusa, me pasé toda la tarde con los Hyland y Zoe, temerosa de entrar a mi casa y encontrar un lío de intestinos en la alfombra o algo por el estilo.

Cuando regresé no había señal de Bill o del número veintisiete, así que subí a mi cuarto a repasar estadística. Entonces la hora de la cena llegó y me encontré en uno de los momentos más incómodos de mi corta existencia. Mi padre se sentó en la cabecera de la mesa y Malcom frente a mí. No hace falta aclarar que los ojos de mi progenitor se deslizaban entre el inglés y yo como si buscara indicios de algo. Fue bastante vergonzoso y algo espeluznante, así que cuando tuve la oportunidad corrí nuevamente hacia la cueva

que hay escaleras arriba: mi habitación. Me mantuve despierta por un rato con la esperanza de poder hablar con Malcom a solas, pero Bill y él se quedaron platicando hasta tarde. Y esta mañana cuando me levanté me encontré sola en casa dado que ambos habían salido a correr. Mi intriga por saber lo que había pasado entre esos dos crecía con cada minuto que pasaba, y desde las siete de la mañana que estoy contando los segundos para que llegue el receso y así poder dirigirme al campo de fútbol.

La profesora Wu, una mujer de ascendencia asiática, entró al aula seguida por alguien que llamó mi atención: Sierra. Ver a Montgomery no era algo muy relevante en mi día a día, pero esta vez fue imposible pasar por desapercibido las ojeras con forma de medialuna que colgaban bajo sus ojos. Lucía realmente cansada y un hematoma que oscilaba entre el verde y el púrpura adornaba su mandíbula. Las sirenas se dispararon en mi cabeza en cuanto observé la lesión. Entonces, hice algo que jamás hubiera hecho en un día normal.

Le ofrecí el asiento junto a mí.

Y ella, desconfiada y con un humor de perros, lo tomó.

Ahora no nos dirigimos la palabra por un buen rato y nos

enfocamos en el trabajo que Wu nos da: una investigación acerca de drogas, adicciones y la forma en que afectan al sistema nervioso. Y, como si compartir asiento también implicara compartir cerebro, tanto Sierra como yo nos centramos en lo que causa el mortal y tradicional cigarrillo.

—Sacaría a la luz mi humor negro y diría algo sobre ese hematoma que tienes —me sincero—, pero eso sería bastante cruel y desubicado dado que no sé cómo lo obtuviste, así que dime que te caíste o te metiste en una pelea con alguna ex de Mercury para que pueda hacer mi broma de mal gusto —añado—, porque si las cosas no ocurrieron de ese modo, me veré obligada a llamar a la policía, y eso no sería divertido. —En verdad deseo que ningún chico la haya golpeado.

—No tengo ganas de hablar ahora, Kansas —dice tras un suspiro cargado de exasperación—. Pero conociéndote, sé que insistirás, así que te propongo esto: dime por lo menos diez sustancias que se almacenan en un cigarrillo y yo te diré lo que ocurrió. Si pierdes, te callas de una vez por todas y no vuelves a traer el tema a colación —ofrece.

Ella parece bastante segura de que no sabré enumerar tal

cantidad de sustancias, y dado que ni siquiera empezamos el trabajo aún, no hemos leído nada del material. Sin embargo, Sierra desconoce que tengo una *Wikipedia* humana en mi casa. Malcom Beasley, la noche en que dormimos juntos, confesó que una diferencia entre él y su padre era que Gideon fumaba y, como buen erudito, también nombró las decenas de sustancias que conforman el cigarrillo.

—Acetaldehído, acroleína, naftalina, metanol, pireno, cadmio, benzopireno, mercurio, plomo, DDT, alquitrán, polonio 210, arsénico, uretano, tolueno, toluidina, ácido cianhídrico y monóxido de carbono —enumero casi sin aliento—. Mencioné ocho sustancias más como un plus.

Malcom es un buen profesor, definitivamente. Nunca pensé que algo de lo que él diría me serviría, pero sin duda lo hizo. Voy a agradecerle por esto más tarde.

—Me aterras, Shepard —susurra Sierra observándome como si no estuviera totalmente cuerda.

—Deja de mirarme así y comienza a hablar.

Sus ojos color cielo examinan los míos por algunos segundos, con cautela y algo de resignación.

—Logan...

Mal comienzo.

Muy mal comienzo.



—¿Qué hace esta hembra aquí? —escupe Jamie en cuanto sus ojos caen en Sierra—. ¿Te perdiste de camino al zoológico?

—Tranquilízate, Lynn —replica Montgomery—. Vengo en son de paz, y en todo caso deberíamos ir al zoológico juntas, gacelita. —Cierro los ojos con fuerza e intento convencerme de que Sierra no acaba de llamar a Jamie «gacela» porque esos animales tienen cuernos, pero es inútil.

—No creo que sepas lo que significa *en son de paz* —  
acota Harriet uniéndose a nosotras en el sendero que lleva al campo de fútbol y tendiéndome un cono de papas fritas. Ella debió percatarse de que no llegué a nuestro habitual desayuno y por ende no desayuné.

Las grandes amigas son las que te compran patatas fritas y le añaden mayonesa. Mi estómago vacío se lo agradece y gruñe en señal de aprobación. Mis intestinos sonrían.

—Sierra y yo estamos intentando llevarnos mejor, y para que eso suceda necesito que todas cooperen y repriman las incesantes

ganas

de

arrancarse

la

cabeza

mutuamente

—explico

mientras hundo mis dedos en el cono y me llevo unas cuantas papas

a la boca.

—¿Debo recordarte que se acuesta ocasionalmente con Derek

Pittsburgh y de forma matutina con tu ex? —inquire Jamie.

—En realidad, ya no hago eso —señala la castaña—. Y

créeme, te hice un favor. Derek no merece ni un trozo de pan,

menos a ti, gacelita.

A continuación, Sierra reitera todo lo que me confesó en la

clase de la profesora Wu, pero esta vez son Harriet y la pelirroja las

oyentes de la historia.

Lo que ocurrió fue que Mercury decidió dejar de tener sus

encuentros casuales con ella —y los denomino así para no implementar un término más vulgar—, ya que él se enteró que en estas semanas vendrían miembros de equipos técnicos de otros estados, por lo que creyó que debía concentrarse en sí mismo. En resumen, le dijo que no tenía tiempo para ella, y como Sierra siempre vio su relación con Logan como algo físico, lo entendió. El problema surgió cuando fue a casa de Derek buscando el reemplazo de Mercury y este le intentó cerrar la puerta en la cara dado que ya estaba con otra.

Esa otra era Donna, la novia de Joe.

La chica entró en desesperación ante la idea de Montgomery contándole la verdad al miembro de los Jaguars, y entonces ambas comenzaron a pelear. De ahí nació el hematoma de Sierra, mi auténtico disgusto, la indignación de Harriet y la furia de Jamie. Mientras las cuatro nos dirigimos hacia el campo en busca de Joe, me percaté de algo: si vienen algunos miembros de ciertos cuerpos técnicos eso implicaría que podrían llevarse a alguien. Ellos seducen y compran jugadores, eso es lo que hacen. Un gusto amargo me inunda el paladar al pensar en las largas conversaciones que tuvieron Bill y Malcom ayer. Y presiento, más bien sé, que

los días de Beasley aquí están contados.

O pronto lo estarán.

## **Capítulo XLVII**

Control



# Malcom

Es inexplicable lo que siento por este deporte. Es pasión y adrenalina, liberación y superación, la posibilidad de exteriorizar todo lo que siento y a la vez llenarme de sentimientos gratos. Es método, resistencia y voluntad; y, tal como dijo en una ocasión Vince Lombardi: *« El fútbol americano es un juego espartano que exige cualidades de sacrificio y esfuerzo. Es un juego también de encuentros violentos y por ese violento contacto, requiere de una disciplina personal que poco se encuentra en otras situaciones en este mundo moderno»* .

Hay ciertas cosas que nutren al ser humano —y no, no hablo de comida—, me refiero a aquello que hacemos y nos produce felicidad, lo que parece ser nuestro propósito en esta vida. Las pasiones nos mantienen vivos, nos muestran que el vivir fue hecho para sentir y experimentar, y estoy seguro de que no podría imaginar mi vida sin el fútbol americano en ella.

Siempre tuve como objetivo tomar el balón y no soltarlo a excepción de que sea para anotar. Tenía y tengo la intención de jugar en un gran equipo y, al final de todo, convertirme en un

jugador profesional. No por el dinero ni la fama, viví toda mi vida sin ellos y estoy conforme con lo que soy, estoy orgulloso de mí, sino para transformar al deporte como mi estilo de vida. Jugar una y otra vez, vivir entre yardas, sudor y la alegría de anotar junto con tu equipo.

Y ahora tengo la oportunidad frente a mí.

Veo a Mark, el conocido de Bill que está dentro del cuerpo técnico de los Bears, que habla con el entrenador en la yarda cincuenta. Sus ojos, más allá de la distancia, se mueven ocasionalmente sobre mis compañeros, pero siempre terminan sobre mí.

Subimos y bajamos las numerosas gradas desde hace al menos diez minutos, como el principio de la entrada en calor, ya que esta mañana Bill nos internó en el gimnasio para recibir a Mark. Ellos discutieron en su oficina por horas. No sé si debería inquietarme o alegrarme por eso.

—Tigre, no quiero asustarte, pero ese hombre te mira como el gato Tom a Jerry —susurra Ben, que me pisa los talones mientras abre su botella de Gatorade. Es un adicto a esa bebida.

—No luces emocionado por la presencia de Mark aquí —

señala Chase mientras baja las gradas frente a mí—. ¿No te gustaría jugar para los Chicago Bears? —inquieta con la respiración acelerada.

—No es eso —replico secando el sudor de mi frente con mi camiseta—. En verdad me emociona que él esté en Betland, pero creo que aún no puedo creer que se nos presente la posibilidad —confieso.

—Que se te presente —corrige Ben a mis espaldas—. La mayoría de nosotros juega al fútbol como un pasatiempo y, a pesar de que amaríamos que alguien del *staff* de los Bears se fijara en nosotros, hay que ser realistas. Ellos están aquí por ti —explica—. En todos los años en que jugamos para los Jaguars jamás vino a vernos alguien de las afueras, mucho menos para ofrecernos jugar como profesionales. Solo a Bill se le presentó la oportunidad, y eso fue hace un centenar de años —exagera.

¿A Bill?

—Habla por ti, Hamilton —espeta Mercury a unos pies de nosotros, con una expresión de fastidio en su rostro—. O mejor cierra la boca.

—No me digas que cie... —comienza Ben, pero las palabras

que se aproximan a salir de su boca son cambiadas por otras en cuanto sus ojos caen en algo al otro lado del campo—. ¿Qué hace *Sunshine* aquí? El receso está por terminar, tendría que estar dirigiéndose a su clase de Estadística.

—Hoy es lunes, imbécil —le recuerda Joe, quien no parece estar de muy buen humor y lo plasma en su rostro cargado de exasperación—. Tiene Epistemología en la última hora, no Estadística.

Siento que mis labios se aprietan en una línea en cuanto ambos comienzan a discutir qué clases tiene Kansas los lunes, pero de una forma más enérgica. ¿Por qué saben tantos detalles sobre su vida estudiantil? ¿Y por qué yo sé tan poco sobre su horario matutino?

—Estructura Biológica del Sujeto es en su última hora, así que ambos están realmente equivocados —acota Mercury.

Esto comienza a molestarme, pero a su vez me hace percatarme de algo más. Yo en verdad no conozco a estas personas, incluyendo a Kansas.

No puedes resumir la vida entera de una persona en solo dos semanas, y está claro que no sé lo que la mayoría sabe ni comparto

la historia que todos tienen en común. Sin embargo, me es inevitable pensar que soy consciente de un montón de cosas que los otros no. Sé lo que a Kansas le aterra, lo que ama y lo que la apena. Conozco sus expresiones y las diferentes miradas que posee, puedo descifrar cuándo está reprimiendo algo y cuándo sus ojos adquieren un verdadero brillo de alegría.

Y entonces, me doy cuenta de algo más.

Algo que en verdad me hace odiarla.

Algo que en verdad me hace quererla.

### ***Kansas***

—Alto ahí —advierde mi padre apareciéndose en mi campo de visión cuando estamos a pocos pies de las gradas—. Den media vuelta y marchen a sus respectivas facultades, los Jaguars están ocupados.

Él ajusta su gorra de los Chiefs alrededor de su cabeza y mantiene los ojos en el portapapeles en su mano.

—Queremos hablar con Joe —se apresura a decir Jamie—. Él debe sentirse bastante mal, su novia resultó ser la hembra más hembra del zooló... —No tiene mucho sentido lo que dice, así que no me molesta que Bill la interrumpa.

—No pueden verlo ahora —dice deslizando sus ojos entre nosotras—. Tengo un importante miembro del *staff* técnico de un equipo profesional en mi campo, y ustedes solo lograrán espantarlo y desconcentrar a mis jugadores.

—Su novia lo engañó y necesita a sus amigas, Bill —replica Harriet.

—Y un jugador con una inestabilidad emocional no llega a rendir un cien por ciento en el campo —argumento.

—Está estadísticamente comprobado, señor Shepard — agrega Sierra en forma de apoyo.

Mi padre deja salir un suspiro que contiene más palabrotas que aire y, a continuación, nos observa con ambas manos en las caderas. Parece estar irritado y buscando la forma de contenerse. Esto se puede descifrar con facilidad por la forma en que aprieta sus labios. Bill es del tipo que se enfada rápido, y tener a cuatro chicas haciéndole desplantes parece sacarlo de quicio.

—Esto es importante —se las arregla para decir con voz tensa—. Es importante para mí e incluso más para estos chicos, así que ustedes se van a ir ahora. —La orden está latente en sus palabras.

—Solo saca a Joe por un par de minutos —ruego—.

Hablaremos con él en el gimnasio o en tu oficina, así estaremos lejos de tu hombre —digo haciendo un ademán al miembro del prestigioso *staff*.

—No digas que es su hombre —me reprocha Sierra—. Lo haces sonar como si fuese gay y Bill está con mi madre.

—¿Y qué con que fuese homosexual? —salta Jamie—.

¿Tienes un problema con eso, hembra? Bill puede dejarse romper el trase... —me adelanto antes de que la descarada pelirroja termine la frase.

—¡Suficiente! —exclamamos mi padre y yo al unísono. Creo que ninguno de nosotros quiere imaginarse la escena que Jamie describió—. Homosexual, heterosexual, ¡todo da igual! Mi preferencia sexual no es tema de conversación, señoritas —sigue el entrenador—. Ahora les recomiendo que se vayan, tengo un entrenamiento que dirigir.

—Y nosotros un amigo al que consolar —argumenta Harriet cruzándose de brazos en una posición de suma tenacidad.

—Ustedes van a volverme loco. —Exhala Bill frotándose las sienes y cerrando los ojos por un momento. Entonces, toma su

silbato y lo hace sonar con toda la potencia de sus colosales pulmones—. ¡Joe, trae tu trasero aquí, ahora! —grita haciendo que el formidable jugador se salga de las gradas y comience a trotar en nuestra dirección—. Y tú —añade señalándome con su dedo índice—. A mi oficina, ahora.

Eso último no sonó bien.

Mientras observo la forma en que Joe extiende sus brazos con cansancio y recibe a Jamie, Harriet y hasta la mismísima Sierra, comienzo a caminar detrás de Bill mientras este grita órdenes a los Jaguars, se disculpa con el tal Mark y lo deja como árbitro de un partido improvisado.

Mis pensamientos rondan entre la desleal y falaz Donna —la cual creí conocer alguna vez—, el pobre Joe —a quien necesito abrazar de forma inmediata—, y el número veintisiete, que me observa con una expresión difícil de descifrar. Tiene el ceño fruncido, los labios apretados y los ojos rutilantes. ¿Cómo es posible que etiquete su rostro con un sentimiento cuando hay decenas de ellos decorando sus facciones?

Sin embargo, aquellos ojos azules que me persiguen mientras atravieso el campo desaparecen en cuanto mi padre me abre la



puerta del gimnasio. Él sigue mi mirada antes de darme un pequeño empujón y cerrar tras de sí, no sin antes murmurar algo ininteligible en voz baja. Llegamos a su oficina, al final del extenso pasillo de máquinas, en completo silencio. Una vez dentro, la placa de bronce en su escritorio nos da la bienvenida junto a las decenas de balones autografiados, pósteres y trofeos que se alzan de forma impecable en cada estante. Las fotografías abundan a nuestro alrededor, pero mis ojos siempre encuentran la misma cada vez que entro a este lugar.

Junto a su placa está una vieja imagen de él y mi madre cuando apenas se habían mudado juntos. Mi actual hogar tuvo tiempos mejores y la foto es la prueba de ello.

Mis padres están sentados en el porche de la casa y yo estoy en medio de ellos, intentando ponerme de pie. Era demasiado pequeña y recién había aprendido a caminar, así que —por lo que Bill cuenta—, me aferraba de todo y a todos con el objetivo de correr lejos y salir a explorar. En esta fotografía, específicamente, me estoy agarrando de la nariz de Shepard y jalando del cabello de mamá. Ellos tienen expresiones que van del dolor a la diversión en sus rostros. Solo puedo preguntarme cuándo fue la última vez

que vi a mi padre reír de esa forma.

—Kansas —llama en voz firme, cerrando la puerta de la minúscula oficina—. No puedes hacer esto, ni ahora ni nunca.

—Joe es mi amigo —replico de forma instantánea, girándome para enfrentarlo—. Sé que no debería interrumpir los entrenamientos, pero debes enten... —me interrumpe.

—No estoy hablando de Joe.

Las palabras entran por mis oídos y se incrustan en mi cabeza de forma permanente, y por algunos segundos me dedico a mirarlo con la esperanza de que no esté tratando de decir lo que creo que está a punto de soltar.

—Estás hablando de Malcom —me adelanto a expresar lo que ronda tanto en sus pensamientos como en los míos en cuanto abre la boca para hablar.

—Sí, estoy hablando de él —concuerta sacándose la gorra y dejándola caer en su escritorio mientras lo rodea—. No quiero que se repita lo de Logan, Kansas. No quiero ver a Beasley de una forma que no sea como mi jugador estrella, como un hi... —lo interrumpo nuevamente.

—Él no es tu hijo —aclaro—. Sé que quieres a todo tu equipo

como si fuese tu propia familia, y en verdad lo entiendo —digo observando cómo se deja caer en su silla giratoria—, pero la única persona que tiene lazos de sangre contigo soy yo, y realmente me molesta que uses el pretexto de que todos somos familia para manifestar que no toleras que tu regla de oro se vaya a romper —añado con el ritmo de los latidos de mi corazón en aumento.

—La regla está por un motivo —me recuerda inclinándose sobre el escritorio y anclando sus ojos en los míos—. Debo ser el entrenador de más de cincuenta chicos, paso horas y horas al día con ellos, me hablan de sus problemas y de sus miedos, de lo que aspiran para el futuro. Van a cenar cada maldito viernes a mi casa y los llevo de excursión cada vez que puedo... Yo soy el padre de todos ellos. —Hay una firmeza inquebrantable en sus palabras, una que se mezcla con cierto salvajismo y pasión—. Pero tú vienes primero, siempre lo haces y lo harás. Si uno de ellos te lastima solo querré odiarlo, y no puedo permitirme odiar a alguien que considero un hijo. ¿Es tan difícil entenderlo? —inquire.

—Lo que es difícil de entender es que quieras controlarlo todo —replico—. Tienes una obsesión con el control, pero no eres omnipresente ni ninguna clase de juez en esta vida, así que debes

comprender que no puedes dominar las emociones de otra persona, no puedes dominar a nadie. —Siento el calor extenderse a lo largo de mi cuello y mejillas—. No controlas los sentimientos que uno de tus jugadores pueda desarrollar por mí y tampoco los que yo pueda llegar a desarrollar por él.

—¿Estás diciendo que sientes algo por Beasley? —pregunta con ojos abiertos y cargados de horror—. Esto es peor de lo que imaginé, yo creí que era algo más leve —se queja.

—¡No, no siento na... no sé si siento algo! —me apresuro a decir, pero la realidad es que conozco lo que siento a la perfección. Claro está que admitir esto frente a Bill sería como cavar mi propia tumba, una tumba en el cementerio de la soltería eterna—. Pero el punto es que tú no debes intervenir, papá. ¡Tengo diecinueve años! Puede que no sea mayor de edad en este estado, pero sí en los otros cuarenta y nueve de nuestro jodido país. —Y con esto último he detonado, oficialmente, la bomba cargada de cosas no dichas que aguarda en mi interior—. ¿Sabes qué? En verdad me gusta Malcom, y no me importa una mierda lo que tengas para decir. ¡Yo soy sincera contigo, ¿pero tú puedes decir lo mismo?! Claro que no —me respondo sin esperar que pueda acotar palabra alguna, ya sin

importarme si me entierran en el cementerio de la soltería perpetua—. Porque ningún padre honesto le ocultaría a su hija que se va a casar.

Silencio.

Silencio.

Silencio .

Sus ojos acaramelados, los cuales estaban cargados de cólera y exasperación segundos atrás, ahora parecen carecer de sentimiento. Su boca se abre, pero por primera vez nada sale de ella, sus cuerdas vocales parecen fallarle tanto como su capacidad para expresarse a través de la mirada.

—¿Creías que también podías ocultarme eso? —la pregunta sale disparada con bestialidad, pero no por el hecho de que él tenga pensado casarse, sino porque estoy demasiado enfadada y no logro controlar el tono de mi voz, mucho menos mi temperamento.

—Kansas... —comienza a decir, sus ojos llenándose de arrepentimiento.

—Tengo derecho a estar enojada —me adelanto—. Tengo derecho a oponerme a cualquier tipo de arreglo que tengas con Anneley porque me has ocultado esto por un año —recalco—. Pero

sé que necesitas a alguien, soy consciente de que mamá se fue hace tiempo y que no va a regresar. —Reprimo la oleada de recuerdos que se avecina tras nombrarla—. Necesitas seguir adelante, porque el mundo se sigue moviendo y no te esperará. Entonces yo me iré y tú te encontrarás solo, y no quiero que estés solo nunca, papá —confieso—. Y no puedes controlar la vida o el tiempo así que, aunque no me termine de agradar la idea, voy a asistir a esa maldita boda. Pero debes entender... —hago una pausa y cierro los ojos por un momento, no quiero mirarlo mientras diga lo siguiente— que tampoco puedes controlar lo que siento, y ahora siento cosas por Malcom. Así que digérello, acéptalo y supéralo, en ese orden. Él se pone de pie en silencio. Solo soy capaz de escuchar los acelerados latidos de mi corazón mientras me enfrenta. Me contempla en detalle, y la presión en mi pecho por saber cuál es su reacción aumenta con cada milésima de segundo que pasa. Entonces, en un movimiento rápido, estoy entre sus brazos y pecho. Bill me estrecha con fuerza y mis brazos intentan rodearlo, pero es muy grande como para que llegue a abarcar toda su espalda. Aspiro esa mezcla de colonia barata y jabón que es característica de él y me siento bien.

Bien mal.

Me separo conociendo a la perfección lo que está por suceder.

Mi padre solo me abraza antes de darme una mala noticia, y la última vez que lo hizo mi madre nos abandonó.

—Tengo algo que decirte acerca de Beasley, uno de los motivos por los que no quería que esto sucediera —murmura en voz baja.

## **Capítulo XLVIII**

Irresoluto

# Kansas

—¿Puedes tocar una canción para mí? —inquire Zoe

sacándose su mochila del colegio y dejándola caer sobre mi

cama—. ¡Solo una, por favor! Luego haré mi tarea de matemática

—promete mientras le entrego la jaula del hámster—. Bueno, en realidad la calculadora la hará —reflexiona sacando al animal de su encierro y sosteniéndolo en sus pequeños brazos.

—Creo que primero deberías hacer tus deberes —señalo.

Me quito el abrigo y lo arrojó sobre la cama. Al final terminé por evadir mi última clase de Estructura Biológica del Sujeto y fui por Zoe a la escuela, de esa forma la señora Murphy llegaría temprano al trabajo —cosa que no hace muy a menudo—, y yo podría dejar de respirar el mismo aire que Bill, Mark y Beasley, cuyos nombres, a mi parecer, no significaban nada bueno cuando están en la misma oración.

—No estoy de humor, ¿te parece dejar lo del piano para otra ocasión? —inquiero—. En vez de eso podríamos dormir la siesta, una apetecible y divertida siesta. Olvidarnos de todo, incluyendo a Mal... —me interrumpe.



—¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta? —se queja subiendo la tapa del piano—. ¡Dormir no es divertido, Kansas! Y mi mamá dice que la música ayuda a espantar a los fantasmas del malhumor — asegura depositando a Ratatouille sobre las teclas y caminando en mi dirección. Toma mi mano y prácticamente me arrastra a lo largo de la habitación, decidida a ahuyentar a los supuestos y malévolos espíritus.

¿Fantasmas del malhumor? ¿No tenía otra cosa para inventarse la señora Murphy?

La niña me obliga a sentarme frente al instrumento y se trepa por mis piernas hasta quedar en mi regazo. La insistencia ahora tiene una nueva definición: su nombre.

Ratatouille corre por las teclas del piano ida y vuelta, provocando que un horrible sonido inunde mis oídos. Sin embargo, debo admitir que es gracioso ver la forma en que esa bola de pelos va de un lado al otro y Zoe intenta atraparlo, pero el animal siempre termina escapándose de sus manos.

—¡Rata mala! —reprocha la niña con el ceño fruncido—.

¿Cuántas veces te he dicho que no eres Beethoven? —le pregunta capturándolo y sosteniéndolo a la altura de sus ojos, como si en

verdad fuese su mamá y estuviese furiosa.

—¿Sabes quién fue Beethoven? —inquiero con verdadera sorpresa.

—Claro que lo sé, todos los niños conocen a Beethoven. —  
Creo que podría discutir respecto a esa afirmación—. Es el perro de raza San Bernardo que sale en un montón de películas, ¿no te acuerdas de él, Kansas? —pregunta—. ¡Las pasan en Disney! —me regaña—. Y Ratatouille quiere correr tan rápido como un perro, pero yo siempre le digo que no es Beethoven. Es una rata, ¿lo entiendes? —Esta vez mira fijo su mascota—. Eres una rata, r-a-t-h-a —deletrea.

Creo que debería priorizar su tarea de lengua antes que la de matemática.

Definitivamente.

—De acuerdo —murmuro con una sonrisa tirando de mis labios al verla tan decepcionada de su hámster—. Tocaré una sola canción, pero luego harás todos tus deberes y meterás a ese animal en su jaula, ¿entendido? —inquiero y ella asiente satisfecha, abrazando a la supuesta rata con demasiada fuerza.

Es la primera vez que cedo a tocar el piano para ella y sus

ojos brillan con entusiasmo. Normalmente siempre daba excusas para evitar tocar, pero desde que Malcom prácticamente me extorsionó para volver a hacer música he sentido, en lo más profundo de mí, unas ganas insaciables de poner mis dedos sobre las teclas otra vez.

Mis pensamientos se desvían a él por algunos segundos. Lo que Bill me contó en su oficina es algo que me sobrepasa, algo que me gustaría no saber. Ni siquiera el mismísimo Beasley es consciente de la realidad, y eso se debe a que su entrenador cree que no es el mejor momento para decirle.

Pero en algún momento lo hará.

Malcom seguramente piensa que Mark está aquí para ver a los Jaguars y encontrar a potenciales jugadores de los Bears, sin embargo, lo que el número veintisiete desconoce es que el miembro del *staff* no vino aquí para ello. La junta técnica del equipo de Chicago ya ha tomado una decisión, lo ha hecho sin siquiera conocer o ver jugar a Beasley en persona. Ellos se basaron en los videos que envió su antiguo *coach* de Londres y en los que mi padre posee para reclamar al trasero europeo. Lo quieren a toda costa, y no puedo juzgarlos por ver la capacidad y el talento que Malcom

posee sin codiciarlo.

Mark llegó a Betland para cerrar un trato, no para proponerlo.

—Quiero que toques tu canción preferida —dice Zoe

alejando aquellos pensamientos de mi cabeza—. ¡No, espera!

¿Cuál es la canción preferida de Harriet? ¿Y la de Ben? ¿Y a Joe

qué canci...? —la interrumpo.

—Creo que alguien está muy indecisa —reconozco—. Y

también creo que voy a escoger yo —murmuro contra su cabello,

las yemas de mis dedos se deslizan sobre la combinación de

blanco y negro en las teclas—. ¿Sabes por qué los Jaguars me

llaman *Sunshine*?

Ella me echa una mirada sobre su hombro y niega con la

cabeza, aquellos ojos claros cargándose de intriga.

—Es por una canción de Jus... —Un grito me interrumpe.

—¿Justin Bieber?! —exclama con emoción.

—No. —Río—. Justin Timberlake —añado, y soy testigo de

la forma en que cierta desilusión cubre sus facciones—. La canción

se llama *Can't Stop The Feeling*.

—¿Y por qué el apodo?

—Tú sabes que a Bill le gusta invitar al equipo a cenar los

viernes —explico—. Bueno, la primera vez que ellos vinieron Billy se olvidó de mencionar que tendríamos invitados. —El recuerdo me llena de vergüenza—. Entonces, como yo no sabía sobre ellos, me puse mis auriculares y comencé a prepararme la cena, la cual era un sándwich de lo más apetitoso.

—¿De esos con queso derretido que me haces a mí?

—Sí, de esos que te preparo y tú se los das a escondidas a Ratatouille —respondo contemplando la forma en que sus mejillas se tornan más rosadas de lo normal—. Bueno, la cuestión es que mientras yo hacía un karaoke improvisado y bailaba al ritmo de Justin, los Jaguars comenzaron a llegar.

—Pero tú no sabes bailar —señala la niña—. Lo haces horrible, y tampoco sabes cantar.

—Ese es el punto, Zoe. Y gracias por exponer la triste realidad en mi cara —murmuro con ironía.

—De nada, Kansas —dice con inocencia.

—¿Pero sabes algo? —inquiero en voz baja—. El equipo no está aquí para escucharme cantar... —De forma automática la sonrisa decae de sus labios y amplía los ojos.

—No, por favor —ruega luchando por intentarse bajar de mi

regazo, pero me las arreglo para sostenerla con una mano y comenzar a tocar con la otra.

— *I got this feeling inside my bones. It goes electric, wavey when I turn it on. All through my city, all through my home. We're flying up, no ceiling, when we in our zone* —comienzo al ritmo de la música. Zoe lanza un grito ahogado antes de removerse sobre mis piernas. Deja caer al hámster al piso.

—¡Corre, Ratatouille! —exclama a su mascota, quien comienza a transitar sobre la alfombra de mi cuarto, huyendo de nosotras—. ¡Corre por tu vida y tápate las orejas!

— *I got that sunshine in my pocket, got that good song in my feet!* —Mis tímpanos parecen espantarse de mi propia voz, y esta se ve quebrada por la risa que trepa por las paredes de mi garganta. Tal vez la señora Murphy tiene razón. La música ahuyenta a los fantasmas del malhumor. Sin duda alguna, logra hacerme olvidar de lo que siento por la noticia que Bill acaba de darme, de lo que siento por Malcom y su inevitable partida.

Por lo menos por un rato.

—¡Cállate, Kansas! —chilla Zoe.

# Malcom

—Estás jodido —susurra Claire.

—Muy jodido —añade Ben.

—Tan jodido como...

Interrumpo a Timberg.

—Ya lo entendí, chicos —replico moviendo un tomate cherry sobre las hojas de lechuga de mi ensalada—. Y chica —añado una vez que la castaña me dispara una prolongada mirada.

El entrenamiento con Bill y Mark se extendió hasta casi las seis de la tarde y, tras tomar una ducha en el gimnasio, le pregunté a Hamilton si me quería acompañar por algo de cenar. Mi objetivo era contarle todo lo que estaba pasando, sin lujo de detalles, dado que creía que necesitaba un consejo.

Nunca tuve amigos muy cercanos. La única persona que se asemeja al papel es Nancy, pero teniendo en cuenta que se encuentra al otro lado del océano y acaba de tener a Kaden, no creo que sea buena idea molestarla.

Ben me inspira algo de confianza, por eso me decidí por contarle muchos de los pensamientos que tengo en la cabeza. El

problema fue cuando Timberg se sumó y nos obligó a venir a *Blair's Place* ya que sostenía que la comida era deliciosa. Vaya casualidad, Claire estaba estudiando en una de las mesas del fondo. Cuando nos vio, cerró sus libros y se unió a la reunión.

—Hagamos una recapitulación de los hechos —dice la castaña tragando el último bocado de su hamburguesa—. Entre Kansas y tú hay algo, algo a lo que no le podemos poner etiqueta aún. Sin embargo, es lo suficientemente fuerte como para que hayan hecho alguna que otra locura por el otro —explica con mis propias palabras. Es obvio que jamás les diría que estuvimos de paseo por el cementerio de Merton o que me he disculpado sobre un escenario, son cosas que podrían costarme la cabeza si salen a la luz y llegan a Bill. Además, no creo que Ben y Chase estén felices con la idea de que su *Sunshine* haya subido a un avión a sus espaldas solo para ir a buscarme—. Entonces nos queda una relación sin etiquetado que se ve amenazada por Bill Shepard y un posible comprador de jugadores llamado Mark. Esto, en el hipotético caso de que se fije en ti.

—Gracias por resumir, ya me había perdido —dice Chase rociando un pequeño sobre de mayonesa sobre su segundo plato de



patatas fritas, y entonces hace lo mismo con uno de ketchup.

Me llevo un trozo de carne magra a la boca junto con un tomate Cherry, y por un momento mis funcionales papilas gustativas me hacen olvidar del tema de conversación. Lástima que la comida no dura para siempre en tu boca.

—Bill ya demostró su disgusto por una posible relación entre ustedes

—señala

Ben

agitando

su

limonada—

. Y por un lado lo entiendo, el *coach* está algo traumatado por lo que ocurrió con Mercury.

—Pero eso no justifica nada —salta Claire—. Bill no debería meterse entre ellos, y tú —añade señalándome—, deberías hacérselo saber.

—No es tan fácil —replica Chase con la boca llena—.

Malcom vive bajo el techo de Bill, es alimentado por Bill, está en el equipo gracias a Bill. —Espero que deje de decir su nombre,

por favor—. Y no sé a ustedes, pero a mí el entrenador me da algo de miedo. Bien podría arrojar a Malcom y a sus maletas a la calle si llegase a romperle el corazón a Kansas.

—Exacto —señalo—. Y probablemente le haya dicho todas esas cosas a Kansas en la pequeña reunión que tuvieron hoy en su oficina. —Aún recuerdo la mirada en sus ojos antes de adentrarse por las puertas del gimnasio—. Eso o, más probablemente, le haya dado un montón de razones por las que no podemos tener nada.

—Y en esas razones entra Mark —añade la castaña—. Él, por lo que comentaron los chicos, parece tener un serio interés en ti. Y en el caso de que rechaces una oferta, lo que sería una locura, o por X motivo no te vayas con los Bears... —Hace una pausa para sorber algo de agua—. En algún momento te irás, Malcom. Es cuestión de tiempo, y ahí está el problema. No sabemos cuánto estarás con nosotros y eso es algo que desatará serias destrucciones cuando ocurra.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —inquiero—. No puedo tener algo serio con Kansas porque sé que en algún momento partiré, es por eso que vine a Estados Unidos, para crecer en

el ámbito deportivo —explico—, pero tampoco puedo ignorar lo que siento, es muy difícil reprimir todas estas cosas y la atracción cuando vives bajo el mismo techo que la chica que te vuelve loco.

—¿Ya te dije que estás jodido? —pregunta Ben, obligándome a echarle una mirada sin una pizca de gracia.

—La idea de todo esto era que ustedes me dieran un consejo.

¿Necesitan que les dé la definición de la palabra? —inquiero.

—La realidad es que todos tenemos puntos de vista deferentes

—indica Claire—. Timberg seguramente cree que sea mejor

mantenerte alejado del drama, de alguna forma reprimir

cualquier tipo de sentimiento y centrarte en el fútbol. Ben, por otro

lado, probablemente te recomiende arriesgarte a espaldas de Bill y

mantener algo en secreto, seguir sin etiquetar lo que tienen. —

Ambos muchachos observan a la castaña como si tuviera el poder

de la telepatía—. Y yo creo que debes enfrentarte a Shepard y

explorar el hoy con lo que tienes con Kansas. No quiero

sonar pesimista, pero es inevitable que al final de esto todos los

corazones se mantengan intactos.

—Básicamente me estás diciendo que aproveche ahora

porque luego no podré.

—Exacto —replica—. Y como puedes ver, todos tenemos puntos de vista totalmente diferentes. Así que no pidas consejos, solo haz lo que tengas y quieras hacer. Nosotros te respaldaremos.

—Deberías hablar con *Sunshine* — murmura Chase lamiendo la sal de sus dedos. Eso es bastante desagradable, ¿sabe que existen las servilletas?—. Oí que Bill y Mark se quedarán hasta tarde en la oficina, así que asumo que Kansas estará sola.

—A lo mucho está con Zoe —agrega Ben observando su reloj—, pero su madre la pasa a buscar dentro de un rato, así que...

—Las palabras quedan suspendidas por algunos segundos—.

¿Qué vas a hacer, Tigre?

Y es la primera vez a lo largo de mis casi veinte años de vida que en verdad no tengo ni la menor idea de qué camino tomar.

—Sinceramente no lo sé.

A continuación, me voy a casa de los Shepard. No sin antes pagar por la comida, tirar las sobras al cesto y agradecer a las tres personas alrededor de la mesa.

Espero que Kansas esté de buen humor, porque tenemos cosas de las que hablar. Y cosas que hacer.

Y apiádense de mi alma si no lo está, por favor.

## Capítulo XLIX

Tentar

# Kansas

La señora Murphy pasa a recoger a Zoe alrededor de las ocho, lo que me da tiempo para tomar una ducha antes de ir por mis libros de texto e internarme en mi habitación. Es una verdadera pena que no pueda concentrarme en la teoría dualista cartesiana o en la disonancia cognitiva porque tengo a Malcom en mi cabeza, y él no solo está allí; corre, salta, se desnuda, grita, sonrío y dice cosas inteligentemente irrelevantes, todo a la vez. Parece consumir todo mi cerebro, y eso en verdad me fastidia.

No puedo hacer más que repasar los hechos una y otra vez, todo lo que pasó y lo que probablemente no vaya a pasar gracias a su excepcional talento futbolístico que lo lleva a acaparar todas las miradas de cualquier *staff* técnico.

La presencia de Mark aquí me trae tanta alegría como tristeza.

La primera es porque estoy segura de que no hay persona que se merezca más esta oportunidad que Beasley. La segunda, porque no existe individuo que pueda reemplazarlo. Malcom es tan malditamente... Malcom. Sé que ha pasado poco tiempo, pero no puedo evitar sentir una mezcla de ansiedad y negación ante la idea

de su partida.

Ahora, mientras las fotografías de René Descartes y Leon Festinger aparecen frente a mis ojos y me incitan a leer, vuelve la imagen del número veintisiete a mi cabeza.

Quiero dejar de pensar en todo lo que deriva de su nombre, pero el destino parece tener otros planes dado que se escuchan unos nudillos tocar mi puerta con gentileza.

Sé que no es Bill ya que él habría entrado sin siquiera llamar, entre gritos sobre salsa, pasta y los Kansas City Chiefs. En cuanto la abro, unos intensos ojos azules se encuentran con los míos. Siento que mi pecho se eleva cuando tomo una gran bocanada de aire y de alguna forma me las arreglo para sostenerle la mirada.

—Tenemos que hablar. —Él establece lo ineludible, lo que ambos sabíamos que tenía que suceder.

—Lo sé —conuerdo en voz baja, deslizando mi mirada sobre su postura erguida, sus hombros rectos y mandíbula tiesa—. ¿Sabes qué dice uno de mis profesores de psicología? —inquiero apretando con una fuerza innecesaria el pomo de la puerta—. Que a la humanidad le gusta postergar lo agrio de la vida, ahora entiendo

a lo que se refería. —Ruggles también menciona que para posponer lo agrio es necesario tener algo dulce, una excusa, una distracción o algo en que enfocarse.

La mirada de Beasley adquiere un brillo de entendimiento. En sus ojos veo casi los mismos sentimientos que contemplo en mi reflejo. Hay inseguridad, rabia, indecisión y ansiedad por todo lo que ocurre. Él quiere retrasar esta charla tanto como yo.

—¿Podemos postergarlo? —inquiero.

Una ladeada sonrisa curva sus labios hacia la derecha.

—No —replica—. No vamos a postergar nada, hay que dialogar acerca de...

Lo interrumpo.

—Creo que me he expresado mal —murmuro al ver la forma en que sus manos se vuelven puños dentro de los bolsillos de su pantalón deportivo. Su parte lógica le debe estar diciendo que hay que platicar ante todo; estoy segura de que la parte más estúpida y vacilante le susurra que lo posponga—. Vamos a postergarlo.

—Me opongo a eso. —Se queja, pero yo jalo de su mano y lo obligo a entrar al cuarto—. No quiero hacerle esto a Bill, él...

Cierro la puerta y me giro para enfrentarlo.



—Por favor —bufo a solo un paso de distancia—. Cállate y bésame, luego solucionaremos todo esto.

Veo el signo de interrogación en sus ojos: ¿postergo lo agrio o lo dulce? ¿Y si luego no hay parte dulce? ¿Moral o afán?

—Si esto me carcome la conciencia más tarde, será tu culpa —aclara deslizando ambas manos por mis mejillas.

—Trato hecho.

Su boca colapsa contra la mía en cuestión de segundos, su cuerpo se presiona contra el mío provocando que mis rodillas se debiliten. Sus labios son gentiles al principio, rozan los míos con una delicadeza que hace tambalear mi cordura. Sus palmas se presionan con suavidad sobre mis mejillas y los pulgares acarician la piel con tanto cuidado que me estremece. Mis manos se deslizan sobre su camiseta y siento la dureza de sus músculos, la calidez propia de su cuerpo se filtra a través de la tela y calienta las yemas de mis dedos mientras atrapa entre sus dientes mi labio inferior.

Tira de él y lo muerde, ejerciendo una presión que hace saltar mi corazón contra mis costillas.

El aire se vuelve pesado cuando sus manos se arrastran de mis mejillas hasta mis hombros. Recorren mis brazos y llegan a

ajustarse alrededor de mi cintura con una firmeza sosegada.

Su boca jamás se despegaba de la mía y, a pesar de que siento que me falta el aire, me veo incapaz de dar un paso atrás. El oxígeno parece reducirse hasta pasar a un segundo plano, en lo único que puedo pensar es en tenerlo un poco más cerca, lo cual parece imposible.

Mi espalda golpea la puerta cerrada y un jadeo escapa de mis labios en cuanto Malcom entierra su rostro en mi cuello. Sus besos son húmedos y calientes, definitivamente tienen un efecto muy poderoso en mí. Sus manos se deslizan desde mi cintura hacia mi cadera y, aunque todavía hay prendas de ropa entre nosotros, puedo jurar que mi piel quema bajo su tacto. Siento las frías yemas de sus dedos rozar mi abdomen en cuanto se adentran bajo mi suéter. Un escalofrío me recorre el cuerpo de forma instantánea, sus inquietos y gentiles dedos se deslizan ahora sobre mi piel de una forma que va desde lo idílico a lo tentador.

—Nunca pensé que descubriría esto —murmura con su boca pegada a mi cuello, su respiración está tan acelerada como la mía.

—¿Descubrir qué? —inquiero retorciéndome bajo su cuerpo y enterrando mis manos en su cabello.

—Tu talla de sujetador.

Estúpido.

Y, a continuación, mi suéter y camiseta colisionan contra el piso.

—Si vuelves a decir algo como eso voy a golpearte —  
advierdo tirando de las hebras doradas y obligándolo a echar la cabeza hacia atrás.

Sus ojos lucen rutilantes y cargados de algo de coquetería.

Sus pupilas abismales se ven dilatadas mientras me sostiene la mirada y la forma en que me ve me obliga a tomar una respiración tan extensa como los segundos parecen ser en este momento.

Mi pecho y su pecho suben y bajan a la par, de una forma tan rápida que parece llamarle la atención tanto como a mí. Su mirada se desliza hacia abajo y recorre con sus ojos los tirantes de mi sujetador antes de caer en mis pechos. Siento que un nudo se forma en mi garganta impidiéndome soltar algún comentario mordaz o sarcástico. En lugar de eso, reconozco la sensación del rubor extendiéndose de forma uniforme y caliente sobre mi cuello y rostro. El color de sus ojos parece descender varios tonos, tornándose un poco más oscuro e insondable.

—Esto no es justo —murmuro a escasas pulgadas de sus labios, teniendo un pensamiento de injusticia ante la falta parcial de mi ropa y la totalidad de la suya.

—Tú me viste desnudarme en el asiento trasero de un Jeep en movimiento —objeta depositando un beso en mi frente y jugando con uno de los tirantes de mi sujetador negro—. Creo que es bastante justo.

—Ni justo ni una mier... —comienzo, pero la oración se ve interrumpida en cuanto siento sus manos descender a gran velocidad hasta mis muslos.

Un segundo después me encuentro en el aire, aferrándome a su cuello con mis brazos y enroscando mis piernas alrededor de su cintura.

Su boca cubre la mía otra vez mientras traza el camino hasta la cama. Ambos nos tocamos con una necesidad que va desde lo insaciable a lo inevitable y, cuando sus manos recorren mi espalda desnuda con una lentitud inquietante, siento como si una descarga de electricidad se precipitara por mi columna vertebral.

Su lengua se desliza contra la mía y danzan juntas al ritmo de nuestros propios y alterados corazones. Imitando lo que sucede en

nuestras bocas ambos cuerpos se rozan, se separan y vuelven a rozarse de forma provocativa. La temperatura parece subir con cada segundo que transcurre en la habitación. Ante el repentino calor y la falta de aire nos separamos por algo de oxígeno.

Nuestras miradas se entrelazan en una conversación silenciosa mientras Malcom me deja ir. Mi cuerpo se desliza a lo largo del suyo hasta que mis zapatos encuentran el piso. Puedo sentir cada músculo de su pecho presionado contra el mío y su entrepierna rozando la parte delantera de mis *jeans*. Esto último me descoloca; mi pulso se dispara de forma vertiginosa e instantánea.

Los sentimientos en sus ojos se intensifican al oír la forma en que la parte posterior de mis rodillas golpean el borde de la cama. La anticipación me recorre de pies a cabeza y siento el sutil hormigueo en la parte baja de mi abdomen, el cual parece incrementarse de una manera sofocante a medida que su boca desciende hasta encontrar mi clavícula. Mientras una serie de besos son trazados en un camino hasta mi hombro, mis manos van y vienen acariciando las hebras de su cabello.

De alguna forma mi espalda termina presionada contra el colchón y Beasley se sostiene sobre sus brazos, evitando que su

peso caiga contra mi cuerpo. Nuestras piernas se enredan y mi piel expuesta roza contra su camiseta cada vez que se acerca para depositar un beso, pero llega un punto en el que el anhelo por tenerlo más cerca se intensifica hasta obligarme a tomar medidas: mis manos serpentean sobre su torso y tiran del dobladillo de la prenda para unirla a mi ropa en el suelo.

La vista rebosa de exquisitez. Bajando por sus anchos y pálidos hombros se encuentran los pectorales definidos de los que, más abajo, se bifurcan los trabajados abdominales que terminan en la línea de su cadera. Los músculos de todo su torso se tensan en cuanto

las

yemas

de

mis dedos recorren solo un tramo de aquella letra *V* que desaparece bajo sus pantalones grises. Al levantar la vista encuentro que tiene los párpados cerrados. Su respiración se ha vuelto más pesada y sus labios se aprietan en una dura línea de expresión. Soy consciente de que mis inquietas manos han provocado eso, la mínima pérdida de su control.

—No creo que duremos mucho si sigues tocando el hemisferio sur de mi cuerpo —dice entre dientes. Su falta de dominio corporal me da gracia y comienzo a reír.

Nos hago rodar de forma en que quedo sentada sobre su regazo, con mis rodillas a cada lado de sus caderas. La sorpresa inunda sus ojos y dilata aún más aquellas pupilas renegridas.

—¿Tu boca no tiene un interruptor de encendido y apagado?

—inquiero.

—Para tu desgracia no lo tiene. —Una sonrisa tira de sus labios y sus manos se deslizan por mi espalda, jalando de mí hacia su cuerpo. Apoyo mi frente contra la suya y mi cabello cae como una cortina a los lados, oscureciéndolo todo—. Pero deberías estar agradecida de que no esté hablando de péptidos opioides endógenos o de la glándula pituitaria —susurra.

—Buen punto.

Ambos nos quedamos quietos por algunos minutos, oyendo nuestras respiraciones aceleradas y sintiendo nuestro aliento acariciar la boca del otro. Entonces, siento la forma en que él —o mejor dicho su miembro— se presiona contra mis *jeans*. El hormigueo en la parte baja de mi abdomen se transforma en algo

incontrolable mientras nos miramos a los ojos mutuamente, y puedo jurar que siento la humedad mojando mis bragas a medida que transcurren los segundos.

—Sé que no es el momento para decir lo que probablemente definirías como cursilería. —Se las arregla para tragar y hablar.

Una de sus manos llega a mi rostro y acomoda un mechón de mi cabello tras mi oreja—. Pero necesito aclarar que no eres dulce ni hermosa, y tampoco como cualquier adjetivo que usa un hombre para describir a una mujer. Eres la combinación de todos ellos, pero si tuviera que definirte en una palabra, definitivamente sería: extraordinaria.

Mi corazón se comprime dentro de mi caja torácica al oír las palabras cargadas de sinceridad y dulzura. Y, por un momento, creo que mis ojos arden al percatarme de que eso fue lo más lindo que alguien me ha dicho a lo largo de mis diecinueve años de vida.

—Eres un espécimen de lo más extraño, Beasley —murmuro deslizando las yemas de mis dedos a lo largo de su mejilla.

—Espero que eso sea bueno.

—Obvio que lo es.

Aquella sonrisa ladeada vuelve a curvar sus labios en



dirección al cielo. Él me empuja de forma en que volvemos a rodar y quedo aprisionada contra el colchón.

Pero no hay más colchón.

Un estruendo se oye en cuanto ambos caemos al piso y nuestros huesos crujen. Siento el dolor dispararse por cada fibra de mi cuerpo mientras Malcom parece experimentar lo mismo.

—¿Mencioné que también eres un idiota? —escupo en medio de un quejido.

—No —se las arregla para responder tendido a mi lado, masajeando su cabeza adolorida.

—Bueno... —Suspiro—. Lo eres, y uno muy grande.

## **Capítulo L**

Pretérito

# Malcom

Qué vergüenza.

Nunca antes me había caído de la cama en los momentos previos a tener algo realmente íntimo con una chica, y resulta que de las cinco o seis muchachas con las que estuve a lo largo de mi vida es Kansas con la que ocurre esto.

En realidad, esto y unas cuantas cosas más.

Jamás había experimentado lo que es desear a alguien de forma constante, irreprimible e intensa. No se trata nada más que del anhelo físico que uno puede desarrollar hacia una persona, va más allá de eso; quiero ver a Kansas despertar en esos horribles pijamas que tiene, siento la necesidad de que aparezca en medio de mis entrenamientos solo para verla parlotear con Harriet o discutir con Jamie. Deseo escucharla tocar el piano por la tarde, oírle narrar historias que carecen de un orden cronológico a Zoe y presenciar lo linda que se ve discutiendo con Bill sobre quién debería haber comprado los víveres del día.

Ella sobrepasó cualquier expectativa, me hizo olvidar el nombre de todas las chicas inglesas con las que estuve alguna vez

y se metió bajo mi piel.

De muchas formas.

Me gustaría poder decir que luego de caer al piso retomamos aquello que estábamos haciendo, pero eso no ocurrió. Tres minutos después se oyó la puerta principal abrirse y el grito de Bill informando que había traído postre para celebrar la llegada de Mark penetró nuestros oídos. De todas formas, no sé por qué se molestó en decir eso ya que tengo prohibida la ingesta de helado, así que terminamos viendo una repetición de algún partido de los Chiefs, los Shepard con un pote de postre en mano y yo con un gran trozo de chocolate amargo que contenía un 85% de cacao y un alto contenido de frutos secos.

Mientras el coach sacudía el televisor y repetía que Dee Ford no debería ocupar el lugar de *linebacker*, su hija lanzaba comentarios relacionados con el *Tight End*, Travis Kelce. Mientras que en la oscuridad observaba cómo ambos hablaban uno sobre el otro y mantenían la vista fija en la pantalla me permití formular una pregunta mientras ingería mi chocolate .

¿Así se siente querer a alguien? Y no, no estoy hablando de Bill.

Hace alrededor de setenta minutos que me encuentro en la misma posición, mirando a la castaña y buscando una respuesta a aquella pregunta.

Muchos dicen querer a sus amigos, familiares o parejas, ¿pero alguna vez se plantearon lo que es en realidad sentir afecto por aquellas personas? ¿Se puede identificar o solo se tiene la certeza de que se quiere? Recorro a todo lo que conozco de la palabra amor: definición, etimología y un montón de datos que me llevan a pensar que, en realidad, no sé nada. La ignorancia es algo que no tolero, pero no hay contestación para mis preguntas en mis libros de texto o en internet. Se supone que debería encontrarla en la vida misma, pero en un mundo lleno de respuestas instantáneas gracias a la tecnología y las millones de bibliotecas alrededor del mundo, a veces nos olvidamos de que hay preguntas cuyas soluciones tenemos que averiguar por nuestra cuenta.

El timbre del hogar de los Shepard suena de forma incesante por algunos segundos. Me pongo de pie y me dispongo a ir a atender dado que Bill está demasiado ensimismado en su partido y Kansas lucha por mantener los ojos abiertos. Intento guardar la imagen en mi memoria: sus pestañas aleteando en un último

esfuerzo mientras sus ojos me siguen a través de la habitación.

Sus labios parecen querer curvarse hacia arriba cuando la miro, pero aparenta estar muy cansada como para hacerlo.

Abro la puerta y automáticamente quiero volver a cerrarla al ver a Logan Mercury de pie en la entrada.

—Beasley. —Ese no es un saludo, su tono de voz puede confirmarlo.

Mete sus manos en los bolsillos de sus *jeans* y en cuanto baja a la mirada puedo ver sobre su hombro una motocicleta de aspecto atroz estacionada a un lado de la calle.

Lo observo y me percató de que ni siquiera trae un casco consigo e instantáneamente me pregunto dos cosas: ¿por qué es tan irreflexivo en lo que a su vida se refiere y por qué aparece en esta casa a las diez de la noche?

—Llama a Kansas, necesito hablar con ella —se limita a decir.

—¿No puedes esperar hasta mañana? —inquiero.

Él arquea ambas cejas.

—No cuestiones, Malcom —advierde con la mandíbula tiesa—. Solo hazte a un lado y déjame pasar o llámala, pero no te

quedes ahí parado pretendiendo que puedes interrogarme —espeta en voz baja.

—¿Quién es el infeliz que interrumpe el tercer *down* de Alex Smith, Beasley?! —se queja el entrenador a mis espaldas, provocando que Kansas se termine de despertar y lo reproche por gritar—. ¡Si es Timberg lo mandas de vuelta a su casa! Si su madre no lo quiere, yo tampoco. No es mi problema.

—Soy yo, *coach* —se aventura Logan antes de apartarme del camino de un pequeño pero firme empujón. Quiero golpearlo. Necesito, anhelo y ruego por hacerlo.

—Ah, eres tú —dice Bill restándole importancia. Se ve que no hay problema con que alguien irrumpa en su hogar a altas horas de la noche mientras no se trate de Chase Timberg—. ¡Acomódate, Mercury! Ven a ver el partido contra los Steelers. Les estamos rompiendo el trase...

—Él no está aquí para ver el partido, papá. —La voz de Kansas es bastante suave, y entonces me percató de que ella y Logan se observan en silencio.

Se pone de pie y me mira durante un momento. Parece que intenta decirme algo, pero soy incapaz de descifrarlo dado que

estoy demasiado enfocado viendo la forma en que toma un abrigo de Bill del perchero más cercano y se acerca a la puerta.

—Saldré por un rato. —Al escuchar estas palabras, Bill le da pausa al partido y mira a su hija con fijeza, entonces se limita a asentir y, así sin más, vuelve a enfocarse en el televisor.

Estoy estupefacto ante la idea de que Bill deje marchar a Kansas con Logan a esta hora, sabiendo que mañana tiene clases y que el número siete se transporta en una motocicleta al estilo John Travolta. Es descabellado dado que él hasta llegó a exagerar al vernos sostenidos de la mano, sin embargo, en cuanto a lo que el ex de su hija se refiere, parece estar sumamente tranquilo y confiado.

—No lo malinterpretes. —La castaña me susurra lo suficientemente bajo para que nadie más escuche mientras abotona el abrigo. Sus ojos brillan por alguna emoción que encuentro digna de un enigma.

Entonces soy testigo de la forma en que Logan pone su mano en la espalda baja de Kansas y la guía hacia afuera. Él me mira por última vez antes de cerrar la puerta y, segundos más tarde, escucho el estruendoso motor de la motocicleta. Puede que no reconozca lo

que es querer alguien, pero estoy bastante familiarizado con este sentimiento de disgusto e incredulidad. Y ahora, definitivamente, se le suma el denominado desconcierto.

—Casi lo había olvidado —murmura el hombre en el sofá.

—¿Olvidar qué?

—Que hoy es 25 de octubre.

### ***Kansas***

Al este de Betland, a unos pocos pies de la ruta que va a la ciudad de Owecity, hay un pequeño pero profundo lago rodeado de árboles.

El motor de la HarleyDavidson de Logan comienza a sonar cada vez más débil mientras nos detenemos. El silencio cae al cabo de unos segundos mientras observamos los familiares alrededores: en el manto abismal que se extiende en el cielo aparece una cantidad incontable de estrellas, pero lo que en realidad llama la atención en toda esa oscuridad es la luna y su pálido esplendor.

El lago, tan frío como cautivante, logra hacer de espejo a la imagen que se presencia en las alturas.

—¿Lista? —inquire Logan antes de tomar su mochila y

comenzar a descender por los montículos de tierra. Él extiende su



mano para ayudarme a bajar mientras la brisa nocturna sopla.

Mis dedos encuentran los suyos y asiento en silencio a

medida que nos dirigimos hacia el agua.

—Por un momento pensé que hoy no te presentarías en mi puerta —confieso, y de forma automática su agarre se torna más titubeante.

—Yo también lo creí —se sincera en voz baja, con los ojos fijos en el movimiento de sus botas—. A veces creo que se hace más duro cada año. Es... —Las palabras se desvanecen en sus labios. Sé que le cuesta expresar lo que siente, siempre le resultó complicado exteriorizar sus emociones.

—Difícil —termino por él—. Se supone que el tiempo debería ayudar a curar las heridas, pero a veces solo logra abrirlas un poco más —reflexiono mientras llegamos a la orilla y nos tomamos algunos segundos para observar la inquietantemente sosegada noche.

—Es una sensación horrible, Kansas —dice dejando salir el aire retenido. En su perfil juegan las sombras nocturnas y sus ojos parecen brillar cuando su mirada se traslada a la luna—. Con cada año que pasa se siente peor porque me doy cuenta de que el

mundo se sigue moviendo, pero yo parezco estar atascado en el mismo lugar. —Su mandíbula se tensa tras terminar la oración y, como cada año, él se arrodilla y comienza a sacar las cosas de su mochila—. No solo hoy es 25 de octubre —añade—. Todos los días parecen serlo.

Me arrodillo y comienzo a ayudarlo, sin emitir palabra alguna al respecto.

Un día como hoy hace alrededor de cinco años, mucho tiempo antes que conociera a Logan, su padre y hermano fallecieron en un accidente automovilístico, uno que se dio en aquella ruta que está a solo pies de nosotros. Los cuerpos quedaron irreconocibles, y por ello decidieron cremarlos y esparcir sus cenizas en el lugar favorito de ambos.

El lago de Betland.

No es un lugar que rebosa de belleza en absoluto, pero era donde tanto Wilson como Oliver Mercury intentaban pasar las tardes. Ellos, junto a Logan, tenían el pasatiempo de armar barcos y veleros de madera cuando eran niños. Su padre los traía al lago al atardecer para verlos navegar las quietas aguas del lugar y, según el número siete, es lo que más extraña hacer con ellos.

Desde ese año Logan asiste sin falta el veinticinco de octubre al lugar donde estamos ahora, y cuando empezamos a salir hace más de un año atrás, comencé a acompañarlo. El día en que rompimos, o mejor dicho que me dejó, le dije que yo lo seguía queriendo. Si fuese por mí —en aquel entonces—, aún estaríamos juntos, pero entiendo a la perfección lo que es tener un sueño, algo que anhelar, algo por lo que luchar.

Nunca voy a culparlo por eso, y tal vez antes no lo comprendía, pero ahora lo hago. Sin embargo, volviendo al pasado, cuando él mencionó que ya no tenía tiempo para distraerse conmigo también dijo algo más:

*« Te quiero, tengo que admitir que lo hago. Te quiero por muchas razones, comenzando porque eres capaz de ver más que lo superficial en mí y terminando porque eres la única persona con la que puedo abrirme. Entiendo que estés enojada por mi decisión, que te duela y quieras golpearme en este mismo instante, pero no voy a dejar que te interpongas en lo que más deseo. Recuerda que este no es solo mi sueño, es el de mi padre y el de Oliver también. Tú más que nadie sabes lo que eso significa, y no te estoy pidiendo que seamos amigos porque sé que dolería, así que quiero dejarte y*

*que encuentres a alguien que en verdad te dedique cada segundo de su tiempo, porque eso es lo mínimo que mereces, Kansas.*

*Lo lamento, pero es lo que debo hacer. Y sé que nos seguiremos viendo y que todo se tornará complicado, pero no voy a permitirme sentir más cosas por ti. También soy consciente de que no estoy en el derecho de pedirte nada, pero si aún quieres acompañarme cada 25 de octubre estaré eternamente agradecido, porque a pesar de que te estoy dejando también te estoy demostrando hay alguien mejor para ti allá afuera, y que la persona en la que más confío eres tú. Y eso no va a cambiar, eres la única chica que me permitiré llevar a ese lago, y es debido a que también eres la única que logra darme la fuerza que necesito para afrontarlo.*

*Sé que en algún momento lo comprenderás todo y, si ese orgullo tuyo que conozco tan bien no te lo impide, me lo agradecerás. Gracias a esto estoy seguro de que yo seré capaz de perseguir mis sueños y alcanzarlos, y tú serás capaz, algún día, de toparte con alguien que te haga soñar como yo lo hago».*

Así pasó, así terminamos. Pero nos permitimos volver a mirarnos de la forma en la que lo hacíamos cada veinticinco de

octubre.

Jamie llegó a criticarme por ello ya que está en desacuerdo, mientras que Harriet me obliga a presentarme, pero la realidad es que, más allá de lo que dicen mis amigas, yo vengo a este lago porque entiendo a Logan. No lo hago porque alguna vez lo quise, sino porque sé lo que se siente perder a alguien. Puede que mi madre no esté muerta, pero su partida se sintió como tal; ella desapareció, y ahora no me quedan más que recuerdos de lo que fue y lo que mi hermano o hermana podría haber llegado a ser.

Logan no tiene amigos tan cercanos como para que lo acompañen en algo, a su madre le duele recordarlo y ya ni siquiera menciona el nombre de su esposo o de su hijo menor, así que el círculo se reduce cada vez más hasta dejarme a mí sola dentro de él.

Hay personas que son capaces de enfrentar las desdichas de la vida por sí solas, pero luego existen otras que necesitan sentir el calor de una mano sobre la suya. Y está bien, porque el dolor repercute y se sobrelleva de forma diferente en cada ser.

—¿Quieres hacer los honores? —inquire Mercury tendiendo un encendedor en mi dirección.

—Ni siquiera debes preguntarlo —replico tomándolo mientras él se encarga de poner el pequeño velero de madera sobre el agua. Coloca la vela sobre la popa del mismo y pasa a imitar la acción con el otro que aún descansa en tierra.

Logan es hábil con la carpintería gracias a lo que Wilson le enseñó, y cada año se toma el tiempo de fabricar dos pequeños veleros o barcos en honor a cada uno de los miembros de su familia que perdió.

Doy luz a ambas velas y dejo el encendedor a un lado, entonces levanto la vista para encontrar los ojos chocolate del moreno. Brillan con más que melancolía, destellan de forma agrisulce, como si estuviera saboreando un recuerdo que trae felicidad que no termina siendo más que aflicción.

—Odio extrañarlos, siento que se me fragmenta el maldito corazón cuando lo hago —murmura en voz casi inaudible; al sentir que sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas se obliga a cerrarlos con fuerza.

Él no es del tipo que se deja derramarlas.

Extiendo mi mano libre, ya que con la otra sostengo uno de los veleros, y aprieto su hombro sobre la chaqueta que trae. Él me

mira al cabo de unos segundos, la brisa sopla provocando movimiento en su cabello mientras sus labios se comprimen en una línea y asiente en silencio ante la mirada que le doy.

—Solo hazlo, Logan —susurro—. Como cada veinticinco de octubre.

—De cada año. —Asiente.

Ambos empujamos suavemente los veleros y estos flotan a la deriva, sin dirección, paradero o finalidad. Observamos desde la orilla como las dos pequeñas llamas de las velas iluminan el agua, se convierten en dos puntos cálidos y rutilantes en un fondo de colores fríos y aspecto sombrío. El fuego se aviva con la brisa nocturna y pronto alcanza la vela mayor de cada nave. Las llamas comienzan a elevarse y, poco a poco, consumen los veleros convirtiéndolos en una gran llama de colores ardientes e intensos. No sé cuánto tiempo nos quedamos allí contemplándolos, pero es el suficiente como para que las naves se consuman y se vuelvan algo irreconocible. El color se va, la intensidad se pierde y ya no quedan más que escombros que viajan sin rumbo en el agua, al igual que ocurrió con Wilson y Oliver Mercury.

—Estás preocupada.

Me sorprende oír aquellas palabras al correr de los minutos.

—¿A qué te refieres? —inquiero dirigiendo mis ojos a los suyos.

—Sabes a qué me refiero, Kansas —se limita a murmurar antes de ponerse de pie, tomar su mochila y tender una mano en mi dirección—. Vamos, sabes que este lugar ya no me gusta tanto como solía hacerlo. —La amargura y pesadumbre son más que notables—. Además, tengo algo que decirte.

Lo siguiente que hago es aceptar su mano, pero lo que no acepto son las palabras que salen de su boca.

## **Capítulo LI**

Boa



# Kansas

—¿Qué miras, Donna? —espeta Jamie dejándose caer en su silla de la cafetería—. Vuelve al zoológico, pedazo de zo...

Harriet se encarga de taparle la boca para que no llegue a concluir la oración.

La ex de Joe recoge su pedido antes de salir por las puertas dobles a una velocidad considerablemente rápida, tal vez sea porque Jamie la observa de una forma que va más allá del odio y el desagrado, porque Harriet parece sostener un resaltador tan fuerte y amenazadoramente que puede llegar a simular que es un cuchillo o porque yo estoy sorbiendo mi *latte* sin despegar mi mirada de ella.

Debe ser algo escalofriante.

—¿Cuántas veces tenemos que decirte que no le hables?

Ignórala —dice la rubia a la pelirroja mientras baja con lentitud su arma y vuelve a utilizarla para resaltar la Constitución, como debe ser.

—Es que no puedo resistirme —replica abriendo una de sus tantas revistas de moda de un tirón—. Necesito insultarla para que

la ira no me consuma, ¿por qué no se unen conmigo y disfrutan de lo deleitoso que puede llegar a ser llamar por sobrenombres ridículos y ofensivos a las chicas como ella?

—Ya hablamos de esto, Jamie —comienzo dejando mi *latte* a un lado—. Donna no saldrá ilesa por lo que le hizo a Joe, pero debes esperar, aún no es momento de actuar —le recuerdo.

—¿Y cuándo lo será? —inquire en un tono casi infantil, parece estar auténticamente decepcionada de que la represalia deba esperar.

—¿Te suena el 31 de octubre? —Sonríe Harriet sin despegar la mirada de su material de estudio.

—¿Halloween? —La estupefacción se adueña de las facciones de Jamie—. No puedo creerlo —añade de forma inmediata, deslizando sus ojos de la rubia hacia mí—. ¡Ustedes ya planearon algo y no me contaron! —nos acusa—. Exijo saber los diabólicos detalles de este macabro plan.

Jamie siempre fue del tipo impaciente y bocón, por lo tanto decidimos mantener el proyecto en secreto hasta determinado punto. Además, sabíamos que se pondría demasiado feliz y no podría ocultarlo. Su sonrisa la delata, y es bastante obvio que ver a

Lynn sonriendo de esa retorcida forma dispara las alarmas mentales de todos los estudiantes de la BCU.

Desde tercer año de secundaria las fiestas de día de brujas se celebran en la casa de Bill Shepard. Al principio eran bastante tranquilas e inocentes, pero con el paso del tiempo se han ido descontrolando un poco. Sin embargo, siguen siendo aptas para todo público ya que normalmente hasta mis vecinos y Zoe asisten. El año pasado la señora Hyland se disfrazó de luchador y, aunque se veía más piel de la que todos querían contemplar, pudimos contener a la mujer que se había apodado a sí misma como « *La galleta rompe huesos* ».

—No escucharás detalles de mi parte —señala Harriet antes de sacar una barra de granola de su bolso—. Sin embargo, espero que Kansas sí pueda ser capaz de dártelos. —Sus ojos aguamarina encuentran los míos y arquea una de sus depiladas cejas en mi dirección.

—Tengo la mera sospecha de que ya no estamos hablando de Halloween —articulo teniendo la intención de coger otra vez mi *latte*, pero Jamie se las arregla para alejar la taza de mi alcance.

—Conocemos la táctica, Kansas —dice la pelirroja

estrechando sus ojos—. Tomas la taza y simulas beber para evitar el interrogatorio o para hacer tiempo y pensar en una respuesta. Es como cuando una persona está incómoda y no quiere hablar, entonces saca su teléfono y finge estar haciendo algo —reconoce exponiendo mi pequeño truco en voz alta—. Y sí, estabas en lo correcto. Los detalles que queremos no tienen nada que ver con día de brujas.

—No quiero hablar sobre eso —confieso detectando el malhumor que nace en mis adentros.

—Es nuestro deber insistir y obligarte a hablar —argumenta Harriet.

—¿Y sabes a qué profundidad está el núcleo interno de la tierra? —pregunta Jamie desconcertándome—. A casi cuatro mil millas —añade—. Y ni aunque nuestra querida Gea se abriese y te tragase podrías escapar de nosotras. Te iríamos a buscar.

Tanto la futura abogada como yo observamos en silencio a la pelirroja.

—¿Qué? —espeta ella al ver nuestras expresiones—. Es necesario para mi carrera —objeta antes de adueñarse de la barra de granola.

—Dejando de lado los datos innecesarios que aporta esta mujer —continúa la rubia mirando de reojo a Jamie—. Queremos saber qué ocurrió con Malcom, ¿sigue sin hablarte?

Siento que mis labios se retuercen en una auténtica mueca de contrariedad, pensar en los últimos días solo logra frustrarme.

Desde el martes, la noche en que Logan pasó a buscarme, Malcom no me ha dirigido la palabra. Hoy es viernes y casi se cumplen cuatro días en los cuales él ha estado evitándome a toda costa.

Aumentó las horas de entrenamiento o modificó sus horarios, no estoy segura, pero lo que sé es que actualmente nunca coincidimos los dos en un mismo lugar: cuando llego a casa él se va y cuando él llega yo debo irme, y si se da la casualidad de encontrarnos bajo el mismo techo se encierra en la habitación de huéspedes o sale a correr junto a uno de los Jaguars. Sin embargo, lo que más me molesta es el hecho de que no quiera mirarme a los ojos.

Cuando está a mi alrededor se limita a darme las gracias si le alcanzo algo —y creo que esto solo lo hace porque no agradecer va en contra de sus modales—, o a decir buen día y buenas

noches cuando me ve por primera y última vez a lo largo de veinticuatro horas, y esto último también creo que solo lo hace por pura cortesía inglesa.

—Él me está ignorando —suelto al cabo de varios segundos—. Lo hace de la forma más gentil que alguien lo ha hecho alguna vez, pero lo hace y no entiendo el motivo —explico—. He intentado hablar con él, pero siempre da una excusa o Bill y Zoe interrumpen.

—Tengo una teoría — dice Jamie antes de deslizar el *latte* en mi dirección. Debe notar mi impotencia y solo por eso me devuelve mi dosis de leche y café, porque de otra forma no lo haría. Probablemente se lo bebería—. Él está celoso de Mercury, tal vez cree que algo sigue ocurriendo entre ustedes.

—Poco probable —señalo—. Mi padre me dijo que le comentó a Malcom lo de Logan, según Bill él se mostró comprensivo al respecto antes de subir a su cuarto —informo—. Y ustedes saben que nada ocurre entre Mercury y yo, ya no.

—¿Y qué con lo que te preguntó el martes? —indaga Harriet respecto al número siete—. ¿Lo harás?

Mi silencio, que no dura mucho, parece contestar aquella

pregunta.

—Bill quiere que Anneley y yo nos conozcamos un poco más, así que esta tarde ella pasará a buscarme para ir por un disfraz de Halloween al centro comercial —explico con rapidez—.



Ustedes dos vendrán conmigo y en algún momento me voy a escabullir para hacer lo que Logan me pidió. Solo deben distraerla.

—Kansas, tú no nos estás preguntando si queremos ayudarte

—reconoce la rubia con cierta diversión.

—Y eso es porque sabe que lo haremos —le responde Jamie, una ladeada sonrisa que va más allá de lo malévolo curva sus labios—. Pero antes debes prometernos algo —añade señalándome con la barra robada—. Hoy te enfrentarás a Beasley con toda esa mierda de carácter que tienes y exigirás saber qué diablos le ocurre.

—Créeme... —Exhalo—. Saber lo que pasa por su cabeza es lo que más quiero saber en este instante.

Y lo que más me preocupa.

—¿Qué les parece este? —inquire la entrenadora del equipo

de natación de la BCU—. Puede que las medias de red sean demasiado, pero podemos quitarlas —añade levantando una percha con un disfraz de bailarina de cabaret que es casi completamente rojo. Eso define la palabra sensual o vulgar, tal vez la combinación de ambas.

—No voy a usar eso —replica Sierra al instante, creyendo que el disfraz es para ella.

—No es para ti —señala su madre.

Lo sabía.

—Creo que es un poco revelador —expongo la verdad con tanta sutileza como puedo—. No me sentiría cómoda usándolo —agrego.

—Tampoco es para ti —responde la mujer mirándose en uno de los tantos espejos de la tienda y deslizado sus manos sobre la tela color carmín—. Es para mí.

Eso claramente no lo sabía.

Soy testigo de la forma en que Harriet abre los ojos con sorpresa y Jamie, incapaz de disimular algo en sus diecinueve años de vida, ríe de forma escandalosa.

—Esta hembra está loca —señala la pelirroja sin pudor



alguno. Sierra, quien vaga alrededor de las máscaras y ocasionalmente se prueba una, le lanza una mirada mordaz a la muchacha.

—Puede que me falte la cordura, pero no la sensualidad y la confianza —apunta Anneley antes de dejar el disfraz donde estaba y guiñarnos un ojo—. Cuando cumplí cuarenta, como supongo que les pasa a muchas mujeres, me sentí una anciana triste, arrugada y menopáusica —reconoce—. Me costó aceptar que ya no tenía el cuerpo que solía mostrar, que mis pechos estaban caídos y que tenía más celulitis que años. Llegué a estar asqueada de mi figura, pero luego aprendí que la belleza es imperfecta y subjetiva —murmura deslizando las yemas de sus dedos a lo largo de las diversas telas—. Ser imperfecta te hace hermosa, y yo amo mi cuerpo con cada imperfección.

Estoy orgullosa de él, y una vez que lo entendí me sentí más *sexy* que cuando tenía veinte. —Sonríe—. Así que sí, puedo tener cuarenta y siete y parecer una avejentada ridícula comprando

disfraces que debería usar una universitaria, pero la realidad es que yo puedo lucirlos mejor que ellas porque tengo confianza, cosa de la que muchas muchachas carecen —señala—. Pero el día en que aprendan a sentirse sexies y orgullosas de sus imperfecciones me entenderán y dejarán de verme como una cuarentona a la que le falta un tornillo. Me verán como una mujer orgullosa de sus arrugas y curvas, y que, obviamente, se muere por lucirlas. Así que si quiero ir con ese disfraz iré, y si quiero ir desnuda lo ha...

—¿Vinimos a probarnos disfraces o por una charla motivacional? —inquire su hija, la cual aparentemente está de malhumor. La Sierra cómplice que nos contó la infidelidad de Donna parece haberse esfumado, y creo saber el motivo.

Anneley carga a su hija con media docena de disfraces y la manda directo a los vestidores, y en cuanto Montgomery desaparece Jamie dispara con el interrogatorio previamente preparado.

—¿Por qué Bill? —inquire la pelirroja, desconcertándome. No planeamos esa pregunta, estoy segura de ello.

—¿Disculpa? —pregunta la mujer ladeando la cabeza.

—¿Por qué Bill? —reitera mi amiga—. Nos contaste cómo se

conocieron, pero jamás nos dijiste por qué te llamó la atención.

—Solo nos vimos una vez —le recuerdo antes de deslizar mis ojos hasta la madre de Sierra—. No hace falta que contestes, no queremos presionarte —me precipito a decir—. Jamie no sabe cuándo cerrar la boca. —Mi mirada vuelve a recaer en ella y le dejo saber que quiero estrangularla.

—Está bien —murmura la entrenadora sacándole el sombrero a un maniquí y probándoselo. La vendedora que se encuentra detrás del mostrador parece estar demasiado concentrada en su teléfono como para ver que Anneley está haciendo un desastre en la tienda—. Bill me advirtió que ustedes tres vienen en un mismo paquete, interrogan y acechan de forma sincronizada. —Esas sí son auténticas palabras de mi padre—. No me malinterpreten, es dulce, aterrador y algo abrumador que se comporten como si todas fueran hijas del mismo hombre.

—Somos como una especie de trío dinámico, pero nada que una mujer no pueda manejar —la tranquiliza Harriet.

—Si puedes soportar a Bill, puedes con nosotras —digo encogiéndome de hombros—. Y mi padre no es un hombre fácil de llevar, así que volviendo a la pregunta; ¿por qué él? —La

curiosidad me ha dominado por completo ahora que soy consciente de que Anneley no parece estar incómoda o asustada ante la idea de un pequeño interrogatorio.

—Bueno —comienza envolviéndose una boa repleta de plumas azules alrededor del cuello. ¿Por qué es tan inquieta? ¿Tiene cuarenta y siete o la edad de Zoe?—. Bill me lleva la contra siempre, es innecesariamente competitivo, me fastidia, critica todo, tiene malhumor la mayor parte del día y se burla de mí como lo haría un infante. Es un niño en los zapatos de un adulto a veces — reflexiona.

—Suena a que es un hombre insoportable —apunta Jamie a mi derecha.

—Demasiado —añade Harriet a mi izquierda.

—Lo es, y puedo jurar que me desquicia la mayor parte del tiempo —explica con aquellos ojos café posándose en la nada misma. Un recuerdo parece curvar sus labios en dirección al cielo antes de que empiece a pestañear rápidamente y vuelva a enfocarse en nosotras—. Él me hace sacar lo peor de mí, me obliga a gritar, me hace sentir realmente viva y a pesar de que es un grano en el trasero es de sentimientos y palabras honestas. Eso es algo que no

ocurría con mi ex esposo.

—¿Por qué se separaron? —indago.

—¿Conocen el cliché de la secretaria y el jefe? — inquiera sumando a su *look* un par de lentes de algún disfraz de rockero de los ochenta—. Eso ocurrió, me fue infiel. El padre de Sierra es un contador que pasa más tiempo en la oficina que en su propia casa. Él simplemente se aburrió de mí y comenzó el juego del gato y el ratón con Emilse, su sensual secretaria que, obviamente, tiene veinte años menos que yo. —Ríe, y no es una risa falsa o cargada de amargura. Ella en verdad ríe—. Nos separamos y, como estábamos casados, me quedé con la mitad de todo: casas, coches y otras cosas. A los pocos meses él quiso regresar ya que Emilse solo lo hizo gastar un montón de dinero, casi lo deja en bancarrota, y como era de esperarse, lo dejó por otro hombre más joven. —Eso se llama karma, y es obvio que Anneley no lo perdonó—. Él se marchó de la casa hace unos cuatro años y ahora solo envía tarjetas en Navidad y algún que otro presente por correo en el cumpleaños de Sierra.

Intento imaginar lo que significó para mi futura hermanastra ver el divorcio de sus padres con apenas quince años, en lo que

debió sentir o cómo lo asimiló. Sin embargo, fracaso al hacerlo.

—Hablando de Sierra, ¿creen que ha terminado de probarse los disfraces? —inquire Harriet mirándome fijamente.

El plan sigue en marcha, esa es la señal.

—Iré a chequearla —me excuso mientras Jamie toma las riendas de la conversación y sigue haciendo parlotear a la mujer.

Recorro la tienda llena de estantes, antifaces de colores y maniqués. Paso a la empleada del local sin siquiera recibir una mirada de su parte y me interno en el área de los vestidores. Sin embargo, no oigo nada dentro de ellos. Los reviso uno por uno hasta llegar al último, y allí me encuentro una montaña de disfraces en el suelo y a la castaña observando su teléfono con fijeza. Por el ángulo en que lo sostiene puedo ver que está escribiendo un mensaje a alguien llamado Matt Darrinson.

Y yo conozco a Matt.

—Sierra... —Oír mi voz no la altera, simplemente alza la vista hacia el espejo de cuerpo entero frente a ella. Allí nuestras miradas se encuentran y la observo tragar—. Sé que estás embarazada.

Y una vez que las palabras salen de mis labios ella presiona

enviar. Solamente es cuestión de minutos para que el Doctor Darrinson, el obstetra principal del hospital, vea su mensaje.

—¿Es de Logan o de Derek?

## **Capítulo LII**

Cuentos

# Kansas

—Será papá —murmuro dejándome caer en el escalón del porche de mi casa—. Ella está embarazada de él.

—Mi cerebro aún no puede procesarlo —reconoce Jamie con una voz inusualmente baja, sentándose a mi derecha.

—El mío tampoco —concuerta Harriet acomodándose a mi izquierda, con la mirada fija en el césped—. Él tiene solo diecinueve años, ni siquiera terminó sus estudios y dudo que esté mentalmente preparado para esto.

—¿Y saben qué es lo peor? —inquire la pelirroja—. Que ellos dos van a estar conectados por el resto de su vida por ese niño, si es que se hacen cargo de él —apunta.

El silencio se eleva entre las masas de aire mientras todas anclamos la vista en algún punto del jardín delantero. El mutismo naciente nos permite oír a Zoe y Bill peleando en el interior de la casa.

Él se ofreció a cuidarla por la hora y media que estuvimos en el centro comercial. Sin embargo, esos noventa minutos se extienden un poco más dado que Anneley nos acaba de traer y nos



vemos incapaces de entrar a la vivienda y simular que todo está bien. Nos tomamos el tiempo necesario para procesar el hecho del embarazo, pero digerirlo se vuelve complicado.

—Hoy es viernes, todo el equipo vendrá a cenar —

recuerdo—. ¿Debemos darle la noticia o esperar que ella lo haga?

—pregunto aquello que ninguna de las otras dos chicas se atrevió a plantear en voz alta.

—Depende de Sierra —dice Harriet escondiendo su rostro entre sus manos, parece estar agotada.

—Yo creo que deberíamos decirle directamente a él —opina la pelirroja, decidida—. Joe merece saber la verdad, tiene que enterarse que se convertirá en padre —señala—. Y nosotras somos sus amigas, así que debemos decirle. No quiero sentarme a esperar el llamado de Sierra.

—No somos nosotras las que debemos darle la noticia — replica la rubia—. Ella está obligada a decirle, lo hará. Solo hay que darle tiempo, Jamie —dice frotándose los párpados—. No debe ser fácil asimilar que quedaste embarazada con solo veinte años, y ni se te ocurra decir que eso pasó porque ella es alguna clase de animal de zoológico —le advierte—. Porque te recuerdo que

Joe será el padre de ese bebé.

—Donna estuvo con él durante años —reconozco como intermediaria en la pequeña discusión que se está llevando a cabo en el porche—. Si no lo hubiera engañado con Derek esto sería más fácil de asimilar, pero debemos reconocer que es una traidora desleal. Así que ambas tienen su punto, chicas —añado.

Repaso lo acontecido en los últimos días. El martes Logan me dijo que creía que Sierra estaba embarazada. Estas sospechas nacieron una vez que Nick, uno de los Jaguars, le contó que la vio comprando varios *test* de embarazo en la farmacia cerca de la BCU. Luego la sospecha casi se volvió un hecho cuando su madre, que es enfermera en el hospital, le comentó que Montgomery había programado una cita con el obstetra. Él intentó hablar con Sierra, pero ella simplemente se rehusó. Entonces, me pidió que le preguntara. Cabe resaltar que esto lo hice más por mí que por él. Ella será mi futura hermanastra y estar embarazada implicaría que pronto llegaría un bebé a casa de los Shepard. Con toda honestidad, no sé si podría tolerar que Anneley, su hija y su nieto invadan mi hogar. Sería un cambio brusco que probablemente daría vuelta mi vida. Más de lo que ya lo está.

Al final, cuando le pregunté a Sierra de quién era el bebé ella negó que fuese de Logan, entonces creí que era de Derek. Luego me dijo que no estaba embarazada, así que deduje que Mercury se había equivocado. Entonces reconoció que era de Joe y yo casi me atraganto con mi propia lengua mientras buscaba qué decir. Irritada por mi acusación y desconcierto me explicó que había un bebé en camino, pero era de Donna, no de ella.

Le pregunté entonces a Montgomery por qué había comprado los *tests* y arreglado una cita con Matt Darrinson para Donna.

Ellas ni siquiera son amigas, y hasta la misma Sierra reconoció que la detesta.

Su respuesta me sorprendió.

Muchísimo.

—¿Entramos? —inquire Jamie poniéndose de pie y estirando una mano en dirección a Harriet. La rubia la toma y se incorpora con pesadez—. Veremos qué hacemos con el asunto del embarazo más tarde. Por ahora quiero ingerir algo de azúcar y molestar a Zoe para despejar un poco mi mente —murmura antes de tender una mano hacia mí.

—Y Kansas debe hablar con Malcom —recuerda Harriet—.

Nosotras nos quedaremos con Bill y la niña, pero tú arrastra a trasero europeo escaleras arriba y exige una respuesta. —Eso suena más como una orden que como una petición.

—No vamos a hablar —digo tomando la mano de la pelirroja, quien me ayuda a estabilizarme sobre mis zapatos. Estar en posición vertical no ayuda, me gustaría estar en mi cama disfrutando de una siesta en posición horizontal—. Presiento que vamos a discutir, y no será una discusión agradable.

—Entonces pondremos música para que Bill no los oiga. —

Jamie rodea mis hombros y me guía hacia la puerta. El gesto me reconforta.

Harriet se adelanta y toma el pomo, pero antes de abrir echa una mirada sobre su hombro y sonrío.

—Sé que no debería decir esto... —masculla en voz baja—.

Pero tras la reconciliación siempre viene el sexo, así que espero que te hayas depilado las piernas y lo que hay entre ellas.

La pelirroja y yo la observamos con estupefacción. Ese no es un comentario que esperas escuchar de Harriet Margaret Quinn.

—¡Esa es mi chica! ¡Así se habla, boca sucia! —chilla Jamie.

Y a pesar de que sé que ahora se viene la parte más dura del

día, dejo que la risa trepe por las paredes de mi garganta. Cosa que

no

haría

si

no

tuviese

las

singulares,

extrañas

e

incondicionales amigas que tengo.

# Malcom

Termino de cambiarme tras tomar una ducha y estoy a punto de salir del cuarto de huéspedes para ayudar a Bill con las libras de pasta para esta noche. Sin embargo, el sonido de mi teléfono me retiene en el cuarto.

De: Kansas

¿Estás desnudo?

Siento mi ceño fruncirse hacia la pantalla mientras el desconcierto me golpea.

¿No?

Tecleo eso porque estoy confundido ante la aleatoria y extraña pregunta. Cinco segundos después la puerta de la habitación se abre tan rápido como se cierra. Ella aparece de pie a unos pocos pies de mí con su celular en mano.

Creo que ya entendí el motivo de la inusual interrogación.

Siento la forma en que mis músculos se tensan y mi pecho sube ante la bocana de aire que me veo obligado a tomar. Por casi cuatro días he tenido éxito en evitarla, pero hacerlo se torna realmente difícil cuando ella no coopera y se presenta en el cuarto

con esa mirada intensa y felina que posee.

— No deberías utilizar los dispositivos tecnológicos para esto  
—señalo levantando el *Motorola* entre mis dedos y luego depositándolo sobre la cama—. Es bastante tramposo. —Intento que mi voz suene monótona, pero por la mirada que me da deduzco que va a empezar una pelea. Y, en lo que a Kansas Shepard se refiere, discutir implica sacar a relucir todas las emociones. Y si ella me deja saber lo que siente no sé si pueda mantener esta monotonía.

—Vamos al grano, Beasley —dice cruzándose de brazos sobre ese suéter rojo que lleva. Quiero decirle que me encanta como le queda, pero me reservo el comentario—. ¿Qué hice para que me ignores como lo has hecho desde el martes? —La pregunta sale de forma directa y firme de sus labios.

—No quiero discutir —me excuso dando unos pocos pasos hacia la puerta—. Bill está escaleras abajo, puede escucharnos —señalo—, y eso es lo último que necesito.

Entonces, como si el mundo tuviera conciencia propia y estuviera del lado de Kansas, música pop comienza a sonar desde la planta baja. Esta ahoga las voces y me obliga a deslizar mi

mirada a la castaña, quien enarca una ceja en mi dirección con cierta autosuficiencia.

—Harriet y Jamie ya lo tienen cubierto —se limita a decir.

Me lo esperaba de mapache rabioso, pero no de la futura abogada. Sin embargo, ambas son amigas de Kansas y es obvio que juegan para su equipo.

—Muévete de la puerta —ordeno a pocos pasos de esa obstrucción con nombre y apellido que me impide salir hacia el pasillo—. Los Jaguars vendrán dentro de poco tiempo y Bill necesita ayuda con los preparativos.

—Él tiene la ayuda de seis manos más y cuatro patas si contamos a Ratatouille, así que deja de evadir la conversación y responde la pregunta. —La seriedad poco a poco parece desvanecerse y ciertas emociones se reflejan en su rostro—. No te entiendo, Malcom —dice al cabo de varios segundos—. Todo estaba tal malditamente bien y de la nada dejas de hablarme. No sé qué está pasando, pero tengo derecho a saberlo, porque siendo totalmente sincera, me enoja, frustra y duele que ya ni siquiera desees mirarme a los ojos. —Intento que su confesión no provoque nada en mis adentros, pero inevitablemente lo hace. Odio ser la



causa de que se sienta así, pero es necesario—. Así que reitero, ¿qué hice? ¿Esto es por Logan? Porque si crees que aún hay algo entre nosotros te recomendaría que vayas descartando la idea.

—Probablemente tú y tus amigas asumieron que eran celos

—expongo—. Y créeme, no estoy celoso —apunto—. O por lo menos, no de Mercury.

—¿Entonces qué diablos ocurre?

El verde y café en sus ojos se fusionan y brillan bajo la luz de la única lámpara que está iluminando la habitación. Sus pupilas se dilatan y por un momento creo que podría perderme en la oscuridad de las mismas, pero entonces noto la ira y la decepción filtrándose a través de ellas.

—Déjame pasar, Kansas —repito—. No hagas esto más difícil de lo que es y no me incites decir cosas de las que luego me arrepentiré.

—Si lo que vas a decir es sincero no tendrás nada que lamentar —argumenta—, pero si vas a seguir escondiendo lo que te ocurre, lo harás, porque no decir lo que sentimos a veces nos mete en problemas.

—En este caso es al revés. Si digo en voz alta lo que quiero

decir me meteré en problemas yo mismo, y estoy seguro de que te arrastraré conmigo. —Siento como mi mandíbula se tensa a medida que las palabras se deslizan por mi lengua—. Y no quiero hacer eso, prefiero que me detestes y creas que soy un cretino por ignorarte a que luego me odies por confesarme.

—Estás asumiendo que voy a odiarte, pero hacerlo es mi decisión, no tuya —dice dando un paso en mi dirección.

Su dulce fragancia de rosas inunda mis fosas nasales y entorpece mis sentidos, no puedo pensar claramente si ella huele como un maldito rosedal. Y, por lo tanto, doy un paso atrás.

Nuestras miradas se encuentran entre las masas de aire y la tenue luz proveniente de la lámpara juega con sus facciones. La mitad de su rostro está iluminado, la otra mitad se va sumiendo en las sombras. Sé que no debería estar pensando en esto, pero me fascina la forma en que sus labios permanecen entreabiertos, es como si estuviera siempre lista para comenzar algún ataque verbal de esos que la caracterizan. Sus mejillas están ligeramente rosadas porque eso ocurre cada vez que discute o cuando la impotencia la domina; su ceño está ligeramente fruncido porque se encuentra confundida ante la situación y se ha acomodado el

cabello hacia atrás porque le molesta tener que colocarlo tras sus orejas cada vez que habla.

¿Por qué es tan linda?

—¿Quieres saber la verdad? —inquiero.

—Es realmente estúpido preguntarlo. —Se mofa—. Ya sabes la respuesta, Beas...

No le permito terminar la oración.

—Te quiero.

Ya está, lo dije, y ahora ella me observa completamente muda. ¿Está respirando? Porque si no es así, debería llamar a la ambulancia y Bill no estaría contento con eso. Sé hacer respiración boca a boca dado que he leído un montón de material sobre la reanimación cardiopulmonar, pero tampoco creo que al entrenador le guste la idea de mi boca cerca de la de su hija.

—¿Acabas de decir que me...? —inquiere, pero las palabras se desvanecen en la punta de su lengua.

—Que te quiero —reconozco.

Se siente extraño decirlo, porque a decir verdad jamás le he dicho esto a alguien más; ni a Gideon en aquellos pocos meses que fue un buen padre o a la mismísima Nancy Brune. Jamás he

dicho que quiero a alguien en mis diecinueve años de vida, y es realmente triste si me lo pongo a analizar. Pero aquí estoy, pronunciando aquello ante una chica que probablemente dentro de poco no volveré a ver.

—Esa es la verdad, Kansas. Y no temo que me odies por decir las palabras, pero sí que lo hagas por lo que estoy a punto de decirte —aclaro inhalando con lentitud—. Firmaré el contrato con los Bears, me voy el fin de semana que viene.

Veo una mezcla de sentimientos arremolinarse en sus ojos, pero el que más predomina es la sorpresa.

Ella me mira de una forma tan intensa que logra traspasar mis barreras. En un momento creo que podría incluso ver mi propio corazón como si estuviese a la plena vista, y si así lo hace, estoy seguro de que también es testigo de la forma en que este se acelera.

Porque es así, ese órgano que me mantiene vivo se acelera cada vez que la veo. Se vuelve loco ante la presencia de Kansas Shepard.

—Te he estado evitando por esto —señalo al ver que ella permanece sumida en el silencio—. Porque no me atrevía a admitir que te quiero en voz alta para luego tener que decirte que me voy en unos pocos días —confieso—. Que hayas ido con Logan no me

dio celos, solo me demostró lo comprensiva, extraordinaria y gentil que es la chica frente a mis ojos. Ese acto fue lo que me hizo querer firmar el contrato, no por creer que tú y Mercury tenían algo, sino porque me hizo percatarme de que nosotros jamás tendríamos una historia como la que tienen ustedes o la que podrías tener con alguien más. —Siento cómo mi corazón se contrae con cada palabra que dejo salir—. Y ya tenga un final trágico o dichoso, tú mereces tener esa historia. Ambos sabemos que mi estadía aquí es temporal, y yo jamás podré brindarte material suficiente para llenar las hojas de un libro. —Soy espectador de la forma en que sus ojos comienzan a cristalizarse, sin embargo, jamás se permite derramar una lágrima. Es hija de Bill, ¿qué más esperaban? —. Creí que si te evitaba sería más fácil decir adiós, pero me obligaste a decir todas estas cosas y ahora me veo incapaz de lograr armar mis maletas en un futuro. Y la realidad es que cuanto más rápido me vaya de aquí más fácil será enmendar el daño que nos hemos hecho el uno al otro.

—¿Desde cuándo querer a alguien implica que se dañen los corazones? —inquire con la voz entrecortada, mirándome con fijeza.

—Desde que nos conocimos.

Ella cierra los ojos y deja salir el aire retenido. Sus manos recorren su cabello como si no supiera qué hacer. Cuando los abre parece tener sus sentimientos bajo control, o eso pretende hacerme ver.

—Entiendo que no hay mucho tiempo, que te irás y que es muy poco probable que regreses.

Quiero golpearme por ser la causa del temblor en sus manos, por la aflicción en sus ojos y tal problema. Hacer llorar a una mujer es lo peor que un hombre puede hacer, y en tal caso, no debería ser considerado hombre. Sin embargo, ella pidió mi confesión, y es lo menos que puedo darle.

—Sé que si hubiera más tiempo podría llenar decenas de libros con lo que hay entre nosotros, podría escribir historias que durasen una eternidad —añade acercándose y haciendo rechinar el piso de madera bajo su peso—. Pero prefiero tener unas pocas páginas contigo a no tener absolutamente nada de ti. Así que puede que no escribamos un libro juntos, pero nadie nos impide crear algo tan breve y fugaz como un cuento —propone—. Y el único que pone barreras en este momento eres tú.

—Cuanto más nos involucremos más difícil será la despedida  
—le recuerdo—. Y puede que tú estés dispuesta a correr el riesgo,  
pero yo... yo no sé si pueda hacerlo. Nunca me separé de  
una persona por la cual tuviera estos sentimientos porque jamás  
quise a alguien como te quiero a ti y puede que no sepa lo que se  
siente, pero debe ser una de las cosas más difíciles de hacer.  
—Pero tienes que decidir. —Sus ojos felinos se deslizan  
alrededor de mi rostro—. Simplemente dime que sí o que no, dime  
si debemos actuar como completos extraños por el resto del  
tiempo que nos queda juntos o si podemos seguir escribiendo este  
maldito cuento.

¿Es mejor leer un cuento sin final feliz que no tener material  
de lectura?

Mi lector interno me da la respuesta.

## **Capítulo LIII**

Inconmesurable

# Kansas

«Te quiero» .

Escuché bien, sé perfectamente lo que acaba de confesar hace solo minutos atrás: me quiere. Eso dijo, eso escuché, eso me estremeció e hizo saltar mi ya acelerado corazón.

Me resulta difícil de explicar lo que siento. De seguro es porque la realidad es que no estoy sintiendo nada en absoluto.

No puedo respirar, mucho menos pensar o sentir mientras aquellos ojos azules vacilan antes de tomar una decisión. El entumecimiento hace pesar mis músculos y presiento que voy a caer en cualquier momento y, como Malcom parece estar tan estático como yo, asumo que voy a terminar besando el piso.

Y no barro hace tres días, así que debe estar sucio.

—Necesito que abras la boca y me respondas, porque no creo que pueda seguir soportando tu suspenso de telenovela —aclaro.

—Una vez leí que el cerebro humano recibe 36 litros de sangre cada hora, eso equivaldría a 864 litros por día —dice antes de acercar su mano a mi rostro. Un escalofrío me recorre la espina dorsal en el segundo en que sus cálidos dedos hacen contacto con



la piel de mi cuello y su pulgar acaricia suavemente mi mejilla—. Esto implicaría la llegada de unos 0,6 mililitros por minuto, y en los últimos sesenta segundos en los que te he estado observando la sangre parece haberse drenado de ti, estás pálida y pareces no tener reacción. Ni muscular ni cerebral... —simula el diagnóstico de un médico y la misma expresión que este usaría para dar una mala noticia.

—No sé de qué hablas, eso no tiene nada que ver con esto. — Me sorprende la forma en que mi voz sale, como si se hubiera tornado más débil.

—Hay muchas causas por las que palidecemos, pero creo que tú lo haces porque tienes miedo —sigue, y en cuanto sus palabras penetran mis oídos mis músculos entumecidos vuelven a la vida únicamente para tensarse—. Palideces porque tus capilares sanguíneos se estrechan y así se logra mandar la sangre a lugares de tu cuerpo que son más aptos para huir. Porque estás asustada, Kansas. —Su tono es ronco y bajo, cargado de seguridad y cierta preocupación—. Y aún no logro saber el porqué.

—Tal vez sea porque no quiero escuchar la respuesta en caso de que no sea la que yo quiero oír —declaro—. Ese es motivo

suficiente para querer salir corriendo de la habitación, Malcom. —  
Sonrío, pero la sonrisa divertida que quiero exteriorizar termina por  
ser el antónimo de tal adjetivo—. Supongo que tengo miedo al  
rechazo, pero ¿quién no lo tiene?

Las comisuras de sus labios se elevan con suavidad y, a pesar  
de que no es una sonrisa que muestra sus dientes o que llega hasta  
sus ojos, la considero la mejor sonrisa que he visto en toda mi vida.

—No deberías tenerle miedo al rechazo —apunta deslizando  
su pulgar de mi mejilla hasta mi boca. La yema traza una línea  
imaginaria a lo largo de mi labio inferior, la cual es seguida por  
su aguda mirada—. Porque dudo que alguna vez alguien vaya a  
rechazarte, Kansas.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no soy la excepción.

Estamos tan cerca que soy capaz de sentir la calidez de su  
cuerpo y, en cuanto la última palabra sale de sus labios, mis manos  
se lanzan desesperadas en su búsqueda. Rodeo su cuello y él  
lleva su mano libre a mi espalda, acercándose con una leve y  
pequeña presión.

—¿Entonces escribimos un cuento? —Enarco una ceja.

Él no responde, solo se limita a mirarme a través de las largas y delgadas pestañas que posee. El color oceánico de sus ojos se intensifica y me escanea, absorbiendo cada detalle de mi rostro.

Él asiente.

Y me besa.

O eso intenta hacer.

—¡Las cebollas no se pelan solas, Beas...! —La puerta de la habitación de huéspedes se abre a la velocidad de la luz, revelando a un Bill Shepard con delantal floreado y una expresión nunca antes vista.

Las palabras mueren en la punta de su lengua en el segundo en que sus ojos acaramelados caen sobre nosotros. Detrás de él aparece una Harriet realmente agitada, como si hubiera corrido a lo largo de las escaleras para impedirlo. Jamie hace acto de presencia con un cucharón de salsa en mano, y en cuanto sus ojos nos encuentran, se abren de par en par, levanta el utensilio sobre la cabeza de Bill y veo la intención en su mirada.

Dudo que mi padre quede inconsciente por un golpe hecho por un cucharón de salsa.

¿Dónde está Zoe con el vodka cuando se la necesita?

—Ni se te ocurra —gesticula mirando a la pelirroja y alejándome de Malcom lentamente. Cualquier movimiento brusco puede detonar la bomba dentro de Bill Shepard—. Papá, ya hablamos de esto, ¿recuerdas? —inquiero trasladando mis ojos al hombre a solo pasos de nosotros—. Digerir, aceptar y superar — digo trayendo las palabras al presente.

—Es complicado digerir algo cuando ni siquiera te lo has comido, hija —replica entre dientes. Sus ojos están fijos en el número veintisiete, y tengo el presentimiento de que está pensando en Malcom como sinónimo de carne—. ¿Sabes a qué velocidad puede viajar el puño humano, Beasley? —inquire y, como buen sabelotodo, Malcom está a punto de responder—. Bueno, lo averiguarás si no llevas tu trasero a la cocina y comienzas cocinar. —Eso es lo que se necesita para que trasero europeo mantenga la boca cerrada—. Créeme, es mejor derramar lágrimas por una cebolla que por un puñetazo.

Malcom, tal rayo McQueen, se precipita por el pasillo. Sin embargo, soy consciente de las palabras que mi padre añade en voz baja cuando pasa por su lado: « *Tenemos que hablar más tarde, hablar de verdad* ».

Sus ojos recaen en mí por última vez antes de girarse sobre sus pies y salir de la habitación, dejándome a solas con Jamie y Harriet.

—Eso no salió bien —reconozco.

—Deberías haberme dejado golpearlo —replica la pelirroja dando pequeños golpes con el cucharón en su mano.

—Por primera vez en mi vida estoy de acuerdo con Jamie —añade la futura abogada con la respiración acelerada. Pasos vuelven a escucharse desde las escaleras y las tres nos tensamos.

—¿Qué hacían todos aquí arriba? ¿No van a cocinar? —inquire Zoe asomándose por el pasillo y observándonos con curiosidad—. Tengo un hambre de muerte —añade arrebatándole el cucharón a Jamie para llenar su pequeño dedo con la salsa que aún queda en el utensilio.

—No digas eso, Zoe —la reprocho al oírla utilizar tal expresión—. Suena realmente feo, y sabes que a tu madre no le agrada que digas cosas como esas.

—Lo siento —se disculpa llevándose el dedo a la boca—.

Estoy realmente alcoholizada —se corrige sin entender a lo que me estoy refiriendo.

Bueno, Zoe es Zoe, no hay mucho que se pueda hacer al respecto.

—Deberíamos bajar —murmura Harriet recuperando el aliento—. Escuché el auto de Ben afuera y eso quiere decir que los Jaguars están llegando. —Soy testigo del leve sonrojo en sus



mejillas—. Además, no es seguro dejar a Malcom a solas con Bill, no con lo que acaba de suceder.

—Buen punto.

— *Touchdown!* — La multitud de jugadores amontonados en mi sala grita de forma eufórica cuando Alex Smith anota, estableciendo la victoria definitiva para los Kansas City Chiefs.

—¿Vieron eso?! —exclama Timberg sentado sobre la alfombra—. ¡Fue épico, majestuoso, de locos! —dice sorbiendo un fideo con un chasquido y salpicando salsa en los alrededores.

—¡De locos será lo que te van a cobrar para comprarme una alfombra nueva si esas manchas de tomate no salen! —ladra mi padre señalándolo con su dedo índice—. ¡Más vale que limpies eso, Timberg! Y si de paso quieres asearte, te lo agradecería —

añade arrugando su nariz—. Porque aquí huele fatal y no tengo duda de que fuiste tú.

Los Jaguars comienzan a maldecir cuando el olor de un putrefacto gas se eleva entre las masas de aire e irrita las fosas nasales de todos, incluidas las mías.

—¡Te cagaste horrible, Timberg! —acusa mi padre agitando una mano frente a su rostro, con fastidio y desagrado. Tengo la certeza de que esta vez no fue él queriendo encubrir uno de sus deslices dado que los gases de mi padre son verdaderamente ruidosos, este, por otro lado, fue más que silencioso.

—¿Sabían que una flatulencia normalmente está constituida por un 21% de hidrógeno, 59% de nitrógeno, 9% de dióxido de carbono, 7% de metano, un 3% de oxígeno y el 1% que resta puede ser una mezcla de azufre y otros elementos? —inquire Malcom ganándose una mirada cargada de severidad por parte de mi padre.

Bill ha estado lanzándole miradas fulminantes durante toda la velada, y hasta ha intentado hablar con él a solas. Sin embargo, Harriet, Jamie y yo nos encargamos de que eso no sucediera. Sé por la forma en que el entrenador le habló al número veintisiete más temprano que lo que sea de lo que tengan que conversar es

algo serio, y posponerlo solamente logra impacientar a mi padre. Pero lo único que deseamos es una noche tranquila, cosa que logramos gracias a que los Chiefs jugaban hoy contra los Denver Broncos, porque de otra forma Bill no hubiera cedido a posponer la conversación.

—¡Qué información más útil, Marcos! —replica Gabe en el sofá a mi lado, subiendo sus pies a la pequeña mesa ratona—. Decirle a la gente que acabas de lanzar algo de metano por tu trasero no los tranquilizará. Sin embargo, tengo que admitir que es bastante genial —añade—. Si lo dices de esa forma suena como un superpoder.

—¿Saben qué otra cosa es tan sorprendente como el metano? —inquire Logan sentando donde usualmente lo está Joe. No fue una gran sorpresa cuando no se presentó esta noche, y eso se debe a que Sierra me envió un mensaje dejándome saber que había convencido a Donna para que le dijese la verdad.

Aún no sé exactamente por qué Montgomery está ayudando a la embarazada, y la realidad es que la curiosidad se incrementa con cada segundo que paso sin recibir respuesta alguna. Sin embargo, lo que más me preocupa es Joe; ¿se encuentra bien?



¿Cómo lo tomó? ¿Qué hará? Jamie intentó tranquilizarme con el hecho de que el domingo hablaríamos con él, dado que creía que necesitaba algo de tiempo a solas para asimilarlo. Acepté la oferta de esperar dos días, pero aclaré que eso era algo que no pospondríamos.

—Es asombroso el hecho de que Harriet siga durmiendo a pesar de los gritos y el hedor que hay aquí —finaliza Mercury tras tragar algo de pasta y hacer un ademán en dirección a la rubia. Harriet estaba realmente agotada, y no fue una sorpresa que comenzara a cabecear a mitad del juego.

—Tiene el sueño pesado —argumento dejando mi plato vacío a un lado de los pies de Gabe y comenzando a incorporarme para despertarla.

Ella se durmió sentada en una de las sillas de la cocina, con sus brazos sobre la mesa y su cabeza sobre ellos. Probablemente se encuentre adolorida por la mañana por pasar tanto tiempo en esa posición, así que es mejor despertarla. Una Harriet quejumbrosa y con contracturas musculares no es nada bueno con lo que lidiar.

—No la despiertes —se precipita a decir Ben antes de llegar a mi lado—. Se notaba cansada, deberías dejarla.

—Le va a agarrar tortícolis —objeto—. Solo le voy a decir que suba a mi habitación, puede quedarse a dormir. ¿Verdad, papá?

—inquiero, pero este está demasiado ocupado atacando a Chase y engullendo una bola de fideos que posiblemente ni entre en la palma de mi mano.

—En ese caso yo me ocupo, *Sunshine* — asegura Ben en voz baja, y en sus ojos brilla un sentimiento que pocas veces contemplé en su mirada.

Mientras vuelvo a mi lugar e intento pretender estar interesada en la conversación que acaba de emerger, por el rabillo del ojo soy testigo de la forma en que Hamilton se acerca a Harriet con cuidado. Pasa una de sus manos detrás de sus rodillas y otra a lo ancho de la espalda de la muchacha y, sumido en silencio, la acomoda entre sus brazos para luego dirigirse hacia las escaleras.

La imagen logra verter azúcar por todo mi sistema, o así se siente dado que reprimo una sonrisa que veo como una manifestación de dicha dulzura.

Jamie tuvo que irse a primera hora dado que mañana temprano debe ir a hacerse unos análisis de sangre, nada fuera de lo común. Pero si ella estuviera aquí probablemente estaríamos

compartiendo esa mirada que les das a tus amigas cuando una de ellas tiene un momento con el chico que le gusta.

Esas miradas son de las mejores.

—¿Recuerdan el juego de los sinónimos? —inquire Ottis sentado al lado de mi padre, quien le cede su tazón de fideos cuando al muchacho se le acaban—. ¿Jugamos?

—Solamente si al perdedor le hacen un desafío, uno que yo mismo elegiré —está de acuerdo Bill.

Los Jaguars se ponen de acuerdo mientras imágenes de los juegos anteriores vienen a mi mente; es realmente sencillo, solo se deben dar sinónimos de una palabra sin repetir ni pensar por más de cinco segundos. Luce inocente, pero créanme que no lo es. Lo peor de todo es la consecuencia al perder.

Una vez Timberg se vio obligado a orinar al aire libre en pleno campus de la universidad, en otra ocasión tuvo que usar naranjas simulando que eran senos durante una semana entera — hasta en los partidos, lo que lo posicionó como la burla de la BCU y lo avergonzó ante un equipo de otro condado que no hacía más que lanzarle besos y piropos—, y la última vez que perdió... será mejor ni mencionarla. El hecho es que Chase siempre pierde, y

exactamente por eso a mi padre le encanta decidir los castigos.

—Hagamos como si fuera un duelo —propongo pensando que el pobre Timberg ya tuvo suficiente humillación en lo que va de la universidad y la vida entera—. Uno contra uno. Los restantes deben elegir a quién apoyar, y si su elección pierde deben cumplir la prenda junto a él.

—Consecuencia colectiva —apunta mi padre acariciándose la barbilla—. Me encanta que mi sangre y maldad corra por tus venas, Kansas. Escoge los competidores y comencemos con esto.

—Hyland y Beasley.

### ***Malcom***

Me percato de que Ben está llevando a Harriet escaleras arriba por el brillo que destella en los ojos de Kansas. Una sonrisa parece querer tirar de sus labios, pero ella, como toda una Shepard, la reprime y deja que su mirada lo diga todo. Hay complicidad en sus ojos en el momento en que estos se encuentran con los míos a través de las masas de aire. La diversión y perspicacia abundan en el verde y marrón de su mirada, en ese lienzo de colores tierra que el proceso biológico de reproducción creó.

Entonces me percato de que todos me están mirando.

Literalmente lo están haciendo.

—¿Ocurre algo? —inquiero desconcertado. ¿Por cuánto tiempo la he estado contemplando? Porque parece que acabo de perderme una conversación entera.

—Guerra de sinónimos —resume Bill—. ¿Estás dentro o no, Beasley? —interroga cruzando sus brazos sobre la amplitud de su pecho.

—Una guerra de sinónimos no suena muy rudo, es más intelectual —señalo.

—Por eso te nominé —señala Kansas imitando el gesto de su padre, pero el hecho de que tenga senos hace que luzca una decena de veces mejor que el *coach*—. Empieza Gabe, en tres...

—Espera, espera. ¿Contra Hyland, de ver...?

Me interrumpe.

Dos...

Esto será realmente sencillo.

—¡Uno! —se precipita un impaciente Bill y, seguido de esto, varios jugadores comienzan a gritar nuestros apellidos y se reacomodan en la sala como si hubiera dos equipos; unos pocos detrás de Gabe y una cantidad considerable detrás de mí.

—Grande. —Sonríe Hyland colocando sus manos detrás de su cabeza en un gesto cargado de confianza.

—Exorbitante.

—Gigante —dice arqueando una ceja con desafío.

—Desmesurado.

—Enorme.

—Colosal —ataco casi al borde de mi asiento.

—Descomunal —contraataca.

—Mayúsculo.

—Desmedido.

—Ingente —replico.

—Teddy.

—Incommensura... ¿Teddy? —inquiero con confusión.

—Ese no es un sinónimo de grande, Hyland —apunta Mercury, y por lógica debo apoyarlo.

—En realidad lo es —replica el muchacho haciendo un ademán a sus pantalones—. Teddy tiene un tamaño antinatural, así que su nombre debería ser considerado como un sinónimo de grande.

Exceso de información, información innecesaria y

sospechosa. No confiar en el origen de la misma.

—¡Eso es más repugnante que Timberg, Gabriel! —exclama Bill con su preclaro desagrado—. ¡Largo de mi casa, moco...! Sus palabras se desvanecen en el segundo en que un maloliente aroma llena el aire.

—No otra vez, por favor —se queja Kansas observando a su alrededor, como si estuviera buscando al culpable.

—¡Eres un cochino, Timberg! —se queja el entrenador poniéndose de pie.

—¡Yo no fui, *coach*!

—¡No mientas! ¡No me gusta que mis jugadores nieguen tirarse gases cuando sé que lo hicie...! —Shepard es obligado a cerrar la boca cuando un chillido penetra los oídos de todo el mundo.

—¡Billy, tú no puedes gritarle así a Chase! —reprocha Zoe, sentada en la alfombra dibujando en uno de sus tantos cuadernos rosados. Adam, el primo de Gabe, se encuentra con un libro en su regazo a la derecha del parásito—. Él no tiene la culpa de haber comido tanto chocolate y haberse tomarse más de una taza de leche —dice con su pequeño ceño fruncido.

Entonces el silencio llena la habitación mientras los ojos de cada persona caen en la remera amarilla y rosada de la niña, la cual tiene una gran mancha marrón en el frente.

Es la evidencia.

Adam, quien es lo suficientemente inteligente a pesar de su corta edad, abre los ojos como platos antes de deslizarse silenciosamente lejos de Zoe, quien ha vuelto a dibujar despreocupadamente en su cuaderno sin percatarse de las decenas de ojos anclados en ella.

—Zoe, ¿no tienes otra cosa que decir al respecto? —inquire Kansas acercándose a la cría en un intento por mantenerse seria, pero parece imposible.

—Solamente que Timberg debería dejar de comer chocolate

—dice moviendo sus trenzas de un lado a otro, es una gran actriz, a decir verdad—. Pero no debes preocuparte, Chase —dice mirando al muchacho que se encuentra perplejo a mi lado—. Los gases son completamente naturales —recuerda poniéndose de pie y atravesando la horda de corpulentos jugadores de fútbol, quienes le abren paso. No sé si lo hacen por el olor o por pura caballería. Una vez que llega a Timberg abraza una de sus piernas en forma



de consuelo—. No debes avergonzarte, está bien.

Entonces, otra silenciosa y mortal flatulencia se eleva en el aire. Bill ya está abriendo las ventanas de toda la casa para el momento en que las risas llenan el lugar.

Zoe es bastante ingenua.

Y mentirosa.

Pero al fin y al cabo es una niña, una a la que estoy tomándole cariño por desgracia. Un gusto acerbo me llena el paladar al percatarme de que dentro de siete días ya no estaré aquí para ver esta clase de cosas. Porque eso me queda en Betland, una semana más y luego me mudaré a Chicago.

## **Capítulo LIV**

Sobrevalorar

# Kansas

Estoy envuelta en la oscuridad para el momento en que siento la calidez de una gran mano deslizarse bajo mi espalda. La confusión persiste mientras lucho por abrir los ojos y ver qué está sucediendo, pero, antes de poder hacerlo, siento un par de largos dedos serpentear en la parte posterior de mis rodillas. Un segundo después, me encuentro en el aire.

Mis ojos se abren de golpe y me aferro a lo primero que encuentro, cosa que es una camiseta. Vislumbro el perfil de Malcom mientras él me sostiene contra su amplio pecho y, aún confundida, deslizo la mirada hacia abajo; hay una bola de carne humana bajo las frazadas en el lado derecho de la cama, una que reconozco como Harriet. A su lado, en la mesa de luz, el despertador electrónico marca que son las dos de la mañana. Mi mirada vuelve a la camiseta a la que me estoy aferrando, mi puño arruga y jala de la tela.

—¿Qué diablos, Beasley? —me las arreglo para balbucear.

Él comienza a caminar hacia la entrada del dormitorio, sosteniéndome contra el calor y la dureza de su cuerpo.

—Si vamos a escribir un cuento en una semana no podemos permitirnos desperdiciar el tiempo —murmura saliendo al pasillo y maniobrando con facilidad para cerrar la puerta de mi habitación. A continuación, él me deja en el suelo y me sostiene por los hombros mientras me acostumbro a estar en posición vertical.

—Son las dos de la mañana, Malcom —me quejo con somnolencia y algo de irritación, pero soy consciente de que mi corazón se ha precipitado contra mis costillas en mis adentros—. ¿Dónde quedó eso de dormir tus ocho horas diarias sin interrupciones? —inquiero.

—En el mismo lugar donde quedó el pensamiento de que jamás golpearía a alguien por una chica —susurra desviando su mirada a la puerta al final del pasillo, donde detrás de la misma descansa el dragón escupe fuego que aparece en cientos de cuentos de hadas.

Sin embargo, la mención de mi padre es despojada de mi mente cuando Malcom me hace recordar la forma en que golpeó a Galileo Lingard. Siento su mano llegar a mi espalda baja y guiarme suavemente en dirección a su dormitorio. En sus ojos veo

cierto temor mientras mantiene la vista anclada en la puerta de su entrenador, y siendo sincera, yo también estaría algo aterrada.

Una vez dentro de las cuatro paredes a las que se reduce la habitación de huéspedes, el número veintisiete deja escapar el aliento retenido mientras me observa de pie en medio de la recámara. Yo también me lo quedo contemplando por algunos segundos. Está descalzo y usa pantalones de pijama negros; sobre ellos, la camiseta blanca a la que me aferraba segundos atrás envuelve su atlética figura. Su cabello rubio está terriblemente desordenado al igual que los sentimientos que nublan sus ojos, ojos que ahora me escanean con lentitud.

No creo lucir tan bien como él en mi camiseta dos tallas más grande de los Kansas City Chiefs o en mis pantalones cortos con dibujos que ni siquiera sé lo que son, y ni hablar de las medias largas que llegan hasta mis rodillas y resaltan por su característico color amarillo.

—Ese atuendo es realmente horrible —se sincera en voz alta.

—¿A quién le importa lo que uso para dormir? —Arqueo una ceja en su dirección—. Lo que importa para lograr un gran descanso es estar cómodo.

—¿Eso se traduce a lucir como una vagabunda? —replica  
haciendo un ademán al agujero que hay en una de las medias, si lo  
miras fijamente puedes divisar uno de los dedos de mis pies a través  
de él.

Comienzo a encaminarme hacia la puerta lista para salir de  
aquí y volver a yacer en los resortes de mi amado colchón, pero  
Malcom me obstruye el camino con una sonrisa casi infantil  
decorando su rostro.

—No debo criticar tu indumentaria callejera, lo entiendo —  
se precipita a decir antes tomarme suavemente por los hombros y  
obligarme a retroceder hasta el punto en que mis piernas  
encuentran el borde de la cama—. ¿Ahora podrías hacerme el favor  
de subirme a este colchón y dejarme abrazarte por un rato? —La  
diversión decora la pregunta.

Me dedico a mirarlo por algunos segundos antes de  
permitirme responder. El océano en sus ojos parece ser bañado por  
suaves rayos de luz, y allí surge una calma y felicidad que jamás  
había visto bordeando sus pupilas.

Sin decir nada me arrastro sobre el pesado edredón hasta  
llegar a descansar mi espalda contra la cabecera de la cama. No

paso desapercibida la pequeña pero significativa sonrisa que curva los labios del inglés mientras cierra la puerta y se acerca hacia mí.

—No hablaremos de la estructura narrativa de un cuento, ortografía o cualquier cosa como esa, ¿verdad? —inquiero mientras se trepa al colchón, porque probablemente Malcom Beasley sea la única persona en todo el planeta capaz de despertarte a las dos de la mañana de un sábado para hablar de ese tipo de cosas.

—Puede que haya usado lo del cuento como una excusa para verte dado que tengo insomnio por primera vez en mucho tiempo

—reflexiona tomando mis tobillos y comenzando a separarlos hasta el punto en que mis piernas se abren lo suficiente. La respiración se me corta y él parece ser consciente de ello dado que arquea una ceja en mi dirección—. Tienes una mente bastante sucia, Kansas —añade como si pudiera leerme el pensamiento.

—Eso sueles pensar cuando alguien te abre con la tranquilidad con la que se abre una heladera.

Él ríe. Una profunda y ronca risa trepa por las paredes de su garganta y se vuelca en el aire estremeciendo cada pulgada de mi piel. Es un sonido tan poco usual en él; es una hilaridad que penetra tus oídos y va directo a tu corazón, una que te acelera el pulso y

logra sacar tu propia alegría a flote. Malcom no suele reírse, pero cuando lo hace convierte de cualquier segundo una eternidad, y lo ordinario en extraordinario.

Él se arrastra sobre mí y sus manos se presionan a cada lado de mi cuerpo y se hunden en la almohada debajo de mí. Me mira a los ojos antes de, rápidamente, girarse y dejarse caer boca arriba; su cuerpo posicionado entre mis piernas, sus manos acariciando mis rodillas y su cabeza en mi estómago.

Miro hacia abajo y encuentro su mirada invertida, las sombras juegan con su rostro y resaltan las facciones definidas y masculinas. Mis propias manos encuentran su cabello y acarician las hebras color trigo provocando que sus párpados se cierren con lentitud, se deleita ante el movimiento de mis dedos y soy testigo de la forma en que su pecho sube y baja con más lentitud.

—No te ríes muy a menudo —susurro dejando vagar mis manos sobre los mechones que suelen descansar en su frente.

—Tú tampoco —replica aún con los ojos cerrados—. Mejor así —añade provocando que mis cejas casi se eleven a una altura antinatural en lo que a un rostro se refiere.

—Será mejor que te expliques, Beasley —ordeno—. Porque

eso sonó realmente ofensivo —señalo antes de jalar un puñado de su cabello, obviamente que a propósito.

—No me malinterpretes —se apresura a decir abriendo los ojos con inocencia—. Tu risa probablemente sea mi sonido favorito en esta vida, en realidad creo que lo es —asegura provocando un revoloteo en mi pecho, como si una mariposa estuviera encerrada en mi caja torácica. Pobre de ella, en tal caso—. Pero me agrada el hecho de que no la dejes salir a menudo —confiesa mientras las yemas de sus dedos acarician con delicadeza y pereza mis muslos, trazando patrones imaginarios en mi piel—. Las personas están acostumbradas a decir las cosas sin sentirlas, simplemente lo dicen porque creen que deben hacerlo —comienza a explicar capturando mi mirada—. Dicen «gracias» sin sentir ni la más mínima pizca de gratitud, murmuran «lo siento» sin saber lo que es el verdadero arrepentimiento y se atreven a decir que quieren a alguien cuando ni siquiera están seguros de ello. —Sus dedos reducen la velocidad a medida que puntualiza los hechos—.

Todo está sobrevalorado hoy en día; lo que se dice, lo que se siente y lo que se ve. Y cuando alguien se ríe tantas veces, con cualquier persona, en cualquier lugar, incluso cuando no quiere hacerlo y



solo lo hace por obligación... se pierde el valor de la auténtica risa, al igual que ocurre con todo lo demás. Creen que vale y significa más reírse con mayor frecuencia que con mayor espontaneidad y franqueza —reflexiona—. Así que me gusta que no vivas riéndote de todo, porque de alguna forma eso me da la certeza de que cuando en verdad quieras reír lo harás sin pensar, con naturalidad y honesti... ¿qué? ¿Ocurre algo? —inquire al percatarse de que mis manos se han quedado completamente quietas y que lo estoy contemplando en completa mudez.

—Nada, es solo que... —Tomo una bocanada de aire antes de seguir—. Admiro tu forma de deducción, reflexión y expresión. Me hubiera ido genial en filosofía de la preparatoria con tu cerebro, con tu pensamiento en general —admito—. No siempre estoy de acuerdo contigo, pero debo aceptar que es verdaderamente fascinante ver tu concepción de las cosas.

—Los pensamientos o convicciones de una persona no deben encajar con los tuyos para ser fascinantes, el hecho de que sean distintos es lo que los hace así —murmura—. Y ya que estamos metidos en el tema de los ideales, me encantaría saber en qué crees.

—¿En qué creo? —pregunto más para mí que para él—.

Bueno, supongo que creer abarca muchas cosas en lo que a mí se refiere —divago sintiendo su mirada deslizándose sobre mi rostro. Él se mantiene en silencio, con paciencia y serenidad relajando sus facciones—. Creo en las segundas oportunidades, en la justicia y en el perdón que viene acompañado de más que palabras. Creo en las acciones más que en los discursos, en los pobres más que en los ricos y en los desgraciados más que en los afortunados. Creo en la confianza, el azar, la bondad y en la gente que te mira a los ojos. Creo en los enigmas, en las estrellas, en el equilibrio natural, en la ciencia y el mañana. Creo en muchas cosas, pero, más que nada, creo en mí. —Me detengo gracias a la corriente de electricidad que me recorre la columna en cuanto Malcom desliza sus cálidas manos a lo largo de mis piernas—. Creo en todo y a veces no creo en nada, mis creencias se modifican según lo que voy comprendiendo de la vida y supongo que son pocas las cosas en las que creo ciegamente —digo encogiéndome de hombros.

—¿En el amor? —curioseas.

Mi labio inferior queda atrapado entre mis dientes cuando me obligo a guardar silencio; esa no es una pregunta que quiera

responder porque no sé cómo hacerlo.

Él se incorpora y me da la espalda por un momento, entonces se gira y sus ojos me escudriñan bajo el sutil fulgor de la lámpara.

Parece que busca contestación alguna en mi rostro, pero soy cuidadosa en no dejar ver más de lo que quiero.

—Hay muchas clases de amor, Malcom —replico—. El amor por un amigo, por una pasión, por un... —me interrumpe.

—Sabes a lo que me refiero, Kansas —aclara antes de extender su mano y colocar un mechón de mi desastroso cabello tras mi oreja.

Me limito a mirarlo por segundos que se extienden a casi un minuto, y en el momento en que su pecho baja y deja salir un suspiro sé que no volverá a insistir.

Llega a mi lado y se acuesta. Su fragancia inunda mi sistema en el momento en que tira gentilmente de mi brazo hacia abajo, obligándome a tumbarme a su lado. Me giro para darle la espalda por una pequeña fracción de segundo, aún cuestionándome si es que no tengo respuesta a su interrogación o no quiero dársela. Siento la pesadez de su brazo rodeándome y jalando de mi cuerpo hacia el suyo. Sobre mi hombro puedo verlo incorporado

sobre su codo, con la cabeza descansando en la palma y los mechones rubios cayendo sobre su frente.

—No necesitas contestar —asegura antes de inclinarse y depositar un beso en mi mejilla, el gesto provoca que mi pulso se dispare.

Malcom se acomoda y ajusta a mi cuerpo como una segunda piel, con sus brazos a mi alrededor y su respiración acariciando la piel de mi cuello. Cierro los ojos disfrutando del calor y la firmeza de sus músculos, de la sensación de seguridad y armonía que solo él puede brindarme.

No estoy segura de la cantidad de tiempo que pasamos así, en silencio, deleitándonos del placer de yacer piel contra piel sin tener que hablar o pensar en alguna de todas las cosas que estaban pasando o de las que tendrían que suceder.

La cuestión es que el sueño me alcanzó y pronto fui incapaz de recordar que debería ir a mi habitación, pero teniendo a Malcom Beasley abrazándote de tal forma es poco probable que pienses en algo más que en sus bíceps, su olor, su calidez o los sosegados e idílicos latidos de su corazón golpeando tu espalda.

Ya en un estado de absoluta somnolencia lo oí decir:

—Yo no creía en el amor tampoco, Kansas.

Y sí, no utilizó el verbo en presente.

En mis adentros, supe perfectamente a lo que se refería.



—¿Por qué hay tanta luz aquí? —inquiero con mis ojos ardiendo ante la cantidad de luminosidad—. ¿Nadie se dio cuenta de que es sábado? —me quejo rodando en el colchón—. Cierra esas cortinas, Beas... —Las palabras mueren en el momento en que mis irritados ojos encuentran a Harriet sentada a mi lado.

Me incorporo y mi mirada recorre los alrededores. Esta no es la habitación de huéspedes, definitivamente.

—Él te trajo en brazos hace rato —explica la rubia observando el árbol fuera de la ventana, ahí que se ve a un pequeño pájaro cantando agudamente horrible en una de las tantas ramificaciones color tierra—. Y abrí las cortinas porque ya son las diez de la mañana, debes levantarte —masculla sonriendo en cuanto otra diminuta y chillona ave se posa en la rama.

—Pero es sábado —me quejo jalando de las sábanas sobre mi cabeza—. Vuelve a dor... espera un minuto —digo tirando de las

mantas hacia abajo y sentándome totalmente erguida—. Mi Harriet detesta a los animales y no sonrío antes de tomar su café matutino —apunto deslizando mis ojos de la ventana hacia ella—. ¿Qué ocurre?

Ella no dice absolutamente nada, solo se limita a mirarme y me da ese tipo de mirada que las chicas conocen muy bien.

—Detalles —ordeno, pero no hay respuesta que salga de sus labios. Sin embargo, el rubor en sus mejillas me lo dice todo antes de que tome el suficiente coraje como para gesticular.

—Lo besé.

—¿Lo besaste? —murmuro incrédula.

—Lo besé, en verdad lo besé. Yo, Harriet Margaret Quinn, tomé la iniciativa y besé a un chico sin haberme lavado los dientes.

—Omitiendo la última parte de la oración, esto es... —Ni siquiera tengo palabras para describirlo. Ella no es el tipo de chica que da el primer paso, jamás.

—No te atrevas a decirlo —me advierte al borde de que su rostro se torne totalmente escarlata—. Yo me desperté cuando él me cargó hasta aquí, y entonces se dio cuenta y comenzó a molestarme con el hecho de que había fingido dormir a propósito

para que me traiga a la cama y estemos solos —relata—. Yo lo negué, porque no es cierto, o bueno, en parte lo es —divaga—. El hecho es que comenzamos a discutir porque Ben me dijo que no podía esperarme más, que estaba cansado de mostrar interés y que yo lo ignorara. Me estaba volviendo loca porque hablaba sin parar a una velocidad poco humana y entonces lo callé.

—Con un beso —señalo sintiendo la forma en que las comisuras de mis labios se curvan y mis cejas se elevan aún sin poder creerlo.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—¡Como algún tipo de degenerada sexual! —exclama echándose el cabello tras su hombro—. Déjale esa mirada a Jamie. Sin embargo, soy incapaz de replicar dado que mis ojos se han anclado en una parte del cuello expuesto de la rubia.

—¿Ese es un chupón, Harriet?

Ella chilla y se esconde bajo las sábanas.

Pero no lo niega.

# Malcom

—Necesito que sepas que no jugarás por meses, Malcom. —

Mark, el miembro del equipo técnico de los Bears, entrelaza sus manos tras el escritorio de Bill—. El proceso de selección es solamente el comienzo. Una vez que firmes y te mudes a Chicago vendrán semanas repletas de exámenes médicos deportivos que van desde las medidas antropométricas, anamnesis, *test* de esfuerzo, análisis de sangre, orina y un montón de otras cosas que me resultan impronunciables —concluye—. Tendrás un equipo médico estudiando desde tu frecuencia cardíaca hasta tu flexibilidad, esto vendrá acompañado por un nuevo itinerario de entrenamiento y charlas mensuales acerca de cómo nos manejamos en las ligas superiores. Tu dieta cambiará, tu tiempo libre se limitará y deberás comenzar desde cero otra vez.

—¿En qué se basa el contrato además de todo lo que involucra exámenes y reglas? —inquiero.

—Queda pautado que nos haremos cargo de tu seguro médico y que financiaremos tu estadía en Chicago, te hospedarás en una de nuestras sedes adicionales junto con otros muchachos que



han clasificado o han sido seleccionados por el cuerpo técnico.

También se establece que el convenio durará hasta que finalice, por lo menos, la temporada siguiente. Esto quiere decir que el contrato se extiende alrededor de un año, luego podrás firmar el que dicta que eres un jugador de los Chicago Bears de forma oficial.

—¿Por qué el acuerdo no se puede firmar aquí mismo, en Betland? —Mark había dicho que la idea era viajar a Chicago el fin de semana que viene y firmarlo allí mismo. Una vez hecho esto, ya quedaría en manos de los Bears.

—Necesitas conocer al resto del cuerpo técnico y debemos arreglar los asuntos con un escribano y un abogado —explica—.

Te recuerdo que Mississippi, donde estamos actualmente, es el único estado de USA donde la mayoría de edad es a los veintiún años. Esto quiere decir que actualmente te encuentras bajo la tutela de Bill Shepard, pero cuando estemos en Chicago esto cambiará, y para hacerlo es necesario pasar por un extenuante proceso legal.

La puerta del despacho del entrenador es abierta silenciando la conversación. El *coach* se adentra en la habitación con una expresión de pocos amigos, la misma que lleva cada vez que estamos a solo horas de un partido.

—Lamento interrumpir, Mark —se disculpa—. Pero necesito hablar con Beasley. ¿Puede esperar todo esto de la porquería legal?

—inquiére con confianza, y su amigo se pone de pie y asiente con una sonrisa tirando de sus deshidratados labios.

Segundos después se oye la puerta cerrarse.

Y que me salve el Espíritu Santo.

—De acuerdo, Malcom —comienza el hombre dejándose caer en la silla giratoria tras el escritorio de caoba—. Seré totalmente directo contigo, quiero que te alejes de Kansas. O por lo menos de forma sentimental.

—Con todo respeto... —comienzo, pero él me interrumpe.

—Te vas en una maldita semana —señala cruzando sus brazos sobre su pecho y reclinándose en el asiento—. Y en siete días pueden pasar un montón de cosas, Beasley. Sé que mi hija y tú se atraen, pero no quiero que vaya más allá de eso, ¿me sigues? —inquiére, pero yo estoy pensando en el beso del cementerio, los momentos previos a caernos de la cama y la forma en que dormimos anoche. Creo que ya fuimos más allá de lo que el *coach* cree—. Tengo cuarenta y seis años, sé que hay mujeres que son conscientes de que saldrán lastimadas de una relación, pero de

todas formas se lanzan a la misma con los ojos cerrados. Kansas es de ese tipo, o por lo menos aparenta serlo en cuanto a ti se refiere —indica—. Ella probablemente quiera seguir adelante con cualquier vínculo que hayan desarrollado, con el cual, por cierto, estoy totalmente en desacuerdo —señala observándome con una fijeza e intensidad sobrecogedora—. Y sé que ella ya es grande, puede encargarse de sus relaciones sin que yo me meta en ellas. Pero, para su desgracia, tiene un padre que se entromete sin ser llamado. No quiero verla mal una vez que hagas tus maletas y te largues de aquí, y tampoco quiero tenerte rencor por eso dado que en verdad me enorgulleces. Sé que no ha pasado demasiado tiempo, pero eres mi jugador estrella, parte de los Jaguars y en cierta forma parte del clan Shepard. —Sus palabras cargadas de honestidad y afecto, al estilo Bill, llenan mis oídos y hacen eco en mis adentros—. Significas mucho para mí, Beasley. Pero Kansas es...

—Tu hija —finalizo por él—. Ella es tu hija, lo entiendo.

—¿Entonces harás lo que te pedí? —inquire arrastrando las palabras en el silencio recientemente formado.

Me pongo de pie y me aseguro de observarlo fijamente a los

ojos, dejando en claro lo que siento respecto a esto.

—Aunque pudiera hacerlo, no lo haría , *coach* —confieso. Me encamino hacia la puerta y la abro sin dejar de hablar con el mayor nivel de confianza y de coraje que jamás utilicé con un adulto—. Pero créame, haré todo lo que esté a mi alcance para que sea mi corazón el que reciba el peor golpe.

Él me escudriña con cautela y pesadez antes de que su pecho suba en una pausada inhalación.

—Eso espero, Beasley —se limita a decir sin estar conforme con la decisión, pero aceptando que esto está fuera de sus límites—. . Porque de otra forma juro que estrellaré el avión al que vayas a subirte.

—No lo dudo. Ahora, si me disculpa, hay un partido que jugar

—respondo antes de deslizarme fuera del despacho.

—Que ganar —corrige mientras cierro la puerta.

## **Capítulo LV**

Camaradería

# Malcom

Ni siquiera sé cómo hemos logrado anotar algo en lo que va del partido. Los Saviors de Grettford —con los cuales no íbamos a jugar a esta hora, pero que por cambios de último minuto se dio el encuentro—, se han empeñado en humillarnos desde que pisamos el campo.

Por lo que los Jaguars me han dicho, son contrincantes más que dignos y, por lo que he presenciado en los últimos cuarenta minutos, puedo decir con absoluta certeza que son increíbles, fuertes, veloces y estratégicos. Son innovadores en las jugadas y lograron sorprenderme en más de una ocasión.

—Nos están pateando el trasero —gruñe Ben masajeando sus costillas. La última vez que intentó correr con el balón dos Saviors se le abalanzaron y, en lo que a mí concierne, es inexplicable saber cómo sigue en pie.

—¿Patearnos el trasero? —inquire Timberg con la voz distorsionada gracias al protector bucal. Me recuerda a Dustin, de *Stranger Things*—. Eso es decir poco, están haciendo cosas con mi trasero que me avergüenzan.

—Será mejor que se callen y se concentren —advierte

Mercury sacándose el casco para desviar sus ojos al tablero que resalta en luces rojas y azules—. Ellos tienen catorce puntos a favor, así que o comenzamos a anotar o esto termina con un Bill terriblemente enojado que va a hacer rodar nuestras malditas cabezas —farfulla por lo bajo.

—No hemos ganado ningún partido contra ellos en lo que va de la temporada —recuerda Nick, el número setenta y cuatro.

—Eso puede cambiar —replico deslizando mi mirada alrededor del pequeño círculo al que se han reducido los Jaguars—. Los Savivors son impecables en prácticamente todo, y es obvio que nos sacan ventaja —reconozco—, pero debemos concentrarnos en sus debilidades e intentar utilizarlas a nuestro favor. Han tenido más penalizaciones de las que puedo contar, así que intentemos sacar provecho de eso.

—Conuerdo —murmura Mercury asintiendo en mi dirección—. Son impacientes y llevan la brutalidad a otro nivel. Han usado las manos de forma ilegal varias veces y cometieron *holding* e interferencia de pase contra Ben en dos ocasiones. Están demasiado pendientes del receptor, así que usaremos a alguien más

para anotar. —Terminamos de planear la jugada antes de que el número siete añada—: Anotamos o Bill nos destruye, ¿entendido? Los cascos blancos y rojos a nuestro alrededor se mueven de arriba hacia abajo, dejándonos saber que entendieron el plan. Un rugido parece salir de cada jugador una vez que Logan ordena que tomemos posiciones. El nerviosismo y la anticipación se vuelven características de los eufóricos deportistas que trotan a través del campo y contemplan al contrincante con desdén en sus ojos. A nuestro alrededor, las exclamaciones y aplausos llenan las masas de aire. Los gritos de aliento que llegan desde la tribuna se pierden en el rugido del viento de octubre al igual que yo parezco perderme en el momento en que mis ojos encuentran a Kansas.

Ella forma parte de la multitud en las gradas, pero es imposible no darse cuenta de su presencia dado que tiene a una rubia con severa palidez a su derecha y a una intensa y chillona pelirroja a su izquierda. Mientras Harriet acomoda una bufanda alrededor de su cuello, Jamie levanta un dedo de hule del tamaño de la propia Zoe Murphy, y a su vez lleva una gorra y sudadera de la BCU que podrían ser vistas a millas de distancia.

Su fanatismo fácilmente roza la demencia.

La hija del entrenador podría mezclarse sin esfuerzo entre la aglomeración de personas, pero para alguien como yo que está plenamente interesado y consciente de ella, eso se torna complicado. Kansas, para mí, resaltaría en cualquier lugar.

Las posiciones han sufrido un pequeño cambio dado que Joe no se presentó al calentamiento y uno de los suplentes, que comenzó a jugar hace poco, se encargará de tomar su lugar. Por otro lado, Mark influenció en la decisión del *coach* de mantenerme como receptor. El miembro del *staff* de los Bears sabe que jugué prácticamente toda mi vida como *quarterback*, pero cree que sacarme de mi zona de *comfort* y evaluar mi adecuación y desempeño respecto a otra posición es algo útil, sobre todo dado que está convencido de que soy mejor receptor que mariscal.

—¡Retomemos la matanza, damas, caballeros y niños cuyas madres son irresponsables por traerlos a oír a alguien como yo! —

La característica voz de Gabe Hyland se expande en una onda sonora desde la pequeña plataforma en uno de los laterales del campo. El vecino de los Shepard pareció gozar de su trabajo como locutor durante el partido pasado ya que ahora se encuentra con micrófono y —*presten atención*—, diccionario en mano—.



¡Los Saviors de Grettford parecen ser indestructibles, y cabe resaltar que a nuestros queridos Jaguars les están dando la paliza del siglo!

—Los visitantes parecen seguir el camino hacia la victoria con un total de 28 puntos sobre los 14 que han obtenido los locales.

—La voz de la joven estudiante de periodismo se carga con nerviosismo—. ¡Pero no todo está perdido, amigos! Por alguna razón el espíritu deportivo abunda en esperanza; la pasión crea ilusión y esta no acepta la derrota hasta que se ha dado el último aliento.

—Esa es una forma bastante poética de decir que perderemos, *nena* —acota el muchacho ganándose el abucheo por parte de la muchedumbre oriunda de Betland—. Sin embargo, la victoria para los Jaguars aún es asequible. —Mis cejas y las de Claire se disparan en cuanto Gabe pronuncia la palabra. El chico probablemente usa el libro en su mano como pisapapeles, así que no esperas oír tal locución de su parte—. Y sí, acabo de decir asequible —agrega él abriendo el diccionario para leer—. En este caso significa que es algo que puede conseguirse o alcanzarse, y no me miren como la bella dama a mi lado lo hace —advierte—. Mi abuela me dijo que

debo ampliar mi vocabulario dado que este se reduce a «sí», «no», «no sé», «tengo hambre» y «yo no fui» —explica provocando que la misma multitud que antes chillaba en desaprobación con su comentario anterior comience a reír—. ¡De acuerdo, señores, señoras y mocosos menores de veintiún años, este juego tiene que continuar! Sé que preferirían seguir oyendo mi melódica voz mientras pronuncio cosas como paralelepípedo o birlibirloque, pero ya habrá tiempo para eso.

Estoy anonadado.

Hyland en verdad abrió ese diccionario por cuenta propia.

—¡El árbitro ya está listo! ¡¿Podrán nuestros queridos Jaguars de la BCU triunfar después de todo?! —exclama la muchacha cuyos rizos se enredan y saltan de un lado al otro mientras la brisa nocturna sopla—. ¡¿O será la Universidad Estatal de Grettford la que se mantenga invicta y se lleve la victoria esta noche?!

—¡Ajusten sus malditos cinturones porque estamos a punto de acelerar, y les recuerdo que en este momento, con los Saviors y los Jaguars luchando en el campo, no tenemos frenos! —grita Hyland simulando conducir un automóvil desde su asiento; el

volante es el diccionario, desafortunadamente.

Cierro los ojos y me permito oír el correr del viento, los gritos de la tribuna en el fondo y el distinguible sonar de las manos siendo chocadas entre compañeros de equipo. Oigo las palabras de aliento, las inhalaciones cargadas de nerviosismo y las risas más estridentes; soy capaz de escucharlo todo y, si presto atención, también puedo oír los constantes y raudos sonidos de mi corazón.

No necesito tocar el balón para que el órgano dentro de mi caja torácica decida aumentar su frecuencia, únicamente basta con ponerme la camiseta del equipo o ver los reflectores que iluminan las yardas del campo para que eso suceda. La antelación y la ansiedad hacen estragos en mi sistema, cualquier pensamiento se esfuma en cuanto el silbato del árbitro suena a través de las masas de aire.

Y el caos se desata.

—¡El centro pasa el balón al *quarterback* y Logan retrocede, creo que le pasará el balón a Hamilton! —chilla Claire aferrándose al micrófono tan emocionada como exaltada—. ¡Oh, diablos, esperen, no lanzó! ¡Tras un engaño es Chase Timberg, el corredor, quien porta el balón!

—¡Son como caníbales! —grita aterrado el dieciséis cuando aparezco a su lado como respaldo—. ¡Nos van a comer, Malcom!

—chilla en cuanto un Savior se abalanza pero uno de nuestros compañeros llega a bloquearlo.

—¡Yo me los voy a comer a los dos si no anotan, imbéciles!

—la advertencia del entrenador penetra nuestros oídos cuando estamos a unos pocos pies de la zona de anotación.

Esto se siente como una película de terror: los de la Universidad Estatal literalmente se nos están abalanzando en el aire, saltan y rugen como feroces animales que solo podrías encontrar en una jungla. Vienen de todas direcciones y, una vez que caen, vuelven a ponerse de pie para volver a atacar. Nuestros jugadores se mueven con agilidad cerca del número dieciséis y de mí para practicar el bloqueo cuando un adversario se acerca demasiado, pero la barrera a nuestro alrededor parece estar a punto de romperse.

Aumento la velocidad y me precipito al último par de yardas.

Mi pecho sube y baja sin control, mi corazón ha enloquecido y golpea contra mis costillas. Siento el sudor que se forma en mi frente y cuello. La adrenalina me consume y aumenta a medida que

los fanáticos se ponen de pie en las gradas.

—¡Estamos a punto de anotar, tan cerca de... cuidado! —

chilla Hyland al mismo tiempo en que me giro para bloquear a un contrincante que está a punto de alcanzar a Chase—. ¡Bien hecho, Marcos! Yo sabía que servías para algo más que lecciones de física, matemática y *langue française* — añade intentando imitar el acento francés.

Mis tímpanos lloran ante su pronunciación.

—¡Esto es inédito, casi tan extraordinario como mi nacimiento! —La voz de Gabe hace saltar y estallar en aplausos a los espectadores—. ¡Chase Timberg acaba de hacer un *touchdown*! Y entonces, tan rápido como siento a los Jaguars abalanzarse hacia nosotros para envolvernos en un abrazo catastrófico, Hyland se gira y toma en sus brazos a Claire.

Y la besa.

# Kansas

Perdimos.

Tal vez por eso esta fiesta se siente como un funeral.

Los Jaguars siempre fueron de la clase de equipo que festeja tanto victorias como derrotas; en el primer caso, el alcohol sirve para celebrar y, en el segundo, para ahogar penas u olvidarse del partido con música y mucha cerveza, pero esta vez es diferente.

Según lo que ha dicho Jamie cuando veníamos en el Jeep, los jugadores de la BCU jamás lograron vencer a los Saviors en lo que va de la temporada. Además, hay que añadir el hecho de que acaban de quedarse fuera de las finales. Lucharán por el tercer puesto.

Música electrónica suena por lo bajo y a duras penas hace vibrar un poco las paredes, los universitarios están distribuidos a lo largo de la sala de estar de Chase, observándose los unos a los otros o con los ojos pegados en las pantallas de sus celulares.

—De acuerdo —digo lo suficientemente alto como para que todos me oigan—. Esto es realmente deprimente, hagamos algo al respecto.

—¿Qué quieres hacer, *Sunshine*? —inquire Ben, sentado

junto a Harriet. Ellos ni siquiera se miran, pero noto la forma en que el muslo de Hamilton se presiona contra el de la rubia y el brazo de este se extiende a lo largo del respaldo del sofá; sus dedos juegan con un mechón del cabello de la futura abogada—. Porque yo solo quiero beber e irme a dormir. Este día apesta —añade llevándose un vaso de plástico rojo a los labios.

—Quedan muchas temporadas por jugar, y aún pueden ganar el tercer puesto —replico—. Así que vas a levantar tu bonito trasero de ese sillón e iremos afuera, ¡todos! —aclaro deslizando mi mirada alrededor—. Tengo una idea.

—Eso no suena como algo bueno o legal —acota una voz bastante familiar. Segundos después, Malcom entra a la sala y me contempla con ojos azules y rutilantes.

Me gustaría saber qué ha hecho en la hora y media que hemos estado aquí. Él simplemente desapareció en cuanto llegamos.

—Si viene de Kansas, posiblemente no lo sea. —Sonríe Jamie haciendo fondo blanco de lo que queda en su vaso—. Y exactamente por eso lo haremos.

—Bien —comienzo—. Quiero que depositen un billete de diez dólares sobre la mesa, ahora.

Y Beasley es el primero en acercarse.

## **Capítulo LVI**

Escalar



# Kansas

—¡Formen tres filas a unos cinco pies de la pared! ¡Una para los que estén furiosos, otra para los que se sientan tristes y la última para los que se sientan de ambas formas! —ordenó. Subo el cierre de mi chaqueta cuando la brisa de octubre sopla—. ¿Cuánto recaudamos, Harriet? —inquiero observando a la muchacha que cuenta el dinero a mi derecha.

—Cuatrocientos ochenta dólares, un dado y una goma de mascar —informa antes de pasarme el fajo de billetes. Jamie se encarga de arrebatarle el chicle y llevárselo a la boca, ganándose una mirada de completo desagrado por parte de la rubia.

—¿Estás segura de que esta es una buena idea, *Sunshine*? —inquiere Timberg depositando una caja en el césped. Todavía me mira desconcertado, y no puedo culparlo teniendo en cuenta que le pedí que vaya a la tienda de Cosett, que vende todo por un dólar, y me consiguiese tantas piezas de vajilla como su alcancía se lo permitiese. Él vive casi a las afueras de la ciudad, así que aprovecharemos para hacer ruido—. Porque puedo jurar que mi madre es más aterradora que el entrenador cuando se enoja, y

créeme que lo hará cuando se entere de que... —lo interrumpo.

—Aquí hay dinero suficiente como para reponer tu alcancía de cerdito partida al medio, y hasta sobra para que pidas la cena.

No te preocupes por tu madre, me encargaré de que el jardín quede impecable —explico tendiéndole los cuatrocientos ochenta dólares. El muchacho murmura algo sobre *pizza con pepperoni* mientras cuenta el monto y se posiciona al final de la fila destinada a las personas que se encuentran tristes.

—De acuerdo, muchachos —comienzo. Me acerco frente y abro una de las cajas que trajeron Chase y Monroe—. Sé lo que es la impotencia, la aflicción y la cólera; el pensar una y otra vez qué hubiera sucedido si hubiéramos hecho las cosas de forma distinta —explico sintiendo las decenas de ojos posándose en mí—. Lamentarse no sirve de nada, enojarse tampoco, y llorar menos. Pero la realidad es que a veces no somos capaces de controlarnos a pesar de que luchemos contra ello, así que quiero pedirles que no se controlen, o por lo menos no lo hagan esta noche. —Me inclino y saco un plato de la caja, y entonces, a una velocidad poco humana, me giro y lo lanzo contra uno de los descomunales laterales de la casa, uno que carece de ventanas.

La porcelana se fragmenta en centenares de pedazos originando un estridente sonido, los trozos del platillo vuelan por los aires obligando a algunos a retroceder ante la sorpresa. Un silencio sepulcral se extiende tras los segundos consecutivos a la explosión. Los Jaguars y varios universitarios me observan con expresiones que van desde el desconcierto a la estupefacción.

—41 a 23 —murmura alguien al final de la fila. Mercury aparece en mi campo de visión y se acerca a la caja para sacar una pequeña taza floreada—. Perdimos por dieciocho malditos puntos —dice jugando con la delicada vajilla en sus manos. Su brazo se extiende hacia atrás y, en menos de una milésima de segundo, el crujido de la porcelana hace eco en mis oídos—. No sé qué clase de extraña y destructiva terapia sea esta, pero funciona —añade con ojos cargados de emoción y la respiración acelerada.

Seguido a esto, una fila de platos comienzan a lanzarse contra el concreto del lateral de la casa. Las exclamaciones de personas furiosas llenan el aire y las emociones reprimidas tienen la libertad de salir una vez que cada miembro del equipo destroza una parte de la vajilla. Algunos se lamentan por lo bajo, otros maldicen con rabia y veo varios ojos cristalizarse a medida que la lluvia de

platos y tazas se incrementa.

Puede que yo no entienda lo que sienten estos muchachos respecto al fútbol americano, pero tengo la certeza de que lo que se hace por pasión puede tener fuertes repercusiones si se fracasa. Y a veces, tal vez en este caso, es necesario perder el control para recuperar la estabilidad. Al pensarlo carece de lógica, pero si se analiza adquiere más sentido, o por lo menos para mí.

—Quiero el reembolso de mi dinero —dice una voz a mis espaldas, el cálido aliento roza mi oído—, porque no pienso destrozarme vajilla nueva.

Me giro para encontrar unos intensos ojos azules contemplándome a través de delgadas pestañas.

—Sé que te mueres por tomar una de esas tazas y prepararte un té —señalo antes de encogerme ante el estruendo de un plato.

—Morir por cosas materiales no vale la pena —replica mientras comienzo a caminar hacia el final de las filas. Sus pasos me siguen de cerca mientras observo como la pequeña multitud se expresa mediante la violencia, y gracias a esta se detona una pequeña bomba de sentimientos dentro de cada Jaguar y fiel fanático—. Y no me gusta hablar de la muerte dado que creo que

es un tema de conversación significativo y serio, pero si tuviera que decidir a causa de qué quiero morir, elegiría a las personas que considero simbólicas para mí y para el mundo, no a los objetos tangibles.

—No te tomes todo de forma tan literal, Beasley —espeto subiendo la mirada hacia el cielo. El hecho de que Chase viva prácticamente a las afueras de Betland, lejos de todas las luces de la ciudad, me agrada en el aspecto de que las estrellas parecen poblar las alturas y brillar más de lo que usualmente lo hacen—. Yo solamente hablaba sobre té, pero de todas formas comparto el pensamiento —señalo.

—¿Y también compartes la idea de acompañarme a una cita? Cada músculo de mi cuerpo se tensa ante la palabra. Pronto me encuentro observando una de sus cejas arqueadas y aquella mirada interrogativa en su rostro.

El término ya no suele ser utilizado, se perdió hace tiempo junto con el significado. En épocas o años anteriores era bastante frecuente y común invitar a alguien a salir y denominar lo que sea que tuvieran ese día como una cita, pero en la actualidad es casi imposible que un chico pronuncie la palabra. Todavía hay citas

aunque nadie las llame así.

—¿Cita? —inquiero con escepticismo—. Eso suena muy formal, y no quiero sonar muy inflexible, pero no asistiré a ningún lugar donde deba usar vestido.

Él se cruza de brazos sobre su amplio pecho y me mira con ojos expectantes. Su camisa blanca se adhiere a los músculos y, solo por un segundo, me permito ver la manera en que la prenda se ajusta a su figura.

—Sospecho que le estás prestando más atención a músculos como a mi serrato mayor, pectorales y bíceps antes que al hecho de que te estoy invitando a salir, Kansas—replica en voz baja—.

Y quiero tener, si estás de acuerdo, esa cita ahora mismo.

—¡Hijos de perra! ¡Métese la victoria por donde no les da la luz, Saviors! —El grito cargado de aversión y ferocidad sale de los labios de Jamie antes de que tres platos, uno detrás del otro, se estrellen contra la pared externa de la casa—. ¡Los vamos a aplastar el año que viene, cretinos roba gloria! —chilla antes de patear una de las cajas con desenfreno.

—¿Ahora? —interrogo desviando la mirada hacia el número veintisiete nuevamente—. ¿No puede esperar? No quiero que

Jamie termine en la estación de policía, además debo llevarla a su casa junto a Harriet —recuerdo.

—Ben y Chase lo tienen cubierto —asegura al mismo tiempo en que una sonrisa pequeña y ladeada tira de sus labios. Hay



misterio en su mirada mientras enfoca su atención en mí—. Y nuestro cuento no puede esperar.

—¿Por qué estamos en mi casa? —inquiero aferrándome a su mano. No me gusta el hecho de que me haya pedido que me vendara los ojos tres cuabras antes de llegar—. Sé que Bill salió a ahogar sus penas con Anneley, pero si tu idea de cita se reduce a cuatro paredes y una cama debo confesar que estoy algo decepcionada —murmuro antes de sentir sus dedos subiendo y enroscándose alrededor de mi brazo. Tira de mí y segundos después estamos cara a cara, o eso creo—. Pensé que eras más de cursilerías.

—Lo soy —admite antes de dejarme ir para acomodar un mechón de mi cabello tras mi oreja. El gesto me estremece, no sé si es por la extrema suavidad con la que lo hace o porque entonces

me quita la venda y me mira de aquella característica manera en que solo él puede hacerlo—. Y tengo la certeza de que te gustan ese tipo de cosas a pesar de que lo niegues constantemente. Eres una sentimental, acéptalo —señala antes de llevar su mano a mi espalda baja y hacerme girar. Nos encontramos en lo que reconozco como el lateral de mi casa, justo frente al árbol que da a la ventana del baño—. Ahora, si deseas ser testigo de algo realmente romántico, voy a pedirte que comiences a trepar —murmura haciendo un ademán con la cabeza hacia el tronco.

—¿Noche romántica en el cuarto de baño? ¿Al lado del retrete? —Es inevitable que la incredulidad no se filtre a través de mi voz—. Mejor paso.

—Solo súbete al árbol, Kansas —dice con cierta exasperación ante mi negación.

—¿Para que veas mi trasero de camino a la ventana del baño?

—replico antes de comenzar a darme la vuelta, pero él me toma por los hombros antes de que pueda dar el primer paso.

Entonces, estoy nuevamente cara a cara con el árbol.

—¿Puedes dejar de ser tan terca solo por esta vez? —Suspira antes de pasar una de sus manos por su cabello, despeinándolo un



poco. Los mechones caen sobre su frente y enmarcan su rostro ante la poca luz que brindan las farolas—. Si quieres iré delante de ti —ofrece antes de tomar la primera rama, la cual, con su altura, es bastante sencilla de alcanzar—. Pero cabe resaltar que ya he visto tu trasero antes. Lo veo todos los días. Y también lo he tocado, así que tu pretexto no es válido.

Mi mano vuela directo a su brazo y se queja cuando lo golpeo.

Sin embargo, comienza a trepar con agilidad. Se ayuda con las ramas y pisa con firmeza en el tronco. Cuando logra equilibrarse se gira y me tiende una mano que escudriño con desconfianza.

—Tu concepto de romanticismo es bastante extraño —acoto antes de que mis dedos encuentren los suyos y tire de mí sin esfuerzo hacia arriba—. Las citas no deberían involucrar sanitarios —insisto en cuanto mi zapato encuentra un lugar consistente en el cual pisar.

—Si quisiera tener una en el baño, lo cual encuentro bastante inapropiado y desagradable, usaría las escaleras de la casa.

Nosotros iremos a otro sitio, Kansas —replica Malcom mientras deja ir mi mano y comenzar a trepar con gracia. Uno creería que al ser tan alto y tener una estructura de grandes medidas verlo escalar

un árbol sería bastante caricaturesco, pero la realidad es que lo hace como si hubiera practicado alpinismo por años—. ¿Sabías que se estima que las escaleras fueron creadas en el año seis mil antes de Cristo? Son algo fascinante respecto a la historia de la arquitectura, y el final del siglo XIX es considerado como la era de oro de la construcción de escaleras.

Que hecho tan revelador...

—Primera cita y hablas de la historia de las escaleras —  
murmuro aferrándome a una rama sobre su cabeza y siguiendo el camino hacia arriba, dejándolo atrás—. Me intriga saber de qué hablaremos en la segunda, ¿serán rocas?, ¿puertas? —inquiero ya a la altura de la ventana del baño—. O aún mejor: las bisagras de las puertas.

—Eres ironía pura, Kansas —responde.

Niega con la cabeza y llega a mi lado con la ayuda de unas cuantas ramificaciones. Espero que no haya ningún vecino despierto y observando, porque debe ser complicado encontrar el motivo por el cual una muchacha esté trepando un árbol a mitad de la noche junto con un chico. Tal vez piensen que soy una especie de ladrona, pero la realidad es que dentro de mi hogar no hay cosas

de gran valor: ¿un televisor de la prehistoria? ¿Calcetines de Bill Shepard? ¿Alacenas carentes de alimento?

—Me alegra que seas lo suficientemente inteligente como para captar... ¡¿qué haces, Beasley?! —exclamo en cuanto siento cómo sus manos encuentran mi trasero y me empuja hacia arriba, directo para alcanzar el borde del techo. Me aferro al mismo con la respiración entrecortada antes de impulsarme con mis brazos para rodar por él.

No entiendo cómo es que aún no escuché el sonido de Malcom estrellándose contra el césped, dado que él debió soltar las ramas para manosear la parte trasera de mis jeans, pero en cuanto él salta del árbol, el cual cabe resaltar que está a varias pulgadas de distancia, tengo la certeza de que tiene habilidades para el *parkour*.

—Imbécil —escupo antes de ponerme de pie con cuidado. El techo inclinado y las leyes de gravedad no están a mi favor. Con precaución sacudo la suciedad que se ha adherido a mis vaqueros—. . Podrías haberme advertido que ibas a hacer eso.

—También podría haberte advertido sobre esto, pero eso le hubiera quitado la magia, por así decirlo —replica haciendo equilibrio mientras se pone de pie.

Alcanza mi mano y me ayuda a caminar por la inclinada superficie. Comienzo a quejarme sin quitar mis ojos de mis zapatos. Un paso en falso y podría...

Me quedo sin aliento al ver el resplandor de una luz. Literalmente sin aliento.

—Globos de luz, fuego, o deseos —explica Malcom antes de dar un suave apretón a mi mano, su cálido tacto logra alejar la frialdad que envuelve mis propios dedos—. Globos de cantoya, luminosos, linternas chinas, de Kongming o velas voladoras. —Me deja ir para acercarse al borde del tejado y descender con gracia al considerablemente amplio balcón. Una vez que sus pies tocan la superficie de este, se gira y extiende los brazos, invitándome a seguirlo y saltar—. Se los conoce de distintas formas alrededor del mundo y pueden tener más de un significado según el país, pero todos coinciden en que es algo realmente extraordinario de ver.

No sé cómo lo hago, pero termino sentándome al final del techo algo aturdida, y él me baja sin mucho esfuerzo. Una vez que me estabiliza sobre mis pies doy un paso atrás, observando la escena atónita.

No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve en el balcón que corresponde a la habitación de Bill Shepard. No entro al cuarto de mi padre —sí, la posibilidad de encontrar algo peor que bragas con cierre está presente en mi conciencia—, además del hecho de que su dormitorio suele estar bajo llave, lo que le daría sentido a que me hiciera arriesgarme a una caída de varios pies para llegar por el techo hasta aquí.

En fin, mi punto es que este balcón jamás lució como lo hace ahora: globos rectangulares llenan el espacio. Se distribuyen como un abanico a nuestro alrededor y aleatoriamente sobre el barandal, intercalándose con velas de diferentes tamaños y colores. Malcom enciende cada vela mientras me cuenta que en varios países de América Latina se solía utilizar el término «balconear», que hacía referencia a coquetear desde los balcones con las personas que andaban por la calle. A pesar de que sigue hablando me es imposible mantener la concentración en sus palabras cuando mis ojos todavía intentan asimilar la escena.

En poco tiempo las diminutas llamas están por doquier, resplandecientes en tonalidades cálidas y brindando cierto refugio ante la leve y fresca brisa de octubre.

La luz que se irradia a pocos pies de la tierra se complementa con la oscuridad que se extiende en el cielo y da forma a una combinación idílica y digna de contemplar. Los puntos rutilantes parecen estrellas que han aterrizado en el balcón, y pronto estas velas le quitan protagonismo a los mismísimos astros que decoran las alturas junto con la luna.

—Zoe me dio la idea hace unos días —confiesa Malcom dándome la espalda y caminando entre los fulgores. Los músculos se mueven de forma hipnotizante bajo la delgada tela de su camisa blanca, y en cuanto se gira estoy segura de que me he quedado sin aliento por segunda vez en el día. Las minúsculas llamas iluminan su rostro y dejan al descubierto su característica y fuerte mandíbula, sus pómulos altos y elegantes, sus labios rellenos y rosados, sus facciones masculinas y aquellos cordiales ojos de colores fríos—. Ella no paraba de hablar sobre una película de Rapunzel, Pascal y un tal Flynn Rider. —Sonríe, y esa sonrisa logra acelerar  
mi  
corazón  
de

la

forma

más

impensada—

. Sin embargo, pensé en una versión más adulta del *film*. Una que termina en cosas no aptas para todo público.

—Yo... —intento hablar, pero siento que mis cuerdas vocales han desaparecido sin dejar rastro alguno—. Yo siempre tengo algo que decir —me sincero; paso una mano a través de mi enredado cabello y observo alrededor—, Pero no creo que pueda expresar lo que pienso y mucho menos siento en este maldito instante —reconozco en voz cada vez más baja.

—No hay necesidad de palabras, los sentimientos siempre encuentran la forma de manifestarse —recuerda antes de dar un paso hacia una de las linternas nocturnas y tomarla junto con una vela—. Tenemos veinte globos que encender y veinte deseos que pedir, así que ven aquí y ayúdame, Shepard —pide—. Y por si te lo preguntas, no creo que esto en verdad pueda cumplir deseos. Es cuestión de esperanza y no de ciencia.

—Y tú siempre estás del lado de la ciencia —apunto.

—Pero intentarlo no cuesta nada. Además, la ciencia está a favor de la experimentación.

Asiento reprimiendo la sonrisa que lucha por hacer presencia en mis labios y comienzo a encender el interior de los globos. En silencio jugamos con fuego y nos observamos mientras las linternas comienzan a iluminarse. Suaves colores serpentean en los alrededores mientras murmuramos deseos inconcebibles y el manto oscuro en las alturas comienza a llenarse de luminosidad. La tenue y gélida brisa se encarga de hacer danzar los globos entre las masas de aire, formando una coreografía de luces que cualquier fotógrafo desearía capturar con el lente de su cámara. La imagen rebosa de una belleza sosegada y rutilante, agraciada y frágil; deleita los ojos y relaja el corazón.

Entonces saca su celular del bolsillo de sus *jeans*, lanzándome una rápida sonrisa antes de volver a guardarlo.

Música comienza a sonar.

Mis ojos se encuentran con los del muchacho a escasos pies de mí. Se acerca a paso lento con una expresión casi indescifrable decorando sus facciones.

—¿Sabes bailar? —inquire.



—¿Debería? —replico en cuanto sus manos alcanzan mi espalda baja y tira de mi cuerpo hacia el suyo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral ida y vuelta en el segundo en que su respiración acaricia mis labios.

—Se deduce que las princesas de los cuentos saben bailar. —  
Se encoge de hombros mientras entrelazo mis propias manos tras su cuello.

—¿Y quién te dijo que yo era la princesa? —interrogo arqueando una ceja—. Esas chicas no me agradan, y si quieres que haya una princesa en este cuento será mejor que te vayas comprando un vestido —aclaró—. Yo quiero ser el tipo de la espada.

—¿El príncipe? Pero ese era yo —se queja mientras comenzamos a balancearnos al ritmo de la acorde y suave melodía. Reconozco la pieza al instante, es una canción de piano que mi madre adoraba.

Él estuvo revolviendo mis partituras.

Y organizó esto en una hora y media.

—Yo también estoy escribiendo la historia, así que acéptalo o estás fuera.

—¿Y dejarte con los derechos de autor? —Bufa con incredulidad—. Prefiero el vestido.

Y así bailamos alrededor de las velas, nuestros pies siguiendo el ritmo de la música cuyo origen desconozco. Las linternas iluminan la atmósfera y contrastan con la oscuridad de la noche. El viento las mece con serenidad y nuestras miradas se encuentran con cada movimiento que damos; sus ojos reflejan las luces flotantes, tantos sentimientos mudos e intensos atrapados en el color oceánico que se ve enmarcado por sus pestañas.

Él rebosa de encanto, elegancia y fascinación.

—No está mal para una primera cita —reflexiono en voz alta, pero en mis adentros sé que esto es insuperable en cada sentido.

Dudo que alguna vez alguien vaya a alcanzar el grado de romanticismo que Malcom Beasley tiene, que alguien sea capaz de acelerar mi pulso como él logra hacerlo.

—Entonces espera a ver lo que tengo planeado para la segunda. —Sonríe de lado.

Y dudo que vaya a decepcionarme en los seis días que nos quedan.

# Malcom

Siempre consideré que invitar a bailar a alguien era señal de buena ética, pero mientras rodeo la cintura de la castaña comienzo a cuestionarme el pensamiento. No sé si es muy ético pensar en ella de la forma en que lo estoy haciendo. Mi cerebro va a toda marcha e intento alejar los pensamientos inapropiados cuando sus labios rozan los míos.

Me concentro en la forma en que su perfume nos envuelve al igual que los globos que surcan la noche y comienzan a alejarse a medida que la canción sigue sonando, a medida que nos acercamos tanto como para que el oxígeno entre en escasez.

Sus ojos brillan bajo el resplandor de las velas y linternas flotantes, diciendo cosas que ni el mismo Shakespeare o Edgar Allan Poe podrían expresar mediante palabras.

La literatura no le hace justicia a Kansas Shepard, en absoluto.

Mis labios están a punto de atrapar los suyos, a solo pulgadas de tocarlos cuando dos brillantes faros de una camioneta iluminan con luces blanquecinas el lugar.

—¿Beasley?! —el grito de Bill proviene del vehículo, y segundos después saca su cabeza por la ventanilla del pasajero—. ¿Qué rayos haces en mi balcón?! ¡Más vale que estén intentando llegar a las canaletas para limpiarlas! —advierte antes de que la que reconozco como Anneley baje del asiento del conductor y ayude al *coach* a salir del automóvil.

—¿Saboreaste unas copas de más, Shepard? —inquire Kansas frunciendo el ceño y posicionando sus brazos en jarras.

—¿Y qué si lo hice? ¡Tú te estás saboreando a mi jugador! — acusa apuntándola con el dedo pulgar. Sí, dedo pulgar, en verdad Bill no está muy consciente de lo que hace—. ¿Y qué son esas malditas cosas en el cielo? ¿Ya llegaron los ovnis? —inquire frunciendo el ceño ante los globos de luz—, porque no les di permiso para estacionar en mi casa.

—Creo que será mejor que entremos, señor «tráeme una cerveza más fuerte que mi novia» —dice la madre de Sierra mientras obliga a caminar al entrenador. Jamás hubiera imaginado que Bill le diría algo como eso a un mesero, y por la expresión en el rostro de su hija, ella tampoco. —Creo que deberíamos bajar — murmura antes de permitir salir un suspiro cargado de pesadez

y dejar caer su frente contra mi hombro.

—La puerta corrediza está abierta —respondo haciendo un ademán a nuestras espaldas antes de abrazarla. Siento la risa trepar por las paredes de mi garganta ante su frustración. Sin embargo, esta se ve interrumpida ante la brusquedad de un movimiento. Su cabeza se alza de golpe.

—¿Conseguiste desbloquear la habitación de Bill, lo que implica que podríamos haber ido por dentro de la casa, y aun así me hiciste trepar un maldito árbol? —Sus ojos se estrechan con rabia, pero tras ellos la diversión hace acto de presencia.

—El árbol fue una buena excusa para tocar tus nal... Me interrumpe.

—Ni siquiera te atrevas a terminar la oración, Beasley — advierte antes de empujarme a un lado.

Comienzo a reír.

Y se siente bien hacerlo.

## **Capítulo LVII**

Bifurcar

# Kansas

Los domingos no existen, o por lo menos no para mí. Existe el lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y el denominado «prelunes».

Los «prelunes» son ese día de la semana que, en mi caso, carecen de emoción. Lo único que hago es despertar tarde, almorzar, hacer deberes, cenar y volver a dormir. Y, como fiel seguidora a mi rutina, hoy me despierto alrededor de las once del mediodía y comienzo a repasar el material de lectura del señor Ruggles mientras pienso en deleitar mi paladar con un sándwich. Me gustaría decir que desperté con la imagen en primer plano de trasero europeo, pero la realidad es que no pudimos dormir juntos dado que Bill se quedó hasta tarde parloteando y riendo con Anneley. Uno pensaría que los borrachos entran en un sueño profundo al tocar la almohada, pero mi padre tiene resistencia. Me dormí antes de que el entrenador de los Jaguars lo hiciera y deduzco que Malcom no quiso despertarme y tampoco arriesgarse a deslizarse en mi cuarto con un Bill muy despierto y medio ebrio a pocos pies de él.

—Buenos días, Kansas —saluda una voz femenina en cuanto entro a la cocina con mis libros de psicología en mano. Anneley saca comida china de una bolsa y la vierte en un plato para calentarla en el microondas—. Me quedé a dormir anoche, y estoy de acuerdo si estás algo moles...

La interrumpo.

—Está bien —respondo dejando el material sobre la mesa para revolver las alacenas en busca de pan—. Gracias por traer a papá a casa, él solo se da el placer de beber para ahogar penas. Creo que me alegra que estés aquí, porque cuando se despierte con una resaca y un humor inaguantable no tendré que soportarlo sola — explico encontrando lo que buscaba.

La mujer sonríe abiertamente dejando que la piel alrededor de sus cordiales ojos se arrugue. Me gusta la forma en que lo hace, con una facilidad y calidez que no todos poseen.

—Además —añado abriendo la heladera y sacando algo de queso y las míseras fetas de jamón que quedan—. No me molesta que te quedes, o por lo menos no lo hace mientras no oiga ruidos... ruidos de ya sabes.

—¿Ruidos sexuales? —inquire sin pudor, apoyándose

contra la encimera de la cocina y cruzando sus brazos sobre su campera deportiva—. Bueno, tendremos problemas con eso más adelante.

Mis cejas se disparan hacia arriba y me pregunto cómo hace Sierra para convivir con una cuarentona sexualmente activa que bromea sobre fornicar abiertamente.

Con el sándwich ya preparado y dividido en dos, me dejo caer sobre una de las sillas mientras abro un libro. Y cuando el microondas termina de calentar lo que debería ser el almuerzo, me percato de que la rubia de corte pixie me observa en silencio a pesar de que el pitido de la máquina debería estar incitándola a moverse.

—El jugador de tu padre salió a correr por el parque que está a pocas cuadras que aquí —comenta—. Me lo encontré preparándose un batido proteico esta mañana y me pidió que te avisara —explica.

Asiento.

—Es un muchacho encantador.

Vuelvo a asentir, incómoda.

—Tan caballero —agrega estrechando los ojos—. Y muy romántico por lo que he visto anoche.



Suficiente, creo que voy a atragantarme con el sándwich a propósito.

—No quiero sonar grosera, ¿pero cuál es el punto? —

interrogo buscando la página donde se explica el efecto Pratfall.

—Solo digo que parece ser un gran chico —dice

encogiéndose de hombros, y que me lo recuerde solo desata una fila infinita de lamentos en mi interior. Beasley va más allá de ser un gran chico, definitivamente. Sin embargo, recordar eso junto con el hecho de que no volveré a verlo en seis días hace que mi corazón se encoja dentro de mi pecho—. Y lo que vi anoche... Los actos verdaderamente románticos solamente pueden surgir por dos motivos a esta edad: tienes una vagina mágica o cupido le ha llenado de flechas el trasero a Malcom.

—No seas tan ordinaria, mamá —se queja una voz segundos después de que se abra la puerta principal—. Kansas no quiere escucharte hablar sobre sus genitales.

¿Por qué madre e hija entran y salen de mi casa cuando quieren? ¿Harriet debe explicarles lo que es la violación a la propiedad privada?

Ella cierra la puerta y deja caer un par de bolsas en la mesa,

la mayoría cargadas de lo que aparente ser comida.

—¿Acabas de hacer las compras? —inquiero incrédula observando los ojos claros de mi compañera de clase.

—No sé por qué te sorprende, tu nevera está prácticamente vacía y se supone que vamos a almorzar y cenar con ustedes hoy

—explica, y automáticamente hago una nota mental para conversar con Bill en cuanto se despierte. Anneley me agrada y Sierra... es Sierra, pero eso no justifica que les esté dando tantas libertades con respecto a nuestra casa—. Además, esto es una especie de simulacro para lo que se aproxima.

Se refiere a después del casamiento, diablos.

—No exageres, hija —replica su madre antes de desviar su mirada hacia mí—. Para que las familias interactúen más, tu padre



y yo estuvimos de acuerdo en comenzar a pasar los domingos juntos —dice hablando un poco más rápido de lo normal—. Sé que puede ser agobiador, así que podemos marcharnos si así lo quieres. No estás obligada a pasar tiempo con nosotras, Kansas.

—Eso no es lo que me dijiste a mí, mentiro... —se queja la

castaña con el ceño fruncido, pero Anneley la interrumpe.

—Cállate —espetea su madre por lo bajo, forzando una sonrisa hacia mí.

—Un día a la semana me parece bien —asiento, analizando que es un lapso de tiempo bastante razonable—. Pero deben empezar a tocar la puerta y...

Anneley me corta.

—¡Trato! —chilla mientras se voltea y saca la comida del microondas.

En esos pocos segundos en que su madre está distraída Sierra se inclina hacia mí y comienza a susurrar.

—Tenemos que hablar —indica antes de deslizar su mirada hacia el libro abierto frente a mí—. Y estás en la página equivocada, el efecto Prاتفall está en la doscientos veintisiete. Sabes cómo usar el índice de un libro, ¿no? —Se burla.

Ella toma la mitad de mi sándwich que descansa en el plato y se deja caer en la silla a mi lado, ambas comenzamos a leer el material de Ruggles en silencio mientras Anneley tararea alguna canción de los años ochenta.

Esto se siente como una tregua.

Tal vez lo sea.

*Blair's Place* se encuentra tranquilo por la tarde. El pequeño local de estilo *vintage* alberga unos cuantos comensales en las mesas cercanas a la vidriera, algún que otro bebedor de café en la barra y solamente cuenta de un único y familiar mozo: Harry. Sin embargo, cuando el muchacho se acerca a pedir nuestra orden no es ninguna sorpresa que nos mire con preocupación porque la pelirroja no pide ninguna dona.

Las cosas marchan mal cuando Jamie no ruega por comida, es un hecho.

El mozo se retira en cuanto Sierra se hace cargo y pide cinco cafés, uno doble para Joe. Mis ojos se deslizan al Jaguar a mi lado; no se ha afeitado en dos o tres días, sombras con forma de media luna se posicionan bajo sus ojos otoñales y sus grandes manos tiemblan en cuanto toma una bocanada de aire. No ha dicho absolutamente nada desde que nos sentamos en nuestra mesa usual, él únicamente se ha limitado a mirar el mantel a cuadros y tragar saliva de vez en cuando en los casi seis minutos que han pasado.

—Hablé con Donna y luego con nuestros padres —murmura antes de hacer una pequeña pausa, su respiración volviéndose

pesada—. Vamos a tener ese bebé.

El silencio surge entre las personas alrededor de la mesa mientras el tintineo de las cucharas contra las tazas ajenas y el zumbido la máquina de café se encargan de formar un fondo de suave sonar. Me planteo lo que debe ser convertirse en padre a tan corta edad, pero, a pesar de que lucho por imaginar la situación, es imposible que logre abarcar cada posible sentimiento y pensamiento. Muchos intentan ponerse en el lugar del otro, pero aunque seamos empáticos de corazón jamás experimentaremos el sentir ajeno.

—Triple J —susurra Jamie juntando sus manos sobre la mesa y desconcertándonos—. Jodidamente jodido Joe.

El muchacho de ascendencia afroamericana pasa de tener una expresión fúnebre a una desorientada, y luego termina sorprendiéndonos con una ronca y triste risa que trepa por las paredes de su garganta y llena nuestros oídos.

—Debo concordar con ella —apunta Sierra con una mirada suave en sus ojos, ¿acabo de notar indulgencia allí?

—No sé qué he hecho —dice Joe negando pesadamente con la cabeza una vez que su risa cesa—. Bueno, en realidad sé

exactamente lo que hice —añade reconsiderando su elección de palabras y trayendo a mi mente una serie de imágenes innecesarias—. Pero la realidad es que estoy jodido, más que nunca.

—Y lo estarás aún más —apunto trayendo su atención hacia mí—. Tu vida dará un pequeño giro en otra dirección y probablemente te cueste encontrar el camino de regreso. La llegada de un bebé al mundo implica cambios, sacrificio y paciencia — deduzco.

—Mucha paciencia —sigue Harriet—. Estarás noches sin dormir, gastarás toneladas de billetes que se irán directamente a la compra de pañales, tal vez recuses materias por no tener tiempo para estudiar y debas darle la espalda a los Jaguars en ciertas ocasiones.

—Estarás agotado, irritado, frustrado, enojado y sumamente asustado al principio —acota Sierra reclinándose hacia atrás en su silla cuando Harry deja las tazas cargadas de humeante café frente a nosotros.

En el camino hasta aquí ella llegó a explicarme lo sucedido con Donna. Hace varios días atrás entró a uno de los tantos baños

de la facultad de medicina, que está a escasos pies del instituto de psicología, dado que necesitaba un sanitario con urgencia de camino a clase. Allí encontró a la exnovia de Joe en uno de los cubículos mientras vomitaba. Según Sierra la muchacha se rompió en el segundo que abrió la boca y terminó confesándole todo a la hija de Anneley, y esta me dijo que simplemente no podía darle la espalda.

Donna siempre fue parte del grupo de amigos y amigas de Joe, y cuando se supo la verdad sobre la infidelidad fue repudiada por el resto. No tenía en quien confiar y Sierra dice conocer a la perfección el sentimiento, además argumentó que nadie debería pasar por algo como eso sola. La desesperación, la tristeza y el terror que vio en los ojos de Donna le hicieron tomar la decisión de ayudarla, pero lo sorprendente de todo esto es que confesó no haber hecho eso por la muchacha embarazada: lo hizo por Joe, porque él merecía saberlo y sospechaba que Donna sería capaz de ocultarlo. Y puede que no lo haya dicho en voz alta, pero algo en la mirada en sus ojos me hizo creer que hizo lo que hizo, en mínima parte, por mí; ella sabe que quiero al Jaguar y es consciente de lo que significa para mí.

—Y probablemente apestes a popó —agrega Jamie al tiempo que vierte tres o cuatro sobres de azúcar en el líquido.

—Pero, porque siempre hay un pero, valdrá la pena — murmuro anclando mis ojos en su mirada de colores cálidos. Una extraña guerra de emociones se desata en su aspecto otoñal mientras nos observa completamente mudo—. Tu situación apesta, Joe. Todas concordamos en ello, y seguramente tú también lo haces en el fondo. Y puede que yo no sea madre aún, pero supongo que todo el dolor, el sacrificio y la mierda que te arroja la vida en este momento valdrá la pena más adelante. Lo hará porque nos estamos refiriendo a la persona que amarás con cada pulgada de tu corazón por el resto de tu vida, hablamos de un bebé —reflexiono tomando la taza entre mis dedos y sintiendo la calidez filtrarse a través de la porcelana.

—Y sea niño, niña o perro lo amarás de todas formas — alienta Jamie.

—Esperemos que no sea la tercera opción, dado que sería un fallo genético muy grave —replica Harriet mirando con severidad a la pelirroja—, Pero supongo que lo que Jamie trata de decir es que querrás a ese bebé sin importar qué. Sé que es difícil procesarlo



en este momento: un día eres un estudiante común y corriente que juega fútbol americano con sus amigos y sale por unas cervezas al supermercado del chino todos los fines de semana y al otro día te encuentras con que tu ex está embarazada.

—Es más que eso —suspira el muchacho pasándose ambas manos a lo largo del rostro—. Tengo demasiadas preguntas en mi cabeza en este momento, y una de ellas es si un niño puede crecer en condiciones con padres separados. Porque siempre decimos que ellos pueden hacerlo, pero una vez que estás en mi lugar la pregunta toma otro peso y significado —explica cerrando los ojos por algunos segundos. El terror y la presión parecen hacer estragos en su garganta y por eso se obliga a tragar con fuerza.

—Si ese bebé es amado no tienes nada que temer, Joe —dice Sierra con una voz extremadamente baja, afable por lo que puedo oír—. Habrá dificultades, pero eso es lo mínimo que puedes esperar de esta situación.

—Y mientras amen a ese niño todo saldrá bien —apoya Harriet deslizando su mano hacia la de Joe y dándole un pequeño pero significativo apretón.

—Me aterra no llegar a ser lo que ese niño o niña vaya a

necesitar, ¿cómo sé si seré un buen padre? —espeta negando con la cabeza pausadamente. La anticipación y el pánico son notorios, pero se niega a perder el control.

—No lo sabes, es así de simple —digo encogiéndome de hombros—. Nadie sabe cómo ser padre en realidad, solamente te queda asimilarlo y esperar; la prueba empieza una vez que tengas a ese bebé en brazos, o eso creo yo —añado contemplando la forma en que decenas de inseguridades forman oraciones no dichas en sus gruesos labios entreabiertos—. Hace muchos años tuve la charla de los bebés con Bill, ya sabes, le pregunté de dónde salían. Él me lo explicó con términos de fútbol americano y prácticamente me ocasioné

una

lesión

cerebral

intentando

comprenderlo, pero el hecho es que siempre recuerdo lo que él añadió al final de la conversación: « *tu llegada al mundo cambió todo y a la vez nada* ». —Soy testigo de la forma en que Harriet asiente con suavidad, las comisuras de Jamie se elevan y Sierra me estudia

en silencio. Joe, por otro lado, baja la vista obligándome a seguir hablando—. Podrás jugar al fútbol, terminar la universidad, salir con tus amigos y hacer tu vida. Tendrás que adecuarla en torno al niño y siempre priorizarlo, pero eso no significa que todo lo que conoces desaparecerá. Sin embargo, otras cosas pueden tomar un giro bastante brusco; tú tendrás a ese bebé en tu mente todo el día, sea consciente o inconscientemente. Los miedos que tienes se triplicarán y ya no pensarás solamente en ti, te desvivirás por la vida que Donna traerá al mundo y seguirás preocupado por él o ella incluso cuando le salgan pelos en la espalda o en las piernas, tenga cuarenta años, tres niños, un pastor alemán y un rancho en Carolina del Sur. —Los ojos del Jaguar encuentran los míos mientras la futura abogada sigue presionando su mano—. Un hijo será tu perdición en ese sentido, pero a su vez probablemente sea lo más extraordinario que vaya a pasarte en esta vida. Me corrijo, lo será; y ese niño o niña será afortunado de tenerte, Joe. Así que intenta dejar de pensar en todas las inseguridades que tienes respecto al bebé y...

Jamie termina por mí.

—Comienza a buscar nombres —dice la pelirroja sorbiendo

ruidosamente su café—. Propongo que se llame Jamie, es un nombre unisex y estoy segura de que a la zo... a Donna le encantará —se corrige.

—Jamie es lindo... —Al cabo de unos segundos Joe sonrío agotado, pero lo hace. Y tras ese comentario se gana una mirada por parte de Harriet y mía.

—Si es niña mi nombre servirá. A Bill le encantará y tal vez te salves de las series de abdominales matutinos. —Estoy bromeando, pero intento sonar seria. Un nombre no es algo que pueda escoger él solo o con alguna de nosotras, será una de las tantas cosas que se verá obligado a charlar con Donna—. Cuando estuvimos en Merton y nació el ahijado de Beasley, la madre decidió ponerle Malcom como segundo nombre, así que eso es lo mínimo que espero de ti, Joe —señalo tomando un trago del café—. Además, espero que me propongas ser la madri... —mi voz se apaga en cuanto me percato del silencio que ha invadido los alrededores.

Sierra arquea una ceja en mi dirección, Harriet esconde su rostro entre sus manos y Jamie hace fondo blanco con el líquido de su taza, preparándose para lo que está por venir. —¿Merton? —

Esta vez es Joe quien habla, y por un segundo todo el asunto del bebé desaparece—.

¿Merton, Londres? ¿Tú estuviste en otro continente con el veintisiete, Kansas?

Doble J y una K.

Jodidamente jodida Kansas.

# Malcom

Cuando llego a casa de los Shepard tras una intensa carrera a través del parque, no me sorprende que el entrenador siga durmiendo.

Por

lo

que

oí,

anoche

él

y

Anneley

estuvieron entreteniéndose hasta tarde, así que tampoco es una gran sorpresa que la mujer siga merodeando en la cocina como hace unas horas atrás. Esta vez se encuentra lavando unas piezas de vajilla.

—Recuerdo cuando podía correr tanto como tú —dice con ambos brazos sumergidos en el agua y la espuma, una sonrisa tira de sus labios—. De todas formas, no es que lo hiciera muy a

menudo, únicamente cuando se me escapaba el perro.

—Pensé que eras una amante del deporte —confieso tomando un sorbo de agua mineralizada de mi botella y esperando a que los latidos de mi corazón disminuyan un poco.

—Lo soy, me encanta verlo por televisión o dirigirlo —dice encogiéndose de hombros—. Amar el deporte no necesariamente implica que debas practicarlo, solo basta con mirar a los millones de personas que se sientan frente a sus televisores a ver partidos todos los domingos; muchos ni siquiera sabrían qué pierna usar para patear una pelota, pero eso no les impide desarrollar un amor por ello —explica antes de terminar de lavar la última taza y comenzar a buscar con sus ojos algún repasador.

Tomo el más cercano y se lo alcanzo ganándome una sonrisa de su parte cuando cierra la llave del agua—. Sin embargo, no hay fanático que pueda sentir la pasión como un jugador. Y trayendo esto a colación quiero felicitarte, Bill me dijo que te irás a Chicago el próximo sábado, ¿crees que podrás hacerlo? —inquire secando sus manos.

—Mientras tenga la posibilidad de estar en el campo, claro que lo haré. Me adaptaré a los Bears —afirmo dejando a un lado la

botella.

—No me refiero a si te adaptarás a Chicago o al equipo,

Malcom —acota con ojos rutilantes, y entonces me percato de que su tono se ha tornado demasiado suave.

El silencio se hace presente y nos envuelve mientras intento descifrar las palabras no dichas en tal oración. Cuando lo hago, no estoy seguro de querer responder a la pregunta.

—Te refieres a si seré capaz de dejar a... —Ni siquiera digo su nombre, ella asiente confirmándolo antes de tiempo.

—No quiero entrometerme, pero siempre termino haciéndolo de todos modos —dice encogiéndose de hombros—. Y por lo poco que he visto, y lo que Bill me ha contado, ustedes parecen tener cierta conexión.

—No quiero sonar como un egoísta, pero estamos hablando de algo que he anhelado desde que tengo memoria —replico sintiendo cómo mi frecuencia cardíaca comienza a aumentar otra vez, pero esto no tiene nada que ver con la cantidad de millas que corrí—. El fútbol americano es todo lo que siempre he amado, lo que conozco y tengo la certeza de que me hace feliz desde cada perspectiva; representa la posibilidad de crecer, de trabajar y



de prosperar. —Mi pecho sube y baja de forma desigual mientras Anneley me observa en silencio, sin prejuicio en su mirada—.

Luché por jugar toda mi vida, y es ilógico que vaya a renunciar a un sueño por alguien que conozco hace casi tres semanas. Los Bears me ofrecen algo único, algo que puede encaminar el resto de mi vida.

—Yo jamás cuestioné la decisión, Malcom —me recuerda—. . No sé por lo que has pasado o cuál es tu historia con el fútbol, y no soy juez en tu toma de decisiones. Yo solamente quería saber si serías capaz de dejar Betland y todo lo que significa, incluida aquella chica por la que montaste un espectáculo de luces anoche.

—Se explica jugando con la cadena alrededor de su cuello—. Sospecho que lo que hiciste ayer no ha sido nada comparado a lo que has hecho con y para Kansas en el tiempo que llevas aquí, y para personas que se conocen hace solo tres semanas es algo muy significativo.

—Lo es —conuerdo—. Kansas sabe que la quiero, pero querer no basta para dejar ir un sueño —reflexiono—. Amar tal vez lo hace.

—¿Ella te ha dicho lo que siente por ti? —inquiére deslizando

sus ojos alrededor de mi rostro.

—No, no lo ha hecho.

—¿Y no te has planteado que tal vez no lo hizo dado que te vas en un par de días? —cuestiona.

—¿Y cuál sería la diferencia? Si ella me quiere no cambia nada, y no creo que llegue a sentir algo tan fuerte como... como amor por alguien que conoce hace tan poco tiempo —expongo.

—El tiempo no condiciona el amar, muchacho —murmura antes de echar el repasador sobre su hombro—. Pero tienes razón, si tú crees quererla y ella llegase a sentir algo más fuerte, no cambia nada; el amor debe corresponderse con la misma intensidad, si no, no es amor. O por lo menos no es equitativo.

Ella se marcha escaleras arriba para despertar al entrenador mientras yo me quedo de pie en la cocina, cuestionando si en verdad quiero a Kansas. ¿Cómo se supone que sepa con exactitud lo que siento si jamás quise o amé a alguien? No tengo referencia alguna.

Los términos querer y amar son diferentes, se bifurcan en algún punto. Y por primera vez me encuentro creyendo que puede que esté mezclando sus significados, y lo que es peor, no puedo

identificar cuál es el que predomina internamente respecto a  
Kansas Shepard.

Gracias Anneley, ahora tengo un problema más grande que la  
conjetura de Poincaré, de Birch y Swinnerton-Dyer, o las  
ecuaciones de Navier-Stokes.

En verdad, gracias.

## **Capítulo LVIII**

Halloween

# Malcom

—Tienes suerte de que mañana no tenga entrenamiento hasta la tarde dado que Bill planea decorar la casa para Halloween —le recuerdo al cerrar la puerta de su habitación de la forma más silenciosa que puedo porque el *coach* acaba de irse a dormir. Me giro para encontrarla sentada sobre la cama mientras junta varias hojas que se dispersan encima del acolchado. La tenue luz de la lámpara sobre su escritorio ilumina su cuerpo cubierto únicamente por una sudadera de Pearl Jam y unos pantalones cortos. Su cabello está sujeto en una trenza floja y varios mechones caen sobre su rostro y rozan sus mejillas. Su sencillez solo logra resaltar su belleza, pero dudo que sea consciente de eso, no creo que sepa lo hermosa que se ve en realidad.

—No creas que tendrás la oportunidad de dormir —me advierte mientras me acerco a la cama—. Mi padre es un fanático del día de brujas, se vuelve alguna clase de maniático y aterrador diseñador de interiores en Halloween, y presiento que tú serás su asistente. —Eso es más un hecho que un presentimiento en realidad—. Pero sinceramente no quiero hablar de Bill tallando

calabazas o colgando telarañas —confiesa mientras aparta lo que deduzco que son varios apuntes de psicología que deposita sobre la mesa de luz.

Aparto las colchas y me meto a la cama con ella, mi espalda encuentra la cabecera y la observo mientras se aparta varios mechones de cabello y los coloca tras sus orejas.

Luce auténticamente cansada y no estoy seguro de si es por el simple hecho de que es domingo, porque parece haber estado leyendo por horas o porque se ha pasado la mayor parte del día fuera con Sierra, Jamie y Harriet; la parte cansadora de eso no es la futura abogada ni la hija de Anneley, claramente.

Yo, por mi parte, he estado pensando más de lo que debería, hablando con Mark y ayudando a un malhumorado Bill a sacar varios adornos del sótano. Este es el primer momento en prácticamente un día entero que Kansas y yo nos encontramos a solas, y comprendo el hecho de que no quiera platicar.

—No quiero hablar de nada en realidad —se sincera arrastrándose a mi lado y anclando sus ojos en los míos—. ¿Debo ser más clara que eso? —inquieta una vez que pasan los segundos y ambos nos sostenemos la mirada sin hacer absolutamente nada.

—No hay necesidad —replico—. Lo subliminal del mensaje quedó bastante claro —añado antes de llegar a tomar su mano. Sus dedos están fríos mientras envuelvo los míos alrededor de estos intentando brindarle algo de calidez. Sus ojos se deslizan por mi rostro y los míos imitan la acción; contemplo las facciones y el contorno de sus labios, el largo de sus pestañas y los pocos lunares que se distribuyen en su piel como estrellas tras la partida de un atardecer. Tiro de su mano obligándola a acercarse y pronto está sentada en mi regazo. Mis brazos están a su alrededor antes de que pueda evitarlo y entierro mi rostro en su cuello. Aspiro su perfume y me deleito ante la forma en que sus manos encuentran mi cabello y sus dedos serpentean a través de las hebras.

Nuestros pechos se tocan y aplastan uno contra el otro, los corazones parecen tocarse cuando tomamos una inhalación mientras nos abrazamos en silencio y mis párpados se cierran casi de forma involuntaria. Los dedos de Kansas se arrastran con suavidad y pereza por mi pelo, a veces rozando la piel de mi cuello y provocándome un escalofrío.

Mi agarre se torna más fuerte al cabo de los segundos, exactamente cuando las palabras de Anneley hacen acto de

presencia en mi cabeza. La duda vuelve a resurgir en mis adentros y es obvio que hasta que no encuentre respuesta a todas las preguntas que me he planteado tendré que seguir lidiando con la incertidumbre y la vacilación.

No creo que exista combinación de palabras que logre hacer justicia a lo que se siente tener a la castaña tan malditamente cerca. Kansas es sinónimo de armonía cuando se encuentra en mis brazos, y tengo la certeza de que es la única persona por la que rogaría alguna vez. Su simple toque tiene la capacidad de calmar las inquietudes, de brindar compañía incluso cuando se cree no tener a nadie y traer confianza a aquellos que la han perdido. Tenerla cerca se siente como haber encontrado un lugar donde puedes deshacerte de tus preocupaciones y dejar caer la armadura por un segundo, un lugar donde exponerse está bien y no implica ser juzgado, sino aceptado; un lugar de reflexión.

Ella abraza de forma inigualable, suave y fuerte a la vez, como si pudiera juntar los trozos de tu cuerpo que rompiste durante el día y unirlos durante la noche. No deja cicatrices y hasta logra atenuar las que ya tenías.

Anneley y sus palabras desaparecen en cuanto ella toma

distancia y me observa con aquellos felinos ojos que posee. Una de sus manos se arrastra hasta mi mandíbula y siento su aliento acariciar mis labios. Únicamente me basta un segundo para decidir lo que quiero hacer y, en cuanto su mirada expresa concordancia con la mía, mi boca y la suya se encuentran en un beso.

El sabor de sus labios es adictivo, algo de lo que parece que jamás obtendré suficiente a medida que mi lengua roza la suya y exploramos nuestras bocas mutuamente. Mis manos recorren su espalda ida y vuelta y siento la forma en que se estremece entre mis brazos cuando las yemas de mis dedos rozan la sensible y expuesta piel de su cuello. Ella arrastra sus labios de mi boca a mi mandíbula, depositando uno que otro aleatorio beso mientras tira gentilmente de mi cabello. Mis manos vuelven a descender por su columna hasta llegar a la curva de su cintura y trasladarse con tardanza hacia sus caderas; su aliento encuentra la piel mi cuello y en cuestión de segundos puedo sentir la humedad de sus besos distribuida a lo largo del lugar, la exquisitez de la acción no tiene comparación alguna.

Mis manos hacen presión en sus caderas y las partes inferiores de nuestros cuerpos entran en contacto, desatando una



explosión de anticipación que se manifiesta en sus ojos rutilantes. Trago con fuerza en el momento en que sus manos se arrastran de mi cabello a mis hombros, bajando lentamente a través de mi camiseta hasta mi abdomen. Sus dedos serpentean alrededor del elástico de mi pantalón de algodón mientras nuestras miradas se encuentran entre las masas de aire, ambos contemplándonos ante la tenue luz emanada por la lámpara.

—Mis pantalones se sienten demasiado pequeños en este momento —murmuro tomando sus muñecas y alejándolas de aquella zona—. Y no me quedaban tan ajustados hace cinco minutos —confieso ganándome una pequeña sonrisa de su parte junto con el arqueamiento de una de sus cejas.

—Qué forma más elegante de decir que acabo de provocarte una erec... —la obligo a callar en cuanto mis labios encuentran los suyos por lacónicos momentos, nuevamente gozando y absorbiendo su esencia en el proceso.

—Suficiente —espeto antes de tomarla por la cintura y obligarla a bajarse de mi regazo—. Debemos dormir, solamente nos quedan unas seis horas y media de sueño —le recuerdo, y por la forma en que me observa puedo deducir que sabe que estoy

dando una excusa; y es verdad, no puedo negarlo, pero tampoco puedo dejar que algo así ocurra esta noche.

Ella me da la espalda y se cubre con las sábanas mientras murmura palabras ininteligibles. Entonces, mi ya muy inquieto y despierto cuerpo se acomoda a su figura y dejo caer mis brazos a su alrededor. Me incorporo solamente lo suficiente como para depositar un beso en su mejilla y oírla maldecir por lo bajo.

—Sabes que tu erección está en mi trasero ahora, ¿verdad? —  
inquieta sin pudor alguno, con cierta diversión filtrándose a través de su voz—. No creo que eso ayude.

—No debes recordármelo —mascullo por lo bajo, hundiendo mi rostro en el hueco de su hombro y cuello.

Sé que las comisuras de sus labios se curvan mientras cierro los ojos, y tal vez sea porque las mías también lo hacen.

# Kansas

Tras el gran despliegue comercial y la publicidad engendrada en el cine estadounidense, Halloween se convirtió en algo viral; muchos ni siquiera saben lo que se celebra en realidad y, como muchas otras tradiciones, se lleva a cabo únicamente con el objetivo de divertirse y no de conmemorar.

Bill Shepard es del tipo que celebra sin saber, no voy a negarlo. La realidad es que jamás fue un aficionado a las fiestas o a la decoración, pero el día de brujas saca a flote su fanatismo. Así que cuando detengo el Jeep frente a casa tras una larga mañana intentando comprender estadística y con apuntes del efecto Pratfall hasta en el salpicadero del auto, no es ninguna sorpresa ver al entrenador de los Jaguars haciendo un desastre en el jardín delantero. El vecindario entero ha sacado los adornos de Halloween que juntan polvo en los sótanos de los hogares, la mayoría ha puesto telarañas en los alrededores de la casa, algún espantapájaros y varias calabazas con rostros diabólicamente contentos en la entrada.

Sin embargo, Bill Shepard los ha superado por mucho.

Hay lápidas falsas incrustadas en el césped que vienen acompañadas de flores secas de colores negro y rojo. A su alrededor se alzan fantasmas con expresiones terroríficas que logran adquirir movimiento por pequeños ventiladores a pila bajo ellos —me mostró el truco el año pasado—, y de esta forma parece que en verdad están flotando.

Calabazas se alinean en el sendero de la entrada con sonrisas descomunales y dientes faltantes, cejas fruncidas y miradas siniestras. Para complementar el ambiente hay murciélagos, arañas, ataúdes, una bruja sobre el árbol que da a la ventana del baño y decenas de criaturas e insectos que se desparraman desde el suelo hasta el techo.

—¡Beasley, trae las luces! —ordena mi padre mientras talla una calabaza en el porche. Usa su delantal floreado y se encuentra cubierto de una pasta color naranja. Creo que esas son las consecuencias de pasar toda la mañana esculpiendo hortalizas—. No pises las ratas, Kansas. Y ten cuidado con los escarabajos de goma —me dice mientras cierro la puerta del Jeep y comienzo a abrirme paso en el caos de adornos. Puede que tenga todo listo, pero está claro que le falta acomodar estratégicamente

los ornamentos.

—Este año estás un poco más alterado que el anterior, ¿no crees? —inquiero—. ¿Sigues molesto porque ganó la señora Hyland la última vez o porque los Jaguars perdieron el partido contra los Saviors el sábado?

Mala pregunta.

—Es obvio que sigue furioso porque yo gané el año pasado, Kansas. —La voz de la abuela de Gabe proviene del otro lado de la cerca. La mujer aparece con su usual cuello de tortura y gafas ovaladas, en un suéter púrpura que tiene una calabaza tejida en la barriga—. Tu padre es un hombre muy envidioso y rencoroso, ¿no te has dado cuenta aún? —Sonríe con una dulzura poco confiable hacia Bill.

Cada año los Hyland y los Shepard, y con esto únicamente me refiero al entrenador y a la arrugada Mary, entran en una batalla campal en épocas de octubre; ambos se encargan de cocinar, decorar y confeccionar disfraces para ganar el premio del *Vecino Apocalíptico*, organizado por la propia vecindad. Es realmente ridículo, un gasto de dinero y tiempo, pero sinceramente ya dejé de insistir en que el *coach* deje de lado la festividad. Es

imposible.

—Siempre tan encantadora como una flor marchita, señora

Hyland —espeta Bill antes de apuñar la calabaza en su regazo—.

Este es mi año, mujer.

—Sigue diciéndote eso si te da esperanzas —replica la

anciana antes de voltearse encantada al ver a sus nietos cargando cajas rebosantes de adornos.

Gabe entrecierra los ojos ante el resplandor del sol y puedo deducir que acaba de levantarse. El pequeño Adam serpentea por el jardín con una galleta en la boca. El soborno de la abuela para que colabore, claramente.

—¡Billy, no debías empezar a decorar sin mí! —chilla una voz tras el zumbido de un motor. Girando sobre mis talones encuentro el coche de la señora Murphy deteniéndose en la calle y a Zoe sacando su cabeza rubia por la ventana, o por lo menos tanto como se lo permite el cinturón de seguridad.

Sonrío hacia su madre quien me saluda luego de darle un beso a la niña. Zoe, demasiado emocionada, prácticamente salta del automóvil con su mochila rebotando en la espalda, su disfraz puesto y la jaula de Ratatouille en mano. Usa botas de lluvia

amarillas y un atuendo de pescador que se ve complementado con una caña de juguete, un sombrero que cubre parcialmente su cabeza y un chaleco del que cuelgan señuelos de todos los colores.

Mientras ella se encarga de reprochar a Bill por no esperarla para comenzar con la decoración trazo mi camino hacia dentro y dejo caer mi chaqueta en el sofá.

—Esto será catastrófico, ¿verdad? —La familiar voz de Malcom llega a mis oídos antes de que una imagen de él cargando una hecatombe de luces llene mi campo de visión.



—Lo será —aseguro, sabiendo que acaba de escuchar la conversación que se desató en el patio.

Un brillo desconocido se origina en sus ojos mientras pasa por mi lado para salir por la puerta. Que me dé una palmada en el trasero en el trayecto hacia el porche es algo totalmente nuevo y, a pesar de que me quejo en voz alta, soy consciente de que en el fondo no me molesta.

En absoluto.

—Creo que me estoy arrepintiendo de esto —confieso

mirándome en el espejo de mi cuarto.

—Demasiado tarde —replica Harriet mientras sostiene algunos clips para el cabello entre sus dientes. Reprimo un quejido en cuanto jala de las hebras otra vez y siento cómo la piel de mi rostro se estira de forma casi antinatural—. Pásame la peluca, Jamie —murmura la rubia demasiado enfocada en mi peinado.

—Para eso tenemos sirvientes —replica la pelirroja que se sienta en el borde de mi colchón deslizando sus dedos sobre la pantalla táctil de su celular. A su lado, saltando entre almohadas y acolchados, la niña intenta pescar con su caña de plástico al escurridizo e inquieto Ratatouille que corre por debajo y sobre las sábanas de la cama sin hacer, escapando de ella.

—Zoe no es tu esclava —le recuerdo llamando la atención de la misma.

—¿Por qué no puedo ser un esclavo? —inquire deteniendo la pesca y observándome por el espejo con ojos ampliamente inocentes—. Mi mamá dice que puedo ser lo que quiera —replica, y eso únicamente logra resaltar el hecho de que no sabe lo que la palabra significa.

—Y tú mamá tiene razón —asegura Jamie despegando su



mirada del teléfono—. Astronauta, presidente, bailarina exótica, vendedora de *hotdogs*... como sea, puedes ser lo que te apetezca —añade sonriéndole con calumnia—. Ahora compórtate como una buena esclava y dale esto a Harriet para que terminemos de disfrazar a Kansas y podamos subir una foto a *Instagram* —dice tendiéndole la peluca negra.

Zoe la acepta con gusto y corre a dársela a la futura abogada, la cual parece estar demasiado concentrada en terminar de destruir lo que queda de mi cuero cabelludo como para reprender a Jamie o recitar la definición de esclavo que figura en el diccionario.

Sé que si Malcom estuviera aquí ya hubiera abierto la boca para lanzar algún comentario, pero dado que él, Bill y los Jaguars fueron a entrenar por la tarde no hay persona que vaya a continuar la conversación de Zoe convirtiéndose en esclava; ¿y yo? Ya me di por vencida en lo que a hacer comprender definiciones a la niña se refiere.

—Es bastante injusto que yo deba usar peluca y ustedes no — apunto una vez que Harriet da un paso atrás para evaluar su trabajo.

—No es nuestra culpa que tú seas castaña. —Se encoge de hombros la que ahora podría definir como estilista no

recomendada—. Sin la peluca desentonaríamos, y sabes que nuestros disfraces se complementan, así que acéptalo. Además, solo debes usarla por una noche —recalca.

—Es eso o que Harriet te tiña el cabello —informa Jamie, y de forma instantánea niego con la cabeza. Eso sería realmente desastroso—. Ahora déjate de quejar y subamos una foto de *Las chicas superpoderosas a Snapchat, Facebook* y toda red social que exista —murmura poniéndose de pie y acercándose.

—¿Puedo salir en la foto también? —inquire Zoe con ojos brillantes de ansiedad.

—De acuerdo, esclava —suspira la pelirroja ganándose una mirada cargada de advertencia de mi parte.

—¿Y Ratatouille? —interroga la niña tomando a su mascota entre sus manos y sonriendo. Deja al descubierto su falta de dientes de leche obligando a Jamie a rodar los ojos con cansancio.

—Que venga la rata también —concluye de mala gana contemplando al hámster con cautela.

Tras prácticamente una sesión fotográfica logro hacer que Jamie y Harriet bajen al primer piso para comenzar a distribuir la comida y terminar con los últimos detalles de la decoración antes

de que mi padre y todos los invitados lleguen.

Los disfraces que elegimos ese día que fuimos de al centro comercial con Anneley parecieron encantarle a las muchachas. El vestido celeste y negro de Burbuja se vio fácilmente combinado con el cabello rubio de la futura abogada, a la cual es bastante extraño ver con dos coletas en la cabeza. La melena pelirroja de Jamie indicó desde el primer instante que ella sería Bombón y luciría los colores rosa y negro, y por último estaba Bellota, o sea, yo. Para darle vida al personaje tuve que meterme dentro de un vestido donde predomina el verde, color que detesto. Eso y el hecho de que esté usando una peluca negra que roza mi nuca y me provoca comezón me hace decidir que el año que viene yo elegiré los disfraces.

—Kansas... —La voz de Zoe me saca de mi ensimismamiento antes de sentir su pequeña mano enroncándose alrededor de la mía—. ¿Crees que la fiesta será divertida? Es la primera vez que mi mamá me deja quedarme hasta tan tarde en una celebración para adultos —confiesa.

Me pongo en cuclillas y enderezo el gorro de pescador en su cabeza.

—Será una noche inolvidable, cariño —le aseguro en un susurro.

Por un momento un mal presentimiento me hace cuestionar mis propias palabras, pero el mismo se desvanece en cuanto la niña me sonrío.

—¿Ya ensayaste lo que vas a decir? —inquiero.

—Dulce o truco.

## **Capítulo LIX**

Halloween al cuadrado

# Malcom

La casa de los Shepard ya abre sus puertas a los Jaguars y al vecindario para el momento en que Ben logra estacionarse a unos cuantos pies de distancia.

Tras entrenar en su mayor parte con trineos de arrastre, vallas y un circuito de campo, nos vimos obligados a adueñarnos de las duchas y el vestuario para prepararnos para Halloween. Los muchachos me explicaron que cada año Bill escoge una temática para los disfraces del equipo. El año pasado se trató de encarnar la década de los setenta y, por lo tanto, hubo varias pelucas, patillas y bigotes falsos involucrados. Este año al entrenador se le ocurrió una temática marina, lo que nos deja un montón de piratas y marineros que lucen desde garfios hasta uniformes y tatuajes temporales.

—Voy a rendir homenaje a los piratas esta noche —asegura Hamilton mientras caminamos por la vereda hasta el hogar del *coach*—. Voy a beber hasta que mi vejiga explote.

—No creo que el entrenador permita las bebidas alcohólicas esta noche teniendo en cuenta que mañana es martes y que prefiere

que sus jugadores no se intoxiquen —apunto—. Además, por si no sabías, existieron piratas que no fueron fans de la bebida.

Bartholomew Roberts, por ejemplo, fue uno de los más famosos y es considerado como uno de los saqueadores más exitosos de la historia. Él era conocido porque únicamente bebía té y se negaba a probar el alcohol. —Sacando el hecho de que se dedicaba a la piratería parecía ser un sujeto agradable—. Este galés se mantenía sobrio mientras su tripulación hacía fiestas para envenenar sus cuerpos con toxinas.

—¿Crees en la reencarnación, Tigre? —inquire acomodándose su parche en el ojo derecho y enderezando su sombrero—. Porque estoy seguro de únicamente tú podrías ser pirata y tomar té. Tal vez fuiste Bartholomew en una de tus vidas anteriores —añade con bastante seriedad.

—Bueno, según la teoría de... —me interrumpe mientras uno de sus brazos rodea mis hombros y me jala en un abrazo que es sinónimo de asfixia.

—Cierra la boca y entremos de una maldita vez, ¡hoy es Halloween y este pirata está de ánimos para asaltar un barco en especial! —exclama prácticamente arrastrándome por el sendero

que lleva al porche. Y, por deducción, creo que el barco al que Ben está por disparar sus cañones tiene una bandera con el rostro de Harriet flameando en el mástil.

La decoración del exterior de la casa es realmente sorprendente. Las lápidas aparecen y desaparecen entre la niebla que Bill ha logrado crear gracias a la máquina de humo que escondió entre los arbustos esta mañana. Telarañas cubren cada adorno y las calabazas iluminadas internamente sonrían de forma siniestra mientras nos acompañan por el sendero hasta la puerta.

Las calles de Betland están llenas de niños disfrazados y sus padres acompañándolos de la mano. Hay vida en cada rincón de la ciudad, eso es irrefutable, pero el hogar de Kansas alberga gran cantidad de vecinos y universitarios que representan una buena parte de la población total del lugar.

La fiesta está en pleno apogeo para el momento en que nos deslizamos entre las personas de coloridos y diversos disfraces hacia el interior de la sala. Un ángel platica animadamente con un duende en el sofá, piratas bailan con animadoras y una que otra monja; veo brujas sonriéndole a los alienígenas de la entrada y a un sacerdote que reparte *cupcakes* a un par de demonios. Scooby- doo

toma lo que parece ser un licuado con Drácula y Marilyn Monroe  
posa para una *selfie* con un minion.

Nada fuera de lo común.

O por lo menos para ser Halloween.

—¡Al fin llegaron! —dice una voz bastante familiar a  
nuestras espaldas.

—Oh, hombre —murmura Hamilton en cuanto se gira, con  
decepción—. ¿Cómo diablos se te ocurre disfrazarte de sirena? Me  
avergüenza conocerte.

Me giro sobre mis talones para encontrar a Chase de pie frente  
a nosotros. Una corona adorna su cabeza y su pecho está totalmente  
al descubierto, sus piernas están envueltas en una cola de color  
turquesa que resplandece en lentejuelas y me hace preguntarme  
cómo logra moverse en ese disfraz.

—No soy una sirena —replica dando dos pequeños saltos  
para acercarse a nosotros—. Soy un tritón —corrige haciendo un  
ademán a su vestuario con el tridente dorado que sostiene en mano.

—¡Ahí estás, Beasley! —La ronca voz nos advierte que el  
entrenador está cerca—. Te estuve buscando por... —Las palabras  
se desvanecen en sus labios en cuanto sus ojos caen sobre el



número dieciséis.

Bill está vestido como un auténtico pirata del siglo XVII, y hasta tiene un garfio que se ve bastante real junto con un loro posado sobre su hombro. Él parece atónito mientras recorre con la mirada a Chase y sus labios se presionan en una dura línea de expresión.

Ben y yo, sabiamente, damos un paso atrás.

Y Bill grita.

—¿Qué demonios, Timberg?! —espetta girando alrededor del muchacho que prácticamente se ha quedado petrificado.

—Usted dijo que era una temática ma-marina —tartamudea encogiéndose de hombros.

—¡Sí, y se supone que los miembros de los Jaguars vendrían disfrazados de algo más varonil! ¡Eres parte de un equipo de fútbol, no del escuadrón de porristas de preparatoria! —ataca señalándolo con incredulidad—. ¡Yo quería marineros, tiburones o piratas! ¡No una sirena que usa tiara y muestra sus tetillas! —explica antes de pellizcar una de ellas haciendo retorcer a Chase y provocando que Ben deba contener su propia risa.

—No es una tiara, es una corona —corrijo, ganándome una

mirada mordaz de parte de Bill.

—Y no soy una sirena, soy un tri... —comienza el dieciséis otra vez, tomando coraje para corregir al entrenador. Sin embargo, alguien lo interrumpe.

—Eso sí que es un pez gigante. —Kansas sale de la cocina con Zoe de la mano, y en cuanto reconozco el atuendo de pescador puedo imaginarme cómo terminará esto—. ¿Por qué no intentas pescarlo? —incita al parásito que sonríe mostrando su precaria dentadura y balanceando una caña rosada de plástico en mano.

—*Sunshine...*

—

le

advierte

Chase

observando

cuidadosamente a la niña que se acerca con un brillo diabólico en sus ojos—. ¿Qué estás haciendo? —inquieta con nerviosismo, dando un salto hacia atrás.

Bill sonríe como un niño en la mañana de Navidad, y es algo

insólitamente tétrico de ver.

—Se me antoja comer pescado esta noche —le dice a la cría poniéndose en cuclillas para estar a su altura—. Y te daré diez dólares si ese anzuelo termina en el lugar correcto —promete, y estoy seguro de que está gesticulando la palabra «nalgas».

—Pero yo no sé pescar en realidad —objeta ella.

—Timberg será tu sujeto de prueba —responde el *coach*—

. Mejor dicho, tu pez.

—¡No soy un pez, soy un tritón! —insiste Chase con frustración antes de comenzar a alejarse de nosotros. Bill serpentea un billete en el rostro de Zoe y a ella no le toma más de medio segundo tomarlo y correr en busca de Timberg, quien comienza a saltar y a llevarse por delante cada persona que se encuentra en la sala—. ¡Juro que no soy un pez! ¡Soy un tritón, y no hay que pescar a los tritones porque están en extinción! ¡Aleja esa caña de mi trasero, Zoella!

—Gracias por la idea, hija —murmura Bill deleitándose de la imagen de la caña siendo balanceada en busca de las nalgas del dieciséis—. Quiero grabar esto —añade antes de sacar su teléfono y comenzar a filmar la primera y posiblemente última pesca de

Zoe.

—De nada —replica ella cruzándose de brazos mientras su padre se marcha, y en cuanto tengo el tiempo suficiente para apreciar su disfraz me veo obligado a tragar.

Uno pensaría que los tacones altos son algo realmente sensual, pero Kansas hace lucir sus zapatos de tacón bajo como el mejor calzado para seducir a alguien. Sus torneadas piernas envueltas en medias blancas parecen ser muy extensas hasta llegar al borde de su vestido, el cual a pesar de tener un largo sumamente decente roza sus muslos de una forma lasciva. La prenda verde se adhiere a las curvas de su cuerpo y una franja negra envuelve su cintura. Aunque el escote es escaso y sus brazos y rostro son los únicos que están completamente al desnudo, llego a la conclusión de que se ve atractivamente adorable. Más atractiva que adorable, definitivamente.

—¿Te niegas a usar un vestido para una cita pero usas uno en Halloween? —inquiero—. Inaceptable, y déjame decirte que esa peluca hace que tu cara adquiera la forma de un pentágono.

Ella arquea una ceja en mi dirección.

—Tú eres el maestro de la seducción, Malcom —murmura

Ben antes de darme una palmada en el hombro con una fuerza innecesaria—. La conquistarás si sigues así —asegura, y el sarcasmo se vierte en sus palabras—. Y ahora, si me disculpan, iré a buscar algo para beber que tenga «burbujas». Muchas «burbujas»..

Creo que ya es bastante obvio que descifró de qué se disfrazó Harriet.

Kansas le lanza una mirada en cuanto da el primer paso.

—Tranquilízate, *Sunshine* —murmura el receptor—. Soy un buen chico, sé tratar a una mujer como se lo merece —asegura antes de deslizar sus ojos hasta los míos—. Lo cual no incluye decirle que parece un pentágono.

En cuanto Hamilton parte, la castaña da un paso al frente. Su mirar verde y café está cargado tanto de palabras como sentimientos indescifrables que brillan con una intensidad propia de ella. Sus manos llegan al pañuelo que envuelve mi cuello y retengo el aliento cuando sus dedos serpentean por el mismo.

—Esta clase de demostraciones no deberían ser hechas en público. —Me obligo a decir.

—¿Desde cuándo ahorcar a alguien en público está mal visto?

—replica.

—¿Ahorcar a al...?

Ella ajusta el nudo de mi uniforme de marinero lo suficiente como para que no me asfixie mientras aprendo la lección: no combinar las figuras geométricas y al ser femenino en una misma oración.

—Si sigues diciendo cosas como esas no te daré mi regalo de Halloween —sentencia a una distancia bastante prudente, pero eso no impide que su usual y dulce fragancia se impregne en el aire a mi alrededor o disminuya la avidez de tenerla un poco más cerca.

—¿Desde cuándo se dan regalos en Halloween? —interrogo provocando que ella exhale con cansancio—. Lo único que se da en este día son sustos o dul... creo que ya comprendí — concluyo contemplando cómo reprime una sonrisa y deja ir el pañuelo alrededor de mi cuello. La mirada que me da es bastante prometedora—. Pero viniendo de ti espero más el susto que el dulce —confieso.

—Soy hija de Bill Shepard, es lo menos que puedes esperar de mí. —Se encoge de hombros.

—¿¿Alguien ha dicho mi nombre?! — Se escucha exclamar

sobre la música antes de que el *coach* se deslice entre dos personas platicando, exactamente entre Batman y Maléfica. Sus ojos caen automáticamente en Kansas y en mí.

Solo que ese no es Bill.

Es Gabe.

—¿Por qué respiras el mismo aire que mi hija, Beasley?! —

El muchacho usa ropa deportiva y una barriga casera que está cubierta por una sudadera de los Kansas City Chiefs. La típica gorra del entrenador cubre su cabello y el silbato cuelga de su cuello imitando al verdadero Bill Shepard—. ¿Quieres que mi pie se incruste en tu trasero?! ¡Porque eso sería muy doloroso, y si no me crees pregúntale al zopenco, cochino y malparido de Timberg! —grita con auténtico desdén e irritación en su voz.

—Baja la voz —lo reprocha alguien que no soy capaz de ver, pero entonces mi mirada desciende para contemplar a Adam Hyland en un disfraz alucinante mientras mastica una fruta—. Que te disfraces como el vecino no implica que debas gritar como él —le recuerda el niño acomodando sus gafas.

—Hola, Adam —saluda Kansas—. ¿De qué te disfrazaste exactamente? —inquire.

Tanto el primo de Gabe como yo la observamos en silencio, incapaces de creer que no se ha percatado todavía.

Es Newton — apunto al ver que lo observa como si fuese un verdadero enigma—. Por favor, ese peinado y la manzana son características obvias del mayestático Isaac —acoto mientras el niño asiente con la cabeza en mi dirección, demostrándome su concordancia.

Bueno, Newton, si quieres encontrar a Zoe busca a una sirena huyendo de un pescador —dice la castaña.

—¿De quién huye Zoe? —inquire el niño.

—En realidad, Zoe es el pescador, están huyendo de ella —aporto—. Ten cuidado, tiene una caña y no sabe cómo usarla —agrego antes de que el joven Rickmount desaparezca dando mordiscos a la fruta.

—Timberg es la sirena, ¿verdad? —Ríe Hyland cruzándose de brazos mientras Kansas y yo asentimos—. Parece que Halloween no es su día de suerte.

—Nunca es su día de suerte —concluye Kansas, y ese brillo de diversión en su mirada es todo lo que necesito para deducir que será una buena noche.



# Kansas

Hay una barra de licuados tropicales en mi cocina y una hawaiiana cortando fruta en la misma, todo muy casual.

Anneley luce su disfraz mientras enciende la licuadora. Está descalza, usa una falda de tiras verdes que llegan hasta sus tobillos y dos cocos cubren su busto. Tiene una corona de flores anaranjadas sobre su cabello rubio y un collar de las mismas alrededor de su cuello.

Demasiada piel a la vista.

—Felicidades, mamá —habla Sierra mientras toma un batido de fresa y da un gran sorbo. Ella se decidió por un típico atuendo de Harry Potter, y por los colores puedo deducir que es parte de Slytherin, casa que combina perfectamente con su personalidad—.

Llevaste Halloween a un nivel mucho más aterrador —señala haciendo un ademán a los cocos.

A Bill le gustó el disfraz —replica la entrenadora de natación mientras detiene la licuadora y comienza a verter el líquido en varias copas de vidrio. Que esté bailando mientras lo hace únicamente logra que esté de acuerdo con Sierra, lo cual no se da

muy a menudo.

—Y de seguro eso no tiene nada que ver con el hecho de que tu ombligo esté tan expuesto, Anneley —murmuro dando un sorbo a mi batido de mango.

—O que esos cocos sean lo único que cubre tus pezones —añade su hija sin pudor.

—Bueno, no soy la única que cubre sus pezones —argumenta en cuanto Timberg llega hasta nosotras con una expresión cautelosa, dando saltos pequeños.

—Zoe es como una clase de diablillo en miniatura —dice el muchacho observando a nuestro alrededor con precaución—. Y Bill es como el jefe de los diablillos, uno con sed de tritones.

—Los tritones no usan un sostén de conchas marinas, Chase —señalo observando que una nueva prenda envuelve su pecho.

—No tuve opción —replica con cierto frenesí—. Mis tetillas no están a salvo si el *coach* está cerca y Zoe corre por ahí con una caña —asegura—. Además hace frío y las conchas venían como parte del disfraz —añade abrazándose a sí mismo.

—Lo que digas, Ariel —acota Sierra poniendo los ojos en blanco.

—De todas formas no creo que debas preocuparte por mi padre intentando retorcer alguna parte de tu cuerpo —murmuro apoyándome contra la barra y preparándome para el espectáculo—. Los vecinos están votando en la sala para ver quién ganó el premio de Halloween este año. Bill está muy ocupado peleando con la abuela de Gabe.

—Espera un segundo —dice una nueva voz uniéndose al

grupo,

y

en

cuanto

Jamie

llega

a

mi lado el vaso en mi mano desaparece—. ¿El Santa Claus que está discutiendo con el *coach* es la señora Hyland? Porque acabo de ver al hombre de la Navidad golpeando a Bill con un bastón de caramelo en la entrepierna.

Anneley chilla antes de rodear la barra y abrirse paso entre

los invitados. Los cocos rebotan peligrosamente mientras lo hace.

—¿Alguna vez mencioné que me gusta Hawái? —inquire

Chase siguiendo con sus ojos a mi posible madrastra y ganándose una mirada más que desaprobadora de parte de Jamie y Sierra.

—Timberg, lárgate antes de que le diga a mi padre lo que acabas de decir o llame a Zoe para que siga con su pesca —advierto mientras la pelirroja a mi derecha hace fondo blanco con lo que resta de mi licuado sin despegar sus ojos del Jaguar.

Él desaparece en cuanto ella deja caer el vaso con un estruendo sobre la barra y truena su cuello.

—Así que tenemos a Bombón y a Bellota, ¿pero dónde está Burbuja? —inquire la hija de Anneley escudriñando nuestros disfraces.

—La secuestró un pirata —informa Jamie.

—Eso pensé. —Sonríe, para mi sorpresa, mi compañera de clases—. ¿Y por qué el marinero no te ha secuestrado aún? —pregunta deslizando sus ojos glaciales en mi dirección.

—Está demasiado entretenido platicando con Newton —digo encogiéndome de hombros—. Parece que están en una feria de ciencias en vez de una fiesta de Halloween, pero eso me da tiempo para arreglar los últimos detalles de la sorpresa que le tengo

preparada.

Jamie se tensa en el instante en que une las piezas del rompecabezas en su cabeza.

—¿Para eso me pediste que llamara a Héctor?!



—¿Se divertieron? —inquire la señora Murphy mientras Zoe trepa en el asiento del pasajero antes de que me incline para ponerle el cinturón de seguridad.

—¡Fue genial! —chilla la niña—. Bill me enseñó a pescar y saqué una sirena.

La mujer de suaves y pálidas facciones echa su cabello rojizo hacia atrás mientras ríe ante la emoción que se filtra a través de las palabras de su hija.

—Tienes chocolate en los dientes, por lo que deduzco que ya has comido algunos dulces esta noche. ¿Aún tienes ganas de salir por algunas golosinas en nuestro barrio? —pregunta la pelirroja, y obviamente recibe una respuesta positiva por parte del pescador a su derecha. Zoe es insaciable en lo que se refiere al azúcar—. De acuerdo, vámonos entonces —dice antes de que la niña tome mi

rostro entre sus manos y me deposite un húmedo y chocolatoso beso en la mejilla—. Gracias por todo, Kansas. Mañana te traigo la paga del mes —añade.

—Está bien —murmuro antes de cerrar la puerta y observarla a través de la ventanilla baja—. Tengan una terrorífica velada y conduzcan con cuidado, la tormenta no tarda en llegar —apunto haciendo un ademán al cielo antes de dar un paso atrás y verlas marchar mientras Zoe comienza a relatarle a su madre la forma en que logró capturar una sirena.

Las luces del coche se pierden entre las calles de Betland para el momento en que me giro sobre mis talones y encuentro un par de ojos oceánicos observándome a la distancia.

Malcom está de brazos cruzados, apoyado contra uno de los pilares de la entrada; su uniforme azul resalta sus músculos y la estructura de su cuerpo, su sonrisa pequeña y torcida curva sus labios y el toque de luz hace destellar sus ojos hasta en la escasa distancia que nos separa. Comienzo a caminar a paso lento por el sendero de calabazas iluminadas y él hace lo mismo. La fiesta ya se ha acabado para el momento en que nos encontramos cara a cara con la niebla arremolinándose alrededor de nuestros cuerpos.

Mis dedos ya están entrelazados tras su nuca antes de que pueda percatarme de lo que estoy haciendo, y sus manos se deslizan alrededor de mi cintura tan rápido como se retiran al oír la gruesa voz del entrenador.

El real Bill Shepard, no la imitación.

—¡No, por favor! —ruega desde el porche—. ¡Si vas a empezar a besuquearte con mi hija por lo menos hazlo fuera de mi propiedad, estúpido Beasley! —escupe apuntándonos con su garfio.

—Vamos —murmuro dando un paso atrás—. Conozco un lugar al que podemos ir —confieso antes de sacar las llaves del Jeep de mi chaqueta y agitarlas frente a su rostro.

—¡Si no llegan dentro de una hora con la ropa puesta juro que los haré caminar por la plancha! —advierde mi padre antes de que Anneley aparezca y prácticamente lo obligue a entrar a la casa jalando de una de sus orejas—. ¡Serás comida para tiburones, Beas...! —Su voz se apaga en cuanto la puerta se cierra.

—Espero que mi regalo de Halloween no involucre nada que pueda convertirme

en

alimento

para

*Selacimorfos*

—

murmura Malcom mientras llego hasta el coche y abro la puerta d  
el conductor.

—No te aseguro nada —replico ganándome una mirada de su  
parte.

Y reprimo una sonrisa mientras tomo el volante.

## **Capítulo LX**

Caer



# Kansas

El motor del Jeep se convierte en un leve zumbido mientras el silencio dentro del coche se ve interrumpido por el rítmico y singular sonido de las gotas de lluvia colapsando contra el techo y deslizándose por las ventanillas a nuestro alrededor; caen como lágrimas a lo largo del cristal, una tras otra, encontrándose en algún punto y separándose en otro.

Nuestras respiraciones se vuelven cada vez más lentas mientras observamos el modo en el que una pequeña catarata de gotas se vierte sobre el parabrisas y vuelve la vista borrosa. Los edificios de Betland se deforman y sus tonalidades apagadas se mezclan con el negro y gris que decora el cielo mientras las luces de la ciudad traen algo de color a la imagen.

Estamos en el punto más alto de la localidad, en un mirador natural donde muchos vienen a estacionar sus coches y contemplar la vista panorámica.

—El ciclo del agua es maravilloso —murmura Beasley, e instantáneamente le lanzo una mirada. Sus ojos oceánicos adquieren un brillo de gracia mientras me limito a apretar mis

labios—. No voy a comenzar a parlotear acerca de algún fenómeno atmosférico —añade para tranquilizarme—. Solamente recordé lo que solía hacer en Merton —explica desviando su mirada al frente. Su pecho se eleva en una sosegada respiración mientras los recuerdos del pasado invaden el presente—. Gideon vivía en el tercer piso, así que teníamos un balcón. Era pequeño y carecía de belleza arquitectónica, pero era mi lugar —confiesa mientras se despoja del gorro de su disfraz y lo sostiene entre sus manos—. A veces me pasaba horas sentado allí, esperando que lloviese para ver la forma en que el agua arrastraba las hojas calle abajo. Esperaba que los vidrios se empañaran para dibujar en ellos mientras me preguntaba cómo era posible que cayera agua del cielo. —Las comisuras de sus labios se elevan al cabo de los segundos. Sus ojos se trasladan a los míos y por un momento me pierdo en el abismo en sus pupilas, en la manera en que me mira y logra deshacerme tan rápidamente como me deshice de la fastidiosa peluca de Harriet.

—El ciclo del agua es maravilloso —repito sus palabras expresando concordancia, sin burla en mi voz. Para ser honesta me sorprende que la oración se oiga dado que a duras penas ha

logrado ser un susurro—. En realidad, no quiero arruinar el momento, pero estoy tentada a confesar lo que yo creía que era la lluvia cuando era niña.

—No creo que puedas arruinar esto —asegura.

—Siendo sincera yo creía que llovía porque la Tierra estaba triste, pero luego Jamie me corrigió.

—Eso no está tan mal —replica—. No tiene mucha lógica, pero es aceptable para ser la creencia de un niño.

—No es eso —apunto—. El hecho es que ella me dijo que la lluvia eran los pájaros haciendo pis sobre mi cabeza —explico con desagrado filtrándose en cada sílaba—. Y lo peor es que le creí.

—Para ser sincero no me sorprende que Jamie Lynn se haya aprovechado de tu inocencia —masculla—. Después de todo, es un mapache rabioso, lo fue cuando era un infante carente de dientes y lo es ahora, pero por lo menos ya no puede aprovecharse de ti —añade—. Porque ya no eres inocente en ningún aspecto.

—El doble sentido pesa en sus palabras.

Lo golpeo por eso.

Y sonrío.

Y lo golpeo otra vez.

—Imbécil —espeto antes de observar cómo se inclina sobre la palanca de cambio y, antes de que pueda siquiera reaccionar, su boca se une a la mía.

Sus labios acarician los míos mientras sus manos se deslizan por mis mejillas y las yemas de sus dedos encuentran mi cabello. Los pulgares comienzan a trazar un vaivén en mi piel a medida que el beso se profundiza y siento su lengua irrumpir en mi boca con demanda. El acto me deshace de la peor y más exquisita manera, cada parte de mi cuerpo se entumece mientras los pensamientos ajenos a él y a sus labios se desvanecen. Y entonces la serenidad que me trae su toque se ve destruida en cuanto la intensa ráfaga de emociones me golpea con una brusquedad y velocidad poco humana. Mi piel hormiguea, mis músculos se tensan y me estremezco al percibir el ágil movimiento de su boca sobre la mía. Malcom genera contradicción en lo que a mí respecta, me obliga a subir a una montaña rusa de sensaciones donde el mínimo roce puede traer desde la más anhelada paz hasta la más catastrófica explosión; es frío y calor, aplacamiento y frenesí, estabilidad y descontrol.

Sus manos llegan a mis caderas y, antes de poder

considerarlo, ya estoy sentándome sobre él. Mis dedos serpentean entre las suaves hebras de su cabello rubio mientras sus brazos se envuelven a mi alrededor y me estrecha con una mezcla de cariño y urgencia. Nuestros pechos colisionan como me gusta creer que también lo hacen nuestros frenéticos corazones, que con cada segundo que se prolonga el beso parecen estar un poco más cerca. Mis manos descienden y desatan el pañuelo que envuelve su cuello mientras nos damos un momento para buscar algo de aire. Las respiraciones aceleradas se unen al melódico sonar de una lluvia que no cesa, sino que se intensifica como parece hacerlo la pequeña maraña de sentimientos en mi interior una vez que mis ojos conectan con los de Malcom. Nos observamos en silencio, nos estudiamos y admiramos por lo que parece ser una eternidad encapsulada en un par de segundos. Sus facciones afiladas y masculinas se suavizan mientras uno de sus dedos traza la forma de mis labios, quitándome el aliento. Entonces pasa de mi boca a mi mejilla y de ella a mi ceja; un escalofrío me recorre la columna vertebral en cuanto dibuja el contorno y sus ojos se arrastran junto con la calma y suavidad de su toque.

—Extraordinaria —susurra a escasas pulgadas de distancia—

. Eres extraordinaria en todo sentido.

Permanezco estática ante el golpe, ante el abrumador sentimiento que parece extenderse y estremecer cada trozo de mi cuerpo al oír la honestidad que vierten sus labios. Porque así se siente, que te miren con tal franqueza y susurren palabras cargadas de sentimiento y espontaneidad te desequilibra.

—Y quiero hacer algo —añade al cabo de los segundos, segundos en los que siento una de sus manos colocar un mechón de mi alborotado cabello tras mi oreja—, pero debes confiar en mí — señala con ojos rutilantes, y entonces me percató de que mi chaqueta se está deslizando por mis brazos.

Él me la está quitando.

Se acerca y sus labios rozan los míos en una caricia casi imperceptible, como si fuese un fantasma. Otro beso es depositado en mi mejilla y cierro mis ojos en cuanto su boca llega a mi mandíbula y comienza a descender; su aliento sobre mi piel trae una calidez que cautiva, que podría fascinar a cualquiera mientras oigo la chaqueta caer.

Sus manos se unen a la escena y mi corazón golpea con arrebató mis costillas en cuanto siento una de ellas envolverse

alrededor de mi nuca y aproximarme para hacer desaparecer las escasas pulgadas que nos separan. Aún puedo sentir los húmedos besos que ha dejado en mi cuello para el momento en que apoya su frente en la mía y sus párpados se cierran con pesadez.

—Hazlo —murmuro tomando sus hombros y dando un pequeño apretón para expresar concordancia—. Eres libre de hacer cualquier cosa conmigo, Malcom —digo para luego añadir casi de inmediato: —Bueno, no todo. Pero casi.

Sus ojos se abren en cuanto la última palabra es dicha y su mirada resplandece en un intenso color zafiro. Un sentimiento aparece allí y solamente puedo decir que se trata de un total enigma, algo indescifrable que logra dilatar sus pupilas y tensar cada uno de los músculos de su trabajado cuerpo.

—No vuelvas a decir eso a un hombre heterosexual jamás, Kansas —advierde en voz baja—. Porque además de sonar bastante indecente logra hacer volar la imaginación, y créeme, no quieres que la imaginación de un hombre vuele cuando te encuentras sobre él —añade casi entre dientes.

Entiendo el mensaje en cuanto la parte inferior de nuestros cuerpos se rozan y lo siento presionarse contra mí. Me veo obligada

a tragar mientras me contempla con ansias y una pregunta que acaba de ser formulada se abre paso en su mirar: sin embargo, no tengo contestación alguna dado que me veo inmersa en el caos de sensaciones que se desata en mi interior, y con más exactitud, en la parte baja de mi abdomen.

Un nudo se forma en la boca de mi estómago y el oxígeno no parece llegar a mis pulmones mientras sus manos comienzan a deslizarse por mis piernas.

—Por primera vez puedo decir que estás equivocado —  
replico de forma casi inaudible—. Cualquier mujer puede dejar que la imaginación de un hombre vuele mientras confíe en él, Beasley —explico dejando que mis manos se deleiten ante la suavidad de las hebras de su cabello deslizándose entre mis dedos. El gesto parece estremecerlo y sonrío internamente por eso. Saber que tengo alguna clase de efecto en él me regocija en más de un sentido—. Y yo confío en ti.

Sus cejas se elevan con cierta sorpresa mientras su mirada se suaviza con una calma casi inquebrantable, pero esa serenidad comienza a desmoronarse a medida que sus manos siguen arrastrándose sobre las medias que envuelven mis piernas, y en ese



instante en que la tela se acaba y las yemas de sus dedos rozan mi piel siento mi pulso dispararse. Su toque es gentil y perezoso, provocando que me retuerza internamente ante la lenta tortura de la que es causante. Mi piel parece arder en donde sus dedos tocan, en donde traza un camino imaginario a lo largo de mis muslos y, aunque sus caricias son el sinónimo de la gentileza y quietud en sus ojos solamente soy capaz de encontrar antónimos; allí se desata una tormenta de viveza y excitación, de anhelo y afán, de una total urgencia.

Sus manos llegan al borde de mi vestido y comienzan a arrastrarlo hacia arriba a medida que sus dedos siguen deslizándose sobre la piel. Su mirada jamás deja la mía mientras su toque se va aproximando peligrosamente a mis caderas, acercándose a aquella zona sensible y casi censurada un poco más abajo de ellas.

Para el momento en que las yemas rozan el borde de mi ropa interior ya me encuentro completamente tensa, los músculos de mi cuerpo

queman

ante

la

anticipación

y

se

contraen

involuntariamente. Mi respiración entrecortada, mi visión casi borrosa, el calor que me envuelve y el constante y feroz latido de mi corazón son la prueba irrefutable de que su toque desequilibra desde mis hormonas hasta mis sentidos.

Y entonces, mientras me contempla con ojos rutilantes y la lluvia se intensifica en las afueras del Jeep, él traza un camino invisible sobre el material de mis bragas. Su pulgar serpentea en un toque leve y sosegado sobre la prenda, quitándome el aliento. El hormigueo en la parte baja de mi abdomen se intensifica mientras me estremezco ante la casi imperceptible caricia, pero la realidad es que soy plenamente consciente de cada minúsculo movimiento que ejerce con sus manos, y mi sensibilidad se dispara tan rápido como mi pulso en cuanto presiona su pulgar en el centro de mi sexo.

—Mírame, Kansas. —Su ronca voz hace eco en mis oídos el tiempo suficiente como para quedarse grabada en mi memoria, y

puedo jurar que es un sonido que va más allá de lo excepcional.

—Yo... —Las palabras se desvanecen en la punta de mi lengua en el segundo en que su pulgar se presiona con más fuerza esta vez, provocando que comience a sentir cierto calor extendiéndose a través de mí. Entonces su dedo se desliza aún más abajo y percibo la forma en que la tela de mi ropa interior parece humedecerse.

—Quiero que me mires. —El susurro es dicho a escasas pulgadas de mi oído, así que no es ninguna sorpresa que sus labios rocen el lóbulo de mi oreja. Sin embargo, que haya predicho sus movimientos no implica que no me afecten de la más exquisita y tortuosa manera en que lo hacen.

Cuando lo observo vislumbro el caos y un sentimiento del que nunca antes había sido espectadora, es un completo enredo de palabras no dichas y una mezcla de salvajismo y anhelo, pero aún hay más, algo que no puedo descifrar y tampoco sería capaz de poner en palabras si pudiese descubrirlo.

Siento su mano libre posarse en mi cadera mientras continúa serpenteando su pulgar a lo largo de mi feminidad. Su respiración tornándose tan irregular como la mía a medida que vuelve a subir y

alcanza el borde de mi ropa interior, entonces, sin previo aviso, uno de sus dedos aparta la prenda y se comienza a deslizar sobre la humedad. Me sobresalto al instante y mis ojos se cierran contra mi voluntad, como un instinto natural. Todo el calor de mi cuerpo se traslada y concentra en aquella zona que él roza una y otra vez, en aquella donde una sensación placentera y adictiva comienza a envolverme y consumirme. Es allí, en ese segundo en que puedo percibir mi propio palpar, donde su dedo se desliza en mi interior provocando que mis hombros tiemblen y todo pensamiento coherente se desvanezca.

El agarre en mi cadera se intensifica en cuanto me presiono contra su toque, y es entonces donde un ronco sonido cargado de sensualidad se origina en el fondo de su garganta. Me veo obligada a abrir los ojos para contemplar la forma en que su mandíbula se tensa mientras grabo aquel sonido en mi memoria, porque estoy segura de que jamás podré escuchar algo tan masculino y fascinante como aquello de lo que mis oídos acaban de ser testigos. Y, casi al borde de una temperatura que podría ser considerada como fiebre, otro de sus dedos se suma al espectáculo que se está montando en la zona sur de mi cuerpo. La calidez abunda en mi

sistema en cuanto sus dedos comienzan a trazar un patrón: se deslizan dentro, resbalan sobre mi sexo y traen un deleite que creía inexistente, entonces se alejan y están fuera para volver a descender, para arremeter y producirme una amalgama de sensaciones de otro mundo y llevar la indecencia de mis pensamientos a otro nivel. Mis manos en sus hombros se vuelven puños mientras siento la tela de su camiseta arrugarse entre mis dedos.

Mis caderas se balancean contra su toque para el momento en que mis labios encuentran los suyos; la urgencia en el beso es inevitable, la necesidad de tenerlo un poco más cerca ya se torna algo habitual mientras nuestras lenguas comienzan una batalla casi campal.

Y así es como me dejo consumir por la magia de su boca, por la agilidad de sus manos y la oleada de cálidas y penetrantes emociones que Malcom me genera. Dejo mi cuerpo a merced de su toque y le permito hacerme experimentar un placer que va más allá de lo real; le doy permiso para ser el causante de que mis piernas tiemblen, para que me traiga serenidad tras la explosión de calor que estalla en mi interior y me obliga a gemir contra sus

labios. Él ahoga el sonido con un beso y, entonces, una vez que nos separamos y nos miramos mutuamente a los ojos, me percató del descontrol que lo domina. Hay frenesí en su mirada, irregularidades en su respiración y tensión en sus músculos.

—Diablos —me las arreglo para decir con voz temblorosa, aún agitada—. Eso fue... —Ni siquiera sé cómo describirlo.

Él acomoda mi vestido en silencio, con la mirada baja mientras las comisuras de sus labios tiran hacia arriba formando una sonrisa pequeña y torcida.

—¿Completo la oración por ti? —ofrece antes de besarme de forma fugaz, sus labios apenas rozando los míos.

—No, no quiero que lo arruines —replico entrelazando mis manos tras su cuello—, porque usualmente lo haces cada vez que abres la boca, ¿sabes? —inquiero pasando mis dedos entre las hebras de su cabello—. Y honestamente no quiero que echés a perder algo tan... —Nuevamente me encuentro sin ser capaz de dar una descripción que haga justicia a lo que él y sus manos acaban de hacer.

—Lo entiendo, Kansas —asegura rodeándome con sus brazos y tirando de mí en su dirección, en un abrazo que me arrebató un

suspiro—. Créeme que lo hago —insiste en un susurro.

Y con eso mi corazón da vuelco dentro de mi pecho mientras me sostiene, ambos oyendo el rítmico caer de la lluvia y la tormenta acercándose.

—Que esto no se te suba a la cabeza, Beasley —murmuro contra su oído antes de abrazarlo de vuelta y depositar un beso en su hombro.



—Será mejor que dejes de sonreír porque me estás asustando, Harriet —advierte Jamie observándola de reojo mientras se lleva su *latte* a los labios.

—Sí, a decir verdad es bastante extraño y escalofriante que lo hagas —conuerdo mientras trazamos nuestro camino a las gradas del campus—, pero supongo que puedo tolerarlo —añado.

—Tolerarlo y una mierda —se precipita a decir la pelirroja—

.

Solamente

dices

eso

porque

Malcom te hizo probar su *dulce* anoche y sabes que no puedes criticarla o reprocharla por algo que tú también hiciste —explica mofándose—. Las odio a ambas por tener a alguien con un bastón de caramelo entre las piernas.

—Tú tienes a Chase —digo encogiéndome de hombros—. Y si te hace sentir mejor, Beasley y yo no llegamos a tanto. Yo ni siquiera vi su bastón, y en realidad él fue el que probó... —me interrumpen.

—¡Información innecesaria! —chilla la futura abogada antes

de

dar

un

gran

sorbo

a

su

café—.

Si yo no ando por ahí diciendo que Ben probó mi *dulce* tú tampoco puedes... —Sus mejillas arden mientras las palabras se



desvanecen en sus labios.

—¿En qué te convertí? —pregunta Jamie más para sí misma que para la rubia, una decepción exagerada decora su voz junto con el disgusto—. ¿Y Timberg? —inquieta burlándose mientras desliza sus ojos en mi dirección—. Fue algo de un par de noches, no quiero tener nada que ver con él o su bastón de caramelo.

—Bueno, creo que él no piensa que haya sido cosa de un par de noches —replica Harriet observando cómo los Jaguars comienzan a llegar al campo mientras tomamos asiento en la tribuna semivacía.

Son alrededor de las nueve y media y tenemos el primer descanso. Nada mejor para despejar la mente que ver algunos traseros. Los martes son agotadores, así que esto es como una pequeña recarga de energía o motivación para seguir en pie hasta la llegada del bendito viernes.

—¿Y a quién le interesa lo que piense Timberg? —inquieta incrédula la pelirroja—. Por favor, chicas. ¡Es Timberg! —señala como si esa fuese la respuesta a todo.

Sin embargo, ninguna continúa la conversación mientras mi padre aborda el campo y grita que despejen las gradas. Subir y bajar

la tribuna, clásico de Bill y de todos los entrenadores habidos y por haber.

Mientras los jugadores se acercan no puedo evitar que mis ojos encuentren los del número veintisiete, pero me veo obligada a apartar la mirada en cuanto mi teléfono comienza a sonar. Jamie comienza a discutir con Bill diciendo que acaba de sentarse y este le responde que mueva su trasero de sus malditas gradas, pero la discusión se torna prácticamente inaudible mientras me alejo un poco para responder la llamada de la señora Murphy.

—¿Kansas? —susurra a través de la línea telefónica.

Solamente recuerdo haber oído mi nombre antes de sentir que cada pulgada de mi cuerpo se estremecía con cada palabra que salía de sus labios. El celular en algún punto se resbaló de mis manos que se vieron sorprendidas ante un repentino temblor.

Comencé a correr sin siquiera haber escuchado todo lo que la madre de Zoe tenía para decir, y corrí incluso cuando oí mi nombre ser dicho a mis espaldas, una y otra vez, por cada persona que dejé atrás.

## **Capítulo LXI**

Fragmentos

# Kansas

El mundo a veces parece estar bien, parece sonreír de la más cálida y grata manera. Vemos la vida a colores, despertamos y nos tomamos el tiempo de observar las nubes transitando en las alturas, vemos los detalles que antes pasábamos por desapercibido al caminar por las calles y nos alegra ver la forma en que la gente se saluda. Cerramos los ojos al abrazar, olfateamos las páginas de un libro, disfrutamos de un paseo al caer la noche y de una buena canción sonando de fondo. Entonces, al llegar a casa, la satisfacción de sacarnos los zapatos y lanzarnos a la cama nos quita más de un suspiro antes de que alguien aparezca y nos diga que la cena está lista; es ahí donde charlamos, donde compartimos el día a día y decimos buenas noches antes de mirar a las personas que nos rodean y dar por sentado que mañana podremos decirles buen día.

La cotidianidad, si somos capaces de apreciarla, a veces representa un gran porcentaje de la felicidad de la que somos capaces de gozar.

Entonces, al pensar aquello, es cuando recuerdo a Zoe

bajándose del auto para correr en mi dirección con su mochila de algún extraño dibujo animado que rebota en su espalda y sus gritos que llenan mis oídos. La recuerdo cuando cuenta en voz alta mientras mueve las piezas del Monopoly y avanza los casilleros, la recuerdo intentando enrollar los fideos con su tenedor y pasando trozos de pan a Ratatouille entre los barrotes de su jaula. La oigo hacerme preguntas sobre todo tema, pedirme que toque el piano una vez más, reír y jalar de mi cabello mientras intenta trenzarlo. La siento acomodarse contra mí mientras pasan alguna película de Disney en la televisión y nos echamos en el sofá, siento su pequeña mano tomando la mía antes de cruzar la calle y contemplo el brillo de albricia que resplandece en su mirada cada vez que la señora Hyland aparece con una bandeja de galletas. Recuerdo cuando me pide que le ate los zapatos, que la ayude con su tarea de matemática y que le prepare un sándwich de queso que tengo la certeza de que se lo dará a su hámster.

Zoe es parte de mi día a día, de la cotidianidad que hoy se ve amenazada ante un brusco giro de la vida que trae como consecuencia una tragedia.

Conduzco sin cautela, sin siquiera mirar más de una vez los

semáforos y acelerando cuando se me es posible. Cuando aparecen los peatones me detengo y cuento los segundos que les toma subir a la vereda y despejar las calles para que pueda seguir con mi camino al hospital, al lugar donde necesito llegar.

Donde debo estar.

Mi corazón golpea contra mis costillas con cada brusco latido que da y pareciese que se ve alimentado por el suspenso, la adrenalina y el miedo que se precipitan a través de mi cuerpo mientras ese órgano que sigue bombeando sangre a todo mi sistema solamente aumenta su velocidad con cada minuto que pasa y me veo encerrada dentro del coche. Cada cuadra parece prolongarse, hacerse infinita a medida que el tiempo transcurre en cámara lenta y mis pensamientos se dispersan entre las incontables posibilidades que pudieron dar origen a tal tragedia.

Para el momento en que los neumáticos del Jeep chillan contra el pavimento en el estacionamiento del hospital siento que un nudo se forma en la boca de mi estómago y que mi garganta se cierra hasta dejarme sin aire. Mi respiración es tan acelerada como descontrolada, mis nudillos se han tornado blancos ante el feroz agarre que he ejercido sobre el volante y los sentimientos en mi

interior se han enredado en un completo caos imposible de desenmarañar. No puedo sentir esperanza sin abatimiento, tener fe sin padecer miedo y angustia o dejarme envolver por la calidez de una posible buena noticia sin antes experimentar que la inseguridad, el pánico y un mal presentimiento me estremezcan de la más ínfima manera.

Ni siquiera me percaté de que estoy temblando y de que me encuentro prácticamente sin fuerzas hasta el momento en que bajo del vehículo y mis piernas casi ceden hacia abajo. Me veo obligada a apoyarme en el coche mientras trago y enfoco la vista en las puertas dobles a un par de pies de mí. Primero doy unos cuantos pasos y me aseguro de tener equilibrio, de que los músculos de mis extremidades inferiores no vayan a ser capaces de romper la frágil estabilidad que me queda. Entonces, a medida que comienzo a trazar el camino, los pasos se tornan cada vez más veloces y llega un momento en que me veo corriendo en dirección al hospital. Mis piernas queman con cada pulgada que avanzo y mi pulso se dispara con brusquedad, siento que la presión cae sobre mi pecho y oprime mi corazón de la forma más desesperante y desgarradora para el segundo en que tiro de las puertas de cristal y me adentro en el

edificio.

El característico aroma a antiséptico envuelve mis fosas nasales y genera cierto ardor en ellas. Las paredes blancas me dan la bienvenida junto con el singular sonar de los aparatos y teléfonos, de las voces lejanas de las enfermeras y el zumbido de alguna máquina expendedora.

Y los gritos.

Me obligo a cerrar los ojos e inhalar con lentitud ante la repentina ola de recuerdos que me golpea. La última vez que estuve en un hospital mi tía Jill murió, y ahora me veo ahogada en las memorias del ayer por algunos instantes, instantes en los que una sensación de total consternación me domina y en algún punto llego a pensar que el destino de Zoe podría ser el mismo que el de la hermana de mi madre.

—¿Kansas? —La voz llega a mis oídos y me incita a buscar al dueño, pero no necesito mirar a mi alrededor para saber que es de la señora Murphy, quien habla con una fragilidad tan notable como su aflicción.

Al abrir los ojos la encuentro de pie a unos cuantos pies de distancia, en medio de un corredor con una enfermera tomándola

por los hombros en un mísero intento de consuelo. La mujer se zafa del agarre y antes de que pueda siquiera abrir mi boca para responder siento sus brazos a mi alrededor. Me estrecha con fuerza, con una necesidad de desahogarse que me hace replantearme lo que es el verdadero dolor. Un sollozo escapa de sus labios mientras busca algo de comprensión y seguridad en el abrazo en el que estamos envueltas.

Me permito rodearla mientras presiono mis labios para mantener las palabras adentro, para no decir nada de lo que no estoy segura, para no alimentar su esperanza cuando ni siquiera sé con certeza lo que pasó ni la gravedad del asunto. Entonces ella da un paso atrás y se me hace imposible no estremecerme al contemplarla de cerca: su corto cabello pelirrojo está hecho un auténtico desastre y de él cuelgan pequeños fragmentos de lo que parece ser vidrio. Su palidez logra resaltar las ensombrecidas bolsas en forma de media luna que cuelgan bajo sus ojos y, sobre todo, aquella mirada primaveral que se ve cristalizada y expresa tanto temor como tortura. Hay sangre en sus mejillas, pero tengo la sospecha de que no es de ella al igual que el espeso líquido rojo y casi seco que tiñe sus manos que ahora toman las mías.



—Acabamos de llegar y nosotras no... —intenta hablar, pero su voz es apenas audible. Luce tan agotada como aterrada, y en sus dilatadas pupilas abismales se reflejan todos los otros sentimientos que no han salido a la luz de otra forma—. No tenemos a nadie — explica mientras sus hombros comienzan a temblar y diminutas gotas saladas se deslizan a través de sus mejillas—. Y no sabía a quién llamar, simplemente no sa... —Las palabras se desvanecen mientras rompe en un llanto que sacude cada pulgada de sus músculos y me estruja el corazón de la más desoladora manera—. Ella está sola en esa habitación llena de doctores y enfermeras que no me dejan verla, y yo... yo necesito estar con ella. —Las lágrimas ahora se precipitan a recorrer su rostro mientras la desesperación se hace presente en su voz—. Ella necesita a su mamá y yo necesito a mi hija, Kan... —Esta vez la oración muere en sus labios ante lo que ocurre repentinamente frente a nuestros ojos.

La puerta de una habitación es abierta de golpe y personal del hospital comienza a salir de ella con rapidez. Maquinaria es jalada por los enfermeros que gritan cosas que nos soy capaz de comprender mientras una camilla es empujada por dos doctores con expresiones severas. Y ahí, entre sábanas blancas manchadas de

sangre, yace el pequeño cuerpo de Zoe.

Siento que mis vías respiratorias se cierran de forma automática en cuanto mis ojos se caen en el cabello rubio de la niña; el color del trigo se desvanece entre el tinte carmín del que nacen pequeños destellos gracias a los trozos de cristal en él. Un respirador cubre sus labios y nariz para llevar oxígeno a sus pulmones y más arriba sus párpados permanecen cerrados con sus delgadas pestañas acariciando unos pómulos magullados. Una gran herida sangra y traza un camino desde su sien derecha hasta su mentón, y estoy segura de que jamás había experimentado el dolor que envuelve mi corazón en el momento en que soy testigo de la atrocidad. Entonces, como si la imagen no fuera lo suficientemente cruel, mi mirada se traslada a aquello por lo que los médicos están preocupados. Hay un puñal clavado en su estómago.

—¡Traumatismo abdominal severo, preparen el quirógrafo dos y pidan unidades de sangre O negativo! —La orden del doctor es acatada de inmediato mientras el corredor se convierte en un auténtico caos donde el terror es el protagonista de tal vorágine. La señora Murphy se retuerce y sus manos terminan en sus rodillas mientras las lágrimas y los sollozos producen espasmos en

su cuerpo. Un enfermero acude al instante y la sostiene con fuerza,  
susurrando palabras que no soy capaz de entender. La mujer y su  
voz cargada de desasosiego llenan mis oídos y el sonido se estanca  
en  
mi  
memoria  
como  
algo  
desgarrador,  
digno  
de  
cualquier desdicha.

Y entonces me precipito hacia el pasillo.

Hacia Zoe.

# Malcom

Hay momentos que parecen ser fugaces, al igual que existen otros que aparentan ser eternos, pero estoy seguro de que uno puede hallar en algún punto de su vida minutos como los que acabo de experimentar; tan largos como cortos, tan breves como extensos. Recuerdo presenciar la forma en que Kansas se alejaba, la manera en que comenzó a correr y automáticamente la voz de Bill llegó a mis oídos. Harriet tomó el teléfono que la castaña había dejado caer y todo su cuerpo se tensó al oír a la persona a través de la línea telefónica. Ordenó a Ben que buscara las llaves de su auto mientras Jamie intentaba alcanzar a la hija del *coach*, cosa que no logró dado que ella se subió a su Jeep y dejó el campus de la BCU antes de que cualquiera pudiese detenerla. Entonces comenzó la carrera al hospital, donde según la muchacha de ojos celestes era donde se dirigía Kansas. Y, sin duda alguna, fue un viaje que pareció durar una eternidad mientras todos los posibles escenarios se desarrollaban en mi mente, pero a su vez aparentó ser efímero, tanto como para que ya esté vislumbrando a la castaña y adentrándome en el corredor tras ella.

Los gritos llenan el aire mientras un equipo de doctores y enfermeros jalan de una camilla a través del pasillo. Los enfermos, familias y otros especialistas ajenos al caso se apartan para dar lugar a aquel pequeño caos de órdenes, máquinas y personas que están precipitándose hacia dos puertas dobles que son exclusivas para el servicio médico.

Una joven con uniforme corta el paso de Kansas e intenta hacerla retirarse diciendo que no puede ir más allá del umbral de aquella puerta, pero la castaña la ignora y la hace un lado para llegar a tocar la camilla donde sé que está Zoe. Estoy de pie tras ella antes de siquiera poder notarlo, y es ahí donde envuelvo mis brazos a su alrededor y la obligo a retroceder. Cada músculo de su ser se tensa instantáneamente mientras intenta combatir la fuerza que ejerce mi cuerpo, y es ahí donde empieza a temblar y gritar, su voz se convierte en agonía pura y provoca que todo en mí se desequilibre. —¡Suéltame, Malcom! —grita revolviéndose en mis brazos, luchando por liberarse de mi agarre mientras la desesperación la consume—. ¡Suéltame, por favor!

Su respiración está tan descontrolada como deduzco que lo están los latidos de su corazón; su cabello está revuelto, su rostro

pálido y sus pupilas totalmente dilatadas. El verde y café en sus ojos se oscureció hasta llegar a tornarse de un color opaco, casi carente de color y vida.

—¡Déjame pasar de una maldita vez! —exclama con exasperación y desamparo. Su voz parece quebrarse con cada palabra que sale de sus labios—. Ella me necesita, ella debe saber que yo la... —habla con rapidez, sin siquiera tomar una bocanada de aire mientras las sílabas se arrastran y colapsan unas contra otras.

—Lo sé —murmuro intentando conservar la calma, tratando de ocultarle mi preocupación y la sensación de completa y horrible desolación que parece golpearme—. Lo sé —repito en un susurro, mirándola directamente a los ojos—. Créeme, Zoe sabe que la amas. Lo sabe, Kansas.

Sin embargo, ella no se da por vencida.

Y no puedo detenerla.

Es entonces cuando soy testigo de la forma en que ella intenta llegar a la niña una vez más, donde da hasta su último aliento por llegar a tocar su mano mientras la llevan lejos de, posiblemente, una de las personas que más la quiere en este mundo. Y cuando las

puertas dobles se cierran frente a sus ojos no soy capaz de mirar la desesperación que la domina, y es allí donde aparto la mirada y me encuentro con una imagen que llega a destrozarme aún más. Veo por primera vez a la señora Murphy de cerca, su maquillaje corrido, sus manos y piernas temblando, su cabello revuelto, sus ojos cristalizados y su corazón roto en miles de fragmentos.

Roto por la pequeña que se acaban de llevar.

Y es inevitable no sentir una presión sobre mi pecho porque la realidad es que esa niña es mi familia. Jamás lo quise reconocer, jamás quise pensar acerca de eso desde que me enteré...

Zoe Murphy es mi hermana.

## **Capítulo LXII**

Tempestad

# Kansas

Zoe ya entró a cirugía, pero en mis adentros se siente como una eternidad desde que ocurrió. Todo a nuestro alrededor parece haber vuelto a la normalidad; ya no hay más agitación o gritos que surquen las masas de aire, ya no hay enfermeros que tiren de las máquinas y doctores que jalen de una camilla a mitad del corredor. Ahora hay silencio.

Y eso me aterra.

Parece que una nube de angustia se ha posado sobre todas las personas que esperan en la sala, que las ha estado siguiendo a cada paso que dieron durante el día. La tristeza casi parece tangible, como una persona real a la que puedes ver y tocar, que podrías contemplar a los ojos y alcanzar.

Bill parece haber cancelado la práctica dado que está sentado a unas sillas de distancia, con cabeza gacha y los brazos cruzados, su respiración es pausada y tiene el rostro tan lívido como inexpresivo. Él no parece estar aquí, sino que aparenta encontrarse en un lugar lejano, tal vez en un recuerdo o encerrado en el remoto asilo de sus pensamientos. Malcom, por otra parte, ha



tomado distancia desde que lo alejé en el intento de alcanzar a Zoe antes de que se la llevaran. Se lo ve apoyado contra la pared frente a mí, con la mirada fija en sus zapatos y las manos metidas dentro de sus bolsillos. La preocupación se filtra a través de sus facciones y un aura de pesar parece rodearlo.

Pero hay algo más, hay algo más fuerte.

—Necesito saber qué fue lo que ocurrió, Anne. — Mis palabras, a pesar de ser no más que un susurro, parecen hacer eco entre las blancas paredes que conforman la sala de espera—.

Porque sinceramente no puedo entender cómo fue que ella terminó así, tan... —La voz de mi padre me interrumpe con suavidad, pero sé que más allá de las sílabas pronunciadas hay una advertencia.

—No es momento, Kansas. —Él se digna a levantar la mirada y sostener la mía—. Simplemente no es momento —me reitera negando lentamente con la cabeza.

—Sé que lo dices por mí —contesta la mujer de pálidas facciones mientras observa sus manos teñidas con sangre seca, sangre de su pequeña. He intentado convencerla de lavarse, de permitirme retirar los trozos de cristal de su grasoso cabello al igual que lo hizo el personal del hospital, pero es imposible. Ella se niega

en cada oportunidad—. Y claramente no estoy bien porque no sé si volveré a ver a mi hija... —El dolor se hace presente en la oración mientras sus manos se tornan puños—. Pero si no supiera lo que sucedió, me gustaría que alguien me lo dijera, que alguien me diera respuestas. Porque estamos... —Su mandíbula tiembla mientras trata que las palabras salgan—, porque estamos hablando de mi familia, de Zoe. Y si los llamé fue porque considero que ustedes también forman parte de su familia, así que necesito que sepan lo que ocurrió. La familia tiene derecho a saber y actualmente ustedes son todo lo que tengo, además de la niña que está sobre la mesa de un quirófano en este instante —concluye antes de que la silla a su lado se hunda ante el peso de mi padre. Ni siquiera me percaté de que se había puesto de pie en algún momento, pero ahora que lo veo envolviendo gentilmente los puños de la señora Murphy con sus manos me doy cuenta de que lo que dice la mujer es verdad. Hay certeza en cada palabra dicha. Mi mirada se traslada a los intensos ojos de color esmeralda. Muchos dicen que basta con observar a alguien para saber qué es lo que siente, pero la realidad es que no siempre eso se logra dado que hay personas que intentan esconder y mantener un completo

control sobre lo que el resto ve en ellos. Algunos usan máscaras, pero cuando la vida da un giro en la dirección más inesperada nos olvidamos del antifaz ante la sorpresa; y es ahí, justo en ese momento, en que los sentimientos salen a flote y ya no tenemos tiempo de ocultarlos o de preocuparnos por ellos en absoluto.

Y Anne no lleva puesta ninguna máscara.

—Todo estaba bien —comienza dejando que los recuerdos contaminen el presente y hagan que el dolor resplandezca en su mirar—. Todo estaba tan bien... —reitera antes de tomar las callosas y grandes manos de Bill y darles un suave apretón—.

Cuando llegamos a casa ella estaba emocionada por la idea de ir a pedir dulces a los vecinos, así que metí el coche en el garaje y Zoe prácticamente me arrastró a lo largo de unas cuantas cuerdas. —

Una sonrisa que roza la amargura y la alegría al mismo tiempo se encarga de curvar levemente sus labios reseca—. Ella me contaba acerca de la fiesta, de cómo había logrado pescar a un tal Chase y de la cantidad de dulces que había comido antes de que comenzara a llover. Fue ahí donde decidí que debíamos volver a casa y, a pesar de que ella se enojó al principio, la convencí de que tenía un gran motín de caramelos, así que regresamos. —Los

suaves pasos de Malcom resuenan en la sala mientras la mujer toma una pequeña bocanada de aire y coraje para seguir—. La obligué a quitarse el disfraz y a cepillarse los dientes, entonces ella me dijo que tú no la obligabas a lavárselos e hice una nota mental para regañarte por eso. —Mis labios tiemblan una vez que las palabras son pronunciadas, pero no estoy muy segura de si lo que reprimo es una sonrisa o todo lo contrario—. La llevé a la cama y le leí uno de mis libros, uno de esos que son para adultos y que ella no logra comprender, pero que logran aburrirla y tranquilizarla a la hora de dormir. Le di un beso y me fui a mi habitación, yo... yo simplemente me fui luego de darle las buenas noches como lo hago todos los días desde que la tuve en brazos por primera vez. —Los ojos verdes se comienzan a cristalizar con rapidez, pero Anne no se permite derramar lágrimas aún—. En algún momento me desperté por un sonido en la planta baja. El reloj marcaba las cinco de la mañana y podía oír la tormenta al igual que la lluvia afuera, y creí que Zoe se había levantado para sentarse en el alféizar que hay en la sala de estar, ese que está a un lado de la chimenea y que tanto le gusta —explica con una tristeza casi palpable mientras mi padre se encarga de sujetar con más fuerza sus manos y yo me

pongo en cuclillas frente a ella, con mis propias manos en sus rodillas—. Zoe ama las tormentas, y tú mejor que nadie sabes lo mucho que le gusta sentarse a contemplarlas y ver como los rayos iluminan el cielo. Así que me puse mi bata y bajé para encontrarla de pie en la sala. No estaba equivocada, ella se despertó para ver la tempestad. —Es allí donde su voz se quiebra, donde la primera lágrima comienza a deslizarse a través de su mejilla y mi respiración parece detenerse ante el terrible presentimiento que estremece mi cuerpo—. Lo que ocurrió fue que no estaba sola, había alguien de pie a su lado. —La mandíbula de Bill se aprieta mientras cada pulgada de su ser se tensa, la señora Murphy palidece y cierra los ojos con vigor ante el pavoroso recuerdo y yo intento que mi corazón vuelva a cobrar vida tras la oración que acaba de abandonar sus labios, porque sinceramente parece que el pequeño órgano dentro de mí se detuvo y rozó la muerte por un segundo—. Entonces me quedé de pie observando la forma en que un hombre tapaba la boca de mi hija, la forma en que un ser carente de humanidad sostenía a Zoe contra él e intentaba hacerla... callar. Reaccioné de inmediato y comencé a rogar que no le hiciera nada, que simplemente la dejara fuera de esto si es que aún tenía por lo

menos un trozo de su mísera alma intacta. —La furia se filtra en sus palabras y el desdén en su estado más puro nubla sus ojos. La cólera parece verterse en mi torrente sanguíneo y hacer que mi sangre encuentre su punto máximo de ebullición mientras siento que la indignación y tristeza forman un nudo en la boca de mi estómago—. Él comenzó a hablar, a decirme que me conocía y que por mi culpa se había quedado sin nada. Empezó a decir que sabía que era abogada y que por lo tanto tenía dinero, y ahí me percaté de que era un robo —explica con su pecho subiendo y bajando cada vez más rápido—. Yo estaba demasiado asustada por Zoe como para recordar si alguna vez había visto a ese sujeto en mi vida o para hacer memoria respecto a que había dejado la puerta de la cochera abierta, y lo único que le repetía era que tomara lo que quisiera pero que la dejara ir. Y ella estaba ahí, descalza a un lado de un desconocido que había entrado a la casa por mi culpa. —Se toma un momento para tragar con fuerza y limpiar las lágrimas que recorren su rostro con el dorso de su mano—. Estaba pálida, el color drenándose de su rostro como nunca lo había visto. Y sus ojos... sus ojos estaban completamente abiertos y nublados por las lágrimas, llenos de pánico. —Un sollozo trepa por las paredes de

su garganta y queda estancado en mi memoria—. El hombre me amenazó con hierla si no le daba todo lo que tenía, y me vi obligada a vaciar cada cajón de la casa mientras él me observaba y su mano rodeaba los labios y el cuello de Zoe. Me advirtió que no gritara, que no hiciera nada de lo que pudiera arrepentirme y yo estaba demasiado asustada como para desobedecer —se lamenta anclando aquellos ojos verdes en los míos—. Le di todo, todo lo que tenía valor y lo que no. Le ofrecí cosa por cosa mientras me veía obligada a ver a mi hija entre sus brazos, mientras internamente quería abalanzarme sobre él y golpearlo por tan solo tocarla. Quería correr con desesperación en busca de ayuda, pero me aterraba el simple hecho de que por mi culpa pudiera pasarle algo a ella. —Veo el momento exacto en que su alma parece caer al vacío con lo siguiente que sale de sus labios—. Le di todo, pero para él no fue suficiente...

—Necesito un minuto. —La interrumpo poniéndome de pie con brusquedad.

Oírla relatar los hechos es más que doloroso, y ni siquiera hemos llegado a la peor parte. Mi mente, a pesar de ser un completo caos de pensamientos oscuros, parece que puede resistir

las tremebundas palabras que están a punto de ser dichas.

Pero mi corazón no.

Aún no está listo.

Aún no estoy lista.

—Hija... —comienza Bill con preocupación filtrándose a través de su voz.

—Solo necesito un poco de aire —intento restarle importancia, pero soy consciente de que la oración no lo tranquiliza—. Quédate con Anne, saldré un momento y luego... luego seguiremos —mascullo sintiendo que mi pulso se dispara mientras camino hacia las puertas del hospital.

Una ráfaga casi helada de brisa me golpea en el momento en que salgo del edificio y encuentro el estacionamiento. El viento sopla de una manera que llega a calar mis huesos y mecer mi cabello de una forma para nada suave. Mis ojos se alzan al cielo y un opaco color gris parece cubrir cada pulgada de las alturas.

Aunque debería haber una mezcla de colores pasteles entrelazándose con algunas nubes pasajeras, en realidad hay una triste y fúnebre tonalidad plomiza que no puede ser llamada atardecer.



El paisaje combina con la desdicha que parece arrasarse con cada uno de nosotros, la misma que me ha obligado a huir de los hechos narrados por Anne.

Conozco historias que van más allá de la desgracia, he oído el pasado de varios que bien podrían estremecer cada pulgada de tu cuerpo y todos los días veo tragedias que son relatadas por periodistas frente a una cámara dado que los protagonistas ya no son capaces de contarlas. Cada uno de nosotros está rodeado de desdichas y naturalmente queremos saber qué sucedió y cómo ocurrieron, pero cuando te toca vivirlo en carne propia, hacer preguntas se torna más difícil. Porque, honestamente, puede que no quieras saber las respuestas.

Ni siquiera sé cómo llegó un puñal al abdomen de una niña, y apenas pensarlo ya me causa escalofríos y me hace desear nunca haberlo preguntado. Sin embargo, no necesito conocer todos los detalles para saber que me dolerá cada palabra que sea pronunciada.

Nadie merece resultar así de lastimado. En especial Zoe Murphy que tiene apenas siete años y ni siquiera llega a abrir la canilla del fregadero de la cocina sin subirse a una silla. Es frágil,

pequeña, alguien que no tiene la posibilidad de defenderse ante un hombre adulto. Que sea solo una niña intensifica cada uno de mis sentimientos y lleva el horror a otro nivel, y claramente me hace pensar cosas por las que, en otra circunstancia, me iría directamente al infierno. ¿Dónde quedó la humanidad? Porque alguien que fuerza el silencio a través de la violencia y quita a otros lo que no posee es sinónimo de inhumano, alguien que impone terror a una madre usando como títere a su hija sin importarle derramar sangre inocente como un medio para llegar a un fin no es humano.

—Kansas... —La suave voz de Malcom llega a mis oídos junto con el rugir del viento y el sonar de sus zapatos contra el asfalto.

—No lo hagas —adviento sintiendo la forma en que mis uñas se clavan en mis palmas mientras me giro para enfrentarlo. Él está de pie a unos pocos pies de mí, con aquellos ojos azules cargados de compasión y dejando expuesta su intención. Sé que está por abrazarme porque veo la voluntad en su mirada—. Quédate ahí, porque juro que si envuelves tus brazos a mi alrededor no podré contener todo lo que he estado reprimiendo hasta ahora y lloraré — confieso sintiendo la forma en que un nudo se forma en mi garganta

y mis ojos comienzan a arder—. Y no quiero hacerlo, así que aléjate, por favor.

Sus facciones se suavizan mientras sus hombros parecen decaer y soy testigo de la manera en que la clemencia brilla en sus pupilas abismales. Detesto que sienta lástima por mí, que no me vea lo suficientemente fuerte a pesar de que sé que no lo soy. Y lo peor es que no debería estar compadeciéndose de lo que siento cuando Anne está allí dentro, cuando la mujer que trajo al mundo a esa niña se ve destrozada ante la posibilidad de perder lo que ella misma creó, crio y amó desde el primer segundo en que puso sus ojos sobre Zoe y la tomó en sus brazos.

—Ella estará bien. —Las palabras suenan inciertas proviniendo de sus labios.

—No intentes mentir para hacerme sentir mejor —replico observando cómo su ceño se frunce ante las palabras e intenta avanzar hacia mí—. Eres inteligente, Malcom. Tú sabes cuáles son las probabilidades de este caso y no debes comportarte como un ignorante únicamente para darme ilusiones de que ella estará bien.

—No pretendo sonar tan brusca, pero honestamente es inevitable.

—Tal vez no me comporto como un ignorante solo para darte

esperanzas —masculla con tenacidad mientras el músculo en su mandíbula parece saltar—. Que sepa cuáles son las posibilidades de que Zoe se encuentre bien no me obliga a mentirte, puede que yo simplemente crea o quiera creer que ella saldrá de esto —murmura en voz cada vez más baja, pero que aun así no pierde firmeza.

—Tiene un maldito puñal clavado en su estómago. —A pesar de que hay una incontable cantidad de sentimientos enmarañados en mi interior, la ira es la que parece salir disparada de la forma más letal—. ¿Siquiera la has visto? —inquiero contemplando la forma en que las lágrimas nublan mi visión y trato de dominarlas para que no se precipiten por mis mejillas.

—Claro que lo he hecho —replica con severidad decorando sus facciones—, pero ella estará...

Lo interrumpo de forma automática.

—Ni siquiera te atrevas a decirlo. —La cólera y el dolor conforman una mezcla viperina y totalmente cruel que se desliza por la punta de mi lengua—. No sabes lo que dices, no sabes absolutamente nada sobre lo que estoy sintiendo o sobre lo que puede llegar a pasar; ¿y decir que todo estará malditamente bien?

Eso es una mentira y eres consciente de eso, Malcom —espeto señalándolo con furia y acusación—. Y decir cosas como esas no dan esperanza, solamente logran provocar más dolor. ¿Sabes por qué? Debido a que uno, en el fondo, siempre espera lo peor. Y no necesito que me des falsas ilusiones porque crees saber qué diablos estoy sintiendo. —Mi respiración acelerada desencadena el brusco subir y bajar de mi pecho.

—¡Tú más que nadie deberías creer que existe la esperanza!

—brama acercándose peligrosamente rápido, sus ojos del color del zafiro oscureciéndose ante la sombra que recae en ellos.

—¡Pero estoy aterrada! —exclamo sintiendo la manera en que mi corazón parece astillar mis costillas—. Y cuando algo te produce miedo no hay lugar para la esperanza, cualquier ilusión pasa a segundo plano —añado. Mi propia voz hace eco en el estacionamiento vacío—. Estoy demasiado destrozada, asustada y preocupada como para pensar en las posibilidades de las que se nutren los ignorantes, los que quieren creer que todo saldrá bien cuando las señales indican lo contrario. —Ya no puedo controlar lo que sale de mis labios y las palabras se vuelcan en el aire de una forma que roza lo brutal—. Sé que tienes buenas intenciones, que

pretendes hacerme sentir mejor, pero tú no me entiendes, no comprendes lo que estoy diciendo en absoluto.

—Claro que lo hago, y exactamente por eso...

—¡No sabes lo que se siente porque nunca amaste a nadie, Malcom! —escupo con la exasperación llegando a un punto crítico—. ¡No sabes lo que es amar y no sabes lo que es estar aterrado por perder a alguien que quieres con cada maldita pulgada de tu corazón, así que no me digas que todo estará bien sin saber lo que es estar al borde del abismo a causa de tu propio miedo!

Él retrocede ante el impacto de lo dicho y ancla sus ojos en los míos mientras un sentimiento nunca antes visto hace acto de presencia en su mirada. En silencio me observa con sorpresa y algo de decepción a medida que los segundos pasan y reprimo cada lágrima que estuve a punto de derramar.

—Sé que suena cruel, lo sé, pero... —comienzo, pero sus palabras rasgan el aire como si fueran cuchillas obligándome a callar.

—No hay nada de cruel en decir la verdad, Kansas. —Todo su cuerpo se tensa mientras la oración se vierte con indiferencia de su boca. Sus manos se tornan puños mientras me mira desde

la lejanía, porque a pesar de que estamos a unas pocas pulgadas de distancia se siente como si él estuviera a millas.

Entonces se marcha, dejándome a solas en un estacionamiento tan vacío como se siente mi propio corazón.

# Malcom

—Ella está grave, Nance —murmuro a través de la línea telefónica mientras se oye a lo lejos la voz de Niall y el llanto de Kaden; el padre parece estar cantándole una canción en el intento de tranquilizarlo. El sonido de una puerta cerrándose le sigue y sé que Nancy ha entrado a una habitación para hablar a solas y sin interrupciones conmigo.

—¿Y no crees que ya es hora de decirle la verdad a su madre?

—inquiérese con suavidad, sin prejuicio, reproche o persuasión en su voz—. Te has guardado esto por demasiado tiempo, Malcom. Y sinceramente me preocupa que te esté consumiendo.

—Lo sé, pero no creo que sea el momento indicado —replico mientras me protejo de la leve llovizna bajo el toldo de un café cercano al hospital. La tormenta parece estar a punto de desatarse en el cielo y obliga a los ciudadanos de Betland a precipitarse con sus paraguas a través de la vereda.

—Nunca es el momento indicado —dice suspirando con pesar. —Soy consciente de ello, pero no puedo confesarle la verdad a Anne cuando la vida de su hija pende de un hilo —objeto



con un gusto acerbo inundando mi paladar—. No la pondré en esa situación mientras Zoe siga en cirugía.

—La vida de tu hermana pende de un hilo —me corrige—, y está bien, no necesitas darme explicaciones porque sé que haces lo que haces porque crees que es lo mejor para las personas —añade mientras mis ojos se desvían a las luces de los automóviles que se reflejan en las calles mojadas y bastante transitadas—. No hay lados en este caso, mentir y no hacerlo están justificados aquí. No hay algo correcto o incorrecto —amplía de forma introspectiva—. Tienes razones suficientes para justificar cualquier opción que escojas y tengo la certeza de que lo que sea que harás a partir de ahora estará bien, tu decisión lo estará.

—Sé lo que debo hacer respecto a prácticamente todo —aseguro—, menos con Kansas. El simple hecho de decir su nombre ya hace que una presión recaiga sobre mi pecho.

El silencio se abre paso a través de la línea telefónica y si cierro los ojos puedo imaginar a Nancy caminando alrededor de la habitación y observando el techo mientras su mente va a la deriva en busca de alguna respuesta.

—No puedo decirte qué hacer. —Suspira al cabo de varios

segundos, con cierto agotamiento—. Solo puedo recordarte que cada acto trae consecuencias y cada secreto despierta un pequeño porcentaje de odio —masculla mientras el viento se eleva a los alrededores y sacude las pocas hojas que hay en las copas de los árboles—. Pero ella te entenderá algún día, sé que Kansas lo hará.

—Eso espero —murmuro tomando una bocanada de gélido aire e inhalando el fuerte aroma a café que proviene desde el negocio—. Y exactamente por eso es que necesito tu ayuda —añado.

—Creo que sé lo que quieres hacer —confiesa tras un suspiro—. ¿Pero sabes cuáles son las probabilidades de que todo resulte salir bien?

—Son casi inexistentes —respondo asintiendo con la cabeza a pesar de que ella no puede verme—. ¿Nance? ¿Sigues ahí? —inquiero en cuanto el mutismo se establece en la línea y ya no soy capaz de oír nada más de su parte.

—Sí. —La afirmación se ve cargada de cierta agitación cuando es emitida por sus labios—. Es solo que el Malcom que yo conozco jamás hubiera hecho algo sin que las probabilidades estadísticas de éxito lo respaldaran —reconoce—. Te estás

arriesgando por...

No le permito terminar.

—No es necesario creer en las probabilidades cuando se tiene algo de esperanza —explico—. En verdad creo que Zoe podrá recuperarse de esto al igual que creo que existe algo para mí aquí, en Betland, y por eso te estoy pidiendo ayuda. Además, no creo que pueda partir luego de lo todo lo que ocurrió.

Puedo percibir e imaginar la forma en que sus labios se curvan ligeramente hacia arriba.

—Ni siquiera debes pedirlo —susurra—. Sabes que lo haré,

Malcom.

## **Capítulo LXIII**

Más

# Kansas

Cuando despierto el miércoles cada parte de mi cuerpo duele por haber dormido sentada en una incómoda silla en la sala de espera. Pasar la noche en el hospital es sinónimo de una contractura muscular severa, un aliento que roza lo mortal y un completo caos en lo que respecta al cabello. Sin embargo, no podría importarme menos como luzco.

La cirugía terminó ayer por la noche y los médicos nos informaron que se habían presentado varias dificultades en el quirófano, pero que al final todo salió bien. Trasladaron a Zoe a una de las habitaciones de la segunda planta y, a pesar de que ella aún no había despertado, sentí el alivio inundar cada pulgada de mi ser. Todavía no me han permitido verla —alguna absurda regla que solo admite familiares directos—, pero Anne me aseguró que vería a la pequeña Murphy pronto, que encontraríamos la manera de hacerme entrar a su cuarto.

A pesar de los intentos de Bill por llevarme a casa, me negué rotundamente a dejar la sala de espera. Jamie y Harriet vinieron a hacerme compañía anoche; la pelirroja se encargó de

contrabandear algo de comida de la cafetería del establecimiento y la futura abogada compró café respetando la ley y desestimando la conducta criminal de nuestra amiga. Con mi teléfono entre mis manos fui testigo de la forma en que mi bandeja de mensajes se llenó: Sierra prometió pasarse con Anneley luego del almuerzo y también dijo que tomaría apuntes por mí en la clase de Ruggles. A su vez añadió que lo considerara como un regalo de Navidad adelantado dado que sus anotaciones son mucho mejor que las mías, lo cual se puede poner en duda. La señora Hyland escribió en mi muro de Facebook para vergüenza mía y de toda la humanidad, y Adam me envió un mensaje desde la cuenta de Gabe donde pedía que lo mantuviera informado. ¿Cómo sé que fue él? Sencillo, la ortografía. Ese niño sabe las reglas ortográficas al derecho y al revés, cosa que debería enseñarle a su primo mayor. Luego llegaron un montón de mensajes de los Jaguars, así que no fue ninguna sorpresa que al despertar me encontrara con casi dos docenas de jugadores de fútbol americano, los más allegados, atravesando las puertas del hospital. Porque, literalmente, es lo que acaban de hacer.

La multitud de muchachos viste ropas informales y tienen sus

manos repletas de regalos, desde osos de peluches que doblan en tamaño a Zoe hasta ramos de flores de todo tipo, globos en forma de corazón, chocolates y un montón de animales de felpa y muñecos con ojos saltones. La enfermera que está de turno detrás del mostrador parece estar a punto de caerse de trasero al piso, así que es algo bueno que esté sentada en este momento.

— *Sunshine*. — La alegre voz de Chase inunda mis oídos mientras me pongo de pie y sigo restregándome los ojos en el intento de apartar el sueño—. El entrenador nos contó que la cirugía salió bien, así que vinimos a ver a la pequeña de la manada y a traerle algunos obsequios —explica antes de sacudir frente a mi rostro un muñeco de lo más tétrico.

—Nosotros trajimos regalos —corrige Logan haciendo un ademán a los muchachos tras él—. Timberg robó el espantapájaros de la decoración de Halloween de Bill. —Eso explica que el muñeco esté hecho de paja, su ropa hecha jirones y que tenga una expresión al estilo Chucky en su rostro.

—No tuve tiempo de comprar nada —se excusa—. Y aunque hubiese tenido tiempo, no me queda dinero, mi billetera está más vacía que el corazón del *coach* —explica encogiéndose de hombros

y enderezando el sombrero del macabro muñeco mientras lo inspecciona—. Además, no está tan feo —reflexiona—. Es más lindo que Mercury al menos.

El número siete lo golpea con la lata de chocolates que trae en su mano.

—A nadie le interesa la pobreza de Timberg o el hecho de que un espantapájaros supere en belleza estética a Logan, queremos ver a Zoe. —Joe se abre paso entre los muchachos y llega a mi lado para dejar caer un pesado brazo alrededor de mis hombros—. ¿Ya puede recibir visitas? —pregunta con el ceño fruncido. Luce mucho mejor que la última vez que lo vi con todo el asunto de Donna y el bebé dando vueltas.

—Aún no —respondo dejando caer mi cabeza contra él y cerrado los ojos un momento—. Ni siquiera ha despertado, pero por ahora no hubo complicaciones en la noche y parece estar estable. —Cuando mis párpados son abiertos otra vez me encuentro con Ben tendiendo un café en mi dirección—. Gracias por venir, chicos. ¿Pero no deberían estar en clases o en el entrenamiento? —inquiero aceptando la bebida y dando un gran sorbo. Joe frota mis hombros con cariño mientras el líquido caliente baja por mi

garganta.

—Faltar a una práctica no nos matará —asegura Chase.

—Pero faltar a ocho sí. —La voz de Bill llega desde el fondo de la sala para sorpresa de todos—. Eres un holgazán, Timberg. La próxima vez que faltes te patearé fuera del equipo, ¿soy claro? —inquire mientras los Jaguars le abren el paso. Chase, automáticamente, esconde el espantapájaros detrás de sí y el nerviosismo comienza a dominarlo. Parece que va a defecar—. Ya tuve suficiente con que unos delincuentes juveniles robaran mis adornos de noche de brujas como para tener que lidiar con un perezoso como tú.

—Papá... —comienzo, pero me veo interrumpida ante una nueva voz.

—¿Kansas Shepard? —La enfermera de turno, la cual parece nueva dado que es bastante joven y luce algo perdida, me llama mientras sostiene el teléfono de recepción en mano y escribe en una de las tantas planillas que descansan sobre el mostrador—. La señora Murphy ha dicho que Zoe ha despertado y está preguntando por usted. —Siento que me falta el aliento mientras me aferro a la camiseta de Joe incapaz de contener la emoción—. Hablaron con



el médico y le dieron permiso para verla. Tome el elevador hasta el segundo piso y vaya a la habitación 203 —informa antes de colgar el teléfono y seguir escribiendo, no sin antes dirigirme una pequeña sonrisa cargada con una pizca de albricia.

Entonces la enfermera se sobresalta y su lapicera sale volando en cuanto los Jaguars lanzan gritos de victoria al aire, prácticamente olvidándose de que están en un hospital. Lo que sigue es una estampida de jugadores dirigiéndose a los ascensores y arrastrándome con ellos. La empleada de uniforme se precipita alrededor del mostrador y abre sus brazos mientras intenta cortarles el paso y detenerlos recitando unas cuantas reglas del establecimiento. Los muchachos no oyen o no quieren hacerlo, y es así como terminamos apilándonos en el elevador y acarreado a la mujer con nosotros.

—¡Hay dos ascensores y nos dividiremos en equipos de seis, seis y siete! ¡El grupo impar va por las escaleras! —Mi padre ordena como si estuviera en el campo—. La enfermera se queda fuera, ¡ahora! —Los muchachos comienzan a dispersarse y de esa forma consigo un poco de espacio como para no morir asfixiada o pisoteada por una aglomeración de deportistas.

Una vez acomodados la empleada nos mira con auténtica estupefacción y es allí cuando Ottis se precipita y le alcanza un globo mientras murmura que nos disculpe y que tenga un lindo día.

Las puertas de todos los ascensores se cierran en su rostro.

Creo que está considerando renunciar.



Conduzco a casa tras pasar todo el día junto a Zoe. Una canción de Pearl Jam resuena con suavidad en mis oídos mientras giro en una esquina y vislumbro la calle de mi hogar a unos cuantos pies de distancia. Una vez que estaciono y la música se desvanece al mismo tiempo que el singular sonido del motor, me quedo sumida en el silencio y la oscuridad que envuelven el Jeep. Diablos.

Cierro los ojos y mis manos se aferran al volante con más fuerza, provocando que mis nudillos se tornen casi blancos. Cada segundo que pasé en la habitación junto a la niña me vi obligada a ver las cicatrices de sus brazos y aquella que adornaba su pequeña y pálida cara. Con cada minuto que pasaba mis ansias por encontrar

al culpable se incrementaban tanto como mis ganas de rodear a Zoe entre mis brazos y no soltarla jamás. Sin embargo, la policía se hará cargo de la persona responsable y no hay nada que pueda hacer al respecto más que sentarme a esperar. Aún no hay justicia por las atrocidades cometidas y el dolor dentro de mi pecho no ha cedido, pero ahora que prácticamente me obligaron a venir a casa por una ducha y algunas horas de sueño esas cosas pasan a un segundo plano en mi cabeza.

Y lo hacen porque me acuerdo de Malcom.

El pesar que siento se ve reemplazado por otro mientras la culpa me carcome internamente a medida que recuerdo cada palabra que fue emitida por mis labios en el estacionamiento. Sé que él únicamente quería darme algo de consuelo, pero a veces cuando uno se encuentra sumido en la penumbra y rodeado de ira y tristeza tiende a desquitarse con las personas que lo rodean. No es algo que pueda evitar y, aunque me gustaría haber lidiado con mis sentimientos de otra forma, me conozco lo suficiente como para saber que hubiera sido imposible. Hay muchas formas de combatir lo que sentimos, y no fue ni es mi opción hacerlo gritándole a la gente que me importa, pero es natural y no puedo

hacer nada más que murmurar un mísero «lo siento» ahora.

Cuando la desdicha llega, algunos lloran, otros callan y los últimos gritan; ser del tercer tipo no me hace una despiadada o desalmada, solamente señala que no sé cómo manejar los dolores del corazón. Y que, obviamente, controlar el miedo por perder a alguien está fuera de mis límites.

Me bajo del auto y camino hasta la entrada con rapidez, encogiéndome ante la brisa del anochecer que me cala los huesos. Una vez dentro me despojo de mi abrigo y voy directamente a la cocina para poner algo de agua a hervir.

—¿Malcom? —inquiero al oír un ruido en la planta alta, pero la única respuesta que obtengo es el silencio.

Me preparo un café y me quedo, por primera vez en mi vida, ensayando una descomunal disculpa en voz alta.

# Malcom

Le he estado escuchando disculparse por demasiado tiempo.

Ella intenta explicarlo de forma suave, pero llega un punto en que comienza a elevar el tono de voz y termina frustrándose consigo misma por sonar tan brusca y no poder expresar con exactitud lo que siente, es ahí donde comienza de nuevo.

Kansas es buena para argumentar, dar discursos, reprimendas, relatar historias, hacer comentarios inteligentes y demás, pero falla en cuanto a poner en palabras lo que a sus sentimientos se refiere. Llega un punto en que parece agotarse de gastar saliva y sube las escaleras, a los pocos minutos se oye el correr del agua en el baño y tengo la certeza de que está tomando una ducha.

Y son las ocho en punto.

Honestamente no sé qué hago aún en la habitación de huéspedes. Tal vez me estoy escondiendo de ella porque estoy cansado de ocultarle lo de Zoe justo frente a sus narices. Lo que pasó detonó algo en mí, algo que me pedía con urgencia que le dijera la verdad a Kansas. Ver lo afligida, furiosa y rota que estaba

por lo que ocurrió en casa de los Murphy me hizo percatarme de cuánto se desvive por la niña; nunca dudé que la quisiera, que la amara, pero al ver sus ojos anclados en la camilla ensangrentada que se arrastraba por los corredores del hospital me di cuenta de la intensidad con la que ama a Zoe. Ella hubiera dado lo que sea por estar en su lugar, y eso mismo se reflejó en su mirada.

Alguien que le otorga un nuevo significado a la palabra «amar» como Kansas lo hace merece saber la verdad, ¿pero cómo decirlo? ¿Cómo empezar?

Me pongo de pie y salgo hacia el pasillo para encontrar la puerta de su habitación entreabierta. Ella ha vuelto a ensayar sus disculpas en voz alta, algo que es inédito viniendo de su persona.

Mis nudillos rozan la madera mientras golpeo con suavidad, provocando que sus palabras se desvanezcan en el aire. Abro la puerta para encontrarla de pie frente al espejo de cuerpo entero; está descalza y sus piernas envueltas en un pantalón de pijama holgado, su torso cubierto por una sencilla y lisa camiseta de tirantes y su cabello se encuentra húmedo y enredado. Kansas no usa maquillaje y eso es algo que me encanta dado que siempre puedo ver algunos lunares, pecas y otras cosas que a veces las

muchachas clasifican como imperfecciones; lo cual, para mí, claramente representan todo lo contrario.

Esa mezcla de verde y café me observa mediante el espejo, allí se ve la cautela y arrepentimiento en su reflejo. Ella no se gira, simplemente me mira por algunos segundos antes de intentar hablar, cosa que no le permito.

—Te he estado escuchando desde que llegaste —confieso dando un paso dentro de su cuarto y contemplando la forma en que los músculos de su cuerpo se tensan y contiene el aliento—.

Hablaste sobre ser cruel, desconsiderada y muchas cosas que no eres. Así que voy a pedirte que no vuelvas a pensar en ti de esa manera, porque la realidad es que eres alguien que sobrepasa los límites de las mejores cualidades que un ser humano puede tener —murmuro con algo de ira en la voz, pero es inevitable no enojarme un poco conmigo mismo por hacerle plantearse que es alguien de pocos valores—. La gente juzga a otros por un momento en que estos se salen de sí mismos; los critican por un segundo en que los invade la furia, los ciega el dolor y dicen cosas que jamás pensaron que podrían decir. Es como si se olvidaran de evaluar cómo son la mayor parte del tiempo y se centraran en la

poca oscuridad que hay en ellos, dejando de lado la luz que siempre suelen tener —explico observado la manera en que su pecho sube y baja con cada inhalación y temblorosa exhalación que da—. Me gusta ver más allá de eso, así que no voy a juzgarte por un momento y espero que nadie lo haga; porque aquel que no sepa lo que se siente estar a punto de perder a alguien no puede juzgar la forma en que manifiestas tus emociones. El que solamente oiga gritos, crueldad y desconsideración de tu parte y no sea capaz de notar la preocupación, tristeza, desesperación y el amor que se esconden bajo lo que se ve... es porque no es empático, no se ha dado cuenta de que cada persona es diferente y a veces no puede controlarse como le gustaría, ni ha experimentado algo tan horrible como lo tú lo has hecho, Kansas. Así que no te disculpes conmigo por tener un momento como ese en el hospital. —Mi garganta se siente seca para cuando me preparo para decir lo que sigue—. Además, no puedes pedir perdón por señalar la verdad, porque la realidad es que yo desconozco lo que es amar a alguien como tú lo haces.

—¿Por qué siempre ves lo mejor de las personas? Incluso cuando no parecen ser tan buenas... —inquieta escudriñando mi reflejo mientras susurra. Una expresión serena se instala en su



rostro mientras que la emoción destella en su mirada felina.

—Porque ya hay demasiada gente que ve lo peor. La castaña se gira y ya no debo observar la superficie de cristal para ver lo que expresan sus facciones, ahora puedo mirarla a los ojos y a detalle.

—Eres comprensivo —señala bajo la tenue luz de la habitación que proviene de una lámpara. Las sombras y la claridad juegan en su piel a medida que se acerca a pasos pequeños—. Tanto como para justificar lo que te he hecho en el estacionamiento y todo lo demás antes de eso. A su vez eres tolerante, educado y malditamente inteligente. Eres gentil y cálido una vez que alguien te conoce y tu empatía y bondad superan la de muchos que conozco. —Se detiene el tiempo suficiente como para dejar salir el aire retenido y me veo sorprendido ante la honestidad que abunda en sus palabras, que se filtra a través de su voz. Ella en verdad cree que soy cada una de esas cosas—. Reflexivo, honesto, dedicado, independiente, detallista y fuerte. Eres la clase de persona que usa su cabeza, pero no deja de escuchar a su corazón, eres del tipo que logra equilibrar lo que muchos no pueden. —Y es ahí cuando sus ojos parecen volverse vidriosos y llenos de culpa—. Sé que no quieres que me disculpe, pero es inevitable no hacerlo, porque

sinceramente me está matando recordar lo que te dije y no ser capaz de dar marcha atrás y retractarme. —Una solitaria lágrima se abre paso a través de su mejilla y sé que no está llorando únicamente por mí, llora por todo lo que reprimió.

Deja salir lo que no fue capaz de soltar frente a la señora Murphy, frente a Bill, a sus amigas y a los Jaguars. Lloro por Zoe y por todo aquello que contuvo para sí misma y siento que se me comprime aquel órgano que bombea sangre dentro de mi pecho. Es sorprendente lo frágil que puede llegar a ser alguien tan fuerte.

No me contengo y cierro la distancia que nos separa para atrapar aquella solitaria lágrima que se desliza en cámara lenta con mi pulgar. Mi tacto parece hacerla estremecer, pero se mantiene en su lugar, inmóvil. Nuestros ojos se conectan a través de las masas de aire y me confunde lo que veo en los suyos. No puedo descifrar cuáles son los sentimientos que predominan allí o dónde terminan unos y empiezan otros.

Su mirada cristalizada la hace lucir más hermosa de lo que usualmente es y me encuentro admirando y a su vez odiando que la tristeza le siente tan bien.

—Te estás deshidratando.

De forma automática sus labios se curvan hacia arriba y una risa ahogada trepa por las paredes de su garganta. Soy testigo de la manera en que se limpia el rostro con el dorso de la mano y da una exhalación que parece sacar todo el pesar y los sentimientos más tóxicos de su sistema.

—Eres un idiota.

—Y aun así te gusto, ¿verdad? —inquiero.

—Es más que eso, Malcom —replica.

Me mira con intensidad, expresando algo que soy incapaz de poner en palabras, lo que es bastante irónico teniendo en cuenta quién soy yo. El oxígeno a nuestro alrededor parece escasear mientras la anticipación e incertidumbre hacen acto de presencia en mí. Me veo cautivado, desconcertado y estático ante la forma en que sus pupilas se dilatan mientras me observa.

Es tan...

—Te quiero —confiesa—, más de lo que alguna vez pensé que lo haría.

Por momento no tengo respuesta, no hay reacción ni emoción.

Me quedo de pie con sus palabras repitiéndose una y otra vez en

mis oídos mientras un silencio casi sepulcral se eleva en la habitación.

No sé cuánto tiempo transcurre, pero lo siguiente que hago es tirar de ella hacia mí y reclaman su boca.

*«Yo también te quiero, Kansas. Tanto que creo que lo que si ento ya no puede ser llamado querer».*

## **Capítulo LXIV**

Etéreo

# Malcom

Cuando se vive sin afecto, el mínimo toque significa más de lo que uno puede ser capaz de imaginar. Ante la más insignificante mirada la visión del mundo aparenta cambiar tanto como lo hacen las cosas que llevamos dentro; todo adquiere un nuevo significado al ser experimentado por primera vez, todo nos afecta y nos hace percatarnos de algo que antes no veíamos o no sabíamos que existía.

Esto se siente así, como algo nuevo.

Sin embargo, todo parece haberse intensificado. A simple vista mis labios han capturado los suyos en un beso mientras mis manos acunan sus mejillas, pero en realidad lo que estoy sintiendo es el incremento de mis latidos con cada segundo en que nuestras bocas permanecen juntas. Su piel ya no es suave, rompe aquel límite y se transforma en algo que sobrepasa la sedosidad y la calidez, algo que mis manos no deberían tener el placer de tocar. No parece haber suficiente oxígeno para cada inhalación que doy y tampoco suficiente cercanía a pesar de mi intento por romper la distancia. Internamente siento demasiado, pero anhelo

sentir más, deseo explorar la reciente intensidad que me consume y que sus palabras han liberado en mis adentros.

«Te quiero más de lo que alguna vez pensé que lo haría».

Sus dedos serpentean por mis hombros hasta deslizarse entre las hebras de mi cabello y acariciarlo con gentileza. Su tacto parece estar a punto de detonar esa bomba interna de urgencia, necesidad e impaciencia que alberga en mi interior para el momento en que el beso se profundiza. Nuestras lenguas colapsan al igual que lo hacen dos espadas, pero luego dejamos sanar las heridas de batalla una vez que los labios se rozan con afecto y sutileza. Es como un pequeño juego que se repite una y otra vez hasta convertirse en un vicio difícil de dejar.

Mis manos comienzan a descender mientras Kansas rompe el beso para mirarme a los ojos. Tras las delgadas y oscuras pestañas sus pupilas se dilatan bajo la tenue luz que nos envuelve. Su mirada adquiere un brillo tan enigmático como cautivador y daría lo que fuese por poder saber lo que está pensando en este momento.

—No te atrevas a arruinarlo —advierte mientras la diversión se filtra a través de su voz.

Al parecer ya no necesito desarrollar telepatía, aunque, de

todas formas, es imposible dado que estaríamos hablando de la transmisión de contenido psíquico. Cosas como esas únicamente se leen o ven en películas futuristas que...

—No me preguntes si estoy segura porque lo estoy —

comienza antes de desenredar sus dedos de mi cabello y dejarlos vagar a lo largo de mi caja torácica—. No te apartes si no es únicamente porque quieres hacerlo —sigue antes de llegar a tomar el dobladillo de mi camiseta provocando que cada músculo de mi cuerpo se tense—. Y por favor no te caigas de la cama —concluye antes de tirar de la prenda hacia arriba y, milésimas de segundos después, dejarla caer a nuestros pies.

La observo en silencio, contemplo la forma en que recorre mi torso con ojos rutilantes y soy testigo de la lenta y profunda inhalación que da. Una de sus manos, fría y pequeña, se posa en mi pecho y me obliga a tragar con fuerza; de allí se desliza perezosamente hacia abajo, recorriendo las ondulaciones de los abdominales que —Jesús, Galileo Galilei, Isabel I de Inglaterra o quien sea que esté allí arriba, si es que siquiera hay alguien, me perdone por mencionar su nombre en un momento como este—, Bill estuvo entrenando desde que llegué.

Sin poder resistirme jalo de Kansas hacia mi cuerpo y dejo que mis manos se enreden en su cabello mojado. No soy capaz de mantenerlas lejos de ella si el anhelo resplandece de tal forma en la cálida combinación de colores que conforman la singularidad de sus ojos.

Vací todo el afecto que siento por ella en un beso, le dejo saber la intensidad de lo que experimento internamente mediante el roce de nuestros labios y me aseguro de que resalte la concupiscencia que provoca. La desesperación o tal vez el afán de tenerla cada vez más cerca se multiplica mientras muerdo su labio inferior y escucho el débil sonar del interior de sus rodillas encontrando el borde de la cama. El prácticamente inaudible sonido desata la indecencia de muchos de mis pensamientos y me quita el aliento.

Caemos juntos y su espalda se presiona contra el colchón mientras mi cuerpo lo hace contra el suyo. Recargo mi peso en uno de mis brazos y dejo que el otro vague hacia el sur, recorriendo con deleite la curva de su cintura hasta llegar a su cadera. Ella se retuerce debajo de mí en cuanto mi boca se mueve hacia su cuello provocando que un idílico sonido escape de sus labios. Mis



manos alcanzan el dobladillo de su camiseta que pronto se encuentra descansando en el suelo al igual que la mía, y es entonces cuando me detengo para contemplar el suave color de su piel, la forma en que los lunares se distribuyen a lo largo de su estómago y unos pocos decoran sus hombros. La curva de sus pechos, el sosegado subir y bajar de su caja torácica, la pequeña marca de nacimiento que descansa en sus costillas y el entreabrir de sus labios; todo me roba el aliento, me hace percatarme de que cada vez que la miro parece hacerse aún más hermosa de lo que es. Sé que es imposible, un hecho tan inverosímil como incoherente, pero en mis pensamientos parece tener toda la lógica del mundo.

Ella es sublime, algo fuera de esta realidad.

—¿Este es el momento en que me dices que soy hermosa y luego nos besamos apasionadamente? —inquire recorriendo el contorno de mi mandíbula con sus dedos—. Porque eso sería muy cliché —reflexiona. —Puedo decirte que la mancha de nacimiento que tienes ahí es una anomalía de tu epidermis —ofrezco encogiéndome de hombros—. Existen dos tipos: las vasculares y pigmentadas, pero aún no sabría decirte a qué clase pertenece la tuya —murmuro deslizando mi mano a lo largo de su abdomen. —

Supongo que tendrás que observarla de cerca para averiguarlo — replica con seriedad cubriendo sus facciones y una mezcla de gracia y pretensión destellando en sus ojos. —El análisis es mi parte favorita de la investigación dermatológica. Las comisuras de sus labios se curvan y me inclino hacia su boca, pero la necesidad de besarla se ve obligada a esperar en cuanto habla. —Claro que lo es, Beasley —concuerta.

# Kansas

Malcom desliza los tirantes de mi sujetador por mis brazos mientras sus labios dejan un rastro de húmedos besos a lo largo de mi cuello. Traza un camino allí hasta depositar un último y prolongado beso en mi hombro. La prenda se acumula con las camisetas en el suelo y no estoy segura de si me estremezco ante la falta de la misma o por la intensa mirada del veintisiete sobre mí. Sus ojos relucen como si fueran auténticos zafiros, piedras preciosas capaces de arrebatarle el aliento y cautivarle con solo fijar tu mirada en ellas.

Su boca recorre cada pulgada de mi pecho con una delicadeza que me hace creer que podría romperme en cualquier segundo. Me hace sentir como una pieza de cristal por la forma en que sus labios rozan la piel con extremo cuidado, tal vez lo hace a propósito porque es consciente de lo que me provoca. Mi respiración se acelera y mi pulso se dispara mientras sus manos me recorren en caricias inacabables y un manoseo que sobrepasa lo pasional. Tiro con suavidad de las hebras de su cabello mientras llega a mi estómago y al elástico de mi pantalón. Una descarga de

electricidad recorre mi columna vertebral ida y vuelta mientras comienza a deslizar la prenda por mis piernas. Se deshace de ella con facilidad para abandonarla en algún lugar de la habitación mientras sus dedos recorren mis muslos obligándome a padecer una pequeña y grata tortura que estremece cada zona de mi cuerpo. Sin poder soportar la espera me incorporo y tomo su rostro entre mis manos para estampar mis labios contra los suyos, para transmitirle la persistente urgencia que tengo respecto a sentir su boca explorando la mía una vez más. Él me corresponde al instante y es entonces cuando nos encontramos arrodillados uno frente al otro. Me estrecha entre la calidez y solidez de sus brazos mientras mis dedos serpentean de su rostro hacia abajo, hasta sentir los músculos de su torso tensándose bajo mi tacto.

Internamente estoy perdiendo el control. Ya no soy capaz de saber a qué velocidad va mi corazón porque este se ha desbocado ante la cercanía de Malcom. Mis pulmones luchan por una bocanada de oxígeno que no me permito darles por el simple hecho de que necesito seguir besándolo, los dedos de mis pies se curvan ante el placer de sentir su pecho contra el mío y la sangre que recorre mi sistema parece ser víctima de una combustión. Pero, a

pesar de la mezcla de exquisitas sensaciones corporales, lo que en verdad me está por hacer perder la cordura es aquello que no se ve, sino que se siente. Ansiedad pura, ternura, euforia sin límite, placer, admiración infinita, armonía y un constante e incontrolable frenesí; la combinación es tan tóxica como adictiva, tan reconfortante como atemorizarte. Jamás pensé que podría experimentar en carne propia lo que es que un genuino caos de sentimientos tome las riendas de tu cuerpo y te consuma de la forma en que creo que estos mismos me están consumiendo.

Mi espalda vuelve a encontrarse presionada contra el colchón y me impulso para rodar y quedar sobre él. Su mano llega a mi rostro para colocar un mechón de mi desastroso cabello tras mi oreja en un gesto que rebosa de simpleza y cariño, un gesto que internamente me conmueve. Lo miro directamente a los ojos para contemplar la tormenta que se desata en la altamar de su mirada en cuanto mis manos encuentran el botón de sus jeans. Las olas parecen crecer con cada segundo que transcurre, parecen volverse cada vez más violentas y feroces de lo que alguna vez lo fueron. El anhelo y la necesidad dieron y dan origen a la tempestad que hace acto de presencia alrededor de sus pupilas dilatadas y cuyos cielos

se ven iluminados por relámpagos en cuanto se oye el sonido de la cremallera de sus pantalones. La anticipación quema en mis adentros de una forma que no debería ser posible y me veo atrapada en aquella implacable tormenta en la que no tengo miedo de caer e ir a la deriva, de ahogarme en un océano como el que Malcom representa.

Todo lo contrario, espero tocar fondo.

Rodamos una vez más y por un momento creo que vamos a caernos. Él parece pensar exactamente lo mismo y sonrío mientras su cuerpo se presiona contra el mío. Me gusta la forma en que las comisuras de sus labios se inclinan con gracia y discreción, como si estuviera guardando un secreto que solamente conocemos nosotros dos. Sin embargo, aquella sutil sonrisa desaparece en cuanto las últimas prendas de ropa se van y ya no existe nada que pueda separar su piel de la mía. Estamos totalmente expuestos ante el otro, recorriéndonos mutuamente con pura devoción y permitiendo que los ojos y manos vaguen sobre la complexión ajena.

No creo que exista nada que se asemeje a sus caricias, a la manera en que Malcom parece adorarme con cada toque y

suspiro. Él va a través de mi cuerpo explorando y contemplando cada pulgada, fascinándose con lo que muchos creen que es solo carne, piel y hueso, pero él observa como si fuese lo más extraordinario que vio alguna vez.

No me permito quedarme atrás y hago exactamente lo mismo, dejo que mis dedos transiten cada músculo, que se tienten ante la calidez y magnificencia que él representa mientras intento grabar en mi memoria cada detalle de este momento.

Me encantaría decir que solamente nos unimos de forma física, que siempre se trató de atracción y nada más. Sin embargo, para mi total desgracia y dicha a la vez, lo que compartimos sobrepasa el límite al que el anhelo puede llegar. Lo exterior está tan involucrado como lo interior, el corazón habla a través de cada latido al igual que la mente lo hace mediante cada pensamiento. Y me aterra, lo hace porque sé que él se irá dentro de tres días y yo me quedaré con un vacío interno porque esto va más allá del deseo. Esto implica mucho más de lo que estaba dispuesta a dar al comienzo. Entonces recuerdo que, como humanos, nos gusta postergar lo agrio de la vida. Así que, siguiendo el ejemplo de muchos, aparto el miedo de perder a alguien que desde un principio

supe que llegaba para marcharse. Me permito dejar de reflexionar sobre eso y volver a sentir, dejo que Malcom se encargue de desdibujar las palabras que un posible corazón roto ha estado escribiendo en mi cabeza y que las reemplace por otras que hacen vibrar el alma. Le doy permiso para hacerme sentir cualquier cosa que él pueda provocarme con sus manos, su boca y sus inigualables ojos azules.

Me aferro a su espalda y él deja que los músculos y las viejas cicatrices sean contorneadas por mis dedos. Una de sus manos se enreda en mi cabello mientras la otra serpentea a lo largo de mi cuerpo. Mis piernas se envuelven alrededor de sus caderas y pronto siento la calidez de sus dedos trazando un patrón en mi muslo. Nuestros pechos suben y bajan con frenesí, los corazones parecen colapsar uno contra el otro con cada latido que dan y nuestras bocas vuelven a unirse. Sus labios parecen estar hechos a medida, como la pieza de un rompecabezas faltante mientras que se deslizan sobre los míos y soy capaz de deleitarme ante el movimiento de los mismos.

Y es entonces cuando siento la humedad y el calor extenderse por el sur de mi cuerpo, es ahí cuando terminamos de unirnos en



todo sentido. Un sonido completamente ronco y varonil tiene la intención de escapar de su boca antes de verse ahogado por el intenso y necesitado beso en que ambos estamos envueltos. Mis manos tiemblan sobre su espalda en cuanto el anhelo se ve saciado y una oleada de placer se extiende a través de cada pulgada de mi ser.

Nos movemos juntos, piel contra piel y pecho contra pecho. Adquirimos un ritmo, una forma de encajar cada parte de él con cada parte de mí a medida que el mundo entero se desvanece a nuestro alrededor. Solamente somos capaces de tocarnos, de mirarnos y transmitirnos con los ojos aquello que no somos capaces de expresar mediante cualquier palabra. Cada roce, cada movimiento, cada suspiro y cada mirada dice más de lo que alguna vez podríamos llegar a decir a través de cualquier otro método. Los actos de afecto hablan por sí solos y adquieren más significado e importancia con cada minuto que pasa y ambos nos conectamos en todas las formas posibles.

Llega un punto en que el sudor hace brillar la piel y el oxígeno ya no parece ser suficiente, un punto donde la paz colma el cuerpo y todos los músculos parecen relajarse tras las tantas explosiones

de deleite que han sido protagonistas de la noche. Ese momento en que nos miramos en silencio, rodeados por las inquietas sombras que juegan con nuestros rostros, es donde me percato de cuánto siento por Malcom Beasley.

—Eres la mejor protagonista que este cuento podría tener, Kansas —susurra depositando un beso en mi frente.

Y así la noche se transforma en día y, tal vez, el querer en amar.

## **Capítulo LXV**

Terrario

# Kansas

—¡Quita esta cosa de mí! ¡Quítala, Kansas! —ordena el muchacho con notoria desesperación.

—Cállate antes de que Bill te escuche —mascullo mientras busco mi camiseta debajo de la cama.

Hay mucho polvo, tengo que barrer.

—¿Cómo quieres que me calle si tengo un arácnido paseándose por mi órgano viril?! —espeta con horror—

. Esta cosa es la especie más grande de la familia *licósidos*, se dedica a comer cucarachas, saltamontes y hasta roedores. ¡Se podría comer a Ratatouille de una mordida! —Encuentro la prenda y la sacudo antes de pasarla sobre mi cabeza. Cuando soy capaz de mirar a Malcom otra vez noto que está entrando en pánico: su espalda está completamente pegada a la cabecera de la cama y tiene las piernas totalmente rectas. No parece tener movilidad y sus músculos están tensos, lo único que mueve son sus ojos que van de un lado al otro a una velocidad tan rápida como con la que su boca se abre y cierra diciendo un centenar de palabras por minuto.

—¡Es doméstica! No creo que vaya a hacerte daño... así que

cierra la boca, por favor —reitero con exasperación.

—¿Y se supone que eso debe calmarme? —farfulla entre dientes—. ¡Quita esta araña de mi pene, ahora! Me siento víctima de una desfloración, esto es una profanación a mi persona.

De acuerdo, esto no está saliendo para nada bien.

Me gustaría poder decir que despertar entre los brazos del inglés fue algo sumamente placentero, y sí, lo fue, pero solamente por unos pocos segundos. Él empezó a reírse y me dijo que era insaciable, literalmente. Entonces yo le respondí que no lo estaba tocando ahí abajo. El color se drenó del rostro del veintisiete mientras levantaba las sábanas para encontrar a un pequeño animal aferrado a su miembro.

No debería haber mantenido a la tarántula en mi habitación.

En Halloween tenía la intención de hacerle una broma con la araña, pero dado que terminamos atrapados dentro del Jeep haciendo algunas cosas indecentes me vi obligada a posponer mi plan. Le había pedido a Jamie que llamara a su primo Héctor, quien trabaja en una tienda de mascotas, con el objetivo de alquilar al arácnido únicamente por una noche. Sin embargo, como pueden ver, me la quedé un poco más de lo necesario.

—¡Tranquilízate, encontraré su jaula!

—¡Terrario, no jaula! ¡Se llama terrario, Kansas!

—Ni con una tarántula sobre tu maldita cosa puedes dejar de decir palabras que nadie conoce —me quejo agachándome bajo el escritorio y tomando el rectángulo de cristal. Puedo jurar que cerré la tapa tras darle de comer la última vez.

—No es mi culpa que seas una ignorante respecto a los términos propios de la terrariofilia —objeta con sus fosas nasales abriéndose y cerrándose con frenesí—. ¡¿Por qué tenías una araña en tu cuarto? ¿Estás...?! —La oración se desvanece en la punta de su lengua en cuanto se oyen golpes desde la puerta.

—Kansas, ¿qué diablos estás haciendo ahí dentro? Deja de gritar como una niña, ya tuve suficiente con Zoe gritándome que le traiga más de esa insípida gelatina de hospital toda la madrugada.

—La voz de mi padre me petrifica a medio camino de la cama—.

Esa cría tiene más apetito que todos mis jugadores juntos.

Mis ojos se deslizan hacia el muchacho desnudo y veo que contiene la respiración. Sus globos oculares parecen estar a punto de salirse de órbita mientras observa con fijeza la puerta, la cobardía emanando de sus poros.

—Es que hay una araña en la pared, eso es todo —miento  
llevándome el dedo índice a los labios en cuanto me percató de que  
Malcom está por abrir la boca nuevamente.

—Está caminando —susurra cerrando los párpados con  
fuerza y tragando, su nuez de Adán moviéndose a lo largo de su  
garganta—. Creo que padezco de aracnofobia y también creo que  
me voy a desmayar. La falta de oxígeno...

—Ni se te ocurra quedarte inconsciente justo ahora, Beasley  
—advierto entre dientes, tan bajo como puedo.

—¿Una araña? —inquire Bill desde el otro lado de la  
puerta—. Tú nunca tuviste miedo de ellas, ¡Timberg le teme a las  
arañas! —A continuación se oye un ruido que no soy capaz de  
descifrar—. A las hormigas, grillos... ¡de seguro le teme hasta a su  
propia madre! —Se ríe con cierta crueldad—. Vas a llegar tarde a  
clases, así que déjame matar a esa pequeña y jodida... —Corro  
hasta la puerta en cuanto me percató de que lo que acabo de oír era  
mi padre quitándose un zapato.

Sin embargo, más para la desgracia de Malcom que para la  
mía, no llego a tiempo.

Me quedo estática en mi lugar intentando que el denominado

terrario no se caiga de mis manos mientras soy testigo de la forma en que Bill entra a la recámara y se queda helado ante la imagen.

A unos cuantos pasos del umbral el hombre vestido con su típico atuendo de entrenador sostiene su zapatilla deportiva en el aire.

Creo que no está pestañeando ni respirando, ¿seguirá vivo?

Siento el calor extenderse por mis mejillas mientras la vergüenza hace estragos en mis adentros. Creo que jamás me encontré en una posición tan incómoda como en la que estoy en este mismo instante. Deseo que la tierra se abra en dos y me succione hasta estar cara a cara con Hades.

«Diablos, debo dejar de ver Hércules con Zoe» .

Los ojos del *coach* se deslizan desde la ropa masculina desarramada en el suelo hasta las sábanas arrugadas en las cuales descansa el europeo. El músculo de su mandíbula salta al ver la desnudez de su jugador y, a pesar de que sé que acaba de ver la tarántula posada en la entrepierna de Malcom, es lo que menos parece preocuparle.

Beasley está pálido y mudo, y no estoy segura de si le aterra más el animal de Héctor o Bill.

Abro la boca para replicar, pero mi progenitor me corta antes

de que pueda emitir palabra alguna.

—Hoy estaba feliz —dice con una tranquilidad de lo más inquietante—. Tengo puestos mis pantalones favoritos, desayuné un gran tazón de cereal integral con café, los Kansas City Chiefs juegan mañana y estaba a punto de salir a trabajar y gozar de gritarle a Timberg lo idiota que es. —Malcom, que intenta cubrirse pero se le dificulta dado que tiene miedo de tocar la araña, lo mira fijamente mientras sus manos se mueven en cámara lenta para tomar una almohada—. Cuando fui a tu habitación no te encontré y supuse que habías salido a correr, ¿sabes lo contento que estaba de no tener que sacar tu trasero de esa cama? Pensé que estabas haciendo lo que debías... —La tensión se eleva entre las masas de aire mientras el hombre hace una pausa. Sé que está por gritar, lo noto por la forma en que da una gran inhalación e infla su pecho—. ¡Pero no es así! ¡Y ahora te encuentro desnudo en la cama de mi hija y solamente puedo pensar en la cantidad de calorías que gastaste practicando alguna clase de gimnasia sexual con ella!

—Aprieto el terrario contra mi pecho y doy un paso atrás. Por lo menos yo estoy vestida—. ¡Vas a correr a lo largo de América ida y vuelta, y puedo jurarte que morirás corriendo, Beasley! —



vocifera agitando la zapatilla en su mano—. ¡Y más vale que me expliques por qué demonios tienes una tarántula posada en tu... tu...! —ni siquiera puede pronunciarlo—. ¡En esa cosa horrible que tienes entre las piernas! —supongo que para un hombre heterosexual no resulta muy agradable a simple vista, ¿para mí? Todo lo contra...



—¡Se está moviendo, se está moviendo! —Malcom no parece poder resistir el impulso de chillar mientras la araña da vueltas alrededor de... de eso—. Sáquenla, mátenla ¡Aparten este *licósido* de mí!

—Con gusto la voy a aniquilar —murmura mi padre por lo bajo.

Y es ahí cuando tira de su brazo hacia atrás y luego lanza su zapatilla al lugar donde se encuentra la araña.

Bill tiene una puntería perfecta, eso siempre lo supe, pero creo que Malcom acaba de averiguarlo.

—Héctor ya extrañaba a su tarántula —murmura Jamie deslizado mi *latte* sobre la mesa de la cafetería y dejándose caer

en su asiento habitual—. Ese chico se la pasa hablando con las mascotas, en verdad me preocupa. Creo que necesita interactuar con humanos más a menudo —añade antes de pasarle a Harriet su café matutino—. No sé cómo es que pertenecemos a la misma familia, él está algo perturbado.

—Creo que exactamente por eso son parientes, sin ofender —acota la futura abogada dando pequeños golpecitos en el cristal que conforma el terrario del arácnido—. ¿Cómo salió la broma que tenías planeada? —inquieta deslizando su mirada aguamarina en mi dirección.

—Nada bien —respondo observándola a través del vidrio antes de dar un gran sorbo a mi bebida—. ¿Y cómo salieron las cosas con Ben? —interrogo—. Cuando estuvimos ayer en el hospital le llevó varias cosas a Zoe, y entre ellas había un ramo de flores que me pareció muy sospechoso dado que fue lo único que no le dio a la niña.

—Déjame adivinar —se entromete la pelirroja estrechando los ojos con cierta intuición—. Eran orquídeas de ese horrible color amarillo que tanto le gustan, ¿verdad? —dice señalando a la rubia quien, tal vez por pudor o algo más, clava sus pupilas en la

Constitución. En cuanto asiento Jamie se regodea por su deducción y le arrebató el libro a la muchacha a su lado—. Te sabes esta cosa al derecho y al revés, así que no simules leer cuando sé que podrías recitar esto como el Padre Nuestro o cualquier canción de Shawn Mendes.

—Bueno, sí, tal vez las orquídeas eran para mí —divaga mientras deja salir el aliento retenido—. Y puede ser que él se haya presentado en mi casa ayer por la noche para dármelas y pedirme una cita —continúa—. Y tal vez, solo tal vez, me haya traído esta mañana a la facultad y me haya...

La interrumpo.

—Creo que ya entendimos —digo reprimiendo una sonrisa mientras sigo bebiendo.

—Deja que siga hablando, Kansas —se queja la chica frente a mí—. Porque puede que tú tengas romanticismo y una vida sexual activa, pero ten algo de compasión por los que no tenemos nada de eso —pide frunciendo el ceño antes de girarse en dirección a la rubia una vez más—. Ahora dame los detalles sucios, Harriet. No te contengas.

—¿Romanticismo? —espeto con cierta incredulidad—. ¿Te

quejas por no tener algo de romance en tu vida cuando el pobre Timberg te ha estado enviando regalos y mensajes llenos de corazones durante las últimas dos semanas? Eres increíble — concluyo.

—Claro que soy increíble —concuerta, pero de una manera muy distinta a la mía—. Y Timberg es como un chicle pegado a tu zapato: excesivamente empalagoso y molesto —apunta mientras la rubia le arrebató la Constitución y se asegura de que no haya estropeado ninguna página—. No es romántico, es diabético.

—Sabemos que te gustan más los chicos que usan chaquetas de cuero, los que tienen cierto aire de misterio a su alrededor y golpean a otros para defender a su chica —recuerdo—. ¿Pero no te gustaría probar algo más? Porque los hombres no se reducen a solamente ese estereotipo.

—Probar algo nuevo no te va a cambiar, Jamie —asegura Harriet—. Pero puedo que te muestre que hay más que muchachos como Derek Pittsburgh en el mundo.

—Tú probaste pasar una noche con Ben hace unos días y ya no eres virgen —se burla la muchacha con una sonrisa cargada de malicia curvando sus labios—. Si eso no es un gran cambio no

sé qué lo es. Dejaste de ser una virginal, Quinn.

—¿Podemos desviar la atención de mi persona por un momento? —Las mejillas de la futura abogada adquieren un leve tono arrebol mientras recoge sus resaltadores y los guarda en su cartera.

—¿Hay algo más interesante que tu falta de castidad? — pregunto siendo incapaz de retener el comentario. No debería estar disfrutando de atormentarla, pero Jamie me persuade de hacerlo con su loco e intencional movimiento de cejas.

—Tal vez tu falta de protección a la hora de tener relaciones —escupe mientras toma la Constitución y se pone de pie lista para partir hacia su facultad.

—Kansas toma anticonceptivos desde que estaba con Logan —replica la pelirroja—. Hay muchas formas de prevenir que un pequeño engendro del diablo venga a la Tierra —continúa echándose el cabello tras su hombro—. Pero bueno, normalmente las primerizas como tú piensan que sin condones es el fin del mundo. —Se encoge de hombros.

—Son unas amigas terribles —sentencia con su rostro más escarlata de lo que debería ser. A continuación, Harriet toma su

bolso y se echa a andar a través de la cafetería.

Jamie y yo chocamos cinco.

Tras eso me encamino hacia mi respectivo edificio, pero me tomo la libertad de echar un vistazo al campo de fútbol. Bill está gritando a todo pulmón mientras los Jaguars hacen un circuito de entrenamiento que combina tantos ejercicios que ya ni siquiera sé con cuál se empieza y con cuál se termina.

Mi padre había aceptado el hecho de que no podía hacer nada respecto a lo que Malcom y yo teníamos, así que, aún sin agradarle la idea, decidió hacer la vista a un lado. ¿Pero encontrar al jugador en toda su gloriosa desnudez esta mañana?

Creo que nadie puede apartar los ojos de eso.

Por suerte Beasley está reunido con Mark por lo que tengo entendido, así que Shepard tendrá que descargar toda su frustración y cólera en alguien más. Timberg es un buen ejemplo.

Una vez que llego a la facultad y me dejo caer en el asiento del aula 031 no es una gran sorpresa que Sierra aparezca y se adueñe de la silla frente a mí. Automáticamente se gira y deja caer un par de hojas en mi mesa, títulos como «Planteamientos fundamentales en la psicología humanista» y «La psicología de

Carl Rogers» resaltan en colores fluorescentes.

—Lo resaltado a partir de la segunda hoja son temas que puedes encontrar en el material de lectura, lo primero es una introducción de mi cortesía —explica mientras ojeo las páginas. Ella parece haberse tomado el tiempo para confeccionar y perfeccionar los apuntes—. Si tienes problemas con mi caligrafía te las arreglas sola, Shepard —añade con su característico tono de indiferencia antes de volver a girarse—. Mi madre compró un ridículo disfraz de una tal Elsa de Frozen como regalo para Zoe, ¿te importa que te acompañe al hospital luego de clases? Quiere que se lo dé. —Hay cierta vacilación en sus palabras, como si en verdad se preocupara de la respuesta que pudiese llegar a obtener.

—¿Y desde cuando te importa si estoy de acuerdo con algo?

—inquiero bajando la voz una vez que el profesor Ruggles atraviesa las puertas dobles del salón.

—Tienes razón, en realidad no me importa —replica echándome una mirada sobre su hombro—. Me llevarás con Zoe de todas formas —concluye dándose la vuelta una vez más, y puedo jurar que percibo una sonrisa en su voz.

El profesor deposita su maletín en el escritorio y comienza a

dar una clase bastante particular, una que no creo que debería ser considerada como tal. Él nos recuerda que los parciales se acercan y que ya deberíamos estar preparándonos con cada materia, a su vez resalta que al comienzo de nuestro tercer año de psicología nos encontraremos

con

que

debemos

comenzar

a

hacer

nuestras residencias. El segundo año se termina en primavera, así que prácticamente no falta nada para que llegue la acción.

—Cuando yo comencé mi residencia, y no, no la hice en la Era Mesozoica, querido Nevil —apunta ante el desubicado comentario del muchacho en segunda fila—, me encontré en ciertas situaciones bastante incómodas y tuve que escuchar algunos disparates que todo psicólogo oyó u oirá a lo largo de su carrera —continúa acomodándose sus gafas—. Esta clase quiero que sepan a qué se enfrentarán cuando tengan que estar cara a cara con un ser



humano y no con su libro de texto donde todo parece tener lógica y solución. Así que comencemos.... a lo largo de los años he tenido que escuchar una y otra vez la misma pregunta: ¿me vas a leer la mente? —Varios ríen en cuanto oyen una de las frases que más detestamos—. Y lo peor de todo es que lo dicen como si en verdad fuese posible. Seguida de esta interrogativa viene una afirmación: no te puedes enojar o deprimir porque eres psicólogo.

Personalmente es una de las oraciones que más aborrezco. Muchos creen que por elegir tal profesión nos deberíamos tornar neutrales en todo sentido, a veces se olvidan que somos igual que ellos y que podemos tener estrés, estar enfadados por una tontería, tener momentos de vulnerabilidad y demás. No se debería juzgar nuestra capacidad para ejercer nuestra vocación por una reacción, y la realidad es que no todos se percatan de que hay una línea entre lo personal y lo profesional. No es justo exigir una perfecta estabilidad emocional y autocontrol solamente porque uno sea psicólogo. Con ese criterio un dentista no podría tener caries y a un bombero no se lo pondría incendiar su propia casa —reconoce—. Junto con esto también he experimentado momentos incómodos; cuando era joven solía decir que estudiaba contabilidad porque de

otra forma las amigas de mi madre, los taxistas, el florista y cada persona que me preguntaba por mi carrera terminaba adueñándose de mi tiempo y contándome su vida entera y sus problemas como si pudiera darle una solución en cinco minutos. Así que si alguien los interroga acerca de su profesión digan que son contadores, es un hecho que no muchos te preguntarán sobre números y estadística. —Sonríe con cansancio mientras la multitud estudiantil lo oye con atención—. ¿Pero saben cuál es la frase que más oye alguien que se dedica a la psicología? —inquire.

Sonríe internamente. Todos conocen la respuesta: «¿Ir al psicólogo? Ni que estuviera loco».

Tras unas cuantas horas más Sierra cumple con lo dicho y se sube al Jeep para acompañarme al hospital. Me encuentro inquieta dado que hoy le dirán a la señora Murphy cuándo podrá Zoe regresar a casa, y al parecer Montgomery se percata de mi nerviosismo y comienza a parlotear y criticar a la banda de música que suena en mi estéreo. Me distrae por los siete minutos que nos toma llegar al lugar y aparcar, pero ya no hay nada que pueda hacer cuando atravesamos las puertas de cristal y nos vemos rodeadas por las pálidas paredes y el familiar aroma a antiséptico.

Voy directo a los elevadores, pero la enfermera de turno me llama la atención en cuanto me dispongo a oprimir el botón. Me giro para encontrar a una mujer pequeña, cuya estatura no parece hacerla menos amenazante cuando frunce el ceño y me obliga a arrastrar mis pies hasta el mostrador. ¿La otra enfermera habrá renunciado o simplemente se trata de una rotación de turnos? Cualquiera sea la respuesta, sigo prefiriendo a la antigua empleada dado que al ser algo inexperimentada no era tan rigurosa ni me insistía en llenar y firmar papeles como esta mujer lo hace.

—Veo que no eres miembro directo de la familia del paciente —arrastra las palabras con monotonía y ojos cargados de molestia—. Sin embargo, tienes autorización para ver a la niña —añade ojeando las planillas en cuanto le digo mi nombre—.

Completa el registro y espera para subir, ella se queda aquí —dice escudriñando con desconfianza a Sierra, quien arquea una ceja en dirección a la mujer mientras se cruza de brazos—. Zoella Murphy está con visitas en este instante y no se permiten a tantas personas en la habitación. Políticas del hospital —sentencia.

—¿Quién está con ella? —inquire la castaña a mi lado mientras yo tomo una lapicera y comienzo a llenar la planilla.

—Madre y hermano —replica tajante la enfermera,  
obligándome a levantar la mirada del papel.

—¿Hermano?—repito con incredulidad.

—¿Es que acaso no oyes? Él se registró antes de ti, niña —  
explica dando vuelta la hoja para demostrarme que no se equivoca.

El nombre de Malcom aparece ante mis ojos y niego  
automáticamente con la cabeza.

—Eso no es posible, él... —comienzo, pero Sierra me  
interrumpe.

—Es su hermano —concluye por mí fijando aquellos intensos  
ojos color cielo en los míos. Cada músculo de su cuerpo parece  
tensarse mientras toma una bocanada de aire antes de volver a  
hablar—. No hay error en eso.

## **Capítulo LXVI**

Desperdiciar

# Malcom

—¿Mi mamá sigue en el baño? —inquire la cría removiéndose entre las pulcras sábanas del hospital—. Porque tuvo que haber tomado mucha agua como para estar tanto tiempo orinando —apunta antes de tomar otra tarjeta y llevarla a su frente. Esta vez aparece un telescopio.

—El sistema urinario es complejo de explicar para alguien de tu edad, así que sigamos con esto. —Acercó mi silla un poco más a la camilla y la ayudo a acomodar la tarjeta en el soporte que tiene el círculo de plástico que rodea la circunferencia de su cabeza.

Sé que la señora Murphy no está en el tocador. En realidad, lo más probable es que siga reunida con la policía y su abogado.

—¿Soy un animal? —pregunta echando su delgado cabello color trigo tras su hombro y revelando aquello de lo que no soy capaz de apartar la vista. Un insignificante peso parece caer sobre mi pecho al verla envuelta en esa pequeña bata de hospital, pero parece que se le añaden toneladas cuando soy capaz de vislumbrar las irregularidades de la piel que se ve cosida desde su

sien derecha hasta su diminuto mentón. Sé que con el tiempo la herida se convertirá en una cicatriz, y es algo que la niña verá cada vez que decida mirarse en un espejo—. Porque si soy un animal me gustaría ser un oso panda o un camaleón.

—No eres ninguno de esos, desafortunadamente —replico—

. Y sé que no puedo dar grandes pistas y debo limitarme a responder tus preguntas, pero creo que puedo ayudarte haciendo algo

de trampa. —No hay forma de que lo adivine si no hago a un lado

las reglas del juego—. Es algo que recoge la luz de un objeto lejano

y lo amplía, su descubrimiento es atribuido a Galileo Galilei y

al genial Hans Lippershey —indico escudriñando el dibujo—. Los

primeros

en

fabricarse

fueron

del tipo *kepleriano* y eran de longitudes focales de varios pies, y u

no de los más famosos fue el denominado Hubble, ese proyecto

conjunto de la La Agencia Espacial Europea y La

Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio que pesa

miles de libras. ¿Puedes adivinar de qué estoy hablado?

La niña me mira perpleja.

—¿Estás seguro de que no soy un camaleón? —cuestiona.

—Podrías pesar hasta veinticinco mil libras, Zoe —  
argumento.

Ella lo piensa por un segundo.

—¡Entonces soy un oso panda!

Niego con la cabeza y escondo mi rostro entre mis manos  
mientras ella ríe y se saca la tarjeta de la cabeza. Que juego más  
absurdo, ¿por qué Ben se lo compró?

—Podrías haber dicho que era algo que servía para mirar las  
estrellas, Malcom —me reprocha.

—Esa descripción es digna de un ignorante —señalo.

—¿Qué es un ignorante? —pregunta frunciendo el ceño y  
observándome con auténtica incertidumbre.

—Tú eres una ignorante.

—No le digas ignorante, apenas tiene siete y suena cruel —  
se entromete alguien a mis espaldas.

Tomo una inhalación al reconocer la voz y al ver como los  
ojos de la cría parecen iluminarse ante la castaña que se acaba de  
recargar contra el umbral de la habitación.

—¿Vienes a jugar con nosotros, Kansas? —pregunta con entusiasmo.

—Ese era el plan, pero antes necesito hablar con Malcom. —

Me pongo de pie y arrastro la silla hasta el lugar donde se encontraba con anterioridad mientras ella hace una pausa—.

Estaremos en el pasillo, si necesitas algo puedes llamarnos. ¿De acuerdo? —inquire, y algo en la invariabilidad de emoción en sus palabras logra preocuparme.

Una vez fuera y con la puerta cerrada el silencio cae entre nosotros. Lo único audible son los sonidos provenientes de las máquinas y algunas voces demasiado lejanas. Rodeados de mutismo y paredes blancas nos enfrentamos en el corredor desierto y me tomo un momento antes de mirarla.

Ella no debería estar aquí.

Esta mañana no me reuní con Mark como lo debería haber hecho. Tras el incómodo momento que ocurrió con Bill prácticamente salí de la casa de los Shepard antes de que pudiera alcanzarme. Sin embargo, no fue sin motivo; Nancy me había enviado por fax lo que le había pedido y entonces tuve que hacer un viaje directo a Louisiana.



Claro está que nadie sabe de mi pequeña escapada a otro estado y, dado que mi destino estaba a solamente a una hora y cuarenta minutos de Betland, mi ausencia en Mississippi no fue algo de lo que alguien pudiera percatarse.

Sé que simplemente podría haber llamado, pero mi situación no es algo que se pueda tratar por teléfono teniendo en cuenta la cantidad de limitaciones que tengo ahora mismo. Además, desde mi punto de vista, hablar de forma directa sin la intervención de la tecnología es algo que muestra interés y compromiso.

Tras el pequeño viaje en bus terminé en el hospital. No estoy seguro de cuánto tiempo transcurrió hasta que decidí entrar y buscar a la señora Murphy, pero lo que recuerdo es a aquella enfermera deteniéndome y repitiendo que únicamente los familiares estaban permitidos. Le dije que no venía a ver a Zoe, venía por su madre, y cuando Anne se encontró conmigo en la sala de espera su rostro fue un sinónimo de curiosidad y desconcierto.

Ella deslizaba sus ojos desde mi cara hasta la carpeta que tenía entre mis manos ida y vuelta, intentando descifrar qué era lo que ocurría.

Le mostré los documentos.

Y le dije la verdad.

Ella se quedó perpleja, incapaz de pronunciar palabra alguna mientras me observaba con ojos vidriosos y negaba una y otra vez con la cabeza. Fue entonces cuando la policía nos interrumpió. Ellos habían atrapado a un hombre que se adecuaba a las características dichas sobre el mismo en la denuncia, fue ahí cuando le pidieron ir a reconocerlo al Departamento de Policía. Habló con la enfermera del mostrador y entonces ella me permitió ver a Zoe. Anne me dijo que la esperara, y por la expresión en su rostro puedo asegurar que aún no podía asimilarlo: estaba pálida, confundida y callada. Sumamente asustada.

Y se fue.

Y ahora Kansas llegó.

Pensé en decirle la verdad más veces de las que puedo recordar, pero creí que era necesario que la señora Murphy lo supiera primero. Necesitaba explicarle cada detalle, cada intención y el objetivo de todo esto. Al fin y al cabo, esto es un asunto familiar, uno que no involucra a la castaña en realidad. Sin embargo, soy consciente de que los lazos de sangre no hacen a la familia, y por más que me quiera convencer a mí mismo de que estuvo bien omitirle la verdad siempre existirá una parte de mí que

se arrepiente de ello.

—No creí que fueras capaz de hacer algo como eso. —Su murmullo llena mis oídos y me obliga a descender la mirada hasta los ojos frente a mí—. Creí que eras alguien honesto —añade cruzándose de brazos y dejando que la seriedad se vierta a través de sus labios. Por otro lado, estoy yo; completamente estático y escuchando con atención, sumamente consciente de cada movimiento y reacción. La idea de que ella lo sepa me trae tanta quietud como desazón, y por un momento siento que el órgano que bombea sangre dentro de mi caja torácica se paraliza—. ¿Decirle a la enfermera que eres el hermano de Zoe únicamente para verla? Es algo indigno de ti, Beasley —me reprocha con la diversión brillando en sus pupilas—. Pero debo reconocer que es bastante dulce, y si Sierra no se hubiera dado cuenta y no me hubiera detenido te habría causado unos cuantos proble...

La interrumpo.

—Kansas... —Paso una de mis manos a través de mi cabello en una clara señal de frustración, pero ella continúa hablando—. Detente, por favor —insisto antes de tomarla por los hombros y mirar directamente a la mezcla de verde y café en sus ojos.

Cualquier palabra muere en sus labios en el momento en que me mira, en que se percata de que existe preocupación y arrepentimiento en mi rostro. Cuadra sus hombros y da una exhalación que va acompañada del fruncimiento de su ceño. Ella puede deducir lo que ocurre, lo sé por la forma en que cualquier rastro de albricia que había en su mirada se desvanece.

—Malcom... —Ella da un paso atrás y mis manos caen.

—No puedo mentirte ahora, no después de lo que ocurrió anoche y mucho menos si te estoy mirando a los ojos —confieso—. No quería que te enteraras de esta forma, Kansas.

Ella luce auténticamente confundida mientras traga y sus labios se abren como si estuviera dispuesta a hablar, pero no hay sílaba que se vuelque al aire.

—Zoe... —Busco las palabras adecuadas para comenzar, pero, honestamente, ningún principio parece ser el correcto.

—Es tu hermana —señala cerrando los párpados con fuerza y llevándose una mano a la frente—. Pero no lo entiendo, y aunque me esfuerce no veo conexión alguna entre tu historia y la de ella. — Cuando abre los ojos noto la forma en que la frustración y la incredulidad hacen acto de presencia en ellos—. Así que dime algo

que le dé sentido a todo esto porque juro que siento que estoy por perder la maldita cabeza —masculla.

—No creo que sea el momento adecuado para explicarlo.

—Pero sí para confesarlo, ¿no? —escupe.

El silencio cae con pesadez a nuestro alrededor mientras nos observamos mutuamente. Ella esperando por una respuesta y yo deseando no tener que dársela.

—¿Cuándo lo supiste? —inquire.

—No hagamos esto ahora —insisto dando un paso en su dirección, pero ella retrocede mientras deja caer los brazos a sus lados.

—¿Y cuándo lo haremos? —interroga con algo de ira filtrándose a través de su voz—. ¿Mañana mientras estés haciendo tus maletas? Porque no sé si lo recuerdas, pero estás a punto de mudarte a Chicago —apunta—. No entiendo por qué no lo mencionaste cuando lo supiste, sinceramente no lo hago.

—No dije nada porque esto no se trata únicamente de mí —replico bajando la voz.

—Y exactamente por eso deberías haberlo dicho antes —argumenta—. Tu hermana y tu madre están involucradas, ellas

tenían derecho a saber...

La corto.

—La señora Murphy no es mi madre, Kansas. —Soy testigo de la manera en que la consternación y la sorpresa se adueñan de sus facciones—. La historia que te conté sobre mi pasado es verdad.

Mis padres biológicos no podían mantenerme y me dieron en adopción —murmuro antes de tomar una bocanada de aire—, e hicieron lo mismo con Zoe.

—No —niega al instante—. Yo debería saber algo como eso, yo... —la vuelvo a interrumpir.

—Pero no lo sabes —reconozco—. Ni siquiera sabes de dónde viene esa niña y mucho menos la historia que hay detrás de eso. —Ella luce completamente estupefacta, como si su realidad se hubiera roto pedazo a pedazo—. Yo tenía doce años y vivía con Gideon para el momento en que Zoe nació. Se ve que nuestros padres seguían en la misma posición en que lo estaban cuando me dejaron en el orfanato y por los mismos motivos dieron al bebé en adopción. —Hago una pausa que solamente logra que mi pulso se dispare al percatarme de que tendré que contarle todo, incluso hasta lo que no quiero—. La señora Murphy residía en Merton en aquel

entonces. Ella estaba casada con un inglés y llegó un punto en el que se ve que quisieron tener hijos, sin embargo, Anne se enteró de que era estéril y vieron la posibilidad de adoptar. —Los ojos de la castaña se tornan vidriosos a medida que mis palabras llegan a sus oídos—. Zoe tenía unos pocos meses cuando se la llevaron a su casa, pero luego del primer año llegó el divorcio y su madre decidió volver a su ciudad natal con mi hermana. Tuvo muchos problemas por eso y tal vez sea la razón por la cual cuando la niña cumplió cuatro Anne se volvió alcohólica y, gracias a algo tan trágico y tóxico como eso, tú la conociste.

La verdad se vierte con brusquedad desde mis adentros y siento que, por un momento, puedo respirar otra vez. Pero en cuanto veo su expresión percibo un peso sobre mi caja torácica que antes no estaba ahí.

—Aún no respondiste a mi pregunta. —Su voz se mantiene baja, pero no hay suavidad en ella, sino acusación—. ¿Hace cuánto tiempo lo sabes? ¿Por qué esperaste tanto para decirlo? —La exasperación emana de sus poros mientras se pasa las manos por el cabello.

Me molesta que siga mencionando la cantidad de tiempo que

tardé en confesarlo cuando no tiene idea de los motivos, de cada factor que influyó en el hecho de que me mantuviera en silencio.

—Lo sé desde hace dos meses —contesto observándola cerrar los ojos con fuerza, como si tratara de mantener cada palabra, expresión y sentimiento bajo control—. ¿Y por qué crees que me mudé aquí en primer lugar, Kansas? —inquiero acercándome e intentando no elevar el tono de voz—. ¿Para qué cruzaría el océano cuando tenía tan buenas oportunidades en Londres? ¿Por qué, de todas las ciudades de Estados Unidos, escogería parar en algo como Betland? —Necesito sacar a relucir el sacrificio, demostrarle que si guardé la verdad para mí mismo fue porque era tan importante como para sacrificarlo todo—. Tuve ofertas de equipos profesionales mucho tiempo antes de venir aquí, e incluso en este preciso momento podría estar jugando en una liga en vez de ocupar una posición en un pequeño equipo de universidad y desperdiciando mi tiem... —Me detengo al percatarme de que estoy por decir algo de lo que voy a arrepentirme, algo que en verdad no creo, pienso ni siento.

—¿Desperdiciando tu tiempo? —inquiere ella, terminando la frase por mí—. ¿Eso crees que has estado haciendo desde que



llegaste? —La cólera se vislumbra en sus ojos mientras quedamos discutiendo a unas pocas pulgadas de distancia—. ¿Crees que formar parte de los Jaguars se categoriza como malgastar tu tiempo? ¿Ser parte de un equipo que realmente te quiere y ser apreciado por mi padre es un desperdicio? —La incredulidad se vuelca en cada sílaba junto con la ira, pero lo que más me afecta es la decepción que noto en su mirada—. Hasta podría tolerar que te refieras a mí como desperdicio de tu tiempo, ¿pero cómo eres capaz de referirte así hacia tu propia hermana? —escupe.

—No es lo quise decir —me defiendo.

—Pero es como sonó —replica—, y sinceramente aún no logro comprender cómo se supone que hiciste todo esto por Zoe cuando has estado un mes aquí y le acabas de confesar la verdad a la señora Murphy a solo dos días de marcharte a Chicago —ataca—. ¿Para qué viniste a Betland con la excusa de tu hermana si luego vas a mudarte a otro Estado? ¿Cuál es el sentido de todo esto, Malcom?

—Tuve motivos para guardar el secreto —aseguro—. Y también los tuve a la hora de considerar la oferta de los Chicago

Bears. Lo único que necesito es que te sientes y dejes que te explique todo —pido intentando llegar a ella, pero en cuanto mis dedos rozan su brazo ella se aparta.

—Lo último que quiero hacer es sentarme —sentencia mientras se oye el característico sonido del ascensor abriéndose—. . Esto es... esto es demasiado —murmura cruzándose de brazos y clavando sus ojos en sus zapatos. Ella ni siquiera puede mirarme—. . Iré a casa —concluye antes de dar media vuelta y comenzar a caminar, pero alguien le obstruye el paso. La mujer está de pie frente a ella, observándola con vergüenza y arrepentimiento en sus cansados ojos color esmeralda.

—Está bien, Anne —asegura Kansas mientras la rodea y entra al elevador del que ella acaba de salir—. Está bien —le repite con la intención de que la mujer no se sienta mal por haberle ocultado la verdad. Porque ella sabía que su hija tenía un hermano, pero jamás se imaginó que sería yo.

Las puertas del ascensor se cierran y recuerdo que Kansas no lloró cuando se enteró de lo ocurrido con Zoe y tampoco cuando la vio tras la cirugía. Sus ojos siempre se cristalizaban, pero no tenía lágrima que derramar. Sin embargo, ahora, juro que veo una de

ellas deslizarse por su mejilla antes de que el elevador descienda a la planta baja.

Ella dijo que todo estaba bien, pero en realidad nada lo está. O por lo menos hasta que le cuente la mitad faltante de la historia.

# Kansas

—Nunca quise darte la razón en algo —murmuro subiendo al Jeep y cerrando la puerta con una fuerza innecesaria—, pero en este momento me encantaría que la tuvieras.

—¿Quieres hablar de eso? —indaga Sierra poniéndose el cinturón mientras lucho por hacer arrancar el auto. Soy consciente de que intenta controlar la estupefacción que la golpea, y también sé que posiblemente ya haya deducido la verdad por mi comentario. Sin embargo, para mi sorpresa, deja de insistir en cuanto niego con la cabeza.

Tengo la necesidad de alejarme del lugar tan rápido como sea posible. Hay demasiada información para procesar y siento que mi cerebro no puede con todo, que se encuentra al borde del colapso. Necesito ir a casa, tener la libertad de pensar sin que un par de ojos azules me observen con arrepentimiento, frustración y exasperación a la vez.

Sus palabras se repiten una y otra vez en mis adentros y me cuesta creer que la niña que cuidé y prácticamente críe por años tenga un pasado en común con Malcom, uno tan trágico y

complejo. Yo creía saber lo suficiente sobre Zoe, creía conocerlo todo y di por sentado cosas que tal vez no debería. Anne no tiene la culpa de nada, ella no tenía por qué contarme sobre lo que pasó hace tiempo ni de sus problemas familiares, pero es inevitable pensar que ignoro muchas cosas y que los hechos son más versátiles de lo que alguna vez creí.

—Reduce la velocidad, Kansas —murmura la castaña a mi lado, haciéndome percatar de que estoy conduciendo por las calles de la ciudad con cierta celeridad.

—Lo siento —susurro sintiendo la forma en que un nudo se forma en mi garganta.

—¿Necesitas algo como un abrazo o una de esas cosas? — pregunta por lo bajo, rompiendo poco a poco el silencio que se ha asentado dentro del Jeep.

—Para que tú me ofrezcas un abrazo debo lucir realmente mal. —Sonrío con cierta amargura.

—No te ves mal, nunca lo haces, pero eso no implica que no puedas sentirte de tal forma —replica por lo bajo, con cierta compasión—. Igual no creas que estoy alabando tu belleza por decir que luces bien todos los días —apunta, y hay algo en la

manera en que lo dice que en verdad me reconforta. Escucharla hablarme de esa forma se siente familiar, algo cotidiano que tengo la certeza de que no cambiará como parece haberlo hecho mi perspectiva respecto a Malcom en los últimos cinco minutos. Ambas nos reservamos las palabras en el trayecto del viaje hacia su casa. Una vez allí ella no necesita decirme nada, la mirada que me da tiene voz propia: « *puedo quedarme contigo si lo necesitas* ». Rechazo la oferta y vuelvo a conducir, y no es hasta que estoy atravesando mi propia puerta que me percato de que las cosas se saldrán de control, de que tal vez debería haberme quedado con Sierra.

Malcom me está esperando.

—Aún tengo mucho que confesar, Kansas.

## **Capítulo LXVII**

Dilucidar

# Kansas

—Antes de que digas algo debes escucharme —comienzo a decir cuando cierro la puerta y me giro para enfrentarlo—. Sé que todo esto se basa en asuntos familiares, asuntos que no me conciernen —reconozco—. Y no quiero que se malinterprete lo que dije, Malcom: yo no te culpo por omitir la verdad, no puedo ni quiero hacerlo y creo que tuviste tus motivos —señalo mientras observo la forma en que mete las manos en sus bolsillos—, pero hay ciertas cosas que no puedes ocultar, como por ejemplo el hecho de que te ibas a marchar a Chicago sin decir nada. —Contemplo la forma en que traga con fuerza. Su nuez de Adán se mueve a lo largo de su garganta—. Te conozco lo suficiente como para saber que no eres impulsivo, que siempre tienes un plan. Puedo deducir que tú llegaste a Betland con la intención de saber si Zoe estaba en buenas manos. Tenías miedo de que ella estuviera pasando por algo como lo que tú pasaste con Gideon y es por eso que terminaste aquí —continúo—. Pero jamás tuviste la intención de decirle a ella o a la señora Murphy la verdad. Y algo debió haber ocurrido, algo te debió hacer cambiar de parecer y ahora confiesas cuando sabes que

mañana armarás tus valijas. Y sé que sueno molesta, pero eso tiene una explicación: estás a punto de decirle a Zoe la verdad para luego irte, a punto de darle algo hermoso para luego arrebatárselo. Eso es lo único que no entiendo, lo único que en verdad me enfada. — Siento un nudo formarse en la boca de mi estómago—. Decírselo o no fue y es tu decisión, algo que no me incumbe. Pero lo que si me concierne es el hecho de que vayas a confesarlo ahora, cuando ayer estabas chequeando tu boleto de avión como si no fueras a romperle el corazón a esa niña —sñalo contemplando sus ojos cargados de culpa—. Ella ha pasado por mucho y no necesita sufrir más.

—Tienes razón —concuerta—. En cada palabra que has dicho. Yo jamás pensé en revelarle la verdad ni a Anne ni a Zoe. Iba a tomar la salida más fácil y no la más honesta —reconoce antes de hacer una pausa—. Tendría que haberlo mencionado mucho tiempo antes o no haberlo dicho en absoluto. Soy consciente de que al confesarlo ahora he tornado las cosas más difíciles —continúa.

—De todas formas, yo no he sido de mucha ayuda — apunto—. No quise sonar tan brusca y parecer una auténtica...

Él me interrumpe.



—No te atrevas a terminar la frase —masculla frunciendo el ceño en mi dirección—. En su momento me enojó que no comprendieras mis motivos respecto a guardar el secreto, pero una vez que lo pensé llegué a la conclusión de que yo hubiera reaccionado de la misma forma. —Mi corazón parece comprimirse ante sus palabras—. Tú eres la familia de Zoe, estuviste para ella en su peor momento y jamás seré capaz de agradecerte lo suficiente por eso. Imagino lo que hubiera sucedido si ustedes nunca se hubieran encontrado y varios escenarios de Anne alcohólica me vienen a la mente. —Trago con fuerza al notar el brillo de conocimiento que se vislumbra en sus pupilas—. La señora Murphy me contó todo, Kansas. Sé que mientras se recuperaba tuvo algunos deslices y tú estuviste ahí para proteger a mi hermana tanto de ella como de los servicios infantiles. Si no fuera por ti, Zoe estaría en algún otro orfanato y jamás habría tenido la posibilidad de tener a la admirable madre que tiene hoy en día, y, obviamente, de tenerte a ti. —El nudo en mi garganta se aprieta mientras intento reprimir todas las imágenes del pasado—. No eres egoísta, hipócrita, intolerante o cualquier adjetivo que pase por tu mente. Tú ni siquiera cuestionaste mi decisión por ti, lo hiciste por Zoe,

por el simple hecho de que te aterra que alguien la lastime, que la vuelvan a abandonar —argumenta—. Y sí, esto era un asunto familiar, pero ahora que lo analizo veo que yo ni siquiera soy parte de la familia de Zoe. Soy un extraño que la conoce desde hace prácticamente un mes, que no la ama y no sabe nada de ella. Tú, en cambio, eres todo lo que yo no fui ni soy, y por eso deberías ser parte de cualquier decisión.

Estoy perpleja. Soy consciente de que Malcom siempre ve las dos caras de la moneda, que se pone en el lugar del otro y logra hacerte ver que casi todo tiene un sentido y una explicación válida, incluso cuando tú no ves ninguna. Sin embargo, cada vez me sorprendo un poco más con la extensión de sus virtudes, con la infinidad que alcanza respecto a ver lo bueno en las personas.

—Zoe te amará algún día tanto como tú vayas a amarla —aseguro—, pero te vas a Chicago el sábado por la mañana y sabes que...

Él termina por mí.

—No ocurrirá a menos que me quede o lo haga funcionar a la distancia, lo sé —asiente—. Y tengo algo que decirte respecto a eso, pero antes necesito aclarar varias cosas. —Mi silencio parece

ser la única respuesta que necesita, y es entonces cuando atraviesa la sala y coloca su mano en mi espalda baja para guiarme hasta el sofá.

El

gesto

me

estremece

y

aquella

sensación

permanece conmigo hasta cuando nos sentamos frente a frente—.

Primero voy a empezar por decir que hace poco más de dos meses tuve una oferta para ir a jugar a la Costa Este. Pensaba aceptarla, y con mi antiguo entrenador empezamos con los trámites. Entre ellos

se

pedía

una

copia

de

mis

papeles

de adopción que mi *coach* tenía, pero fueron rechazados al faltarle una de las páginas. Fuimos al orfanato de Merton, donde tenían los archivos actualizados y ya en computadoras. Figuraba que las mismas personas que me habían abandonado hicieron lo mismo con otro niño —explica—. Fueron muy reservados con la información y tuve que averiguar muchas cosas por mi cuenta. Consulté a exempleados, a algunas de las religiosas que solían atendernos y gente que ya no recuerdo. Entonces encontré al exesposo de la señora Murphy y me enteré de todo, y, tal como dedujiste, me preocupé y pensé en ver qué ocurría con mi hermana. Todas las noches me acostaba preguntándome si estaba bien, cómo la trataría su mamá, si era feliz...

Debió ser un auténtico tormento para él. Vivir en una constante duda, cuestionándose y planteándose las incontables posibilidades.

—Entonces, entre las tantas solicitudes, llegó la oferta de Bill casi como si fuera un regalo, y sabes lo que ocurrió después. Cuando llegué aquí y Zoe me abrió la puerta no sabía quién era ya que nunca había visto una fotografía suya, así que asumí que era

la hija de Shepard. —Sus ojos parecen adquirir un brillo de diversión al recordar la escena del vodka—. Imagínate lo que pensé al enterarme de que era la niña que buscaba, el mundo resultó ser más pequeño de lo que creía. Sin embargo, no olvidé que yo era un completo desconocido. Comencé la experiencia del fútbol con los Jaguars mientras descubría cosas sobre la persona que llamaba «parásito» y veía el entorno en el cual vivía, y a su vez me adaptaba a la vida en un nuevo país. Me bastaron unos días para saber que ella estaba bien, y entonces me contaste la forma en que se conocieron.

Rememoro el momento en el que me preguntó por qué la cuidaba. Fue la primera persona que no asumió que se trataba de un trabajo solo por dinero u obligación. Sin embargo, ahora sé de dónde venía su curiosidad e interés.

—Puede que haya llegado a Betland para saber sobre mi supuesta hermana, pero el fútbol también fue y es mi prioridad, por eso siempre estuve tan concentrado en el deporte y me abrí ante la oferta de Mark. Al fin y al cabo, vi con mis propios ojos que la niña estaba bien. Así que estaba dispuesto a marchar y dejarla seguir con su vida mientras yo hacía lo mismo con la mía.

—¿Pero? —inquiero.

—¿Por qué asumes que diré pero?

—Porque siempre hay un pero —apunto.

Sus labios se curvan ligeramente.

—He tenido mis dudas sobre marcharme recientemente, y con lo sucedido con Zoe se incrementaron al punto en que estoy planteándome seriamente la próxima decisión que vaya a tomar. —

Sus ojos oceánicos encuentran los míos y soy testigo de la indecisión que expresa su mirada. Eso es algo nuevo en él, definitivamente—. Y respecto a mi decisión sobre decir o no la verdad, quiero aclarar por qué no lo hice antes: Anne sabía que su hija tenía un hermano y no quería que pensara que vine hasta aquí para llevármela, porque a pesar de que ella es su tutora legal yo sigo siendo su pariente de sangre, y sería fácil armar un caso en su contra con todo este material sobre su pasado con el alcohol. No quería asustarla, además, jamás alejaría a la niña de Anne. Ella es su madre y siempre lo será. —Veo su pecho inflarse al tomar una bocanada de aire para seguir—. También estaba el hecho de que no podía aparecer de un día para el otro y decirle a Zoe que era su hermano, lo cual, irónicamente, fue lo que acabé por hacer —

señala—. Yo no soy impulsivo, tú misma lo dijiste: la idea era venir aquí para informarme respecto a cómo vivía Zoe y luego marcharme con la seguridad de que estaría bien, pero por primera vez actué sin pensar, me dejé llevar por la presión de lo ocurrido y simplemente me confesé. —La línea de su mandíbula se tensa mientras se inclina apoyando sus codos en sus rodillas y junta sus manos—. Y ahora estoy en un completo dilema porque los Chicago Bears son una oportunidad inigualable, todo lo que quise desde que atrapé un balón de fútbol por primera vez. Pero, por otro lado, está la posibilidad de quedarme y tener algo que nunca quise porque desconozco lo que se siente tener.

No necesita decir la palabra para que sepa de qué está hablando. Un sueño de toda la vida o una posibilidad, algo seguro o algo extraño e inestable que puede resultar ser mejor que el deseo anterior. Veo el punto de su indecisión.

Malcom no sabe qué es una familia ni lo que es amar, lo que es la dependencia del corazón por el otro. Así que comprendo que no se lance a ciegas con la idea de quedarse aquí por Zoe cuando prácticamente no la conoce y no la ama, porque sé que la quiere, pero eso no va más allá. No aún.

—Creo que acabo de hacer la decisión un poco más difícil —  
reconozco—. Porque yo también tengo algo que confesar.

Él busca algún indicio en mi rostro, pero parece no encontrar nada dado que cuadra sus anchos hombros y ladea la cabeza mientras espera a que continúe.

—¿Qué hiciste, Kansas? —inquire con voz baja y  
repentinamente tensa.

—No pensaba decírtelo hasta mañana por la noche, pero he estado trabajando en algo desde que me enteré de la oferta de los Bears la semana pasada —comienzo—. Logré, o más bien insistí a Bill y a Mark, para que te consiguieran una entrevista con el rector de la Universidad de Satwey, en Chicago.

Él ni siquiera parece pestañear, simplemente me contempla con fijeza y su rostro inexpresivo. Y, en un intento por posponer lo que sea que vaya a decir, vuelco todas las palabras en el aire.

—Soy consciente de que amas lo que haces, de que buscas llevar tu carrera futbolística a otro nivel y poder vivir de ello —  
expongo—. Supe por mi padre que los Bears te ofrecen seguir tus estudios en la Universidad de Soriant, pero teniendo en cuenta que ya te perderás el semestre con todo este lío de la mudanza, insistí



para que Bill y Mark repensaran acerca de tus planes universitarios. Sabemos que eres sumamente capaz e inteligente, y creemos que también mereces la oportunidad de estudiar adecuadamente, en un lugar que esté a tu nivel. Exactamente por eso... —Hago una pausa para tomar aire—, han llegado a manos del rector de la universidad de Satwey tu expediente y varias recomendaciones. ¿Me creerías si te dijera que quiere entrevistarte para que estudies allí? —No soy del tipo de persona que se pone incómoda o nerviosa ante la mirada del otro, pero definitivamente estoy sintiendo algo de nerviosismo mientras soy examinada bajo su indescifrable escudriño—. Toda universidad te consume, pero esta lo haría a otra medida. A su vez te abriría puertas que estudiando en Soriant ni siquiera sabrías que existen. Es una de los mejores, sin duda, y estoy segura de que podrías hacerlo funcionar si es lo que realmente quieres. —Esas son algunas de las muchas razones por las cuales hice lo que hice.

—¿La Univerdad de Satwey, Chicago? —La inseguridad se filtra a través de su voz—. ¿Has logrado conseguirme una entrevista con el rector de una de las más prestigiosas universidades a nivel nacional e internacional? Porque estamos hablando de una

institución que cuenta con trece premios Nobel, la misma en la que estudiaron cuatro actuales presidentes. —Luce incrédulo—

. Instituciones privadas como esa ni siquiera se fijan en gente como yo, es decir... únicamente te basta con mirar mis ingresos económicos para saber que... —comienza, pero lo interrumpo.

—En realidad lo hacen, o mejor dicho, tú podrías ser una de las pocas excepciones para que lo hagan —replico—. Puede que no hayas estudiado en una gran universidad de Londres como Oxford o Cambridge, ni en una muy renombrada aquí teniendo en cuenta que terminaste en la BCU, ¿pero acaso eres consciente de tu propio promedio? Llegaste en medio de época de exámenes y los aprobaste todos sin pestañear —recuerdo—. A veces no todo se trata de dinero, sino de esfuerzo y dedicación. Exactamente por eso el rector de la universidad accedió a verte. Está intrigado por tus aptitudes y, obviamente, por tu intachable reputación en los medios deportivos. Él está interesado en entrevistarte y darte una beca, Malcom —añado haciendo énfasis en la última oración—. Es obvio que previamente tendrías que...

Ahora es él quien interrumpe.

—Gracias, Kansas.

Nunca imaginé que una simple palabra, una que suelo oír cada día, pudiese expresar verdadera gratitud y franqueza, tanta conmoción y desconcierto a la vez. Sus ojos del color del zafiro encuentran los míos y veo un destello escondido entre sus abismales y dilatadas pupilas, uno que ni siquiera puedo describir haciendo justicia a lo que verdaderamente es.

Él extiende una de sus manos y alcanza la mía, de forma automática bajo la mirada para contemplar la forma en que sus largos y ásperos dedos se envuelven alrededor de mi mano y me transmiten todo el calor que poseen. La sutileza del gesto me deshace internamente, y cuando me obligo a volver a alzar la vista me percato de que sus masculinas y usualmente férreas facciones se han tornado más suaves.

—Me has puesto en una decisión mucho más enrevesada — señala—, pero sinceramente no importa, no lo hace porque todo esto ha sido fruto de algo que tienes en la porción media del mediastino inferior de tu tórax.

—Ya entiendo a qué se debe que Zoe se viera tan confundida mientras jugaban a ese juego en el hospital, tú complicas demasiado las cosas. ¿No podrías haber dicho corazón en vez de

porción media del no sé qué?

—Si dijera una palabra cuando puedo decir ocho no sería

Malcom Beasley. —Se encoge de hombros antes de que una  
ladeada sonrisa curve sus labios hacia la izquierda, entonces aprieta  
mi mano.

—Creo que eso lo explica todo.

### *Malcom*

Parece poco creíble que hace alrededor de una hora  
estuviéramos discutiendo en el corredor de un hospital y ahora nos  
encontremos sentados en el mismo sofá.

Releo una copia del contrato que se supone que firmaré el  
sábado al llegar a Chicago mientras Kansas habla con Zoe por  
Skype desde su teléfono.

Las horas de visita terminaron, pero la buena noticia es que  
la niña será dada de alta mañana por la tarde. Claro está que ella  
debe permanecer en cama tanto como pueda debido a que está  
recién operada del abdomen, pero fuera de eso podrá volver a casa  
y terminar su recuperación allí.

Descanso sentado en medio del sillón; la castaña se recuesta  
de forma perpendicular a mí, descansa sus piernas sobre mi regazo.

Dejo de leer al verla sonreír frente a la pantalla iluminada, al oír la voz de la niña y la de la señora Murphy a lo lejos. En silencio observo la forma en la que se mueven sus labios, la manera en que sus cejas acompañan sus reacciones y sus ojos se abren y entrecierran con incredulidad o alegría. Me gusta contemplarla cuando está distraída, porque de esta forma puedo mirarla tanto como quiera sin sentirme un completo hostigador.

Así soy capaz de intentar memorizar todo de ella y guardar las imágenes en mi hipocampo.

Los recuerdos no se almacenan en una sola parte del cerebro, sino en varias: la memoria semántica se refugia en nuestro lóbulo temporal, en la corteza prefrontal encontraremos la memoria a corto plazo, o sea la de los recuerdos más recientes, mientras que aquellos que pertenecen a la memoria a largo plazo se ubicarán en el hipocampo. Sin embargo, son los valientes ganglios basales aquellos que toman la decisión de qué memorias deberíamos amontonar en el cerebro y cuáles se pueden desechar; para el correcto funcionamiento buscan evitar la sobrecarga de la memoria temporal y olvidar los recuerdos que no tienen ninguna importancia. Así que ahora, en este momento deseo que mis

ganglios basales decidan colocar todas las imágenes y los conocimientos que tengo de Kansas en manos de mi hipocampo.

Pienso una vez más en la oportunidad que me ha dado contactando al rector de la universidad y vuelvo a pasmarme ante su generosidad.

Ella en verdad se esforzó y depositó toda su confianza en mí para lograr conseguir aquella entrevista y creer que podría lograrlo, lo hizo aun cuando sabía que ya me habían rechazado varias veces al querer ingresar a otras instituciones de tal nivel y a pesar de ser consciente de que para realizar tal cosa debería marcharme. Se siente extraño dado que jamás alguien se interesó en mi educación. Siempre tuve que ser autosuficiente y arreglármelas en institutos cuyos planes de estudio no eran los más convincentes y cuyos compañeros y profesores me trataban de una forma que no quiero volver a recordar.

Incluso cuando me mudé con Nancy y su padre. Ellos siempre vieron un futuro relacionado al deporte en cuanto a mí se trataba, y se ve que nunca pensaron en lo que significaba para mí asistir a una escuela que abarcara todo lo que necesitaba y me brindara las herramientas necesarias para desenvolverme mejor. Nunca pedí

aquello dado que ya creía que estaban haciendo suficiente al adoptarme, pero en el fondo, incluso ahora, mis ganas por instruirme bien son casi iguales a aquellas que tengo por jugar al fútbol.

Kansas, sin embargo, fue más allá que todos. Incluso más lejos de lo que yo he sido capaz de ir por mí mismo.

Ahora las decisiones tienen un peso diferente.

Cuando llegué a Betland intenté no pensar en Zoe en absoluto, y si lo hacía no era como una hermana, sino como una desconocida. Así era más fácil y de cierta forma me aseguraba de no desarrollar nada por ella, de no pensar constantemente que estaba obligado a quedarme con la niña y recuperar los siete años que podría haber pasado a su lado. En definitiva, ella fue una extraña: que tuviésemos lazos de sangre en común no significaba nada para mí en absoluto. Ella tenía una buena vida y no vendría a arruinarla contándole trágicos y caóticos relatos familiares que probablemente no entendería, pero las cosas cambiaron de la manera más impensada.

Ahora ya no siento la obligación de recuperar el tiempo que perdimos, sino que lo anhelo. Puede que no la ame, pero he llegado

a quererla, y la oportunidad de tener una familia en un futuro no es algo a lo que pueda darle la espalda. Sin embargo, podría hacer eso desde Chicago dado que la distancia no es un inconveniente si se aprecia y quiere a alguien de verdad. Además, podría viajar e ir conociéndola y metiéndome en su vida de forma gradual, lo que creo que es lo mejor. Al mismo tiempo estaría estudiando y haciendo lo que me apasiona, jugar al fútbol americano.

La opción de quedarme, a pesar de esto, parece verse realmente llamativa por varias razones, o mejor dicho personas: Ben, Bill, Timberg, Claire, el equipo... incluso Hyland. Dudo que vaya a encontrar personas como ellos otra vez. No los conozco demasiado pero sí lo suficiente como para tenerles un aprecio y gratitud muy altos. No sé si quiero separarme de ellos, si quiero dejar atrás a las personas que contribuyeron a que mi estadía aquí fuera más que eso. Porque, honestamente, se sintió como una vida entera y repleta de dicha en vez de unas cuantas semanas. Y ahí aparece Kansas, un motivo para quedarme que está a la altura de la promesa que ofrece Chicago. Pero es solo eso, ella está a la altura, pero aún no sé si logra superar un sueño de toda la vida. Comienzo a pensar otra vez en mi pequeño viaje a Louisiana



esta mañana, si pudiera...

—Genial, simplemente genial. —La puerta principal se abre bruscamente mientras Bill entra luciendo su típico conjunto deportivo complementado con su silbato y gorra de los Chiefs—.

Lo primero que veo al llegar a casa tras un día agotador es la repugnante cara de Hyland y al idiota que encontré desnudo en la cama de mi hija mientras tenía una tarántula aferrada a esa cosa que cuelga de su entrepierna.

De forma automática cuadro mis hombros y dejo caer las piernas de Kansas al suelo. Ella arquea una ceja en mi dirección, pero estoy demasiado avergonzado y estático como para dirigirle la mirada en este momento. El *coach* debe querer matarme.

—Mi rostro es una pieza de arte, es como si Picasso lo hubiera tallado mientras aún me encontraba en el útero. —Gabe pasa por el umbral siguiendo al entrenador con lo que parece ser una bandeja de galletas en mano—. Así que no puedes decir nada sobre mi cara, pero sí sobre el miembro de Marcos. —Se encoge de hombros—. Dudo que Picasso haya trabajado en él, así que tal vez fue obra de un carpintero mal pagado.

—Es obra de Satanás, Hyland —asegura y corrige Bill—.

Ahora lárgate de mi casa que nadie te invitó —dice girándose para tomar el pomo de la puerta y esperar con impaciencia para que el vecino se marche—. Dale las gracias a tu abuela por esto —añade arrebatándole la bandeja de las manos.

—Es tu premio de consolación por haber perdido el concurso de Halloween otra vez, Billy —señala el muchacho mientras Kansas se pone de pie y comienza a seleccionar algunas galletas—, pero estoy seguro de que el próximo año...

Shepard cierra la puerta en sus narices con recelo y disgusto en sus ojos.

—Eso fue cruel —apunta Kansas con las manos llenas para luego degustar los dotes de cocina de la señora Hyland. Se vuelve a dejar caer en el sofá y reprimo las ganas de señalar que está dejando migas por todos lados. Tendrá que usar la aspiradora más tarde.

—¿Y cuándo no lo es? —inquiero por lo bajo refiriéndome a Bill y recordando el dolor que produjo en la zona sur de mi cuerpo.

—Cierra la boca, Beasley —me advierte el hombre mientras me señala con una galleta en mano—. No estás en posición para decir nada —me recuerda antes de engullir la crujiente masa

de chocolate de un bocado.

—¡Concuerdo con Kansas! —se entromete Gabe desde afuera antes de que su rostro aparezca tras el vidrio de una de las ventanas—. Cerrarme la puerta en la cara es muy cruel y descortés de tu parte, Shepard. ¿Sabes a cuántas personas les gustaría que apareciera con galletas y todo mi esplendor en sus hogares?

—A ninguna —responde el *coach* antes de cerrar las cortinas haciendo desaparecer a Hyland—. Eres un grano en el trasero, vete a tu casa.

—¿Papá? —inquire la castaña a mi lado mientras toma otra galleta de la pequeña pila que hay en su mano—. Creo que no se fue —añade haciendo un ademán a la siguiente ventana.

—Vamos, Billy —se queja el muchacho—. Déjame pasar y traerle algo de alegría a tu vida —insiste apoyando una mano en el cristal.

—Lo único que me vas a traer son pesadillas —escupe el entrenador antes de precipitarse a través de la sala y cerrar las cortinas una vez más.

—Y un dolor de cabeza —agrego, ganándome una mirada aguda de su parte. Seguido a esto él se adueña del control remoto y

se acomoda en uno de los sillones individuales con la bandeja de galletas a su alcance. Deja salir un suspiro y prende el televisor antes de que el sonido de la puerta abriéndose lo haga cerrar los ojos con cansancio y comenzar a frotarse las sienes.

—Dejaste la puerta sin llave —dice Gabe entrando y cerrándola tras de sí—. Estamos en tiempos de mucha inseguridad, Billy —masculla antes de sentarse entre Kansas y yo para luego subir sus pies a la pequeña mesa ratona—. Y no sabes lo que puede irrumpir en tu hogar, así que tenlo en cuenta la próxima vez —aconseja antes de guiñarle un ojo y robarle una galleta a Kansas. —A veces creo que eres peor que Timberg, Gabriel —confiesa un derrotado Bill.

Por un par de horas logro dejar de pensar y analizar mi actual situación. Simplemente observo y escucho al *coach* y a Hyland discutir sobre algunas cosas de la farándula que pasan en un programa de chismes. Kansas no se queda atrás y señala que es entretenimiento barato que se alimenta del drama y las farsas montadas por los mismos productores. A pesar de que estoy de su lado permanezco en silencio, disfrutando del caos que se desata hasta la cena, a la cual Gabe se coló, y termina en cuanto Bill echa

al muchacho y bloquea la puerta para que no sea capaz de entrar otra vez. Mientras compara al nieto de la vecina con las cucarachas comienza a subir las escaleras dirigiéndose a su habitación.

—Si oigo el más mínimo e indecente sonido yo mismo me encargaré de que llegues volando a Chicago de una patada en el trasero, ¿estoy siendo claro, Beasley? —inquire deteniéndose a medio camino y dándome la espalda.

—¿Debo recordarte que encontré ropa interior de Anneley hace tiempo atrás? Y era del tipo que consigues en alguna clase de perturbador *sexshop* —le recuerda Kansas desde la cocina, mientras lava los platos—. No creo que estés en posición para decir nada.

Bill gruñe por lo bajo antes de desaparecer. Dudo que quiera discutir con su propia descendencia.

Al entrar a la cocina observo a la castaña con unos llamativos guantes de hule envolviéndose alrededor de sus manos sumergidas en la espuma. Las comisuras de sus labios se elevan ligeramente mientras ladea su cabeza y se esmera en dejar reluciente una taza. Tomando un repasador me pongo a su lado y comienzo a secar la vajilla limpia y húmeda, ayudándola. Trabajamos en silencio, codo

a codo, lanzándonos algunas miradas significativas mientras todo lo que se oye es el correr del agua y nuestras débiles respiraciones. La simpleza del momento rebosa de comodidad y disfruto de cada segundo hasta que cierra el grifo y se deshace de los guantes, es ahí cuando se apoya en la mesada de la cocina y me sonrío de una forma que podría partir, desintegrar y hacer estallar el corazón de muchos.

Ella lo debe estar viendo en mis ojos.

—Deja de atormentarte, Malcom —pide con suavidad en su voz—. Cualquiera sea la decisión que tomes estará bien —asegura—. Tú lo estarás y Zoe también. Su mirada conecta con la mía y veo una cantidad inimaginable de sentimientos que se contradicen entre sí arremolinándose alrededor de sus pupilas. —¿Y qué hay de ti? —inquiero.

En cuanto la pregunta abandona mis labios me arrepiento al instante. Sin darle la oportunidad de responder, porque sé que cualquiera sea la respuesta me afectará, tiro de ella contra mi pecho y envuelvo mis brazos a su alrededor. Aspiro su fragancia y dejo que su calidez se fusione con la mía mientras sus manos serpentean de forma tranquilizante por mi espalda.

—Sé que a veces cuesta no pensar en los demás —

murmura—, pero inténtalo ahora, o por lo menos no pienses en mí.

Tengo el impulso de decir que es imposible no pensar en ella,

pero tomo su consejo y recuerdo qué es lo mejor para mí.

Permanezco en silencio y me limito a abrazarla un poco más.

Tanto como mi tiempo en Betland me lo permita.

## **Capítulo LXVIII**

Valijas

# Kansas

—¿Entonces nuestro viernes de pasta se combinará con la despedida de Beasley en casa de la señora Murphy? —inquire Ben dejándose caer junto a Harriet y pasando uno de sus brazos por el respaldo de su silla.

—Ese es el plan dado que Zoe no debe salir de la cama y, conociéndola, sé que no querría perderse una fiesta, mucho menos si es para Malcom —digo dejando a un lado mi *latte*—. Anne está más que dispuesta y Bill saldrá a comprar las libras de cebolla y litros de puré de tomate por la tarde —informo.

Las personas a mi alrededor asienten y, repentinamente, el silencio invade nuestra usual mesa de la cafetería. Jamie, quien estaba leyendo una revista de *Vogue*, se muerde el labio inferior mientras observa a un callado Timberg. La rubia junto a Hamilton bebe su café en silencio mientras él juega con un mechón de su cabello y clava sus ojos en Mercury. El número siete mira a Sierra y ella le devuelve la mirada en silencio, a su lado Claire tamborilea sus dedos contra la mesa y deja escapar un suspiro.

—Me cuesta creer que él se vaya a ir mañana. —Chase rompe



el mutismo y dejó escapar el aire retenido—. Aún lo recuerdo hablando de culícidos de la familia de dípteros nematóceros mientras íbamos de camino a su iniciación en Oakmite. —Sonríe ante el recuerdo y todos lo observamos perplejos. Es increíble que haya pronunciado algo que, hasta hace poco, solamente el veintisiete podría pronunciar sin pausa alguna.

—Veo que ese cerebro de habichuela ha absorbido algo de información del trasero europeo. —Sonríe Jamie mientras le da algunas palmadas en la cabeza al muchacho—. Parece que fue ayer cuando destrocé el auto de Derek y Malcom terminó siendo golpeado por un anciano cascarrabias al que yo había atacado previamente. —Imposible olvidar la vez en que Beasley recibió su primer puñetazo—. Esa noche me gané el apodo de mapache rabioso —alardea echando su cabello tras su hombro.

—Sí —concuerta Claire—. Es bastante extraño que los días de las últimas semanas parezcan tan recientes como lejanos, porque si nos ponemos a analizarlo, él pasó casi un mes en Betland: no es mucho, pero lo vemos como una auténtica eternidad —expone mientras rasga el papel de lo que parece ser una barra de granola—. . Y es suficiente como para conocer a alguien y ya no querer dejarlo

ir.

—Admito que es agradable tener a alguien con quien burlarme de Hyland y su innata estupidez —confiesa Logan antes de que la periodista enarque una ceja en su dirección—. Sin ofender —agrega el moreno en cuanto se percata del gesto de la muchacha—. Pero recuerden que Beasley tendrá todo lo que cualquier aspirante a futbolista de americano puede anhelar, así que quiten esas expresiones fúnebres de sus rostros y comencemos a organizar los planes de esta noche antes de que decida robarle ese pasaje de avión e ir en su lugar.

—Puedes irte tranquilo, a ti no te echaremos de menos — asegura Harriet únicamente para molestarlo.

Ben reprime una sonrisa.

Sé que cada persona alrededor de esta mesa quiere que Malcom se marche por el simple hecho de que se le presentó una oportunidad única: jugar para un equipo de la NFL, mudarse a una de las ciudades más mágicas del país y estudiar en una universidad tan prestigiosa como lo es Satwey es algo que no se presenta todos los días. Es un sueño, su sueño, y por lo tanto sería un idiota si no aceptara todo lo que le depara aquel lugar. Todos concordamos

en eso y en que él se merece cada cosa buena que esté por venir, pero es inevitable no sentir cierta tristeza y melancolía al saber que se marchará, que estará ocupado de lunes a sábado y ni siquiera tendrá tiempo para hacer una simple llamada telefónica antes de dormir porque estará demasiado cansado para hacerlo.

El contrato con los Bears es estricto, eso combinado con la universidad consumirá por lo menos sus próximos meses hasta que pueda rendir materias y alivianar su carga horaria. Con esto se va la esperanza de que pueda pasar tiempo con Zoe, porque si lo hace será por teléfono dado que no puede tomarse un vuelo cada domingo de ida y vuelta a Mississippi. Será una auténtica pesadilla incluso para alguien como Beasley, pero si ama el deporte y la educación, y tengo la certeza de que lo hace, todo valdrá la pena. Será una experiencia inigualable, algo que jamás debería perderse por nada y por nadie.

Sé que muchos creen que la familia es lo primero y personalmente creo que lo es, pero este caso es la excepción porque, honestamente, ¿se puede considerar familia a alguien que se conoce desde hace tan poco tiempo? ¿A alguien con quien pueda que compartas lazos de sangre pero nada más? Esa pregunta ha

estado rondando en la cabeza de Malcom toda la noche.

Cuando nos acostamos tras lavar y guardar los platos, él me abrazó con fuerza e intentó dormir, pero sé que no lo logró: su respiración jamás se apaciguó y, a pesar de que yo estaba de espaldas a él y aprisionada entre sus brazos, me percaté de que seguía despierto. Su cerebro no descansaba ni por un minuto, y fue entonces cuando lo enfrenté y nos observamos por un largo tiempo en silencio. Lo miré y dejé vagar mis manos entre las hebras de su cabello hasta que el sueño le ganó.

Pero, para mi total desgracia, no me ganó a mí. El insomnio es de lo más inoportuno.

Bebo prácticamente la mitad de mi *latte* en cuestión de segundos mientras considero pedirle el corrector de ojeras a Ben. Ese chico siempre está bien equipado.

—Desearía que Beasley pudiera jugar mañana en el partido —expresa Hamilton—. Los visitantes son bastante duros y siento que nos darán una paliza. —El vuelo del veintisiete sale mañana alrededor de las diez, así que sería imposible que fuera capaz de jugar en la competencia por el tercer puesto del no sé qué—. En fin, luego terminaremos los detalles de la despedida por teléfono —

añade poniéndose de pie—. Te acompaño hasta la facultad de derecho —ofrece observando a la rubia que se echa la cartera al hombro y evita el contacto visual conmigo y Jamie. Que evite mirar a la pelirroja lo acepto dado que está haciendo gestos obscenos con los dedos, ¿pero a mí?

—Estás más sonrojada que un *Anthurium*, Quinn — señala la muchacha de las señas cruzándose de brazos y balanceándose en su silla. Al percatarse de que todos fruncimos el ceño en su dirección con cierto desconcierto aclara—: ¿Un anturio? ¿Flor originaria de las zonas tropicales y subtropicales de Sudamérica y Centroamérica? ¿La que tiene una inflorescencia o espádice que nace de una espata? —inquire al ver que seguimos confundidos, como si en verdad pudiéramos recordar algo que no sabemos.

—¿Por qué no pudiste comparar su sonrojo con un tomate?

—cuestiona Claire—. Es lo que la gente normal haría —agrega recogiendo sus libros y poniéndose de pie—. Y de todas formas, ¿cómo sabes latín y floricultura? —indaga.

—¿Qué? —espeta mirándonos uno por uno antes de regresar sus ojos a la estudiante de periodismo y responder—: Es necesario para mi carrera.

# Malcom

—Voy a echar de menos que planches mi ropa. —La áspera voz del entrenador me obliga a girarme hacia la puerta mientras doblo cuidadosamente uno de mis pocos pantalones—. La madre de Kansas solía hacerlo por las mañanas, pero cuando se fue, mi hija se negó a planchar dado que cree que es un desperdicio de tiempo y que nadie se fijará en una estúpida arruga. —Eso suena como algo que diría la castaña—. También dijo algo sobre el machismo, la época de los cincuenta y la mujer en ese entonces, pero sinceramente no estaba escuchándola dado que intentaba comprender cómo se supone que funciona una plancha. —Se encoge de hombros—. Hasta el día de hoy no sé planchar. —Algún día aprenderá —aseguro acomodando la prenda en la única maleta que tengo y contando una vez más la cantidad de pantalones que hay.

—Estoy demasiado viejo como para aprender algunas cosas, Beasley —reconoce atravesando el umbral de la habitación y tomando asiento en el diván de cuero que hay frente a la cama donde hago mis valijas—. Pero tú no.

—No es que esté menospreciando su compañía, *coach* —  
comienzo observando mi reloj—. ¿Pero usted no debería estar en  
la universidad dando la última práctica antes del partido de  
mañana? —cuestiono tomando un par de calcetines y doblándolos  
para que encajen en el pequeño triángulo rectángulo que se ha  
formado entre los pantalones, las camisetas y mis sudaderas.  
Armar una maleta es geometría y matemática pura.

—Mi amigo Adolf Perrie se encargará del entrenamiento por  
hoy —explica—. Es casi tan intimidante y controlador como yo,  
así que no te preocupes por los Jaguars que están en buenas  
manos —dice echándose contra el respaldo del característico sofá  
y cruzándose de brazos—, o, mejor dicho, en malas.

—Me hubiera gustado jugar por el tercer puesto, más que  
nada porque perdimos el último partido y creo que no fui... —  
confieso con algo de impotencia, e instantáneamente Bill frunce el  
ceño y me interrumpe.

—Deja de lamentarte y ven a sentarte aquí, imbécil —me  
reprocha haciendo un ademán con su cabeza al lugar a su lado.  
Dudo por un segundo dado que creo que estar tan cerca del hombre  
podría costarme alguna extremidad de mi cuerpo si recuerda lo

ocurrido con el arácnido, pero negarme podría acarrear una consecuencia peor. Al entrenador no se le cuestiona y todo el mundo lo sabe, y ya que aún sigo bajo el techo de su casa no parece conveniente desobedecer una orden directa—. Perder a veces es algo bueno, nos recuerda que ninguno de nosotros es invencible y que el fracaso es algo con lo que debemos lidiar en cada aspecto de la vida. Un partido de americano suele durar un par de horas, y cuando perdemos es necesario saber manejar la situación. ¿Si no qué diablos se supone que haremos cuando fracasemos en la vida real con cosas mucho más grandes? Porque los errores que se comenten en el campo tras un tiempo se olvidan, pero los que ocurren fuera de él no lo hacen —murmura mientras tomo asiento—. El fútbol no es solamente una práctica para el deporte en sí, sino que también lo es para la vida y la mierda que a veces nos lanza. Así que no te lamentes por perder, a veces es necesario hacerlo —asegura—. Más que nada ahora.

—¿Por qué? —inquiero respecto a la última oración.

—Para empezar, comenzarás a jugar con un equipo de alto rango, uno profesional —me recuerda—. La presión a la que están expuestos esos jugadores es bastante elevada, no solo por el nivel



que se exige, sino que también por el hecho de que están totalmente expuestos al mundo. —Hace una pausa y mis músculos se relajan. No creo que vaya a recordar lo de la tarántula si estamos hablando de deporte—. Si cometes un error jugando con los Jaguars sabes que probablemente los universitarios en las gradas vayan a quejarse un poco y que yo te grite por haber cometido una estupidez, pero tienes la certeza de que al partido siguiente prácticamente olvidaran tu equivocación. Ahora piensa qué ocurriría si hicieses lo mismo mientras juegas con los Bears de Chicago, mientras hay miles y miles de fanáticos en las tribunas, un equipo técnico compuesto por más de una docena de personas a tus espaldas, profesionales con experiencia en el campo, cámaras por doquier y millones de televidentes observándote desde sus hogares. —El simple pensamiento ya se me hace algo aterrador—. Ellos no te perdonarán el error, dalo por hecho. Saldrá en los diarios, noticieros y canales de deporte. Entrarás a Twitter y habrá una incontable cantidad de críticas e insultos dedicados a ti y a tu trasero. La gente es muy cambiante en lo que se refiere al deporte: si haces algo bien te idolatrarán, pero en cuanto des un paso en falso ya estarán cavando tu tumba, y entonces volverán a admirarte para luego

criticarte hasta que se les caiga la lengua o los dedos. —Eso es, lamentablemente, la verdad absoluta respecto a muchos seguidores de fútbol americano y de otras disciplinas—. Mi punto es que necesitas aprender a lidiar con el fracaso porque no es fácil superar uno cuando hay miles de personas señalándolo continuamente. Sé que es complicado para alguien como tú, alguien que normalmente no se equivoca, pero ten en cuenta que todos pasamos o pasaremos por esa situación alguna vez y no se reduce únicamente al deporte. La gente comenzará a señalar más allá de tu destreza o ineptitud deportiva, Beasley —añade rascándose la áspera barba de su mandíbula—.

No

estoy

diciéndote

esto

para

ponerte

nervioso, solamente estoy anticipándote lo que se aproxima con la esperanza de que sepas usar lo que hay debajo de esa bola de cabello que tienes sobre los hombros. Aprende a perdonarte por tus

errores y que los demás se pudran, no me importa si estamos hablando de todos los habitantes de Estados Unidos, del Papa o de Travis Kelce. Lo importante aquí es que sepas instruirte de las equivocaciones y no vuelvas a repetir las.

—Jamás escuché un consejo cargado de tantas groserías — confieso—, pero independientemente de eso creo que es bastante útil. ¿Tiene algo que agregar, coach? —inquiero esperando a que unas cuantas recomendaciones acompañadas de blasfemias salgan de su boca.

—Que lo disfrutes. —La oración sale un poco más suave que todo lo dicho con anterioridad. Observo directamente a su mirada almendrada y noto que nada en ella se ha alterado, pero sin embargo hay una emoción que no puedo descifrar merodeando por ahí—. Mis días en el campo terminaron, pero créeme que hubiera dado muchas cosas por la oportunidad que tienes ahora. Lo único que siempre quise desde que me volví entrenador fue ver triunfar a mis jugadores, así que intenta hacer las cosas bien y no hacerme quedar como un auténtico idiota a nivel mundial.

—¿Puedo preguntar cómo fue que terminó su carrera deportiva?

—Ya lo estás haciendo —señala—. En resumen, yo estaba en mi último año de universidad cuando apareció la única oportunidad que podría llevar mi carrera a otro nivel. Un gran equipo de la capital se fijó en mí y me ofreció un contrato, uno que requería que me mudara. En ese entonces mi exesposa, Rachel, y yo acabábamos de mudarnos de un pequeño apartamento a esta casa. —Sus ojos se pasean por la habitación mientras la observa en detalle, un caos de recuerdos debe de desatarse en su cabeza—. Kansas apenas tenía tres años y estaba a un día de comenzar el *kinder*, así que pedí un tiempo para considerar la oferta. A decir verdad era muy atractiva, pero mudarnos los tres a la capital era costoso y parecía casi absurdo dado que acabábamos de comprar una casa. —Y entonces, por más increíble que parezca, el fantasma de una diminuta sonrisa curva los labios del usualmente inexpresivo hombre a mi lado—. Mientras lo considerábamos, una tarde, fuimos a dejar a Kansas en su primer día en el jardín. Cuando Rachel y yo regresamos por ella la maestra y varios padres estaban muy alterados porque un par de niños habían desaparecido. Tras una exhaustiva búsqueda y al borde de llamar a la policía encontramos a tres mocosas escondidas en el salón de música que era de la escuela primaria q

ue estaba junto al *kindergarden*. —No necesita decir nombre alguno para saber de quiénes estamos hablando, es bastante predecible—. Kansas estaba riéndose sin parar mientras una niña lloraba y balbuceaba a su lado, y luego había otra que tenía la cabeza atascada en una tuba.

—Mapache rabioso —reconozco al instante.

Es obvio que Harriet estaría asustada mientras Kansas, a pesar de su corta edad, ya se regocijaba de la desgracia ajena de una niña tonta que metió su cabeza dentro de un instrumento musical.

—Luego de que lograron separar a Jamie de la tuba y ella junto a Kansas intentaron calmar a Harriet supe que no podía llevármela a la capital —murmura encogiéndose de hombros—. Me moría por saber en qué otro lío se meterían esas niñas y hasta imaginé la posibilidad de que siguieran siendo amigas de adultas, sospeché que lo harían desde ese primer momento. Además, hay algo en Betland que no vas a encontrar en una gran ciudad. Hay familiaridad, tradición, una constante sorpresa esperando a la vuelta de la esquina y una aglomeración de personas que vale la pena conocer —apunta—. Es la ciudad en la que todo padre quiere

que su hijo crezca, créeme. Por eso principalmente me quedé aquí, luego mi sueño de ser un profesional se esfumó y vino otro: ser entrenador del equipo que estuvo en manos de mi abuelo y de mi padre.

—¿Qué estudió usted mientras jugaba con los Jaguars? —La necesidad de una respuesta me obliga a preguntar.

—¿Sabes lo que estudia Jamie Lynn?

—No. —Frunzo el ceño—. En realidad nunca me lo pregunté y tampoco lo he oído mencionar.

Bill ríe de una forma que logra calarme los huesos, entonces me da una palmada en el hombro que creo que podría dislocarlo. A continuación, se pone de pie y camina tranquilamente hasta la puerta, es ahí cuando se gira y me da una última mirada con un brillo de malicia en ella.

—Si desconoces lo que estudia esa chica también desconoces lo que estudié yo, muchacho. —Vuelve a encogerse de hombros y comienza a seguir con su camino, pero algo parece detenerlo cuando ya ha ido más allá del umbral—. Creo que olvidé decirte que Kansas te está esperando abajo.

—¿Para qué? —inquiero.

—¿Crees que puedo averiguar lo que planea Kansas Shepard, Harriet Quinn y la chica que atoró su cabeza en una tuba? —  
Resopla.

—Buen punto, *coach*.

—De ninguna manera, Kansas —me niego en cuanto detiene el vehículo frente a una gran construcción de un solo piso pintada de múltiples colores, de la que proviene música que probablemente es de la década de los ochenta.

—Bájate del auto que acordé una cita doble y no puedes faltar

—replica mientras comienza a abrir la puerta dispuesta a bajarse, pero antes de que lo haga la retengo tomando su brazo y obligándola a mirarme.

—¿Una cita doble en los bolos? ¿En serio? —inquiero preocupado—. ¿Sabes que debes cambiarte los zapatos y usar unos que ellos te dan, verdad? Un zapato puede tener hasta diez mil millones de bacterias y esos microbios son los causantes del mal olor y la reproducción de hediondos e indeseables hongos. —Ella arquea una ceja en mi dirección no muy impresionada por lo que acabo de decir, y creo que internamente ya sabía que iba a intentar excusarme con datos y hechos científicos.

—El mundo está lleno de bacterias, Malcom —me recuerda antes de darme unas palmadas en la mejilla, como si intentara hacerme reaccionar—. Acéptalo y bájate del Jeep ahora —agrega con firmeza antes de deslizarse hasta llegar a la puerta.

Sin otra opción camino a su lado por el estacionamiento casi repleto del lugar. El olor a grasa se impregna en el aire y me percato de que además de ser un *bowling* la construcción debe funcionar como restaurante de comida rápida.

Esto es una pesadilla, hay grasas saturadas por doquier.

—No sé jugar a los bolos —confieso ya a unos pocos pasos de la entrada, deteniéndome. Mi mirada se desliza hasta la castaña frente a mí y observo la perversidad dilatando sus pupilas antes de que tome mi mano y entrelace sus dedos con los míos. Jala de mi brazo obligándome a retomar el camino y trago saliva—. Sé las reglas, pero la teoría no sirve sin la práctica en este caso.

—A ti te gusta aprender todo tipo de cosas, así que piensa en esto como una pequeña cita educativa en la cual descubrirás el arte de lanzar una bola —masculla ya una vez dentro.

El espacio es sumamente amplio y luce más moderno de lo que esperaba. Hay pantallas planas por doquier, estrechas y



extensas pistas de bolos de madera, varios juegos de sillones carmesí y mesas junto a todo el estruendoso sonido que puede llegar a haber en un lugar como este.

—¿Entonces puedes conseguir lápiz y papel? Porque si voy a intentar derribar diez pinos con una bola de entre once y diecisiete libras creo que necesito recurrir a algunos cálculos de física y matemática. —Ella me lanza una mirada antes de dejar ir mi mano y cruzarse de brazos.

—¿Si consigo eso te pondrás los zapatos con diez mil millones de bacterias? —interroga como toda una mujer de transacciones.

—¿Es necesario negociar? —espeto aún disgustado ante la idea de usar calzado ajeno.

—Tómalo o déjalo —presiona, y un destello travieso parece resaltar en la mezcla de verde y café en sus ojos.

Es entonces cuando cada músculo de mi cuerpo se tensa al ver a una persona corriendo directamente a una de las pistas. Sus zapatos rechinan contra el suelo mientras un grito cargado de ferocidad se escapa de su boca: usa una camisa rosada y abotonada, tiene el cabello canoso y un collar de perlas que cuelga

de su cuello. La bola sale disparada en una impecable línea recta y una chuzca es anotada por la mismísima señora Hyland.

—¿Dijiste cita doble? —le susurro a Kansas frunciendo el ceño, pero una voz llega a mis oídos antes de que ella tenga la posibilidad de responder.

—Nunca vi a un dinosaurio jugar tan bien, ¡no perdiste tu toque, abuela! —La característica voz de Gabe me obliga a cerrar los ojos mientras me lamento haber bajado de ese Jeep—.

¡Llegaron nuestros contrincantes, ¿estás lista para extinguirlos como se supone que los meteoritos tenían que extinguirte a ti?! —le grita a la vecina de los Shepard.

—Espero que me compenses esto más tarde, porque será un día tan catastrófico como agotador —digo a la castaña mientras nos echamos a andar en dirección al dúo.

—Te lo compensaré solamente si ganas. —Su voz es baja y seria, como si siguiera hablando acerca de negocios. Sin embargo, puedo vislumbrar que reprime una de sus excepcionales e inusuales sonrisas.

Pronto me percaté de que nunca estuve tan feliz de estar rodeado por bacterias, grasa saturada y los Hyland. ¿De Kansas?

Esa es otra historia, una muy larga, una que hasta podría ocupar un libro entero.

Un libro que estaría dispuesto a leer.

Y a releer.

Y a releer otra vez.

## **Capítulo LXIX**

Obsequios

# Malcom

El atardecer es una mezcla de líneas de colores pasteles que se bifurcan entre las nubes en las alturas, algunas aves aparecen como puntos oscuros que se deslizan y contrastan en la paleta de cálidas tonalidades. Soy capaz de ver los últimos rayos del sol a través de la ventanilla del Jeep, desde el asiento del copiloto donde estoy sentado. Las pequeñas casas de la ciudad pasan en cámara lenta a los lados del vehículo al igual que lo hacen los habitantes de Betland. La imagen es una que podrías ver todos los días de tu vida, una que al estar acostumbrado a ella pasarías por alto y no mirarías por segunda vez. Sin embargo, desde mi punto de vista, a veces es necesario detenerse y apreciar lo que ignoramos de nuestra rutina.

Giro la cabeza y mis ojos caen en alguien que se ha vuelto bastante frecuente en mi vida últimamente, alguien que se transformó en parte del día a día en mi estadía aquí. Kansas tiene una mano en el volante mientras que con la otra intenta acomodarse los rebeldes mechones de cabello que insisten en taparle la visión. Su ventanilla está ligeramente baja a pesar de que es consciente de

que hace frío y de que la brisa de principios de noviembre sopla en su rostro iluminado por lo que resta del sol. Su perfil es un conjunto de suaves facciones donde se resalta la ligera curva de su nariz, la de sus labios y su mentón. Sus delgadas y extensas pestañas destacan una mirada serena y despreocupada que se desliza por las calles de la ciudad.

La imagen rebosa de una armonía natural, una que sería capaz de apaciguar los latidos de un desenfrenado corazón y robar suspiros sin siquiera intentarlo. Ella se percata de que estoy contemplándola y arquea una ceja con cierta curiosidad y gracia en mi dirección.

— Has estado demasiado callado desde que salimos del *bowling*, ¿debería preocuparme? —inquire ahora con ambas manos al volante—. Es raro que no estés regurgitando datos científicos o cosas que a nadie más que al difunto Einstein le interesen.

—Solamente pensaba y admiraba la vista —revelo tras una exhalación.

—Sí, es una imagen panorámica muy bonita, todo el mundo lo sabe —coincide mientras dobla en una esquina y comienza a

reducir la velocidad a medida que nos acercamos a la casa de la señora Murphy. El viernes de pasta pareció cancelarse dado que los Jaguars necesitan practicar exhaustivamente para el partido de mañana.

—Yo me estaba refiriendo a ti, no a la ciudad ni al atardecer

—señalo.

—Ya lo sé, Beasley —reconoce—. Muchos coinciden en que los genes de los Shepard son dignos de admirar.

—Eso sonó muy arrogante y, sin ánimos de ofender, no creo que muchos seres humanos se detengan a contemplar la belleza de Bill —apunto—. Ni siquiera el hámster de Zoe puede mirarlo por tres segundos seguidos sin antes espantarse porque el hombre está gruñendo como una especie de animal salvaje, mirándote con ojos de caníbal o lanzando partículas de saliva a todas partes mientras grita cuál es el nivel de ineficacia de Timberg.

Ella estaciona frente a la casa de la señora Murphy y el motor se silencia lentamente. Sus manos siguen en el volante para el momento es que ladea la cabeza en mi dirección y me observa con un destello de diversión en sus ojos, uno que se va apagando con el paso de los segundos y da lugar a otro que está cargado de un

sentimiento mucho más complejo.

Nos observamos mutuamente y no es necesario hablar para expresar lo que estamos evaluando o sintiendo. Tengo la certeza de que ambos estamos apreciando al otro, pensando cuánto serán capaces de extrañarse dos personas que se conocen hace relativamente poco e intentando identificar con exactitud qué es lo que sentimos respecto al que tenemos al lado. Rememoramos internamente viejas conversaciones y acciones del pasado que fueron las causantes de que ahora estemos aquí, encerrados dentro de un Jeep y con la nostalgia arraigada al pecho a pesar de que aún seguimos juntos.

—Si te quitas el cinturón de seguridad puede que podamos besarnos, genio —murmura en cuanto me ve inclinándome hacia ella con tal intención.

Me río con profundidad y cierta vergüenza mientras me deshago de la cinta que atraviesa mi pecho antes de girarme y, sin perder segundo alguno, capturar sus labios en un beso. Mis manos se deslizan entre la suavidad de las hebras de su alborotado cabello a medida que me regocijo con el sabor de su boca y la forma en que parece encajar como una pieza de rompecabezas con la

mía. El corazón se me acelera y golpea con ferocidad contra mis costillas mientras una de sus pequeñas y frías manos se posa en mi mejilla con un toque tan escalofriante como encantador. Se desliza de mi rostro por mi cuello y termina posándose sobre el frenético órgano que bombea sangre dentro de mi pecho.

Ella me corresponde el beso con fuerza, anhelo y algo más.

Mi cordura parece pender de un hilo para el momento en que su mano se presiona contra mi corazón y sus labios hacen exactamente lo mismo contra los míos. La acción es estremecedora en todo sentido, una que deshace los pensamientos y aquellos nudos de impotencia, nostalgia e ira que se habían formado en la boca de mi estómago por la idea de que pronto no estaré aquí para sentir lo que alguien como Kansas tiene la capacidad de hacerte sentir.

—Me encantaría seguir compartiendo saliva contigo —

asegura apartándose unas pocas pulgadas, las suficientes como para

que

su

frente

siga

pegada



a

la

mía—.

Pero

desafortunadamente tenemos que entrar antes de que una  
impaciente y furiosa Zoe Murphy le robe el teléfono a su mamá y  
comience a enviarme emoticones enojados por mensaje de texto —  
señala antes de encogerse de hombros y separarse con la intención  
de abrir la puerta del vehículo—. Y no sería la primera vez.

Reprime una sonrisa como usualmente lo hace y me pregunto  
a qué se debe. ¿Por qué esconder una expresión facial tan  
extraordinaria como esa?

Trazamos nuestro camino hasta el porche de la típica casa de  
estilo victoriano en silencio, subimos los escalones de la entrada y  
Kansas se prepara para tocar. Alcanzo su muñeca antes de  
que pueda hacerlo y su mirada intrigada se conecta con la mía a  
través de las masas de aire.

—Podríamos esperar a que lleguen los emoticones enojados

—le recuerdo con cierta picardía. Estoy seguro de que sabríamos  
cómo entretenernos.

—Lamento haberte corrompido, Beasley —confiesa con un arrepentimiento que roza la falacia.

Admiro la forma en que brillan sus ojos con cierta gracia para el momento en que la puerta frente a nosotros se abre bruscamente y vislumbro una mano antes de sentir la forma en que algunos dedos se envuelven alrededor de mi brazo y tiran de mí hacia el interior de la casa.

—Llegas tarde a tu propia despedida, Tigre. —La voz de Ben, para mi total desconcierto y sorpresa, inunda mis oídos mientras me introduce en el corredor principal—. Pero oí lo que dijo *Sunshine*, así que ambos son culpables: ella por retenerte con sus encantos y tú por no resistirlos. —Lo observo perplejo mientras deja caer uno de sus brazos alrededor de mis hombros y me guía a través del pasillo—. De todas formas no te culpo, tiene unos labios muy boni... —antes de que pueda terminar la oración Kansas lo golpea en la nuca y nos adentramos a la sala principal.

La imagen me deja sin habla.

Una multitud de personas está arremolinándose alrededor de un televisor por el que transmiten una película de Disney titulada *Entrenando a Papá*. El equipo entero de los Jaguars se sienta sobre

el piso y ríe con el *film*. Jamie, Harriet, Sierra y Claire están cerca de una improvisada mesa de aperitivos con los cuales la pelirroja se llena la boca. Bill, Anneley, la señora Hyland y Anne se sientan en los sofás tomando lo que parece ser café. Zoe y Adam permanecen lado a lado con los ojos clavados en la película. El niño está criticando la escena y la niña lo intenta hacer callar metiéndole un trozo de su galleta en la boca, la cual deduzco que hizo la vecina de los Shepard.

—¿En serio? —inquire Kansas con incredulidad, y lo dice suficientemente alto como para que todos lo oigan—. ¡Arriba todo el mundo, se supone que tenían que estar atentos! ¿Nunca estuvieron en una despedida? —interroga frunciendo el ceño. Cada persona se pone de pie rápidamente y el silencio junto con la vergüenza cae sobre todos.

—Fui a una despedida de soltera el año pasado. —La voz de Hyland llega desde el segundo piso y lo vemos deslizarse sobre la barandilla de la escalera hasta caer frente a nosotros—. Lo primero que hicieron cuando llegó la prometida fue enterrar su rostro en un pastel adornado con genitales de *fondant*, luego llegaron los *strippers* y la cosa se puso seria —recuerda—.

Dudo que Marcos quiera poner billetes en la ropa interior de hombres semidesnudos o, en su defecto, de Bill.

—No me refería a ese tipo de evento, ¿y por qué diablos estabas

en

una

despedida

de

soltera,

Gabe?

—

replica ella mientras el *coach* abre los ojos de par en par ante el comentario de Gabriel—. Bueno, Malcom... —añade girándose sobre sus pies y meneando la cabeza para hacer desaparecer los pensamientos del nieto de la vecina rodeado de bailarines exóticos—. Las cosas no tenían que salir así, pero tú sabes que en Betland nada sale de la forma en que lo planeas. —Se encoge de hombros refiriéndose a la sorpresa.

—Pero te lo compensaremos —asegura Ben palmeándose el hombro—. ¡Traigan los obsequios, equipo!

¿Obsequios? ¿Para mí?

La señora Hyland, la misma que nos ganó en los bolos, se acerca con una canasta de galletas de fibra, avena y frutos secos, hechas con harina de almendras. Asegura haberlas preparado únicamente para mí con un endulzante natural e ingredientes completamente sanos. Sus ojos brillan tras los ovalados lentes que cuelgan del puente de su nariz y arrugas se originan en su piel ante la albricia de sonreír. Tras ella el equipo entero se precipita hacia mí y recibo desde golpes en las nalgas hasta abrazos que rozan lo asfixiante. Mercury se aproxima y deja caer un balón entre mis manos, el mismo con el que ganamos el primer partido que jugué en Betland; está autografiado por cada miembro del equipo al igual que la camiseta que Joe y Timberg extienden frente a mí para que pueda apreciarla. Logan dice que apostará por el número veintisiete en la lotería pero que no debo hacerme ilusiones ya que probablemente no gane nada. Su broma es una pequeña ofensa, pero la forma en que lo dice con tanto aprecio y respeto la cambia totalmente

hasta

el

punto

de

que

estoy contento de escucharla. Claire me entrega un *flash drive* que dice contener un montón de fotografías de los partidos, una recopilación de videos de los mismos y otras fotos que los Jaguars han sacado en el vestuario y en los entrenamientos que son bastante comprometedoras, e incluso hay algunas de la iniciación nudista de la que me obligaron a ser parte. Ella añade que está bastante traumatizada con las últimas. Hyland dice regalarme su honorable presencia y luego viene el obsequio de un pequeño humano rubio.

—¿Recuerdas cuando asesinaste a Chuck? —inquire mientras intenta enderezarse en el sillón que se ha convertido en su cama durante las tardes; la señora Murphy la lleva todas las mañanas hasta la sala de estar así su hija puede al menos entretenerse con el televisor hasta que es hora de ir a dormir. Kansas mantiene un ojo sobre ella para que no haga mucho esfuerzo—. Bueno, yo lo reviví —añade orgullosa de sí misma y extiende un globo en mi dirección. Por suerte este no

un anticonceptivo masculino. Me aproximo hacia el sofá y me acuclillo hasta que mis ojos están a la altura de los suyos—. El globo es para mí —aclara señalándose a sí misma. Obviamente no va a dejar tal objeto en mi cuidado cuando al último lo pinché con un tenedor—. Y esto es para ti —murmura entregándome un papel algo arrugado y una sonrisa carente de varios dientes.

MALKOM  
TE QUIERO  
TANTO COMO  
A RATATOUILLE



CON AMOR  
ZOE

Es un dibujo hecho con una paleta de colores escasa, sumamente desproporcionado y ordinario. El texto tiene faltas ortográficas que podrían ocasionarle un infarto a un profesor de literatura o a uno de gramática y los gráficos dejan mucho que



desear.

Es horrible.

Horriblemente lindo.

Un peso parece caer sobre mi pecho al levantar la vista y encontrar el rostro ansioso y alegre de la niña. La dulzura de su personalidad se refleja en los garabatos de la hoja de papel que sostengo entre los dedos y tiene la capacidad de curvar mis labios hacia arriba.

—Que esto quede entre tú y yo, parásito —susurro inclinándome hacia ella—. Pero este es el mejor regalo que me han dado alguna vez —confieso, y de forma automática sus ojos se amplían con sorpresa y entusiasmo.

—¿De verdad? —inquire con cierta fascinación e inocencia—. ¿Es mejor que las galletas de la abuela de Adam?

—No lo dudes ni por...

Antes de que pueda terminar la frase ella abre los brazos tanto como puede e intenta rodear mi cuello. Me acerco vacilante para que no se esfuerce y quedo estático por varios segundos, los suficientes como para vislumbrar sobre el hombro de Zoe a Anne con ojos cristalizados y, a su lado, una Kansas que se encuentra de

brazos cruzados mientras ladea su cabeza y nos contempla en silencio. Soy capaz de ver la mezcla de sentimientos en sus ojos, tal como ella es capaz de verla en los míos.

No estoy acostumbrado al contacto físico con los adultos y mucho menos con los niños, así que al principio me encuentro incómodo mientras rodeo la pequeña circunferencia que representa la niña con mis brazos. Tal incomodidad desaparece al cabo de varios segundos en los cuales me permito aspirar el singular aroma de su cabello y disfrutar de la calidez que emana de su diminuto cuerpo.

Si la vida fuera justa yo tendría que haberla abrazado por primera vez hace siete años atrás, pero desafortunadamente no lo es, así que la envuelvo entre mis brazos esperando que esta no sea la última.

### ***Kansas***

No tengo las palabras exactas para describir la noche.

Cenamos pasta y vimos la película preferida de Zoe; charlamos, reímos, hicimos el juego de los sinónimos en el que Timberg perdió y tuvo que lavar los platos. Incluso rompió uno sin querer. Bill prácticamente le saltó a la yugular tras eso, como era de esperarse.

Durante varias horas se narraron anécdotas, nació el debate sobre la exportación de petróleo —no pregunten cómo ni por qué—, y gritos llenaron el aire mientras se hacían competencias de lo más estúpidas. Fue un caos que resultó ser inmejorable, y esto no lo digo yo, sino la expresión en el rostro de Beasley.

Él disfrutó cada segundo, incluso cuando llegó la hora de decir adiós. Esta era la última vez que estaría con los Jaguars y, aunque no pasó demasiado tiempo en Betland, el equipo entero sintió el pesar de su partida. Contemplar a los imponentes jugadores abrazar a Malcom me contrajo el corazón, más que nada porque el número veintisiete les devolvía el abrazo con una fuerza, aprecio y sensibilidad que podría despojar de oxígeno a tus pulmones. Jamás lo vi con la guardia baja hasta ese momento, ese en el cual envolvió sus brazos alrededor de los hombros de sus compañeros.

Tras una despedida con cada persona que se hallaba en la casa, esta queda prácticamente vacía. Todos se han ido, incluso Bill que sabía que su hija pasaría la noche aquí. Supongo que no abrió la boca porque no puede reprocharme por querer pasar un par de horas con su jugador estrella y, de todos modos, creo que se marchó

sin decir comentario alguno ya que sabe que mientras estemos bajo el mismo techo que Zoe nada indecente podría ocurrir. Él fue el único que no se despidió dado que vendrá mañana por la mañana antes de que Malcom y Mark partan hacia al aeropuerto.

—¿Me puedo quedar despierta un rato más? —suplica Zoe observando a su madre. Entonces se abraza a sus caderas y ruega como la insistente niña que es. Anne está por negar con la cabeza en cuanto ve a Malcom asentir con un gesto despreocupado.

—Yo la cargaré hasta la cama —asegura sabiendo de antemano que Zoe se quedará dormida en el sofá.

—De acuerdo, pero lávate los dientes... de todas formas sé que no lo harás —le dice a la pequeña antes de acariciar su cabello y reprimir una risa—. Mañana te prepararé el desayuno antes de que te vayas, Malcom —informa regalándole una pequeña sonrisa al muchacho—. Buenas noches, chicos —añade antes de comenzar a subir los escalones y desaparecer al cabo de los segundos, no sin antes indicar dónde hay mantas y almohadas adicionales.

—Esto sería una pijamada si estuvieran usando pijamas — reflexiona Zoe antes de que nos dejemos caer cuidadosamente a cada uno de sus lados. Ya instalada en medio de nosotros, deja

caer su cabeza contra mi hombro y uno de sus pies sobre el muslo de Malcom—. ¿Quieres que te preste uno? —inquire con emoción mientras contempla al inglés.

—No creo que pueda caber en uno de tus pijamas —apunta él—. Y, de todas formas, no me gustan los estampados pueriles de animales o seres mágicos, mucho menos si son de color magenta, maiot, flamenco, crepe y de esa clase —detalla.

—¿Flamenco? ¿Ese no es un animal? —interroga una pensativa Zoe—. ¡Yo creo que vi uno la vez en que mi mamá me llevó al zoológico, y estoy segura de que no era un color! Los colores no caminan.

— Solamente existen seis especies de *Fenicopteriformes*, la inusual coloración de sus plumas se debe a su alimentación: comen crustáceos, algas, camarones y un par de cosas más. —Me froto el puente de la nariz y cierro los ojos en cuanto comienza a hablar.

¿No puede mantener su conocimiento al margen de una conversación?—. Cuando nacen en realidad no son rosados, sino marrones, blancos o incluso grises. Su plumaje cambia cuando alcanzan la madurez —prosigue observando a la niña que rasca su cabeza tal vez por desconcierto o por piojos. —Se denomina color

flamenco al rosa que adquieren las plumas tras los primeros tres años a partir del nacimiento.

—¿Entonces si el flamenco come algo rosado quedará rosado? —inquire Zoe. Malcom niega con la cabeza y está a punto de dar otra explicación antes de que ella vuelva a hablar—. ¿Y si yo como cosas rosas seré rosa? ¿Y si como lechuga seré verde? ¿Y si como chocolate seré como Joe? —chilla con un brillo de emoción en sus ojos.

Beasley me contempla con una súplica en su mirada.

Definitivamente no sabe cómo hacerle entender que ella no se tornará del color de lo que coma.

—Tú trajiste a colación los flamencos —digo encogiéndome de hombros, divertida ante la exasperación que se desata en sus ojos—. Arréglalo.

Lo que sigue es un tiempo desmedido, uno en el que el inglés intenta hacerle entender a Zoe cómo funciona la coloración del plumaje del ave y ella malinterpreta cada palabra. Beasley debe volver a empezar una y otra vez.

Una de mis manos se pierde entre las hebras de la niña mientras le acaricio el cabello y me río ocasionalmente de las

tonterías que salen de su boca. Ella parlotea sobre flamencos espaciales, comida multicolor y cosas que carecen de sentido.

Malcom la escucha con una expresión de horror plasmada en su rostro mientras habla de magia y un montón de otros términos que la lógica y el conocimiento de él se niegan a reconocer.

Me encuentro comparando el color de sus ojos, cabello y piel.

Analizo las curvas de sus narices y escudriño la forma en la que reaccionan; ¿cómo fue que no se me cruzó antes por la cabeza que ellos podrían ser hermanos cuando son físicamente tan iguales?

De todas formas, no es como si pudiera deducirlo dado que yo creía que Zoe había nacido en Estados Unidos y que Anne era

su verdadera madre, y obviamente no tenía ni la menor idea de que

Malcom tenía una hermana. Es ahora donde me percató de la

cantidad de pistas que hubo a lo largo de su estadía, la cantidad

de preguntas que me hizo indirecta y directamente sobre ella y la

forma en que intentó mantener cierta distancia de Zoe cuando se

mantuvo reacio a ella los primeros días. «¿Por qué la cuidas?»,

preguntó él en una oportunidad el segundo día que nos conocimos,

asumiendo que no se trataba de dinero. Si tan solo hubiera sabido

que había mucho más que simple curiosidad tras sus palabras...

Al cabo de lo que parece una hora la voz de la niña se va apagando y llega un punto en que el número veintisiete sigue discutiendo y argumentándole a la pared. Toco su brazo y hago un ademán hacia el pequeño ser humano dormido entre nosotros. Sus labios se cierran y sus ojos oceánicos contemplan con paz a Zoe, la tenue luz de la lámpara de la sala le da a su mirada un brillo suave y nostálgico. Sin decir palabra alguna él se pone de pie y pasa un brazo bajo las rodillas de la niña y otro a través de su espalda. La levanta con cuidado y la contempla acurrucarse más cerca del calor de su pecho.

—¿Guías el camino? —me pregunta en un murmullo.

Asiento y me incorporo para guiarlo escaleras arriba a través del extenso corredor de la planta alta. De vez en cuando echo una mirada sobre mi hombro para verlo seguirme con ella en brazos, para voluntariamente exponer mi corazón a la escena que sé que me partirá el alma trozo por trozo cuando él se marche y yo recuerde la forma en que solía cargar a su hermana hasta su cuarto.

¿Por qué soy tan masoquista conmigo misma a veces? Es mi pregunta existencial, una que no tiene respuesta más que el hecho de que creo que a todos nos gusta recordar cosas del pasado, pero



ahí no entra el masoquismo, entra cuando recuerdas el ayer con dolor y un sentido de pérdida, cuando te comienzas a preguntar qué podrías haber hecho diferente para cambiarlo todo y de tal forma modificar el presente. Por eso admiro a aquellos que recuerdan con nostalgia y alegría, aquellos que no se atormentan con el bendito «¿qué hubiera pasado si...?». Estoy segura de que voy a atormentarme con esa pregunta cuando Beasley se suba al avión, y eso se debe a que a veces no puedo recordar sin comenzar a cuestionarme todo lo que hice y no hice, todo lo que hicieron y no hicieron los demás y todo lo que la vida arrojó y le faltó arrojar. Abro la puerta de la habitación de Zoe y me dirijo directamente a la pequeña cama con cobijas de color rosado. ¿O son de color flamenco?

Maldito Beasley.

Malcom la deposita sobre el colchón con cuidado antes de comenzar a sacarle el zapato izquierdo, yo hago lo mismo con el derecho y luego me encargo de cubrirla con las sábanas.

—Le apestan los pies —dice por lo bajo, arrugando su nariz con desagrado y ganándose una mirada de mi parte.

Estamos a punto de salir cuando recuerdo que debo encender

la luz de su mesa de noche. Malcom arquea una ceja en mi dirección preguntándose cómo es posible que una niña de su edad deba dormir con una luz encendida.

Ella antes no le temía a la oscuridad, es algo que comenzó el día del robo.

Salimos del cuarto y él se encarga de cerrar la puerta con delicadeza, es entonces cuando nos encontramos de pie uno frente al otro en el pasillo vacío y fundido en la penumbra.

Completamente solos.

Por última vez.

Siento un nudo formarse en mi garganta mientras nos contemplamos a tan corta distancia. Siento su pesar y ansiedad como si fueran míos, y tal vez sea porque ambos nos encontramos en una posición en que sabemos que se originan sensaciones que uno no sabe si clasificar como desgarradoras o extraordinarias.

Extiende su brazo y sus dedos tocan los míos en un roce estremecedor, las manos se unen y tira de mí hacia las escaleras.

Bajamos en silencio, oyendo la forma en que las tablas se hunden bajo nuestro peso hasta que llegamos a la planta baja y él se detiene un momento para recoger una de las mantas que Anne nos dijo que

podíamos usar. Se deja caer en el sofá y jala de mí hasta que estoy sentada a su lado, es ahí cuando extiende y deja caer la cobija sobre nuestros cuerpos y su brazo cae sobre mis hombros. Las yemas de sus dedos rozan mi busto y me obligo a tomar una pequeña respiración antes de adherirme a su costado; mi cabeza descansa sobre su hombro y llevo mis rodillas a mi pecho mientras el silencio se extiende entre nosotros.

—Es curioso —apunta rompiendo el mutismo—.

Internamente estuve esperando este momento durante todo el día, y a su vez no deseaba que llegase alguna vez. —Me limito a asentir mientras observo las sombras que nos envuelven—. Y antes de decir, hacer o no decir y no hacer completamente nada quiero pedirte algo. —Esto llama mi atención y me alejo unas pocas pulgadas como para mirarlo a los ojos.

—Dadas las circunstancias esta podría ser tu única oportunidad para pedirme un favor y que, sorprendentemente, yo lo cumpla —le recuerdo—. Así que no lo desperdicies, Beas...

Me interrumpe.

—No quiero verte.

Me quedo perpleja, con la respiración entrecortada y cada

músculo del cuerpo tenso ante sus palabras. Me distancio más y busco respuestas en sus ojos, respuestas que no logro ver.

—¿A qué te refieres? —inquiero en voz baja, desconcertada.

—No quiero verte mañana, no quiero tener que despedirme

—confiesa antes de que su pecho se infle tras una larga

inhalación—. Yo jamás me despedí de alguien que... que quisiese realmente, alguien a quien verdaderamente pudiera extrañar. —La

honestidad y vulnerabilidad que hace acto de presencia en la

inestabilidad de su voz me oprime el corazón—. Sé que nos

volveremos a ver, tal vez dentro de varias semanas o incluso unos meses, pero la realidad es que no quiero tener que pasar por algo

como una despedida.

—Eso no es verdad —señalo analizando cada palabra—. Tú tienes miedo de cambiar de opinión.

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa que

abunda en tristeza y en una diversión de lo más amarga.

—¿Soy tan malo intentando mentir? —inquire.

—Apesta como los pies de Zoe en eso —reconozco

ganándome una mirada divertida de su parte, pero cualquier rastro

de picardía se desvanece en cuanto los otros sentimientos entran a

la escena.

—Quiero irme a Chicago, quiero jugar para los Bears y también quiero aprovechar la oportunidad que me has dado para estudiar en una excelente universidad —enumera con una curiosa mezcla de impotencia y albricia—. Sé lo que quiero y lo que es mejor para mí, pero no puedo evitar pensar que podría sentir el más mínimo arrepentimiento si nos despedimos. —Su mano alcanza la mía y nuestros dedos se entrelazan en una unión cálida y fuerte—. Eso me bastará para comenzar a cuestionarme cualquier decisión y, a pesar de que sé que me iré de todas formas, no deseo tener que hacerlo con un nudo en la garganta, y mucho menos cuando sé que sentirás lo mismo. Quiero que lo último que veas de mí sea esto —murmura bajando su mirada a nuestras manos—. Y verte durmiendo serenamente con tus estertores es lo último que quiero ver y oír de ti hasta los próximos meses.

—¿Estertores?

—Es el nombre clínico de lo que usualmente llaman ronquidos —informa.

—Yo no... —comienzo, pero entonces me pregunto si en verdad ronco y decido dejarlo ir—. Está bien. Si no quieres una

despedida no la tendrás, pero créeme que te arrepentirás —lo señalo intentando aligerar un poco el ambiente—. No podrás manosear este cuerpo por última vez.

—No digas manosear, suena demasiado vulgar —me reprocha—. En su lugar puedes decir magrear, sobar, to... —Las palabras se desvanecen en el aire mientras acorto la distancia entre nosotros y deposito un pequeño beso contra sus labios.

—Echaré de menos tus sinónimos —confieso.

Él sonrío de aquella forma que despoja a mis pulmones de oxígeno, con una peculiaridad digna de admirar.

Sus manos llegan a mis mejillas y se inclina para dejar que sus labios encuentren los míos otra vez, para permitirles moverse unos contra otros a un ritmo ya muy familiar. Mis párpados ceden ante la suavidad del beso mientras mi corazón comienza a acelerar su ritmo. Los latidos se incrementan con cada segundo que las bocas permanecen juntas y disfrutamos del sutil pero significativo contacto del otro.

Él tira de mi cuerpo y me encuentro en su regazo al instante.

Una de mis manos se curva alrededor de su nuca y la otra se posa en su hombro para luego vagar hacia abajo, directo a su pecho. Sus

manos, tan inquietas como siempre, no son capaces de permanecer en mis mejillas por demasiado tiempo. La primera se enreda en las hebras de mi cabello y la otra desciende por mi espalda provocando que me estremezca ante el tacto. Una descarga de electricidad parece recorrer ida y vuelta mi columna vertebral mientras su boca reclama la mía con deleite y ansiedad. Entonces él toma distancia, la suficiente como para verme a los ojos con su mirada del más profundo color azul. Hay tantos sentimientos y palabras encerradas allí que ni siquiera sé por dónde empezar; ¿se supone que debo contemplar la angustia o enfocarme en la alegría? ¿El deseo o la impotencia? ¿La admiración o la aflicción? Jamás había presenciado una mirada que dijera tanto por sí sola, que fuera un completo caos de sentimientos contradictorios.

—No hay nada que puedas decirme que ya no sepa —le aseguro—. Así que no hace falta que digas nada, Malcom.

—¿Pero eres consciente de cuánto te quiero? —insiste en preguntar.

—¿Tú lo eres? —replico.

—Claro que lo soy.

—Ahí tienes tu respuesta, idio... —el insulto queda

incompleto en cuanto vuelve a presionar sus labios contra los míos.

Sin embargo, esta vez, el beso está cargado de intensidad. La pasión es indescriptible, esa vehemencia que logra fusionarse con cierta dulzura resulta ser lo suficientemente poderosa como para estremecer cada pulgada de mi cuerpo.

Nos separamos y su mano retoma el camino a mi mejilla, lista para acariciar la piel y transmitir su característica calidez. Nos observamos por demasiado tiempo, tanto como para que nuestros corazones vuelvan a latir como usualmente lo hacen; puedo sentir el suyo bajo mi palma, golpeando rítmicamente. Es entonces cuando me acomodo contra su pecho y puedo oírlo, escucho ese idílico sonido que fácilmente se convierte en mi canción favorita. Nos quedamos ahí, sintiendo al otro y deseando que el reloj que simboliza al tiempo se atrase o congele por unas horas más. E, inevitablemente, mis ojos se cierran a pesar de que lucho contra el cansancio. Caigo en un sueño profundo sabiendo que cuando despierte Malcom Beasley ya no estará.

—Adiós, mujer imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños —lo oigo murmurar en mi oído con cierta gracia.

El recuerdo de ese momento lo es todo, y a partir de ahora es



lo único que me queda.

## **Capítulo LXX**

Señas

# Malcom

—¡Beasley, ¿qué rayos haces aquí?! —grita Mercury desde el campo. Se quita el casco y llama así la atención del equipo y de la aglomeración de personas en la tribuna.

—Yo... —intento responder, pero la potente voz del entrenador resuena a mis espaldas.

—¡Explicaciones después! ¡Ve a cambiarte, te necesitamos!

—ordena a todo pulmón, acercándose—. ¡Entras como receptor, arreglaré esto para que puedas cambiar de lugar con Troy, y más te vale tener un maldito as bajo la manga porque juro que si abandonaste a los Bears para llevar a este equipo a la derrota te enviaré de una patada en el trasero de vuelta a Londres! — advierte con rapidez.

—¡Pero yo no vine a...! —insisto en explicar.

—¡Quedan tres minutos y necesitamos más de seis malditos puntos! —Logan ha ordenado que los Jaguars se mantengan en sus posiciones  
antes  
de

correr

hasta

nosotros

con

la

respiración acelerada y el sudor brillando en su frente—. No sé por qué diablos estás aquí, pero nos vendría bien la jodida ayuda — dice entre dientes.

Indeciso, miro a mi alrededor para contemplar las gradas repletas de espectadores cuyos gritos penetran mis oídos. Mis compañeros de equipo me observan desde el campo con una mezcla de desconcierto y desesperación mientras que los que están en la banca intentan arremolinarse a mi alrededor antes de que Bill los obligue a sentarse de nuevo. Todos esperan una respuesta o el más mínimo movimiento que les asegure que entraré a jugar. Siento la presión recaer sobre mí a través de sus miradas y me quedo estático mientras Logan intenta convencerme tomándose por los hombros y recitando lo que dice el tablero iluminado que surca las alturas.

Yo no vine a jugar, no era mi atención aparecer siquiera aquí.

Sin embargo, por lo visto, ya no me queda otra opción. Busco a Kansas entre la multitud de fanáticos con frenesí, pero resulta ser inútil dado que ella no está aquí o por lo menos no puedo divisarla.

—¡Malcom! —llama Mercury sacudiendo mis hombros—.

¿Jugarás o no?! ¡Necesito una respuesta, el tiempo fuera no durará para siempre!

¿Puedo rehusarme a un último partido con los Jaguars?

La respuesta es sencilla.

—Dame dos minutos —respondo antes de girar sobre mis pies y comenzar a correr hacia el vestuario, listo para usar mi uniforme de repuesto y equiparme debidamente para lucir los colores de la Betland Central University.

Mientras corro, me despojo de mi chaqueta que queda abandonada

sobre

el

césped.

Ya

a

medio camino del vestidor me quito la camiseta y comienzo a des

abotonar mis *jeans* antes de abrir bruscamente las puertas dobles que conducen al gimnasio. Atravieso el laberinto de máquinas y mi cinturón resuena al caer contra las pesas esparcidas en el piso. Nunca antes me desnudé mientras corría, pero supongo que siempre hay una primera vez.

— *¿Estás listo, muchacho?* — *inquirió Mark observando los alrededores del aeropuerto esta mañana.*

*Bill nos recogió temprano en casa de la señora Murphy, quien se levantó para preparar el desayuno prometido. Hablamos de lo que vendría a continuación, de la forma en que ella viajaría a Chicago por lo menos dos veces al mes para que pudiera ver a Zoe. Le dije que, en el futuro, si es que mis horarios me lo permitían, volvería a Betland para pasar uno que otro fin de semana con ella y la niña. Acordamos en que lo haríamos funcionar para el momento en que ruidos se oyeron desde la sala. En primer lugar, pensé que se trataba de Kansas, y de forma automática sentí el peso de una despedida caer sobre mí antes de que Zoe apareciese. La idea no me emocionó tampoco dado que no sabía qué era peor: despedirme de mi nueva hermana pequeña o de la persona que más quiero.*

—¡Beasley, el hombre espera una respuesta! —

exclamó Bill en cuanto no respondí al instante.

—Está bien, Shepard. — Rio Mark antes de ajustar su corbata y acercarse al coach—. Deja de gritar que no estás el campo. —

Tras esto ambos estrecharon sus manos y palmearon sus hombros con afecto—. Ve a Chicago alguna vez, te estaré esperando con un jugador profesional dentro de poco — añadió haciendo un ademán hacia mí—, al que prometo cuidar bastante bien.

—Más te vale, imbécil —dijo el entrenador con una pequeña sonrisa en su rostro, sin embargo, la advertencia fue más que clara.

El miembro del equipo técnico de los Bears se adelantó y dejó que Bill y yo tuviésemos la oportunidad de despedirnos a solas

—No quiero silencios incómodos, lágrimas, ni nada que se le asemeje. ¿Entendido? —preguntó dando un paso en mi dirección.

Yo asentí de forma instantánea y él tomó una gran bocanada de aire que infló su pecho envuelto en una sudadera de la BCU—. Te vamos a extrañar, espero que cumplas tus sueños y bla, bla, bla... la cosa es que voy a decirte algo y espero que lo tengas presente desde este momento y hasta el fin de tus días, muchacho. —

*El sarcasmo e impaciencia son característicos de Bill, pero por primera vez noté que su voz se tornó más seria de lo normal y sentí el peso de cada palabra pronunciada con un propósito que estaba más allá de mi comprensión—. Conozco tu historia. Sé de tu padre adoptivo, de tus años en los diversos orfanatos y de la miserable vida que solías llevar; no quiero traer nada de eso a colación, pero necesito que compares lo que eras antes con lo que eres ahora. — Me sorprendió que fuera consciente de mi pasado—. Ya no eres un niño. No eres manipulable, inocente, indefenso y tampoco debes luchar para sobrevivir a la sombra de un padre alcohólico. — Me obligué a tragar con fuerza en cuanto la oración salió de su boca—. Eres dueño de tu propia vida ahora, Malcom. Fuiste capaz de luchar contra las calamidades y abrirte paso en la vida que merecías. Te ganaste cada cosa buena que te pasó y te pasará a partir de este momento, y estoy seguro de que todas tus virtudes te llevarán tan alto como sea posible. Eres un jugador estrella, eso quedó claro el primer día que tocaste un balón, pero también eres un hombre digno de admirar, y esa combinación es todo lo que alguien puede anhelar en esta jodida vida, así que intenta mantenerla incluso cuando las cosas vayan mal en el campo o*

*fuera de él. No olvides cómo eres, de dónde eres y cómo llegaste hasta aquí. —Bill se tomó un momento para estudiar mi rostro y dejar que las palabras golpearan contra mí. Me observó con respeto y afecto, con honra—. Estoy orgulloso, Beasley. —Ya a continuación se quitó su gorra de los Kansas City Chiefs para dejarla caer sobre mi cabeza—. Intenta que mi orgullo no se vaya por el retrete al hacer estupideces dentro de la NFL, porque ten asegurado que veré cada partido de los Bears.*

*—Jamás dejaría ir nada por el escusado a excepción de que sean heces —repliqué para ganarme una mirada asqueada por parte del coach—. Mucho menos su orgullo por mí, señor —agregué.*

*Bill asintió y comenzó a darse la vuelta, pero antes de marchar se tragó sus propias palabras y envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo.*

*—¿Usted no dijo que no habría abra...? —cuestioné.*

*—Cierra la boca o te haré perder el vuelo únicamente para que corras hasta Chicago.*

*—Como usted diga, coach.*

*—¿Estoy alucinando o es Malcom Beasley el que se dirige*



hacia el campo?! —La escandalosa voz de Gabe resuena a través de los amplificadores con emoción y desconcierto mientras corro con mi casco en mano. El peso de mi equipo parece multiplicarse en el instante en que los espectadores dejan caer sus ojos sobre mí—. ¡Creo que he dejado de respirar y se me acaba de paralizar el maldito corazón, que alguien me practique RCP ahora mismo! —Él está al borde de la mesa con una confundida Claire sentada a su lado—. Sin embargo, tengo preferencias, y deseo que la candente locutora a mi lado me haga reanimación cardiopulmonar antes de que los labios del ogro Shepard toquen los míos, los cuales, por cierto, son como un trozo de... —comienza a decir antes de verse interrumpido.

—¡El número veintisiete está de regreso! —exclama la estudiante de periodismo haciendo que la tribuna enloquezca; los fanáticos se ponen de pie en una bulliciosa ovación en la que los gritos surcan el aire y la esperanza ruge a través de la brisa—. ¡Nuestros queridos Jaguars han sido presionados por un oponente que los empuja al límite! ¡Se necesitan más de seis puntos para ganar esta noche y todos saben que hay que dar pelea, ¿pero será Beasley el jugador que necesita el equipo para alcanzar la gloria?!

¿O un cambio de último momento no evitará lo que parece ser una inminente derrota? —cuestiona aferrándose al micrófono. La última pregunta remueve mi inquietud interna y me hace considerar cuáles son las posibilidades de ganar el tercer puesto.

—Ya preparé todo para tu entrada. —Bill camina rápidamente a mi lado hasta que estamos al borde del campo y, a pesar de que debería enfocarme en su seria y determinada expresión, me encuentro analizando el descomunal tablero repleto de luces que se alza en el cielo—. Mírame, Beasley —ordena dejando caer una mano sobre mi hombro con fuerza—. Tengo un plan de juego que requiere de ciertas modificaciones, Mercury te lo hará saber y espero que podamos patearle el trasero a estos muchachos, ¿estás listo? —inquire en un murmullo, sus ojos perforando los míos.

—Siempre

lo

estoy,

*coach*

—

aseguro antes de comenzar a correr. La multitud me recibe con una

ola de cálidos aplausos mientras atravieso las yardas para llegar al pequeño círculo al que se han reducido los Jaguars. Los cascos relucen al ser captados por las luces de los numerosos reflectores y el césped bajo mis pies adquiere un brillo artificial. La noche de noviembre es fresca y el escaso viento que hay corre a nuestro favor, hacia el oeste.

—Habrá tiempo para los saludos una vez que acabemos con esto, así que entréguenme un resumen, por favor —pido llegando hasta mis compañeros cuya alegría por verme se desvanece al recordar lo que está en juego y las altas posibilidades que tenemos de perderlo.

—39 a 33, tres minutos restantes —informa Ben—. Son veloces y estratégicos, no suelen descuidar el espacio y el mayor número de anotaciones ha sido gracias al 29 —detalla quitándose el casco y limpiándose el sudor de la frente. Sé que internamente se está muriendo por un trago de Gatorade.

—Tenemos pensado que Timberg sea el protagonista de la jugada dado que hoy ha tenido un desempeño bastante deslumbrante para... bueno, ser Timberg —explica Joe encogiéndose de hombros y sonriéndole al número dieciséis, quien

se ha sonrojado.

—¿Por qué no aprovechamos el hecho de que Chase se ha vuelto el foco de atención? Hagamos un engaño —sugiero antes de explicar lo que tengo en mente.

—Entonces vamos por la victoria, señores —concluye Mercury poniéndose su casco nuevamente y lanzándome una mirada cargada de complicidad.

Todos corren a sus posiciones con la respiración acelerada, el sudor recorriendo sus frentes y el agotamiento amenazando sus cuerpos. Sin embargo, la energía que detona la adrenalina y el anhelo se ocupan de desplazar el cansancio y reemplazarlo con excitación y nerviosismo, con decisión y salvajismo.

Corro bajo los reflectores a través del campo y encuentro mi lugar a unos pocos pies de Logan. Los Sea Lions, nuestros adversarios, llegaron desde Aderhill luciendo los colores negro y azul: se posicionan, no sin antes lanzar un grito de guerra y observarnos con fijeza, con la intención de intimidar y tal vez medir cuán preparados estamos para esto. La tribuna es un caótico y constante flujo de gente con sudaderas, gorras, guantes de hule y camisetas de la BCU. Niños y adultos por igual contemplan el

campo con ilusión en sus rostros mientras animan en un sonoro y uniforme coro a la universidad.

—¡Tres malditos minutos para saber quién se proclamará como vencedor! ¡La tensión es tan palpable como el busto de la chica a mi lado, pero a diferencia de este, lo que me genera el partido son las ganas de arrancarme la cabeza ante la incertidumbre; ¿ganarán los Jaguars o los Sea Lions? ¿Me devolverán el dinero que aposté si llegan a perder nuestros queridos compañeros de la BCU?! —La voz de Gabe es frenética a través de los amplificadores—. Si alguien tiene problemas cardíacos le aconsejo que se retire ahora mismo, ya que el final está a solo segundos y estoy seguro de que muchos corazones no lo soportarán. ¡Esto será épico, legendario, una auténtica batalla campal que podrás ver con tus propios y jodidos ojos! —exclama poniéndose de pie bruscamente y señalando al público con pasión en sus palabras. La audiencia estalla en un frenesí de aplausos, silbidos y gritos.

—¡El fin está cerca, señores y señoras! —Claire releva a Hyland y, tomándolo por el cuello de la camiseta, lo obliga a sentarse otra vez mientras continúa hablando. Gabe le guiña un ojo

y estoy seguro de que le susurra algo como: « *El público me ama y lo sabes, y tú también lo haces*». Típico de alguien de su altivez—

. La Universidad de Aderhill, mejor conocida como la UOA, luchará por mantenerse sobre la BCU y así conseguir la victoria.

¡Los Jaguars deberán dejarlo todo en el campo para alcanzar los puntos que necesitan y así superar a los visitantes, ¿podrán

lograrlo?! —inquiérese sembrando incertidumbre en la tribuna—.

¡Sientan la adrenalina, el miedo y la emoción que provoca este deporte, esta tradición, este espíritu! ¡¿Están listos para luchar hasta

el final?! —exclama obteniendo como respuesta una lluvia de

alaridos tanto de la tribuna de Betland como de la de Aderhill. El

público no lo soporta y se pone de pie para dar énfasis a su

contestación. El caos domina el campo, los cuerpos y los

corazones.

Mi corazón palpita de forma vertiginosa dentro de mi pecho,

amenaza con salirse de él. Siento que me envuelve el escrúpulo,

pero a su vez también me veo circundado por una esperanza y

vehemencia poco descriptibles.

El silbato suena y todo se mueve en cámara rápida. Joe pasa

el balón a Mercury; nuestro *quarterback* retrocede y analiza el pa

norama. Los visitantes se precipitan hacia los Jaguars con una actividad casi irreal. Ellos desean esto tanto como nosotros, y están dispuestos a desgarrarse cada músculo del cuerpo para conseguirlo.

Comienzo a correr, corro como si me estuviera persiguiendo Bill Shepard con un zapato en mano en busca de aniquilar al arácnido que posa sobre mi cuerpo. Timberg, quien ocupa el lugar de *fullback*, se lanza al encuentro con el mariscal y Logan si mula pasarle el balón en cuanto sus hombros se rozan por una milésima de segundo. Chase se precipita a correr hacia un lateral y los muchachos de Aderhill lo siguen, algunos con los ojos y otros dando sus propios pasos. Mercury se gira y todos son testigos de cómo extiende el brazo hacia atrás. El ovoide resplandece bajo los reflectores antes de que el morocho lo lance.

Los Sea Lions se percatan del engaño demasiado tarde y, mientras corro a través del campo y Ben se me une dispuesto a bloquear a cualquier que esté dispuesto a acercarse, el balón da giros y giros en el aire. La multitud retiene el aliento y por un momento todo lo que parece seguir avanzando es el tiempo que marca la pantalla de luces. Tres visitantes se han lanzado a la

captura del ovoide y, mientras Hamilton y yo corremos formando lo que parece una interminable cadena de ADN, oímos los gruñidos del contrincante.

El balón comienza a descender y me esfuerzo por correr tan rápido como soy capaz. Por la trayectoria sé que caerá a unos pocos pies de la zona de anotación, y por un momento creo que no llegaré a cogerlo. Cae en picada, los gritos de Bill llegan a mis oídos y salto al mismo tiempo que un Sea Lion lo hace. Atrapo el ovoide y me aferro a él, lo abrazo mientras caigo sobre mis pies dentro de la zona y ruedo por el césped.

Hago un *touchdown*.

Entonces, cuando nuestro pateador llega al campo y comienzo a dirigirme hacia la banca teniendo la certeza de que conseguiremos ese punto extra para ganar, diviso a alguien en la aglomeración de fanáticos.

Mapache rabioso.

Ella y una pasmada Harriet me observan con una mezcla de sentimientos que no soy capaz de descifrar a la distancia. Son las únicas que se mantienen estáticas, con los labios apretados y sin emitir palabra alguna. Gesticulo en el intento de que me



entiendan: «¿Kansas?»

No sé cómo es que Jamie sabe lenguaje de señas internacional y tampoco soy capaz de entender cómo sabe que yo sé. Sin embargo, para mi sorpresa, ella eleva una de sus manos y comienza a moverla, haciendo letra por letra hasta que conforma una palabra: «*Aeropuerto*».

### ***Kansas***

*Imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños:  
Siempre me pregunté cómo sería querer a alguien y que esa persona te correspondiera con la misma intensidad, y ahora, gracias a esta chica que encontré, puedo responder a la pregunta.  
Primero que nada, hay que aclarar que tal intensidad no se puede medir: no sabemos cuánto puede llegar a amarnos una persona, desconocemos cuánto podría ser capaz de sacrificar y, obviamente, cronometrar la pasión está fuera de nuestros límites.  
Esto me lleva a concluir que no somos capaces de adivinar la intensidad del amor a excepción de que el otro lo demuestre. Lo sé, no es una conclusión digna de Einstein o de Galileo, pero te sorprendería saber cuántas personas dan por sentado que la persona que está a su lado los ama tanto como ellos son capaces*

*de amar. Es trágico que uno se percate de que el amor que da no es correspondido al mismo nivel respecto al que se recibe. Esta chica de la que hablo, para mi suerte, fue del tipo que logró demostrarme hasta qué punto llegaba su afecto por mí. Desde el primer día, desde la primera vez que la vi ella me permitió verlo todo a través de sus ojos, de su voz, de su silencio y de su característica forma de decir tantas cosas sin siquiera decir mucho.*

*Los primeros días me dejó saber qué le disgustaba y, para ser honesto, admito que no tuve una buena primera impresión suya. Sin embargo, los sucesos desencadenaron la oportunidad de conocernos a nivel mental y, con el tiempo, a nivel físico. Espero que estés pensando en expresiones y gestos, no en actos indecentes... En fin, la conocí, y lo más importante es que llegué a comprenderla. Sus virtudes son prácticamente innumerables y no hay nada que no haga sin un argumento, una meta, de un propósito lógico o de corazón. Este último a veces puede ser algo ilógico, pero ¿quién soy yo para hablar de las contradicciones del corazón y su inusual mecanismo? A lo que voy es que llegué a verla realmente, rasgando capa por capa de esa*

*personalidad difícil, de ese cerebro alucinante y de su sonrisa vacilante. Me abrí camino en ella y, al tocar fondo, me conquistó. Sin embargo, esto no fue algo unidireccional, sino que se trató de algo totalmente recíproco; ambos nos vimos cautivados por el otro, nos complementamos como jamás creí que dos personas podrían hacerlo. Y las personas que no temen adentrarse en la oscuridad de tu pasado, las que intentan traer luz al presente y se esfuerzan por iluminar tu futuro son extraordinarias, es gente que marca un antes y un después, que te genera miedo la simple idea de perderlos.*

*Esta chica es así de extraordinaria, esta chica eres tú.*

*Te agradezco por ser tan valiente y comprensiva como para navegar en la oscuridad de lo que antes fui y saber exactamente qué hacer y decir. Gracias por traerme alegría y un poco de locura, por hacerme perder el control y permitirme expresar desde la más profunda ira y exasperación hasta mi faceta más débil, más vulnerable. Estoy agradecido por tanto y arrepentido por tan poco, como por ejemplo el hecho de que podría haber estado más tiempo contigo o podría haber probado alguna galleta llena de azúcares y carbohidratos de la señora Hyland. Parece que toda mi*

*existencia se concentró en los veintiséis días que pasé contigo. Antes de llegar a Betland yo tenía una vida, una estructurada y rutinaria, pero una vez que toqué tu puerta mi estructura se desmoronó y la incertidumbre acerca de cada segundo que pasaba en la ciudad se intensificó dado que todo fue sorpresa tras sorpresa, persona tras persona, sentimiento tras sentimiento. Vivir bajo el techo de los Shepard fue una aventura de película, de novela y, de vez en cuando, de pesadilla. Gracias por eso, Kansas. No voy a hablar acerca de cuáles son las circunstancias actuales porque creo que ambos las conocemos bastante bien, pero lo que sí voy a decir es lo siguiente: puede que haya llegado con un único propósito para quedarme y mil motivos para irme, pero debido a ti y todo lo que Betland representa ahora tengo mil razones para estar aquí y una sola para marchar. Elijo marcharme porque la oportunidad es demasiado buena y tú la has mejorado mucho más, pero ten presente que las mil razones para quedarme se repiten en mi cabeza una y otra vez. No me olvidaré de ellas y tampoco me olvidaré de ti y, siendo sincero, espero que el futuro nos brinde la oportunidad de continuar este cuento, ya que de momento debo priorizar algo que he anhelado toda la vida. Si te*

*amara tú serías mi prioridad, pero actualmente solo siento adoración por ti y todo lo que significas. En el futuro, y no lo diría si no estuviera seguro, te amaré si me permites regresar a lo que éramos, si me das la oportunidad de explorar tu corazón a fondo y te permites hacer lo mismo con el mío. Sin embargo, si encuentras a alguien más, a alguien que te complemente y dedique cada respiración que da, concédele una posibilidad: esas personas valen más que el cerebro de Nikola Tesla y Stephen Hawking juntos, y mira que esos dos valen mucho.*

*Aferrándome a la esperanza de retomar lo que empezamos concluyo esta carta, esta exposición de pensamientos y cariño que he puesto en papel. Escribirte no resultó ser difícil, sino más fácil de lo que creí. Tal vez es porque, al fin y al cabo, estoy hablando indirectamente contigo y hablarte es sencillo porque te conozco de pies a cabeza, porque confío en ti y tu inigualable pensar y, sobre todo, debido a que tú y yo parecemos estar conectados en una forma mística, extraña y de locos. Y para que quede claro, soy un hombre de ciencia, pero en lo que a ti respecta creo en la magia... Eso sonó como un cliché para ti, ¿verdad? Puedo compensarlo hablando sobre alguna teoría del ilusionismo, si te*

*apetece.*

*En fin, recuerda todo lo mencionado y el simple hecho de que te considero extraordinaria en todo sentido.*

*Futbolísticamente hablando fuiste un touchdown, el mejor que hice alguna vez.*

*Con afecto y buena ortografía,*

*Malcom.*

—Imbécil —murmuro mientras releo la carta por segunda vez mientras espero a que terminen de llenar el tanque del Jeep.

Quedarme sin gasolina a quince minutos del aeropuerto es algo que solo me ocurre a mí.

¿Y tener que empujar el coche por una milla? Eso también solo me pasa a mí.

«Las cosas que hago por ti, Beasley», pienso.

## **Capítulo LXXI**

Leyes aeroportuarias

# Kansas

Cuando desperté por la mañana sentí varias cosas, pero lo que predominaba en mis adentros era esa mezcla agri dulce de alegría y tristeza. La primera debido a que sabía que él se marchaba para perseguir un sueño de toda la vida, la segunda porque nos dejaba para hacerlo.

Con un nudo en la garganta me senté en el sofá que ya se sentía solitario sin el peso de Malcom hundiéndolo. Miré a mi alrededor con la esperanza de que no se hubiese marchado aún, de que hubiera cambiado de opinión y quisiera despedirse.

Sin embargo, fiel a su palabra, él se fue antes de que despertara.

No pasó demasiado tiempo hasta que Zoe se percató de que no estaba dormida y llegó, con ayuda de Ann, desde la cocina con una bandeja entre sus pequeñas manos. Ella, orgullosa de sí misma, dijo que me había preparado el desayuno. Una taza de Minnie Mouse con jugo de naranja, un cuenco con cereales perdidos en leche y tres galletas Oreo de las cuales una estaba a medio comer. Depositó la bandeja en mis piernas y, como era de esperarse, la

ayudamos a subir al sofá, donde comenzó a comer conmigo. Me sorprendió el hecho de que estuviera tan callada, casi como si supiera que yo no quería hablar en absoluto. Ella solamente robó algo de mi comida y me miró por un largo rato.

—Cuando mi mamá me dijo que Malcom era mi hermano no le creí —dijo rompiendo el mutismo mientras separaba una de las galletas por la mitad—. Después me explicó que a veces las personas tienen bebés y se los dan a otros porque ellos no pueden cuidarlos, como con los cachorros; sus mamás los tienen y luego los dueños los regalan para que una familia les dé mucho amor y mucha comida —apuntó haciendo un ademán a la galleta antes de lamer la crema de una de las tapas—. Malcom y yo somos cachorritos de la misma mamá que terminaron en diferentes familias. —Sus redondos y brillantes ojos azules me miraron con lo que, sorprendentemente, noté como empatía—. Mi mamá me dijo que es muy extraño que los cachorros se reencuentren con sus hermanos, pero Malcom y yo lo hicimos. —Sonreí ante lo último—. Yo también estoy triste de que se haya ido, pero si nos encontramos una vez... ¿por qué no dos? —inquirió antes de engullir las tapas de chocolate—. Lo volveremos a ver y seremos



otra vez una manada: tú, él y yo. ¡Seremos como los Aristogatos!

—dijo con la boca llena.

—Pero no somos gatos, y si hablas de perros somos una jauría

—señalé—. Bueno, en realidad somos seres humanos, pero...

Me interrumpió.

—Deja de preocuparte, Kansas —dijo arrebatándome la taza de jugo de la mano—. Volveremos a ver a Malcom, y mientras tanto tenemos que entretenernos —señaló antes de tomar un gran sorbo y derramar algo de exprimido en su camiseta—. ¡Juguemos al Monopoly!

Y así pasó la mayor parte de mi mañana, o por lo menos hasta que, ya cansada de jugar, la niña me abandonó por no sé qué película de Disney y tuve que guardar las piezas del juego y dirigirme escaleras arriba para dejarlo en la habitación de Zoe. Lo deposité en uno de los estantes y, antes de salir por la puerta, algo me llamó la atención.

Aquello me dejó estática, confundida y sorprendida.

Sobre la cama había un caos de lápices de colores, cinta adhesiva y brillantina. Entre decenas de hojas de colores había una que captó mi atención, específicamente porque había una pequeña

fotografía de Malcom allí.

—Diablos — susurré antes de tantear en mis jeans por mi teléfono. Marqué el número de Harriet y ella contestó al segundo timbre—. Tengo una duda que podría ser un potencial problema.

—Ampliación de información —pidió. Le describí la fotografía y su tamaño, también el color y grosor aproximado del papel y el sello. En el fondo sabía de qué se trataba. Sabía leer entre líneas, pero en verdad esperaba que fuese alguna extraña coincidencia cósmica y no lo que yo creía que era. Ella se quedó muda a través de la línea telefónica por unos instantes—. Zoe arrancó parte de la foto del pasaporte de Malcom, Kansas. Dudo que pueda subirse a ese avión.

Lo que siguió fue una extensa charla en la que la futura abogada recalcó lo siguiente: si Malcom está dentro de los Estados Unidos esto indica que ya ha pasado por inmigración y que tiene permitido estar aquí, pero eso no quita el hecho de que deba presentar su pasaporte para hacer cualquier vuelo nacional. Si tuviera la ciudadanía sería distinto, pero esta únicamente se obtiene una vez que se posee la *Green Card* por cinco años y luego de pasar un examen técnico sobre asuntos nacionales que yo no aprobaría

teniendo en cuenta que siempre empiezo a cantar el himno antes de tiempo y que a veces hasta confundo el orden de las estrofas.

En fin, lo que ocurre es que teniendo algo de sentido común y conociendo las leyes aeroportuarias, le pedirán el pasaporte sí o sí. Luego le negarán viajar cuando vean que le falta un trozo de la página más importante, que es la que contiene su fotografía y datos.

O incluso puede pasar algo peor.

Harriet me dio una opción: llevar la foto recortada a la oficina de inmigración del aeropuerto con la esperanza de que lo dejen pasar para que así no pierda el contrato con los Bears, que se echaría a perder si debemos esperar a que se haga un nuevo pasaporte desde Inglaterra porque eso tomaría meses y necesita presentarlo para poder firmar con el equipo. Esta opción parece la más lógica, pero teniendo en cuenta mi característico pesimismo, pienso que con lo estrictos que son no podríamos salir victoriosos.

Sin embargo, luego apareció Jamie con otra opción: un pasaporte falso. La posibilidad de ir a la cárcel por eso me caló los huesos y automáticamente me negué. ¿Y Harriet? Casi le agarra un infarto.

Jamie comenzó a hablar de un conocido del tío de la prima de la hermana del cartero, y me empecé a inquietar. Supuestamente este hombre se dedicaba a adulterar documentos para vivir, y no fue hasta que la futura abogada le explicó todas las consecuencias legales que podríamos afrontar que ella desistió con la idea.

Además, tomaría unos días y costaría más dinero del que tenemos entre las tres.

Añadí que no había revistas *Vogue* en prisión.

Tampoco donas.

Con eso todas nos aferramos al plan de Harriet.

Pensé que, si hubiéramos optado por ir con el conocido del tío de la prima de la hermana del cartero, me estaría convirtiendo en una delincuente por un chico y su lindo trasero.

Llamé a Malcom, pero no respondió y deduje que, siendo Beasley del que hablábamos, probablemente apagó su teléfono a diez millas del aeropuerto como precaución para evitar un choque aéreo o algo por el estilo. A pesar de que únicamente se pide que apaguen el móvil o lo pongan en modo avión una vez dentro de la aeronave, sé que Malcom de seguro lo apagó mucho tiempo antes. Intenté llamar a Mark, pero tampoco contestó. Y,

aunque creí que para aquellas horas ya sabrían lo del pasaporte, resultó que la mayoría de los vuelos estaban retrasados por una tormenta proveniente del este.

Además, ellos hubieran llamado a Bill al percatarse del trozo de página faltante, así que concluí que bien podrían estar esperando en el aeropuerto aún sin pasar por el chequeo o estarían volviendo para Betland.

Sin poder confiar y concretar alguna de las teorías, tomé el trozo del pasaporte antes de montarme en el Jeep y salir rumbo al aeropuerto. Me pregunté cómo diablos conocía Jamie a un sujeto que hace cosas ilegales de ese tipo. No lo mencioné dado que sospeché que iba a decir que era necesario para su carrera antes de confesarme la verdad.

Mi teléfono se quedó sin batería. Podría haber tomado el cargador, pero estaba tan apurada que simplemente me subí al asiento del piloto y arranqué.

Ahora, mientras salgo de la estación de servicio, me repito que no voy a dejar que el sueño de toda la vida de este chico se vaya por el retrete. Incluso si esto implica convertirme en una especie de Michael Schumacher con el Jeep.

Aparte, internamente, ansío poder despedirme a toda costa.

Mi corazón se rompe y se une nuevamente ante la idea de abrazarlo una vez más, y con aquel pensamiento agridulce revoloteando alrededor de mi cabeza aumento la velocidad.

A varios pies veo un cartel.

**PIKE COUNTY AIRPORT**

**20 KM**

# Malcom

Es casi media noche para cuando me encuentro a unas pocas millas del aeropuerto. Conduzco el automóvil de Bill.

Tras la victoria ni siquiera me permití tener tiempo para celebrar. Le saqué las llaves al *coach* y me puse en marcha sin siquiera dejar que Jamie y Harriet tuvieran la oportunidad de alcanzarme.

No necesitaba oírlo de ellas, la realidad era y es que Kansas decidió ir por mí.

Cuando Bill me dejó en el aeropuerto por la mañana y me quedé a solas con Mark no pasó demasiado tiempo antes de que las pantallas y empleados a través de los altavoces informaran que había un retraso debido a una tormenta cercana. El miembro del equipo de los Bears y yo decidimos dejar los trámites para después y nos sentamos en un pequeño café junto a una tienda de regalos.

Estábamos hablando acerca de lo que se aproximaba cuando algo llamó mi atención en el local adjunto. Lo primero que vi fueron un montón de animales de felpa apilados, entre los cuales busqué uno en particular. Había de todo un poco, entre osos, ovejas y leones hasta puercos. Sin embargo, no había ratas. Me



pareció bastante lógico dado que nadie quiere que le regalen un roedor de juguete, o por lo menos nadie a excepción de Zoe. A pesar de esto sí encontré un mapache entre la aglomeración de figuras de felpa e internamente lo comparé con Jamie Lynn. Llegué a la conclusión de que ese muñeco era escalofriante. Entonces, fui más allá de la tienda de regalos y examiné el aeropuerto y a la gente en sí.

Observé la forma en que un par de mochileros compartían una bebida

que

reconocí

enseguida como Gatorade . Al otro extremo del café contemplé a un hombre que leía un libro y escudriñaba las páginas con un resaltador en mano; a su lado había una niña comiendo galletas y, al otro lado, estaba el que parecía ser su hermano sacándose algo de mucosidad y pegándola, disimuladamente, bajo la mesa.

Eso fue repugnante.

El hecho es que todo pareció recordarme a una persona: Zoe, Jamie, Hamilton, Harriet, la señora Hyland, Gabriel... a alguien que conocí en Betland y que, de una forma u otra, dejó una marca

en mí. Fue ahí cuando vi a un fanático de los Green Bay Packers de Wisconsin caminar a través del aeropuerto con la camiseta del equipo: un hombre corpulento que avanzaba a la par de la que aparentemente era su hija de unos diez u once años. Ellos arrastraban sus maletas y discutían acerca de algo que no logré escuchar pero que, sin embargo, detonó en mí el recuerdo de Bill y Kansas.

Sobre todo cuando la niña extendió una mano y su padre, a regañadientes, le pasó su billetera.

Con eso me puse de pie y le dije a Mark que lo sentía.

Me percaté de que no podía irme a Chicago, pero tampoco podía quedarme en Betland, así que recurrí al plan de respaldo y regresé en busca de Kansas.

Ahora estoy conduciendo a través de una autopista, siempre respetando el límite de velocidad y pensando en cómo siquiera consideré irme en primer lugar.

Pocas veces uno puede encontrar todo lo que anhela y necesita en un mismo lugar y, en mi caso, al tratarse de algo que desconocía, decidí alejarme en vez de quedarme para averiguar cómo se supone que funcionan todas estas cosas denominadas

amistad, lealtad, familia y varias otras que, en este preciso momento, tal vez por el hecho de que estoy al volante, me niego a recordar por temor a distraerme y producir un desastre automovilístico.

Los vehículos se comienzan a acumular y pronto me encuentro en un embotellamiento. Con impaciencia y ansiedad bajo la ventanilla y asomo mi cabeza para vislumbrar decenas y decenas de coches con sus brillantes luces encendidas y sus singulares y estruendosas bocinas sonando. Es un auténtico caos, uno que me hace mirar a la autovía contigua, aquella que va en dirección opuesta saliendo del aeropuerto, y desear estar ahí dado que prácticamente no hay flujo de autos.

Y es entonces cuando lo veo.

Un muy familiar Jeep viene a lo lejos. Sus ventanillas bajas y música a todo volumen desde el estéreo. Esa melodía solo indica una cosa.

Sin saber exactamente qué hacer, me bajo del coche de Bill justo cuando el embotellamiento comienza a descongestionarse y los autos a avanzar. Supuestamente Mark y yo dejaríamos su auto en el aeropuerto y un amigo suyo lo traería de regreso cuando

llegara de San Diego mañana. Creo que me dijo que se llamaba Morris Scotfield, pero siendo honesto no quiero oír sobre las amistades del *coach*, porque comenzaría a preguntarme si a ellos también los amenaza con patearlos entre las nalgas, y eso me llevaría a empezar a echarlo un poco de menos.

La larga cola detrás de mí comienza a exclamar groserías y a coro hacen sonar el claxon. Un coche abandonado a mitad de la calzada no va a moverse solo y probablemente estas personas están apuradas para llegar al aeropuerto dado que algunos pocos vuelos lograrán salir a pesar de la tempestad que se avecina.

Corro a través de las filas de coches pidiendo disculpas a los conductores antes de llegar a la valla que divide la autovía y saltarla. El Jeep se acerca peligrosamente y, con la esperanza de que me vea, hago algo que atenta contra mi seguridad personal.

Me interpongo en su camino a varios pies de distancia, así Kansas podrá verme antes de arrollarme con su defectuoso automóvil. Muevo los brazos haciendo señales de tránsito que conozco bastante bien gracias a los inspectores que observo y de los cuales aprendo al detenerme en cada semáforo. En cuestión de segundos las resplandecientes luces blancas del Jeep me ciegan por

un instante y oigo un grito ahogado proveniente del mismo. Kansas hace una maniobra en letra «U» antes de pisar los frenos y detenerse al borde la calzada y sobre el césped. Los neumáticos chillan y oigo los jadeos sorprendidos desde la autopista vecina. Un silencio sepulcral se eleva entre las masas de aire por unos lacónicos instantes hasta que el sonido de las bocinas vuelve a llenar mis oídos. Sin embargo, ya no presto atención a la disgustada multitud de automovilistas, mis ojos y oídos están fijos y atentos al Jeep mal estacionado que se encuentra en diagonal a mi cuerpo.

Trago con fuerza al oír el rechinar de la oxidada puerta ser abierta, luego oigo la forma en que sus zapatos caen sobre el pavimento. Su silueta es lo primero que aparece, y es allí cuando la veo caminar en contraluz de los faros del coche. Una figura negra acercándose a paso acelerado, como en la escena de una jodida película de terror.

—¡Beasley, ¿qué diablos crees que estás haciendo?! ¡Podría haberte matado! —me grita con la respiración acelerada, totalmente exasperada y con cierto grado de pánico. Ella ya está a unos escasos pasos de mí y soy capaz de divisar sus inconfundibles

facciones: su ceño fruncido, sus ojos amplios, sus abismales pupilas dilatadas, sus labios entreabiertos al borde de una maldición y aquellas mejillas sonrojadas ante el momento de adrenalina. Una fisonomía fascinante, para ser sincero—. ¿Y por qué diablos me estás sonriendo, imbécil?! —inquire antes de que sus manos lleguen para empujarme por los hombros. Es inútil, ni siquiera me mueve una pulgada y parece que mi sonrisa se ensancha.

Estar al borde de la muerte nunca fue tan placentero.

—Tengo muchas ganas de golpearte, pero no serviría en este momento —dice bajando la voz y pasando una mano por su cabello enmarañado y suelto—. Supongo que volviste a Betland y Jamie y Harriet te informaron sobre todo —añade aún con la respiración agitada—. Acabo de estar en el aeropuerto y el próximo vuelo a Chicago sale dentro de una hora, es con escala en Nebraska para evitar la tormenta del este y es el único que irá a Illinois por hoy y todo el día de mañana. Si nos apresuramos llegarás a hacer todos los trámites, así que rápido, ¡vayámonos! —insiste antes de hacer un ademán hacia el Jeep y comenzar a caminar hasta el coche—. Dile a Mark o a quién sea que esté conduciendo que lo

alcanza... —La tomo del brazo antes de que pueda dar un paso más y la obligo a mirarme.

Estoy realmente confundido.

—¿De qué hablas, Kansas? —inquiero desconcertado, contemplando la forma en que la misma mirada se instala en su rostro.

—De tu vuelo a Chicago, ¿qué crees? —replica, pero en cuanto está por volver a hablar las palabras vacilan en sus labios—. No sé en qué momento Zoe tomó tu pasaporte con la excusa de que quería una fotografía tuya para recordarte. Ella recortó parte de la página y ahora estoy aquí intentando arreglar las cosas para que no se cancele tu contrato, no te echen del país o algo por el estilo — agrega—. Pero es obvio que tú no tienes ni la menor idea de lo que estoy hablando.... —susurra notando el desencanto en mi rostro.

Al principio únicamente puedo sentir la decepción, pero al pasar los segundos, mientras observo aquella particular mezcla de verde y café en sus ojos, la desilusión se marcha tan rápido como llegó.

Estoy seguro de que, si Kansas fue capaz de buscar la forma de llegar hasta mí contrarreloj para asegurarse que marchara,

seguirme a otro continente y conseguirme una oportunidad para ingresar a una universidad de prestigio internacional entre tantas cosas más, es porque me quiere de verdad. Eso es un motivo para sentir alegría máxima, indiscutiblemente. También un poco de miedo dado que estoy bastante seguro de que Harriet y Jamie soportan y alientan este acto de película. No me sorprende. Esas dos podrían, a pesar de que una tenga potencial como abogada, cometer los actos ilícitos más graves con tal de ayudar a su amiga. A veces temo que en verdad terminen quebrantando la ley y me asusta que el Estado de Mississippi vaya tras las malhechoras universitarias.

No sería raro ver llegar algún día a la policía o a control animal si nos referimos a Jamie.

—Permíteme hablar —pido en cuanto me percató de su intención de volver a emitir palabra—. Yo regresé a Betland y no te encontré. Terminé jugando los últimos minutos del partido contra los Sea Lions —explico ignorando los bocinazos y los gritos de la calzada a la derecha—. Luego supe que habías venido hasta aquí y asumí que lo habías hecho porque tal vez querías despedirte o querías hacerme cambiar de parecer. En realidad, en el fondo,



creí que querías que me quedara contigo. —La culpa y la tristeza inundan sus ojos ante lo último e, inevitablemente, tomo su mano. —Puedo ser muchas cosas, Malcom —murmura—. Pero no soy alguien egoísta. No soy la clase de persona que te retendría en un lugar mientras ves pasar la oportunidad de cumplir tus aspiraciones frente a sus ojos. —Ella se zafa lentamente de mi agarre y toma una inhalación antes de seguir—. No te quedes aquí por mí, no desperdicies la posibilidad de alcanzar todo lo que has deseado por una persona a la que conoces desde hace menos de un mes. Y si lo que en verdad te preocupa es Zoe debes saber que ella y tú seguirán en contacto, la señora Murphy dijo...

La interrumpo.

—Sé lo que dijo Anne, Kansas —aseguro—. Pero eso no me basta. No quiero tener que verlas un par de veces al año.

—No puedo decirte qué hacer, pero, por favor, intenta ver las cosas como solías hacerlo hace un par de días. —Su tono de voz se eleva mientras algunos automóviles pasan muy cerca de nosotros y tanto la brisa como los motores rugen—. En tu carta escribiste lo opuesto a lo que me estás diciendo ahora, ¿qué diablos fue lo que te hizo cambiar de opinión tan rápidamente? —interroga—. ¿Qué

vale tanto la pena como para dejarlo ir todo, Malcom? —añade entre dientes, frustrada ante la idea de que deje ir el anhelo de toda mi vida.

—Te equivocas, Kansas —replico tomándola por los hombros y apretando con firmeza y suavidad—. No estoy dejando ir nada que no valga la pena —aseguro, ganándome una mirada de incertidumbre de su parte—. No estoy renunciando a nada, en realidad creo que he podido conseguir todo lo que quiero.

—¿Y cómo se supone que funciona eso? Si te quedas en mi ciudad no encontrarás oportunidades para una gran carrera futbolística —insiste.

—Es verdad, y exactamente por eso no me quedaré en Betland —confieso—. Pero tampoco me iré a Chicago.

—Espero que puedas explicarte mejor porque mi cerebro no está procesando nada de lo que dices y tampoco creo que pueda ser capaz de hacerlo alguna vez —dice dando un paso atrás—. No soy Einstein, así que intenta esclarecer esto con palabras que pueda entender —añade aún sin comprender, anticipando que recurriré a varios términos no tan conocidos para exponer mi caso.

—Tú sabes que antes de llegar Betland tuve muchas

solicitudes para unirme a otras universidades y equipos —  
comienzo—. Entre ellas había una de Sean Payton, entrenador de  
los New Orleans Saints de Louisiana. Él no estaba ofreciendo  
ningún contrato ni nada por el estilo, solamente quería conocerme  
y me invitaba a pasar un par de semanas con ellos dado que creía  
que tenía potencial para ser tan joven. Lo que ocurrió es que dejé  
esa y muchas otras peticiones a un lado para venir a Betland por un  
tiempo. Tú sabes por qué —continúo contemplando cómo las luces  
de los faros del Jeep y las de los vehículos en movimiento juegan  
con su rostro—. Luego llegó la oferta de los Bears y ponderé la  
posibilidad de negarme porque los Saints son mucho mejores en  
varios aspectos y están a tan solo una o dos horas de viaje de  
Betland. Le pedí a Nancy que me enviara por fax las hojas que  
había recibido de ellos para revisarlas otra vez e incluso viajé para  
hablar con Payton antes de ir a decirle la verdad a Anne y Zoe en  
el hospital. —Ella está callada. Me oye con atención y dibuja una  
expresión difícil de leer en sus facciones—. Entonces tú apareciste  
con la oportunidad de estudiar en una universidad tan prestigiosa  
como la Satwey, en Chicago. Analicé mis opciones y la realidad  
era que tu regalo junto con el hecho de que los Bears tenían un

contrato para mí superó en grande a los Saints que en realidad no me ofrecieron algo realmente sólido, simplemente un par de semanas a prueba.

—¿Y entonces por qué cambiaste de parecer? ¿El equipo de Louisiana ofreció más?

—No, no lo hizo —respondo—. Pero me percaté de que no puedo alejarme de Betland, de su gente o de ti. Si me esfuerzo puedo obtener un contrato con los Saints, y estoy seguro de que con el tiempo lo conseguiré. Respecto a lo del estudio es algo increíble, pero no necesario. Puedo ir a cualquier otra universidad y, siendo honesto, dudo que puedan enseñarme algo que ya no sepa. A pesar de que estoy interesado en ello la realidad es que no nací para ser doctor, abogado o cualquier otra cosa, nací para jugar en el campo, para correr y anotar —me sincero—. Mi punto es que hay un millón de oportunidades respecto al fútbol y a la universidad, pero ¿cuáles son mis posibilidades de volver a encontrar a alguien como tú?

—Malcom... —advierde, pero ya es demasiado tarde, las palabras se vuelcan de mi boca al aire.

—Te dije que no te amaba —prosigo—. Y no mentí. No te

amo porque amar es todo un proceso, pero puedo jurarte que te  
quiero más que a nadie y que estar enamorado no es una condición  
que haga justicia a lo que siento y pienso de ti. —Mi corazón se  
acelera en cuanto acorto la distancia que nos separa—. Soy  
consciente de que hay que vivir el presente porque el mañana es  
una total encrucijada, ¿pero por qué si planeamos tantas cosas no  
podemos  
planear  
a  
quién  
amar?

—espeto—. Porque  
independientemente de lo que ocurra sé que lo haré un día, que me  
despertaré y te diré esas dos palabras que ahora no soy capaz de  
pronunciar. Lo siento en cada hueso de mi cuerpo, en la presión  
que ejerce mi corazón contra mi pecho, lo sé en el fondo de mis  
pensamientos, Kansas... —aseguro—. Te voy a amar alguna vez,  
y quiero seguir conociéndote y sintiendo todo lo que eres capaz de  
provocarme. Me quedo por todos los que están en Betland, por ti y,  
sobre todo, por mí; porque si en veintiséis días llegué a ser tan feliz

no puedo imaginar lo que sentiré luego de un año —añado—. Así que, como dije, no estoy renunciando a nada. Todo lo contrario. Ella está estática en su lugar. Sus ojos anclados en los míos y las manos hechas puños a sus costados. Al principio una sensación de miedo me quita el aliento mientras me pregunto qué estará pensando y qué estará por decir. Es allí, entonces, cuando me doy cuenta de que tiene sus manos hechas puños porque intenta controlar los temblores de las mismas.

Normalmente la gente tiembla por varias razones: frío, estrés, nervios y varias que, si me las pongo a enumerar, no creo que pueda llegar a terminar hoy. ¿Pero por qué Kansas lo hace ahora?

—Porque estoy física y mentalmente cansada —replica leyendo mis pensamientos—. Estuve todo el día temiendo no poder despedirme, Jamie quiso atentar contra la ley falsificando un documento y fácilmente podría haber apoyado la idea de no ser por Harriet; empujé el Jeep hasta una gasolinera, corrí por medio aeropuerto buscándote y guardé para mí muchas cosas que quería decirte.

Con eso llego hasta ella y envuelvo cada uno de sus pequeños puños con mis manos, transmitiéndole mi calidez y empatía. Sus

temblores disminuyen al paso de los minutos en que nos contemplamos mutuamente y, por unos segundos, se permite cerrar los ojos. Admiro la forma en que sus pestañas rozan sus pómulos y logra relajarse mientras mis manos dejan las suyas para subir hasta sus mejillas y ahuecarlas con suavidad.

—Y ahora me dices todas estas cosas y quiero llorar, pero creo que perdí casi toda el agua de mi cuerpo haciendo el ejercicio que no hice en toda mi vida —añade. Levanta sus brazos y veo la evidencia: dos grandes manchas de sudor que oscurecen su camiseta en las axilas.

—Por eso apestas un poco. Eso no es muy femenino, pero me recuerda algo. —Siento las comisuras de mis labios curvarse hacia arriba, como un reflejo de las suyas—. ¿Sabías que Andreas Hammar creó una máquina que transforma el sudor en agua pota...?

Ella lanza sus brazos a mi alrededor y me silencia con un beso.

Todo encaja, desde sus labios contra los míos hasta nuestros cuerpos presionándose entre sí. Los corazones parecen sincronizarse mientras me deleito ante el extraordinario sabor de su

boca, el reconfortable calor de sus caricias y esa extraña e indescriptible sensación que me envuelve cada vez que estamos cerca.

Si tuviera que definir la felicidad en una palabra, definitivamente, diría su nombre.

Y así, en una noche de noviembre, con cientos de luces de vehículos iluminando la carretera y con decenas de automovilistas enojados haciendo sonar cada claxon de la autopista, la estrecho contra mi cuerpo y le devuelvo el beso.

—¿Puedo conducir? —inquiero mientras nos guiamos mutuamente hacia el Jeep, ella con su brazo alrededor de mi cintura y yo con el mío alrededor de sus hombros.

—Claro que no, Beasley —se niega instantáneamente—. Y hablando de eso, ¿cómo fue que llegaste hasta...? —Sus palabras se desvanecen en cuanto una estruendosa explosión de vidrios se oye al otro lado de la autovía.

No.

Por favor, no.

Desafortunadamente hay un anciano que reconozco como aquel que me propinó un puñetazo una vez. Está junto al coche del



entrenador con un bastón en mano gritando que perderá su vuelo si nadie mueve el pedazo de chatarra que obstruye la autopista. Giros de la vida y mi mala suerte me garantizan un futuro corriendo ida y vuelta por toda América del Norte si no arreglo esto.

—¿Ese es el auto de Bill? —susurra Kansas.

—¿Algún plan? —inquiero tras tragar y asentir en silencio.

—Bueno... —Ladea la cabeza mientras inspecciona los daños materiales—. Estamos cerca del aeropuerto.

Inevitablemente le sonrío.

—Fugarse suena como una buena opción, podríamos ir a Perú

—sugiero—. Siempre quise conocer la antigua civilización de los Incas en Machu Picchu. ¿Sabías que sus deidades...?

—Y aquí vamos otra vez. —Suspira.

## **EPÍLOGO**

UN AÑO, SEIS MESES Y VEINTISIETE DÍAS DESPUÉS

# Malcom

A la boda asistieron ciento cuarenta y nueve invitados, de los cuales cincuenta y ocho son padrinos del novio, incluyéndome.

Se ve que Bill al final no logró decidirse, así que sentenció que todo el equipo merecía estar a su lado en el altar, y, por otro lado, está Anneley con sus dos damas de honor: Sierra y Kansas.

Entrar a la iglesia fue un auténtico desastre dado que al ser tantos muchachos y solo dos mujeres las chicas debieron pasar una y otra vez hasta que el último jugador ocupó su posición. Si yo tuviera que caminar tanto con esos tacones probablemente ya estaría cansado. Además, es perjudicial dado que hay estudios que aseguran que usar ese tipo de calzado causa artritis de rodillas.

En fin, la ceremonia fue un auténtico éxito a excepción de que a Zoe, la encargada de llevar los anillos, se le perdió una alianza.

Todos los invitados tuvieron que comenzar a buscar la sortija en cada rincón del lugar e incluso Bill, sin perder la oportunidad de convertir cualquier sitio en el campo de juego, comenzó a dar órdenes del estilo: «¡ *Veintisiete, Veintitrés y Cincuenta y nueve, al órgano! ¡Siete, Dieciocho y Treinta y tres, bajo las bancas! ¡Busca*

*bajo la fal... digo túnica del cura, Timberg! ¡Bajo la falda de mi suegra también! »*

Al final encontraron el anillo y, por suerte, pudimos seguir con la ceremonia.

Ahora nos encontramos a las afueras de un hotel cuyo extenso y mantenido jardín ha sido decorado por nada más y nada menos que Betty Georgia MacQuoid, una *wedding planner* de prestigio que ha transformado este simple edén en una obra de arte que hasta el difunto Joaquín Sorolla y Édouard Manet matarían por pintar. Todo está concentrado alrededor de un pequeño lago artificial en el que hay una estructura circular en cuya superficie se encuentra la mesa de los novios. Se puede llegar a ella a través de cualquiera de los seis puentes que van desde tierra firme hasta la ya mencionada estructura. Todo el lago está bordeado por antorchas cuyas llamas se reflejan en el agua oscurecida por la presencia de una despejada noche en las alturas. Abril, dado que representa el auge de la primavera, es una buena fecha para una boda.

Las mesas de los invitados se distribuyen alrededor del foco de atención entre nogales de cuyas ramas cuelgan lámparas que

iluminan las mesas y su exquisita decoración en colores cálidos y arreglos florales. Hay arcos de flores, una orquesta flotando en una estructura en el lago y demasiadas cosas para siquiera nombrarlas a todas.

—Hazme un favor y sostén estas cosas por mí, Beasley. —La familiar voz de Kansas llega a mis oídos al mismo tiempo en que dos peligrosos tacones de varias pulgadas vuelan por los aires.

Los atrapo y observo con incredulidad a la castaña frente a mí. Veo sus pies descalzos y la forma en que mueve sus pequeños dedos contra el césped con alivio de haberse despojado del calzado infernal. Deja caer la larga falda del vestido y sus extremidades

son

ocultas

por

la

delgada

tela color *champagne*; el tejido tiene algo de vuelo en la parte inferior y se ajusta en la cintura al igual que en el torso. Uno de sus hombros está al descubierto exponiendo la tersa piel que jamás

me canso de admirar o tocar, y, como era de esperarse, Kansas ya se hartó del recogido y decidió soltar su cabello en el caos que usualmente es.

—¿Desde cuándo tengo que llevar tus cosas? —inquiero—.

No soy tu esclavo.

—Accediste a serlo el día en que le pediste que fuera tu novia, Tigre —informa Hamilton llegando a mi lado con el bolso rosado de Harriet al hombro—. Yo también caí en esa trampa —se lamenta.

—Y exactamente por eso Ava y yo no hemos formalizado nuestra relación. —Se entromete Timberg llegando con una copa de vino blanco en mano.

—¿Qué relación? —replica Kansas arqueando una ceja en dirección a Chase—. Tú has estado saliendo con Ava para darle celos a Jamie y ella ha estado saliendo con ese tal Liam únicamente para provocarte. Ninguno está en ninguna relación —apunta—. En realidad, lo único que están haciendo es comportarse como unos auténticos idiotas irracionales e infantiles. —Nadie lo hubiera dicho

mejor ,

*Sunshine*

—

apoya Ben antes de arrebatarle la copa a Timberg y elevarla en dirección a la castaña—. Brindo por eso.

—¿Quién osa brindar sin mí?! —exige saber Hyland caminando hacia nosotros, o más bien arrastrando sus pies con Claire y Sierra ayudándolo a acercarse—. ¿Me convidas un poco de eso, Hamilton? —pregunta observando con anhelo el líquido a través del cristal.

—¿Tan rápido te emborrachaste? ¡Pero si acabamos de llegar, Hyland! —se suma Logan al círculo ajustándose la corbata de su traje.

—Él tenía una petaca con licor escondida en el saco —informa una furiosa Claire mientras se esfuerza por mantener en posición vertical al muchacho.

—Has estado tomando en la iglesia —me percato—. Eres un desprestigio, Gabriel.

—¡Y yo estaba sentada a su lado! —se queja mapache rabioso llegando con dos copas en mano y seguida por la futura abogada—

. Por eso Liam me dijo que apestaba como si hubiera estado en una taberna —se queja nuevamente tendiéndole una de las copas a Kansas.

—No es como si nunca hubieras estado en una o en lugares peores —le recuerda Chase sin disimular su sonrisa pícaro e infantil.

Mapache, incapaz de quedarse de brazos cruzados ante el comentario, entra en acción.

—¿Qué diablos crees que...? —comienza, pero antes de que pueda emitir otra palabra un repentino y estruendoso grito nos hace saltar a todos.

Sierra y Claire ante la sorpresa dejan caer a Gabe, cuyo rostro se estampa y fusiona con el césped.

—¡¿Qué clase de reunión no autorizada es esta?! —inquire el entrenador soltando la mano de la novia para irrumpir en nuestro pequeño círculo. Anneley rueda los ojos—. Estamos en mi boda y no la echarán a perder alcoholizándose o haciendo idioteces —advierte—. Mercury, Timberg, Beasley y Hamilton deben sacar a bailar a sus parejas, ¡ahora! —ordena antes de dar media vuelta hacia Jamie y Harriet y arrebatárselas las copas de las manos—. Y

les prohíbo tomar para evitar que terminen besando el trasero de la madre Tierra como Hyland lo está haciendo.

—Creo que hay un escarabajo intentando entrar a mi boca —  
murmura el vecino aún con el rostro adherido al suelo, con voz de  
dipsómano—. Hasta la naturaleza sabe lo buen besador que soy.

—¿Qué crees que haces, Shepard? —espeta Kansas en cuanto  
su padre se le aproxima para quitarle el vino a ella también. El  
hombre está a punto de replicar cuando su hija le lanza esa singular  
e intensa mirada que lo hace, a regañadientes, retroceder—. Así  
está mejor. Ahora ve a bailar, te alcanzaremos en un minuto —  
asegura.

Los invitados comienzan a danzar alrededor del lago ante la  
melódica música proveniente de la orquesta, así que me deshago  
de los zapatos de mujer y contemplo a mi pareja de baile antes  
de acercarme y tenderle mi mano.

—Estoy descalza —me recuerda antes de terminar lo poco  
que resta de su vino de un gran sorbo—. Así que ten cuidado con  
esos pies que tienes —advierte antes de tomar mi mano y guiarme  
a través de algunas parejas para estar un poco más cerca del lago—  
, porque los míos aún duelen por la vez que me pisaste en el



ensayo.

—Yo sé bailar —me defiende mientras nos enfrentamos y sus manos se entrelazan tras mi cuello. Las mías se deslizan por los lados de su figura hasta posicionarse en su cintura—. Lo que ocurrió fue que me desorienté un poco porque yo había practicado al ritmo del vals *Danubio Azul* y Anneley decidió cambiarlo por *Wein, Weib und Gesang*. —Ella frunce el ceño en mi dirección como suele hacerlo cada vez que no logra entender a qué me refiero—. No fue mi cul...

Kansas me interrumpe.

—Me pisaste —insiste.

—Pero no fue mi culpa —reitero frustrado mientras comenzamos a balancearnos al compás de la canción.

—Claro que lo fue, Beasley —replica—. No intentes deshacer de responsabilidad a tu sistema nervioso. Me pisaste y pun... ¿por qué sonríes? —inquieta con repentina curiosidad.

—Porque eres insufrible —confieso.

Ella reprime una sonrisa y soy testigo de la forma en que las luces iluminan la mirada de afecto y diversión que hace acto de presencia en sus ojos.

Ninguno de los dos emite palabra alguna por el resto de la canción. Simplemente nos limitamos a contemplarnos oyendo la armonía de las notas musicales y deleitándonos de la familiar sensación de serenidad que representa estar en los brazos del otro.

Sin embargo, a su vez, no hay nada de ordinario en cuanto a tocarnos se refiere. Incluso cada vez que las yemas de sus dedos rozan mi cabello consigo sorprenderme ante la cantidad de sensaciones que puede detonar su toque.

La cotidianidad e insignificancia de una caricia suya puede tener más repercusión en mí que cualquier otra cosa.

Vuelvo a felicitarme internamente por haber tomado la decisión correcta aquel día en el aeropuerto, ya que de lo contrario jamás hubiese descubierto o experimentado tantas cosas, como, por ejemplo, lo que se siente mirar a los ojos a una persona por la que siento tanto. Cada día me lamento el hecho de no haber tenido de niño todo lo que tengo ahora, lo que en resumidas cuentas es una familia y todo lo que esta implica y significa. Sin embargo, aquel deplorable pensamiento se desvanece en cuanto me recuerdo que de haber sido así probablemente no habría encontrado a las excepcionales personas que me rodean en este instante.

Los Jaguars, a pesar de que estoy jugando con los New Orleans Saints ahora, fueron y son mi equipo predilecto. No hay amistad más honesta, incondicional y extraordinaria que aquella de la que disfruto estando junto a los muchachos de la BCU. Por otro lado, jamás hubiera tenido la oportunidad de saber qué se siente ser el hermano mayor de una niña y, lo más importante, no sabría lo afortunado que soy de poder tenerla a mi lado. Nunca podría haber averiguado qué tan grande es el corazón de Bill Shepard como para quererme como si fuera de su propia sangre y de ningún modo podría haber hallado a la inigualablemente intolerable y fascinante hija del entrenador.

—¿Te estás felicitando otra vez por no haberte marchado a Chicago? —inquire Kansas leyéndome el pensamiento y analizando mi expresión—. Porque si es así, y estoy segura de que lo es, debo decirte que no tengo nada en contra de la autofelicitación —apunta jugando con los cortos mechones de cabello que rozan mi nuca—. Pero tú la estás llevando a otro nivel, y no quiero que te vuelvas más presumido de lo que ya eres — declara fijando aquellos ojos verdes y cafés en los míos.

—¿Temes no poder lidiar con mi arrogancia? —inquiero

antes de hacerla girar. Su vestido cobra algo de vuelo al igual que su cabello e, inevitablemente, reprimo una sonrisa ante la sencilla pero cautivante imagen.

—En realidad temo que tú no puedas lidiar con las diversas fracturas que te ocasionaré si sigues alimentando tu inmodestia — termina de decir en cuanto volvemos a estar frente a frente.

El desafío y la gracia destellan en sus ojos mientras nos observamos mutuamente hasta que, al cabo de los segundos, la canción acaba. Inclino la cabeza en una modesta reverencia agradeciéndole por el pequeño baile como antes solían hacerlo, pero ella en vez de inclinarse y mostrar cortesía hace un despreocupado saludo militar.

—Siempre arruinas todo —expongo quejándome.

—Es uno de sus tantos dones —se entromete Jamie llegando a su lado para rodear a la castaña por los hombros—. Al igual que el de identificar muchachos por sus traseros.

—Ese no es un... —me detengo clavando los ojos en Kansas—. ¿Que tú haces qué? —exijo saber.

—Necesito ir al baño, ¿alguien me acompaña? —Las rescata Harriet, que estaba a escasos pasos de nosotros bailando con Ben y

oyendo atenta la conversación.

No sé por qué las mujeres van juntas al tocador, pero de esa forma logran escabullirse de cualquier indagación de mi parte. Las veo marchar e internamente me pregunto a cuántos traseros y por cuánto tiempo Kansas ha tenido que mirarlos como para saber a quién le pertenece cada uno.

¿Alguna vez me habrá reconocido por mis nalgas?

### ***Kansas***

Todo sigue siendo como lo solía ser, a excepción de algunos pequeños detalles.

Harriet y Ben ahora son oficialmente novios como era de esperarse tras todo lo que se desató entre ellos hace tiempo.

Hamilton ha logrado dar rienda suelta al espíritu de la futura abogada y le ha mostrado que a veces está bien dejar de lado la rutina y las responsabilidades. Harriet, por otro lado, ha hecho del muchacho un hombre de pies a cabeza. Sin embargo, ninguno ha perdido su esencia y eso, en lo que a mí respecta, es lo mejor de su relación. Ellos se complementan tan bien como Quinn y su amada Constitución de los Estados Unidos.

Jamie y Timberg son otra historia, una muy diferente. Ellos

están en un constante tira y afloja y ninguno es lo suficientemente maduro como para tragarse su orgullo y confesarle al otro lo mucho que lo quiere. Uno pensaría que en tal caso Chase sería la persona que daría el primer paso, pero, para sorpresa de todos, él se ha vuelto menos dócil gracias a la batalla campal que enfrenta con la pelirroja. Sigue siendo Timberg y sigue sobresaltándose cada vez que mi padre dice su nombre, pero ya no se deja usar por Jamie ni maltratar por nadie que no sea Bill Shepard. Así que en cierto modo ellos también se están complementando. Él ha logrado cambiar su mal gusto por los chicos y a su vez Jamie ha hecho que Chase se fortalezca en muchos aspectos y se vuelva más seguro de sí mismo. En resumen: están locos el uno por el otro, así que es cuestión de tiempo para que alguno de ellos saque la bandera blanca en señal de rendición y la haga flamear en alto.

Respecto a los demás se podría decir que Sierra y yo hemos estado trabajando en nuestra relación. Desde que ella y Anneley se mudaron a mi casa hace algunos meses hemos tenido la oportunidad de conocernos un poco mejor. Incluso me llevé una sorpresa al descubrir que somos más parecidas de lo que imaginaba. Hay pocas diferencias entre ambas, como el hecho de

que ella pertenece a Slytherin y yo a Griffindor, pero esos son solo detalles que ella y Zoe señalan cada vez que Harry Potter aparece en el televisor. Por su parte tener a Anneley bajo el mismo techo que yo me ha beneficiado en muchas ocasiones, como por ejemplo en el hecho de que hace las compras, lo obliga a Bill a limpiar y a su vez logra hacerlo feliz. En más de una ocasión me ha dado varios consejos y ha hecho cosas por mí que me recordaron lo mucho que echaba de menos tener una presencia maternal cerca, a alguien que se preocupara así por mí. Y tengo la certeza de que en un futuro llegaré a quererla, así que se puede decir que será una buena madrastra.

Si hablamos de los vecinos, Gabe y Adam han estado yendo y viniendo con el tiempo. Los Hyland son una plaga y, aunque por algunos meses o temporadas puedas deshacerte de ellos, la realidad es que siempre vuelven. Lo que también es un hecho es que la señora Hyland los está esperando con galletas recién horneadas cada vez que aparecen. Claire y Gabriel mantienen una relación a larga distancia que parece funcionar bastante bien. Y, hablando de relaciones, se puede decir que Joe y Donna lograron establecer tras un arduo trabajo una relación amistosa por el bien de su hijo, el

pequeño y carismático Isahia. Los Jaguars siguen siendo el aclamado y unido equipo que siempre fueron a excepción de que tuvieron que reemplazar a su mariscal en cuanto Logan tuvo una oferta que no fue capaz de rechazar. ¿El nuevo *quarterback*? Nada más y nada menos que Galileo Lingard, el muchacho que se transfirió cuando formalizó su relación con uno de los Jaguars. Y sí, para nuestra sorpresa se trató del querido por todos, de Ottis. Mercury aparece en Betland de vez en cuando e, infaltablemente, cada veinticinco de octubre. Luego vuelve con los Tennessee Titans. Sin embargo, hoy se encuentra entre nosotros dado que se trata de la boda de su eterno y respetado *coach*.

Y si seguimos hablando de fútbol hay que mencionar el hecho de que Beasley juega con los New Orleans Saints. Tras el hecho de que Zoe le rompió el pasaporte tuvimos que esperar un mes y medio para que le entregaran uno nuevo. Con eso, tras estar seis semanas con los Saints probándolo y observándolo, le ofrecieron un contrato. Él se mudó a Nueva Orleans, que está a solamente una hora y quince minutos de aquí, y consiguió un departamento que estrenamos juntos, si saben a lo que me refiero.

Beasley suele venir y quedarse en casa de Anne y Zoe y yo



suelo ir y quedarme con él. En sí nos vemos prácticamente cuatro de los siete días de la semana y hemos sabido manejar las cosas bastante bien. Respecto al contrato hay que admitir que superó en todo aspecto al que los Bears le habían ofrecido. Y ese equipo, según oí a Bill decir, está perdiendo partido tras partido y se está hundiendo tan rápidamente como Ratatoui... ¡Ratatouille!

—¡Mi rata! ¡Salven a mi rata! —chilla una desesperada Zoe arrodillada junto al lago—. ¡Se cayó Ratatouille! ¡Sálvala, Billy! —ruega obligando a que todos los invitados se giren en su dirección con curiosidad y cierto pánico—. ¡Ella no sabe nadar, nunca le enseñé! —se lamenta.

Los ojos de mi padre se amplían mientras yo me apresuro hacia la niña y Malcom comienza a sacarse la chaqueta dispuesto a zambullirse tras el hámster al igual que lo hacen la mayoría de los Jaguars.

—¿Esperas una invitación, Timberg?! —exclama exasperado el *coach*—. ¡Ve por esa bola de pelos! —Y con esto un asustadizo Chase toma carrera y se lanza de cabeza al agua—. ¡Más vale que esa cosa salga con vida porque yo mismo te ahogaré de lo contrario! —añade mientras llevo hasta Zoe y la alejo del lago. Lo

único que falta es que se caiga ella también.

Entonces los segundos pasan y el silencio junto a la conmoción tensan el ambiente. Busco en la superficie del agua algunas burbujas que me indiquen que Chase sigue respirando, pero no diviso ninguna. Diablos.

—¡Timberg! —llama Bill con el ceño fruncido mientras escudriña el lago—. ¡Más vale que sigas respirando, idiota! —amenaza, pero en cuanto el mutismo se extiende la seriedad y frustración en su rostro se ven reemplazadas por auténtica desesperación y horror—. ¡Resiste imbécil, voy por ti! —chilla, y antes de que cualquiera de los Jaguars pueda acercarse lo suficiente al agua, Bill se despega de su esposa y salta tras Chase—. ¡No morirás en mi boda, Timberg!

El terror hace estragos en mis adentros en los segundos que dura el rescate. Me aferro a la mano de la niña y ella a mis piernas mientras esconde su rostro contra mi vestido. Entonces ambos salen a la superficie agitados y tosiendo. Shepard tiene un brazo alrededor de la cintura del muchacho y comienza a nadar hasta la orilla con el otro.

Sin embargo, algo lo detiene.

Ratatouille, de forma tranquila y perezosa, pasa frente a sus ojos flotando en su esfera para hámsters.

—Olvidaste mencionar que estaba dentro de esa cosa —digo a Zoe quien, con ojos amplios y nuevamente alegres, corre en dirección al roedor.

—¡Está viva! —chilla con entusiasmo arrodillándose en la orilla y extendiendo sus manos para alcanzar la bola de plástico—. ¡La salvaste, Chase! ¡Eres mi héroe! —le agradece al muchacho mientras Bill arquea una ceja en su dirección y deja salir un suspiro mientras niega pesadamente con la cabeza.

Los Jaguars los ayudan a salir del agua y la malhumorada señora MacQuoid logra establecer el orden nuevamente. Y así, de algún modo, logramos llegar a la parte del brindis tras horas y horas de desastres que se supone que no deberían ocurrir en una boda normal.

La estructura donde descansaba la mesa de los novios es redecorada con prisa hasta verse como un espacio amplio e iluminado donde Malcom, tras caminar hasta allí a través de uno de los puentes, se posiciona con una copa en mano. La imagen de él en el centro de aquel lago con las luces jugando a lo largo y ancho

de su cuerpo envuelto en pantalones de vestir y una camisa blanca arremangada hasta los codos es sublime.

Como padrino principal de los cincuenta y ocho que Shepard tiene es su deber hacer el brindis.

La música comienza a atenuarse y los invitados prestan atención al muchacho cuya copa cuelga de sus dedos mientras mantiene una de sus manos escondida en su bolsillo.

—Siendo honesto a veces pienso en Bill como un átomo — comienza, ganándose una mirada de curiosidad de la gente—. Uno cuyas propiedades no se alteran a pesar de todo lo que pasó y lo que falta pasar, a pesar de las presiones de su pasado y su presente —sigue. Contemplo la forma en que su cabello, su piel y ese característico color de sus ojos contrastan contra la noche y el agua oscura que emite su reflejo—. En él hay protones y neutrones, protones de virtudes y valores, y neutrones en cuya carga no hay ni la más mínima porción de deshonor o malicia —prosigue, y con eso avanzo hasta estar a unos pocos pasos de mi padre. Él me mira con sus ya muy familiares ojos acaramelados y veo cientos de emociones allí dentro—. O por lo menos hablamos de carencia de maldad si nos encontramos fuera del campo de juego o no somos

Chase Timberg. En fin, en él hay un equilibrio, algo que no todas las personas poseen —añade generando risa entre los Jaguars ya que todos saben a lo que se refiere—. El hecho es que a veces Bill está en un estado de electronegatividad, y con esto me refiero a prácticamente todos los días de la semana, y allí entra Anneley con su alegría, su luz, su positividad. Se produce un enlace iónico en el cual se aceptan y comprenden, se complementan y brindan al otro lo que necesita —explica removiendo algo en el interior Anneley. Ella aprieta con fuerza la mano de Bill y él le devuelve el apretón en silencio—. Y otras veces cambian de lugares, y esta novia que está frente a nosotros anda con tal carga de negatividad por toda la casa y la BCU, volviéndonos locos. — Malcom tiene cautivados a casi todos con su palabrería sobre química—. Sin embargo, el entrenador sabe exactamente qué hacer para que su carga se torne positiva, para que esta mujer se convierta de un anión al brillante catión que usualmente es. Y resumiendo todo para aquellos que no prestaron atención —dice disparando una mirada a Zoe y, en cierto modo retándola por estar jugando con su hámster en vez de por lo menos simular que le interesa o pretender que entiende lo que es un átomo—. Bill y Anneley son de

signos diferentes. Cambian de polaridad y el otro se adapta a eso, y creo que esa es la razón por la cual estamos aquí reunidos esta noche —confiesa—, porque las cargas opuestas se atraieron ayer y lo harán mañana, dentro de un siglo y perpetuamente. —Todos alzan sus copas dispuestos a brindar cuando el veintisiete vacila—. Y lo siento, pero no puedo permitir que brinden sin terminar de sincerarme.

—¡Entonces habla más rápido que quiero seguir alcoholizándome! —apresura Gabe desde algún lugar del jardín, llamando la atención de Zoe.

—Yo ya estoy alcoholizada —se queja ella en voz alta, ganándose una mirada por parte de los invitados—. ¿Alguien me alcanza algo para comer?! ¡Y para mi rata también!

Cierro los ojos y maldigo en mis adentros antes de volver a abrirlos para mirar a Malcom. Él capta el mensaje y sigue hablando para que la atención vuelva a recaer en su persona, pero ya es tarde. La señora Murphy ha clavado sus ojos en mí.

—Siendo honesto debo confesar que mientras ensayaba mi pequeño discurso no estaba pensando en Bill y en Anneley, en realidad estaba pensando en otra pareja. —Cada músculo de

mi cuerpo se tensa ante las palabras y mis ojos buscan los suyos—  
. Pensaba en Kansas y en mí —revela, haciendo un pequeño  
ademán con su copa en mi dirección.

*«Esta es la boda de mi padre y su esposa, ¿por qué diablos  
le robas el protagonismo, Beasley?»*

Con ese pensamiento comienzo a caminar hacia él antes de  
sentir que unos dedos se enroscan alrededor de mi muñeca y me  
retienen.

—Déjalo terminar —susurra Bill con ojos cargados de un  
sentimiento que muy rara vez hace acto de presencia en su  
mirada—. Quiero saber qué tiene para decir.

—Es sencillo fusionar términos químicos con el concepto del  
amor cuando pienso en ti —habla él desde la plataforma,  
dirigiéndose a mí. Su pecho se eleva en una inhalación mientras se  
toma unos segundos para armarse de valor—. Es fácil pensar cómo  
funciona y qué es lo que lo hace tan fuerte, enigmático y grato. Y  
es sencillo porque para saberlo solamente me basta con mirarte. —  
Mi corazón se contrae por la honestidad y dulzura que carga cada  
una de sus palabras—. Esto que compartimos es excepcional, es  
algo a lo que ninguna combinación de palabras le hace justicia:

es indescriptible, intocable, indescifrable e insuperable... y más, mucho más. —La pasión se filtra a través de su voz y me estremece el simple hecho de oírla—. Y si Bill y Anneley saben a lo que me refiero y comparten lo mismo, y estoy seguro de que así es, solamente me queda decir que son afortunados de haberse conocido aquel día en ese partido de fútbol americano. —Él sostiene su copa en alto y me sonríe como únicamente él sabe hacerlo. Lo hace y me pierdo en la alegría de sus ojos y en la curva de dicha sonrisa—.

Dejando la química de lado y hablando con términos futbolísticos para que el *coach* entienda, se podría decir que Bill Shepard hizo un *touchdown* aquel día —reconoce—. Al igual que yo lo hice con su impredecible y extraordinaria hija, la cual, si me permiten agregar, representa la jugada más complicada que he tenido que hacer en mi vida dado que los Shepard ya son de por sí seres humanos de lo más complejos. —Levanto mi copa y le guiño un ojo ante lo último. Él ríe y me permito oír la magia que carga el sonido—. Así que esta noche festejo por la anotación de Bill, la mía, y brindo por los recién casados.

Y entre el tintineo de las copas, el mar de invitados y la euforia por la pareja de cuarentones, Malcom y yo cruzamos



miradas.

Sus labios se mueven y, a pesar de que no puedo oírlo, sé exactamente lo que acaba de decir.

Sonrío ante eso.

« *Yo también te amo, Beasley* ».

**FIN**

Por ahora...

**Capítulo extra**

Las luces de Navidad

# Kansas

—¿Qué le regalarías al diablo para Navidad? —inquiero inclinándome hacia un estante y hundiendo un dedo con desagrado en la panza de un oso de peluche. El muñeco comienza a cantar una horrible canción navideña.

—¿Por qué si quiera pensarías en obsequiarle algo al diablo?

—replica Beasley recorriendo el pasillo del mercado con un carro de compras a punto de rebalsar—. ¿Sabes lo que costaría el envío hasta el centro de la Tierra? Son alrededor de 3.900 millas y se encuentra a una temperatura mayor a los 6.000 grados contando que...

Lo interrumpo.

—Ya entendí, cierra la boca o ayúdame a decidir qué voy a regalarle a Sierra, Einstein. —Él arquea una ceja en mi dirección y esos intensos ojos oceánicos brillan con diversión—. ¿Por favor? —añado.

—Te ayudaré si tú me ayudas a encontrar algo para Jamie — negocia—. No estoy seguro de qué se le regala a un animal para Navidad.

—¿Un hueso de hule? ¿Una correa?

—No es un perro —dice indignado.

—¿Máscara de pestañas?

—¿Para que lleve su aspecto de mapache rabioso a otro nivel?

—pregunta—. No, nada de cosméticos derivados del petróleo.

—¿Un terrario? —Reprimo una sonrisa y él enarca ambas cejas con seriedad recordando el incidente con el arácnido.

—No eres de gran ayu... ¡¿De dónde sacaste eso?! —chilla de repente, mirando espantado a algo detrás de mí.

—¿Te gusta? —dice la niña levantando entre sus pequeñas manos a un cachorro Beagle—. Le puse Timberg, ¿puedo quedármelo? —suplica antes de estrechar al can entre sus brazos y que él le lama la mejilla.

—En realidad, tu amigo ya tiene nombre. —Me pongo en cuclillas y escudriño la placa que hay en el collar—. Se llama... —Comienzo a reírme ante la ironía del nombre.

—¿De dónde sacaste esta bola de pelo? —exige saber Beasley—. Quien sea que lo trajo a un centro comercial violó las políticas del establecimiento, y si lo robaste irás a la correccional de menores, o sea a la cárcel de...

Me pongo de pie y lo golpeo con fuerza en el brazo al ser testigo de cómo la mirada de la niña se cristaliza asustada y su labio inferior comienza a temblar.

—¡Mira lo que hiciste! —lo acuso haciendo un ademán a la infante.

—No quiero que mi hermana sea una delincuente canina — se defiende con el ceño fruncido, pero entonces sus ojos se dirigen hacia Zoe y su mirada y expresión se tornan más suaves. Suspira y se arrodilla frente a ella, aún guardando distancia con el Beagle—. Lo lamento, pero creo que esta pequeña cachorrita echa de menos a su dueño —dice tomando con las puntas de sus dedos las patas traseras del animal y asegurándose de que es una hembra. Mira ahí abajo como si fuera una partera observando la cabeza de un bebé salir por la vagina por primera vez en su carrera—. Ahora vamos a buscarlo para que no termines en prisión —añade antes de ponerse de pie y sacar el pequeño alcohol en gel que comenzó a cargar consigo siempre que Zoe está cerca.

Lo golpeo por eso.

Otra vez.

—No es una nena, es un varón y se llama Timberg —lo

corrige la niña—. T-y-m-v-e-r-g —dele- trea para mi diversión y el completo horror de Malcom.

—Necesitas prestar más atención en tus clases de Lengua — añade mi frustrado y espantado novio pasando una mano a través de su cabello—. ¿Siquiera sabes deletrear algo bien?

—H-a-l-g-o b-i-e... —comienza, pero la interrumpo antes de que el chico a mi lado se desmaye por oírla. Internamente Malcom debe estar rezándoles a los Santos de la Ortografía.

—Zoe, ¿con quién estaba Timberg hace un rato? —inquiero mientras Malcom desaparece por uno de los pasillos llevándose el carrito de compras.

—Con Bill, y él le estaba diciendo que le iba a meter su silbato por...

—No ese Timberg, el perro —señalo.

—Con una mujer embarazada y un niño que comió mucho chocolate, como Joe —Me cubro el rostro con las manos al oírla, eso suena algo racista. Maldigo a Malcom por enseñarle que los flamencos son rosados por lo que comen.

Antes de que pueda reprochar y corregirla, Beasley aparece con una pecera en manos. ¿Qué diablos?

—No tenían una jaula, pero esto servirá. —Deja el objeto frente a Zoe y ella, encantada, mete al perro dentro. Es tan pequeño que hasta le sobra lugar—. Le dije a la cajera que vendríamos a buscar y pagar todo lo que escogimos más tarde, ahora vamos a encontrar al dueño de la hembra.

—Macho —corregimos la niña y yo al unísono. No importa que no lo sea, ¿cuándo aprenderá que para que los niños mantengan la boca cerrada hay que darles la razón? Sobre todo a su hermana, es tan terca como él.

Salimos de una de las cientos de tiendas que hay en el centro comercial de Betland y nos encontramos en medio de un gigantesco edificio de cuatro pisos decorado en color rojo, verde, blanco y dorado: hay guirnaldas, personas disfrazadas de duendes, renos de cartón, un sinfín de luces, miles de personas y un Santa Claus cada medio pie.

Rayos.

—¿Qué haces? —inquire Malcom al ver que saco mi celular del bolsillo de mi chaqueta y voy directo a los contactos de emergencia.

—Es misión imposible, necesitamos refuerzos —replico

antes de que Jamie atienda al segundo timbrazo y me vea obligada a explicar con rapidez—. Centro comercial y dueño de can desaparecido, necesito ayuda. —Mis ojos se desvían al Beagle que da vueltas en círculos dentro de la pecera que sostiene Zoe en brazos—. Y la necesito ahora.

Diez minutos bastan para que veamos a la pelirroja aparecer con una dona a medio comer en una mano y un batido en la otra. Harriet habría llegado en menos tiempo y con un plan de búsqueda perfectamente diseñado y listo para poner en acción, pero dado que hoy es Nochebuena ella ha ido con sus padres al pequeño pueblo de Shinefalls lista para presentarse a la numerosa y escandalosa familia de Ben.

Es su primera Navidad juntos y estoy ansiosa por saber cómo le estará yendo a la futura abogada dado que tiene que lidiar con media decena de tías empalagosas y las cuatro menores y celosas hermanas de Hamilton, por no mencionar a su nueva suegra.

—¿Qué haces tú aquí? —demanda saber con la boca llena mi amiga en cuanto Timberg se nos acerca, y no el perro, me refiero al Chase humano—. Tengo esto cubierto, puedes volver con



tu preciosa Ava —ladra Jamie al chico con cierto recelo en su voz—. Tú ni siquiera sabes dónde está tu masculinidad, mucho menos dónde estará el dueño de ese perro.

Creo que Malcom también llamó por refuerzos.

—Ya veremos quién lo encuentra. —Sonríe con cierta suficiencia Chase—. Y sé dónde está mi masculinidad, pero claro que tú también sabes dónde se ubica con exactitud. Tienes hasta las coordenadas, latitud y longi...

—Esta ya no es una conversación apta para todo público — los interrumpo haciendo un ademán a Zoe—. Ahora todos a trabajar, tenemos una embarazada que encontrar.

—Y si no cooperan le diré a Bill que tú te comiste las galletas de Navidad que le preparó la señora Hyland —advierde Beasley mirando a su amigo, quien acaba de palidecer ante la idea—. Y llamaré a control animal —añade volviéndose hacia la pelirroja—. Así que, por favor, evitemos que mi hermana termine en prisión por robo de mascotas —finaliza.

Lo aplaudo mentalmente. Lo estoy entrenando bastante bien con esto de dar amenazas, ¿así que por qué estoy aplaudiéndolo a él de todos modos?

Me tengo que aplaudir a mí.

Lo que sigue son cuatro universitarios, una niña y un perro encerrado en una pecera recorriendo piso por piso del edificio. Nos acercamos a las mujeres que se adecuan a la insuficiente descripción de Zoe y a todos los niños con rizos negros en sus cabezas y esos singularmente hermosos dientes de leche que contrastan con el color de su piel. Son uno más adorable que el otro, y Malcom y Jamie se ven obligados a alejarnos a Chase y a mí de ellos cuando nos embelesamos viéndolos. Malcom tira de mi codo con delicadeza, la pelirroja toma al chico del cuello de la camisa y lo lanza a través del piso y estampa contra las vidrieras.

Buscamos por cada rincón del lugar, y al no encontrar a los dueños y con el centro comercial a punto de cerrar al tocar las nueve en punto, nos vemos obligados a marcharnos.

Ya es Navidad y nos quedamos sin regalos porque la tienda estaba cerrada en cuanto regresamos a buscar lo que habíamos elegido, Bill acaba de mandarme veinticuatro mensajes con emoticones enojados por hacerlo esperar a él, a los Jaguars, a las Montgomery, a la señora Murphy y a los Hyland para la cena y, para rematar, Zoe abre la boca mientras atravesamos el inmenso

estacionamiento.

—Creo que se hizo pis —dice levantando la pecera sobre su cabeza y viendo el líquido acumularse bajo el cachorro con emoción—. Y popó.

—Creo que tendremos que llevarnos a Timberg a casa después de todo —suspiro.

—¿No iban a invitarme a pasar la Navidad con ustedes? —

Chase frena en seco y nos mira con ojos brillantes y decepcionados—. Yo les había comprado regalos.

Reprimo una sonrisa al ver que su labio inferior tiembla.

—Entonces supongo que debes ir después de todo —añade Jamie jugando con sus sentimientos y dándole una palmada con demasiada fuerza en el hombro.

—No puedo creer que pasaré la Nochebuena con un roedor y un can —masculla Malcom acercándose e ignorando a Chase y a Jamie, quienes han empezado a discutir por algo relacionado con las nueces y las galletas de jengibre. Nadie entiende cómo funciona o, mejor dicho, disfunciona su relación—. El próximo año vayamos al zoológico directamente —exagera antes de meter su mano en el bolsillo trasero de mis jeans en busca de mis llaves.

—¿Quién te dio permiso para abrir los regalos antes de medianoche? —inquiero arqueando una ceja y alejándome de su toque.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y un destello de diversión nace en sus ojos.

—No es un regalo si ya ha sido abierto antes —replica con descaro.

¿En qué lo convertí?

—¿Quién se atrevió a abrir un regalo sin mí?! —se entromete Zoe con el ceño fruncido y oyendo a medias—. ¡Eres un niño malo, Malcom! ¡Le diré a Santa que no te traiga nada! — amenaza a su hermano mayor, y el cachorro le ladra a través del cristal.

—Aleja esa cosa peluda y llena de bacterias de mí, Zo... —la advertencia de Beasley se desvanece en sus labios en cuanto se oye un grito cargado de felicidad a unos pocos pies de donde estamos.

—¡La encontraron! —chilla un niño corriendo hacia nosotros con sus rizos rebotando de un lado al otro—. ¡Mira, mamá, la encontraron! —le dice a la mujer que viene tras él sonriendo y frotando su barriga. El pequeño llega hasta Zoe y extiende las

manos hacia la pecera que ella estrecha contra su pecho.

—Si no quieres ir a la cár... —comienza Beasley, pero lo interrumpo.

—Es hora de devolver a Timberg, Zoe —murmuro acuclillándome a su lado—. Se nota que su dueño lo ha echado de menos, ¿y cómo te sentirías si otro niño se quedara con Ratatouille?

—Sus ojos se cristalizan y luego asiente, comprendiendo que no puede robar perros ajenos y fugarse con ellos en vísperas de Navidad.

—Hemos estado buscando por horas —dice la mujer cuyos alborotados rizos son iguales a los de su hijo—. Gracias por... — Ella jadea como si le faltara el aire y se dobla en dos, apoyándose contra el capó de un auto. El corazón se me paraliza en cuanto un líquido comienza a deslizarse por sus piernas envueltas por una falda hasta las rodillas—. No, no, no... No puede estar... — Un grito de dolor trepa por las paredes de su garganta y Malcom junto a un lívido Timberg se precipitan a ayudarla—. ¡Rompí bolsa! ¡El bebé está en camino!

—Doble J y una N —susurra la pelirroja—. Jodidamente jodida Navidad.

## *Malcom*

—¡Villancicos! —chilla Timberg advirtiendo a nuestra conductora desde el asiento del copiloto.

Jamie gira el volante con fuerza y el Jeep se sacude con brusquedad antes de que la pelirroja comience a hacer zigzag por las calles repletas de personas. Zoe y el niño que ahora sabemos que se llama Shane rebotan en el regazo de Chase, quien los sostiene con fuerza contra su pecho junto al perro dentro de la pecera. La señora embarazada, que está recostada en el asiento trasero con las piernas en el aire, nos da a Kansas y a mí una vista perfecta de su ropa interior rosada mientras me horrorizo y me presiono contra la puerta con seguro y la castaña observa la escena arrodillada desde el piso, sosteniendo uno de los tobillos de la denominada Stella.

—¡Me voy a desmayar, no llega oxígeno a mi cerebro! ¡El bebé está en camino! —grito con los ojos abiertos como platos mientras observo como algo parece estar estirando el material de las bragas de la mujer hacia afuera. Estoy hiperventilando.

—¡Dile que reduzca la velocidad, hay que llegar al hospital primero! —exclama la pelirroja antes de que un estruendo se oiga

y los gritos llenen el coche en cuanto Jamie atropella algo. Una gran bola roja y blanca rebota contra el parabrisas y el rostro de Santa se estampa contra el vidrio.

—¡Matamos a Santa! —chilla horrorizado Timberg antes de que los niños se larguen a llorar.

Me quedo perplejo observando la manera en que mapache rabioso se baja del auto y sacude al hombre cuya cara se desliza ruidosamente contra el cristal. La señora Wasaik grita y la miro con desesperación.

—¡Beasley! —Kansas estrella su palma contra mi mejilla y me obliga a mirarla a los ojos—. ¡Reacciona! —Me vuelve a golpear con el reverso de la mano y mi piel arde—. Saldré a ayudar a Jamie y tú vas a buscar e implementar todos tus conocimientos básicos de medicina para hacer posible que este bebé nazca, ¿entendido? —inquire tomándome de las mejillas. Sus ojos verdes y cafés brillan con dureza y emoción—. ¡Y tienes prohibido desmayarte!, ¿entendido?! —repite y asiento con rapidez antes de que ella se pase al asiento del conductor para salir por la puerta abierta, dándome una rápida vista de sus familiares nalgas. Inhalo y exhalo lentamente una y otra vez mientras la señora

Wasaik grita y se revuelve en el asiento. Imagino que tengo mi biblioteca frente a mí y repaso mentalmente el nombre de los libros de anatomía, escojo el más apropiado y cierro los ojos para concentrarme en el contenido.

—Ya sé qué hacer —digo casi sin aliento volviéndome hacia Stella—. Señora, rompió fuente y perdió líquido amniótico, el bebé está en camino y no creo que seamos capaces de llegar al hospital a tiempo. —Ella me mira con una expresión temerosa en el rostro cubierto de sudor—. Voy a traer a su bebé al mundo, y necesito que haga exactamente lo que le di... —La cajuela del Jeep se abre y un Santa rueda hacia dentro. Kansas y Jamie se limpian las manos y cierran para volver a sus lugares.

—¿Qué...? —El hombre se incorpora confundido y sus globos oculares parecen salirse de órbita al ver la imagen—. ¡Jesús! —chilla antes de que Stella clave sus uñas en su antebrazo y grite—. ¡Déjenme salir, por amor al niño Jesús, dejen a Santa salir! —El auto se pone en movimiento y Kansas vuelve a estar atrapada entre el asiento del copiloto y yo.

—¿Qué es lo más limpio que hay aquí? —inquiero escudriñando los alrededores.



Ella hace lo mismo antes de encontrarse con mis ojos nuevamente.

—Tú.

—Sácale la ropa interior a Stella —ordeno antes de tirar del dobladillo de mi camiseta y acomodarla en el asiento. Comienzo a desabotonarme los pantalones cuando Timberg chilla y les tapa los ojos a los niños.

—¡No miren! —advierde mientras Jamie sonrío y nos echa una mirada sobre su hombro.

—Yo sí pienso mirar —dice acomodando el espejo retrovisor.

—¡Ojos al frente, amiga! —advierde Kansas, y no sé si lo dice porque de otra forma atropellaríamos a otro Santa y una docena de renos o porque está mínimamente celosa—. No hay más espacio para gente aquí, así que no arrolles a nadie.

Bueno, ahí está mi respuesta.

—¡Podríamos atar a alguien al techo! —sugiere Zoe emocionada antes de que el antihigiénico can comience a ladrar.

—Inhala y exhala, otra vez... así, muy bien, lo estás haciendo genial. —Santa toma con fuerza la mano de la señora Wasaik y le

indica cómo respirar. Es una imagen tan tétrica como extraña y adorable.

—Stella, necesito que flexione las rodillas y abra las piernas tanto como pueda. Necesito ver qué tan dilatada está y si el bebé ya ha asomado más de un cuarto de su cabeza—. Indico antes de que Kansas me pase la linterna de su teléfono. Ella me mira de una forma que me da confianza, cierto coraje—. ¿Lista para ver las maravillas que hará tu cuerpo dentro de unos años? —le pregunto.

—¿Ya estás pensando en tener mini Shepards y mini Beasleys? —Arquea una ceja.

—Serán todos Beasley, llevarán mi apellido —le recuerdo tomando una de las rodillas de la mujer abierta de piernas.

—Sobre mi cadáver, llevarán los dos —replica—. Y créeme que Bill Shepard te perseguirá por todos los continentes si no es así.

—¿Puede alguien sacar esta cosa de mi cuerpo!? —grita Stella desesperada, con la respiración acelerada—. ¡Maldita sea!

—añade antes de que los huesos de la mano de Santa crujan mientras ella los oprime—. ¡Lo siento, niños! ¡Ignórenme, estoy en pleno parto! —se disculpa con dulzura, entre dientes.

Tomo una bocanada de aire antes de inclinarme y alumbrar la vagina. Palidezco y miro a Kansas, quien con una mirada me advierte que si me desmayo me despertará a golpes.

La violencia es algo muy propio de ella.

—¡Veó la cabeza del bebé, así que cuando le pida que puje debe hacerlo! —explico sacando el alcohol en gel y aplicándolo en mis manos y en toda zona que crea necesaria.

—¡Apártense de mi camino villancicos del demonio! —chilla Jamie mientras conduce a través de las calles de Betland a toda velocidad—. ¡Los voy a atropellar a todos si no me dejan pasar, imbéciles discípulos de Santa! ¡De regalo de Navidad tendrán una fractura de hueso occipital y esfenoides! —dice estrellando su puño contra la bocina una y otra vez, como el mapache rabioso y desquiciado que es.

El automóvil queda en silencio mientras todos los pares de ojos se posan en ella.

—¿Qué? —espeta echando una mirada tras su hombro—. Es necesario para mi carrera.

—¡El bebé está viniendo, señora Wasaik! Necesito que puje con fuerza —murmuro frotando mis manos llenas de alcohol en

gel.

—¡Si la hace pujar va a romperme el brazo! —se queja el falso Santa.

—Pagaremos su factura médica, ahora cierre la boca y ofrezca cada hueso de su brazo a la mujer para que pueda romperlo

—gruñe Kansas.

—¡No le grites así a Santa, es mi ídolo! —la regaña el pequeño Shane desde el regazo de Timberg.

—¡No le grites a mi niñera, idiota! —lo empuja mi parásito.

—¡Zoe! —la regañamos la castaña y yo al unísono.

Ambos niños comienzan a pelearse y tirarse del cabello sobre Chase quien, al intentar separarlos, se gana una cachetada y tres mordiscos de su parte.

—¡Puje, Stella, puje! —la aliento inclinándome entre sus piernas y observando como la pequeña y ensangrentada cabeza del bebé comienza a emerger entre los flujos. La mujer gruñe, chilla, grita y entorna los ojos como si estuviera poseída.

—Me parece que se va a cagar —acota Jamie contemplando la escena por el retrovisor antes de doblar abruptamente en una esquina, subiéndose a la vereda.

—Malcom... —susurra Kansas a mi lado. Mis ojos se encuentran con aquella singular mirada que parece abundar en inquietud.

Miro como la cabeza completa del bebé sale y me percato de lo que la chica a mi lado quería que notase. El cordón umbilical está rodeando el pequeño cuello de la criatura. Agradezco que no haya dicho nada a Stella dado que podría asustarla y, sabiendo exactamente qué hacer, extendiendo ambas manos; con una tomo suavemente la cabeza y la otra la uso para desenroscar el cordón con cuidado, con un solo dedo, evitando que se estrangule.

—¡Vamos, linda! ¡Puja como si fueras a sacar la pizza entera que te comiste anoche! —alienta Kansas.

—¡No comí *pizza* anoche! — replica la señora antes de gritar de dolor y pujar. Sostengo firmemente pero con cuidado al pequeño hasta que, rápidamente, lo expulsa de su cuerpo. Limpio con mi impecable camiseta la boca y la nariz del niño y el coche se sume en silencio.

Todos contienen el aliento.

Y el bebé llora.

—Felicidades —murmuro con el niño en brazos,

observándolo maravillado antes de inclinarme y depositarlo contra



el pecho de su madre—. Es un niño. ¡¿Oíste, Shane?! Tienes un  
hermanito. —El pequeño se arrodilla en el regazo de Chase al igual  
que Zoe y miran asombrados la escena, con sus rodillas clavándose  
en el órgano viril del número dieciséis, quien chilla adolorido.

—Eres... eres mi ídolo. —Sonríe Wasaik, su rostro  
iluminándose ante el nuevo miembro de su familia mientras busco  
algo con que cortar el cordón.

—El mío también —concuerta Kansas, quien sonrío  
observándome de esa forma tan peculiar suya, con esa mezcla de  
verde y café en sus ojos que abunda en orgullo, admiración y algo  
más.

—¡Ya estamos aquí! —anuncia Jamie abriendo la puerta de  
la casa de los Shepard sin siquiera tocar, como lo usualmente  
maleducada que es—. ¡No creerán lo que nos pasó!

—¡Faltan tres minutos para medianoche, será mejor que no  
haya sido por culpa de Timberg porque le regalaré una patada en el  
trasero de camino a la Antártida! —grita Bill repartiendo las copas.

Anneley, quien se estaba metiendo una pasa de uva a la boca, se la escupe en la cara a modo de regaño.

—¡Mamá! —se queja Sierra mirando con desaprobación la infantil conducta de la mujer.

—¡Llegó Marcos, es hora de sacar el *champagne*! —Hyland aparece vestido de duende con una botella en mano y la señora Hyland disfrazada de reno con un plato de galletas entre los dedos.

—Lo necesitarán si planean aguantar toda la velada oyéndolo hablar sobre la producción de pirotecnia o el proceso de fermentación del vino —dice una voz un poco distorsionada antes de que Joe aparezca con Ben y Harriet en pantalla mediante Skype—. Sin ofender, Tigre —añade rodeando a la rubia por los hombros.

—¿Dónde se habían metido? Me tenía preocupada que estuvieran haciendo algo ilegal sin mi asesoramiento. —Sonríe la futura abogada.

—¡Casi voy a la cárcel! —explica Zoe antes de correr a los brazos de Anne, quien la levanta en el aire para besarle la mejilla—. Y nos enteramos de que había un bebé en camino.

La casa entera se sume en silencio por parte de cada invitado,

y todos los ojos caen en Kansas y en mí. Lo único que se oye es una canción de villancicos de fondo. Miro inmediatamente a Bill y noto que se ha puesto casi bordo.

Creo que no está respirando.

—¡Te juro que yo no fui! —Levanto las manos en el aire en señal de que no hice nada y palidezco al ver al hombre que piensa que me reproduje con su hija.

—Íbamos a guardar el secreto hasta año nuevo, pero... —

Kansas reprime una sonrisa mientras la mentira se vierte de sus labios y lleva las manos a su estómago.

¿Es una mentira, verdad?

¿Verdad?

—¡¿Qué...?! ¡Beasley! —Shepard grita con furia antes de lanzar a Logan a un lado y abalanzarse sobre mí. El mariscal termina en los brazos de Ottis y el cuerpo del entrenador colapsa contra el mío y nos tambaleamos peligrosamente cerca del gigantesco árbol de Navidad, en el cual, inevitablemente, caemos y utilizamos como amortiguador.

Sé que Kansas dijo una mentira por la forma en que se está riendo mientras parte trozos de una galleta y se los lanza a la boca.



Y, para ser honesto, la paliza Navideña vale la pena por ese sonido.

—¿Niño o niña?! ¡Las apuestas comienzan ahora y no hay

reembolso, nos enteraremos del resultado dentro de nueve meses!

—Hyland se quita el gorro navideño y comienza a pasarlo delante de cada invitado, quienes ya están sacando sus billeteras y gritando sus apuestas a los cuatro vientos.

Entonces, en medio del caos, las campanas suenan.

—Fe-feliz Navidad, *co-coach* — digo con las manos de Bill y las luces multicolores alrededor de mi cuello, casi sin aliento.

—Feliz navidad, estúpido Beasley. —Shepard se detiene por un momento para pronunciar las palabras y sonreírme.

Luego vuelve a estrangularme.

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a cada persona que ayudó a que tengas hoy este libro en tus manos.

Gracias a todo aquel que se animó a darle una oportunidad y a leer este trocito de mí. Gracias a todos los usuarios de Wattpad que me dieron la bienvenida y que, siempre tan fieles, ligeramente locos e incondicionales, nunca me soltaron la mano ni me dijeron

adiós.

Gracias a esa chica que un día abrió un libro y se percató de los miles de mundos, seres e historias que se pueden encontrar entre tantas páginas; de los sentimientos que pueden despertar las palabras y de qué tan lejos puede ir nuestra imaginación. Sin vos, jamás hubiera caído en este agujero negro de letras del que no soy capaz de salir.

(No es que quiera, de todos modos).

Gracias a mi familia.

Gracias a Anabel.

Espero que hayas disfrutado leer *Touchdown* tanto como yo disfruté escribirla, pero, más que nada, espero que nunca dejes de encontrar refugio, magia y placer en lo que es ponerse cómodo, sacarse los zapatos, abrir un libro y dejar la mente volar.

Con amor, *Ludmila*.